FRANCISCO NARLA

SANTIAGO



COMPOSTELA, 1589.
LAS GUERRAS, LA PESTE Y LA RELIGIÓN AGITAN EUROPA.
EL IMPERIO ESPAÑOL SE DESANGRA.
Y A COMPOSTELA YA NO LLEGAN PEREGRINOS.
PERO LLEGARÁ UN LADRÓN, UNO QUE CAMBIARÁ LA HISTORIA.
POR EL AMOR DE UNA MUJER.

istoría

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Prólogo

Apóstoles, infierno y paraíso

Caponeras, Dunkerque y Cagayán

Encerronas, lansquenete y mosquetero

Olas, hierro y fuego

Náufragos, arena y viento

Zancos, camino y redención

Patatas, cantarela y marzuelo

Tijeras, lana y pelo

Campos, trigo y centeno

Puerros, fiebre y lágrima

Montes, agua y piedra

Lanchas, alcatraz y arena

Treses, crucifijo y valor

Tumbas, esperanza y miedo

Murallas, pólvora y trampa

Traiciones, verdad y mentira

Siglos, perdido y encontrado

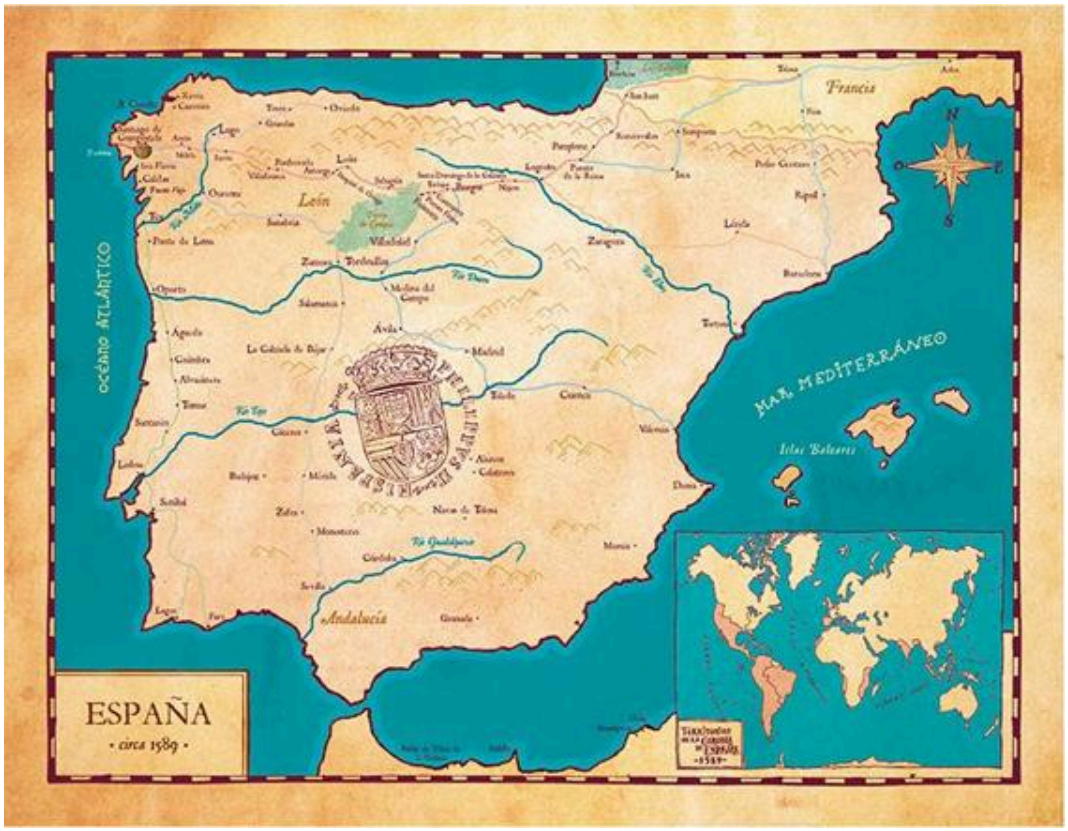
Cuaderno de notas

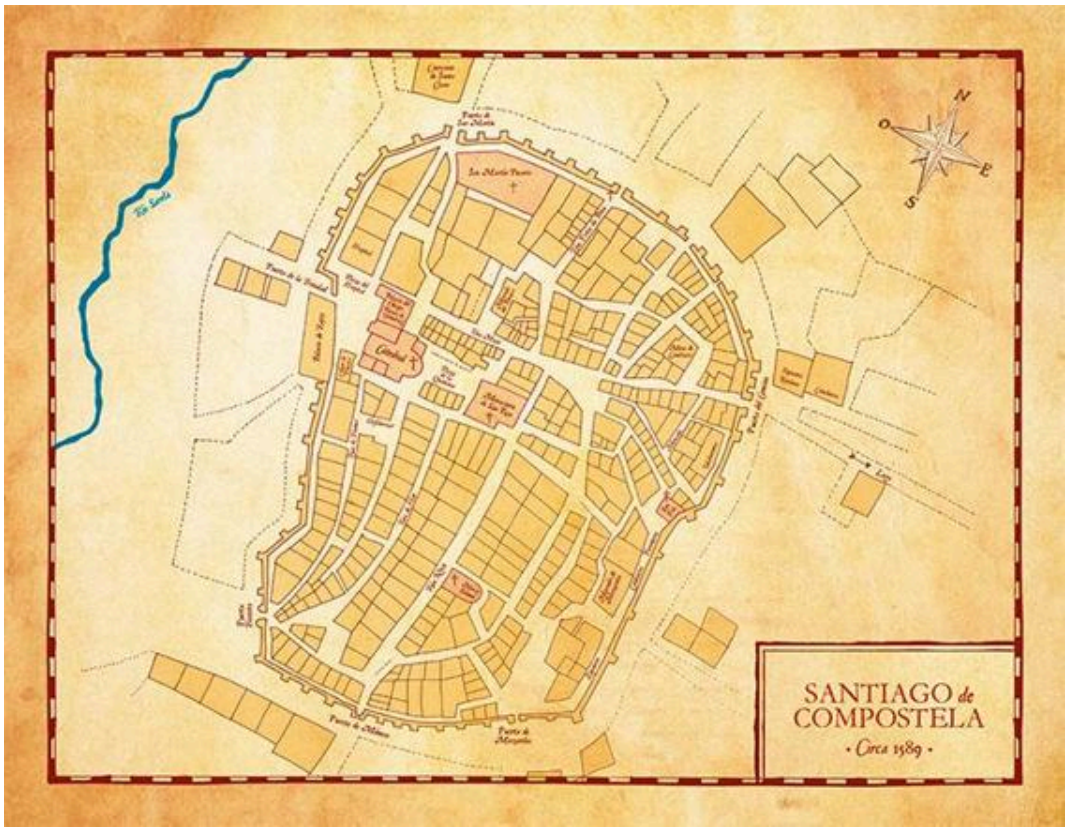
Créditos

SANTIAGO

FRANCISCO NARLA

istoría

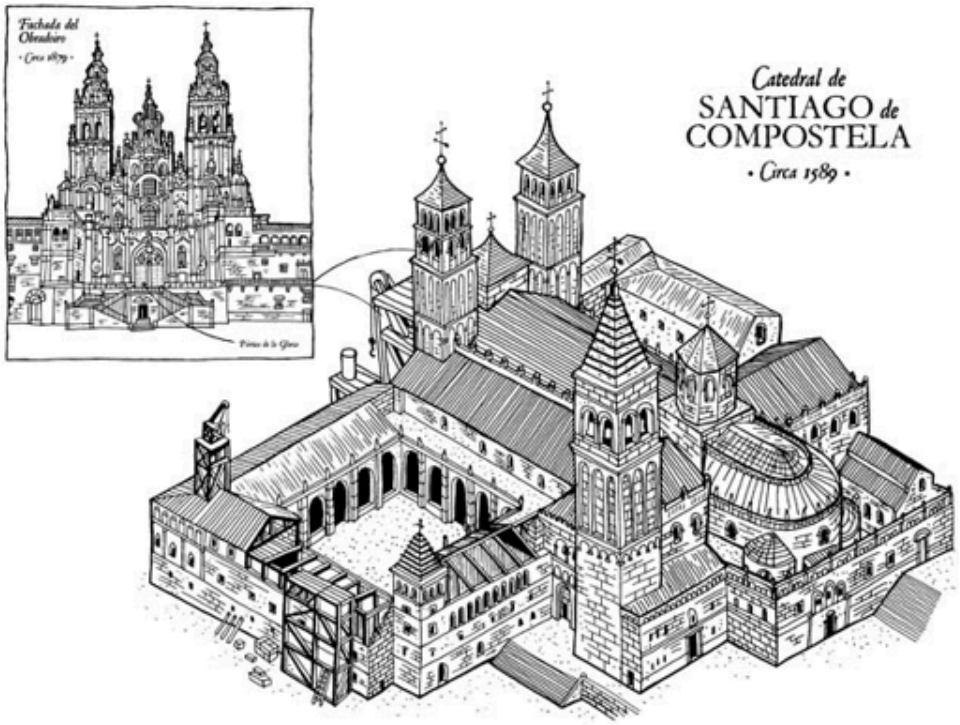

ESPAÑA
• circa 1589 •
OCÉANO ATLÁNTICO
MAR MEDITERRÁNEO
Francia
León
Andalucía
Islas Baleares
Madrid
Lisboa
Sevilla
Valencia
Barcelona
Zaragoza
Salamanca
Toledo
Granada
Córdoba
Murcia
Navas de Tolosa
Río Tajo
Río Duero
Río Ebro
Río Guadalquivir
N
O
E
S


N
O
E
S
SANTIAGO de
COMPOSTELA
• Circa 1589 •

Lector, librero, periodista, editor... Gracias,
muchas gracias por confiar en este cuento.

Para mis niñas, no confundáis destino y camino.
Ésta es una de vuestras historias...
Levantaos siempre de la lona.

Un peregrino saludaba
«Ultreia»,
y le respondían
«et Suseia, Santiago».


Fachada del Obradoiro
• Circa 1879 •
Puerta de la Gloria
Catedral de
SANTIAGO de
COMPOSTELA
• Circa 1589 •

En el año del Señor de 1589 la peregrinación a Compostela es un barco varado. La reforma protestante, la peste, la guerra con el turco, con Francia, Inglaterra, las demandas contra el voto de Santiago... Compostela se hunde.

Pero el rey Felipe, en El Escorial, unificadas las Coronas de España y Portugal bajo un imperio donde no se pone el sol, tiene otras preocupaciones.

Tras el descalabro de la Felicísima Armada en el canal de la Mancha, Isabel de Inglaterra se ha aliado con el despechado heredero portugués, los rebeldes flamencos, los franceses, incluso con Marruecos, y prepara su venganza.

Santander, Cádiz, Coruña levantan fortalezas, reparan barcos, reúnen hombres.

Y Compostela tiembla.

Apóstoles, infierno y paraíso



I

Salían del infierno. Y atravesaban la noche de Compostela.

Apestaban a hierro y pólvora. A violencia.

Los mandaba Varela, que mascaba apretando las muelas y sobaba la pata de conejo entre las cargas de pistola.

Otros en los Tercios llevaban doce en bandolera, y les decían los doce apóstoles. Incluso tallaban los nombres. Simón, Bartolomé. Los dos Santiagos. Hasta completar la docena. Pero no Varela. Varela llevaba trece cargas de pólvora. Colgaban de su pecho, como ahorcados que hubieran traicionado al Mesías.

Decía que le traían suerte. Los trece y la pata de conejo reseca.

Y le cuadraba la pata de conejo. Varela tenía pinta de perro lebrero, y era más supersticioso que un sevillano de amarillo sentado en una arroba de sal.

—Ése no vuelve a meter los hocicos...

Fue a espaldas de Varela, el Jesuita, que no hablaba, que bromeaba con carcajadas cosidas a los dientes. Y que, mientras

limpiaba la daga y tiraba el pedazo de carne, era el único de los cinco que reía. Todo sin detenerse.

El despojo rebotó en el empedrado y rodó hasta una pila de basura. Aún sangraba. Aún se veía aquel lunar. Los pelillos. Era una nariz.

Y, sin mirarla siquiera, a su lado pasó el último de los cinco, que cubría la retaguardia. Un enano de piernas combadas con melena por la cintura, más bella que la de cualquier doncella, y con mejores afeites.

Cargaba más hierro que los otros cuatro, entre pistolas y dagas, espada no llevaba, por no arrastrarla, y le llamaban Dospalmos. La mayoría pensaba que por haber nacido enano, cabezón y zambo, pero el Dospalmos en realidad se llamaba Nuño Barros. Al que se lo mentaba, le aclaraba, le enseñaba incluso, que el apodo no era por la altura, sino por lo que le colgaba entre las piernas. Un prodigio al que un novicio al que había desvirgado, al Dospalmos le iba más la pluma que el pelo, había querido cambiarle el mote por el de Milagro.

Ni siquiera un loco los hubiera tomado por peregrinos.

Eran desertores.

Y delante de aquellos cinco, de los cinco de Varela, un chucho lamía el vómito de un borracho, sin remilgos, entre los cagajones de caballo, tallos de grelos y mondas de nabo que sembraban la Rúa da Fonte do Franco.

No había cuadrillas que limpiasen las calles de Compostela. En aquella Compostela hacía tiempo, mucho, demasiado, de casi todo. En aquella Compostela la miseria mandaba más que los obispos.

Y en aquella Compostela los peregrinos llegaban como salivazos de tartamudo, siempre caía alguno, pero no se sabía cuándo.

Aunque el chucho no prestaba atención a las calles sin iluminar, los negocios cerrados o las puertas reventadas por ladrones. Chupeteaba los tropezones, atento a que no apareciese una rata.

No pudo terminar la cena. Salió corriendo con el rabo entre las piernas cuando los desertores aparecieron.

El instinto le aconsejó pasar hambre, que ya le asomaba entre las costillas, antes que arriesgar su pellejo sarnoso.

Más valía no cruzarse con aquellos cinco.

Y en aquel vómito, que apestaba a cerveza, de la barata, de la que no se filtraba, y a ajo, se estampó otro de los vicios de Varela, un escupitajo de tabaco. Cayó en las piedras de Compostela como un aplauso en un charco.

Lo dejaron atrás, doblaron dos veces, en dos esquinas mugrientas, mirando a sus espaldas, que todos habían esquivado cuchilladas traperas. Y llegaron a la escalera, donde sus tacones gastados le dieron un coscorrón a cada peldaño. Hasta llegar a la puerta.

Y si aquellos cinco estaban allí, debía ser la puerta de un putiferio. De uno con ladillas como centollas y muchachas con el *mal francés*.

O la de un tugurio de mala reputación, de los que aguan el vino y dan el cambio en sopapos.

O la de un prestamista.

Aquellos cinco traían el recado de rebanar un pescuezo o venían a buscarlo.

—Virgensita —soltó el gaditano, santiguándose tres veces seguidas—. ¿T'acuerdas d'Amberes?

Los nudillos de Varela, cubiertos de costras que dejan dientes ajenos para defender un puñetazo, se quedaron en el aire, a un palmo de aquella enorme puerta.

Había entendido, pese a las vocales abiertas y el acento cantarín. Jácome seguía hablando como un raterillo del puerto de Cádiz.

Y la mano de Varela volvió a los trece apóstoles. Paseó por media docena antes de acabar en la pata de conejo.

Jácome había sido el primero en unirse después de que Varela sorprendiera al gato en los sollados del galeón. Jácome le había rebanado el pescuezo al centinela, que se fue tieso al fondo, con coleto, guarniciones, espada ropera y daga. Todo porque aquel gato era negro.

—¿Amberes...? No mentes la bicha —lo conminó con un apretón a la pata de conejo—. Todavía me escuece cuando veo un as de oros.

Y Varela llamó a aquella puerta bajo las arcadas de granito. Y el eco de los golpes resonó en el interior. Tan fuerte que dos palomas echaron a volar desde las cornisas.

Tardaron en apagarse los ecos. Sonaron a vacío.

Y se veían nuevos los maderos. Los maderos y la puerta entera. El portón más bien, porque era grande y rotundo. Y aún relucía con cera de carpintero; y los herrajes todavía brillaban.

Los cinco de Varela, frente a los tres arcos, entre tanto santo de piedra, destacaban como un tajo en los muslos de una virgen.

No protestaron las bisagras. Aún engrasadas.

Y no abrió el portón una madama intentando no rascarse, ni un tabernero con una porra en la mano. Tampoco un hebreo tras una larga nariz, de ésos ya no quedaban.

Abrió un hombre de Dios.

No pintaban nada allí los cinco de Varela, que se habían echado por la borda al costear Coruña, que desertaron antes de que la armada se acercase a Cornualles.

Incluso atrapados en las arcadas de piedra, los apóstoles y los profetas miraban con espanto a aquellos cinco.

El portón se abrió. Y apareció un tipo enclenque. Tenía que ser uno de los canónigos, ése había sido el trato. Y el canónigo, bastaba un vistazo, además de un hábito roñoso, vestía miedo.

Los miró levantando el candelabro, y se le retorció el rostro, con migas prendidas en la barba, como si mordiese un limón. Y se llevó la mano libre a la boca, para señalar los labios apretados y negar con la cabeza.

—¿Qué dise? —preguntó Jácome con el ceño fruncido.

—No, no dice. Ahí está la gracia. Es mudo —contestó Varela, y se inclinó hacia el gaditano para acabar con un susurro—: Da mal fario. Va a haber mucho que callar...

—Como'n Amberes. Como'l cabronaso del Giambelli...

Cuando el canónigo se apartó. Varela y los suyos entraron. Y quedó allí, bajo el quicio del portón, otro de aquellos escupitajos, marrón, oscuro, como una mala diarrea, a los pies del mismo Moisés. Y Varela, los cinco, cruzaron el umbral con manos en las empuñaduras, con ojos atentos a las esquinas. Como en Amberes. Cuando el italiano renegado se vendió a los ingleses.

No venían a confesarse.

Salían del infierno, atravesaron la noche de Compostela, y alcanzaron la Gloria.

II

La Gloria.

Los cinco de Varela entraron en la Gloria, tallada en piedra sobre una paloma que no echó a volar, la paloma del Espíritu Santo, junto al padre y al hijo.

Entraron por el Pórtico de la Trinidad los cinco de Varela, y nada bueno podía traerles hasta allí.

Entraron en la catedral de Compostela.

Los vio aquel chucho sarnoso, que iba camino a las basuras del hospital. Y salió corriendo una vez más, hacia las antiguas murallas, junto a las cárceles al otro lado de la plaza.

Y el portón se estampó con un crujido que corrió por los callejones. Como todos los demás accesos, quedaba cerrado. Cristo ya no recibía al necesitado en la catedral. Ni Santiago al peregrino. Ya nadie dormía entre los bancos esperando la bendición del Zebedeo.

Los tiempos habían cambiado.

Los cinco de Varela entraron, y los santos, los profetas, incluso los apóstoles del Pórtico de la Trinidad se santiguaron.

III

El arzobispo bajó el último escalón. Y sintió que se metía en el purgatorio.

Allí, bajo el altar mayor de su catedral, Juan de San Clemente y Torquemada hubiera jurado que sentía el calor de las llamas. Y que oía el repicar de las pezuñas del mismo Satanás, correteando tras un pecador. A uno de ésos retratados en el Pórtico de la Trinidad. Como aquel glotón incapaz de tragar una empanada porque una sierpe lo estrangulaba.

Y San Clemente frotaba sus manos como si las tuviera sucias de resina pegajosa. El rosario de azabache, el que le había regalado su madre en el lecho de muerte, brincaba entre sus dedos y amenazaba con deshacerse.

—Convendría que volviese al escritorio —dijo con aires de profesor—, los pleitos del juicio me reclaman —remató angustiado—. La carta de la abadesa Inés espera respuesta. El juicio se acerca...

Cuando hablaba se le notaban los años de universidad, y también los muchos latines y el griego.

—Eminencia —lo conminó el deán—, más vale prepararse para lo peor...

El mismo tono de madrugada de un padre convenciendo a su hijo de que el armario está vacío, así le hablaba el deán, Gaspar de Montalvo.

—Por desagradable que sea —continuó Montalvo—, debemos afrontar esta prueba de fe y vocación. Si flaqueamos, como Jonás, acabaremos en el vientre de la ballena.

Estaban en el laberinto de la cripta. Envueltos por piedra y el rumor del agua que se colaba por las goteras. Solos con las sombras. Y las tumbas.

—Ha de haber otro modo —insistió San Clemente, con aquel hablar suyo que hacía cada frase un pedazo de lección magistral—. Ni siquiera el rey tuvo el arrojo...

Y Gaspar de Montalvo puso su mano sin dedos en la espalda del arzobispo. Intentó reconfortarlo.

El deán Montalvo era un antiguo cantero, uno de los encargados de cerrar el Pórtico de la Trinidad. Y había pagado el precio del oficio. Su brazo derecho era un guiñapo, y la mano, un horror al que faltaban tres dedos.

—Eminencia —dijo ceñudo—, cuando nuestro amado rey Felipe visitó la catedral soplaban vientos diferentes. Debemos mantenernos firmes.

—Cambiar de opinión no supone falta de constancia, así lo expresó Cicerón —aventuró el obispo, incapaz de convencerse a sí

mismo—. Cabe la posibilidad de que la reina Isabel mude su parecer...

Gaspar de Montalvo repasó las cicatrices de una mano con la otra antes de interrumpir:

—Eminencia —sentenció, como en un rapto divino—, hemos de asumir nuestro papel como instrumentos de la Providencia.

—Aun así —titubeó San Clemente—, recurrir, pese a lo peliagudo de la situación, a hombres...

—El dinero inglés tuerce voluntades —rebatió Montalvo con resignación—. No hay otro remedio. No podemos confiar en los canales oficiales.

El deán intentaba convencer a su superior. Pero el arzobispo dudaba. No estaba a gusto con la decisión. Y, ahora sí, sin duda alguna, escuchó el repicar de las pezuñas. Y San Clemente, con los ojos rebotando como canicas en un desagüe, a punto estuvo de tragarse la lengua.

—¡Loado sea el Señor! ¡Ya están aquí! —anunció Gaspar de Montalvo.

Y el arzobispo, antes de entrar en pánico, encontró dos bocanadas de aire. No eran pezuñas, eran botas, botas recias de soldado.

IV

Entró aquel canónigo con pinta de ratón mojado, el mudo. Rascándose el cogote con una mano y con el candelabro en la otra. En una saltaban piojos, en la otra, goterones de cera.

Y entraron los cinco de Varela.

Y al arzobispo San Clemente se le cayó el rosario al suelo.

V

Torpe, con escasa dignidad, el arzobispo recogió su rosario. Y fue Montalvo el que negoció, porque San Clemente escuchaba una de cada tres palabras y miraba acongojado los recovecos de aquel laberinto de piedra en las profundidades de la catedral.

—... tenéis la ruta. Y dispondréis de salvoconductos firmados por el cabildo. Pero, y debo recalcarlo, la discreción...

Y Varela interrumpió:

—Mudos, como el pintamonas ése —soltó señalando con el mentón.

Y señaló con el mentón porque tenía una mano ocupada en el pomo de la espada y la otra sobando aquella pata de conejo.

—Mudos —continuó—. No es problema. Y si hay que joder un par de muelas, se joden. Y si hay que rajar a algún desgraciado, se le raja. Eso tampoco es problema. Lo que sea menos pasar bajo una escalera. Siempre que se cobre...

Montalvo reaccionó con espanto:

—Trabajaréis para el arzobispado de Compostela, el cabildo os dará la absolución. —Aspiraba a santidad, pero sonó a charlatán de feria; desafortunadamente, el arzobispo no lo advirtió—. Nada tenéis que temer. Seréis recompensados por vuestros servicios en la vida eterna.

—¿Y en la vida terrenal? —preguntó Varela.

Montalvo asintió. Y revolvió con aquel desastre de mano entre los pliegues de su hábito, hasta sacar una bolsa de cordobán con una cinta de terciopelo rojo.

La bolsa tintineó cuando adelantó el brazo tullido.

—Cien ducados, lo prometido.

Y Varela dejó de acariciar aquella pata de conejo reseca.

—Ahí está el problema. Veréis, eminencia —empezó el desertor, compungido—, excelencia... Veréis, andan las estrellas revueltas y la fortuna se desbarata. Aquí, a mi amigo Jácome —con una sacudida del mentón hacia el gaditano—, se le casa una hermana, y tiene que contribuir a la dote...

No explicó Varela que Jácome no sabía quién era su madre, menos aún por dónde andaría su padre. O si tenía hermanas.

—Y a Rodriguito —continuó, señalando al más grande de los cinco, un bigardo con dos pistolones al costado— se le ha puesto pocha la abuela, un mal aire o un mal de ojo —aclaró con otro apretón a la pata de conejo—, la pobre mujer... Para colmo de desgracias, al Jesuita —que no tenía pinta de soldado de Cristo, pero se llamaba Ignacio, como el fundador de la Compañía de Jesús— se le ha muerto el gato, y se le ha antojado un ataúd de caoba para el bicho...

El mudo no decía nada, mantenía el candelabro en alto y mordisqueaba un currusco de pan.

El arzobispo apenas lograba respirar, pero calló aún más que el mudo.

Y el deán reaccionó con rudeza, se le llenaron las palabras de ácido, perdió aquel hablar de catedrático que imitaba al arzobispo.

—¡Cien ducados! —le espetó al desertor—. ¡Fue lo acordado!

Varela no le dejó escupir toda su indignación.

—No le mente el muerto a la viuda, eminencia... Excelencia, o como coño se diga. Ya pasó Cuaresma y Semana Santa. O han zarpado ya o van a zarpar...

Lo dejó como si arrimase candela a una bala de paja, con la seguridad de que prendería. Y lo hizo, empezó a arder, le bastó ver el espanto en la mirada del arzobispo. Montalvo, sin embargo, sólo frunció el ceño. Más enfadado que preocupado.

Fue a decir algo. Calló. Echó un reojo al arzobispo.

—No fue lo que se acordó... —insistió mascando las palabras.

Y clavó sus ojos en los de Varela. Como si esperase a que terminase un refrán del que hubiera dado el pie.

No funcionó.

—Hay más perdigueros detrás del mismo rastro —rebatió el desertor, sin humillar la mirada—. Esto se ha gafado. Cien escudos era antes... Ahora son quinientos, cien para cada uno. Si no, búsquese a otros dispuestos a acabar con la soga al cuello.

Estrujaba la pata de conejo como para sacarle los jugos. Y, para rematar el asunto, Varela se repitió:

—Quinientos.

Y revolvió el tabaco que masticaba y escupió. El gargajo se estampó en una lápida por donde corría un hilillo verdoso de agua. Punto final.

VI

La cifra a punto estuvo de marear al arzobispo. Y tanto le apretó la angustia el rostro que pareció adelgazar. Montalvo, sin embargo, asintió.

—Trescientos —regateó el deán—. Cien ahora...

Dejó hueco al silencio, a que el rumor de las goteras añadiese suspense.

—... y doscientos a la entrega.

San Clemente intentó hablar, incluso meneó la mano con el rosario para negar. Sacudió los dedos de un lado a otro. No contaba el cabildo con fondos así. Aun así, Gaspar de Montalvo miró al arzobispo y asintió, con expresión de hacerse cargo.

Tan seguro lo vio San Clemente que se le quedó la protesta en los labios.

—Cien ahora, doscientos a la entrega —repitió Varela.

El desertor y Montalvo tenían los ojos trabados, cada uno tiraba del extremo de una soga, con todas sus fuerzas.

Y el deán, entre dientes, pese a que el obispo negaba, con los dedos envueltos en el rosario y con el mentón, insistió:

—Trescientos.

Varela soltó la pata de conejo y se volvió hacia los suyos, buscando protestas.

No las encontró, sólo a Jácome que, con disimulo, repasaba las yemas de los dedos con el pulgar, echando cuentas para repartir los trescientos entre cinco.

Era un trato. Y Varela lo cerró.

—Trescientos y las indulgencias.

VII

El mudo, que se llamaba Eustaquio, acercó el saco. Lo arrastró.

Tuvo que arrastrarlo. Pesaba un quintal, y seguía teniendo una mano ocupada con el hachón. Y los bultos del interior sonaron como el arrastrar de cadenas de un fantasma. Daba dentera.

Más allá, las sombras oscuras de viejos muros, de piedras olvidadas y rincones perdidos pintados con limo. En algunos quedaban letras talladas en latín hacía más de mil años.

La cripta bajo el altar mayor de la catedral era un laberinto de túneles, tierra y piedra. Y huesos. Había allí tumbas que daban testimonio de un templo ancestral, mucho más antiguo que la fe en el apóstol.

La cripta era un laberinto de secretos que, siglos antes, había cerrado aquel obispo de nombre Diego Gelmírez.

Pero la fe se asienta sobre los secretos del corazón.

Gaspar de Montalvo se hizo cargo, se escupió en las manos, y trabajó con las mismas herramientas que había usado para desmantelar el coro de la catedral.

Cincel y martillo. Hierro y piedra. Una vez más, los canteros trabajaban en la catedral.

VIII

Esa noche en Compostela cuatro hombres muy distintos tuvieron que ocuparse de cuatro asuntos bien distintos.

Cuatro, y cuatro.

IX

El primero, el canónigo mudo.

Luchando con la clave de cifrado, anotada en el revés de un breviario, Eustaquio compuso, a la luz de una sola vela, una carta para su auténtico patrón, que no era el cabildo de la catedral de Compostela.

La entregaría él mismo, en las afueras de la ciudad, en una puerta bajo manzanos del convento de Santa Clara.

Mientras escribía, sacaba la lengua por entre la comisura de los labios y, antes de cada trazo, frunciendo el ceño, murmuraba cada palabra.

Podía hablar.

Y no fue un milagro, no cayó de hinojos para alabar a Dios por haber recuperado la voz.

X

El segundo de los cuatro fue el propio Varela.

Él y los suyos salieron de la catedral amparados por la noche, vertiendo desconfianza en cada esquina y rodeando todos al gigantón de Rodriguito que, sobre el hombro, del lado que llevaba los pistolones, portaba, como un costalero, un cofre de madera en cuyo interior se oía un traqueteo.

Los cinco se escabulleron hacia la Rúa do Vilar.

Y, una vez más, sólo los vio aquel chucho, mil leches y sarnoso, que volvía del hospital al otro lado de la plaza, la misma que en tiempos mejores se había llamado de la Trinidad y que, ahora, sin más, se llamaba la del Hospital Real. Y volvía contento, había encontrado un hueso de cordero, poca cosa, un trozo de paletilla, pero suficiente para estafar al hambre.

XI

Al arzobispo San Clemente le tocó el tercer turno.

Se negó a abandonar la cripta cuando los cinco se marcharon con el cofre.

Se quedó solo. De rodillas, entre el arrepentimiento y las dudas.

San Clemente, revolviendo el rosario de azabache, rezaba.

XII

El cuarto y último fue aquel cantero reconvertido a hombre de Dios.

Antes de cantar los gallos, con sombrero de ala ancha, embozado en capa larga, el deán Montalvo violó las sombras de Compostela. Sorteó charcos y basuras, tapándose la nariz con la mano mala en las esquinas, y entró por la trasera de un caserón cerca de la iglesia de San Fiz.

No era hora de visitas. Los únicos despiertos serían los frailes trajinando para laudes. Y, sin embargo, no lo recibió un monje, sino un pelirrojo.

—*Tell me, tell me, is it done?*

Respondía por el nombre de William, y tan nervioso estaba que no recordó que Gaspar de Montalvo sabía algo de piedras, y dos latines, pero no inglés.

—En cristiano —requirió el deán.

En un tono muy distinto al empleado un par de horas antes con el arzobispo. Ronco, seco. El paseo nocturno le había regalado autoridad y robado paciencia.

—¿Está hecho? —reformuló ansioso William de Borought.

—Un trago primero...

No parecía Gaspar de Montalvo el mismo. Había crecido una pulgada entera. No recibía órdenes, las daba.

Y no contestó hasta haber echado dos largos tragos y un eructo satisfecho.

—Está hecho. Ahora depende de tus muchachos —le espetó al otro con desprecio—, a ver si son capaces de encontrarse el culo.

El tal William escuchó horrorizado, y corrigió con aquel acento suyo agarrado al paladar, tirándose inquieto de los pelillos de una ceja.

—Hablas de la marina real —apuntilló—, escogida por su majestad la reina. Y mi patria fabrica los mejores barcos y cuenta con los

mejores marinos.

Gaspar de Montalvo dejó la copa en la mesa, se inclinó hacia delante en la silla y, con aquella mano que era un guiñapo, dio dos sonoras palmadas en la mejilla del inglés. Plaf, plaf. Anunciando que había más de donde habían salido aquellas dos.

—Cómo os gusta a los ingleses contar mentiras... Una panda de ladrones, facinerosos e hijos de la gran puta —aún con la mano en alto, prometiendo bofetadas—. Eso son tus marinos. Y la mayoría con cagalera... ¿¡La reina!? Esa frígida sólo tiene una cosa más cerrada que el coño, ¡el puño!

William pesaba dos arrobas menos que el antiguo cantero, y sus manos, enteras y sin faltas, no tenían un solo callo, a no ser de sostener el cañón de la pluma. Se tragó el orgullo con flema, cambió de ceja de la que tironear y pretendió que nada había sucedido.

Se acercó a un bargueño arrimado a la pared y, con una de las muchas llaves que llevaba en un aro prendido al cinto, abrió un compartimento. Se oyó el roce de un doble fondo. Y sacó un rollo de cuero con los extremos anudados.

—Nada de esas mierdas de plata rebajada —advirtió Montalvo sin paciencia.

El inglés asintió y habló para sí:

—I scorn you, scurvy companion. I'll beat thee, but I would infect my hands...

Se quedó a gusto con aquel murmullo y cambió de nuevo al cristiano.

—Por supuesto —aceptó William, sin perder el acento—, así se acordó. —Y desató los extremos—. Soberanos de oro de la mejor ley.

Sobre la mesa, bajo el tintineo de jarra y copas, quedaron esparcidos brillantes retratos de Isabel de Inglaterra erguida en su trono.

Y Gaspar de Montalvo, pese a los dedos que le faltaban, y a la ruina de los que le quedaban, los recogió con rapidez de urraca. Con el gesto, la capa se abrió una pulgada y descubrió los gavilanes de la espada.

William lo vio.

—Vendrán miles de hombres...

Se detuvo en su tarea Montalvo, miró al inglés con suspicacia, y comprendió que el otro había visto el arma.

—Me interesa más cobrar que hacerte pagar —soltó descarado, recolocando la capa—. Deja que te lleguen los calzones a esos huevos pelirrojos. Mientras haya más de éstas —puntualizó levantando una de las monedas—, yo cumpliré mi parte.

Ante el rostro desconfiado del inglés, Gaspar de Montalvo añadió algo más:

—Respira, incluso ese mamarracho de Drake sabrá donde encontrarlo.

—Sir Francis Drake —corrigió el inglés, sacudiendo los dedos para dejar caer el pelillo que, sin querer, acababa de arrancarse de una ceja—, la reina lo nombró caballero.

—Además de inglés —se revolvió Montalvo—, que ya es bastante jodienda. Es un pirata hijo de puta y cabrón, ¡eso es lo que es! Y si dio la vuelta al mundo, que tanto cacarea, fue porque la sombra de la horca le apretaba. Y más le valdrá que yo le diga dónde buscar, porque, de no ser así, ese mentecato no se la encontraría para mear. ¡Tú no olvides que faltan otros tres como ése!

Y aquella mano tullida señaló el rollo de cuero vacío.

XIII

No se gustaban aquellos dos hombres. Pero el oro siempre lima asperezas.

Y hablaron. Largo y tendido.

—... incluso si la ciudad aguanta. Tu reina cumplirá su capricho.

Así concluyó Montalvo. Tajante. Y el inglés, a regañadientes, admitió que era una gran idea.

—¿Será seguro?

El deán asintió con suficiencia. Como si le cansase explicar lo obvio.

—Lo será, y ha salido gratis —afirmó, con retintín—, se encargarán unos portugueses muy patriotas...

—¿Dónde? *Where?*

La pregunta vibraba con ansiedad. Pero Montalvo parecía un tahúr con los triunfos escondidos en la manga.

Se tomó su tiempo para sacar del jubón una de las copias que había hecho.

—Con la excusa de las licencias para predicar en Cuaresma visité el convento de Santo Domingo...

Y no terminó Montalvo la frase. Había caído en la cuenta de algo. Sus dedos deformes repasaban las dobleces del papel. Las cicatrices raspaban como la lima de un herrero. Daba escalofríos. Uñas amarillentas. Rotas, gruesas. La piel, que cambiaba del rosa intenso al color de un cirio.

Era difícil mirar.

—¿No habrás tenido los cojones de mentirme? —preguntó el deán con un gruñido.

William tragó antes de contestar:

—Son muchos barcos, *lots and lots*. Se moverán lanchas de continuo... Y su majestad no me abandonaría, mi familia lleva sirviendo...

—Tu familia es una panda de lameculos —interrumpió Montalvo—. Cucarachas...

William, abochornado, y resultaba extraño aquel color bajo el flequillo pelirrojo, negó lentamente.

—La reina, *God save her*, cumplirá su palabra.

Montalvo lo miró como si viese nubes que amenazaban la cosecha. Acabó por avanzar su mano deforme y puso el mapa doblado al alcance del inglés.

Y el inglés reaccionó de inmediato, le faltó brincar para cogerlo. Pero Montalvo no lo soltó.

—Si me has mentido, lo pagarás con tu puta vida —amenazó el deán—, te encontraré en Londres, aunque me lleve una vida. Te cortaré esas pelotas coloradas y te obligaré a comértelas.

Al acabar su amenaza, Montalvo soltó de golpe la copia del mapa que había dibujado, tal como tantos años atrás había dibujado santos, profetas y apóstoles antes de tallarlos en piedra.

Y William estuvo a punto de caerse. Aquel adefesio de carne machacada y uñas rotas lo sujetó por la pechera para ponerlo derecho con violencia.

—Asegúrate de que llegue a tiempo —remató Montalvo—, y de que esos mentecatos no se pierdan.

Sólo entonces accedió a abrir el mapa y explicarse.

Allí estaba la ciudad. La bahía, el puerto, convertidos en trazos de tinta. Y aquel convento de Santo Domingo. Y el faro.

—Repíteme los nombres —pidió el inglés cuando el deán terminó —, *both*.

Y Montalvo, con una sonrisa de comadreja, lo hizo:

—Gaiteira. Los peñascos de la Gaiteira.

El dedo deforme se movió al otro punto señalado con una cruz.

—El Cementerio de los Moros.

No mencionó los doscientos escudos pendientes.

XIV

Esa noche en Compostela cuatro hombres bien distintos se ocuparon de cuatro asuntos bien distintos.

Cuatro, y cuatro.

Y una mujer se ocupó del quinto.

A un paso de la muralla, rodeado por inmensos huertos y manzanos que pintaban la primavera con flores rosadas, había un convento que no era el del mapa de Montalvo. El convento de Santa Clara.

Largos pasillos de piedra y fe. Un testigo de tiempos mejores, con sillares que se habían dejado crecer una barba verdosa de musgo.

En su corazón, en los humildes despachos rodeados de celdas, su abadesa, la única superviviente de la estirpe de sultanes que había gobernado la bella y *última*, la *rica*, Inés de Granada.

Revisaba papeles y correos, todo sobre el juicio del voto a Santiago.

—Han descubierto la estafa, el cabildo perderá...

Lo dijo segura de sí, y las dos monjas que la ayudaban con aquellas dispensas gimieron escandalizadas. Y una de ellas, joven y espabilada, con ganas de ocupar la silla de la abadesa cuando el señor la llamase a su vera, habló:

—Ese abogado madrileño es un buitre —con admiración que revelaba lo ambicioso de su carácter—, ha conseguido que el Vaticano reconozca que no existe registro en sus archivos. El obispo necesita encontrar el original aquí.

Y la otra, de piel más clara, con mofletes sonrosados y aspecto de lechera saliendo del establo con un cubo a rebosar, más apocada, intervino dubitativa:

—La catedral ha sufrido incendios, es lógico que no...

La abadesa, que conservaba el lustre de su piel aceitunada y el brillo de sus ojos, negros como abismos, que parecía una reina a punto de ordenar que un país entero se arrodillara, las interrumpió a las dos:

—Debemos ayudar. Compostela se ahoga...

Era sincera. Podía advertirse su preocupación.

—Se hunde —afirmó la más ambiciosa.

—Nunca debe perderse la fe —añadió la otra.

Inés de Granada abandonó su mesa. Y cubrió los tres pasos hasta la pequeña ventana que miraba sobre los huertos.

—Si cae el obispado —lamentó mirando al exterior—, nosotras...

No terminó la frase. No hacía falta.

Además, llamaron a la puerta.

Las otras dos monjas hicieron ademán de abrir, pero fue la más ambiciosa, con un curioso rostro lleno de pecas pese al tono oscuro de la piel, quien ganó la partida. Y se aseguró de mirar atrás para comprobar que la abadesa veía su voluntarioso esfuerzo.

Al otro lado apareció una viejuca, apenas pelusilla, huesos y hábito. Sor Venancia, la admonitora del convento, que estaba allí, a aquellas horas, porque llevaba cincuenta años sin dormir una noche del tirón y deambulaba por Santa Clara como un fantasma. Luchando contra recuerdos que eran secretos. Escupiendo sobre la memoria de un amor imposible.

Se había recocido en rencor. Fe ya no le quedaba. Pero le gustaban la comida y la cama.

Con sus manos, manchadas de vejez, entregó un rollo lacrado.

—Acaban de traerlo —anunció sor Venancia antes de marcharse.

Y lo hizo con el dejo de la edad, de a quien todo le importa un comino menos cómo le van las tripas y cuánto ha podido dormir esa noche. Pero la morena ambiciosa dio un brinco cuando, ya en el pasillo, la viejuca terminó la frase:

—De Flandes, nada menos —con palabras que se achicaron al alejarse por el corredor.

Inés de Granada no se apartó de la ventana, pero movió la mano, ansiosa por recibir el mensaje.

A la luz de la luna, que se colaba por la ventana, su rostro se demudó un poco más con cada línea. Cuando terminó de leer, los brazos de la abadesa se rindieron y el documento cayó al suelo con un susurro.

No dejó de mirar por la ventana, pero pareció que la edad la alcanzase para hacer justicia.

Su mentón acabó por rendirse también. Y miró al suelo, por un suspiro, antes de cerrar los ojos y hablar en voz baja.

—Es de sor Angustias.

La morena pecosa se echó hacia delante. La otra hacia atrás. Sus sombras se cruzaron sobre el suelo.

Eran tiempos difíciles. Y se avecinaban tiempos peores.

Inés de Granada se lamentó con la voz quebrada:

—Tenemos problemas mayores de los que pueda destapar ese leguleyo de Madrid...

Caponeras, Dunkerque y Cagayán



I

Llovía. Tanto que se hubiera inundado el infierno.

La lluvia apuñalaba los tres vidrios que quedaban sin romper en las ventanas. Y se colaba ansiosa por los disparos de mosquete del tejado. Tenían que apretujarse para seguir secos.

Era un destartalado almacén del puerto de Dunkerque, y no se había reparado desde la reconquista de la ciudad. No había tiempo. Las tropas aún cazaban, como a ratas, a los calvinistas, luteranos y orangistas que se escabullían por los desaguaderos.

Todavía había chispazos de pólvora en las paredes, y manchurrones parduzcos en el suelo. Pero no podían esperarse lujos cuando un soldado de los Tercios acababa con grilletes y a la espera de juicio.

Era un almacén reconvertido en prisión.

Una prisión apañada con cuatro rejas soldadas aprisa y dos retenes de guardia que se daban los turnos. Ni siquiera habían sacado de allí los trastos de los pescadores.

Humedad, salitre, escamas en las rendijas entre tablones y tufo a pescado viejo remezclado con sudor y desesperación.

Italianos, algún alemán, y unos cuantos del otro lado del charco que, en lugar de buscar el dorado, habían elegido la fortuna de soldados de su majestad.

Había mosqueteros y piqueros, dos tambores que aún no se afeitaban y, junto a unas cuantas redes, un morisco cordobés que usaba las escudillas del rancho para darse ritmo cuando se arrancaba a cantar.

En una esquina, lejos de las goteras, detrás de una montonera de corachas, tres de los prisioneros se apostaban los gorgojos de las galletas recocidas que les daban, una vez al día, para remojar en caldo aguado. Y un berciano, con la cabeza tan monda como un canto rodado, se levantó en un revuelo de cartas, como si le hubieran pinchado el asiento.

—¡Tramposo de mierda!

Fue la chispa que prendió el fuego.

—¡Tramposa tu puta madre! —repuso el otro.

—No tienes lo que hay que tener para repetirlo —se entrometió el tercero.

Y el resto de los prisioneros se apuntó a la pelea, contentos de tener algo que hacer que no fuera contar gotas de lluvia.

—Pregúntale a tu madre si tengo o no tengo lo que hay que tener —se revolvió el berciano, que cargaba espaldas de remero—, la última vez quedó más satisfecha que una gorrina cubierta de barro.

Los guardias, al otro lado de las rejas, no intervinieron. Sólo observaron con desgana divertida.

Todo se llenó de insultos y golpes, pero en la otra esquina, más allá de un zamorano que le escupió en la cara a un turco renegado,

detrás de una pila de grandes carretes para sogas, uno de los presos no se movió.

Estaba allí por culpa de un ataúd.

Y cuando el berciano se le acercó después de tumbar a dos, aquel tipo lo miró por encima de la moneda.

—Ellos se van a reír, tú no...

La calva del berciano se arrugó cuando levantó las cejas, pero no se detuvo, siguió avanzando, abriendo y cerrando los puños.

Y aquel tipo, con un suspiro cargado de reniego, le habló con desgana.

—Llevas el as de bastos metido hasta el codo. Y dos sotas en la bota derecha...

El berciano no respondió. Dio un paso más. Mordió tan fuerte que la calva brilló. Y se arrepintió. Se volvió a buscar a otro al que partirle los morros.

Fue el único que no peleó, el del ataúd. Y tenía aspecto espinoso.

Incluso cabizbajo se le intuían las millas, de tierra y mar. Era un veterano, con demasiada guerra a cuestas, pocos ahorros y menos esperanzas de regresar con vida a casa. Lo más llamativo eran sus ojos, inquietantes para algunos, excitantes para muchas, de un azul profundo, violeta. Una herencia de su abuela.

Nadando en bravuconadas y puñetazos. Los demás peleaban. Él hacía bailar una moneda entre los dedos.

Con pasmosa habilidad, la moneda brincaba entre nudillos sucios de tierra. De un lado a otro.

Y la moneda era tan peculiar como su dueño. De plata. Sobada y envejecida. Pero ovalada, como si la hubieran aplastado. Además, no tenía latines, ni el nombre del rey, y estaba inscrita con símbolos extraños.

Un recuerdo de la batalla de Cagayán.

Era una moneda del Japón.

II

Acabó la pelea. Acabó el día. No quedó otra luz que un hachón al otro lado de las rejas, y Barrabás Balboa detuvo la moneda.

La escondió en un tajo del cinto y se sacó el maldito ataúd de la cabeza. Tenía prisa. Se le acababa el tiempo. Y ya no importaba que lo del cementerio se hubiera ido al carajo. El chivatazo era el menor de sus problemas.

El resto dormía, o pretendía dormir. Ronquidos, un largo cuesco. Alguien que se masturbaba. Y, entre bostezos, los guardias espantaban el sueño conspirando sobre la falta de paga.

Había llegado el momento.

Balboa se arrastró tras los carretes. Y se acercó a la pared, combada y llena de agujeros por los que se colaba la lluvia. Allí había una montonera de nasas que apestaban a cebo podrido. Y el hedor era tal que nadie, ni los guardias, ni los presos, se había dado cuenta de que aquella pila de nasas había mermado los últimos días.

Balboa escuchó por un momento. Y, cuando quedó satisfecho, se desvistió. Aprisa.

III

Tenía que apurarse. Toda una vida huyendo y no podía dejar que, ahora, tan cerca de detenerse al fin, se fuera todo al carajo.

Respirando por la boca, sin aspavientos, en silencio, Balboa se quedó como había venido al mundo y amontonó la ropa en el interior de una nasa alejando la cara de la peste.

Tanteó el suelo, apartó mierda y barro, y levantó la tapa, improvisada con listones de las nasas.

Y se lo tragó la tierra.

Se metió en el túnel, a tres varas bajo tierra. La caponera, como le decían en Flandes, y empezó a cavar.

Con las manos, con piedras, con restos de las nasas, con lo que fuera, Balboa cavaba, y usaba más listones para apuntalar aquella locura a punto de derrumbarse y sepultarlo vivo.

Arrastraba tierra, raíces, lombrices. Y paleaba con apenas sitio para moverse. Tan estrecha era la mina que, para sacar el barro o conseguir más listones, tenía que retroceder hasta que sus pies eran lo primero en asomar por el agujero junto a las nasas.

Hacían falta agallas, y paciencia. Y Balboa tenía las dos cosas.

IV

Lo que no tenía era tiempo.

Por sus amigos.

Y por ella. Ella podía poner fin a treinta años dando tumbos.

Ya no importaba Zacatecas. Ni el barco de Sevilla.

Tenía que salvar a sus amigos. Y tenía que hablar con ella. Pedirle perdón. Explicarse. Contarle la verdad. Rogarle que se marchasen de allí, para siempre, a donde fuera, al condenado Japón o al Perú. Lo que fuera para salir de la sombra de las palabras de su abuela.

Ella...

—*Ach, Frauen!* Las hay cientos...

Eso había dicho Maximilian, y no era cierto. Para Balboa ya sólo había una. Y la había perdido.

A ella. Todo. Lo había perdido todo.

Cavó. Cavaba. Con la desesperación clavando las garras en su espalda.

Y, una vez más, no salió bien.

V

Tuvo que sacudir la cabeza, pensó que se le había metido tierra en el oído y que, en la oscuridad, había escuchado lo que no era.

No sería la primera vez.

Bajo tierra, algunos enloquecían.

Como aquel salmantino que se había negado a salir en Brujas. Se había metido con diez libras de pólvora, suficiente para derribar el muro y el jodido canal que amenazaba con ahogar a diez buenos batallones. Se metió, pero no salió. Lo animaron. Le gritaron. Y Balboa había intentado sacarlo, hasta que el sargento lo había obligado a salir. Por miedo a perder dos hombres y no solo uno.

Volaron por los aires. El muro. El canal. La caponera. Y el salmantino.

Había zapadores, que cavaban para zanjas, desagües y trincheras. Incluso para las letrinas. Y había tipos como Balboa, que tenían lo que había que tener para meterse tres varas bajo tierra.

Por eso, cuando escuchó su nombre, pensó que no era cierto.

VI

—¡Por Cristo bendito y todos los apóstoles! ¡¿Quién coño es Balboa?!

Salió tan rápido como pudo, culebreando.

—Lo juro, por éstas —gritaban al otro lado de las rejas—. Y por el portal de Belén, con mula y pastor cagando. Como tenga que entrar,

os despellejo con un tenedor, cago en sos. ¡Arriba!, hijos de mala madre, ¡despertad!

Balboa, mientras se vestía, oyó protestas, valentonadas. El berciano invitaba al sargento a entrar y cumplir su palabra.

—¿Quién coño es Balboa? ¡Por el amor de los Cielos! ¡Que se presente!

Tenía que ser un sargento, sólo un sargento de los Tercios podía gritar con andanadas así y, a la vez, soltar ristras de juramentos.

—¡Santa Bárbara bendita! ¡¡Arriba!! ¡¡¡Desgraciados!!!

No podía ser otra cosa que un sargento. Del Milanesado a la misma Dunkerque, aquellos bigotazos y la expresión de que le pisaban los callos eran inconfundibles.

Y al sargento, Balboa no lo conocía. Pero al otro, al otro jamás lo olvidaría.

No, al otro no.

Balboa se limpió como pudo, disimuló, se escurrió más allá de las nasas, lejos del agujero, para despistar. Y dio unos pasos al frente con las manos embarradas a la espalda.

—¡Por el Bautista! —gritó el sargento—. Apareció el mesías... ¿Eres tú Balboa?

Más que preguntar, el sargento acuchilló el aire. Pero Balboa no se dejó intimidar, echó un reojo de pena sobre el hombro, a las nasas, y acabó por asentir.

—¿Y qué coño te pasa? —insistió el sargento—. ¿Estás sordo?

—No, pero casi —contestó Balboa llevándose la mano junto a la oreja derecha—, una bombarda de Alkmaar. —Y abrió los dedos violentamente, simulando una explosión—. Una pena —continuó con retranca—, todavía oigo más majaderías de las que quisiera...

El nombre de la ciudad fue una pedrada en un charco.

Pocos habían salido con vida del sitio de Alkmaar.

El berciano se echó atrás, callado. Y tres olas de cuchicheos fueron y vinieron entre el resto de los prisioneros. El sargento enarcó una ceja y se quedó sin santos que mentar.

Balboa no se movió. No habló. Y aprovechó el silencio para clavar sus ojos violetas en el otro, el picapleitos.

Picapleitos. Escribiente. Pinta de poca cosa, y con un pañuelo en las narices para espantar la peste a pescado podrido.

Vestía de carísimo negro, con lechuguillas en las mangas y golilla impoluta al cuello, tan blanca que la barba de chivo parecía un trazo de tinta. No le llegaba al sargento por el hombro. Daban ganas de ofrecerle unas galletas recocidas, o al menos unos gorgojos, a ver si crecía.

Era uno más de los miles de engranajes de la burocracia del rey Felipe. Un pisaverde, como tantos que se arrimaban a la guerra con tinta en vez de pólvora, pero un pisaverde con un extraño: una pata de palo. De buena madera de nogal, pero madera. De la rodilla para abajo, la pierna derecha era comida de carcoma.

Y Balboa supo, en cuanto lo vio, que lo de fugarse se había ido al traste. Aquel catacaldos cojo olía a chamusquina.

El sargento se despabiló la sorpresa. Se cagó en cinco generaciones de los que estaban de guardia. Y, con tres zurriagazos de la porra, consiguió que uno de los centinelas abriera la reja.

—¡Tú! Fuera.

Era lo más cortés que un sargento podía dispensarle a un veterano de Alkmaar. Casi sonó a respeto. Pero Balboa no se movió.

—¡Cagüen la leche que mamaste! ¡Por el perro de san Roque y su puto rabo! —Acercándose a la reja abierta—: ¡¡No me toques los cojones!! ¡¡¡Fuera!!! O te saco a latigazos...

Balboa lo oyó, pese a su oído malo. Y también oyó, lejos, muy lejos, los gritos de su abuelo.

Una vez más, otra vez más, se iba al carajo.

VII

Tenía que intentarlo. Aunque fuera inútil. Balboa tenía que intentarlo. Necesitaba que lo dejasen allí, en aquel almacén mugriento. Ella, Alessandra, se marcharía.

—Tan linda como la Pilarica —había dicho el maño.

Y Balboa no tenía tiempo. No podía dejar que lo trasladasen.

No obedeció la orden. Balboa se quedó donde estaba. Y levantó un nuevo murmullo de admiración que corrió entre los presos.

—No merece la pena —le dijo Balboa al sargento—. Siempre he tenido mala memoria —se lo dijo al sargento, pero miraba a aquel pisaverde con la pata de palo—. No hay nombres que dar. Lo hice yo solo...

La pata de palo golpeó el suelo dos veces. Dos pasos se acercaron a la reja. Y su dueño habló en voz baja, sólo escucharon el sargento, sus bigotazos, y los de guardia.

Los centinelas a punto estuvieron de descoyuntarse el pescuezo al subir y bajar el mentón. Y el sargento, con colmillo como para rascarse el ombligo, también asintió y se llevó los dedos a la boca como si echase un pestillo.

Balboa supo que no había remedio.

VIII

El duque de Parma, su excelencia Alejandro de Farnesio, era quien había arrancado Dunkerque a los rebeldes, y era quien había

dispuesto que la ciudad y su puerto fueran de nuevo útiles para la Corona del rey Felipe.

Y Dunkerque era una buena elección, rodeada como estaba por mar y tierra, o peligrosos bancos de arena que despanzurraban barcos, o marismas que se comían a cualquier infantería.

Pero después del fiasco de la armada el año anterior, con los ánimos como estaban y la Real Hacienda en telarañas, no se reforzaban esclusas y canales, baluartes y torres defensivas. No se adecentaba la ciudad, y no había podido apañarse mejor cuartel que aquel caserón, todo balcones y balconadas, la mayoría apolilladas.

Balboa conocía el lugar. Por supuesto que lo conocía, allí había empezado todo.

Allí la había conocido a ella.

Allí se había enamorado de ella.

Allí, en algún lugar de aquella casona, que debió haber sido de un rico mercader, antes de que la guerra le pasase por encima a las herejes Provincias Unidas.

La conocía. Por los pasillos, en algún corredor, barridos por una escoba, quizás escondidos bajo una alfombra, estarían los pedazos de su corazón.

Balboa sabía a dónde lo llevaban.

IX

—¡¿Un ataúd...?!

Perplejo, el pisaverde abandonó en la mesa los papelajos que tenía entre las manos. Los dejó encima de otros tantos, poniendo cuidado de que quedasen alineados, y se levantó.

—Un ataúd... Jamás hubiera pergeñado semejante triquiñuela —reconoció—. Ocurrentísima. Menos mal que aparecieron los sargentos... ¿En qué pobre lugar hubiera quedado el nombre de nuestras tropas de no ser así?

Y el tono, afable, estaba hueco, escondía algo. Algo que apestaba más que el dichoso almacén del puerto.

—Sin embargo —apuntilló el funcionario enigmático—, en este atribulado presente, urgen otros asuntos. Ajenos a ataúdes, onzas de oro o carísimas perlas margariteñas...

Balboa se frotaba las manos, sucias, mordidas por los grilletes y, con disimulo, intentaba adivinar quién era aquel tipo y qué hacía él en sus despachos.

—Asuntos —continuó aquel baldragas envuelto en burocracia gris — que podrían irle como un guante a un hombre con tus..., digamos, notabilísimas habilidades.

Hablaba y paseaba de un lado a otro, como si no fuera capaz de pensar sin el repicar de la pata de palo sobre los lujosos suelos.

La guerra es la guerra. Miserias. Hambre. Y muerte. Y aquella guerra tenía ya veinte años, y los que le quedaban, porque cualquiera con dos dedos de frente sabía que había más en juego que rosarios y santos. Veinte habían pasado ya desde el saqueo de iglesias, la quema de santos y los curas ahorcados. Y le faltaban, como poco, otros veinte. La guerra en Flandes se había enquistado. Sin embargo, Luis del Valle y Nespral, que así se presentó, sabía arreglárselas.

Aquellos suelos lujosos eran los despachos de su excelencia, el duque de Parma. Amplios, limpios, ordenados. Con acopio de libros, y candelas suficientes, que llenaban la estancia con el intenso aroma a buena cera virgen.

El secretario Luis del Valle y Nespral tenía hasta un reclinatorio en cuyo apoyabrazos había un misal de cantos dorados y tapas de nácar.

—Qué descortesía la mía, ¿te apetece un poco de aloja?, ¿de cerveza? —preguntó de pronto, chorreando una amabilidad extraña con un prisionero—. ¿Una copa de buenísimo tinto de Toro?

Balboa no respondió, no se movió. Echó un reojo a la puerta cerrada. Calculando dónde estarían el sargento y sus hombres, pensando si podría escapar. Pero el instinto obligaba a desconfiar. La peste a chamusquina obligaba a arrugar las narices.

Luis del Valle y Nespral, tras carraspear, se olvidó de las bebidas y probó algo distinto para romper el silencio de su prisionero.

—Anteayer —anunció con escándalo— fue apresado aquí mismo, en los cuarteles, en el hogar como quien diría, un espía orangista. Trabajaba para la Corona desde los tiempos de don Juan —añadió sacudiendo el mentón, observando la reacción de Balboa—. Y su excelencia el duque alega buenísimas razones para creer que no es el único. Podría haber oídos franceses entre nosotros. Portugueses. O, Dios no lo quiera, ingleses.

Parecía lamentarlo sinceramente. Y bajó el tono antes de continuar, como si las paredes escuchasen.

—El cifrado del correo de su majestad está comprometido...

Por toda respuesta, Balboa siguió masajeándose las muñecas. Y el secretario volvió a cambiar de rumbo. Rastreaba como un perdiguero, buscaba dónde hincar la puntilla para obligar a Balboa a reaccionar.

—Peculiar hoja de servicios. Nadie con mayores destrezas con arma blanca —dijo Del Valle, señalando los papelajos—. Con disposición y valentía encomiabilísimas. ¡Mondragón te concedió una ventaja...! Desafortunadamente hay tantos elogios como agravios. —

Atusó aquella barba de chivo—. Ladrón. Estafador. Pendenciero... Lo sucedido en Amberes. ¡E incluso retaste a duelo a un maestro de campo!

Silencio. Balboa prefería el silencio. Se había acostumbrado al silencio en las caponeras.

—Pero no lo mataste —continuó Del Valle—, aun habiendo vencido. Pediste nuevo destino. ¡Jamás vi algo así! —Con un gesto hacia la mesa—. Lisboa, Terceira, Acapulco, Luzón...

Balboa se encogió de hombros. Le gustaba el silencio. Se combatía en silencio. De Flandes a Filipinas. El silencio de los piqueros había aterrorizado a Guillermo de Orange cuando los Tercios se le echaran encima.

Pero a Del Valle el silencio le quedaba pequeño. Quería algo de su prisionero.

—Y el desagradabilísimo incidente del cementerio de Oostkerke —dijo, fingiendo que hablaba de naderías, pero apretando tanto la pata de palo contra el suelo que la madera corría el riesgo de astillarse—, con sus agravantes. Perturbar a los muertos, violentar un lugar sagrado, poner en entredicho a una familia leal a su majestad...

Y Del Valle calló. Dando entender que la lista era tan larga que no merecía la pena molestarse en terminarla.

Balboa rompió su silencio:

—Fue culpa del queso...

El secretario lo examinó de arriba abajo. Y entornó tanto los ojos que aparecieron arrugas en las comisuras de los párpados. Pero no preguntó. Y, por una vez, habló con brevedad.

—He de hacerte una proposición.

X

—Que vuelva el sargento y me lleven al almacén —soltó Balboa—. Le he cogido cariño al tufo a pescado podrido.

Cargada de cinismo, retranca y acento gallego, ésa fue la respuesta tras escuchar la proposición.

Y Del Valle detuvo sus paseos por la habitación para sentarse en el borde de la mesa, donde recolocó el tintero. Que era una delicia de bronce fundido como un caballo alado.

—Entiendo tus desconfianzas —dijo Del Valle con aires comprensivos, y fingidos—. Pero su majestad tiene interés en este tipo de encomiendas. Un especialísimo interés. Ha aparecido, ¡después de años perdida! Ha aparecido la Sagrada Forma de Gorcum...

La noticia no tuvo el efecto deseado. Balboa no reaccionó.

—Esa reliquia ha de llegar a El Escorial —continuó el secretario—. ¡Es única! Conserva las huellas, pueden verse los agujeros donde pisaron los clavos de las botas ¡Aún sangra! Es una piadosa demostración de que nosotros, fervientísimos católicos, tenemos la razón al salvaguardar la fe de Roma y su santidad.

—Podéis llamar al sargento —insistió Balboa—. O a Requesens si conseguís una meiga que hable con los muertos —con el pulgar metido entre los dedos, para espantar el mal de ojo, como le había enseñado su abuela.

No mandó llamar al sargento, Luis del Valle asintió con un susurro de la barba en la golilla y cogió otro de los papelajos de su mesa.

—La burocracia es lenta —continuó el secretario fingiendo disgusto—. Lentísima. Siempre se ha corrido más en los campos que en los despachos. Pero ésta es una copia de la petición que hizo

Alonso Muñiz después de lo de Cagayán. Sólo faltan firma y sello... Los míos, por ejemplo.

Y acompañó sus palabras de una floritura en el aire, con una pluma imaginaria en los dedos. Le puso punto final con gesto de martillazo, y empujó en el aire su anillo, como timbrando lacre derretido.

—Y, no cabe duda, este desafortunadísimo asunto del ataúd podría convencerme de que mi firma y mi sello son lo más apropiado.

Balboa mordió.

Del Valle se recolocó la golilla y volvió a hablar:

—No volverás al almacén —aseguró—. O vienes conmigo y ayudas a cumplir nuestro deber cristianísimo. O acabarás remando hasta que el buen Dios se apiade de tu alma y de tu cuerpo castigado...

Y tendió el documento para que Balboa pudiera verlo.

Y, mientras lo hacía, despistó el rabillo del ojo por la mesa, y vio mapas, mensajes en clave, galimatías de palabras incomprensibles. Símbolos que no eran letras. Y Balboa comprendió: Luis del Valle era el nuevo secretario de cifrado del duque de Parma. Era Del Valle quien traducía los mensajes que se cruzaban entre El Escorial y Dunkerque. Era un guardián de secretos.

—Está todo lo que debe y nada falta de lo que ha de haber —continuó Del Valle mientras Balboa cavilaba—. Es una condena —alargando las palabras, revolviéndolas en la boca como si fueran dulces—, una condena a galeras... De por vida.

Peor podía ser que te castrasen los jenízaros. O morir ahogado cuando los calvinistas jodían una acequia. Y mejor era la horca, rápida e implacable. Mejor aún la espada más hábil de un duelo honesto.

Morir era morir.

Pero languidecer con la espalda descarnada y las manos en carne viva no era forma. El infierno era mejor destino que galeras.

Un escalofrío reptó por el espinazo de Balboa. Pero no se amilanó.

—Alonso Muñiz es una rata cobarde —rebatió—. Y un embustero.

No sirvió de nada. Del Valle tenía más munición.

—¡Qué despiste! Por supuesto, lo olvidaba —y cogió más documentos—, hay otras dos condenas más. Igualísimas. Hasta la última línea. Con los sellos pertinentes y las autorizaciones. Sólo faltan las firmas —y clavó sus ojos en los del soldado—, e imagino que los nombres te resultarán familiares...

Sólo el orgullo de Balboa, testarudo como él mismo, retrasó lo que, y ambos lo sabían, era inevitable.

Igual que un árbol talado, se oyeron los crujidos de la madera, cuando el hacha se detiene y el tronco se desploma, desgarrando el muñón que lo ata a sus raíces.

—A la fuerza ahorcan...

Pero algo le impedía a Balboa ceder sin más, algo atávico y rebelde. Lo mismo que había conseguido que acabase preso. Lo mismo que la había alejado a ella.

—Lo haré, pero sólo si esos dos quedan también libres de cargos.

Encerronas, lansquenete y mosquetero



I

No se le podían poner más plumas a un sombrero, ni más colores a unas ropas.

Tenía algo de papagayo de las Indias, aunque era difícil que alguien se atreviera a decírselo. Porque era pendenciero. Y bravucón hasta la médula.

—*Heiliger Strohsack!* ¿Cuándo se ha visto a un lansquenete dar la espalda?, ¿para qué iba a querer yo semejante cacharro?

Eso respondía si algún incauto señalaba que había olvidado el espaldar de la armadura y sólo llevaba protegido el pecho.

—¿Cuándo se ha visto a un lansquenete darles la espalda a esos hideputas protestantes? *Nein.* No lo necesito.

Orgulloso como el diablo repeinado. Con mangas acuchilladas por los mejores sastres de Toledo, medallas colgando y el enorme espadón, un montante de maestro de esgrima, que necesitaba las dos manos y servía para meterse en los bosques de picas rebeldes, y que él manejaba como un mondadientes.

Así era todo en aquel alemán. Grandioso. Hasta el nombre, Maximilian.

Ampuloso, rebosante. Todo menos él mismo, que era corto de talla, más ancho que alto. Y tenía que ponerse de puntillas para comulgar.

—*Mist!*, llegarás tarde a tu entierro —guardando los naipes con los que había estado jugando un solitario—, ¿dónde te habías metido? ¡Contesta!

Lo gritó con aquel acento cerrado, con aquel vozarrón que le quedaba grande, y uno de los monjes que había a la entrada, que lo miraban todo como si fuera un espectáculo, se santiguó con prisa para espantar el susto. Sin embargo, al jinete, que llegaba a la abadía de Bourburgo desde los establos de Dunkerque, no le arredró aquel ímpetu del alemán.

—*Verdammt!*, llevo esperando tres horas y no he comido nada, me metería una vaca entera entre pecho y espalda, ¿dónde te habías metido?

Maximilian era así, como una avalancha, la mayoría de las veces ni siquiera esperaba respuesta. Pero el jinete estaba acostumbrado.

—*So ein Mist!* He pedido olivas, cecina, lo que fuera, pero estas garrapatas se han negado en redondo, ¡avaros! Como me piquen, les hago la tonsura a la altura del pescuezo —con las manos en la empuñadura del montante—, llevo aquí desde primera hora. —Terminó señalando a su propio caballo, que pastaba en el camposanto del convento—. ¡Tengo más hambre que el perro de un ciego!

Descabalgó el otro, que aún no había abierto la boca y que, con mucho más respeto que el alemán, miró a la media docena de monjes bajo el umbral del portón.

El jinete era alto, largo como un día sin pan, de pelos cortos y desaliñados, y ni siquiera saludó, sólo inclinó la cabeza, primero hacia los hábitos negros y luego hacia el que, a la fuerza, por cómo se acercaba dicharachero, debía ser su amigo.

En el costado de su alazán, sujeto con cinchas, cargaba el equipo que lo delataba, la larga pértiga y el mosquete, a juego con las mechas que, como culebras, llevaba enredadas en los antebrazos. Tampoco faltaban los apóstoles, que le colgaban de la bandolera y acompañaban al enorme crucifijo en su cuello.

—Ya habrá tiempo de manducar —respondió el recién llegado, y el acento lo delató como aragonés—. Esto me da mala espina, muy mala espinica —acariciando con los dedos la plata del crucifijo.

Subió los estribos y cruzó las riendas, para que el caballo, que era como su dueño, desgarbado, alto y flaco, pudiera reunirse con el de su compañero sin tropezar con los correajes.

—*Na toll!* Será otro trabajo —soltó Maximilian con un gesto disimulado hacia el cementerio—, Balboa estará por llegar, ¡me apuesto el *pan de munición* de la última soldada!

No se abrazaron, hubiera quedado extraño, la diferencia de alturas hacía raro el asunto, y Maximilian no les tenía aprecio a gestos semejantes.

—No me gusta, no me gusta ni una mijica —insistió el maño.

Se llamaba Francisco Gómez de Rueda y Botijo, que parecía mucho, pero era poco, porque su familia no tenía títulos ni haciendas, sólo maña para el esparto de las alpargatas. Pero nadie usaba el nombre; desde que entrara a servir de pífano, en un enganche en Calatayud, se había ganado el apodo de Zancos.

No podían ser más distintos, el uno bajo y rotundo, el otro alto y escurrido; el uno radiante, con la broma a punto y goteras de picardía, el otro sombrío, como funeral de buen vecino.

Pero eran amigos. Y ambos llevaban la cruz blanca de Borgoña que distinguía a los Tercios. El Zancos engarzada en un fajín rojo que le había dado su madre antes de salir de Zaragoza, el lansquenete, como una enseña, sobre uno de sus enormes hombros.

—¡Mi Pilarica! No sabía que lo habían soltado —dijo el maño, sin quedar claro si dudaba, preguntaba o afirmaba.

Maximilian, sin perder su enorme sonrisa de grandes dientes blancos, terció la capa, se sacó el sombrero, hizo una reverencia y, entre risas, le respondió.

—*Na ja...!* Ya conoces a Balboa, es como un gato viejo, ¡siempre cae de pie!

II

No cayó de pie. Apareció a caballo, y no venía solo.

Balboa montaba un frisón venido a menos. Tenía calvas donde rozaba la cincha y le campaneaba una mano. Un jumento de poca gracia que alguien habría sacado de los establos de Dunkerque con la seguridad de que al jinete no se le ocurriría usar a aquel pobre bicho para huir. Y a su lado, en un brioso corcel, digno de libro de caballerías, venía un tipo con pinta de anguila que montaba como si tuviera la pierna atorada en el estribo, y que no debía ser mucho más alto que Maximilian, pero que ocupaba menos que cualquiera de sus brazos.

—Te lo dije, me daba mala espina —rezongó de nuevo el maño.

—Eres un aguafiestas... *Ein verdammter Spielverderber* —replicó Maximilian con una sonrisa—, ¡saldrá bien, como siempre!

III

Era difícil que saliera bien, pero resultó que iba a ser imposible.

El secretario entró en la imponente abadía de Bourburgo con aquella cojera de madera. Y los mandó esperar a los tres, con tanta autoridad engolada que Maximilian, en cuanto el funcionario se dio la vuelta, le brindó un corte de manga.

Y debía tener Del Valle bien atados sus asuntos de antemano.

Antes de que Balboa pudiera explicarse, cuando aún recuperaba el aliento tras el codazo que le había dado el lansquenete para saludar, Del Valle salió acompañado por dos monjes con pinta de haber sido herreros antes de ordenarse; por dos mulos jóvenes, con más borrilla que pelo, que tiraban de un carromato, y por un gato que escapaba de las cocinas con una raspa.

Entre los dos monjes cargaban un cofrecillo tosco.

—Quejarse —le decía Balboa a Zancos en ese momento—, no endereza la tabla...

No pudo acabar, se quedó mudo.

Después del gato salió también el abad, tenía que ser el abad, severo y retieso, con dos cabreos por delante y tres más por detrás. Y salió también una pareja de clarisas con hábitos nuevecitos. Parecían madre e hija. Incluso iban de la mano. Y una de ellas...

—*Ach so!*

Con la sorpresa, Maximilian le dio otro codazo al maño. Y con la diferencia de altura le acertó en los riñones.

—*Ach du meine Güte!* Es ella, ¿verdad? ¡Es ella!

Encogido, apoyado en la pértiga del mosquete para no caerse, el Zancos apenas logró responder.

—Te dije que me daba mala espina —gruñó.

IV

Los tres compinches callaron. Estaban acostumbrados a no soltar prenda a no ser que sacaran algo a cambio. Al cabo, soldados o no, eran ladrones.

Y era pronto para saber cómo pintaban.

El abad detuvo al secretario, y lo que parecía una broma de reclutas, porque sólo faltaban un francés y un italiano para contarlo con una sonrisa, se complicó para no hacer gracia.

Mientras se acomodaban los dos monjes, los que parecían rodeleros curtidos, que dispusieron el cofrecillo en el carromato de los mulos, el abad y el secretario discutieron.

Ninguno de los tres amigos podía oír, pero vieron al secretario hablar mucho, bracear, y ponerle tanto ímpetu que, en más de una ocasión, aquella pierna suya de ebanista quedó en el aire.

Pero el abad no cedió. Lo más que hizo fue sacudir un par de veces el mentón para negar. Y zanjó el asunto señalando hacia las monjas con un manotazo que hubiera servido para cortar leña.

Resignado, masticando la contrariedad, Del Valle se acercó a los tres con una sonrisa que era un tajo recién abierto.

—Han surgido ciertas complicaciones... Imprevistos. Y me temo que, además de la custodia de esta sagradísima forma —hizo una reverencia hacia el carromato—, debemos asumir nuestra obligación como hombres de honor y del rey. Haremos de escolta a dos...

Del Valle no imaginó que aquellos tres conocían la verdadera identidad de las monjas. De una de ellas al menos. Así que mintió:

—Se trata de las dispuestísimas, el Señor las guarde en su Gloria, sobrinas del abad, acaban de saber que han de acudir a Salamanca para atender a una tía que ha caído enferma.

Y mientras Del Valle hablaba, Balboa, con poco disimulo, miraba hacia las dos clarisas. A una de ellas. A la más joven.

El hábito, nuevo, sin estrenar parecía, no le hacía justicia.

Aun con los cabellos recogidos, cubiertos por el velo, aun mirando hacia abajo con las manos en el regazo, aun con el rostro enmarcado por la toca, de un blanco sucio, aun así, se intuía que era una de esas mujeres que hacen correr los sopapos y detenerse a los hombres.

Un sueño al alcance de pocos.

Ella alzó la vista un momento, y no escuchó a su compañera. Como le había sucedido a Balboa, se quedó de piedra.

Se vieron el uno al otro.

Y fue como si cada uno hubiera recibido una flecha.

Mientras, el secretario hablaba. Detallaba su viaje al pequeño puerto de pescadores de Zeburgo, mucho menos conocido y más discreto que el de Dunkerque.

V

Era ella. La mujer por la que Balboa no abrió un ataúd. La mujer por la que los tres habían acabado metidos en aquel lío. En aquel embrollo, como decían los italianos. Se llamaba Alessandra.

Y el queso la había traído a Flandes.

Era la hija de uno de los caballeros parmesanos venidos un par de años antes desde el ducado italiano.

Al morir el viejo duque y anunciarse que Alejandro Farnesio heredaría el título, el rey Felipe le había negado visitar sus nuevos dominios, no se fueran a desbaratar los rebeldes neerlandeses si el perro guardián se ausentaba. Y desde el ducado de Parma, desde el palacio Farnesio de hecho, había viajado hasta Flandes una variopinta comitiva, con pompa y boato, y mucho que celebrar.

Una vez en Flandes, se llevaron una decepción; el nuevo duque no mantenía una corte como la de Madrid, con bufones, meninas y alharacas. Incluso se había dejado a su esposa en Italia sin intención de traérsela.

El comandante en jefe de los ejércitos del rey Felipe se rodeaba de maestros de campo, ingenieros y militares, no de pintores, aduladores y políticos. No se le conocían siquiera amantes.

Y no celebraba las victorias contra los holandeses. Lo más excitante de su entorno eran los rumores, que iban de Flandes a Parma, de Parma a Madrid, de Madrid a El Escorial y, si no se perdían por el camino, regresaban. Y lo más que decían esos rumores era que el nuevo duque aspiraba a la santidad.

Salió escaldada aquella comitiva, que tanto esperaba del nuevo favorito del rey. Que había traído a sus hijas para bien casarlas, que había traído a sus hijos para colocarlos en buenos puestos. Volvieron con las manos vacías a Parma, sin desempolvar las máscaras o arrugar los vestidos de baile. Todos menos uno, el padre de Alessandra.

Porque ya había demostrado el nuevo duque que no tenía vicios de mujeres, de vinos o de fiestas, pero resultó tener una debilidad: el queso de su tierra.

Y el padre de Alessandra decidió que nada mejor para la vaquería de la familia que convertirse en proveedor del duque y, de paso, habiendo como había tan pocas mujeres de calibre en los cuarteles de Farnesio, intentar que su hija, su preciosa hija Alessandra, casara con alguno de los aguerridos capitanes que, muy merecidamente, despachaban herejes en las Holandas, Bravante y Zelanda.

Y todo iba bien.

Hasta que Alessandra se enamoró de quien no debía.

Un quien al que había jurado no volver a ver, jamás, nunca. Y un quien que, en aquel instante, frente a la abadía de Bourburgo, tenía a media docena de pasos.

VI

Balboa consiguió callarse porque se mordió los carrillos.

—No os preocupéis por ellos, están bajo mis órdenes —le aseguró Del Valle a las monjas mientras las ayudaba a subirse al carromato —, no moverán un dedo sin mi permiso. Y empeño mi palabra de caballero castellanísimo de que no os soliviantarán, mis señoras.

Balboa apenas podía disimular. Sólo tenía ojos para ella. Esperaba un gesto. Como si una mirada pudiera espantar los insultos, el desprecio y el rencor. Como si una mirada pudiera perdonar.

—Si no sale bien —entre lágrimas revueltas con rabia—, tendremos que regresar a Parma, el negocio no... Mi padre...

Ella había callado. Él la había consolado. Él había hecho promesas. Promesas que hubiera querido cumplir.

Y que no cumplió. Balboa se había metido en un ataúd para llegar a Zacatecas. Y todo se había ido al carajo.

Había salido mal lo de los quesos. Había salido mal lo del ataúd. Y Balboa no había cumplido sus promesas.

Dolía. Tanto que Balboa prefería no recordar.

Arrugando la frente, con el labio cabalgando un colmillo. Altiva y orgullosa, envuelta en mechones dorados. Rabiosa. Y tan bella que verla enfadada hacía sentir vergüenza.

Dolía. Tanto que, si se diera la vuelta, si ella se marchase, Balboa sentiría que le arrancaban las costillas.

Balboa la había visto llorar, a lo lejos. El maño y el lansquenete esperaban, con el ataúd robado, todo listo. Y a punto había estado Balboa de echarse atrás, de decirles que lo olvidasen, que encontrarían otro modo.

No lo hizo.

Había querido besar cada lágrima. Correr hacia ella. Decirle que olvidase las deudas de su padre.

—¿Lo harías por mí? —habría preguntado ella.

Alessandra había confiado en él. Se lo había preguntado, temblando la voz, desesperada, más bella aún. Y él había mentido. Se había aprovechado de ella. Y había mentido hasta que fue demasiado tarde. Cuando ya estaba metido en un ataúd camino al cementerio de Oostkerke, hacia unas perlas margariteñas que pagaban un nuevo horizonte.

Dolía tanto recordarlo.

—¡Me mentiste! —el reproche bailando en aquellas pestañas—. ¡¡Me mentiste!!

Eso le escupiría si se acercaba. Y, aun así, Balboa quería acercarse.

Era cierto. Balboa había mentido. A ella. A sí mismo. Antes de saber, antes de conocer. Antes de descubrir que un mechón podía caer como lluvia, que una mirada encerraba un sueño.

Balboa había mentido, porque tenía que seguir adelante, dejar atrás el horizonte, espantar los gritos de su abuelo. La peonza. Pero había sido antes. Antes.

Y ahora estaba allí, vestida de clarisa.

Balboa había escapado de aquellos ojos llenos de rabia y lágrimas. Había huido. Llevaba treinta años huyendo. Huyó al cementerio. Y no había comprendido su error hasta que el tufo a pescado podrido lo abofeteó en un almacén abandonado de Dunkerque.

Y ya no tenía remedio. Se habían perdido el uno al otro.

Balboa hubiera dado la vida entera por volver atrás. Por recuperar su pasado.

Y ahora, ella vestida de clarisa, él embarcado en una locura, sin otra opción que galeras, donde uno de cada tres galeotes moría antes de un año.

Sus amigos lo advirtieron. Balboa vibraba como un avispero.

—¿Qué más puede pasar? —preguntó el maño de mal agüero.

—*Na ja...!* Saldrá bien, ya lo verás.

Se equivocó el lansquenete.

VII

Eran unas pocas leguas, pero los tres ladrones aprovecharon el trayecto para ponerse al día.

Les costó, porque Balboa no atendía. Echaba furtivos vistazos hacia el carromato con tal aspecto de cachorro apaleado que el lansquenete, sacándose el sombrero y haciendo una floritura, acabó por decir:

—*Verdammt!* Tienes mi pésame, por caderas así yo me dejaría robar el sombrero —y volviendo a calarse el estrafalario chapeo—, pero más vale que te espabiles...

Balboa consiguió reaccionar. A duras penas, pero consiguió reaccionar.

Trotaban despacio, para no apurar a los mulos del carromato, que rozaban el galope por la diferencia de trancos con los caballos. Seguían, entre marismas y arbustos, una ruta que conocía el maño, hacia el puerto de Zeburgo.

Era un paseo agradable, de no ser por los condenados mosquitos, que parecían piqueros suizos dispuestos a perder la honra con tal de pinchar carne.

Se olía el salitre del mar cercano, y se intuía la primavera en los matojos y los arbustos, que presumían de flores. Incluso había, algo más allá, entre dos pozas, una mata de orugas de mar que arreglaba el lila de sus flores como el arriate de un jardín de palacio.

—No perdáis cuidado —respondió Balboa, deshaciéndose de sus malas sensaciones, intentándolo al menos—. Entregamos en El Escorial y borrón y cuenta nueva.

—Eso mismico dijo también Farnesio después de lo de Amberes —terció el maño—, y mira lo que pasó...

—*Na toll! Nein.* No seas cenizo, Zancos. No jodas. No va a pasar lo mismo.

Parecían a punto de enzarzarse en uno más de sus tira y afloja, como si el optimismo del germano y el pesimismo del maño se hubieran declarado una guerra sin tregua.

—Sólo tiene un motivo para embarcarse...

El lansquenete resopló, y se recolocó el sombrero, y se repeinó los bigotes.

—*Ach du meine Güte!* Balboa, tienes que espabilar, ¡olvídala! No te perdonará. Y si malo es acabar detrás de un remo, peor será que nos cojan a calzón quitado.

—¿Qué mascullas? —intervino el maño mosqueado, intuyendo algo tras las palabras del alemán—. ¿A qué perrico le tiras del rabo?, ¿qué quieres decir?

Maximilian, con habilidad de tahúr, revolvió los naipes que tenía en la mano. Le hubiera gustado que preguntara Balboa. Pero contestó igualmente.

—*Mist!* A un perro con muchos dientes, demasiados —dijo con una sonrisa extraviada—. Al Turco.

El maño se santiguó y exclamó:

—Ay, mi Pilarica, ¿qué será de nosotros?

Balboa, sin embargo, ni siquiera oyó el nombre ni captó el tono ceniciento del maño.

Balboa había naufragado en sus recuerdos.

VIII

Balboa no oyó el nombre, ni lo hubiera oído aunque Maximilian hubiese gritado.

Era imposible que lo oyese.

Estaba en aquella casona de las balconadas, hablando con ella.

—Nunca lo había probado...

Alessandra sonreía, con una cuña del queso de su padre en la mano y un cuchillo en la otra.

Al borde de la risa. Ambos incómodos. Él, vestido con ropas que valían más que su última soldada. Robadas en la tienda de un maestro de campo. Ella, apurada, porque no estaba allí su padre, que había ido a negociar un asunto, y tampoco el mozo de almacén. Ni siquiera el escribiente que llevaba las cuentas.

Ambos se sentían ridículos.

Aquella cuña de queso, en lugar de cortada, parecía serrada por un borracho. Él llevaba la golilla torcida y una de las perneras arrugada.

Había sabido, al instante, desde el primer momento, que estaba perdido.

Tenía una cicatriz en la ceja, la travesura de niña inquieta. Balboa se preguntó de qué árbol se habría caído, qué tapia habría saltado. Y aquella cicatriz la hacía aún más bella, porque de no ser por aquella cicatriz, hubiera parecido irreal.

A Balboa le sudaban las manos, se le aflojaron las tripas. Había sido uno de los primeros en cruzar aquel puente que Farnesio tendiera sobre el Escalda, a base de valor y de reírse de la muerte, allí había estado él. Y en Amberes cuando los ingenios azucareros prendieron fuego. Y en Cagayán, lo del puente sobre el Escalda había sido justo a su regreso.

Y en la oscuridad a tres varas bajo tierra.

Y, sin embargo, allí, delante de ella, con un cuchillito en una mano y un trozo de queso en la otra, tenía más miedo.

Balboa había sabido que estaba en problemas. Pero tuvo que seguir con lo planeado.

—Como intendente —y había sentido una vergüenza que no se suponía que tuviera que estar ahí—, desearía un suministro...

Y Balboa lo supo. No estaba perdido. Estaba condenado. No podría salir de allí sin que aquella sonrisa lo persiguiese.

Y Balboa, como habían planeado, tapó una mentira con otra, y con otra, y con otra más, las apiló como un chiquillo jugando, en una torre que podía derrumbarse de un momento a otro. Mintió, porque era ella quien podía decirle a él y a los suyos lo que necesitaban saber.

Y mintió, cuando quería gritar la verdad. Mintió.

Mintió, porque tenía que salir de Flandes, llegar a un nuevo horizonte, alejarse de las palabras de su abuela, la meiga. Llevaba haciéndolo treinta años.

Mintió.

La verdad es más difícil que la mentira. Pero sólo la verdad aguanta el paso del tiempo.

Allí, ante ella, ante aquella sonrisa, que encontraba lo que se había perdido, Balboa resbaló cuesta abajo en adoquines helados. Iba a romperse la crisma.

Ella había sonreído, con picardía, encantada de dejar a un lado los quesos y pasar a susurros cómplices.

Creció. Susurros, palabras, besos. Creció, y se volvió tan intenso que dolió. Pero tenía cimientos que eran mentiras.

Y la había perdido.

Balboa oía hablar a los otros dos, lejos, muy lejos, y echaba la vista atrás, con disimulo, como si buscara algo en las alforjas. Y miraba hacia el carromato esperando que su rostro se alzase y sus miradas se encontrasen.

Tenía que hablarle, decirle, ahora sí, toda la verdad. Pedirle perdón. Arrodillarse.

Iba a tirar de las riendas, iba a hacerlo, aunque toda una vida en galeras fuera el precio. Cerró los dedos, tensó los antebrazos, iba a hacerlo, relajar las rodillas, trincar los estribos, tirar de las riendas y obligar a que aquel pobre jumento, que ya debería haber sido retirado, se detuviese.

—*Zum Teufel, wach enlich auf!* Espabila...

IX

—*Zum Teufel, wach enlich auf!* Espabila...

De milagro, no se cayó de aquel bicho al que apenas quedaban dientes. Y Balboa regresó de sus ensoñaciones para descubrir en el rostro ceniciento del maño que algo iba mal.

—El Turco —repitió el lansquenete—, el Turco sabe a qué andamos, y sabe a qué anda ese estirado del secretario. *Arschloch!*

De un plumazo, ella desapareció. Desapareció incluso el queso. Aunque Balboa sintió, por un momento, sólo por un momento, el sabor intenso, casi agrio, con esa punta de sal, el sabor que lo había hecho enloquecer, el de sus labios cuando se besaron por primera vez.

—¿El Turco? —logró preguntar.

Maximilian asintió, y aquella colección de plumas de su sombrero bailó de un modo extraño, mezclando verdes y amarillos en un borrón.

Y les contó a sus amigos, a su modo, con tabernas de por medio, con vinos, escotes, tetas incluso. Con dos peleas y una borrachera, les contó lo que había descubierto.

X

Tenían mérito los mosquitos. Había valientes que intentaban encontrar un despiste de piel a la vista, incluso pese al viento. Incluso pese a la llovizna que empezó a caer. A caer como caía allá, en las costas del norte, donde, más que caer, se escurría de un lado a otro, sacudiendo la grama, las espiguillas y tres o cuatro matas de pensamientos que tenían el valor de asomar entre las dunas.

Maximilian aplastó uno con un palmetazo que le hubiera roto el pescuezo al gigante Endriago.

Y, después de un momento describiendo el exquisito sabor de los pezones de una mantequera con la que había pasado dos noches en Dunkerque, se tomó en serio el riesgo que corrían.

—*Mist!* —E inclinó el sombrero para señalar, con disimulo, hacia el carromato—. Pero hay más de un perro detrás de ese hueso.

El lansquenete les habló del saqueo de la iglesia de Gorcum por los *mendigos del mar*. Después de destrozar el retablo, convertir en añicos a todos los santos, mearse en las pinturas y asaltar la sacristía, les dio a los muy *ihr gottverdammten Hurensöhne* por asaltar el sagrario y liarse a pisotear las hostias.

—*Ach du meine Güte!* Salieron corriendo como pollos sin cabeza, los muy cabrones, como si se les hubiera metido el mismo demonio en los calzones.

Desde entonces, la leyenda de lo sucedido en la iglesia de Gorcum no había parado de crecer.

Y el rey Felipe había mandado encontrar el prodigio, para envolverlo en oro y plata firmados por el famoso orfebre Juan de Arfe y añadir el relicario a la colección que adornaba la capilla de El Escorial.

—Más de siete mil tiene allí. Dicen que sólo le faltan las —se santiguó el Zancos— del apóstol Santiago. Solico ésas para tener reliquias de todos los santicos.

Pero los deseos del rey chocaban con la furia de los protestantes.

Los herejes eran capaces de cagarse en el retablo más sagrado con tal de hacer rabiar a los indeseables papistas. De cagarse en el retablo y de limpiarse con las caricaturas que imprimían de Farnesio comiéndose niños.

Esa furia había hecho que muchos, cristianos convencidos, salvaran dedos, escápulas, y hasta mechones de santos y santas que, hasta la aparición de Lutero y Calvino, habían sido venerados en las Holandas y Flandes, y esas reliquias rescatadas habían generado un turbulento mercado negro.

—*Eine Bande von Trotteln!* Ese malparido Turco le vendió un huevo del espíritu santo a la familia Damant... ¡Un huevo!

XI

El Turco era un misterio. Rumores.

Se le decía veterano de Lepanto. O espantado.

—Y yo he oído que tiene tratos con *La Garduña*.

Y Maximilian, ante el comentario del Zancos, negó convencido, con un exagerado meneo a las plumas del sombrero.

—*Ich wette etwas!* Memeces. Me apuesto la baraja a que es un noble de la camarilla del duque...

Muy severo, con aquel rostro alargado, de caballero de triste figura, el maño continuó:

—Le cortó las manos a aquel bisoño que perdió hasta el hígado jugando a envites, ¡pobrecico!

Tanto le dolió a Maximilian recordar al pobre muchacho que echó la mano atrás, abrió la alforja, y empujó la baraja italiana al fondo, muy al fondo, bajo las mudas limpias.

—Y fue el Turco —prosiguió el Zancos santiguándose— el que ahorcó a aquel morico reconvertido con sus propias tripas, el que apareció colgando del puente del Escalda.

Suspiró el maño y miró al cielo, rogando por el alma de aquel converso que había abrazado a Jesucristo, y siguió con su macabra enumeración:

—Y a los dos a los que obligó a acuchillarse el uno al otro, aquel enclenque de Logroño y el jerezano, el que siempre estaba riendo...

Como ya no podía empujar más los naipes, no había a dónde, Maximilian volvió a hablar:

—*Halt bitte um Himmels willen den Mund!* Ha quedado jodidamente claro, ¡tenemos un problema peor que acabar en galeras! ¡¡Mucho peor!!

Los tres se habían cruzado con aquel indeseable antes, o con su rastro, que tenía muertos y porquería a partes iguales.

—*Mist!* ¿Qué vamos a hacer?

XII

Sólo podían hacer una cosa: su trabajo.

Balboa refrenó su montura, que jadeaba como un borrico viejo cuesta arriba, y dejó que el carromato y el secretario lo alcanzasen. Decidido a hacer su trabajo.

No sabía quién era la otra clarisa, la más mayor, tanto que no había quien se creyera que tenía una tía enferma en Salamanca. A lo mejor ni siquiera era monja, como tampoco lo era Alessandra.

Tuvo que mirarla, cuando el carromato lo alcanzó, Balboa se olvidó de su trabajo y tuvo que mirarla.

Y Alessandra lo advirtió.

Y torció el rostro con desprecio, como si las dunas, los mosquitos o la condenada grama, que se agarraba de milagro a la arena, fueran lo más importante del mundo.

Dolió. Balboa tenía tanto que decirle. Tantas preguntas.

—Se salió con la suya tu padre. Te encontró un matrimonio a su gusto...

Eso fue lo que le subió por la garganta. Como una comida pesada. Ácido. Quemado y cargado de bilis.

—Siendo de Parma, ¿no queda Salamanca un poco lejos para tener una tía?

Habría sido mejor. Sólo un poco mejor. Aunque tampoco era lo que quería decirle. Pero no encontraba las palabras. Esas palabras se asomaban por un instante y huían. Escapaban.

Intentaba cogerlas. Pero eran escurridizas. Le podía la rabia. Era incapaz de atraparlas.

Balboa tenía la boca seca. Empezaron a palpitarle las sienes.

Sabía que, en cuanto abriese la boca, vomitaría algo horrible.

No importó. Balboa no pudo hacer nada, el secretario Del Valle, extrañado por el rostro congestionado del soldado, fue quien habló en primer lugar.

—Estaba manteniendo una interesantísima conversación con los dos hermanos —aclaró, señalando hacia los frailes en el pescante del carromato, que miraban impertérritos al frente, como si no hubiesen abierto la boca desde el día de san José—, sobre los cambios tan particularísimos que nos ha traído el Concilio de Trento —con un dejo a broma—. Hay mucho obispo al que aún no se la ha pasado el disgusto.

Tenía Balboa tantas palabras por atrapar que no advirtió la chanza, ni siquiera pensó en ella, no hasta semanas después.

Se sacudió, como un perro mojado, e hizo su trabajo.

—Tenemos problemas...

XIII

El secretario Del Valle lo escuchó. Atusándose la perilla, asintiendo de tanto en tanto. Incluso le pidió a Balboa que repitiera las barrabasadas que había mencionado el maño.

No se mostró preocupado.

Y Balboa, de no ser por ella, allí, a su lado, negándose a mirarlo, quizá se hubiera dado cuenta. Pero no prestó atención.

Hasta que el secretario, sin plumas bailando y sin blasfemias en alemán, hizo la misma pregunta que el lansquenete, a su manera:

—Y, dime, teniendo en cuenta estas desafortunadísimas circunstancias, ¿qué deberíamos hacer para evitar un traspiés con tan desagradable individuo y sus secuaces?

Balboa no comprendería, hasta semanas después, cuando ya era tarde, que Del Valle no esperaba respuesta.

Olas, hierro y fuego



I

De la abadía al puerto de Zeburgo el trayecto era de pocas leguas. Tendría que haber sido un paseo, pese al barro, la lluvia y los mosquitos.

Y fue miserable.

—Es como un perdiguero —había dicho el maño hablando del Turco—, las huele en el viento.

—*Mist!* Y nos está oliendo el culo —había tascado el lansquenete.

Así que abandonaron el camino. Y tomaron atajos, veredas y trochas que obligaron a echar pie a tierra y comer barro cada vez que el condenado carromato se atascaba.

Les tocó a los tres amigos cortar ramillas, si encontraban, porque allí los árboles no pasaban de arbustos. Cavar, calzar las ruedas.

Y empujar, empujar resbalando en el barro, cayendo de morros, tragando aquella mezcla salobre para levantarse con el chirrido de la arena en los dientes.

Con arena y con las blasfemias del lansquenete, que estalló cuando se le rompió la sisa de una manga en uno de aquellos esfuerzos por liberar el carromato. Y no hizo falta traducción, hasta las clarisas se sonrojaron.

Corto de talla y brincando de frustración, embarrado de pies a cabeza, tenía algo de duende, de gnomo, de trasgo que roba mijo en los hórreos.

Ése fue el recuerdo que visitó a Balboa. Un recuerdo de infancia, allá en Galicia, con la abuela Elo junto al hogar. A ella le gustaba hablar de las ánimas, de los *mouros* y de los trasgos. Y ella, a veces decía, y muchas más callaba, qué sucedería con las cosechas, las heladas y el invierno entero.

Olía a malvas. Y a hierbas. A hongos. A los remedios que ella preparaba. Y Balboa recordaba el tacto de las plumas prendidas en la trenza, siempre revuelta y a punto de deshacerse.

Balboa pudo escucharla en los barros de Flandes. Su voz, llena de cuentos, de historias. De magia olvidada.

Y treinta años desaparecieron de un parpadeo.

El lansquenete juraba, sacudía el chapeo e intentaba adecentarlo, aunque el esfuerzo fuera inútil, porque un trecho más allá había que volver a sacar las ruedas enlodadas de aquella trampa de arena, agua y mosquitos.

Fue miserable.

Y les dio mala espina.

Por una vez, liberaron las ruedas; sin embargo, una de las patas, pobre animal, de uno de aquellos dos mulos pardos, se metió de mala manera en un agujero.

El chasquido fue el de una rama seca en el fuego.

Los rebuznos ponían los pelos de punta. La bestia, transida de dolor, con los ojos desorbitados, clamaba a los Cielos. Con una

mezcla de dolor y desconcierto que partía el corazón.

Y no le dio tiempo a ninguno de los tres a hacer lo que debía hacerse. Tampoco a los monjes. Ni a las dos clarisas. Ambas espantadas.

Fue el secretario Luis del Valle. Y demostró que era algo más que un hombre de despachos. Descabalgó con soltura y, en dos pasos decididos, pese a la pata de madera y al barro, le rebanó el pescuezo al animal.

—No me gusta nadica tener al Turco husmeando —dijo el maño sacándole punta a su pesimismo—, pero maldita la gracia que me hace que ése tenga nuestras vidas en el bolsillo.

II

Era arrollador, con tantos ímpetus que parecía capaz de animar a un velatorio a mudarse a una taberna a celebrarlo, plañideras incluidas.

Se presentó como Michel Jacobsen o, como aclaró:

—A saber por qué —con un cerrado acento francés que trababa cada erre de un modo encantador— algunos me conocen por el Zorro del Mar...

Y su sonrisa era tan radiante que, una vez más, fue el lansquenete el que resumió lo que todos pensaban.

—*Mist!* Si algún día me dejo desvirgar el culo, se lo ofrezco a él.

Y no tuvo tiempo el maño de decirle que, pese a la condena que merecía el nefando pecado, él haría lo mismo. Había prisa, no podían olvidarse de que los hombres del Turco podían andar al acecho en el pequeño puerto de Zeburgo.

Y el corsario, con una sonrisa arrebatadora, capaz de acallar a un niño llorando, les presentó, como si lo hiciera con su hija más bella,

a su barco.

—Y ésta es La Mouette.

III

Era un puerto de pescadores al que la guerra había ascendido. Cuatro casas, tres artesanos y un par de rederas. Algo de comercio. Poco más. Lo justo para espantar el hambre y aprovechar las migas de Gante, Brujas o Amberes.

Había sido el ímpetu de la guerra lo que había hecho de Zeburgo una escala habitual de los corsarios bajo patente española, porque era discreto y evitaba los bancos de arena de la costa.

Poca cosa, pero, escuchando a Jacobsen, parecía Sevilla. Y hablaba de su barco con la misma pasión con la que hablaba de su ciudad.

—Esta preciosa —palmeando la regala de La Mouette como si la acariciase para que se humedeciera— ayudó a traer a casa a los valientes que lucharon en Gravelinas.

Y pese al agarrado acento francés, que embadurnaba como miel cada palabra, se apreciaba la pena que sentía el corsario por el fiasco de la Grande y Felicísima Armada en las aguas inglesas.

Jacobsen era un anfitrión apabullante que se encargó de tener todo listo y en orden en un abrir y cerrar de ojos. Y era evidente que estaban en buenas manos para surcar las peligrosas aguas del mar de Flandes, con mareas de más de seis varas. Sus marineros parecían ruedas dentadas de un engranaje y, probablemente, no había en todo Flandes, quizás en todo el océano, hasta las Indias y más allá, una cubierta mejor baldeada y cepillada que la de La Mouette.

—En lo que va de año hemos capturado siete barcos rebeldes —anunció Jacobsen ordenando que estibaran el cofrecillo de la reliquia con los últimos bastimentos—. Y no hay mejor historial en estas aguas —perdiendo las erres, como si fuera incapaz de pronunciarlas.

Y era cierto. La Mouette, que tenía el nombre en francés, más de mundo que el flamenco local, era un filibote rápido y ágil. Más una flecha, cuando los galeones eran como pedradas. De poca quilla para librar las barras de arena, de escasa borda para esconderse en el horizonte. Afilada como una cuchilla, maniobrera y armada con media docena de falconetes ligeros e incluso una pesada culebrina de largo alcance a proa, elegida la mejor de entre las muchas robadas a los ingleses, que eran incapaces de hacer un buen cañón si no descalabraban antes mil.

Con el Turco en tierra, contarían con un trayecto seguro hasta las costas de Cantabria.

Y los tres ladrones respiraron aliviados cuando se largaron amarras y, bajo las afrancesadas órdenes de Jacobsen, aquella *gaviota*, todos chapurreaban el idioma para hacerse con la traducción, se echó al mar.

—*Na ja!* Será un paseo —aseguró el lansquenete.

—Sólo Cristo caminó sobre las aguas —rebatió el Zancos con aprensión a toda aquella agua, sujetando su crucifijo.

—*Halt die Klappe!* Siempre igual de cenizo. A partir de ahora, coser y cantar.

Se había equivocado el lansquenete antes, y volvió a equivocarse.

IV

—Con mejor tiempo, dos días más a Santander —aseguró Jacobsen cuando les señaló, a lo lejos, colgado en el horizonte, entre jirones de niebla, Calais—, tal y como pintan, cuatro.

Fue el único momento de la travesía, al menos hasta que las cosas se fueron al carajo, en el que el animoso capitán se ensombreció. Como si amenazase tormenta.

—¡Una pena!

Y Jacobsen lo dijo como si recordase a un viejo amigo perdido. Con una tristeza azul. Incapaz de olvidar lo sucedido el año anterior.

—Si hubiéramos atacado en Plymouth... Si Farnesio hubiera enviado sus tropas...

El secretario Del Valle defendió al duque y le echó la culpa a su predecesor en el cargo. Pero Jacobsen no escuchaba; continuó, pensativo, hablando para sí.

—¡Mala fortuna! Con un pellizco de suerte hubiéramos derrocado a esa loca de blanco...

Pero se contuvo el capitán, como si no le pareciese propio de un caballero excusarse en la derrota.

—Digamos que tres días —de nuevo con aquella sonrisa radiante y su acento de lana que trababa erres—, si la mar nos respeta.

Pero el mar, quizá por eso quienes la conocen la llaman «la mar», es una amante caprichosa: tan pronto colma de caricias como obliga a arrepentirse de haber acercado los labios abiertos, los ojos cerrados y un suspiro con ganas de convertirse en beso.

Y la mar de Flandes tenía días en los que, más que caprichosa, se volvía insoportable.

—¡Toca bailar! —anunció el corsario.

Empezó a ladrar órdenes y su tripulación a obedecer. Se recogió trapo y se lanzó por popa un grueso cabo, se aseguraron los nudos. El propio Jacobsen se puso al timón.

Y una ráfaga de viento se llevó volando el sombrero, el desastre embarrado de Maximilian, que salió corriendo hacia la regala, dando brincos para evitar que el chapeo naufragase en aguas abiertas.

No lo consiguió. Y se desahogó con blasfemias variopintas, que eran como sopapos en aquel idioma suyo.

Fue cómico, pero nadie rio.

En el horizonte, las nubes y el mar entremezclaban grises. En las olas aparecieron borreguillos de espuma que el viento sacudía y esquilaba, esparciendo espumarajos.

No hacía falta ser marino para saber que pasarían un mal trago.

Eran aguas duras las del mar de Flandes, y las del canal de la Mancha.

Y probablemente fue culpa de la marejada, de ese brusco mal tiempo de los mares del norte, que se encendía y apagaba con más rapidez que una vela.

Probablemente.

De haberse mantenido mejor tiempo, no los hubieran sorprendido como los sorprendieron, cuando el mar, la mar, empezó a arder.

V

El primer impulso del maño fue santiguarse, y aferrar tan fuerte su crucifijo que los nudillos le blanquearon.

El del lansquenete, por una vez, fue quedarse en silencio, con la cara llena de incomprensión.

El único que comprendió fue Jacobsen.

El resto se quedó mirando al horizonte. Agarrados a la regala con manos convertidas en garras e intentando guardar el equilibrio con cada cabeceo de la *gaviota* que, de ola en ola, parecía echarse a

volar. Con torpeza, porque apenas se apoyaba en el aire, caía de nuevo, entre estruendos, salpicaduras y lamento de maderos.

—¡Por la Pilarica!, ¿cómo es posible?

Lo preguntó el maño, pero todos lo pensaban.

La lluvia, pesada, que no caía, que iba de un lado a otro, como borracha, no lograba apagar el fuego. La mar ardía. Y el fuego venía directo hacia ellos, en manos del viento contra el que peleaban las órdenes de Jacobsen.

Y fue el capitán quien los sacó de dudas.

—¡Es un brulote! ¡¡Nos atacan!!

VI

Lanchones de poca quilla, barcuchos fáciles de aparejar en los que no hiciera falta más tripulación que las corrientes. Los brulotes eran una de esas cafradas que se parían en la guerra.

Un brulote podía hacerse con una caja de fruta, tres listones de madera y algo de trapo. Con cualquier cosa que flotase y tuviera un timón o un aparejo que apañar.

Bastaba llenar lo que fuera, aunque hiciese agua, de estopa, brea, alquitrán. De heno seco si lo había. De pólvora incluso, de la negra y gruesa mejor que de la de cebar. De cualquier cosa que ardiera como una sucursal de los infiernos y que, con suerte, prendería en la presa. Debilitándola, quemándole los aparejos, dejándola a merced de las olas.

—¡No quieren hundirnos! Quieren abordarnos —explicó Jacobsen —, como a un carguero.

VII

Balboa no lo pensó.

El instinto, la experiencia, los años de guerra tiraron de él.

Vio el fogonazo y comprendió, y saltó.

Dos pasos ágiles, luchando contra el bamboleo del barco, un impulso, y cayó sobre ella cubriéndola con los brazos.

Fue el primer disparo, para calibrar, para saber cómo calzar las cureñas, para aproximar los siguientes. Pasó lejos, muy por encima de cubierta, por encima incluso de los tres mástiles de La Mouette.

Pero Balboa no había podido evitarlo.

VIII

El cañonazo pasó sobre sus cabezas, retumbando pólvora y estruendo, cortando las órdenes de Jacobsen, que mandaba cargar los cañones propios.

—Atentos al cabeceo...

La tripulación lo había hecho más de una vez, y de dos. Todos conocían el oficio. Protegían las lamparillas para encender, las mechas, la pólvora. Los artilleros calculaban con el ojo que da la experiencia. La cubierta de la *gaviota* se llenó de caos.

Y Alessandra y Balboa cayeron en esa cubierta enredados en brazos, hábitos, espada ropera, piernas, y el retumbar de aquel primer disparo.

No era el momento. Ni mucho menos. Pero el instinto, a lo mejor el dolor, quizá la desesperación, se hicieron cargo. Balboa no pudo callarse.

Allí tirados se miraron a los ojos, se vieron. Él descubrió el trazo de aquella cicatriz.

Le pareció tan bella que no escuchó el segundo de los cañonazos, ni el tercero.

Y abrió la boca.

—No lo hagas...

No fue una frase grandiosa, pero los hombres nunca han sabido hablar cuando el corazón late con prisa.

—Será un boquifino cagalindes, incapaz de encontrarse el cogote.

No mejoraba Balboa. El corazón le gritaba algo, la cabeza le llevaba la contraria y la lengua hacía lo que le daba la gana.

Tenía hasta frío Balboa. Y al momento calor.

—Sea quien sea el mentecato lameculos que haya encontrado tu padre... No lo hagas.

Le faltaban argumentos a Balboa, pero le costaba pensar, se le habían reblandecido los sesos por culpa de aquella cicatriz, o por culpa de todo lo que había junto a aquella cicatriz.

Y tenerla allí, a la distancia de un beso, en la lejanía del desprecio, estaba haciendo de su pecho un sonajero que batía con fuerza los pedazos de su corazón.

—No lo hagas...

Ni el más mísero escritorzuelo, de haber estado en La Mouette, hubiera encontrado, agachado, tembloroso, y protegiéndose la cabeza con una mano, inspiración para escribir la gran escena de amor de su próxima comedia, a estrenar en las mejores corralas de Madrid.

La cicatriz tembló cuando Alessandra frunció el ceño y forcejeó para sacárselo de encima.

—¿De qué hablas? —le preguntó a Balboa.

Y las palabras estaban más frías que el agua de aquellos mares del norte. Eran hielo. Como sus ojos, como su boca. No había rastro

de pasión. De las bromas que habían compartido, empapados aún, envueltos en sexo recién terminado.

El barco viró con violencia, los sacudió. Y empezaron a tronar los cañones de la *gaviota*, respondiendo al fuego enemigo.

Pero el mal tiempo, los estampidos de la pólvora, el retemblar de la cubierta. Las ráfagas de viento y las salpicaduras que escupía el mar y derramaba la lluvia. Todo estaba lejos. Todo menos ella. Ella estaba tan cerca que costaba respirar.

—De quien sea que ha encontrado tu padre en Madrid —respondió él escupiendo las palabras como los cañones las balas—, de eso hablo.

No quería haberlo dicho así. Pero, por tercera vez, fue el instinto, o las tripas, o los añicos de su corazón, rebozados en culpa.

IX

—De quien sea que ha encontrado tu padre en Madrid, de eso hablo.

Alessandra lo escuchó. Frío, seco, duro. Cada palabra, una puñalada. Y cada palabra, todas y cada una, un recordatorio de su traición. Él la había traicionado. La había abandonado, como había abandonado un horizonte tras otro durante treinta años.

Pero la barba, esa barba que tantas cosquillas había hecho entre sus mulos, pedía un afeitado. Y estaba salpicada de blanco impaciente, más que hacía sólo unas semanas, cuando lo había visto por última vez. La mandíbula, recia, a punto de decir que no, con aquella retranca, como si siempre estuviese de regreso. Y aquel aire melancólico, de hombre que sabe que fue un niño que perdió algo.

No se había enamorado acaso de aquel niño triste.

Y podía sentir su fuerza, en sus manos, que sabían acariciar como a punto de quebrarse en mil pedazos.

Y tenía sus ojos allí. Aquellos ojos extraños, diferentes, de un azul que se volvía violeta, de un color como jamás había visto antes o después Alessandra.

Aquellos ojos llenos de historias.

Lo supo el primer día, cuando no atinaba a cortar el queso para aquel intendente de no sé qué Tercio, su primera mentira. Lo supo aquel día, sus ojos eran bellos, pero no era aquel curioso color. Sus ojos eran bellos porque miraban como si quisieran dejarlo todo atrás.

Y ahora estaban empañados, parecían sinceros.

Pero no era la primera vez que aquellos ojos mentían.

Alessandra venció la tentación, la aplastó bajo el talón, la despanzurró. El corazón protestaba, pero el orgullo no escuchaba. El orgullo le impidió hacer otra cosa.

Y mintió:

—Será un mentecato lameculos y un boquifino cagalindes...

Se aseguró de mirarlo a los ojos, se aseguró de endurecer su rostro, se aseguró de hacer daño.

Gritó, como había gritado su nombre mordiendo el gurruño de su falda levantada, para que no escuchasen los empleados de su padre, con la mirada perdida en las estanterías llenas de quesos.

Y mintió:

—... pero no será una babosa embustera.

Y lo empujó, se lo sacó de encima como si fuera un montón de estiércol, y se levantó ella sola, apoyándose en su orgullo, despreciando las manos que quisieron ayudarla, esas manos que ella quería acariciando sus pechos, las despreció.

A punto estuvo de escupirle.

X

Se pusieron en pie, haciendo equilibrios por las cabriolas de la *gaviota*.

A su alrededor los cañones gritaban y los hombres disparaban. El brulote estaba a punto de chocar por la cuarta de babor. El punzante salitre del mar se metía en las narices, el humo espeso de la pólvora en los ojos, los lamentos de los heridos en los oídos.

A su alrededor tenían una guerra. Y no era nada comparado con lo que tenían dentro.

Estalló otro cañonazo. Y antes de que los falconetes de la *gaviota* respondiesen, respondió Alessandra.

Con la mano.

El bofetón resonó como el eco de un disparo.

Y Alessandra se marchó, envuelta en salitre y pólvora, como si no estuviese en medio de una batalla, como si fuera dueña de los dos barcos y todo aquello no fuera más que artificio.

Y Balboa quedó doblado, humillado, y a punto de hundirse aunque sus pies estuvieran sobre el lomo de una *gaviota*.

A lo lejos, más allá de la amura de babor, entre el humo, las olas y el caos, una manada de delfines se alejaba de aquella locura, cortaban el agua con saltos joviales.

Balboa sintió envidia.

XI

El brulote se estrelló. Fue un milagro. Una maldición, más bien. Con la mar revuelta, debería haber fallado. Aquellos brulotes se usaban para atacar flotas, grandes barcos, blancos más fáciles.

Sólo podía significar que, quienquiera que fuese el culpable conocía bien, demasiado bien, su trabajo.

El brulote se estampó por babor, y hasta el último clavo de La Mouette retembló. Las llamas, hambrientas, se engancharon como parásitos a la regala y, en un abrir y cerrar de ojos, el caos se convirtió en infierno.

Las plumas de la *gaviota* ardían.

Zancos, con el temple de quien se ha reído de la muerte antes, preparaba el mosquete, colocaba la pértiga, apoyaba el cañón, apuntaba.

Y, antes de disparar rezaba, como siempre, una avemaría. Y le pedía a la Pilarica que le afinase la puntería.

Y parecía que la Virgen estaba de su parte. Todas sus avemarías quitaron una vida.

Un rubio de pelos sucios y cara tiznada cayó en la cubierta del otro barco, cayó, y sobre él quedó una nubecilla de sangre, sesos, astillas de cráneo y cuatro largos pelos de aquella melena sucia, que se revolvieron en el viento.

Los abordaban.

Los ganchos mordían la borda de la *gaviota*. Las sogas tensas gemían. Habían maniobrado. Y ahora los barcos estaban unidos. Ahora la *gaviota* ardía por babor y, por estribor, sufría una avalancha de hierro y gritos.

Y a Balboa, con la mano en la mejilla y el corazón roto, lo recogió el lansquenete. Fue Maximilian el que lo sacó de allí, del mástil de la mayor, a tiempo de que el disparo de arcabuz que le hubiera reventado la sesera se estampase en la madera con un crujido.

Había llegado el momento de pasar al hierro y abandonar la pólvora, estaban frente a frente.

—*Dieser elende Mistker!* Quién iba a imaginarse que ese cabrón del Turco también sabe ponerse a remojo...

Lo dijo a la carrera, arrastrando a Balboa con una mano y atravesando a un grumete pelirrojo con el espadón.

Era sólo un crío, un muchacho que se habría embarcado por media libra, a lo mejor ni siquiera era protestante, y era terrible acabar con su vida, pero, muchacho o no, grumete o no, bajo las greñas pelirrojas había un pistolón cargado con la mecha humeando y dedos que apretaban el gatillo.

Disparó antes de morir.

Y la bala atravesó la única vela que no ardía. Y se perdió camino al cielo empañado en humo.

—¡Vamos! Hay que ganarse el pan —con una sonrisa salvaje e inconfundible—. *Verdammter Türke zum Teufel!*

XII

No era un galeón, no era una nao. Los castillos de proa y popa se habían adelgazado, la silueta era más de mozuela que de mujer madura, se había afilado, para cortar el mar y atacar rápido. Más daga que espada. Y una daga peligrosa. Porque contaba con una docena larga de culebrinas que escupían balas de tres libras.

No lo habían visto porque las velas se habían teñido de añil ligero, para camuflarse contra el cielo, y porque la borda era baja, para hacerlo más maniobrero.

El barco que había emboscado a La Mouette era un buen barco, un barco excepcional que había salido hacía bien poco de los astilleros. Y el nombre, tallado en la popa, se había embadurnado de brea, para que no pudiera leerse.

Aun así, según como el viento jugase con las llamas que se comían a la *gaviota*, se intuía el relieve que habían dejado en el enorme madero de roble las trinchas del carpintero. Según como golpease la marejada, casi podía leerse. Casi.

Era venganza tallada en madera.

El barco se llamaba Revenge.

Y todos conocían a su capitán.

XIII

A unos cuantos pasos de aquel nombre embadurnado en brea, en la cubierta del Revenge, había un hombre que no tenía la espada en la mano, tampoco una pistola. Mantenía los brazos cruzados sobre el pecho y observaba.

Las balas silbaban a su alrededor, las llamas de la *gaviota* amenazaban su propio barco, pero él no se movía.

Mantenía el equilibrio con facilidad, sus piernas se flexionaban cuando el barco hacía cabriolas, pero su torso estaba tallado en piedra.

No era el capitán. El capitán, el infame Francis Drake, estaba en su camareta, masturbándose y bebiendo vino. Celebrando antes de tiempo.

No, no era el capitán. Era su perro más fiel.

Y tenía aires de ángel que se hubiera cansado de esperar en un retablo. Rizos rubios, impecables, ojos del mismo color que aquellas aguas del mar de Flandes. Y el rostro de un héroe griego, enmarcado por una barba recortada con tanta pulcritud que parecía pintada.

Allí, plantado, era el único que no se movía, corría o atacaba. Como si tuviera la seguridad de que la guerra a su alrededor fuese a ignorarlo.

Casi parecía estar esperando para que le dijesen que podía pasar, que la reina lo recibiría en un instante.

En la oreja izquierda llevaba dos arillos de oro. Uno por el cabo de las Agujas, Agulhas le decían los portugueses. Otro por el cabo de Buena Esperanza. Y no había muchos, la mayoría morían en el intento, que pudieran presumir de haber atravesado aquellos dos infiernos. Y al otro lado, engarzada con aquellos rizos dorados, llevaba una impoluta perla de media onza con forma de lágrima.

Alessandra lo vio, lo miró, y pensó que era hermoso. A su alrededor crecía el caos. Pero tuvo tiempo para ese único pensamiento. Hasta que aquel ángel la miró a ella y aquellos ojos azules la atravesaron como una helada.

Porque eso eran. Hielo. Muerte. Sólo les faltaba la guadaña.

Y sólo entonces vio Alessandra que llevaba tres pistolones cruzados sobre el pecho en gruesas bandoleras, y debían estar listos y cebados. Como una víbora con cabeza de fuego, le reptaba por el antebrazo una mecha encendida, a punto para arrimarle candela a cualquiera de los tres.

Y aquellos ojos, aquel rostro de ángel, se inclinaron en un saludo. Un saludo que hubiera estado bien en los pasillos de palacio, o que lo hubiera parecido, porque Alessandra, de pronto, se sintió una niña pequeña, yendo a buscar cuajo para el queso en aquel cuarto oscuro al que aquella niña temía más que nada en el mundo.

Sintió miedo.

Y el ángel lo supo, porque la sonrisa se amplió. En medio de aquel caos, de aquella muerte, no se movió, pero su sonrisa creció bajo los ojos de hielo.

Y aquellos cabellos rubios, y aquellos ojos azules.

No le asentaba el apodo de Turco.

XIV

Francisco Gómez de Rueda y Botijo, a quien todos conocían como Zancos, usó la culata del mosquete para desparramar por la cubierta de la *gaviota* los dientes de un tiparraco con pinta de borracho de taberna.

Y lo remató con un segundo golpe que hundió la ceja de un ojo que alguien había puesto morado una semana antes.

Cuando quedó libre, el Zancos volvió a colocar el cañón de su mosquete en la pértiga, y buscó un nuevo blanco entre las llamas y el humo.

Lo encontró, quieto, como una estatua.

En medio de la guerra, sin pestañear, rubio como la Virgen. Casi parecía un santo.

Lo enfiló con el cañón de su mosquete, con el amén a punto de brotar de los labios, como el disparo.

De haber acertado, se habría librado de más de una desgracia. Él y sus amigos.

Hubiera sido una bendición.

Pero ése fue el único disparo que el Zancos falló ese día en el mar de Flandes.

Falló porque, mientras apretaba el gatillo, mientras lo acariciaba, soltando el aire poco a poco, intentando que el pulso no le traicionara, Balboa tiró de su hombro.

—¡Vamos! Que pintan negras.

La bala pasó tan cerca que los rizos de aquel tipo bailaron, como si una amante cariñosa le hubiera soplado en la oreja.

Él no se movió.

Y no, no le llamaban el Turco, su nombre era Thomas Frobisher.

XV

A todos les lagrimeaban los ojos por culpa del humo. Pero Michel Jacobsen lloraba como un niño de teta por su *gaviota*. Aun así, entre sollozos, le rebanó el pescuezo a un tipejo con aliento a cebollas y la cabeza envuelta en un roñoso pañuelo que tapaba malamente ronchas del *mal francés*.

Y dándole una patada al muerto, que se revolcó en la borda y cayó al mar, atendió a lo que debía atender, con su acento engolado por las lágrimas.

—A la lancha. ¡A la lancha!

No había tiempo, el otro barco escupía espadas, dagas. Pistolas. Como si no fueran a acabarse. El abordaje inundaba la cubierta de la *gaviota*.

Pero más de una de las naos que se reparaban en Coruña, Laredo o Getaria tras el fiasco del año anterior habían llegado a puerto gracias a Jacobsen y, si no podía llevar a sus pasajeros a destino, intentaría al menos mantenerlos con vida.

—Os cubriremos, tendrán que hundirnos antes para daros caza —aseguró el corsario.

Y juró que cumpliría su palabra besándose el pulgar cruzado sobre el puño.

—¡A la lancha! ¡¡Vamos!!

Las dos clarisas, espantadas, avanzaban a trompicones, y Jacobsen las empujaba sin miramientos.

—¡Estaréis a salvo! No dejaré que suelten amarras, ¡vamos!

Y disparó entre las cabezas de las monjas, que se encogieron como si el cielo se derrumbase y quedaron aturdidas, con los oídos llenos de un pitido infernal.

Fue Jacobsen quien las aupó para que no tropezaran con el greñudo que intentaba taparse el agujero en el sobaco.

Fue en ese momento, cuando él pisaba aquel aliento a cebollas y las dos monjas intentaban sortearlo, cuando una de las dos clarisas cayó al suelo, atravesada por otro disparo.

XVI

Balboa oyó aquel disparo.

Y en cuanto alzó el rostro se le encogió el corazón.

A espaldas del corsario y las monjas, incapaz de saber quién era quien, Balboa corría. Y corría a su lado el lansquenete. Y, entre los dos, trastabillaba el secretario, incapaz de seguir el ritmo.

Detrás venían los monjes con el cofre. Y, tras ellos, caminando de espaldas, el maño, que manejaba el mosquete sin la pértiga, incapaz de acertar a más de diez pasos, pero más que capaz de descerrajarle un disparo a boca de jarro a cualquier insensato que se acercase.

Y Balboa tiró con tanta brusquedad del codo de Del Valle que consiguió que la pata de madera chirriase sobre la cubierta de La Mouette.

Los dos hábitos eran iguales.

Tenía que saber si había sido Alessandra la que había caído.

XVII

Jacobsen estaba acostumbrado a la guerra. Estaba hecho de agua de mar y pólvora, como si semejante mezcolanza pudiera modelarse como barro y cocerse al horno.

Le bastó un vistazo para saber que la monja caída agonizaba. No aguantaría un paternóster. Y bien hacía en rezar a toda prisa cuanto supiera.

—¡Está muerta!

Se hizo raro con aquel encantador acento, como si lo propio del corsario sólo fuera dar buenas noticias. Quizá por eso insistió. Más seco. Inapelable.

—¡Está muerta! ¡¡Vamos!! ¡¡¡No hay tiempo!!!

Y siguió empujando a la otra clarisa. Y dando órdenes.

—¡El guindaste! ¡¡Arriad la lancha!!

Pero la otra monja luchaba con él. Quería recular, acercarse a su compañera para darle cristiano consuelo y acompañarla en sus últimos instantes de vida.

Y tanto forcejeó que se le escapó entre los dedos.

Jacobsen tuvo que volver atrás para tratar de arrancarla como a una mala hierba.

Pero ella siguió forcejeando hasta que los ojos de la otra monja rolaron y el brazo que tenía en alto, tendiendo unos papelajos, se desplomó sobre cubierta.

Sólo entonces se dejó arrastrar.

Y el corsario la obligó a encarar lo poco que había en la borda de babor que no ardía; allí estaban los marineros bajando una de las lanchas auxiliares de La Mouette.

—¡Vamos!

XVIII

Aún no se había acostumbrado al dichoso hábito, que picaba como si se hubiera restregado con ortigas.

Alessandra remetía el dedo entre la toca y la barbilla, para estirar la tela, para poder respirar. Y precisó de toda su fuerza de voluntad para refrenar el impulso de arrancarla.

Debía detenerse. Conseguir una bocanada de aire limpio.

Pero no había tiempo, Jacobsen la empujaba, a ella y a sor Angustias. El corsario empujaba y gritaba.

—¡A la lancha! ¡¡Vamos!!

Y las dos intentaban no tropezar, no caerse.

—¡Estaréis a salvo! —insistía con aquel acento francés que trababa las erres—. No dejaré que suelten amarras, ¡vamos!

Y un trueno estalló junto a su oreja. Y Alessandra quedó envuelta en humo y pólvora. Y aquel hombre, delante de ellos, que apestaba a cebolla, que alzaba el brazo apuntando, se derrumbó como una marioneta a la que cortaron las cuerdas. Se derrumbó con la mano en el sobaco, intentando contener la sangre que manchaba sus dedos.

Se derrumbó y, con horror, Alessandra vio que perdía un zapato y que su pie en agonía temblaba, y que la media que usaba estaba rota, tenía un agujero por el que salían dos dedos del pie, aplastados y de uñas sucias, amarillas y sucias.

Y Jacobsen las empujó. Y saltaron por encima de aquel hombre. Y un golpe de mar la salpicó.

Pensó que había sido un golpe de mar.

Hasta que Alessandra comprendió que el agua estaba caliente, y era espesa como melaza.

Sor Angustias se derrumbó como aquel hombre, y sor Angustias murió como aquel hombre, atravesada por plomo ardiente.

No quiso creerlo. Lo oyó, pero no quiso creerlo.

—¡Está muerta!

El corsario gritaba. Intentaba obligarla a avanzar. Pero Alessandra tuvo tiempo a hacer lo que debía. Forcejeó. Consiguió acercarse y escuchar sus últimas palabras.

Y recogió el correo. Que no iba a Salamanca. Que no esperaba ninguna tía, enferma o sana. Recogió el correo que debía llegar a Compostela.

Sólo entonces se dejó empujar por el corsario hacia la lancha.

XIX

No se había movido. Pero ahora se movió.

Sus presas se escapaban. Y Thomas Frobisher echó a correr con una gracia inusual. Con la belleza de un caballo de Daimiel al galope. Y empezó a gritar órdenes.

XX

El brulote, consumido, a punto de hundirse, parecía agarrarse como un náufrago. Pero aún ardía.

Y la bala de una culebrina reventó dos jarcias de la *gaviota*. Y se perdió en las aguas oscuras, como si buscase delfines. Y el impacto los sacudió a todos.

Fue inevitable, el siguiente golpe de mar los hizo volcar sobre la borda.

Y aterrizaron en la lancha. Hechos un revoltijo, entre gritos y protestas, envueltos en humo. Y los marinos que aguantaban los cabos gruñeron por el esfuerzo repentino de todos aquellos cuerpos en la lancha.

—¡Remad! A la costa...

Con aquel acento lleno de erres gangosas. Allí estaba Jacobsen, subido a la regala, agarrando la cuerda de una escala con una mano y con la espada en la otra.

El mar golpeó de nuevo a la *gaviota*, el agua siseó en las llamas, el humo se esparció, se empujaron unos a otros, tropezaron. Apenas había sitio.

El lansquenete y sus maldiciones, aquel mosquetero larguirucho, con un kirieleisón en los labios. El secretario Del Valle. Y el último a quien Alessandra quería a su lado, Balboa. Que la buscaba, que intentaba arrancarle el velo y la toca, para verla, para comprobar si era ella.

La lancha colgaba de dos cabos, los del guindaste que permitía bajarla al agua.

Sólo faltaban los monjes, aquellos que parecían luchadores leoneses. El cofre con la reliquia pesaba, se habían quedado unos pasos atrás, y el mismo cañonazo que había sacudido a los demás los obligó a dar tres pasos atrás y gruñir.

XXI

Las llamas bailaban a tres palmos. El humo los asfixiaba. Los disparos atronaban. Los hombres aullaban.

De fondo, la melodía del hierro. Dagas y espadas interpretando una danza macabra.

Y la lancha se balanceaba.

Adelante y atrás, chocaba con la borda de la *gaviota*, con un crujido de maderos que daba dentera, y se columpiaba sobre el mar, enrabietado, ansioso por tragarse a los muertos.

Colgaba de dos sogas, amarrado a aquella *gaviota* hasta que dos marinos, uno calvo, el otro tuerto, largasen cuerda. Y no lo harían hasta que los dos monjes saltasen también dentro, los dos monjes y el cofre con la reliquia.

Pero, tras los monjes, venía un ángel convertido en demonio, y traía consigo a su legión.

Los monjes intentaban recuperarse de la sacudida del cañonazo. La lancha se columpiaba, iba y venía. Los maderos se astillaban, los dos barcos se lamentaban.

El brulote se hundía en el mar del Norte. Dejaba en el agua, entre los muertos, un cubo boca abajo que se mantenía a flote, y pedazos que, empapados en aceite, seguían ardiendo.

La lancha se balanceaba. Costaba mantenerse en pie.

Balboa forcejeaba. Intentaba arrancar aquel maldito chisme, ver su rostro. Comprobar si era ella. Y el lansquenete tiró de su hombro y lo obligó a volverse.

—*So ein Scheiß...! Da muss man wohl durch!* Echemos una mano, ¡las dos!

Los monjes intentaban abordar el lanchón sin perder el cofre.

—Mi Pilarica —gimió el Zancos.

Y tras los monjes venía una pesadilla de hierro liderada por un ángel de rubios cabellos ensortijados. El único ángel de los Cielos con tres pistolas.

Balboa desgarró el velo, se le deshizo en las manos. Y la toca cayó.

Era Alessandra.

El lansquenete tiraba de él, pero Balboa se resistía. Iba a abrazarla, a recogerla en los brazos. A confesarle que jamás había pasado tanto miedo. Iba a gritarle que lo sentía. Que necesitaba su perdón.

Pero el maño también tiró de él.

Había que hacer algo, los monjes iban a caer.

—¡Arriba! —gritó el maño.

Y Balboa se encontró de cara al infierno, con jirones del velo de una clarisa entre los dedos sucios de hollín, con el corazón encogido y la muerte a tres pasos.

No había tiempo.

Era imposible.

Iban a perder la reliquia.

XXII

Por amarga que sea, a veces hay que beberse la derrota. Y mantener la cabeza alta.

—*Es gibt kein anderes Mittel!* Hay que echarle cojones —bramó el lansquenete.

Y el alemán tenía la feroz sonrisa de un lobo ante un rebaño dormido. Eran tres, haciendo equilibrios en la borda de una lancha que se columpiaba sobre un mar enfurecido. Hacia ellos corría un pelotón de ejecución, y aquel ángel de rizos dorados señalaba, con dos de sus pistolas, y el humo salía de la cabeza de aquella víbora enredada en su brazo.

Iban a morir los tres amigos, pero lo harían como tocaba. En una mano la espada, en la otra, la daga. Y el lansquenete con las dos ocupadas en el brutal montante.

De frente.

Una bala peinó el flequillo al maño.

—Pilarica, dame fuerza.

Balboa dejó caer lo que quedaba del velo. Sacó la espada, una toledana de gavilanes entorchados, ligera y equilibrada, un regalo del mismísimo Mondragón cuando le salvó la vida en Amberes. Y desató el cordón de la capa y la hizo flamear al viento, para jugársela al primero que se acercase con un viejo truco.

Fuego, humo, pólvora. Hierro y sangre. Ése era el paisaje en la cubierta de la *gaviota*, y estaban solos, los tres amigos, los tres ladrones, contra aquel ángel y sus demonios.

Y en el medio dos monjes que resollaban y un cofre.

—Si queda alguno con vida —juró Balboa—, que salve la reliquia... Y a ella.

Asintieron los tres, a la vez, jugando con los pies para no caerse. Si caían, acabarían espachurrados entre el lanchón y el barco, o ahogados.

La mayor ardía y el calor escupía pedazos que flotaban como hojas de otoño en llamas. Alguien pedía clemencia. Alguien cayó sobre uno de los falconetes, su cabeza crujió como una manzana en el lagar. Alguien murió.

Y un pobre desgraciado se cruzó entre aquel ángel y los dos monjes. Frobisher le descerrajó un tiro en la sien y cambió la pistola vacía por otra con gestos de bailarín. Giró sobre sí mismo, en un revuelo de rizos dorados. No tuvo que detenerse, dejó tras de sí el cadáver y la sangre, y los sesos de aquel pobre desgraciado aún seguían en el aire, mezclándose con humo espeso y negro.

Y entonces cayeron.

XXIII

Cayó uno de los monjes, que tropezó con un enredo de jarcias. Cayó el cofre. Y el otro monje resbaló. Y cayó.

Y Balboa no tuvo tiempo de comprender lo que vio. Aquel maldito ángel de rizos dorados no les ordenó a sus demonios que cogiesen la condenada reliquia.

No comprendió. Y tendría tiempo de sobra para arrepentirse.

Cayeron los monjes.

Y Balboa dio el paso. Su bota se apoyó en la regala de la *gaviota*, iba a saltar y encarar la muerte. Sus amigos lo seguirían.

Y sonaron los dos tajos. Como leña en el cepo. Hachazos que cortaron el aire. Dos. Cortaron el aire y las sogas.

XXIV

Tenía un pie en el lanchón, otro en la borda del filibote. Iba a saltar, para recuperar el cofre y la reliquia. Era el hombre que amaba. Y era el hombre que la había traicionado.

Y el orgullo le impidió gritarle que volviese, que era una locura saltar a la *gaviota*, que moriría. Que morirían los tres.

Alessandra quería hacerlo. Su orgullo no.

Y ni siquiera admitió que ella acababa de mentirle. Le había dejado pensar que iba a la corte para casarse con algún pisaverde cagalindes, o con un mentecato lameculos.

Ocultar la verdad también era mentir. No le había dicho que el velo debía haber sido blanco. No le había dicho lo que había descubierto el abad de Bourburgo. Tampoco que debía llegar a Compostela.

—¡Vuelve!

Iba a gritarlo, con todas sus fuerzas, a pedirle que volviese. Quería abrazarlo. Acurrucarse en el fondo de aquel lanchón y cerrar los ojos.

No lo hizo.

Y entonces Luis del Valle desenfundó su propia espada. Y su daga. Como si fuera a pelear.

Pero no peleó.

XXV

Al secretario Luis del Valle no le tembló el pulso.

Supo que todo estaba perdido. O casi todo. Y no dudó.

Desenfundó y, como había hecho con el pescuezo del mulo, Del Valle cortó las dos sogas que mantenían al lanchón columpiándose al costado del barco, como un niño junto a su madre.

XXVI

El ángel y sus demonios engulleron a los dos monjes, y al cofre con la reliquia.

Todo estaba perdido.

Pero Balboa, como cualquier condenado a muerte, se concedió un último deseo antes de saltar a lomos de la *gaviota*. Giró apenas el rostro, para verla a ella.

Los cabellos desordenados, saltando en todas direcciones, como si hubiera metido la cabeza en la esquina de un granero lleno de telarañas. El rostro tiznado de hollín y miedo, salpicado de sangre. Los labios fruncidos, los ojos descompuestos, el hábito de través. Presa del miedo.

Y seguía siendo bella. La más bella que había visto jamás. La mujer de su vida.

Fue su último deseo, y se disponía a morir en el intento. Tenía que recuperar el cofre.

Y sonaron los dos tajos. Como leña en el cepo. Hachazos que cortaron el aire. Dos. Cortaron el aire y las sogas.

Y cayeron. Como habían caído los monjes.

Cayó el lanchón. Cayó el lansquenete. Cayó el maño. Y Balboa.

Perdieron el equilibrio y cayeron en las bancadas de la lancha. Con golpes que sacaron el aire de sus pulmones. Que le rompieron dos costillas al Zancos y abrieron una brecha en la sien de Balboa. Sólo el alemán, duro y recontrahecho, tan ancho como alto, salió ileso, aunque convirtió la bancada en astillas.

Cayeron.

Y aquellos rizos de oro asomaban por la borda de la *gaviota*.

Un ángel los vio caer al mar.

Y Balboa no supo por qué Del Valle había cortado las sogas del guindaste, no aún. No supo por qué Del Valle había abandonado la importantísima reliquia en manos de herejes. La destruirían, como habían hecho con cientos antes. No supo si el mar, la mar, les daría una oportunidad entre sus olas y sus profundidades.

No supo ninguna de esas cosas. Y menos aún si Alessandra podría perdonarlo. Pero sí supo, se hubiera jugado lo único que tenía, su palabra. Sí supo que no sería la última vez que se enfrentaría a aquel hombre, a aquel ángel con tres pistolas.

Lo supo.

Náufragos, arena y viento



I

Había preguntas. Demasiadas. Las sogas cortadas. La reliquia perdida. Había preguntas. Pero también remos. Y la mar no perdonaba.

—Rema.

El lansquenete le recordó otra vez a Balboa las historias de la abuela Elo. Casi podía oírla. Susurrando en los ecos de la catedral. Hablando de un cantero del que nadie recordaba el nombre, pero que había domado la piedra. Un hombre roto que se había hecho padre al sacrificarse por una hija que no era suya. Un hombre maldito.

Y eso parecía Maximilian. Un hombre saliendo de una maldición. Ropas hechas jirones. Los vibrantes colores sucios. Perdido el sombrero. De pie en el lanchón, los ojos clavados en el secretario Del Valle, las venas del cuello tensas como sogas de la *gaviota*.

Quizás era su amigo porque Maximilian le recordaba a su abuela. Casi podía oler las malvas.

—¡Rema! —insistió Balboa—. Que para vela te falta trapo... ¡Rema!

El alemán, con aquellos brazos como piernas de gorrino, se escupió en las manos, y maldita la falta que hacía, porque llovía, y él solo se apañó en una bancada con dos remos mientras Balboa y el Zancos se repartían la otra. El maño, del costado bueno, porque las costillas rotas del otro eran un martirio.

Y remaron.

Y no abrieron la boca.

De poco servirían las respuestas si la mar se los tragaba.

Remaron, dejando atrás la pesadilla. Remaron, bajo una lluvia que se agarró a las olas, como si le diera vergüenza que la *gaviota* ardiese y que aquellos buenos hombres, con Jacobsen a la cabeza, lucharan para que ellos cinco pudieran escapar.

Ya no podían ver el abordaje, pero los disparos los acompañaron, un largo y eterno trecho, entre las salpicaduras de los remos.

La mar seguía encabritada, las olas los sacudían, y entre los tres amigos no hacían medio marino. Pintaba mal. Lo sabían. Del Valle, ceñudo, sentado a proa, miraba al horizonte gris, buscaba y no encontraba.

Humo, lluvia. No se distinguía el mar de la niebla.

Sólo aquella inmensidad ante ellos.

Remaron.

Y fue Alessandra quien les dio esperanza.

—Tenemos el viento en contra —dijo resuelta—, hay que ir al sur. O acabaremos en Inglaterra.

Y la noche, conchabada con la niebla, se les echó encima.

Ni siquiera sabían si alcanzarían la costa. Y, si lo hacían, era imposible adivinar dónde embarrancarían.

No era momento de preguntas. Tocaba remar.

II

Remaron. Y sufrieron. Ni Del Valle ni Alessandra hicieron relevos. Fue cosa de los tres ladrones, y fue un alivio extraño cuando, entre la oscuridad y la niebla, con la noche encima, distinguieron luces huérfanas que dibujaron la costa.

Un alivio extraño y escaso. No tenían idea de si estarían a salvo al echar pie a tierra.

—*Scheiβe der Franzosen!* No me fío de los gabachos...

Maximilian ni siquiera jadeaba. Balboa aguantaba. Y al maño, pese al vendaje improvisado que había hecho Balboa para aguantarlas, lo torturaban las costillas rotas.

—Muy revuelticos andan últimamente... —fue lo único que pudo decir el Zancos entre resuellos.

Pero de poco servía quejarse. Sin comida, sin agua fresca. Empapados. Helados. Y bajo la sombra de una condena a galeras. Incluso los franceses parecieron viejos amigos.

III

La luz lechosa del amanecer levantó apenas la niebla.

Ni una casa, ni siquiera un monasterio con un puñado de benedictinos, alejados de todo, pero cerca de Dios.

Marismas, pantalanes, arena. Unas cuantas dunas y algún pino con agallas para crecer retorcido en aquel paisaje de arena y viento.

Echaron pie a tierra. Y tenía poco de firme. Era una ciénaga embarrada que se extendía en todas direcciones.

Y pese a hundirse hasta la cintura, hasta casi el pecho el lansquenete. Pese a que tuvieron que nadar en aquel barro mientras

la arena picaba sus rostros como un enjambre furioso. Abandonaron el condenado lanchón con tres maldiciones y echando de menos una antorcha con la que prenderle fuego.

Y respiraron aliviados aquel aire amargo que sabía a algas podridas y a salitre.

Pero duró poco aquel momento de paz.

El lansquenete estalló en cuanto alcanzaron una duna en la que, por fin, pudieron ponerse en pie sin hundirse y contemplar la desolación a su alrededor.

Se fue hacia el secretario como una flecha, lo sujetó por la pechera y lo alzó como a un pelele.

—*Ich werde dir die Eier abschneiden und sie dir zum Essen geben!*

Ninguno de los otros entendió una palabra, pero se agacharon como si oyeran de nuevo los cañonazos de aquel barco con el nombre embreado.

—*Quatsch nicht, sag heraus, was du weißt!* Habla, chinche de mierda, empieza a escupir o te aplasto...

El maño y Balboa se miraron. Zancos sujetándose el costado malo, Balboa tomando una decisión.

Cuando Del Valle se puso morado. Balboa apoyó su mano en el hombro del lansquenete, y parecía la de un niño sobre el de su padre.

—Muerto va a hablar poco. Tienen esa costumbre... Los muertos.

IV

Habían tenido horas para pensar. Demasiadas. Incluso Alessandra había encontrado enrevesadas maneras de explicar por qué el

secretario había cortado las sogas del lanchón antes de recuperar la reliquia.

Pero ninguna de sus especulaciones, ni una sola, se acercó siquiera a la verdad que Del Valle tosió, con las manos al cuello y las mejillas coloradas en aquella duna de Las Landas, mientras el viento hacía bailar la arena y aquel tufo a barro salobre se pegaba al paladar.

Ninguna.

V

Balboa se pasó la mano por el rostro. Dejó regueros de arena y barro, y una hoja de barrilla le quedó pegada a la nariz como una peca verdosa.

Costaba creer lo que acababa de escuchar.

Y, más que hablar, estampó su desprecio en el secretario.

—Era una farsa —dijo intentando convencerse.

Y el lansquenete, como siempre, con el tacto de un derechazo, saltó.

—*Was zum Teufel!* ¿Y qué coño importa ahora otra puta mentira? —tascó furioso—. Estamos jodidos. Podemos darnos por muertos. Hubiera preferido al Turco husmeándome el culo. Esos malnacidos nos perseguirán hasta la boca del infierno.

Y el maño, cabizbajo, insistió:

—Saben que hemos escapado. Y saben lo que hay en juego. No se conformarán con darnos por muertos.

Y Del Valle, sosteniendo la mirada de Balboa, suspiró.

—No podía fiarme de nadie —se quejó con amargura—. Esa loca está dispuesta a todo —con desprecio por la reina inglesa—. Isabel y

sus lacayos han abonado Flandes con dineros que no tienen. Paga muchísimo mejor que nuestro rey Felipe. Y las voluntades son débiles. Cada día descubrimos un espía...

—*Entscheidungen?* Me cago en tu estirpe, hijo de la grandísima puta, te voy a destripar aquí mismo.

Maximilian era un perrazo furioso, y de no ser porque Balboa le servía de correa, el lansquenete ya le habría destrozado el pescuezo a dentelladas al secretario.

—*Du armseliger Dreckskerl!* Es un miserable desgraciado. Los hombres se la juegan cara a cara, ¡nunca por la espalda!

Aunque el lansquenete parecía capaz de arrancarle la cabeza de un sopapo, el secretario endureció la expresión. Incluso intentó inútilmente enderezar la golilla.

—No había otra elección —zanjó Del Valle—. Alguien tenía que asumir el cristianísimo deber de hacerlo y, lamentablemente, no podemos fiarnos de los correos de su majestad. Aun así, el rey Felipe debe saberlo. Cuanto antes.

Y se tocó la pechera, en cuyo interior iban cosidos los documentos de los que les había hablado a los otros.

Aquello no iba a ningún lado. Y Balboa intervino.

—¿Qué había en el cofre? —preguntó sin tapujos.

Del Valle volvió a suspirar y, tras comprender que no tenía arreglo, se arrancó la arruinada golilla, que ni era ya blanca ni se aguantaba derecha.

—La Sagrada Forma de Gorcum lleva años en El Escorial —confesó el secretario—. Pero pocos lo saben —puntualizó con un dejo pícaro —. Era una buenísima excusa, no tendría que haber levantado sospechas. Incluso me ocupé de que el Turco lo supiese —añadió, y los demás no advirtieron cuánto pesaba aquella frase entre tantas mentiras—. Era un cebo, un engaño.

Sacudió el mentón, con aquella barba de chivo, que ya no parecía tan bien recortada ni tan impoluta.

—No sé qué ha podido acontecer —continuó el funcionario—. No sé cómo lo han averiguado los ingleses. Pero que lo hayan hecho demuestra lo acertadísimo de mi decisión. Hay demasiados ojos y oídos vendidos.

—¿Qué había en el cofre? —repitió Balboa.

Y el secretario se encogió de hombros.

—Nada —respondió quitándole importancia—. El abad de Bourburgo accedió a seguirme el juego a cambio de que escoltásemos a sor Angustias y la novicia...

No le dejó terminar.

—¿La novicia?

Balboa no pudo evitarlo, casi se descoyuntó el cuello al volverse hacia Alessandra.

—¿Y la boda?, ¿no vas a casarte?, ¿has tomado los hábitos? Pensé que...

VI

Pasada la sorpresa, comprendiendo la importancia de lo que les había revelado el secretario. Entendiendo que había miles de vidas en juego. Ahora fue el lansquenete el que puso su manaza en el hombro de Balboa. Y fue él quien lo hizo entrar en razón.

—*Das ist eine verdammte Scheiße.* Hay mucha mierda que palear. No es momento para asuntos de bragueta...

Y el maño, con aquel crucifijo suyo entre los dedos, le dio la razón al alemán.

—No me gusta, ni una miajica. Pero tiene razón. ¡No podemos quedarnos de brazos cruzados!

Balboa miraba a Alessandra, Alessandra lo miraba a él, con aquel orgullo que levantaba la cicatriz de la ceja y que le gritaba que jamás lo perdonaría.

Balboa quería hablar con ella, entender qué había pasado. Comprender. Pero sus amigos tenían razón. Había algo más importante que hacer.

—Juradlo, no más mentiras. ¿Es cierto? —preguntó Balboa señalando la pechera del secretario.

Tajante y directo. Mirando fijamente al otro.

Y Del Valle, por una vez, no soltó una larga parrafada. Se limitó a asentir con gravedad.

—¡Mi Pilarica! Van a cogerlos con los calzones quitados.

—*Was zum Teufel!* Morirán como perros.

VII

Balboa miró hacia el mar largo rato. Rumiando todo aquello.

No era tan fácil como insistían sus amigos, había más porquería al fondo de aquel barril. Se lo decían las tripas. Pero no había tiempo para revolver el fondo de aquel barril.

—Hay que hacer algo, lo que sea. No me lo perdonaría mi Virgencica. Podemos ir a París —aventuró el maño—, encontrar a alguno de los espías de maese Bernardino de Mendoza.

—*Das ist zum Kotzen*... Sabe a mierda —terció el lansquenete—, pero no queda otra que tragar. Hay que ir.

—Si algo está en nuestra mano, debemos hacerlo —insistió también Alessandra—, no podemos dejarlo así. Sería una calamidad.

Sólo había una cosa que pudieran hacer con lo averiguado. Pero Balboa no quería pronunciarse aún.

Las palabras de su abuela lo empujaban al horizonte. Podía mandarlo todo al carajo. Olvidarse de lo que acababa de escuchar. Olvidarse de Alessandra. Olvidarse hasta de su sombra. Podía irse. Sin más. Volver a las Filipinas. Al Japón.

Le dio unas vueltas a aquella moneda suya. Mirando al mar.

No quería volver.

Si volvía, quizá las palabras de su abuela se harían realidad.

La moneda bailaba entre sus dedos. Balboa pensaba. Sus amigos esperaban.

Y Del Valle intervino.

—Si me ayudáis —dijo con apremio, apilando las palabras—, os conseguiré la licencia... Era lo que queríais, ¿no?

Balboa no contestó. Seguía dándole vueltas a la extraña moneda.

—Con las perlas del cementerio ibais a sobornar a Mondragón —continuó el secretario—. Yo os la conseguiré. Lo juro, licencias para los tres, y una suculentísima ventaja que cobraréis de por vida...

Balboa saltó como un resorte y, aunque no fue capaz de levantar al secretario como había hecho el lansquenete, también lo agarró por aquella misma pechera que escondía los documentos.

Tenía el rostro rojo de ira y una vena palpitaba en su sien. La brecha que se había hecho al caer en la lancha se abrió.

—¡Al suelo! —ordenó Alessandra.

VIII

Y fue la orden de Alessandra la que sirvió para que no los descubriesen. No podían saber si amigos o enemigos.

Se tumbaron en la duna, asomando los ojos por encima, y descubrieron, a cien pasos, algo que no habían visto jamás.

Dos tipos caminaban con cestos al hombro. Campesinos, gente humilde de ropas raídas. Y aquello no tenía nada de especial, salvo por cómo caminaban.

—*Scheiβe.* Deben ser primos tuyos —saltó el lansquenete.

Y se acompañó de un codazo en el costado del maño, que vio las estrellas por culpa de las costillas rotas.

—¿Qué hacen? —preguntó Del Valle.

Los dos hombres caminaban por las marismas, con una habilidad inusual, usando largos zancos que los alejaban de la arena embarrada.

—Recogerán barrilla para quemar y hacer sosa —aventuró Alessandra.

Y los otros la miraron, sorprendidos. Pero ella no les hizo caso. Ella siguió pensando en voz alta.

—No —negó Alessandra—, nunca he oído que lo hagan por aquí, deben ser resineros —añadió señalando a uno de ellos, que sacaba del cesto a su espalda algo así como un embudo de lata.

Y tenía razón.

Sobre aquellos largos zancos los vieron ir de un solitario pino al siguiente, para sangrarlos.

IX

La aparición de los resineros sirvió para calmar los ánimos de Balboa.

Aún tendidos sobre la duna, cubiertos de barro y cansancio, le habló al secretario, seco, con desprecio.

—Somos ladrones, no traidores. Y menos cobardes.

Y mirando hacia el mar, aquel mar gris y peligroso, buscando a aquel barco de nombre embreado, con aquella moneda suya bailando entre los dedos, anunció su decisión.

—No tengo idea de cómo, pero hay que llegar a El Escorial.

X

No era El Escorial. Para El Escorial faltaban más de cien leguas. Era Burdeos. Y era su única posibilidad. Al menos a juicio de Balboa que, después de mucho cavilar, había tenido una idea.

Tenían que encontrar una aguja en un pajar. Tenían que encontrar a alguien en Burdeos.

Sin embargo, antes siquiera de poder cruzar el enorme estuario que acunaba la ciudad comprendieron que tenían más problemas que llevar a los ingleses en los talones.

—¡Mi Pilarica! Es un cura, ¡un páter!

La larga sotana, de lana basta y oscura, sin teñir, lo delataba.

Lo habían ahorcado de la rama de un roble que crecía entre los viñedos de la zona, a la vista de cualquiera que pasase por aquel camino.

El lansquenete escupió con auténtico desprecio.

—*Schweine! Häretiker!* Hugonotes de mierda. Me cago en Calvino y en sus cojones.

El secretario Del Valle apartó la vista, horrorizado. El cadáver, aún fresco, era percha de cuervos y urracas. Y los pájaros, con total descaro, arrancaban pedazos de carne de las mejillas. Los huecos de los ojos, vacíos, se sacudían como si el pobre cura intentase pedir ayuda a los desastrados caminantes.

Alessandra, con más presencia de ánimo, fue la que habló.

—¿Te fías de ese hombre? —le preguntó a Balboa directamente—. Le basta gritar ¡cristianos!, y acabamos como ese pobre sacerdote.

Con los ojos bien clavados en los viñedos, Del Valle sugirió una alternativa al plan que Balboa había propuesto.

—Quizá sería mejor continuar así...

Era una idea ridícula. No tenían pólvora que funcionase, la poca que no se había empapado en el lanchón lo hizo con su purgatorio de arena y barro por las marismas. Vestían jirones. Estaba sucios. Y no tenían claro qué diantres parecían en compañía de una monja igual de embarrada cruzando por territorio franco en medio de una guerra eterna en la que la excusa de la religión servía para que se matasen unos a otros.

—Me fío —aseguró Balboa.

No se explicó, no contó lo sucedido. No habló de la cicatriz que le había quedado como recuerdo. Sólo insistió:

—Me fío. Me lo debe.

XI

Burdeos, donde aún coleaba la última epidemia de peste, crecía pegada a un puerto. Vivía, y vivía bien, gracias a la sal, los cueros, los tintes y, más que ninguna otra cosa, el vino de la región. Un clarete por el que, para colmo, los ingleses pagaban fortunas.

Y lo último que querían era toparse con un inglés.

Decidieron que lo mejor sería que Balboa y el secretario entrasen solos.

XII

La bolsa del secretario pagó el portazgo, pero faltaba un trámite para atravesar la muralla.

—Una de cada ocho —dijo uno de los dos centinelas que guardaban la puerta.

Tenía pinta de tonel y un ojo más alto que el otro por culpa de una cicatriz que llevaba la firma de una coz. Con atención podían contarse los clavos de la herradura, que le hacían una segunda ceja por encima de la suya, abombada, rota y retorcida como una gorda lombriz.

—Una de cada diez, mañana al salir, en este turno —repuso Balboa.

Y el centinela se tiró del cinto, haciendo retemblar el barrigón, y chistó arrugando los labios, como si buscase algo entre los dientes.

—Que no traéis ya lo veo —dijo después de aquel ritual—. Y si no traéis, os llevaréis. Así que no nos andemos con chiquitas. Si queréis pasar, una de cada nueve del beneficio que saquéis...

Y remató el asunto con un portentoso gargajo que revolvió entre las muelas antes de escupir entre las botas de Balboa.

—Y no se os ocurra engañarme —amenazó el de la coz—, conozco todos los tugurios del puerto. Si me mentís lo sabré...

Balboa aceptó, con resignación, como si el centinela hubiera ganado la batalla.

En cuanto franquearon la muralla y ganaron distancia, el secretario protestó:

—¡Ya pagamos el portazgo! No hay derecho a más impuestos. Es un abuso de autoridad, completamente inapropiada. Le escribiré una queja sumarísima al alcalde, es un hombre ilustrado, he leído sus escritos. Michel de Montaigne no consentirá...

Balboa se detuvo en seco, bajo el alero de un caserío gótico que apuntaba al cielo con los dineros de su dueño. Aún estaban en la

parte noble de la ciudad. Y Balboa señaló una bocacalle, marcada por una pila de zancos. Por allí apareció una vieja enlutada con un cubo lleno de mondas que, sin miramientos, vació en el suelo sucio. Rápidamente, como ratas salidas de las alcantarillas, media docena de chicuelos sucios rebañaron aquellas mondas.

Y dos se liaron a puñetazos por la última.

Burdeos era cara y cruz. Los dineros del comercio y las miserias de los desamparados.

Y Balboa le descabalgó el tratamiento a secretario, como si fueran camaradas que hubieran compartido rancho.

—Esto no son despachos y correos —dijo sujetando la capa del secretario—. No se arregla con una firma —mientras le hablaba obligó a la tela a tapar el cazo de la espada—. Sin el soborno no nos hubiera dejado pasar. —Cogió la mano del secretario y la obligó a sostener la capa tal como él la había dejado—. Nos llega la mierda a las rodillas, que no nos llegue al cuello...

—No tiene garantía de que le paguemos —rebatió el funcionario.

Balboa contestó poniéndose en marcha.

—Conocerá al resto de los centinelas, o pagamos o no salimos de Burdeos...

Del Valle se quedó atrás, tragando la lección de mala gana.

Y Balboa le preguntó a un pordiosero que, junto a un cachorro que era todo costillas y ojos, pedía limosna tocando un laúd al que le faltaban dos cuerdas.

Para sorpresa del secretario, Balboa se inclinó, acarició al animal y echó una blanca en el gorro entre las patas del perrillo. Echó la moneda y, al comprobar que era la última, dejó también la bolsa vacía junto a los hocicos del cachorro.

Balboa siguió la dirección que señalaba el pordiosero. Y, en la siguiente esquina, bajó el ala del sombrero y agachó las cejas, con el

mentón al cuello. Y usó su capa, más larga que el herreruelo del secretario, para embozarse también.

No volvieron a pensar en el de la coz.

XIII

Después de rodear una montonera de corachas mugrientas, junto a un gato tuerto que aprovechaba una raspa, por entre los recovecos del puerto de Burdeos, encontraron la casa que les había indicado el pordiosero. La casa, que se caía a pedazos, y las escaleras por las que debían bajar.

Tras el último peldaño había un descansillo cubierto de limo verdoso, sin más luz que la que se colaba por un agujerillo enrejado desde el interior del negocio.

Balboa no llamó, abrió la puerta, y el enrejado tintineó óxido.

Entraron. Y Del Valle tragó, y en su garganta sonó un clac de cerrojo al cerrarse.

Más que entrar en una taberna pareció que caían a un foso erizado de estacas afiladas.

Veinte cabezas se giraron, abandonaron copas mugrientas, callaron, o simplemente esbozaron sonrisas que parecían azufre.

Del Valle no se atrevió siquiera a llevarse la mano a la boca y mordisquearse las uñas, una costumbre que sólo había logrado abandonar a base de sopapos de su preceptor, treinta años atrás, allá en la Universidad de Alcalá de Henares.

Era un sótano que apestaba a mierda fresca y a humedad rancia. Y cada pared rezumaba agua del estuario.

No había mostrador, sólo dos medios toneles cortados a hachazos. Y se metieron en problemas antes de que Balboa pudiera

preguntarle al tabernero, un manco cetrino con pinta de porquero.

Un tipejo con un pañolón de azul francés atado en la cabeza se acercó.

—Esas ropas deben ser incómodas —soltó en un castellano con tropiezos—, mejor que te las quites.

Le habló a Del Valle, que fue incapaz de responder. Que miraba con aprensión cómo los piojos brincaban por la tela azul. Y que, cuando bajó la vista espantado, descubrió la cicatriz que cortaba los dos labios del francés.

A un tajo así le llamaban *beso español*.

—Tengamos la fiesta en paz —terció Balboa, e insistió en occitano, con una horrorosa pronunciación—. *Non volèm pas d'afars*.

Y fue suficiente.

En un parpadeo, con velocidad envidiable, la daga del tipejo aquel estaba a un palmo de afeitar para siempre a Balboa.

—Métete en tus asuntos —amenazó el piojoso—. *Puèi te demandarem la capa e lo capèu.* —Señaló el sombrero y la capa de Balboa con la daga—. Saldréis de aquí desnudos. *Nus*. Iréis más cómodos. Y con los pies por delante... Descalzos.

XIV

Era imposible que Balboa desenfundase a tiempo, ni la daga ni la espada. Del Valle, resignado, se agachó para quitarse su única bota.

Y lo que sucedió a continuación se seguiría contando durante años en las tabernas de Burdeos.

Balboa alzó las manos, como si se rindiese. El del pañolón sonrió, estirando aquella cicatriz que le partía la boca.

Y al del pañolón lo respaldaban otros tres. Tres que ya habían desenfundado. Con pinta de alimañas curtidas. Incluso hambrientas, como si hubieran estado esperando la excusa para armar gresca.

El tugurio se llenó de rumores, algunos cargados de chascarrillos, otros de risas. Nadie bebía, todo el mundo disfrutaba del espectáculo. Y nadie se dio cuenta de que, al fondo, pegado a uno de aquellos muros que rezumaban agua del estuario, se levantó un hombre que apartó con el talón el taburete en el que había estado sentado.

Se quedó en las sombras. Con la copa aún en la mano, como si no mereciese la pena desperdiciar lo que quedaba dentro.

Balboa tenía las manos alzadas, rendidas, pero su rostro, con aquella mirada violeta, recordaba a un rompeolas.

—*Escota-m.* Hay asuntos en los que conviene no meter los hocicos —le soltó al piojoso.

Y el del pañolón, tras un reojo a sus compañeros para envalentonarse, no aceptó el consejo.

—Las ropas, las capas, los sombreros. Las botas...

Fue entonces cuando, con pasmosa facilidad, Balboa agarró la cazoleta de la daga del piojoso y la retorció media vuelta al tiempo que tiraba de ella hacia abajo.

No le partió la muñeca porque el otro dejó ir el arma, pero no pudo contener el reflejo de llevarse la otra mano a proteger el lugar.

Y eso le bastó a Balboa para ponerle al otro su propia daga al cuello.

Ni siquiera había desenfundado.

Pero como siempre resulta difícil escarmentar en cabeza ajena, uno de los otros tres se echó adelante con la espada y Balboa paró la estocada con la daga.

En un parpadeo, deslizó una hoja sobre la otra. Y la daga descendió hasta los gavilanes de la espada. Allí, con otro giro de muñeca, enroscó la daga y acabó por enhebrar el hueco de uno de los gavilanes con la punta del arma robada. Al tiempo, le largó al otro un pisotón y, mientras se agachaba, Balboa llevó la rodilla al encuentro de sus narices, prácticamente se golpeó solo.

Quedó tirado en el suelo, sangrando como un gorrino y revolcándose entre sus propios dientes. Cuyas raíces, sólo las raíces, eran lo único blanco en el mugriento suelo de aquel antro.

Balboa tenía ahora una daga en una mano y una ropera en la otra, y ninguna de las dos era suya.

De los poco amigables anfitriones, uno se sujetaba la muñeca. Otro se tapaba la boca. Y los dos que faltaban intentaban decidir qué hacer.

Y de las sombras, allá, en la esquina del local, surgió un consejo, lleno de carraspera, con una afonía que no indicaba buena salud.

—*Perqué non cercatz quauque estercolèr ont vos hi botar de cap ?*

Del Valle, que sabía francés pero no occitano, algo entendió de un estercolero, y poco más, pero aquellos cuatro debían conocer al dueño de la voz, porque se alarmaron tanto que al piojoso se le desató el pañolón azul con las prisas por recomponerse y salir del tugurio sin siquiera reclamar sus armas.

Y de entre las sombras volvió aquella voz sin fuerzas, ahora en cristiano con inconfundible acento castellano:

—Gallego, tú siempre has sabido aliñar una entrada...

XV

La afonía y la voz tenían dueño.

Y el secretario Del Valle hubiera jurado que, con cada paso del dueño, retembló tanto el suelo que los taburetes vacíos se escurrieron un palmo.

Salió de las sombras, agachando el sombrero para librar el entramado de vigas, y resultó ser un oso con barbas de alambre, prodigioso barrigón y pintas de desayunar pólvora con ración de plomo para cagar disparos.

—¡Oquendo! —saludó Balboa—. ¿Tan ocupado estabas zampándote un buey que no podías haber parado esa majadería antes?

La pregunta de Balboa arrancó una risotada hueca. Y sincera, pero sin fuerza por culpa de la afonía.

—Bah... De peores has salido sin quemarte —con aquel susurro que le quedaba pequeño, muy pequeño, a su enorme dueño.

Y sujetó a Balboa por los hombros para observarlo como una abuela a un nieto que llevara tiempo sin ver.

—¿Qué cojones haces tú aquí? —preguntó Oquendo con aquella vocecilla de niña asustada.

XVI

—Desde que la espichó la Catalina esto es un sindiós. Demasiados cocineros para un solo puchero. Enrique reina porque es el único que no ha sido asesinado, ¡un descarajal! Más desde las condenadas barricadas de París.

Oquendo se quejaba lastimero, chistando, sacudiendo su barbilla de gigante.

—Y por más que se empeñe su alteza realísima don Felipe —añadió alzando un dedo del tamaño de un morcillo—, su hija no

reinará en Francia, ni aunque a todos los Borbones se les hernie el hígado. Esto es un avispero en el que acaba de cagarse una vaca que pasaba volando. Pero —y estampó el dedo en la mesa, para remarcar el hecho, mucho más importante que las guerras de religión o la sucesión al trono francés—, pero —repitió sonriendo— aquí se come mejor que en Londres, ¿dónde va a parar? Mucho mejor.

Esa fue la respuesta que Oquendo le dio a Balboa, en cuanto se sentaron y el tabernero, sin cargo, ofreció escudillas con lampreas del Garona cocinadas en su propia sangre.

—Yo me alegro de que esa frígida revenida se enfadase con maese Mendoza —susurró Oquendo echándose a la comida—, esos ingleses no tienen zorra idea de cocinar. Lo que tocan lo descojonan, o lo queman, o lo salan de más.

Y vació la primera escudilla en un abrir y cerrar de ojos. Y aceptó la del propio Balboa cuando se la ofreció.

—No me malinterpretes —añadió Oquendo bajo un guiño—, esa revenida de Isabel estaría mejor muerta, es una pájara de cuidado, pero a mí me ha venido bien que la conjura de maese Mendoza se fuera al garete. Si hubiera salido bien el asesinato, Inglaterra tendría una reina muy nueva y muy católica, pero yo seguiría allí, comiendo igual de mal.

Y acercó la mano a la escudilla del secretario Del Valle, que no tuvo aplomo para negarse al robo, pese a sus tripas rugientes.

Oquendo se dio cuenta y, tras mirar a los otros dos con aires de beato, ordenó vaca estofada en vino con ciruelas de Agen, bacalao salado, tiznado con verduras, y ostras del estuario.

—Tres de cada...

Y luego, con otro guiño, explicó que el antro era una porquería, pero que la mujer del tabernero tenía manos de oro para la cocina.

Todo braceando con auténtica pasión, mencionando salsas y guisados.

—Los pichones, tenéis que probar los pichones...

XVII

Era difícil no perder el hilo viendo a aquel tragaldabas trasegar platos. Oquendo era el retrato de la gula. Pero hacía bien su trabajo, conocía hasta el último alfiler del sastre más pobretón de Burdeos.

—Y por Balboa —dijo Oquendo limpiándose salsa de la comisura —, lo que haga falta, hasta me vuelvo a Londres y me como una de esas asquerosas empanadas de anguila.

Y pasó el estofado con un trago de vino digno del gigante Bravorante, soltó un eructo que le barrió la perilla al secretario y, componiendo un rostro severo, habló de nuevo:

—Tienes hasta que termine este aperitivo. Así que no desperdicies la comida. Os escucho...

XVIII

Algún beato habría dicho que fue un milagro. El apetito de Oquendo se serenó a medida que escuchaba y, para cuando Balboa y Del Valle acabaron, sucedió lo impensable: Oquendo abandonó, sin terminar, un plato de castañas cocidas en leche.

—Pero —arguyó incrédulo— es demasiado pronto. Aún no pueden estar listos. Esa hija de mala madre, comedora de anguilas y ojos de besugo, no tiene fondos. No hay chicha en ese guiso. No cuenta con más que media docena de barcos, y son una mierda...

Del Valle asintió.

—Por eso Isabel, muy ladina, entre secretos, ha hecho un desafortunadísimo llamamiento a mercaderes y comerciantes —bajó la voz y susurró lo siguiente—: Más de dos tercios del capital no son de la Corona.

—Loca del carajo. Vienen en busca de botín —razonó Oquendo, preocupado por las implicaciones—. Será una expedición de saqueo. A los mercaderes no les renta apostar miles de libras para destruir nuestra flota en los puertos. Piensan robar hasta las cacerolas...

Y apartó aquel plato de castañas cocidas hacia el centro de la mesa. Y, sacudiendo la cabeza, con incredulidad, buscó la copa para beberse de un trago el vino.

—¿Doscientos barcos?, ¿treinta mil hombres...? Incluyendo a ese payaso portugués de Antonio Crato, ¡el bastardo! —se quejó Oquendo—. Mierda de ingleses, están podridos.

Le trajeron otra jarra, igual de mugrienta que el local, pero Oquendo la vació en dos sorbos.

—Algo me olía —reconoció entre dientes, limpiándose la boca con la bocamanga—. Era un secreto a voces, pero... —Sacudió el enorme cabezón y unas gotas de clarete saltaron del mostacho a la porquería del suelo—. Jamás se ha visto algo así. Dobla a nuestra armada —y quizá el vino le soltó la lengua—, esa urraca de mierda les pagará una miseria y la mayoría estarán enfermos, de tisis, de tifus, de fiebres... No tiene para alimentarlos, pero, aun así, aunque estén todos cojos..., siguen siendo treinta mil cojos.

Volvió a negar sacudiendo aquella cabezota de oso. Y se inclinó hacia delante con un chirrido del taburete. Y la mesa también protestó cuando apoyó los codos para mirar a los otros dos, que apenas habían probado bocado.

Entre ellos quedó aquel plato de castañas cocidas.

—¿Dónde?, ¿qué puerto?

Y Del Valle intervino a toda prisa, cortante.

—Por el momento, dadas las desafortunadísimas circunstancias y los inconvenientes sufridos —dijo con su mejor voz de funcionario—, ésa es una información que conocerá el rey a su debido tiempo, cuando se entreguen los despachos en El Escorial.

No impresionó mucho a Oquendo, que lo oyó sin volverse hacia él y siguió mirando hacia Balboa.

—Si quieres un buen guiso —le dijo—, más te vale que la carne no se haya echado a perder —y sin cambiar de postura señaló con el pulgar hacia atrás, hacia Del Valle—, ¿te fías de éste?

El secretario intentó reaccionar, pero Balboa lo conminó a sentarse con una mano firme sobre el hombro. Apretó tan fuerte que a Del Valle se le escapó un gemido.

Y Balboa le contestó a su amigo. Con sinceridad. Pero sin comprender que, como su abuela, estaba viendo donde otros no veían.

—No, no me fío de él —dijo sin cortapisas—. Pero creo que es cierto.

Oquendo rumió aquello como si rechupase el hueso de un muslito de pichón.

No necesitó mucho tiempo. Llegó a la misma conclusión que habían llegado Balboa y sus amigos. La única posible teniendo en cuenta las vidas en juego.

—Hay que evitarlo —sentenció con su voz afónica.

Y miró a los ojos de Balboa para continuar:

—Y vosotros, vosotros estáis jodidos —añadió Oquendo convencido—. Como dicen por aquí, cuando las zanahorias están cocidas, ya no tiene remedio. Estáis jodidos —insistió meditabundo —. Si no llegáis a tiempo, os mandarán a algún rincón perdido del Perú, por donde los mosquitos aún cagan flechas, para que no se

sepa en los mentideros de Toledo cuántas cagadas quedaron en el camino. Más de uno desapareció el año pasado con el fiasco de la armada...

Y ninguno de los otros dos le llevó la contraria al grandullón. Decía la verdad. Ciertos consejeros de la corte no llevaban bien el fracaso.

—Y, si seguís adelante... Si seguís, los ingleses os cazarán como a conejos. Podéis daros por muertos, como gorrino en san Martín. En la corte de esa frígida, si hay una cosa más que anguilas, son hijos de la grandísima puta. Corsarios, maleantes y cabrones de todos los colores.

Le faltó escupir. Vomitar incluso. No les había cogido cariño a los locales durante sus años en Londres. Pero sabía de qué hablaba. Oquendo Cortés era uno de los espías de su excelencia maese Bernardino de Mendoza, mano derecha del rey para descubrir el polvo bajo alfombras enemigas.

—Estáis jodidos... —Sacudió la cabeza con resignación—. ¡Estamos jodidos! Se enterarán de que hemos hablado, después del espectáculo de esta noche, mañana seréis la comidilla de Burdeos... ¡Me cago en la sal de la Biblia! ¡¡Nos cazarán!!

XIX

—Puedo apañaros algo de comer. Vestiros, armaros...

Oquendo sacudió aquella cabezota, bebió al menos media jarra, sin que siquiera le brillasen los ojos, y se corrigió:

—Puedo vestirnos. Armarnos. Sé cómo salir de Burdeos sin que se enteren las ratas. Para eso tengo recetas de sobra. Pero... Pero... No...

Buscó palabras en el vino, y no encontró mucho.

—No tengo idea de cómo vamos a llegar a El Escorial —reconoció frunciendo la bocaza—. Ni la más remota. Es como mezclar agua y aceite. No podemos escondernos y correr a la vez.

—Hay que darles gato por liebre —rumió Balboa.

Los otros dos, cada uno a punto de dar sus propias ideas, lo miraron. Y se callaron.

Balboa no les prestaba atención. Miraba hacia la roñosa pared, pero veía su pasado. Treinta años y treinta horizontes atrás, antes de que la abuela Elo se equivocase.

—No daba para mucho, pero vivíamos del camino a Santiago...

XX

Balboa compartió sus recuerdos.

—Mi abuela preparaba remedios. Mi abuelo y yo. Íbamos y volvíamos. Reliquias, conchas. Lo que fuera...

Costaba enlazar las palabras, Balboa no miraba a sus compañeros, veía aquel castillo de templarios en Ponferrada, el agua bajo Puente la Reina, las vidrieras en la catedral de León.

Quedó callado por un momento, y arrancó a hablar de golpe, retomando el hilo.

—Y bulas —reconoció Balboa—, vendíamos indulgencias para la Santa Cruzada contra el turco, para componerse, de difuntos...

Otro silencio. Arrancaba los recuerdos como si fueran espinas. Y ni siquiera mencionó al morisco y el laberinto de la leprosería. Aun así, no fue fácil.

—Una vez —continuó Balboa—, cerca de Hospital de Órbigo, mi abuelo hacía el camino de recadero, peregrinando en nombre de otro...

Oquendo pidió más vino, pero no lo tocó, se quedó con la jarra en las manos, escuchando.

—... el alguacil estaba esperando y, en cuanto cruzamos el puente —recordó Balboa—, apareció como un perro rabioso. Ladrando a más no poder...

Sólo un niño, Balboa se había asustado. El alguacil, un tiparraco encuerado con aires de haber capado a más de un turco, se les había echado encima con insultos y amenazas. Asegurando que todo era mentira, que las indulgencias eran falsas como monedas de madera.

Y el abuelo, sin flaquear, había asegurado que sus bulas eran auténticas y que aquel que osase dudar recibiría un castigo divino.

—No nos dejó entrar al pueblo —dijo Balboa y, por primera vez en el relato, a sus labios asomó una sonrisa—. Tuvimos que dormir al raso, bajo una higuera.

A la mañana siguiente, a la entrada del pueblo, apenas su abuelo había comenzado a predicar, apareció de nuevo el alguacil, con la porra en alto, dispuesto a echarlos a patadas, al crío y al buldero. Mirando a cada uno de los labriegos, pastores y campesinos que se habían detenido a escuchar, con un cesto al costado, con un zurrón, con un saludo en los labios.

—Casi me cago encima —reconoció Balboa.

XXI

Balboa era un chiquillo asustado, oía de lejos las aguas del Órbigo, que rugían bajo el larguísimo puente.

Se había despertado deseando rematar la faena pronto y conseguir permiso del abuelo para patear la ribera en busca de

saltones, para hacerse con una vara de avellano con la que tentar a las truchas. Había ahorrado para comprar anzuelos. Había ahorrado y, antes de salir de Compostela, la abuela Elo le había puesto en la mano dos blancas.

—Aprende —había dicho la abuela Elo entregándole las dos monedas—, aprende del camino.

No siempre entendía lo que la abuela decía. La abuela veía donde otros no veían.

Pero, con aquellas dos miserias de vellón, torcidas y mal acuñadas, había comprado anzuelos en Astorga y el niño Balboa no pensaba en el negocio o en volver con dineros a Compostela, pensaba en las truchas del Órbigo.

Hasta que aquel alguacil los descubrió.

—¡No lo escuchéis! —bramaba el alguacil.

Y Balboa estiró la mano, para refugiarla en la de su abuelo. Tenía miedo, una vez el regidor del mercado los había echado a patadas de Benavides. Pero el abuelo le dio un reconfortante apretón. Y le guiñó un ojo. El abuelo siempre sabía cómo alegrarle el corazón.

—Luego podrás ir al río —le susurró.

Y al pequeño, confundido, le costó creerlo. Pero su abuelo, como tantas otras veces, tenía razón. Sólo se equivocaría una vez, aunque para aquello aún faltaban días, semanas, años.

—¡Blasfemo! —le espetó el abuelo al alguacil—. ¿Cómo te atreves a poner en duda lo que ha concedido el obispo de Compostela?

Y el alguacil cayó fulminado al suelo.

Echando espumarajos por la boca. Preso de convulsiones.

Cayó, como había caído la peonza. La peonza que dejaría atrás años después, cuando Balboa se marchó para no volver.

XXII

Balboa siempre recordaría el olor del anís salvaje que brotaba en la ribera del Órbigo.

En la taberna del manco en Burdeos, donde olía a salitre húmedo, donde todo menos la comida parecía podrido, aquel hombre, que había sido niño a orillas del Órbigo, negó. Sacudió el mentón con fuerza, pasó los dedos por la barbilla, se oyó el raspar de la barba. Se frotó la mano, donde el abuelo había apretado. Y sacó aquella extraña moneda suya del tajo en el cinto y la hizo bailar entre sus dedos.

—Poseído por el demonio —dijo Balboa, el hombre en una tabernucha de Burdeos—. Eso gritó mi abuelo. Que el alguacil había sido castigado por Satán y su legión de íncubos y súcubos. Que estaba a un paso de los infiernos...

Balboa le quitó la jarra de las manos al espía. Y echó a su vez un trago. Apenas un sorbo en comparación con los de aquel Gargantúa. Pero bebió.

Para espantar recuerdos. Porque no quería enfrentarse a las palabras de su abuela. No quería enfrentarse al laberinto y a aquella maldita cocina.

Bebió.

Y después de secarse con el dorso de la mano continuó:

—Tres peregrinos se echaron de rodillas al suelo con las manos en alto, rogando a los Cielos...

Y una lavandera se había desmayado, soltando la cesta, esparciendo calzones sucios y camisas sobadas en la arcilla roja donde crecían los anises y corría el Órbigo. Había sido un arrebato divino y la fe de todos los allí reunidos creció hasta tocar los Cielos.

Más aún cuando, entre salmos y rezos, las manos del abuelo se posaron en el alguacil, que escupía blasfemias y tenía la boca como la de un perro rabioso.

—¡Milagro!

Eso gritó una rapazuela que se había echado al suelo para abanicar a la lavandera desmayada.

—¡¡Milagro!!

Eso repitió un labriego con el sombrero en las manos y la marca del sol en la frente.

—¡¡¡Milagro!!!

Corearon todos, entre los anises, con el rumor del Órbigo bajo el puente, que era un puente de leyenda porque un caballero había defendido allí su honor en una historia que aquel niño había oído.

El alguacil se había calmado, de pronto. Y había echado el rostro al suelo, a aquella arcilla rojiza, para pedir perdón y misericordia, para rogar por su alma.

Y aquella misma mañana, el buldero y su nieto hicieron la mejor de las bolsas.

Y Balboa, el hombre, recordaba la calidez del orgullo que había sentido aquel niño. La admiración, el deseo de convertirse en su abuelo. De superarlo incluso.

—Estaban conchabados —saltó Oquendo comprendiendo—, daban gato por liebre...

Balboa, lentamente, con una sonrisa triste, asintió. A su abuelo le había salido bien aquella vez, y cientos de otras veces, camino arriba y abajo. Incluso lo de aquel zorro rabioso en Sahagún. Pero hubo una en la que salió mal.

—Mi abuelo conocía bien el negocio...

Y quedaron los tres en silencio. Sin más compañía que los ronquidos de uno de los parroquianos, que había bebido demasiado

clarete.

XXIII

Hubo tiempo de escuchar unos cuantos ronquidos. Incluso de distinguir las notas de cada uno y advertir que tenía algo de melodía. Y el borracho murmuró algo inquieto en sueños.

Y Balboa, con el recuerdo de la mano de su abuelo apretando la suya, aún lo echaba de menos, habló de nuevo. Se desprendió de su infancia como si se sacudiese una mojadura. De toda menos de las palabras de su abuela aquella maldita mañana. Cuando ella contestó al fin a sus preguntas y Balboa se marchó.

Y la peonza giraba en las piedras de Compostela.

—Juré que no volvería a hacerlo —murmuró Balboa por lo bajo.

Con los ojos violetas en el salitre de las paredes. Y Del Valle fue a decir algo, pero el espía le aconsejó que se contuviera moviendo uno de sus enormes dedos de un lado a otro.

Oquendo le concedió a su amigo el tiempo que necesitaba. Decidió aparcar el asunto del camino para que reposase, como un panadero esperando a que la masa fermentase.

—Conviene conocer los ingredientes —carraspeó antes de continuar—, me huelo que ese cabrón de rizos dorados es Frobisher. Que fue quien acabó metiendo en la Torre de Londres a la comadreja Throckmorton cuando se destapó la conjura... Al resto los mató. Es un mal bicho, se rumoreaba que se hacía llevar huérfanos de las calles de Londres...

Balboa, poco a poco, regresó a aquel antro de Burdeos y logró olvidar a su abuela. Incluso desapareció el olor a malvas.

Miró al secretario con aquel violeta oscuro.

—Nos estarán siguiendo —admitió poco después Balboa—, pero se les puede dar gato por liebre. Juré que no volvería a hacerlo —sonrió con melancolía, inseguro—. Pero aún lo recuerdo. Albergues y atajos. Al cabronazo del morisco...

Con aquellas últimas palabras, Balboa necesitó un instante. Sus ojos violetas recorrieron una vez más los manchurrones salitrosos de la pared.

Un instante para espantar recuerdos. Y continuó:

—Licencia y ventaja para Maximilian y para Francisco —exigió Balboa con cara de gato con un ratón bajo la zarpa—. Y para él —añadió refiriéndose a Oquendo, que sonrió como delante de un pastel de pasas—. Licencia y ventaja. Y que sea suficiente para dejar herencia —pidió inflexible—, para los tres. En cuanto a mí... Yo quiero una carta de recomendación de su excelencia el duque...

—¿Para quién? —preguntó Del Valle.

—Para un quesero...

No hacían falta más detalles por el momento. Y Balboa, después de sostener la mirada del secretario, acabó por asentir.

—De acuerdo, esto es lo que haremos.

Y les explicó los detalles de cómo se habían ganado él y su abuelo la vida. Y de cómo él mismo le había servido de lazarillo en más de una ocasión.

A lo que Oquendo sólo añadió una cosa más.

—Gallego, si salimos enteros de esta, cosa que dudo —dijo, medio en broma, medio en serio, como si lo pensase pero no quisiera recalcarlo—, será mejor que des mi deuda por saldada... No me pidas ni agua. Ni agua. Y nunca olvidaré lo que hiciste, se lo contaré a mis nietos. Pero ni agua, ¿me oyes? Ni agua.

Y Balboa, que no podía desprenderse de su retranca, tuvo que decir la última palabra.

—Pues ya será vino.

Zancos, camino y redención



I

Arnaut trabajaba de sol a sol. Y lo hubiera hecho incluso de noche, por sus tres niñas, porque Arnaut sólo esperaba que la Providencia le sonriese y dejase que sus pequeñas crecieran sin conocer el hambre.

Arnaut tenía los pies deformados, y las pantorrillas. Pasaba demasiadas horas en los zancos. Y las manos, las manos estaban llenas de cortes y arañazos, por la áspera corteza de los pinos, los continuos tajos y los bordes de las latas de zinc. Y los hombros, los hombros eran un castigo, las cinchas de los cestos deslomaban.

Pero todo merecía la pena cuando llegaba a la casucha al borde de la marisma y lo recibían tres sonrisas.

Después de veinte años sufriendo, ése era su tesoro, tres sonrisas y la fe que le permitía empezar cada día, mientras se ponía los zancos, con un rosario completo para pedirle al buen Dios que abundase la resina. Para comprar una de aquellas telas que había visto en la feria de Burdeos. Suficiente para tres bonitos vestidos.

Era un buen cristiano que no había caído en la trampa de los hugonotes, estaba convencido de que había que obrar con bondad, no sólo rezar. Y Dios le ayudaría a ahorrar, para sus tres palomitas.

Así las llamaba.

Y su fe lo engañó.

Arnaut oyó el inconfundible ruido de gente sin zancos bregando en la marisma, y se le abrió el rostro con una cristiana sonrisa.

Clavó el embudo de zinc bajo el corte en el alto pino y se volvió cómodamente, en sus zancos, para saludar y ofrecer ayuda a aquellos perdidos.

Lo que no había esperado, allí, entre la arena y el viento, en medio del barro salitroso, era encontrarse a un ángel.

Tenía que ser uno de los ángeles del Señor, venía a concederle una venia a sus tres pequeñas.

II

Era un demonio.

El único consuelo de Arnaut fue que no le preguntaron por su casucha al borde de la marisma. Ni por sus tres palomitas.

Le preguntaron a quién había visto, si alguien había cruzado el pantanal, si eran cuatro o cinco, si había una monja con ellos.

Le hicieron muchas preguntas, pero ninguna sobre sus tres pequeñas.

Fue su único consuelo.

Arnaut se ahogaba en su propia sangre. Convencido de que el buen Dios lo acogería en su seno. Con la paz que es patrimonio del creyente.

Se moría. Y se moría en paz.

Hasta que tiraron de su cabeza hacia atrás, hasta golpear la áspera corteza, por la que escurrían unas gotas de resina, aquel embudo no había podido recogerlo ese día, y estaba lleno, rebosando.

Tiraron con tanta fuerza que su espinazo crujió. Y la sangre que se escurría de su boca, rota, sin dientes, le cayó sobre los ojos y se los empañó.

—*D'ont son ?*

Arnaut intentó contestar. Pero fue incapaz, estaba tan asustado que sus labios se negaban a hacer otra cosa que rezar.

—*Quan passèron per ací ?*

Había visto la lancha y las huellas, llevaban allí una semana, quizá algo más.

Arnaut no lo sabía, no podía saberlo. Sabía de resinas, de pinos, de sus niñas.

Un día, desde lo alto de sus zancos, la vio embarrancada. Se acercó por curiosidad, preguntándose cómo habría acabado allí. Y acabó cogiendo un velo, negro y deshilachado, que encontró enredado en las astillas de una de las bancadas rotas. Lo limpió de las cagadas de gaviota y lo usó, con una sonrisa, para apañar un vestido para una muñeca que hizo con piñas y barrujo.

Arnaut rezaba y, entre verso y verso, contestaba lo único que podía contestar:

—*Non lo sabi* —tartamudeaba el resinero.

Se atragantaba con su propia sangre. Intentaba escupir, pero la boca volvía a llenarse enseguida.

—*Non lo sabi*...

Arnaut intentaba tomar aire, y no era capaz. Su pecho no respondía. Escupía más sangre y notaba las faltas en la boca, donde antes había dientes, ahora había dolor, y sangre.

—*Ua setmana, ueit días...*

Largos hilos de baba y sangre le caían sobre los ojos, se le enredaban en el pelo. Y allí, entre la arena del suelo, las pulgas de agua saltaban entre los pies de aquel ángel y sus tres pistolas.

—*Ua setmana, vesi las traças... Las traças...*

Arnaut se arrebujó en su fe, como taparse con una buena manta de lana en una noche fría. Arnaut rezó, por sus tres niñas. Sus palomitas.

No tenía otro consuelo. Pero no perdió la fe.

—*Ua semana* —repitió—, *ua semana.*

Le dolían los tobillos, descarnados por la soga que los ataba, y los brazos. Apenas podía respirar. Así boca abajo, colgando de uno de sus pinos. Apenas podía respirar. Los costados ardían, su frente amenazaba con estallar.

Y el ángel se acercó. Y no le habló en occitano, le habló en inglés. Pero Arnaut entendió. Y su fe se vació, se volcó como uno de sus embudos para resina mal colocado, se volcó y se vació sobre la arena embarrada de la marisma.

El ángel se acercó. Y le habló. Y no tenía la voz de un ángel. Era un demonio.

—*I shall find thy house. I shall burn it.*

Lo sacudió, y habló en otra lengua. En el occitano de Arnaut.

—*I metrai lo fuòc.*

Y no había acabado.

—Arderá, con tu familia dentro.

Su nombre era legión. Y hablaba todos los idiomas de los hombres.

Pero Arnaut no tenía las respuestas.

Arnaut murió sin darle sus respuestas al demonio, se las habría dado, pero no las tenía, y murió igualmente, con una última frase en

los labios, con la angustia carcomiéndole el alma, y sin fe, porque supo que aquel ángel, aquel demonio, cumpliría su palabra. Su casa ardería.

—*Perdonatz-me* —lloró Arnaut—. *Mes tres colombetas.*

III

De las marismas, del borde mismo, camino a Burdeos, salieron once hombres, y tras ellos quedó una terrible y negra columna de humo.

El fuego se agarró al único pino cercano, y lo desplumó como a un gallo. Las llamas se tragaron la resina y ardió durante todo el día, y continuó ardiendo cuando, entrada la noche, aquellos hombres ya estaban lejos.

Eran diez demonios, y los mandaba un ángel.

O quizás eran diez demonios y los mandaba Satán recién salido del infierno.

Iban camino a Burdeos.

IV

El horror iba camino a Burdeos.

Y otros salían de la ciudad buscando redención.

Esa misma noche, un centinela de las murallas destacado en la puerta que llamaban Dauphine, la del norte, se quedó con un canto en los dientes, esperando que apareciesen dos tipos que le debían una comisión por un negocio en el puerto.

Era un tipo malcarado, con un ojo más alto que otro por culpa de una coz.

Cuando cayó la noche quedó convencido de que lo habían estafado. Y recorrió las demás puertas, preguntando a sus compañeros si habían visto a aquellos dos.

A un escurrido poca cosa con una pata de madera, y a un veterano con cara de pocos amigos.

Pero ninguno le supo dar razones. Nadie que encajase con la descripción había salido de la ciudad.

Al acabar la ronda, en la puerta que le decían de Saint Michel, a la sombra de la basílica, halló por fin respuestas.

Uno de los centinelas, a cambio de que le acabase el turno, le dijo, cargado de escepticismo, como si hablase de locos, que por allí sólo habían salido tres peregrinos, con sus bastones y con sus zurrones, repartiendo bienaventuranzas, camino a Compostela.

Y se lo contó porque le quedó libre el resto de la guardia, pero también porque le había resultado curioso. No se veían muchos peregrinos en los últimos tiempos.

Además, aquellos tres parecían un juego de tentetiesos de feria. El primero era grande como una montaña, el segundo de buena planta, y el tercero a falta de unos palmos. Hasta se rio cuando, acompañándose con la mano, le contó que parecían encoger a medida que cruzaban la muralla.

V

Tres peregrinos salieron de Burdeos, pero de haberlos seguido aquel centinela de la coz, los habría perdido. Porque tres salieron de Burdeos, pero fueron seis los que entraron en el hospital de peregrinos de Saint Jacques en Gradignan.

VI

Aquel centinela de la coz, penitencia de un pecado contra natura, descubrió a la mañana siguiente lo sucedido con los dos desaparecidos, cuya deuda, para entonces, según sus cuentas, le hubiera permitido retirarse y vivir de rentas.

Se enteró él y toda Burdeos.

De lo sucedido en la taberna del manco, la única que no estropeaba el guiso de lamprea, se hablaría durante largo tiempo en Burdeos. Ilustraba lo arteros, tramposos y cabrones que podían ser los españoles.

Y fue al escuchar, el de la coz, que aquellos malnacidos habían hecho tratos con el otro español, el que tenía fama de espía, cuando recordó a los peregrinos.

Pero no le quitó el sueño. Además de reventarle una ceja, la coz le había revuelto los sesos.

No le quitó el sueño, y no volvió a pensar en ello, hasta que, unos días después, al salir de las caballerizas ajustándose los calzones, todavía sonriendo, un ángel le preguntó.

VII

—A esto le llamo yo salir del fuego para caer en las brasas —resolló Oquendo.

El espía, sin aliento y con el ceño fruncido, miraba hacia el sur, hacia su destino.

Y lamentaba no ser cabra.

Allí empezaba el Pirineo. Descollaba en la lejanía con sus cumbres, cubiertas de coqueto blanco y abrazadas por las nubes.

Y allí, al pie del paso navarro entre las montañas, como si hubieran caído desde la cima y siguieran enteras de milagro, se levantaban las murallas de San Juan de Pie del Puerto, que tenía el nombre cosido a la medida del paisaje.

Y aquellas murallas de San Juan de Pie del Puerto, comienzo para muchos del camino a Compostela, eran famosas; la caliza de la zona tenía un color terroso, rojizo, incluso rosa según el capricho de la luz. A veces rojo oscuro. Había leyendas que hablaban de milagros. Otras de batallas.

Era un lugar donde merecía la pena detenerse. Incluso santiguarse y rezar.

Pero ninguno de aquellos seis peregrinos se detuvo por la belleza del lugar, que tenía algo idílico, tampoco por las leyendas. Se detuvieron porque les fallaban las fuerzas.

—Hay que encontrar un buen guía —anunció Oquendo recuperando el resuello—, que el estofado se arruina si la cuchara no es buena.

Ninguno de los otros contestó. Estaban cansados, hambrientos y espantaban el miedo a otra noche al raso.

Habían sido días duros.

Una semana desde el hospital de peregrinos de Saint Jacques de Gradignan hasta allí.

Habían dejado atrás las viñas de clarete. Habían atravesado arenales decorados por pastores en zancos que cuidaban de ovejas como cigüeñas en una charca. Y bosques cerrados por donde corrían arroyos que helaron sus pies. Y las ampollas y el dolor no habían sido lo peor, habían tenido que lidiar con hugonotes soliviantados que resultaron no tener buena opinión de aquellos devotos peregrinos.

Una semana sin apenas dormir. Espoleados por abrir brecha con sus perseguidores.

VIII

Una semana de penurias, hambre y frío.

Fue miserable. En especial, para Balboa.

Una de las noches, haciendo guardia, tuvo que dar el alto.

Todo era barro. Todo era marisma. Las hogueras, lamentables. Apenas humo, chispas y una peste indecible. Dormir era difícil, hacer guardia, una tortura.

A veces, con la fría humedad royendo sus huesos, los dientes castañeteaban tanto que era imposible hablar. Así que, en aquella guardia, Balboa se levantó, para moverse, para entrar en calor. Para intentarlo al menos.

Desde algún pino escondido en la noche, un cárabo ululaba. Y el aroma punzante de la pinocha se enredaba con el salitre y la arena húmeda.

Balboa apretaba los dientes, echaba el aliento entre las manos y las metía en los sobacos, y se había detenido al oír el inconfundible ruido de unos pasos.

Se dispuso a vender cara su vida, y la de sus compañeros.

Era Alessandra.

Dos ánimas se encontraron en aquel bosque pelado de pinos, bajo un aderezo de luna y el tímido resplandor de una hoguera ruinosa.

Se miraron.

A Balboa se le pasó la tiritona, verla espantó el frío.

Se miraron y Alessandra, erizada de espinas, se alejó. Con pasos como aleteos, con el cadencioso ritmo de sus caderas,

recolocándose un mechón rebelde tras una oreja; un gesto que hubiera convertido cualquier borrachera en una pelea de taberna.

—Esas perlas margariteñas valen una fortuna...

No era lo que tenía que haber dicho. Pero fue lo que dijo. Agónico, con la voz quebrada. Como si rezase ante el altar desesperado.

Y ella escuchó, giró el rostro, la luna dibujó la curva de su mejilla. Ella escuchó. Pero siguió alejándose.

—Podía haber conseguido la licencia, hubiera pagado diez sobornos...

Balboa lo intentaba, cacareaba sus razones.

Ella no escuchaba. Se iba.

—Tu padre hubiera encontrado otro negocio... Pero yo... Yo tenía que hacerlo, era una oportunidad única...

Ella se iba.

Balboa se convirtió en un mendigo. Pedía limosna. Y el dolor dio paso a la rabia.

Tenía que haberle hablado de la abuela Elo. Tenía que haberle contado cómo había perdido su niñez. Tenía. Pero el orgullo siempre es mal consejero.

—No podía dejar que los rebeldes las destruyeran, o ese malnacido del Turco, ¿no lo ves? Hubiera sido un desperdicio.

No quería, Balboa no quería. Pero ya no pensaba. Ni siquiera en que era un peligro gritar en la noche. Levantó la voz. El enfado ganó inercia con cada palabra.

No le habló de las lágrimas de la abuela Elo, aquellas lágrimas violetas.

—¡Tenía que hacerlo!

No confesó su largo historial decepcionando a las mujeres de su vida. Ni la culpa que sentía. Tampoco de aquella necesidad de buscar un horizonte tras otro. Sólo cerró el puño escondiendo

aquella moneda ovalada que había traído consigo del otro extremo del mundo.

—¡¡Tenía que hacerlo!!

Como si repetir una y otra vez lo mismo pudiera cambiar algo. El amor y el dolor, revueltos, vuelve tontos a los hombres; la mezcla la revuelve el orgullo.

—¡¡¡Tenía que hacerlo!!!

Alessandra se detuvo, con la cabeza gacha, con un velo sobre los ojos, y sus cabellos, bajo la luna, pasaron del oro a la plata, y ocultaron las lágrimas que bailaban en las pestañas.

—Me engañaste —respondió en voz baja, sin siquiera mirar hacia el hombre que amaba, porque aún lo amaba—, te aprovechaste de mí y de mi padre. No eres más que un vulgar ladrón.

No le hizo falta gritar. Y sus palabras fueron avalanchas. Balboa incluso dio un paso atrás.

Y Balboa hizo lo único que hacía tan bien como manejar la espada, hizo el estúpido.

—No tenías por qué tomar los hábitos —dijo Balboa, rijoso, defendiéndose—. Yo me hubiera hecho cargo del crío. Le hubiera dado un apellido.

Alessandra reaccionó con agilidad de espadachín, de uno bueno, enseñado en Madrid, de uno de esos maestros que, como el lenguaraz lansquenete, sabían usar el montante.

Reaccionó con tres pasos como tres condenas. Creciendo con cada uno. Apartándose el pelo del rostro. Y dejó en cada paso una lágrima. Y las tres lágrimas perdidas dejaron espacio a la rabia.

—No estoy encinta —soltó, como una descarga de bombarda, entre salivazos.

Quedaron mirándose, dispuestos a fusilarse el uno al otro. Y ella, con un último paso, sin una sola lágrima, volvió a hablar:

—Y si lo estuviera —las sílabas destilaban bilis oscura, y se detuvo en cada una, para que no cupiesen dudas de lo que estaba diciendo —, no te necesitaría...

Había granizos más calientes y menos violentos.

Y a Balboa jamás le había faltado el valor, ni siquiera cuando no quedaba otra que hacerse a un lado y acurrucarse en un agujero para que la explosión barriese todo a tu espalda, con el calor de la pólvora lamiendo el cogote, a una pulgada de la muerte, a tres varas bajo tierra. No, el valor nunca, pero sí la intuición, al menos con las mujeres. En especial con las únicas dos a las que había amado.

—Pero, entonces —perplejo—, ¿por qué hacerte clarisa?

Alessandra podía contarle la verdad. Pero no se lo merecía. Lo último que él se merecía era la verdad.

Merecía ser castigado.

Aunque le doliese a ella. Porque quería estirar la mano y acariciar su barbilla, trazar el arco de sus labios con la yema del dedo, acercarse hasta oler su aroma. Besarlo.

Pero merecía ser castigado.

No mencionó lo que había descubierto el abad. Ni que las clarisas también tenían espías entre los correos del rey. No habló de su padre. Ni de Compostela. Ni de sor Angustias. Ni de su promesa. Alessandra mintió. Y lo hizo como si pegase bocados, intentando hacer daño.

Mordió con cada mentira.

—¿Dónde iba a estar mejor?, ¿contigo? Con un ladrón, con un hombre sin honor...

No le dijo una sola palabra de lo prometido, del documento que ella también guardaba. Y, sobre todo, no le dijo nada de su padre. Porque era una buena hija, dispuesta a sacrificarse.

Balboa hizo el estúpido una vez más.

—No robamos el almacén de tu padre, fuimos a por las perlas del cementerio...

Incluso Balboa comprendió que no era el momento ni el lugar. Y Alessandra fingió no haber escuchado.

—Si estuviera embarazada —con los labios alzados, enseñando un colmillo—, hubiera encontrado fácilmente a cualquier otro gañán —le espetó desairada—, sobran los imbéciles.

Ni a tres, ni a treinta, ni a trescientas varas bajo tierra. Jamás se había sentido Balboa tan rodeado de oscuridad.

—¿Cómo puedes ser así de imbécil? —preguntó asqueada—. ¿Crees que estuve llorando por las esquinas?

Acabó en tono de burla, más ácido que el vinagre, y no le hizo falta tomar aliento para continuar:

—¡No me haces falta! —le espetó al hombre que amaba.

Una mentira más. Pero de qué serviría decirle la verdad. Ahora era tarde. Imposible. Aunque pudiera perdonarlo. Era tarde. Tenía que llegar a Compostela. Tenía que salvar a su padre. Aunque su padre fuera su padre.

Uno frente a otro. Enfadados. Rabiosos. Como perros en una pelea.

Él fue a decir algo.

Ella fue a decir algo.

Callaron los dos, cada uno espejo del otro. Tensos como sogas de ahorcado.

Tenían tanto que decir. Y no se lo dijeron.

IX

Ella podía abofetearlo. Él podía gritar.

Uno frente a otro, con una vida en medio. Acompañados de mentiras.

El cárabo ululó entre los pinos. La brisa rumoreó entre las verdes agujas. El intenso olor del barrujo empapado hizo remolinos a su alrededor.

Querían odiarse el uno al otro. Pero se amaban.

Balboa dio un paso, tembloroso. Ella echó el rostro atrás.

Él tenía que llegar a El Escorial para evitar los remos de galeras. Ella tenía que llegar a Compostela para salvar a su padre. Tenían que decirse adiós allí mismo, en aquel barrizal francés, bajo los pinos y la luna que, a codazos, se abrió paso entre las nubes para cotillear.

Tenían que separarse.

No lo hizo adrede, pero ella también dio un paso al frente.

Tenían que separarse. Cada uno tenía un camino que seguir. Y un beso los unió.

Toda la rabia. El odio. Los reproches. Ardieron, ardieron en aquella tierra empapada. Se convirtieron en un incendio que empezó con un beso.

Un beso lleno de prisa, de angustia. Rabia. Un beso que se hizo mordisco. Que acabó en arañazos. Que rompió ropas robadas en Burdeos.

La tela se rasgó. Y los dos rieron. Rieron carcajadas que eran familiares, que sabían a queso.

Él trenzó con las yemas de los dedos el camino entre sus pechos. Y lo siguió con la lengua, y fue dejando un rastro de besos que se convirtieron en un frío delicioso que él apagó de inmediato, acercando su piel.

Ella encontró lo que buscaba. Y apretó. Y sonrió cuando él gimió.

Ella movió su mano, adelante y atrás.

Y él también encontró lo que buscaba. Y sus dedos se mojaron.

Se derritieron sobre el montón de ropa, cayeron revolcándose. Buscándose, porque no habían encontrado suficiente. Porque les supo a poco.

Sus ojos también se encontraron. Y pedían. Rogaban más. Querían olvidarlo todo. No había nada más. Sólo sus cuerpos. Su deseo. Desapareció el pasado. Se esfumó el futuro.

Ellos dos. Allí. En ese instante. Eso era todo.

Valía la pena.

Ella tiró, clavando las uñas, arañando la piel de las nalgas. Él empujó, y cerró los puños atrapando aquel barro francés entre sus dedos.

La penetró.

Y a ambos les supo a poco. Ambos querían más. Mucho más. Aún había retales del pasado que asomaban entre las agujas de los pinos. Aún quedaban jirones del futuro que revoloteaban como bichos molestos.

No era suficiente.

Más. Más hondo. Mucho más. Y todo desaparecería. Todo menos ellos dos.

Ella recorrió los dibujos de sus músculos. Las venas de sus hombros. Las cicatrices.

Él se llenó la boca con uno de sus pezones. Mordió con delicadeza. Besó.

Lo empujó, con fuerza, apretando el pecho endurecido por la guerra. Lo empujó, y él se dejó vencer. Rodaron juntos. Y ella se colocó a horcajadas. Lo montó, moviendo sus caderas, más y más rápido, hasta que escuchó el familiar gruñido, hasta que vio cómo su ceño se fruncía y los labios se apretaban.

Y se detuvo. De pronto.

Como una condena.

Ella se detuvo y él gritó.

Desmontó y culebreó por su pecho dejando una ristra de besos que eran suspiros. Y usó sus labios, su boca, para encontrarlo, para sentir el calor palpitante.

Labios y lengua. Una boca. Un deseo. Y ella se detuvo a tiempo. A tiempo para sujetarlo con fuerza y obligarlo a arrodillarse, a caer sobre ella. Ella sujetó su cabeza, clavó las uñas entre su pelo revuelto, y lo llevó al único destino que importaba. Al que ella tenía en la horquilla de sus piernas.

Y él bebió.

De nuevo. Labios y lengua. Una boca. Un deseo. Antes él, ahora ella.

De nuevo, hasta que el cielo estaba allí, a su alcance, para arañarlo con las manos temblorosas.

Y, cuando faltaba un suspiro, un último lametón. Él también se detuvo. En la más dulce de las agonías. La única que debería ser eterna y que siempre es efímera.

Se detuvo. Y treparon el uno en el otro. Uñas, piel y mordiscos. Casi brutal.

Hasta que sus ojos se encontraron. Y se miraron el uno al otro, sin pestañear.

La penetró de nuevo.

Despacio.

Muy despacio. Ya no había prisa. Era algo más que deseo. Estaba más allá de la pasión.

Despacio. Lentamente. Apenas sin moverse. Mirándose a los ojos. Siempre mirándose a los ojos.

Y la luna codeaba con más fuerza, apartaba las nubes frenética. Incluso sopló, para que el viento agitase las copas de los pinos, para poder ver.

Despacio. Muy despacio. Apenas moviéndose. Porque podían romperse. Porque estaba a punto de quebrarse y deshacerse en añicos.

Despacio.

Ahora. Para siempre.

Gimieron juntos. Ellos y la luna, que apretaba las nubes con tanta fuerza que acabó por deshacerlas.

X

Ella despertó antes. Tiritando de frío.

Despertó sobresaltada y lo encontró, como tantas otras veces, a su lado, en el revoltijo de ropas y pasión.

Y despertó con una sonrisa. Incluso se inclinó hacia él, para besar su piel. Quería dejar un beso en aquella larga cicatriz traída desde Cagayán, la que tenía cerca del ombligo y que a punto había estado de costarle la vida. Se inclinó, con el vello de punta, los pezones erizados, la sensación áspera y agotada de su entrepierna. Iba a besarlo.

Y comprendió.

Se detuvo a apenas una pulgada.

Miró a aquel hombre. Y se llenó de tristeza.

Se vistió. Sin hacer ruido. Y lo abandonó entre los pinos, bajo la luna.

XI

Él despertó después. Tiritando de frío.

Despertó ansioso, con mil palabras en la boca.

—¡Vámonos! —habría dicho.

Inquieto, con prisa, sabiendo que no habría otra oportunidad.

—¡Vámonos! —habría insistido.

Llevaba treinta años huyendo de la tristeza de su abuela, de la decepción, de una maldita profecía. Podía seguir huyendo, de una condena a galeras, de la culpa que le susurraría al oído que miles morirían si el condenado mensaje no llegaba a El Escorial.

Podía seguir huyendo.

—¡Vámonos! —dijo al fin.

Pero estaba solo. Ella se había ido.

XII

Una semana desde el hospital de peregrinos de Saint Jacques de Gradignan, pero al fin estaban en San Juan de Pie del Puerto, a las puertas de Navarra, de la Baja Navarra que seguía revuelta con Castilla, y que se arrimaba a una Francia que hacía de funambulista entre hugonotes y católicos, pero Navarra. Y, por el momento, ni rastro de sus perseguidores.

—Quizás nos hayan dado por muertos —había aventurado Del Valle una de las noches, junto al lamentable fuego prendido en una vereda empapada—, sería razonable, razonabilísimo, suponer que un lanchón así acabaría en el fondo del mar sin remedio. O en Inglaterra...

Ninguno de los otros le contestó. Y quedó un silencio triste, acompañado sólo por la pobre fogata, que ardía mal y humeaba.

Al final, el Zancos se había apiadado del secretario.

—Algo de ventaja llevamos, tienen que recorrer la costa preguntando, husmeando como perdigueros —le había dicho

masajeándose los pies—. Pero darán con nosotros, lo que nos queda es correr como galgos, tan seguro como que la Pilarica es la más guapa de todas.

Sin embargo, lo que hasta entonces había sido duro estaba a punto de empeorar, y tenían la prueba allí mismo, más allá de las murallas rosadas de San Juan de Pie del Puerto.

Más allá de la ciudad, coqueta, recogida en el valle, llena de trasiego en calles estrechas con aquellas piedras rojizas, estaba el Pirineo, esperando como un padre enfadado.

Las montañas se alzaban con prisa. Como si quisieran alejarse del bullicioso valle.

Y Oquendo volvió a insistir.

—Más nos vale encontrar a un guía honrado, si es de los que agua el vino, estamos jodidos.

Balboa se adelantó y se puso frente a todos ellos. Los miró, menos a Alessandra, con Alessandra no se atrevió.

Como los demás, Balboa vestía un largo capote encerado, llevaba las armas en un hatillo, a la espalda, ropas de lino basto y sombrero ancho. Incluso el bordón típico del peregrino.

—No —dijo tajante, girando lentamente el rostro para detenerse un instante y mirar a cada uno—. Nos las apañaremos solos.

—No es cabal —protestó Del Valle—. Siempre se ha referido que el cruce es peligrosísimo. El buen estratega sabe asumir ciertos riesgos. Busquemos posada en San Juan y preguntemos por un guía. Con una buena propina, mantendrá la boca cerrada —aseguró con aquellos aires burocráticos tan suyos.

—No —sentenció Balboa—, dormiremos aquí y mañana cruzaremos hasta el paso a Roncesvalles.

Oquendo, el Zancos y el alemán se resignaron, los tres conocían la vida de los Tercios y, aunque nadie le había dado una dispensa con

sellos y lacres, aceptaban el mando de Balboa.

Alessandra no dijo nada, se limitó a sentarse en un tocón que había al borde del camino, entre dos ciruelos raquíticos. Apenas había abierto la boca en el trayecto desde Burdeos, tenía otras preocupaciones. Y otras obligaciones. Mientras los otros discutían, cambió de lugar la valija que ella también llevaba, el roce del cuero contra la piel le estaba descarnando un costado, así que, con disimulo, la movió de un lado a otro, sin sacársela de debajo de la ropa.

Pero Del Valle no estaba dispuesto a que lo ningunearan.

—Soy el que ostenta el mayor cargo, soy el que tiene la confianza del excelentísimo duque para este delicadísimo asunto —recalcó el secretario hinchando el pecho como un palomo—. Y no veo que haya necesidad de pasar más apreturas de las necesarias.

Y Balboa, con la paciencia agotada por el camino, se revolvió.

—No hay peor ciego que el que no quiere ver. Puede que mandaras hasta que embarcamos, pero ahora eres el que menos falta hace de todos nosotros...

Señaló al secretario con aquel bastón que se habían agenciado en Burdeos gracias a Oquendo.

—Lo que tiene que llegar a El Escorial es lo que llevas ahí escondido, no tú.

Los otros tres soldados se pusieron en pie, para refrendar a Balboa. Y el secretario, a regañadientes, acabó por asentir.

XIII

Y durmieron a cincuenta pasos del camino, escondidos entre unas jaras que, a aquella altura, aún no se habían pintado con el verde de

la primavera.

Y el Zancos y el alemán hicieron guardia junto a una fogata en un hoyo cavado en el suelo, para que no se vieran las llamas desde el camino.

—*Mist!* Tenemos que bajar el ritmo —rezongó el lansquenete acercando los pies a la hoguera.

El Zancos, que miraba a las llamas con aquel crucifijo suyo prendido en los dedos, se encogió de hombros.

—Quiera la Pilarica que lleguemos a tiempo. Podría ya ser tarde...

Y la angustia del maño retorcía sus palabras como una lavandera escurriendo un trapo sacado del río. Y aún añadió algo más:

—Conoce el camino —dijo el Zancos con un dejo de esperanza, señalando hacia el bulto, al otro lado de la hoguera, que era Balboa.

Y Maximilian, jugueteando con un sobado as de espadas, miró hacia el sur, a las montañas, escondidas entre la noche y las nubes, apenas se veía alguna estrella, y parecía perdida entre tanta oscuridad, detenida a mitad de camino, dudando de qué dirección tomar.

—*Verdammt!* No vamos a ir por los valles, ¿verdad?

Lo preguntó con resignación, retirando los pies del fuego y calzándose las botas.

—¿Por qué te crees le rezo a la Pilarica?

Y, con una de sus sonrisas pícaras, el lansquenete sacudió la cabeza, negó. Como si le costase creer que hasta un instante antes había tenido dudas.

—*Na ja!* Saldrá bien.

Y el Zancos logró sonreír también. Y se repitió, cambiando el tono, a medio camino de la broma.

—¿Por qué te crees le rezo a la Pilarica?

Por desgracia, la Pilarica no escuchó al maño, que nunca volvería a Zaragoza.

XIV

Sin preguntas, sin respuestas, intentando pasar desapercibido, Oquendo se encargó de comprar queso de oveja, pan de centeno y algo de vino, aunque no fuera comparable al clarete de Burdeos.

Pasaron por las estrechas calles de San Juan como si las piedras quemasen y salieron por la puerta de la muralla a la que decían de las Españas, cruzando el pontón sobre el Nive.

El río escapaba mansamente valle abajo, un trazo de aguas azules entre los praderíos. Y por allí, siguiendo la orilla, iban y venían pastores y labriegos, incluso un inconfundible peregrino que regresaba con el blanco de una vieira rebotando contra el pecho en cada paso. No era un camino fácil, pero no reventaba las piernas, no les gustaba a los contrabandistas y llegaba igualmente a Roncesvalles; sin embargo, era más largo que la otra opción.

Ellos, los seis, torcieron nada más abandonar la muralla y abandonaron el río a sus espaldas para empezar el ascenso.

Y el maño y el lansquenete cruzaron una mirada.

El Zancos besó su crucifijo.

XV

Prados cercados con muretes de piedra, alguna casa y cabañas de pastores. Fueron desapareciendo con cada paso, al mismo ritmo que el terreno ascendía y la montaña se cernía sobre ellos.

Poco después, como si fueran caminantes atrapados en la pendiente, aparecieron los árboles. Castaños, robles, algún haya, salpicados entre jaras y aliagas. Hambrientos de primavera, con pequeñas hojas, aún sin crecer, que tenían los bordes renegridos por las heladas.

Y, despacio, como si la cuesta arriba se lo hiciera difícil, se espesaron hasta cerrarse en bosques que se tragaban la luz.

Hicieron un alto, aunque sólo fuera para que Oquendo dejase de repetir que desfallecería si no comía algo.

Fue entonces cuando los sorprendieron.

XVI

Mintieron. Los unos y el otro.

Y los mentirosos reconocen las mentiras, pero se guardan de decir nada porque, si fingen creerlas, el contrario también fingirá.

—Peregrinos a Compostela —dijo Balboa tajante.

—Queda algo de nieve arriba...

Era un arriero con mañas de pastor, de espalda retorcida y contrahecho, casi jorobado. Tiraba del ronzal de dos mulas con grandes albardas vacías. E iba bien abrigado, con chaleco y polainas de vellón. Además, se cubría con un *capote de pastor* hecho con brezo. Una pesada capucha trenzada de ramillas que escurría el agua si la lluvia o la nieve arreciaban, casi una cabaña que podía llevarse de un lado a otro.

Y entre las ramillas despuntaba un rostro curtido por la intemperie, del mismo gris áspero de los roquedales que, aquí y allá, salían del terreno como puntas rotas de cuchillo.

No se presentó.

Y no hacía falta.

Tampoco lo hicieron ellos.

Y tampoco hacía falta.

Ellos no eran peregrinos. Y él no era arriero. Menos pastor. Sólo cruzaron las habituales hipocresías deseando buen camino y mejor destino.

Pasó de largo, y los seis lo vieron marchar.

Lo que no vieron, porque aquel aparatoso capote de ramas no les dejó, fue que el tipo, sin detenerse, retorció los ojos para mirar a Alessandra. Una mirada enrojecida por el aguardiente de sidra. Una mirada que fue un largo y babeante lametón.

Cuando se hubo ido, el maño se agachó y recogió algo del suelo para enseñárselo a sus compañeros: una piedra de sal del tamaño de un guisante.

—Contrabandista —dijo Balboa asintiendo.

Y, tras digerirlo, Del Valle intervino indignado.

—Pero eso no puede consentirse, es gravísimo, las salinas reales son las únicas que tienen derecho de venta...

Balboa no le dejó seguir.

—La real sal de las muy reales salinas sale demasiado cara.

Y los urgió a todos a continuar con una frase poco halagüeña.

—Aún no ha empezado lo más duro —advirtió Balboa.

Siguieron camino hacia las cimas del Pirineo, sin darse cuenta de que aquel tipo se detenía algo más allá, al abrigo de un castaño hendido por el rayo que parecía un viejo a falta de bastón.

Allí ató a las mulas y se asomó por un lado del árbol para mirar hacia arriba, al bosque donde aquellos otros seis se habían internado.

Después miró al cielo, con aquellos ojos con puntadas rojas de aguardiente de sidra. Y se pasó la lengua por los labios.

El cielo no tenía nada de particular, algunos jirones de nube, algo de azul donde le dejaban enseñarse.

Sin embargo, él vio lo que no estaba. Y volvió a pasarse la lengua por los labios.

Se quitó el capote de ramas y lo dejó junto a las mulas, que se habían echado a pastar. Y de las albardas sacó una calabaza hecha cantimplora, como la de tantos otros peregrinos. No era suya, su dueño estaba enterrado no muy lejos de allí, al pie del roble en el que lo había degollado.

Lo que había dentro de la calabaza sí era suyo, aguardiente de sidra. Y bebió. Y, mientras lo hacía, sonreía.

XVII

Niebla.

Espesa, rotunda y fría. La niebla se los tragó, y se perdieron en la niebla.

Allí, en los bosques que lamían las cimas del Pirineo, el tiempo era revoltoso, como si lo hubieran malcriado con caprichos. Y tanto salía el sol como la nieve se enconaba.

Seguían una vereda de pastores, hacia las navas de hierba fresca que se pastoreaban en verano, pero la niebla se les echó encima con ansia y, en dos credos y un amén, no veían más allá de tres pasos.

—Por aquí hay barrancas y cortados —se quejó el maño—. Un pasico en falso y a tomar por saco.

—Pasará en cuanto hayamos ascendido algo más —repuso Balboa inflexible.

Sin detenerse.

Y, con el miedo a cuestas, continuaron ascendiendo, esquivando los troncos en el último momento.

XVIII

Alessandra hacía cuentas. Caminaba, seguía por aquella niebla en medio de aquel bosque. Pero hacía cuentas. Contaba jornadas, leguas.

No estaba atenta.

Murmuraba por lo bajo. Pensaba si sería mejor abandonarlos nada más cruzar el Pirineo, o si sería mejor continuar hasta Burgos.

Ella tenía que llegar a Compostela. Ella. Los demás no. Pero ella sí. Había miles de vidas en juego. Pero también algo más, algo más profundo. Y ella tenía que llevar un secreto a Compostela.

No estaba atenta.

Se quedó rezagada, siguiendo los largos pasos del Zancos, y no se dio cuenta.

Ni siquiera del punzante olor del aguardiente de sidra.

XIX

Balboa tenía razón. Salieron de la niebla, y del bosque.

En un abrir y cerrar de ojos, casi de un paso al siguiente, salieron de aquel enredo gris, húmedo y frío.

Habían llegado a las navas que los locales llamaban Bentartea. Espejos de hierba que salpicaban los montes. En las depresiones, entre un alto y el siguiente, en unos meses, cuando el verano cobrase fuerza, se colorearían con flores, se llenarían de animales que darían cuenta de los pastos y de pastores que ocuparían las

cabañas de piedra desperdigadas por el horizonte. El buen tiempo traería vida al lugar, y quesos que ayudaban a saldar deudas.

Ahora, el paisaje intimidaba. La hierba no tenía fuerza para brillar, estaba apagada y sucia, como restregada con ceniza, y en las montoneras de rocas que salían del suelo, si miraban al norte, quedaba nieve, que tampoco tenía mejor aspecto. Allí el brillo del sol no agarraba.

Y aún tenían por delante el tramo más duro del trayecto, el collado de Lepoeder, el punto más alto y duro del puerto de Cisa, el que cruzaba el Pirineo desde San Juan y que se suponía que, con ánimos, lo llegaba a uno a Roncesvalles para dormir.

Y, como siempre, lenguaraz y ansioso, viendo el tajo que la cima del Lepoeder hacía en el cielo, fue el lansquenete quien puso palabras a lo que todos pensaron.

—*Mist!* La puta que lo parió, nos vamos a dejar los hígados.

Y como si se hubiera ofendido la montaña, con la misma rapidez con la que había aparecido la niebla, nubes oscuras atraparon al sol y empezaron a descargar una lluvia fina hecha de agujas heladas.

El Zancos se limitó a aprovechar la parada para apoyarse en el tronco retorcido del último árbol en la vereda, una carrasca raquítica a la que el frío y la altura castigaban, pero que le sirvió para descansar las piernas.

Oquendo sacó de algún lado una tajada de cecina. Y el secretario Del Valle intentaba limpiarse el sudor de la frente.

Balboa, que iba el primero, hizo el ademán de echarse a andar de nuevo y miró atrás, por costumbre. Sin esperar la sorpresa que le aguardaba.

Tardó un momento en darse cuenta, a punto estuvo de dar un paso más hacia el collado.

Al poco, al ver su rostro confundido, los demás lo imitaron. Miraron a sus espaldas.

Alessandra no estaba.

XX

Esperaron. Convencidos de que se había retrasado, arrinconando la preocupación.

Pero cuando Oquendo terminó la cecina volvieron a la niebla y al bosque. Para buscarla.

No la encontraron.

Y tuvieron que cerrar la puerta para mantenerse serenos, pero la angustia, a la que no le gustaba estar encerrada, aporreaba la maldita puerta con la intención de derribarla.

Siguieron buscando, Balboa incluso encontró su propio rastro, pese a la niebla y el cansancio.

Y no había quien adivinase dónde diantres estaba el sol o el tiempo que pasaba. Pero no podían quedar atrapados allí de noche, menos aún cuando la lluvia se convirtió en aguanieve.

Allí no podían dormir al raso. Y no podían cruzar el collado a oscuras en medio de una ventisca. Barrancas, piedras resbaladizas, pasos complicados. Aquella ruta era difícil en pleno verano, con el mejor de los tiempos.

—Dura incluso para los contrabandistas —respondió Balboa cuando el secretario le preguntó si podrían hacerlo.

Y comprendió.

Balboa encontró las huellas de la pelea. Y una gota de sangre en una ramilla de haya.

Se la habían llevado y ahora, demasiado tarde, comprendió a aquel centinela gordo con una herradura sobre la ceja.

XXI

Balboa comprendió, fue como una puñalada en los riñones. Se acordó del centinela de Burdeos, el de la coz.

Burdeos era un puerto. A rebosar de marinos recién desembarcados. Y de mercaderes con bolsas llenas.

Balboa sintió frío, como si se hubiera levantado un viento norteño.

Se acordó de las largas marchas desde el Milanesado. Cuando las tropas subían para luchar en Flandes, atravesando los Alpes. Tras los Tercios iba siempre una caravana con vivanderos, mercaderes, tratantes. Y no había dicho el mismísimo duque de Alba que al menos una por cada camareta de ocho soldados, para que no molestasen a las locales a su paso, para que los hombres se desfogasen.

A Balboa se le erizó el pelo de la nuca. Tuvo que apretar los dientes para contener un escalofrío.

Porque lo había visto de crío, con su abuelo.

Las había en Burdeos. Las había siguiendo al ejército. Y las había en cada villa a lo largo del camino.

Nájera, Santo Domingo, Ponferrada. En Sarria y a las puertas mismas de Compostela, en Arzúa.

Aunque hubiera cien monasterios cerca, quizá más cuando había vocación en los alrededores.

Balboa las recordaba, calzadas con chapines que las levantaban un palmo, untadas de albayalde blanco punteado de carmín, brillantes de aceites. Vestidas de rojo brillante, de amarillo.

Y siempre rodeadas de aquella niebla de perfumes que, cuando era un niño, le embotaba la nariz.

Las había visto.

Algunas serían desesperadas a las que el hambre había empujado. Y muchas, demasiadas, porque una sola ya sería demasiado, eran forzadas, prisioneras.

Las había visto. Y nunca las olvidaría.

Porque siempre estaban rodeadas de tristeza. De una tristeza que brillaba con más fuerza que el carmín de las mejillas.

Tuvo que alzar los brazos para poner las manos en los hombros de Oquendo y, con la boca seca, temiendo una respuesta que ya conocía, Balboa le preguntó:

—¿Hay mancebías en San Juan?

Oquendo también comprendió. De golpe, como si hubiera caído en un río de agua fría.

—El camino a Compostela no es lo que fue —se excusó el espía como si él tuviera la culpa—. Ya no hay negocio, y menos a este lado del Pirineo, ¡demasiados herejes!

Y siguió buscando palabras, indeciso, pero Balboa insistió:

—¿Cuántas?

No le quedó a Oquendo otro remedio que contestar. Aquella mirada violeta era hielo partiendo la roca. Y el espía era consciente de que, en realidad, Balboa necesitaba escuchar lo que no se atrevía a decirse a sí mismo.

—Tres que yo sepa...

Balboa las recordaba. Siempre tristes.

Galeras, la horca. El infierno.

Le dio igual la condena. No pensó en los remos. Haría lo que debía hacer.

Ni siquiera se despidió, se internó en la niebla, descendiendo de nuevo hacia San Juan.

Y apenas dio dos pasos.

Y el sol, imparable, no se apiadó de ellos, siguió su camino al oeste, listo para firmar su sentencia de muerte.

XXII

La primera vez, Balboa no escuchó, sólo quería alcanzar al contrabandista. Tenía que haber sido él.

—Eres el único que conoce el camino.

La segunda, cuando ya se había puesto en marcha, la oyó a lo lejos, como al otro lado del valle.

—¡Acabarás a los remos! ¡¡Firmaré la condena!!

Sólo a la tercera las palabras del secretario detuvieron los pies de Balboa.

—¡¡¡No puedes cambiar una vida por miles!!!

Ahogado en niebla, Balboa era un fantasma. Su silueta aparecía y desaparecía, a veces, gracias al aguanieve, se intuía como un boceto.

La había traicionado una vez, por culpa de unas perlas margariteñas y un ataúd en un cementerio rodeado de agua.

Y tenía que traicionarla de nuevo. Traicionarla o cargar en su conciencia con vidas inocentes.

Se arrepentiría. Eligiera lo que eligiese.

Alguien moriría.

XXIII

Ni uno de ellos se movió.

Sólo el sol. No podían verlo, intuirlo quizás a través de la niebla, pero el sol arrastraba al día, a la fuerza, y pronto el día moriría a poniente.

Y Balboa acabó por hacer lo único que podía hacer.

XXIV

Oquendo apretaba tan fuerte los dientes que llegó a temer que se partiría las muelas. Una terrible desgracia inconsolable. Nunca más volvería a probar frutas de sartén, o churros. Una taza de chocolate, bebida en lentos sorbos, con las dos manos rodeándola, robando el calor. Escabeche de perdices o truchas con almendras, torreznos.

Pero seguía apretando, los dientes y las piernas.

Era una carrera contra el sol, tenían que coronar el collado. Y eso era duro. Pero el descenso, el descenso sería un suicidio si lo intentaban sin luz. Acabarían desgraciándose. Porque Oquendo sabía que no tomarían las trochas que negociaban la salvaje pendiente. Si pudiera, Balboa se echaría monte abajo en un trineo. Tomarían la vereda que cortaba el monte como un tajo de carnicero, arriesgando descalabrarse en cada paso.

Si el sol les ganaba, acabarían muertos.

Y Oquendo podía imaginar tres o cuatro formas de que sucediese. La más piadosa, perderse y estamparse al fondo de una barranca. Un abrir y cerrar de ojos, lo justo para tener miedo. Y la más horrible, tener un mal tropiezo y romperse una pierna, quedar inútil, a merced de las inclemencias, los pajarracos y el hambre.

El hambre era la pesadilla de Oquendo.

Y apretaba el paso lo que podía, entre las gravas y los guijarros. Con el secretario Luis del Valle y Nespral, ilustre colaborador de su excelencia el duque de Parma, a cuestas, como si fueran dos chiquillos jugando en la plaza del pueblo, junto a la fuente.

—Eres el más grande —le había dicho Balboa, sin más.

Y era cierto, si alguien podía aguantar esa locura era Oquendo, Dios le había dado el cuerpo y el apetito para mantenerlo.

Y tampoco habían hecho falta más explicaciones, con aquella pata de madera, por muy ilustre que fuera, no habrían salvado el collado de Lepoeder a tiempo.

Era la única opción. El lansquenete era un toro, pero achaparrado. Y el Zancos bastante tenía con mantener aquella estatura suya erguida.

Y el único que conocía el camino iba delante. Tenía que elegir entre aquel laberinto de trochas de pastores, donde las piedras parecían todas iguales y no sólo bastaba con conocer la ruta, donde hacía falta aquel instinto que había hecho de Balboa el único que jamás perdía el temple en la oscuridad de las caponeras, con la mecha de una bombarda encendida y teniendo que salir de aquel agujero a toda prisa para conservar los dientes.

Balboa guiaba.

Así que Balboa apretaba el paso y Oquendo las muelas. Y el sol corría hacia el oeste como si la luna le pinchase el trasero para que se apartase y le dejase el cielo a ella sola.

No lograrían llegar al valle a tiempo.

—¡Vamos! —urgía Balboa, allá arriba, entre las rocas, como una cabra loca, mirando angustiado hacia poniente—, ¡¡vamos!!

Así que Oquendo, aunque no era muy devoto, empezó a rezar, ya no por conseguirlo, sino por no partirse la crisma y quedar allí tirado, inútil y muriéndose de hambre.

Empezó a rezar. Con fervor. Para que, en su misericordia, si aquello se iba a ir al carajo, el buen Dios pusiera en su camino una barranca en la que estamparse y terminar de una vez por todas.

XXV

El Zancos sí era devoto, sobre todo de la Pilarica, y a ella le rezaba, y como rezar y no perderse en aquella niebla le ocupaban cuanto la Pilarica le había puesto en los sesos, no escuchaba la infinita retahíla de maldiciones, blasfemias y juramentos del lansquenete que, pese a estar más cerca del suelo y, por tanto, más cerca de su propio rastro, no lo tenía tampoco fácil en aquella condenada, *verurteilt*, *beschissen* niebla.

—Volveré en cuanto pueda —había dicho Balboa—, ¡explicádselo! Decidle que no me quedó otro remedio... Dejo al secretario en Burgos y me doy la vuelta.

Y parecía que le andaba la carcoma en aquel rostro suyo, curtido y viejo antes de tiempo, porque él, que era de poco hablar, se repetía.

—Que sepa que no la he abandonado —había rogado, lleno de urgencia—. Decidle que tiene mi palabra. Volveré a por ella. Del Valle tendrá que aceptar. Hasta Burgos, donde tiene aliados.

Y ni el maño ni el alemán se habían molestado en aclarar que, antes de decirle nada a Alessandra, tendrían que encontrarla.

—Iremos a buen paso. Evitaré Pamplona —con palabras atropelladas que afilaban el acento gallego de Balboa—, y en Logroño conseguiré caballos, del Indiano.

De uno al que llamaban el Indiano, les explicó, con prisa por rematar y que se marchasen. El Indiano había hecho una fortuna en

Nueva España con los jabones y había regresado al hogar para perderlo todo en un lío de faldas.

—Todo Logroño lo conoce. Cualquiera os indicará...

Balboa les había dado los detalles de la ruta que pensaba seguir, capaz de romperle las piernas a cualquiera, pero, quizá, capaz de evitar que dejasen un rastro que siguieran los ingleses.

—En Logroño, el Indiano. En Burgos, el mercader de lana —había repetido Balboa.

Y tanto el maño como el lansquenete habían asentido.

Después, dos abrazos y ningún adiós.

Tres tiraron hacia el sur, hacia Roncesvalles, y los otros dos volvieron sobre sus pasos, hacia San Juan. Todos con prisa.

—Ay, mi Pilarica —rezaba el Zancos—, déjanos llegar antes de que la desgracien.

XXVI

La sal. Basta y gruesa, se metía por todos lados. Y picaba. Como una condenada. En cada uno de los arañazos que le había hecho en las mejillas el esparto de la albarda. Y en la ceja abierta. Picaba hasta en el orgullo.

Pero no había mucho que pudiera hacer.

Más bien nada.

Ni siquiera gritar, porque la habían amordazado con un asqueroso pañuelo usado más de una vez. Que apestaba a sudor rancio y mezclaba el sabor áspero del lino con el amargo de algo podrido.

Cuando despertó, a punto estuvo de vomitar.

Y no sería la primera vez en las últimas semanas.

Además del punzante dolor en la sien, junto a aquella cicatriz en su ceja, Alessandra tenía manos y pies atados, iba tirada encima de una de las mulas, como un fardo cualquiera y, cuando giraba la cabeza, para mirar adelante o atrás, le ardían las mejillas.

Entre las hebras bastas había granillos de sal en bruto. La albarda era como una lima de carpintero.

Tras ella y el rabo de la mula, que no tenía moscas que espantar, sólo había niebla. Aquella niebla fría que calaba las ropas. Que se movía como si la removieran en un puchero.

Delante de ella, la peste a aguardiente de sidra del aliento de aquel malnacido. Y los escupitajos que estampaba en el suelo ahora que ya no tenía pañuelo.

Tiraba del ronzal de las mulas como si pudiera llegar con ellas al fin del mundo. Confiado. Seguro de que nadie sería capaz de encontrarlo, confiado en la niebla y el laberinto de senderos que sólo él conocía. El contrabandista cantaba coplillas, a pleno pulmón, con un cerrado dejo navarro y una horrible voz que no atinaba con las notas, que más bien las golpeaba y, una vez en el suelo, las remataba.

De haberse puesto en una esquina a pedir limosna, en lugar de monedas le hubieran arrojado bacinillas sin vaciar.

Pero el contrabandista parecía a gusto con su talento. Cantaba las que sabía y las que se inventaba.

Celebraba su suerte. Y cantaba coplillas.

Y ninguna de ellas ocultaba lo que esperaba a Alessandra.

... la gallina nueva
no quiere poner huevos
y para componerla
la van a dejar en cueros...
... el ventero andaba sin consuelos,

no había tazas
para mojar buñuelos,
va de camino una bien maja...

Patatas, cantarela y marzuelo



I

Alessandra había sido criada en las comodidades que pagaba el negocio de su padre, pero sabía que no todo en el mundo eran encajes, había remiendos. E incluso lugares sin aguja o hilo.

Reconoció las murallas de San Juan de Pie del Puerto, aquellas piedras infantiles, casi rosadas. Y escuchó el rumor del Nive bajo el puente.

Intentó que el centinela hiciera algo. Se agitó en el lomo de la mula, gimió, gruñó, pese al asco de aquel pañuelo mugriento, pese a tragarse algo pegado a la tela sucia. Lo intentó, pero no sirvió de nada, lo único que hizo el centinela fue poner la mano.

—Dime a dónde la llevas —con largos seseos, como si le prendiera la lengua—, no me importaría ser el primero...

Eso fue lo que hizo, sonreír, babear, mirarla con lascivia. Y aceptar las monedas del contrabandista que, a cambio, pidió ayuda para meterla en un saco de arpillera.

Si se cruzó con alguien, quizá imaginó que el saco llevaba gatos para ahogar en el río. O uno de aquellos perrazos que usaban como pastores.

Tanto forcejeó, tanto gimió Alessandra que el contrabandista acabó por arrimarse y hablarle, a través de la arpillera.

—Conozco al enterrador, tiene fama de que se metió al oficio porque le gustan las mujeres calladas...

La escena espantó de tal modo a Alessandra que guardó silencio dentro del áspero sofoco de aquel saco.

—Yo voy a cobrar, entera o a trozos —con aquel mismo acento con el que había cantado las coplas—, tú decides...

Tan cerca que la peste a aguardiente de sidra se coló dentro del saco.

II

Acabó en un cuartucho oscuro y húmedo, tiznado de polvillo negro, entre tablones y montoneras de patatas, con la compañía de un ratón al que oía corretear por el entramado de maderos del techo.

Un almacén, un alpendre que mantenía las patatas al fresco y a oscuras.

Pero no se hizo ilusiones. Podía oír la juerga, allí a un paso.

Una voz que cantaba, unas cuerdas que punteaban notas, algarabía, barullo de voces. Y, por desgracia, el largo, agudo y agónico grito de una mujer. No, de una muchacha, no podía ser más que una muchacha.

Se acurrucó entre las patatas, con las manos atadas a la espalda, subiendo las rodillas hasta la barbilla, luchando con el miedo.

III

Sobre el mismo puente del río, delante de la puerta que le decían de las Españas, el Zancos se rascó el cogote.

—¿Cómo vamos a encontrarla? —preguntó, con la voz entrecortada, intentando recuperar el resuello.

Y el lansquenete, sin detenerse, cruzó el puente, directo al centinela que ya le daba el alto para reclamarle el pago del portazgo.

—*Mist!* ¿Cómo coño va a ser? Pues preguntando, preguntando con delicadeza...

No tuvo tiempo el centinela de acabar la pregunta. Empezó, seseando como si las eses las tuviera que dar por manojos, pero no acabó. No tuvo tiempo. Ni a preguntar. Ni a protestar. Antes de que el maño le dijese a su amigo que aquello era mala idea, que no debían llamar la atención, antes casi de que lo pensara, el lansquenete usó uno de sus trucos sucios.

Maximilian señaló con una de sus manazas al suelo, hablando en aquella lengua enrevesada suya que el diablo confundiera.

El Zancos había visto lo mismo en Amberes, cuando aquel desastre del italiano traidor, el del ingeniero, aunque no se acordaba del nombre.

—Ay, Pilarica, dame paciencia...

Con aquel dedazo apuntando al suelo, hablando con sus galimatías, el lansquenete consiguió lo que quería, que aquel centinela y todas sus eses se inclinasen hacia delante, como si hubiera brotado en el suelo, allí mismo, delante de la puerta, un unicornio con cuerno y todo.

El centinela se agachó, desprevenido. Y el lansquenete soltó la derecha como un cañonazo, de abajo arriba, empujando con los

dedos de los pies y la cadera.

Al Zancos le pareció que, con el puñetazo, las botas del centinela se aflojaron, como si quisieran quedarse donde estaban mientras su dueño se levantaba un palmo del suelo antes de caer despatarrado.

Despatarrado e inconsciente.

—Pero mira que eres bruto —se quejó el Zancos llegando a la puerta—, ¿y ahora cómo le preguntamos? ¡Siempre igual!

Pero el lansquenete no tenía aquellos escrúpulos.

—*Mist!* Por la iglesia, con tanto hereje, no conviene preguntar, a lo mejor te metes en un lío. *Verdammter!* Pero, por putas, aquí, allá, donde sea y siempre... Se le puede preguntar a cualquiera, da igual si es papista o no.

—Ay, Pilarica, dame paciencia.

IV

Aquello no constituía, ni por asomo, lo que Oquendo hubiera considerado una cena. Pero suerte tenían de que el abuelo de Balboa le hubiera enseñado el bosque, sus hierbas y las setas.

Al menos abrieron boca. Con un revoltijo de huevos robados a un nido de arrendajo, un puñado de cantarelas y dos míseros marzuelos.

Y, como un niño pequeño disfrutando un dulce, Oquendo mordisqueaba bocados tímidos y los mantenía en la boca tanto tiempo como podía.

—Lo que daría por una libra de patatas...

Lamentó Oquendo amargo, a un tris del llanto, y cambió de tema para olvidar sus penurias.

—¿Cuánto falta para Logroño?

No habían conseguido llegar a Roncesvalles el día anterior, habían tenido que rendirse al cansancio y pasar una noche, miserable y fría, en una borda de pastores, que no era más que cuatro piedras y un hueco en la tierra pisada para prender un fuego.

Y luego habían corrido.

Trotado, corrido, caminado cuando se quedaron sin aliento.

Rodearon Pamplona, agachados tras los muretes de las praderías, brincando por los vados, escondidos tras los troncos del bosque. Como fantasmas.

Cruzaron el Arga con el agua al pecho, entre pastos de ovejas, sosteniendo las ropas y la pólvora sobre sus cabezas. Y Oquendo tuvo que ayudar al secretario, al que la pata de madera le servía de poco en el limo del fondo y luchando contra la corriente.

Y se echaron a los montes de los que escurría el agua que daba de beber al mismo río Arga que dejaban atrás.

No fue fácil.

Oquendo y Del Valle pagaban el precio, estaban llenos de arañazos, sucios y exhaustos. El único con voluntad para continuar era Balboa.

Y cuando le contestó al espía, pareció que Balboa tallaba la respuesta en piedra. No tenía la menor duda.

—Si salimos con la primera claridad, antes del mediodía.

No podía saber que se equivocaba. Y no fue culpa del ansia que tenía por llegar a Burgos, donde se suponía que el secretario contaba con un tal Laínez, alguien de confianza para continuar hasta El Escorial. No, no fue la impaciencia o el descuido. Balboa no sabía, y no podía saberlo, ni él ni ninguno de los otros dos.

Era imposible saberlo.

Alguien se les había adelantado, y ya los aguardaba en Logroño.

No podían saberlo. Daba igual cuánto corriesen, cuánto se arriesgasen. Aquel Indiano en el que Balboa había depositado sus esperanzas estaba muerto. Él y muchos otros. La muerte campaba por Logroño, y montaba un semental que se llamaba miedo.

Antes que ellos, a Logroño llegó la peste.

Y la peste no era el único de sus problemas.

V

Si acaso Alessandra tenía dudas de qué hacía allí, entre las patatas, le quedó claro con las voces y las sombras que juguetearon en las rendijas de la puerta.

Escuchó el regateo. Escuchó la bofetada. Escuchó el llanto contenido.

Hubo órdenes, sacudidas, pensó que romperían la mísera puerta, más de una patata rodó por el suelo.

El ajetreo de las telas. El inconfundible chasquido de un escupitajo. El chapoteo de una mano mojada sobre la carne. Más órdenes. Más. Y la súplica. Que no sirvió de nada.

La prisa. Los gruñidos. El rítmico sonido, de palmadas bajo el agua, el gemido final.

Y el ajetreo de las telas de nuevo.

Un insulto. Y el repicar de unas monedas en aquel callejón.

Se atrevió a acercarse a la puerta, a pegar la cara a las rendijas. Y tuvo que cambiar, porque se había equivocado y, al primer intentó, arrimó el lado que había golpeado el contrabandista.

Apenas había luz, pero bastó.

Ella, de rodillas, recogía las monedas del suelo. Y, más que las monedas, brillaban las lágrimas en sus mejillas.

Alessandra ni siquiera le pidió ayuda. No tuvo valor para luchar con la mordaza. A través de las rendijas la vio alzarse, colocarse el vestido, arreglarse el escote, apañar los rizos, y echar a andar para dar la vuelta al mísero cobertizo, abandonar el callejón y volver dentro, a aquel antro cualquiera perdido en las calles de San Juan de Pie del Puerto.

VI

Alessandra tomó una decisión.

Se revolvió como una lombriz en un anzuelo. Logró pasar las manos atadas bajo la cadera y traerlas al frente.

Consiguió sacarse el asqueroso pañuelo de la boca. Y consiguió no vomitar.

Después, entre las maderas viejas, en una cruceta, encontró un clavo que sobresalía, del que aún colgaba el pellejo reseco del primer ajo de una ristra.

Le hicieron compañía aquel ratoncillo, que correteaba por las patatas, y también las campanas de Nuestra Señora del Fin del Puente que, desde lo alto de su torre, hilvanaba la madrugada con su repicar de bronce.

Pasaron las horas. El sonido al otro lado de las patatas fue cambiando.

Llegó a un máximo cuando deshizo las ligaduras de las muñecas y se tomó un descanso, para recuperar el aliento y lamer las heridas, como un perrillo.

Para cuando sacó el clavo de su lugar, con los dedos descarnados, el barullo ya iba cuesta abajo.

Y casi se había apagado por completo cuando al fin deshizo la soga de los tobillos.

Ya sólo le quedaba abrir aquella condenada puerta.

El candado estaba por fuera, pero las bisagras, en un mal apaño, estaban por dentro.

No sabía cuánto tiempo tenía antes de que vinieran a buscarla, no sabía a qué acuerdo había llegado el contrabandista, pero sí sabía que haría lo que fuera necesario para salir de allí.

Tenía que llegar a Compostela.

VII

Maximilian acabó de preguntarle al siguiente centinela con el que se toparon, ya dentro de la ciudad, y al Zancos se le ocurrió una pregunta.

—¿Y no resultaría mejor —dijo señalando el guiñapo a los pies del lansquenete, ensangrentado y temblando—, bendita Pilarica, ser un poco más discretos? —Un último puñetazo le apagó las luces al centinela—. Al final le vas a poner fácil al inglés que nos encuentre...

Y el lansquenete, apartando al centinela inconsciente con la punta del pie, como si apartase una boñiga reseca para ver si hay algo debajo, le sonrió.

—*Verdammt ja.* De eso se trata, si nos encuentra a nosotros —se señaló el enorme pecho con una de sus manazas—, no encontrará a Balboa.

Y echó a andar sin esperar al Zancos. Sin imaginar que esas palabras parirían una culpa que se llevaría a la tumba.

—*Los geht's, aber zackig!* ¡Vamos! Iremos primero a donde ha dicho este desgarramantas, es tan buen sitio como cualquier otro

para empezar. La encontraremos antes de la amanecida, seguro.

Y la encontraron.

Y no fue lo único que encontraron.

VIII

El hambre y el cansancio obligaban.

Había oído que, como no aparecían en las Sagradas Escrituras, muchos desconfiaban. Y también que se parecían demasiado a la belladona, predilecta de meigas. Pero el hambre y el cansancio obligaban.

Alessandra se arriesgó a comer unas cuantas patatas crudas.

Tuvo que luchar contra el amargor, y la tierra que no logró desprender de la piel, pero lo hizo. Era como morder manzanas con mala leche. Hacían temblar los dientes.

Pero ganó confianza cuando descubrió las marcas. En una de las patatas, escasa, bulbosa y con dos largos brotes, había dejado el ratoncillo las inconfundibles marcas de sus dientes, diminutos surcos en la carne verdosa y crujiente, justo bajo la piel.

Si el bichillo seguía correteando por ahí, las habladurías no serían más que habladurías.

Se equivocó.

Comió dos patatas. Y, echando de menos algo que beber, para limpiar la boca y calmar la sed, volvió a coger el clavo y a trastear con las bisagras.

Estaba decidida a salir de allí.

Sin embargo, las patatas crudas le jugaron una mala pasada. Pronto empezó a dolerle la cabeza. Y el estómago.

Al rato le costaba acertar con el clavo en la bisagra.

Y asintió para sí. No era la primera vez que le pasaba en las últimas semanas. Mareos. Dolores de cabeza, molestias en el vientre.

Náuseas.

No, no era la primera vez.

Se sentó, apoyando la espalda en la maldita puerta y sus rendijas, con el mentón rendido sobre el pecho, los antebrazos en las rodillas y las manos laxas, sujetando apenas el clavo y dejando que la sangre de los dedos gotease sobre las patatas que rodeaban sus pies.

Por eso, cuando escuchó el disparo, no supo si estaba recordando lo sucedido en la *gaviota*.

El estampido detuvo el barullo de aquel lugar más allá de las patatas.

Pero tenía la cabeza embotada. Y los ecos del disparo, retumbando de un oído a otro, no ayudaron.

Ni siquiera reconoció la voz tras el grito.

IX

No había más. Era el último. El tercero de los putiferios de San Juan de Pie del Puerto.

Y, como siempre, la actitud de los dos amigos era el día y la noche. El lansquenete abrió la puerta de golpe, con una sonrisa enorme, convencido de que allí encontrarían a la muchacha. Sin embargo, con la mano en su crucifijo, el mosquetero y sus largos pasos penitenciaban cuando entraron tras el alemán.

Aun vestidos de peregrinos, se les conocía el oficio. Y el dueño de aquel antro, un cenceño con el blanco de los ojos amarillo sucio, con

cara de tener los riñones atravesados y poca paciencia, les gritó por encima del barullo en cuanto entraron.

—Beber y follar, tanto como podáis pagar —les advirtió con cara de pocos amigos—, pero al primer problema aviso al alguacil, que es mi primo.

El lansquenete se rio. Con carcajadas de sonajero, más falsas que monedas de barro.

—*Mann, ist der Rothaarige denn völlig bescheuert?* —le preguntó al Zancos, como si le entendiese, y se centró en el tabernero—. Ni beber, ni follar, ni mucho menos pagar. Y problemas, los que tú quieras. Tú decides. *Du entscheidest, du Vollpfosten*. Según como tengas de ágil la lengua...

Dio unos pasos hacia donde estaba el posadero, en una de las mesas, en un ejercicio peculiar entre esparcir la mierda y limpiarla con un trapo capaz de ponerse en pie él solo y salir corriendo.

—... Si la tienes perezosa —continuó el lansquenete—, todos los que te apetezcan.

Quedaban los más trasnochadores. Un peregrino roncaba feliz en una mesa coja con una jarra vacía abrazada entre las manos, como una almohada. Un par de lugareños, que salieron de allí como hubiera querido hacerlo el trapo, retorcido entre las manos del tabernero. Y dos con pinta de mercenarios que andarían pagados por los herejes hugonotes. Ésos ni siquiera se movieron, como si les importase un bledo lo que sucediese con tal de que no fuera con ellos.

Era un tugurio de mala muerte. Un revoltijo de grasa rancia, moscas gordas y velas de mal sebo. Con muebles rotos y mal recompuestos, y tres muchachas que, como gorrioncillos en el nido, se apretaban las unas a las otras con las bocas abiertas, pintarrajeadas de carmín y con sombras de envejecer aprisa.

Lo único en todo el lugar que no rozaba la miseria era la lámpara. Un mamotreto de hierro forjado que presumía de un herrero con maña, con brazos retorcidos y filigranas que sostenían palmatorias que parecían hojas. Aunque sólo en la mitad había candelas.

Se intuía un negocio que había visto tiempos mejores, como tantos otros en el camino de Santiago. Se veía, se olía y se intuía que el camino se ahogaba en guerras, pestes y miserias.

Con fuerte acento navarro, que era lo que cargaba el mesonero, demostró el temple de quien llevaba años en el negocio.

—Martinico —dijo hablando por encima del hombro, donde colocó aquel trapo sucio con un gesto exagerado—, hazme el favor de sacar a los bichos. ¡Espantan a la clientela!

El tal Martinico salió de las sombras con un escobón en la mano, y barrer no era lo suyo, bastaba mirar el suelo.

Hubiera sido razonable invitarlo a una jarra, de vino, o de cerveza, y preguntarle cómo demonios había acabado allí. Si había escapado de los portugueses o de los ingleses. O si acaso había sido marino para algún corsario.

Muchos eran los hombres con los que había peleado Maximilian. Y no siempre había sido culpa de los naipes. Llevaba la guerra a cuestas. Una vez, durante el desastre de Leiden, antes de que los herejes jodieran los diques y tuvieran que salir como ratas de un naufragio, el lansquenete había luchado a cuchillo con un tipo que tenía seis dedos en una mano. Aun así, aquel Martinico del escobón iba a ser una curiosa excepción.

Y el escobón quedó apoyado en un poste. Y Martinico entrelazó las manos para hacer crujir los nudillos, y dientes blancos como el marfil aparecieron tras una sonrisa que hubiera envidiado cualquier marrajo.

Jawohl. Al del escobón, el lansquenete le hubiera preguntado su historia.

X

A tres pasos, el poste, donde quedó apoyado el escobón, y unos cuantos pasos más allá, la pared, con una capa de roña más gruesa que de cal. Una pared de aquellas piedras rosadas de la zona, como cualquier otra.

Allí, al otro lado de la mucha roña y la poca cal, detrás de las piedras, había un cobertizo en el callejón de la trasera de la taberna. Un almacenillo que el padre del tabernero había usado como carbonera y que ahora guardaba patatas, que eran baratas y engordaban los guisos.

Y en aquel cobertizo, mareada, intentando convencerse de que podía continuar, Alessandra se chupaba las yemas de los dedos antes de volver a forcejear con el clavo y la bisagra.

XI

Martinico. Con ese nombre y su aspecto, de las muchas preguntas que surgían sólo dos podían contestarse: negro y bautizado. Y podía intuirse que, en algún momento de su vida, habría cargado con los grilletes de la esclavitud. Si le vieran quitarse la camisa, que bien valía para tienda de campaña, descubrirían en su espalda la inconfundible firma del látigo.

Era, sin duda, un hombre con una historia.

Sin embargo, Martinico no tenía intención de entablar conversación. Más bien de rematarla.

Tenía los hombros del Maximilian y la estatura del maño, como si los hubieran juntado a los dos para hacer algo realmente excepcional.

Martinico se fue hacia el lansquenete. Y el lansquenete, que se iría a la tumba con una sonrisa, un chascarrillo y una maldición en su idioma. El lansquenete miró hacia arriba, estirando el pescuezo, para mirar a la cara de aquel gigante.

—*Heilige Scheiße!* He escalado montes más pequeños...

El Zancos, asombrado de toparse con alguien a quien podía mirar a los ojos sin inclinarse, compartió el parecer, y se dispuso a disfrutar del espectáculo. Sabía que Maximilian se las apañaría, aunque ahora, con aquel disfraz de peregrino, no pudiera usar el montante, disimulado en el petate.

El problema, de hecho, no era Martinico, que el pobre hacía lo que le mandaban porque ahorraba para volver a Guinea sin enrolarse con algún hijo de mala madre que acabase vendiéndolo a portugueses o ingleses.

El problema fue que Martinico distrajo al maño y al lansquenete. Y, sin embargo, no distrajo al siguiente cliente.

Que entró por la puerta sin que nadie le prestase atención.

Y tuvo tiempo de hacerse cargo, de reconocer a los dos amigos e incluso de arrimar la mecha encendida.

XII

Las Sagradas Escrituras no hablaban de patatas. Tampoco de ángeles a caballo. Menos aún de un ángel entrando en un putiferio de mala muerte con tres pistolas y un rastro de pólvora.

Pero hasta allí habían llegado, el ángel Thomas Frobisher y sus demonios. Con caballos robados o comprados, que no podía saberse, lo que podía saberse era que uno de los animales cayó reventado en la boca del callejón a la entrada de aquel tugurio.

Probablemente fue la noche calma, que se olvidó de la lluvia y el viento. Y la grasa rancia, que acalló las bisagras. La puerta se abrió, sin ruido, sin que entrase una ráfaga fría. Y apareció un ángel.

Tenía que ser un ángel, incluso con el ceño fruncido daban ganas de arrodillarse y rezar. Incluso cuando colocó la mecha en el serpentín del pistolón. Incluso cuando lo alzó para apuntar.

Los mercenarios hugonotes se miraron el uno al otro y, comprendiendo que no iba con ellos, se agacharon bajo la mesa. Uno se llevó el vaso de vino.

Las tres muchachas, como hermanas, se taparon las bocas pintarrajeadas, para acallar los gritos.

El peregrino borracho siguió roncando.

Y el resto esperaba una pelea mano a mano, no disparos.

El ángel apuntó. Y apretó el gatillo.

XIII

Si alguien no se lo merecía, era él.

Era un hombre bueno. Un hombre bueno arrastrado por los tiempos y la guerra, qué otra cosa podía haber hecho para espantar el hambre que alistarse para acabar de bisoño en Italia y de veterano en Flandes.

Leal, honrado, devoto. Así era.

Pero las balas no distinguen. El plomo mata a buenos y malos por igual.

Y la bala atravesó el pulmón de Francisco Gómez de Rueda y Botijo, más conocido como el Zancos.

XIV

Alessandra escuchó el disparo. Pero no supo entenderlo. Si lo hubiera entendido, habría llorado.

Y escuchó el grito. Pero no lo reconoció. Si lo hubiera hecho. Habría llorado.

Confundida, mareada, peleaba con el clavo y la bisagra. Con la condenada puerta. Tenía que salir de allí y llegar a Santa Clara, en Compostela. Tenía que acabar lo que sor Angustias no podría hacer. Debía tomar el relevo. Llevaba un secreto que no podía quedar allí perdido, entre las patatas, donde un ratoncillo podía mordisquearlo.

En realidad, tenía dos secretos. Pero sólo uno debía llegar a Compostela. El otro necesitaba el apellido de un mentecato embustero. Y Alessandra prefería no pensar en ello, aunque no pudiera evitarlo.

Y peleaba con la bisagra.

Rodaban las patatas entre sus pies. El ratoncillo se escondía.

Y ella habría llorado.

XV

Por una vez, y podían contarse con los dedos de una mano, no fue una maldición, ni una blasfemia. Ni una barrabasada en aquel idioma suyo hecho de bofetadas. Por una vez, ni siquiera sonrió.

El lansquenete se volvió hacia el disparo, y lo hizo como lo que era, un soldado. Echó el petate al suelo y empezó a deshacerlo, para

sacar aquel montante que pocos podían manejar sin partirse las muñecas.

Y mientras sus manazas deshacían nudos, sus ojos buscaron la pistola, el mosquete, lo que fuera que había escupido fuego.

Y sus ojos encontraron a su amigo.

No, por una vez, no fue una maldición, ni una blasfemia.

Fue una sola palabra.

Una sola palabra. Un grito. Un grito que saltó por encima de la grasa rancia y las piedras. Un grito que arrancó una sonrisa en la celestial cara de un ángel que, de tan cruel, tenía que ser un ángel caído.

Una palabra que empezó con la fuerza de un huracán y terminó como un susurro.

—¡Francisco...!

XVI

En San Juan de Pie del Puerto fue aquel disparo el que anunció la amanecida; se adelantó a los gallos, dormidos en sus perchas, esperando a que el día abriese para cantar y presumir delante de las gallinas.

Leguas al sur, en un bosque de hayas, cerrado y prieto, enredado en mostajos, serbales y helechos. En hierbas de san Roberto y acederas. En un tramo sin claros, porque el terreno se complicaba y nadie se había atrevido a desbrozar para plantar viñas con las que hacer vino. Allí, leguas al sur, la amanecida la anunció el regreso de maese raposo a su madriguera. Volvía con un lirón para sus zorreznos, que empezaban a tentar la carne y a abandonar la leche.

Maese raposo era habilidoso, y su paso fue apenas un susurro que agitó las espinas de una aliaga. Pero bastó para que Balboa despertase.

Como si lo hiciera de una pesadilla, parpadeando entre sudores.

Y lo primero que hizo fue buscarla. A ella.

Pero no estaba. Y Balboa se juró que, si volvía a verla, si lograba salir de aquel mierdero, le contaría la verdad. Alessandra tenía que saberlo. Tenía que saber lo sucedido en la leprosería. Tenía que saber que se había marchado para no volver jamás. Que lejos nunca era suficiente.

Lejos de la maldición de la abuela Elo. Lejos de la peonza.

Se puso en pie, con aquella moneda ovalada entre los dedos. Echó un trago de la calabaza, restalló la lengua contra el paladar, para espantar el amargor pegado al agua. Y se fue hasta donde Oquendo dormía para sacudirlo con el pie.

—¡Vamos! ¡Hay que irse!

XVII

Nunca llegaría a saber el lansquenete la historia del tal Martinico, ni cómo había acabado un guineano en San Juan de Pie del Puerto. Sin embargo, fuera cual fuese aquella historia, la culpa de sus desgracias era inglesa.

Aquel ángel bajó el pistolón. Del cañón salía una trenza de humo que se enredó en sus rizos dorados. Y el ángel dio órdenes a sus demonios.

Y seis de ellos obedecieron, se alejaron a toda prisa.

Y le bastó a Martinico escuchar aquellas órdenes. Reconoció el idioma.

Martinico se abalanzó, como un perro apaleado al que vuelven a enseñar la vara. Cayó sobre el ángel y sus demonios con los ojos encendidos, los tendones del cuello como alambres y los puños preparados.

Y el lansquenete, con una sonrisa salvaje, con el bestial montante en sus manos, no quiso que le adelantase. Echó a andar levantando el espadón.

Iba a destripar a aquel condenado ángel y a sodomizarlo con sus tres pistolas.

—*Verdammter Engländer!* Te ahorcaré con tus propias tripas.

Dispararon los demonios que seguían al ángel. Dos veces. Otros dos truenos que retumbaron en la taberna. Y que lo llenaron todo, hasta la grasa pegada a las paredes, de humo negro y espeso, de ecos extraños.

Una de las balas se perdió, le dio a aquella lámpara que colgaba del techo, y sonó a campanada, y las luces se volvieron escurridizas cuando las candelas se balancearon, remendando sombras en los tentáculos de humo de los disparos.

La otra bala rozó el hombro de Martinico, pero el guineano no se inmutó, siguió adelante, hacia el ángel, sus pistolas y sus demonios. Rebosante del combustible más poderoso y más inútil de los hombres: el odio.

No hacía falta conocer su historia para entenderla, porque la suya era la de cientos, miles, que habían sido arrancados de su tierra.

Martinico respiraba odio y escupía venganza.

Y lo mismo le sucedía a Maximilian.

El lansquenete se echó adelante como una carga de caballería. Como siempre, dispuesto a morir o a matar. Incluso a las dos cosas si no quedaban más cojones. De frente, con la barbilla alta y sin

espaldar. Manejando el espadón con la soltura con la que otro hubiera manejado un mondadientes.

O lo mataba Martinico. O lo mataba el lansquenete. Pero la venganza no dejaría que saliese de allí aquel condenado ángel.

Maximilian iba tieso a por los ingleses. Como un as de espadas.

Hasta que la mano de su amigo, tirado en el suelo, envuelto en su sangre, bisbiseando toses sin fuerza, lo cogió del pie y lo obligó a detenerse.

Era lo único que podía haber detenido al lansquenete.

A veces, no siempre, el amor llega a ser más fuerte que el odio.

XVIII

Hubo dos disparos más.

El ratoncillo salió corriendo, pasó entre las piernas de Alessandra y se coló por una rendija de aquella condenada puerta, escapó hacia una noche que empezaba a clarear, como si se desnudase con vergüenza.

Y Alessandra, con la cabeza revuelta y las tripas anudadas, ni siquiera supo si habían sido disparos.

Todo su mundo era aquel clavo. Y la bisagra. Y Compostela. Y Balboa.

No escuchó los disparos. Tampoco los gritos. Ni la madera romperse, ni el entrechocar de los hierros.

Con los dedos ensangrentados, temblorosos, frotaba y frotaba con el clavo, intentando desmontar aquella condenada puerta, envidiando al ratón.

Y, cuando la puerta se abrió de golpe, cuando la amanecida entró de pronto e iluminó las patatas, no supo qué había pasado.

La puerta se abrió. Alessandra cayó un palmo hacia adelante. Pero siguió frotando con el clavo, en el aire, sin comprender.

Y no reconoció al hombre que tenía ante ella.

Se levantó porque la cogieron por el brazo, empezó a caminar porque tiraron de ella.

Y seguía llevando el clavo entre sus dedos ensangrentados.

Pero ni siquiera fue capaz de preguntar quién era. Sólo vio aquel reflejo, aquel brillo inconfundible de un crucifijo de plata saludando a la amanecida.

Atrás quedó la taberna, con su roña y su cal, y los muertos, incluyendo al maño. Y las órdenes de un ángel.

XIX

Cayó una montaña. Una sierra entera.

Cayó Martinico sobre los ingleses. Con su venganza y con la de tantos otros como él. Arrancados de sus hogares. De sus familias. Esperanzas.

Y le partió el pescuezo al primero que cogió entre las manos y no fue el ángel, que se escurrió como una centella y se apartó para cebar de nuevo el pistolón.

Era digno de ver el negro Martinico, con sus dientes blancos, su cabeza rapada y su fuerza de titán.

Pero Maximilian no lo vio.

Maximilian se agachó junto a su amigo.

Eran soldados. Habían escuchado últimas voluntades. Y al caído, al camarada herido, no se le fallaba. Nunca. Aunque hubiera que tragarse diez líneas de picas, aun empapados de frío, aun

desesperados porque el asedio ha obligado a lamer los ladrillos. Nunca.

El odio de los hombres hacía la guerra, y la guerra convertía en amigos a los hombres.

Lo recogió del suelo, sin importarle la sangre ni qué le pasaría si le descerrajaban un tiro a Martinico. El lansquenete levantó a su amigo como una niñita a su muñeca, incluso bisbiseó un paternóster en aquella lengua suya que tronzaba los oídos, y, mientras rezaba entre labios apretados, con auténtica fe por primera vez en su vida, Maximilian escuchó las últimas palabras de su amigo.

Ni siquiera recogió los naipes que se le habían caído.

Hizo lo que debía.

XX

Maximilian obedeció.

Martinico peleó.

Y el Zancos, escupiendo sangre, luchando contra el silbido que le coceaba el pulmón al respirar, le pidió a su amigo que, por una vez, aunque sólo fuera una, templase el ánimo.

Y el lansquenete, con una última mirada a la pelea, en la que acabaron metidos aquellos dos mercenarios hugonotes, asintió.

Acabó aquel paternóster lleno de esquirlas. Le dolía tanto que el acento se cerraba, masticaba cada letra. Asintió. Cogió lo que le dieron.

Y se fue hacia las tres muchachas escondidas bajo la mesa.

XXI

Y en las murallas de San Juan de Pie del Puerto, después de sacar a un palafrenero de la cama a patadas, tras conseguir caballos de relevo, por la puerta que le decían de las Españas, salieron seis jinetes apretando las piernas y espantando a las ranas del Nive a fustazos.

Salían hacia el sur. Al galope.

Un ángel les había ordenado que se dieran prisa. Que buscaran. Que encontraran. Tres de ellos siguieron hacia el paso de las montañas. Los otros tres tomaron el camino que serpenteaba junto al río.

Y los cascos de los caballos levantaban terrones que caían en el Nive con chapoteos.

—*Giddy up! Thou filthy beast! Giddy up!* —escupió el que iba en cabeza, entre dientes apretados.

Era un tipo fino, espigado, como hecho de encajes, de rostro casi femenino, pecoso. No parecía un pirata, a no ser por los arillos en una oreja y la perla en la otra.

—*Giddy up!* —insistió palmeando las ancas del caballo.

Y los dos que le seguían tomaron ejemplo.

—*Come on! Move!*

Los dos secos. Sin cariño por las bestias.

—*Get up! Get up!*

Las órdenes del ángel pesaban sobre sus cabezas. Si era necesario, reventarían a las tres pobres bestias. Ya lo habían hecho antes. Y estaban seguros de que los otros tres, los que iban hacia Lepoeder, harían lo mismo.

El ángel había ofrecido recompensa.

XXII

Se oían gritos, golpes, gruñidos. Otro disparo. Silencio.

El rugido de una bestia de corazón africano.

Y volvieron los gritos, los golpes, los gruñidos.

Y al lansquenete le dolería siempre, hasta el último de sus días. Hasta el lecho de muerte, cuando ya no fuera más que un viejuco con los pies gastados por el camino, tras años arriba y abajo, mucho después de la maldita boda, no haber tenido tiempo para enterrar a su amigo. Pero llevaba en la mano el crucifijo de plata, y cumpliría su palabra. Aunque fuera a gatas, arrastrándose con las uñas, con los dientes.

Cumpliría su palabra.

Cuidaría de ella. Lo haría. Y dejaría el crucifijo a los pies de la Virgen del Pilar.

A cualquier precio.

Se escabulló, como le dijeron las tres muchachas con el carmín corrido por lágrimas y miedo. Y la sacó de aquel cuartucho lleno de patatas, hogar de un ratoncillo, para arrastrarla por las calles.

Salió de San Juan de Pie del Puerto con una mujer en brazos y dos juramentos sobre los hombros.

XXIII

Con Alessandra a cuestas, el lansquenete cruzó el Nive. Y pasó sobre las huellas frescas de caballos al galope, y continuó por las lindes de los campos cultivados. Hasta que se le resintieron los brazos y se metió en un casetillo entre huertos recién plantados.

Entró con ella, y adivinó que lo sembrado sería cáñamo. Había cardadores de clavos, mazas, pegaderas, incluso garrochas y poleas. Lo necesario para que, entre los vecinos, apañaran desde cuerdas

hasta, si no había otra cosa, hilo con el que tejer camisas que picaban más que las pulgas.

Antes de ponerla en el suelo, Alessandra vomitó las patatas crudas.

Y Maximilian le dio un respiro. La dejó allí, entre los trastos, y fue a buscar una acequia con un cubo que sacó de debajo de unas espalmaderas.

Era cuanto iba a concederle, un respiro y dos tragos del agua. Si tenía que cargar con ella, lo haría.

Pero, cuando volvió al casetillo, con el cubo a medio llenar y la prisa aguijoneando las orejas, tuvo que parpadear tres veces para creerse lo que sus ojos le contaban.

Alessandra no estaba.

XXIV

Alessandra no estaba y el lansquenete se despachó a gusto. Soltó una retahíla de barbaridades que hubiera abochornado al más bestia de los arrieros maragatos y, después de arrearle una brutal patada al condenado cubo, empezó a buscarla.

—Cuida de ella...

Eso le había dicho el Zancos entre sangre y toses, eso le había pedido. Ordenado. Y el lansquenete no iba a fallarle.

—*Mist!* Si es que ella es aún peor que él —soltó como si el Zancos pudiera oírle—, nos...

Tuvo que callar, la pena le hizo un nudo en la garganta, y acabó la frase a fuerza de voluntad, bajando el tono hasta convertir su voz en un susurro.

—... Me meterá en un lío de mil demonios. Son tal para cual. *Mist!*

Pero fue a buscarla.

Y la encontró. No había llegado lejos, seguía por el camino, como una peregrina más, con tres pasos adelante y uno atrás, con los pies indecisos. Parecía una borracha buscando una taberna en la que acabar la noche.

Con una carrera, extraña con aquel corpachón corto de altura, Maximilian la recogió. Y ni siquiera tradujo la pregunta.

—*Unglückliche, wohin gehst du denn allein? Hast du den Verstand verloren?*

Y antes de que ella pudiera responder, ahora sí, cambiando al castellano, Maximilian volvió a hablar:

—Vamos, hemos de llegar a Burgos...

Y ella, con los ojos idos, perdida, le dijo que no. Que no iría a Burgos. Que había salido de Flandes para ir a Compostela.

—Hay que evitarlo...

No entendió el lansquenete. Y tampoco lo que ella balbució a continuación.

—No puede... La abadesa...

Desvariaba. No acertaba con las palabras y lo que decía era un galimatías. No podía imaginar el lansquenete que lo que Alessandra le contaba iba a cambiarle la vida.

—Lorenzo, Lorenzo —repitió ella sin fuerzas.

Y se desmayó en los brazos de Maximilian.

—*Verdammt!* Como me vea el gallego me capa.

Abochornado, más acostumbrado a la guerra que a tratar a las mujeres, a no ser en un tugurio como el de San Juan, se la llevó en brazos. Y como sospechaba que podían seguirlo continuó por veredas y trochas, evitando el camino principal.

A media tarde, cuando pararon a descansar, Alessandra se sintió con fuerzas y contó lo que sabía de Lorenzo.

XXV

El peregrino, junto a una fogata, dando cuenta de un almuerzo de chorizo de lengua y torta recocida, se puso en pie en cuanto los vio aparecer.

Y Balboa reaccionó:

—Ni de su sombra —le susurró a los otros dos—, no nos fiamos ni de su sombra.

Pero no parecía peligroso. No iba armado. A no ser por la larga vara de fresno.

—¡Buenos días nos dé Dios! Si gustáis... De buen caminante es saber compartir antes de seguir adelante.

Era escuálido, de piel enrojecida y escamosa, como un lagarto. Con caspa prendida en las patillas y las greñas que escapaban del sombrero. A Balboa le recordó a un pescado seco, a un congrio.

—Ofrece comida —le susurró Oquendo a Balboa, con un soniquete de burla.

—Así se hace negocio —respondió el gallego ceñudo—, engatusando al incauto.

Y el peregrino movió la vara que le servía de bastón. Los invitó a sentarse junto a él y a arrimar las manos a la fogata.

—Nunca se sabe en el camino... —dijo Balboa sin moverse.

—No —contestó el peregrino, rascándose la coronilla bajo el sombrero—, ya no es lo que era el camino, no, ya no. Esta mañana tuve que esconderme de una banda de francos desertores —y los otros tres cruzaron una mirada disimulada—, casi me arrollan. A galope tendido venían. Escapan de sus guerras con una mano delante y otra detrás, y rapiñan como urracas. —Un largo suspiro melancólico—. Cuesta ganarse el pan, en tiempos podía hacerlo dos

veces al año y garantizarme, con honra, unos sacos de garbanzos para el invierno, incluso tocino salado... Hoy en día...

Balboa asintió.

—¿Recadero?

—Sí —asintió el otro, y escamas de piel seca cayeron desde las mejillas y la nariz—, el año pasado, antes de que llegasen noticias del canal de la Mancha, para uno de los menores de la casa de Azoiz —remató con orgullo, alzando la vara de fresno.

Tenía aquella vara muchas leguas encima. La contera se había abierto, espachurrado y vuelto a compactar, y el tramo de la mano brillaba de tan sobado.

—Este año llevo recado del mismo corregidor Martín de Eusa —continuó el peregrino, alzando un mentón donde la barba crecía por parroquias—. En Sos del Rey Católico tengo yo media docena de cruces completas, seis trazos a la ida y seis a la vuelta... Pero —con un suspiro resignado—, camino muy pisado, camino estropeado. Ya no es lo que era...

Y desechó el asunto como si no mereciese la pena seguir lamentándose.

—Me llamo Pedro, y todos me conocen como Andarín Pedro, soy de la vega del Torío, ¿y vosotros?, ¿venís de Pamplona?

Balboa podía haber fingido que se habían despistado, para explicar que estuvieran en aquella trocha apartada del camino, incluso podía haber inventado alguna excusa. Pero seguía sin fiarse. Contestó como dando un portazo.

—Hacia Logroño.

—Ah, no, ¡no! —saltó el Andarín espantado—, a Logroño no podéis ir. En Logroño hay peste...

Los otros dos se asustaron. Pero Balboa no se inmutó.

—Y nos dirás que conoces una ruta segura para evitar Logroño, pero que nos saldrá cara.

Y el peregrino compuso cara de ofendido, pero se rehízo pronto, rascándose de nuevo las mejillas plagadas de rojeces.

—Mal compañero en el camino, peor que enemigo —recitó receloso—. Por mí, podéis hacer lo que os dé la gana. Pero en Logroño hay peste. Las murallas están cerradas.

Algo les dijo que era sincero.

Y con la noticia, por desgracia, se olvidaron de los desertores francos.

Les preocupaba más cómo llegarían a Burgos, y la angustia pasó de los ojos de Balboa a los de Oquendo, y de los de Oquendo a los del secretario, a quien no le quedó otro remedio que tragársela.

—Yo no me acercaría a menos de una legua —aseguró el Andarían —, si queréis seguir camino a Compostela, yo, de vosotros, tomaría un desvío...

Siguió hablando, y Oquendo miró ansioso hacia Balboa, con la pregunta en los ojos.

Y Balboa negó con disimulo, con una simple sacudida del mentón.

No, no tenía idea de qué ruta seguir para evitar Logroño.

XXVI

Logroño estaba cerrado a cal y canto. No había candado más seguro que la peste.

—Ni se entra ni se sale. A quien lo intenta le arrean un mosquetazo y acaba de pasto para los cuervos —contó el Andarín—. Las puertas de la muralla están trancadas con cadenas —hizo un aro con los dedos, alrededor de la vara de fresno—, así de gordas...

Pero, quien anda caminos, halla atajos. Yo me desvié en Puente la Reina. Es extraño...

El peregrino titubeó. Su charlatanería había hecho que, súbitamente, comprendiese algo. Y ese algo le frunció el ceño, como si acabase de descubrir que tenía una piedra en el zapato.

—Es extraño —balbució—, alguien debería haberos advertido, poco cristiano hay que ser para no ofrecer aviso al caminante. Y lo de Logroño va para tres meses...

Fue perdiendo fuerza. Como un chicuelo quedándose dormido. Cada palabra un tono más bajo que la anterior.

Terminó por callarse, fruncir los labios y dudar. Hizo ademán de levantarse. Los miró a los tres asustado, volvió a sentarse. Fruncía tanto el ceño que caían pielecillas resecas de sus cejas.

—No buscamos el mal a nadie —se apiadó Balboa con voz sosegada—. Cada quien hace su camino.

Era una frase de su abuelo.

XXVII

Los recuerdos sacudieron a Balboa.

Malvas.

Olió a malvas, a aquel jabón que ella misma fabricaba. Se le llenó la boca de aquel sabor a sopas de pan y leche. Y allí estaba, una vez más, en el camino, junto a otro peregrino. Y, una vez más, en una encrucijada.

Si no podían ir a Logroño necesitaban otra ruta. Y ninguno de ellos, ni siquiera Balboa, tenían idea de cuál sería la mejor opción.

Oquendo sacudió el mentón, empujando a Balboa a que preguntase. También Del Valle.

Y el Andarín se sintió como un conejo con el raposo a la entrada de la madriguera, le dio la sensación de que se volvía suculento.

Balboa acabó por asentir, resignado.

—Nos urge llegar a Burgos —confesó.

Pero sirvió de poco. El Andarían se apoyó en la vara para incorporarse.

—Prisa llevamos todos. Y camino empezado —les dijo— es camino medio andado, mejor será que me ponga en marcha...

Y caminó hacia atrás, aun a riesgo de tropezar, pero sin darles la espalda.

XXVIII

Viendo que su única posibilidad se marchaba, Oquendo se inclinó hacia Balboa.

—O se lo sacas por las buenas —le dijo señalando con su enorme cabeza hacia el Andarín— o lo pongo en un espeto y lo hago cantar...

—Los peregrinos ya no...

—¿No querías acabar con esto cuanto antes? —resolvió el espía airado.

Y funcionó. Balboa se echó atrás, como si le hubieran dado un golpe.

—Recuerdo los mazapanes... En Santo Domingo —habló con aquel violeta perdido en el pasado, con un tono extraño—, en el barrio de la Puebla. Había un mesón que regentaba un cojo con mala uva, ¿siguen vendiendo allí plumas del gallo y la gallina?

Aquello consiguió que el Andarín se detuviera.

—¿Sigue presumiendo ese embaucador de que son auténticas? —continuó Balboa—, ¿de las que acabaron en el plato del corregidor? Recuerdo que ya de niño no me salían las cuentas. Tantos años vendiendo plumas...

Los hombros del Andarín cayeron un pellizco, incluso destensó las piernas. Ya no parecía dispuesto a echarse a correr como a alguien se le ocurriese estornudar.

—Su mujer tenía mano con los guisos —evocó Balboa—. Y hacía también galletas recocidas, para que no se estropeasen en el camino... Había una piel de garduña clavada en una viga. Y una zarpa de tejón, para la buena suerte...

El Andarín abrió la boca y la cerró. Lleno de dudas.

—Pero lo que mejor recuerdo son los mazapanes, con trocitos de orejón, estaba deseando llegar para probar uno...

Y Balboa dio unos pasos hacia el Andarín, que no reculó.

—Lo que no recuerdo —continuó Balboa— es el nombre de aquel maldito renco estafador —dijo torciendo el gesto, como si hiciera el esfuerzo de arrancar el nombre de algún rincón oscuro de la memoria—, ¿cómo se llamaba?

Y el Andarín, sin darse cuenta de que lo hacía, respondió:

—Anastasio, se llama Anastasio, y sigue vendiendo plumas...

Y Balboa ensayó su mejor sonrisa.

—Más grandes que bueyes tenían que ser aquel gallo y aquella gallina...

Como un reflejo, el peregrino remató la frase:

—... que cantó después de asada.

Y el Andarín sorprendió a Balboa. Les había ofrecido compañía, su propia comida. Y ahora, pese a las desconfianzas, les ofreció también un consejo.

—No os cobraré, es de buen peregrino dejar atrás amigos. Puedo indicaros como llegar a Burgos sin pasar por Logroño, es más —señaló alzando la vara de fresno—, llegaréis antes si os aguantan las piernas.

XXIX

Además de chorizo de lengua, más reseco y duro que la viga de una iglesia, el Andarín brindó consejo a tres peregrinos que no eran peregrinos.

Y se sirvió de la contera de su larga vara para trazar las rutas en la tierra.

—Pamplona, Puente la Reina, Estella —recitó mientras señalaba—, Arcos, Logroño, Navarrete —aclarando que era la ruta más cómoda y más transitada—, Nájera, Santo Domingo, Belorado —hincando bien la vara para marcar el destino final y espantando a una tijereta que salió corriendo— y Burgos.

Y alzó la vista hacia los otros tres, para concluir con una sonrisa feliz.

—A esto se le pueden cortar de tres a cinco leguas —aseguró el Andarín—, depende de los riñones de cada cual.

Mordió una tajada de chorizo, al que debía estar acostumbrado, era capaz de hincarle los dientes sin miedo a rompérselos, y demostró que conocía su oficio.

Aunque, a cambio, en lugar de unos maravedíes, Balboa compartió anécdotas de aquella infancia en el camino.

Para evitar Logroño debían seguir hacia Viana y Yécora; a partir de ahí tenían la opción de ahorrar un par de leguas por el valle del alto Najerilla.

—Por Entrena y Sotés. No hay donde parar, ni donde le echen a uno un mendrugo, y hay que apretar —aclaró el Andarín—. Pero los arrieros lo usan.

Y después de que Balboa le contase sobre una venta en los campos de León, donde los remedios de la abuela Elo habían levantado de la cama a un anciano que se puso a perseguir a las mozas de la lechería, el Andarín les dio una posibilidad aún más atractiva. Un atajo que los pondría en Burgos en tres jornadas, si las piernas aguantaban.

—Desde Yécora atravesar la ruta del camino y echarse a la sierra, por Daroca, Moncalvillo, donde los hornos de cal, los reconoceréis, aunque nadie esté cociendo. Después, San Torcuato y, por fin, de vuelta a Belorado...

Meditó el Andarín durante una avemaría entera, repasando el trazo que acababa de hacer en la tierra con la vara.

—Hay que cruzar la sierra por una cañada ganadera. No habrá un alma, menos ahora. Y seguirá embarrado —advirtió—, quizá aún quede nieve, y las subidas son duras. Muy duras —elevando la voz hasta casi un silbido—. Pero se evita Logroño y se ahorra un día. Más si apretáis.

Se quedaron en silencio, los cuatro, y remató Oquendo, con una última puntada.

—Si hay que pasar por cabra, espero que podamos comer antes algo mejor que este condenado chorizo...

E incluso el Andarín sonrió. Aunque las cuatro sonrisas tenían un dejo amargo.

XXX

Lorenzo resultó ser el santo, el diácono romano martirizado en una parrilla, san Lorenzo. Y la abadesa resultó ser Inés de Granada, nieta de sultanes y mujer al timón del convento de Santa Clara de Compostela.

—*Bist du verrückt geworden?*

Como Alessandra parpadeó, confusa, Maximilian tradujo.

—¿Te has vuelto loca? *Mist!* Balboa me saca el hígado por las orejas si no te dejo en Burgos. Eso es romper la baraja.

Alessandra no vaciló.

—Puedes acompañarme o no, pero yo continuaré a Compostela.

Y bastaba mirarla para saber que lo haría. Opinase lo que opinase el lansquenete, Balboa o el mismo papa.

—Hay que evitar que vuelva a suceder —insistió ella con determinación de hierro—. Alguien con poder anda detrás.

Como una bestia encerrada, el lansquenete se levantó y paseó por el claro donde se habían detenido. Farfullando maldiciones.

—*Verdammt!* Puedo atarte y llevarte a rastras —amenazó volviéndose hacia ella.

Y Alessandra, sabiéndolo capaz de barbaridad semejante, aunque no fuera por otro motivo que por cerril lealtad hacia Balboa, se sinceró.

—Es un mentiroso —y el lansquenete tuvo que morderse la lengua para no defender a su amigo, pero la dejó continuar—, y lo amo.

Decirlo en voz alta ató la garganta de Alessandra.

—Lo amé, lo amo y seguiré amándolo.

El lansquenete no supo asociar aquellas palabras con la mano de Alessandra, que se posó en su vientre mientras ella reunía empuje para terminar.

—Debo llegar a Compostela y dar aviso, ¡a gatas si hace falta!

El lansquenete, desesperado, acabó por asentir.

—*Mist!* Esta baraja está marcada —lamentó—. *Mist! Verdammt!!* Eres peor que él.

XXXI

En San Juan de Pie del Puerto había tres negocios de moral relajada. Uno de ellos quedó hecho un cisco, lo único que no se rompió fue una excepcional lámpara de hierro forjado, el resto acabó como leña para el fuego, que agarró con inusitada fuerza en la grasa rancia, los toneles de vino y los barrilitos de aguardiente de sidra.

Ardió hasta el almacenillo de las patatas.

Pero unos cuantos salieron a tiempo del desaguisado.

Salió un enorme guineano con piel negra como el carbón, que sacó a las tres muchachas que trajinaban en el local en sus brazos de Hércules, como si llevase a tres niñas pequeñas. El negro estaba cubierto de heridas, pero el tajo más grande era el de su sonrisa, porque había dado muerte a cuatro ingleses que se asaban ahora en las llamas.

Salió también un ratoncillo que, además, se llevó un susto con un gato que rondaba por un callejón, pero que consiguió refugiarse en unos sacos con semillas de cáñamo.

Y de aquel infierno salió un ángel. Un ángel que, incluso tiznado de hollín y con los rizos revueltos, parecía haber descendido de los mismos Cielos para traer la palabra del Mesías a los hombres.

El que no salió fue el tabernero.

Pero no tenían motivo de apuro los peregrinos y viajeros, porque alguien tomaría el relevo después de limpiar las cenizas.

Putiferios, lupanares, mancebías. Dados y naipes y peleas de gallos. Todos los vicios seguían a los hombres y, antes o después, la

taberna de San Juan de Pie del Puerto volvería a abrir.

El vicio siempre es negocio. Y el dinero cepilla escrúpulos.

Volvería a abrir la taberna de San Juan de Pie del Puerto, una más en el rosario de antros que había de un extremo a otro del camino a Compostela, incluso en aquellos tiempos de capa caída.

Y al otro extremo del camino, en el antiguo Reino de Galicia, había también antros como el de San Juan de Pie del Puerto.

Había uno en los montes ourensanos, no lejos del monasterio de San Salvador de Celanova, que había sido fundado por un obispo que acabaría también en Compostela, un antro en particular, que era como tantos otros, pero donde, en esa misma amanecida, mientras los vecinos de San Juan de Pie del Puerto intentaban apagar un fuego que apestaba a grasa requemada, se jugaba una peculiar partida de naipes.

XXXII

Barajaba un gaditano de nombre Jácome. Uno de los cinco de Varela.

Y aquella partida de naipes era lo único que quedaba en pie en un tugurio que había pasado mala noche y peor madrugada. A un arriero maragato lo habían sacado por la trasera con el hígado atravesado de puñaladas, justo cuando comenzó la partida, antes de que en Celanova celebrasen oficio de completas.

Era un antro curioso, un antiguo molino harinero reconvertido. En tiempos, había corrido un arroyo que se había secado cuando un obispo mandara asegurar el riego de las buenas uvas que crecían en las laderas del Limia.

Bajo el suelo de madera aún quedaba el hueco para los ejes y la maquinaria, al pisar las tablas sonaba a hueco. Y, sobre el suelo, las mesas, el hogar y unos cuantos cestos que, en temporada, se usaban para recoger castañas.

Sólo en una mesa había algo de acción.

El tabernero, resignado, había remendado el desgarrón en la hombrera, había limpiado las jarras y vasos rotos, y se había echado a dormir en unos sacos cuando se había cansado de sostener el trapo empapado en agua fría contra el ojo morado. Vivía allí mismo, en el piso superior, pero no pensaba dejar a aquéllos a su aire.

Dos borrachuzos roncaban en una esquina, con los taburetes haciendo equilibrio en dos patas y los cogotes apoyados en la pared. Con cada ronquido, se balanceaba adelante y atrás, como una cuna.

Rodriguito se había llevado a las dos muchachas que servían en el local al cuarto donde, en tiempos, el molinero almacenaba el grano y que, desde el cambio de negocio, contaba con catre, jofaina y trapos.

El Dospalmos se había quedado en el establo. Había encontrado una sonrisa en el muchacho que atendía a las caballerizas.

Y los tres que faltaban para completar los cinco de Varela eran los que estaban a la mesa, con el herrero.

XXXIII

Se habían puesto a jugar tras cenar, caldo de habas agujereadas por el gorgojo, berzas quemadas por la helada y hebras de tocino rancio. Y se habían puesto a jugar para hacer tiempo. Hasta que llegase su cita.

Pero su cita no llegaba y el juego se enrevesó. Tenían sobre la mesa una fortuna y las dagas temblaban de emoción.

Jácome barajaba. El Jesuita miraba a todos lados, y reía risillas, de esas que sólo ríe quien encuentra graciosa una desgracia. Y Varela, esperando el reparto de cartas, sobaba aquella pata de conejo entre sus trece apóstoles.

El que faltaba, el cuarto para hacer la partida, era un tipo grandote de greñas oscuras y los ojillos entrecerrados de quien es corto de vista. Un herrero que había cobrado los quijotes de una armadura y había salido a celebrarlo.

Tenía las cejas atadas a las manos de Jácome, y apretaba tanto los ojos para no perder detalle que parecía aguantar una diarrea.

El herrero, con la cara marcada por los chispazos de la fragua, se repasaba el vendaje improvisado en la mano izquierda, de donde aún goteaba sangre. Y mantenía el temple como si fuera tahúr, aunque su bolsa ya estuviera vacía y en la mesa hubiera una fortuna.

—Dinero que fácil viene, fácil se va —rio el Jesuita sin que nadie le acompañara la gracia.

Jugaban a robar la carta más alta. A algo parecido.

Cuando Jácome repartiese, los naipes quedarían boca abajo.

Sin verla, cada uno sujetaría su carta y, a la señal de quien llevase el turno, les darían la vuelta y silbarían las dagas.

Hasta entonces, había muerto el arriero, habían salido heridos el tabernero por protestar y el herrero por impaciente. Y se habían roto trastos, vasos, jarras y la fuente donde habían llegado las olivas, carísimas, de las que se había encaprichado el gaditano.

Hasta entonces.

Pero ahora, con la nueva mano y lo que abultaba sobre la mesa, podía haber algo más que un tajo atravesando una mano y el as de

copas que tenía debajo.

En esta ronda, y por eso Jácome mareaba tanto las cartas, un mal gesto podía acabar con algo peor que un naipe arruinado.

XXXIV

Jácome recogió la última oliva, que llevaba un rato abandonada en la mesa, entre añicos de la fuente, y se la metió en la boca como si fuera a escaparse.

Comió y, con una sonrisa lobuna, repartió al tiempo que escupía el hueso.

Cada uno de los cuatro puso la mano encima de su carta, aún boca abajo.

Era el turno del herrero para dar la señal.

Con una mano, la carta. Con la otra, la daga.

Y los cuatro listos.

El herrero abrió la boca, iba a decirlo. Y el Jesuita abrió y cerró la mano sobre su daga, una vizcaína de borde serrado, para encomendarse a ella apartando la espada del enemigo.

La boca del herrero se abrió y se abrió la puerta de la taberna.

XXXV

Se abrió la puerta de la taberna y apareció una silueta inconfundible. El brazo estropeado y el guiñapo que tenía por mano delataban a Gaspar de Montalvo, ilustre deán del cabildo de Compostela.

Y Varela le rebanó el pescuezo al herrero mientras aún miraba cómo se abría la puerta.

—Ca’ ases? —preguntó el gaditano con indignación—. Estaba ganado. Ya l’había repartío la más baja, lleva un dos.

Varela respondió sin mirar.

—Hacía falta la silla...

Gaspar de Montalvo no se asustó por la sangre, ni por la angustia del pobre herrero, que intentaba contener lo incontenible y caía al suelo, empañado en sangre, con aquellos ojos cortos de vista revolcándose en las cuencas.

—He tenido que dormir en el monasterio —anunció el deán con disgusto, sentándose en la silla libre—, el puñetero abad tenía cien despachos para su ilustrísima San Clemente —el nombre del arzobispo cayó como una vomitona, lo regurgitó más que decirlo.

Varela y sus compinches se repartían lo envidado. Sólo dejaron en la mesa los añicos de la fuente de olivas.

—Éste no es modo de ser discretos —recriminó Montalvo sacudiéndole un puntapié al muerto para apartarlo.

Y el Jesuita intervino.

—No podrá decir que nos ha visto —soltó con una risotada.

Tanto Varela como el deán lo ignoraron, al Jesuita se le soportaba como al zumbido de un moscón. Y no convenía darle cuerda. Moriría hablando, con una broma en los labios.

Y el desertor fue al grano.

—¿Sospecha algo el arzobispo?

Montalvo negó con rotundidad. Pero Varela, con un apretón a la pata de conejo, insistió:

—¿Has pagado a los monjes?, ¿dirán que se entregó? No quiero doblar una esquina y que se me acabe la suerte.

Con un gesto de aquella mano destrozada, Montalvo desdeñó el asunto y se llevó la conversación a donde le interesaba a él.

—¿Queréis cobrar los doscientos que faltan?

Los otros tres se echaron hacia delante, y los añicos de la fuente tabalearon en la mesa.

—¿Dónde? —preguntó Varela.

Pero el deán no respondió.

Bajo las tablas del molino se oía el rumorear del agua.

Y del muerto, como sucedía a veces, escapó un quejido extraño. Y el Jesuita, nervioso, soltó una de sus gracias:

—No sé por dónde cae... —tarareó con el soniquete de una broma.

Y, como nadie rio, carraspeó incómodo.

Varela resobó la pata de conejo. Miró al deán.

El secretario y el desertor medían sus voluntades. Intentaban averiguar hasta dónde llevaría cada cual la traición.

—No se te ocurra pensar en trilar al trilero, ni lo pienses —amenazó Montalvo sin arredrarse, sonriendo como gato delante de ratonera.

Y Varela, sin soltar la pata de conejo, repitió la pregunta.

—¿Dónde?

Gaspar de Montalvo tampoco respondió, sopesó la situación, examinó a aquellos tres jaques, paseó los ojos de uno al otro, y del otro al siguiente.

Y tomó la decisión de seguir adelante, con una sonrisa de suficiencia, convencido de que había ganado aquella batalla.

Sacó la copia que llevaba doblada en algún rincón bajo el jubón y la puso en la mesa.

—Para primeros de mayo...

Y Jácome, inclinado sobre el plano, sobre la ría, la bahía, la ciudad, el faro, rio como una comadreja.

—Sólo hay una cosa peor que un hijo de puta —soltó entre risillas —: un hijo de puta inglés.

Y Varela reaccionó levantando la daga que le había rebanado el pescuezo al herrero.

—¡Cierra la puta boca!

Miró entonces al deán, casi con asco. Con expresión de haberse cortado al afeitarse.

—Los esperan en Santander o en Cádiz, será una masacre...

Montalvo asintió y se encogió de hombros. Quedó claro que le venía a dar lo mismo.

—¿Quieres cobrar? —le preguntó a Varela.

Y Varela tuvo que mirar a sus hombres, incluso estrangular los escrúpulos. Pero acabó asintiendo.

—En Coruña, lo quieren en la Coruña, para primeros de mayo.

Tijeras, lana y pelo



I

Coruña, eso ponía. Sobre la firma y los sellos. Bajo largas parrafadas.

Coruña, con la aseada caligrafía de alguien acostumbrado a la pluma. Con letras grandes de trazo limpio, con filigranas de adorno como pámpanos de parra. Todo para remarcar la conclusión. Para que, a quien lo leyese en El Escorial, no le cupiese duda de lo que habían descubierto los espías al servicio de la Corona.

Coruña.

Ése era el destino de la mayor flota jamás armada. Doscientos barcos, tres mil cañones y treinta mil hombres. Una flota que ya habría zarpado de Plymouth para cobrarse venganza.

Coruña.

Ésa era la respuesta a la pregunta que había hecho un desertor en un antro cerca de Celanova. Y un tragaldabas en un tugurio de Burdeos. Y ésa era la respuesta a la pregunta que Balboa había

hecho instantes antes, al comprender que no recuperaría a Alessandra.

Coruña.

Arrasarían Coruña.

Y las llamas treparon por Coruña.

Ardieron los sellos y las firmas, y las llamas ascendieron, bailaron sobre las grandes letras, se comieron las filigranas y los pámpanos, y consumieron el nombre de la ciudad. El nombre por el que había preguntado Balboa instantes antes, por el que había preguntado Oquendo. Y Varela.

Las llamas lo consumían.

Y Laínez miraba el documento quemarse.

En su rostro asomaba la vergüenza. Tenía los mofletes colorados y le temblaba la papada. Se le empañaban los anteojos y los limpiaba con gestos nerviosos, de mirlo picoteando, con esas manos suaves, como de bebé. Sin embargo, su vergüenza no era suficiente para despertar su coraje y plantarle cara al inglés.

Y el inglés, el espigado pecoso, esperaba a que el fuego se tragase el despacho.

Lo sostenía entre sus dedos, con el brazo estirado, sin miedo a que las llamas prendieran en las pacas de lana.

El inglés dejó al fuego hacer su trabajo y soltó el carboncillo en el que se convirtió el documento.

Cayó, deshaciéndose en pedazos frágiles y renegridos.

Cuando llegaron al suelo, el inglés los pisó. Levantando el talón y sacudiendo la puntera de una bota que aún traía barro de Las Landas.

Un manchurrón de hollín en el suelo, eso quedó del despacho, que ya nunca llegaría a El Escorial.

Y el almacén quedó dividido en dos por aquella frontera trazada en el suelo con carbonilla.

A un lado los vencedores. Al otro, los perdedores.

Y los tres perdedores, salpicados de sangre, heridos, sabían que su derrota aún no había terminado. Iban a matarlos, a los tres, y acabarían tirados en algún muladar, envueltos en restos de lana sucia y cagadas de oveja.

Lo sabían los tres. Y fue Oquendo el que, aturdido, le puso palabras a lo que pensaban los tres.

—Nos dieron liebre, ¡liebre por gato...!

II

El Andarín había cumplido, allí, ante ellos, estaban los hornos excavados en la ladera, y los restos de las hornadas de cal que daban nombre a Moncalvillo.

Y allí tomaron un merecido descanso.

En un claro donde había cepos alrededor de un centro chamuscado, donde se había tronzado la copa de un pino para improvisar un techado, donde se intuía que los caleros, entre viaje y viaje, hornada y hornada, molienda y molienda, se habían sentado a comer un bocado y echar un trago de vino.

Sin una palabra, Del Valle se sentó en uno de los cepos, se sacó la pierna de madera y se masajeó el muñón, con el rostro crispado.

Y Oquendo, que juntó dos de los cepos para sentarse a gusto, revolvió el zurrón hasta encontrar cortezas que roer. Al pobre Oquendo le rugían las tripas como fieras enjauladas.

Balboa, sin embargo, se quedó en pie. Tenía dentro un fuego que lo impulsaba, pese a los arañazos y el dolor de piernas. Balboa

deambuló por el lugar, encontró restos que delataban a las cuadrillas de caleros. Un retal de tela. Una bota de vino olvidada en la cruceta de una rama. Piedras descartadas de una hornada mal cocida.

—Una misa, como mucho, y seguimos —les dijo a sus compañeros.

No quería entretenerse.

El horizonte era un manto de bosques y piedras que Dios había dejado caer. Y no se había molestado en alisarlo y cuadrar las esquinas. Había quedado arrugado, colocado con prisa. Los montes parecían viejos, y las nubes, fieros trazos blancos, pasaban por encima burlándose.

No se habían cruzado con un alma. Temieron perderse en más de una ocasión. Y sufrieron cada repecho.

El camino montano resultó, estaba resultando, tan duro como había advertido el Andarín.

Una ordalía.

Un precio que pagar.

—Curiosidad, simple curiosidad —le había mentido.

Envueltos en mantas, escondidos entre los grandes quesos, hablando en susurros para que no los descubrieran.

Y ella había sonreído. Y sus dedos recorrían las cicatrices que él tenía en el torso. Cada una con el nombre de una batalla. Amberes. Dunkerque. Y Cagayán. Ésa era la más larga, hija de los sables curvos de los piratas con ojos rasgados.

Él le había hablado de las Filipinas, de la Especiería. Y de aquellos bravos demonios amarillos.

Y ella había respondido al fin.

—No sé, supongo que el queso no da para tanto —con su mano más allá del abdomen, tanteando un sable bien distinto—. Mi padre

siempre busca nuevos negocios —con un beso tras la oreja, mordisqueando—. Pero no sé nada de reliquias...

Y había tenido que callarla con besos. Porque se lo comía el remordimiento. Porque iba a traicionarla y, a la vez, la amaba. Y porque ya era tarde. No podía volver a comenzar.

Y todo se había ido al carajo.

Balboa se agachó y recogió una de las piedras de cal poco cocida, y la desmigó entre los dedos, con el violeta de sus ojos perdido en la sierra.

III

Entraron en Burgos al tercer día, como había predicho el Andarín. Y les bastó preguntar una vez para, después de rodear las obras de la catedral, que crecía afilada en la plaza Mayor, encontrar los negocios de los corredores de lana.

Encrucijada en el camino a Compostela, y paso obligado en las rutas de norte a sur, Burgos florecía. Recogía hierro vizcaíno y lo vendía en Castilla. Y recogía lanas castellanas y las vendía en Flandes, Inglaterra, Francia.

El comercio no entendía de herejías ni de lealtades, sólo de dineros. Y Burgos, ajetreada como un hormiguero, vivía del comercio. Y de los cuchicheos: incluso de paso escucharon los tres cómo las comadres hablaban de la señora Osorio, bella como una amanecida, de quien se decía que era amante del rey Felipe, de quien se decía que escribía a diario a sus hijas, de quienes se decía que eran el único consuelo de su padre, de quien se decía que no levantaba cabeza desde la desdichada locura del príncipe Carlos, de quien se decía que había intentado asesinar a Álvaro de Bazán, de

quien se decía que no podía haber muerto en peor momento, justo antes de que partiese la armada bajo el mando del duque de Medina Sidonia, de quien se decía que no había hecho más que cumplir órdenes para encontrarse con los Tercios del duque de Parma...

Y vuelta de nuevo con Isabel Osorio, de quien se decía que era la única que hacía sonreír al rey.

—¿De dónde, si no, sacó los escudos para la casona? —bisbiseó una comadre, enlutada, con las canas recogidas en una pañoleta, al pasar por el palacio de Saldañuela.

Y otra le contestó, con la misma voz cargada de intenciones.

—Ya se sabe que paga la cama los caprichos de la dama...

Pero ellos no tenían tiempo para comercios, menos para cuchicheos.

En el barrio de los corredores de lana, no lejos de la calle de la Paloma, donde se levantaba el Real Monasterio de Santa Clara, estaba el hombre en el que Del Valle había depositado sus esperanzas.

Exhaustos, sedientos y cansados, pero habían llegado.

Tenían ante ellos un edificio de piedra, largo y achatado, que vibraba como una colmena.

Balboa, con prisa, ansioso por darse la vuelta, golpeó un recorte del portón que tenía que ser una entrada de servicio.

Ninguno de los tres, ni siquiera Del Valle, que llevaba años carteándose con el dueño, habrían adivinado el asombro que los aguardaba en el interior.

No se acordaban de aquellos desertores francos que había mencionado el Andarín. Y nunca volverían a verlo, para decirle que se había equivocado.

No eran francos.

IV

En el interior se contaban cincuenta personas. Y, pese al espacio, no estaban holgadas. Carros, máquinas y trebejos abarrotaban el lugar.

Una hilera de mujeronas, con grandes baldes de agua templada, lavaba los vellones. Otra más peinaba y cardaba. Y una tercera fila, cantando para acompañarse, hilaba con ruecas de avellano prendidas en los refajos.

La lana requería trabajo antes de convertirse en paños, calcetines o mantas.

Y el tal Laínez la compraba y la vendía en todas sus formas, desde los vellones en bruto a los más finos tejidos.

Si era lana, Laínez andaba detrás.

Y de detrás de la lana salió a su encuentro. Llegó radiante como una novia camino al altar.

—Mi querido amigo —saludó al ver al secretario—. ¡Mi querido amigo! —tan efusivo que daba palmadas en los hombros del otro.

Y se fundió con Del Valle en un abrazo.

Era como un perrillo de esos que corren a todos lados meneando el rabo. Comilón, bromista y risueño. Se hacía difícil no dejarse arrollar por Laínez Ansúrez, que presumía de descender de una de las viejas familias de jueces de Burgos y decía que la sangre del mismo Cid corría por sus venas.

Era sobrado de carnes, con anteojos que limpiaba de continuo y las manos más suaves que Balboa hubiera visto jamás. Tanto que a Balboa le dio miedo desgraciarlo cuando el otro lo saludó.

—Es por la grasa de la lana —explicó Laínez con una sonrisa que levantó sus anteojos, acostumbrado a la reacción y enseñando las palmas de las manos, brillantes como nácar—. A las ovejas ya les va

bien, no les molesta en las ubres... Y a las mujeres —con un guiño pícaro— no les araño el botón con los callos...

Parloteaba contento. No perdía la sonrisa ni cuando hablaba de que eran tiempos difíciles para la lana. Y, sin callarse, los guio a través de aquel pandemonio.

Los hizo pasar por una puerta interior, en una división de entramado de caña que cortaba en dos el amplio edificio. Abandonaron los talleres y llegaron al almacén de las pacas de lana, apiladas del suelo al techo, donde las telarañas estaban repletas de pelusillas.

—Ya lo veis —dijo con aquella risa contagiosa—, tengo más de la que puedo vender, los almacenes llenos, como las tetas de un ama de cría.

Y en la pared, bien encalada, había herramientas para los esquiladores, colgadas con pulcritud de clavos. Tijeras del oficio, piedras de afilar, carretes de hilo para empacar.

A ese lado, el almacén parecía un calabozo de la Santa Inquisición.

Al otro, pacas y pacas, de buen blanco secado al sol. Unas pocas con negro jaspeado. Y un buen montón de vellones sin lavar que atufaban a bosta seca y hierba recién cortada.

Y allí, en el pasillo entre las pacas y la pared de las herramientas, había también un banco, y unos taburetes. Allí se sentaron.

Y Laínez los mandó callar mientras un arriero con cara de pocos amigos entraba por el portón trasero y maniobraba para dejar un carro poco cargado.

—Disculpad a Emerenciano —les dijo el mercader cuando el arriero se marchó sin saludar siquiera—, acaba de enterarse de que la mujer le pone los cuernos...

Y Laínez se inclinó adelante para volver a guiñar un ojo.

—... Yo en su lugar pediría una dispensa al papa, conozco a la mujer y os aseguro que es un milagro, un milagro divino que semejante cardo haya encontrado quien le quiera hurgar en las espinas...

Incluso Balboa rio. No porque le hiciera gracia, sino porque era lo que tocaba. Era imposible no reírse con el buen humor de Laínez.

Y ninguno de los tres le dio importancia a aquel carro, que parecía de buena factura, de carreteros de Tierra de Campos. Ni a la carga, que era escasa si venía a vaciar e incompleta si tenía que llevarse.

Ninguno de los tres imaginó lo que iba a suceder.

Habían atravesado la sierra. Habían ahorrado una jornada entera. Tenían que llevar ventaja. Y no pensaron que, si ellos no habían conseguido caballos, otros podían haberlo hecho.

V

Laínez hizo traer vino. Incluso le cumplió el capricho a Oquendo: mandó también servir queso curado de oveja, que olía como una desgracia pero sabía a ambrosía.

Laínez era todo sonrisas, hasta que les dio la mala noticia.

—Hay un capitán en Laredo con el que trabajo a menudo —les explicó—, tiene un buen barco y es hombre de palabra...

Dudó un momento Laínez, y se recolocó los anteojos sobre la nariz.

—No hay nada que pueda hacerse —sentenció en tono grave, de sermón, que no le pegaba—. Los ingleses llegarán en unos días. Para san Felipe apóstol, ¡a lo sumo! Si el viento los ayuda, menos.

Del Valle, incrédulo, protestó ansioso:

—Pero si la Felicísima tardó más de un mes en arribar a Coruña desde Lisboa.

—Eso fue el año pasado, y los nuestros iban hacia el norte, con peor tiempo —comentó resignado el corredor de lana—. Ahora... Ahora es distinto.

—¿Primeros de mayo? —preguntó espantado Del Valle—. ¿Dos semanas?

Fue un mazazo. Aquella noticia lo cambiaba todo. Todo.

—No podemos ir a El Escorial —terció Balboa arrancándose las palabras—. Son tres días...

Volvería a fallarle a ella. Una vez más, rompería su promesa. Una vez más, todo se iba al carajo.

Y Oquendo le dio la razón.

—Con tres días se pueden ensamblar tropas, preparar artillería, reunir concejos, conseguir armas. Almacenar alimentos para un asedio... Tres días dan para mucho —aseguró el espía—. Hay que irse, tiesos como flechas —añadió impetuoso—. ¡Hay que dar aviso!

Y fue entonces cuando Balboa hizo la pregunta. La misma que había hecho Varela sobre los añicos de una fuente de olivas. Y Oquendo tras lampreas guisadas en su sangre. La misma que quedaría un buen rato más sin contestar. La misma que tendría una respuesta que ardería hasta convertirse en un manchurrón de hollín en el suelo.

—¿Dónde?

Y antes de que el secretario contestase entró a toda prisa un esportillero cubierto de pelusillas que, sin pedir permiso o explicarse, corrió hasta el mercader y le susurró algo al oído.

Los otros tres tenían demasiado entre manos. No advirtieron el cambio en el rostro afable de Laínez, ni tampoco el esfuerzo por recomponerse.

VI

Del Valle abrió la pechera de su jubón y desgarró los hilvanes del forro para sacar el despacho.

Y, mientras las manos ansiosas de Balboa pedían el documento, Laínez se excusó con la promesa de volver enseguida.

Laínez fue hacia la entrada principal, donde estaban las cardadoras y las hilanderas.

Y no volvió solo.

VII

Regresó con cinco de sus mejores esquiladores, los más fuertes, a los que enviaba con toda confianza hasta los rebaños del Pirineo.

Regresó con cinco esquiladores y tres demonios.

Y cuando Balboa reaccionó ya era tarde.

VIII

Los cogieron por sorpresa. Nada pudieron hacer. Tenían los ojos clavados en el despacho, buscando aquel nombre. Buscando el dónde entre las firmas, los sellos, las filigranas que parecían pámpanos.

En un abrir y cerrar de ojos, tenían encima los golpes y las manos atadas, y el pobre Oquendo, aturdido, sangrando por una brecha tras la oreja, estaba en el suelo, tirado de mala manera, cuando uno de los demonios ingleses cogió el documento y le arrimó candela.

Coruña.

Ahí estaba la respuesta. En llamas. Y de poco servía ya. Iban a morir.

Laínez, abochornado, comido por la vergüenza, parloteaba.

—En Medina y en Segovia hacen la competencia, cada vez hay menos beneficios, y el precio está como la picha de un viejo, no hay quien lo levante. Y tantas familias dependen del negocio, sin mí pasarían hambre...

Hablaba y hablaba. Aireaba excusas.

—... Además, ya no importa. Y muerto el perro se acabó la rabia. Hay que aceptarlo. Caerá Coruña, caerá Lisboa, se perderá la Corona de Portugal, y con ella, las Azores, y el mercado de Indias se irá al carajo... Hay que arrimarse a otro árbol y a los ingleses siempre les ha gustado nuestra merina...

Tenía mucho que escupir para lubricar la culpa.

No se callaba.

—... Y nuestros barcos arderán en los puertos, y en Flandes pintan calvas. No puede negarse. La cogí en el dormitorio, en pelotas, y al otro bajo la cama...

Acompañado por el susurro de aquellas manos impolutas restregándose, todo sonaba a hueco.

—... Si Isabel de Inglaterra hubiera caído, si nuestra flota hubiera triunfado, si los Tercios de Farnesio...

La culpa siempre tiene demasiados síes. *Si* es la única palabra con más de mil letras.

Ninguno de los otros tres escuchaba.

IX

A los esquiladores no los había visto en su vida. Pero a los tres ingleses, Balboa los reconoció. Eran legión. Tres de los esbirros de aquel ángel de rizos dorados y tres pistolas. Los había visto sobre una *gaviota*.

Dos de ellos podían haber pasado por hermanos, o por primos que fueran hijos de primos casados, parecían del mismo parto. Grandes, curtidos, de ojos claros y piel quemada por el sol, más con pelusilla que con pelo, y con la salvaje expresión de bestias disputando comida.

Más que hablar gruñían.

El otro, más fino, pecoso, con arillos en una oreja y una perla en la otra, era quien mandaba.

Y, junto a los cinco esquiladores, todos fornidos, poco podía hacerse.

Cuando se apagó, con un siseo triste, el último pedazo del despacho, pusieron de pie al secretario con dos manazas, una debajo de cada sobaco. A Balboa lo obligaron tirándole del pelo, y a Oquendo lo hicieron despabilar a base de patadas.

Órdenes del ángel de rizos dorados. Quemado el despacho, sólo quedaba una cosa por hacer.

Degollarlos.

El pecoso desenfundó con soltura, en un gesto grácil.

Era una daga turca, una gumía que a saber de dónde había salido. Pero los ingleses eran aficionados a robar armas. No tenían herreros como los del Tajo, o como los turcos, y lo sabían, aunque jamás lo decían.

Se acercó a Del Valle. Que tenía detrás a Laínez, que seguía hablando, remeneando sus manos impolutas.

—... Si Isabel de Inglaterra hubiera caído, si el año pasado la flota hubiera triunfado, si los Tercios de Farnesio hubieran recibido los

mensajes a tiempo, si se hubieran encontrado con la armada en Flandes...

La gumía entró por la papada con la fuerza de una embestida.

Se cayeron los anteojos al suelo, y se rompieron con un crujido, y lo último que se oyó fue un gorgoteo en la garganta de Laínez.

Cogió a los esquiladores por sorpresa. Y la sorpresa los hizo dudar.

X

Desde la coqueta Estella, rumbo a Burgos, a media mañana, que era azul y vibrante, que presumía de primavera, salieron del convento de San Francisco tres figuras por el camino de Santiago.

Una mula con alforjas.

Una monja clarisa.

Un franciscano.

Era extraño. Pero los tiempos y el camino hacían virtud de lo extraño. Quizás emplearían sólo un trecho del camino, para ir a alguna leprosería, o para llegarse a algún convento.

No podía saberse, pero podía imaginarse que seguirían el camino, que se hospedarían en abadías y monasterios, que irían de villa en villa y que se alejarían de atajos y trochas donde podían tener un mal encuentro.

A lo mejor llevaban recado. A lo mejor eran sólo dos mandados.

Pero era extraño.

No la mula, que era una más. Parda, con el lomo más oscuro y las crines como tiznadas de hollín, y le faltaba un trozo de oreja del mordisco de un lobo, porque en tiempos se había usado para guardar ovejas, que las mulas y los borricos siempre son la mejor alarma del rebaño. No, la mula no era extraña.

Era extraña la clarisa, que tenía largas piernas y caminaba como una dama por los pasillos del alcázar de Madrid.

Era extraño el franciscano, cuya cabeza pasaba apenas un palmo por encima del lomo de la mula y, sin embargo, tenía espaldas capaces de cargar más que el animal.

Y era extraño que anduvieran juntos.

Pero más extraño fue que, cuando un guijarro hizo tropezar al franciscano, al que le costaba caminar con sandalias, como si no estuviera acostumbrado, el franciscano juró.

Y fue extraño. Porque los hombres de Dios, por lo normal, no suelen blasfemar, jurar o maldecir.

Y más extraño aún fue que juró, y todos los juramentos son como chasquidos, salen por impulso, como disparos. Todos suenan rijosos, como de algo rompiéndose.

Pero es que aquel juramento del franciscano fue en alemán.

—*Mist!*

XI

Las hilanderas siempre decían que, después de lavada y seca, primero había que escarmenar a mano la lana, luego usar peine de púa gruesa y, sólo después, pasar a los cardadores, que tenían el nombre muy bien puesto, porque, plagados de pequeñas agujas, parecían cardos, de los grandes.

Y allí, en la pared del almacén, detrás de Balboa, colgaba uno de esos peines. Un palmo por un palmo de buena madera de roble atravesada por cincuenta clavos.

Lo hizo porque era soldado. No porque tuviera esperanzas. Lo hizo por rabia. Por pundonor.

Eran ocho. Y Laínez. No había posibilidad alguna.

Balboa lo hizo porque, si tenía que acabarse, se llevaría a uno por delante, a dos con suerte.

Por eso lo hizo.

En cuanto lo pusieron de pie, junto a la pared, junto al carro, para degollarlo y tirarlo dentro, empezó a rascar las cuerdas contra los cincuenta clavos.

Le venían bien las excusas de Laínez.

—... Y nuestros barcos arderán en los puertos, y en Flandes pintan calvas. No puede negarse. La cogí en el dormitorio, en pelotas, y al otro bajo la cama...

Se rascó las muñecas, y apartó el dolor a un rincón oscuro, moviendo las manos arriba y abajo. Con disimulo.

El esquilador lo tenía cogido por el cuello del capote de peregrino, y sus armas estaban en el petate.

Pero acabaría al menos con uno.

El inglés pecoso, que tenía un lindo hoyuelo en la barbilla, desenfundó, con la gracia de un volatinero, y se acercó al secretario.

Degollaría al secretario, después a Oquendo, y le costaría trabajo. Balboa lo había visto, incluso un buen tajo con una buena daga no siempre llegaba a donde debía en el cuello de un hombre fornido, más de uno se levantaba y se cobraba venganza.

Y él sería el último, así que movió las manos arriba y abajo, segando las cuerdas y su propia carne.

Pero al menos acabaría con uno.

—... Si Isabel de Inglaterra hubiera caído, si el año pasado la flota hubiera triunfado, si los Tercios de Farnesio hubieran recibido los mensajes a tiempo, si se hubieran encontrado con la armada en Flandes, si hubieran atacado en Plymouth en lugar de esperar, si las tormentas...

La daga turca acabó con los síes del corredor de lana.

Y a los esquiladores los cogió por sorpresa.

XII

—*Mist!* Pero qué locura es ésta —protestaba pasando las manos de arriba a abajo—. Robemos un par de caballos... Y al galope hasta reventarlos. ¿Qué ganamos de mamarrachos?

Alessandra, con paciencia, como una madre a un chiquillo travieso, le explicó al lansquenete que no siempre las bravas son la mejor solución.

—Tenemos las cartas, y los salvoconductos de sor Angustias. Nos ayudarán y pasaremos desapercibidos... ¿De qué nos valdría correr si nos descubrimos?

Y aunque salían de Santo Domingo de la Calzada con provisiones, ropas nuevas y bendiciones, Maximilian no estaba convencido.

—*Verdammt!* No me gustan estas cartas. Paremos en Burgos, busquemos al amigo de Del Valle, a ese tal Laínez...

Y ella, de hecho, pensó en cómo sería ser madre, incluso se pasó la mano por el vientre, y contestó.

—Los ingleses tienen ojos en todas partes —repitió con aquel retintín de paciencia que tantas veces ella misma había escuchado a su madre—, me fío más de abadesas y priores. Haremos el camino entre las mujeres y los hombres de Cristo.

Alessandra, rebautizada como sor Angustias, con el hábito nuevo, otra vez con velo negro, como si ya estuviera ordenada, tiraba del ronzal de la mula y no se detuvo pese a las protestas del alemán.

—*Mist!Verdammt!* Balboa me va a capar, ¡a la altura de las orejas!

El lansquenete refunfuñaba, como un chicuelo, pero obedecía; algo en el fondo le decía que ella tenía razón.

En aquel mismo instante, en el corazón de Burgos, sus amigos eran traicionados.

XIII

La daga turca acabó con los síes del corredor de lana.

Y la sorpresa vapuleó a los esquiladores. Estaban acostumbrados a intimidar pastores para sacar mejor precio, no a jugarse la vida.

Balboa aprovechó el momento.

Sus manos quedaron libres y, a tientas, en un amén, descolgó dos de aquellos cepillos de clavos de la pared encalada y se revolvió.

A uno lo cogió del derecho, al otro del revés, pero el resultado fue el mismo.

Un esquilador cayó al suelo, con los humores del ojo escurriendo por la barba, sin abrir la boca. Se desplomó con media docena de clavos en los sesos.

El otro quedó en pie. Se llevó las manos al cuello despedazado. Uñas sucias de boñiga de oveja. Y braceó intentando arrancarse los clavos. Caminó como un borracho, haciendo gárgaras con su propia sangre, incapaz de hablar.

Quedaban tres esquiladores y tres ingleses.

Uno de los ingleses, no el de las pecas, otro, el que estaba más cerca, el que no sujetaba al secretario, se echó encima de Balboa, sin más armas que sus propias manos.

Y el pecoso, que tenía hoyuelo y un mentón de estatua, no perdió el tiempo, se agachó sobre el agonizante Laínez y lo remató, le atravesó el corazón con la gumía. Y se puso en pie desenfundando

también la espada y, en dos pasos, estaba listo para rebanar otro pescuezo, el de Oquendo.

El esquilador herido, con la cara vuelta al techo, como un polluelo en el nido, arrastrando con las manos sangre y piel de su cuello, desesperado porque no lograba arrancar los clavos, chocó con las pacas de lana. Rebotó, en un coro de gárgaras. De arcadas.

Y las pacas más altas cayeron. Como nieve inmensa, esparciendo polvo y hebras de lana.

Apenas se tenía en pie. Arrastró las uñas sucias por las pacas, dejó trazos de sangre en la lana blanca. Intentó agarrarse. Quedar en pie. Vivir. Y, con un último ruido extraño, como una pisada en el barro, apretó los puños.

La sangre pintaba cábalas en la lana. Extraños símbolos. Rojo intenso sobre blanco. Una belleza que daba escalofríos.

Los dedos del esquilador se trabaron con un último reflejo, y se derrumbó tirando con él más pacas. Murió en el suelo. Y quedó sepultado.

Las pacas caían, una montaña de lana se derrumbaba. Golpeaban a los hombres, las herramientas, el carro. Esparcían polvo y lana.

Por el suelo corrían escarabajos. Volaban polillas que habían logrado acostumbrarse a las bolas de alcanfor moro que Laínez hacía traer de Orán.

Todo se llenó de niebla. Como de niebla. Mezclando olores y ruidos.

En el suelo, bajo aquella avalancha de lana, Balboa forcejeaba con el demonio inglés. Recogió la pierna para evitar un rodillazo que le buscaba los testículos y le dejó dos palmos del muslo adormecidos.

Balboa estiró el brazo. Todo lo que pudo.

Un codazo le sacó el aire, le dejó las costillas magulladas. Pero estiró el brazo.

El otro inglés iba a degollar a Del Valle.

El de las pecas a Oquendo.

Como siempre en la guerra, todo iba demasiado rápido.

Y los otros tres esquiladores miraban espantados a sus muertos, sin saber si escapar o atacar. A los ingleses o a los estrambóticos peregrinos.

XIV

Las pacas caían sobre el carro, que brincó sobre las ruedas.

Oquendo parpadeó, gruñó, sacudió la cabeza para despejarse.

Sintió el dolor. El tacto pegajoso de la sangre en la mandíbula, el cuello y el pecho. Las rodillas flojas. Como abrir los ojos bajo el agua.

El polvo, las polillas, las hebras de lana, que eran como nieve sucia, bailando en el aire.

Apestaba a monte y oveja, se pegaba al paladar el tufo del alcanfor y los atadillos de hierbas que los empacadores metían entre la lana. Hedía a sangre.

Enfrente tenía el hierro de la daga y, tras él, las pecas de aquel condenado demonio inglés con el rostro cincelado.

Más allá, Balboa recibía una paliza. No bloqueaba los golpes, intentaba zafarse como una lagartija, y estiraba un brazo.

XV

Les cayó encima una paca.

Chocó contra la espalda del inglés, que se le echó encima como si quisiera besarlo. Y con el empellón Balboa alcanzó la maldita pared.

Y lo que había en ella.

A punto de descoyuntarse el hombro, con las costillas apaleadas, primero fueron las yemas de sus dedos, luego notó el tacto firme del hierro, y pudo cogerlas.

Unas tijeras de esquilar.

No tuvo la gracia de un duelo en los callejones de Madrid, midiendo destrezas. No hubo esgrima.

Balboa echó el brazo atrás, golpeó el suelo con el codo, ignoró el dolor. Y atravesó el hígado del inglés por la junta del coleto. Y enroscó las tijeras en las entrañas de aquel malnacido.

Se le murió entre los brazos.

Fue la señal que necesitaron los esquiladores que quedaban. A lo mejor no les iba nada con el inglés, pero dos de sus compañeros habían muerto, y se echaron encima de Balboa.

Desperdigando polvo. Apartando polillas a manotazos.

Y Balboa intentaba robarle las armas al muerto, pero había quedado en mala postura sobre la espada, tenía que girarlo primero.

XVI

Oquendo cogió al de las pecas por sorpresa. Lo empujó con tanta fuerza que lo envió sobre aquel carro, que crujió y corrió dos palmos, aplastando escarabajos.

Y, libre del pecoso, Oquendo se lanzó como una montaña sobre los tres esquiladores.

Aquello le dio coraje a Del Valle, que agarró la mano del otro inglés y detuvo la daga.

Y eso le dio tiempo a Balboa.

Bailaron. Algo macabro. Sin música, bailaron. Entre la lana y las polillas. Bailaron. Entre ellos. Con la muerte de invitada.

Bailaron, como dados en un cubilete.

Hasta que el cubilete se detuvo.

XVII

Del Valle abrió la puerta trasera, la del almacén, una pequeña embutida en el portón por donde había entrado el carro. Y un puñado de polillas escaparon a lo que era un callejón entre los negocios de los corredores de lana de Burgos.

Salió tosiendo, estornudando. Todo a la vez. Magullado. En la pata de madera había dos largos tajos, como si la hubieran empleado como cepo para leña.

Y sus esfuerzos hizo para no caerse de bruces y acabar en el suelo.

Y nada más salir se volvió, para comprobar que los otros le seguían, y porque tenía la admiración pegada al rostro, tanta que, en cuanto vio a Balboa, empezó a hablar, luchando con la garganta seca, atrancada de lana.

—Jamás vi destreza así a espada...

No era hombre de guerra Del Valle. De los lances se hablaba después, con una cerveza en Flandes, con una copa de vino en Nápoles. Pero no allí, con sangre caliente en las manos.

Y no sabía de qué hablaba, aunque hablase y moviese las manos como si manejase la espada, porque lo que había visto era destreza, pero trapera, de callejón y borrachera. Porque en los duelos de señoritos quedaba lucido plantar cara y medir distancias, pero cuando la vida temblaba, se jugaba la *cornada*, o la *embestida*. La

triquiñuela que fuera. Tirando la capa, bajándole el sombrero al otro, poniendo la zancadilla. Lo que hiciera falta.

Pero Balboa, que salió después, y tuvo que parpadear para tragarse la luz de aquel callejón, Balboa calló, porque la guerra era frenesí que acababa en un paternóster y dejaba el estómago revuelto y las rodillas flojas. Matar nunca era un orgullo, sino una condena.

Balboa calló. Y salió, a trompicones con las armas robadas al inglés.

Y luego salieron sus petates y zurrones, los tiró Oquendo, que los seguía con una sonrisa grande como su barriga y con expresión tan radiante que ni siquiera la sangre que manchaba su pechera la deslucía.

Salían de allí, con vida. Y con más problemas que cuando entraron.

Pero salían.

Hasta que Oquendo se quedó en el umbral, como atorado.

Y entonces Del Valle, por fin, se calló.

XVIII

Del Valle no comprendió. Balboa sí.

Oquendo se había hecho cargo de los esquiladores. Del Valle había encontrado el valor y aguantó al inglés hasta que Balboa, con las armas del muerto, se lo despachó delante de las narices, por la espalda y con prisa, lo descabelló como a un morlaco, con la daga en el cogote.

No había tiempo para más. Quedaba otro del que encargarse. El peor. El de las pecas.

Aquel más fino, con aires de bailarín. Que llevaba los dos arillos que atestiguaban que había doblado los cabos de Buena Esperanza y el de Agujas, y en la otra oreja una perla. Balboa la vio brillar cuando el otro apretó los dientes, comprendiendo que la muerte había venido a por él.

Y el derrumbe, el barullo o los gritos, lo que fuera, trajo del otro lado de las cañas a más esquiladores. Y a las mujeronas que cardaban e hilaban.

Tenían que salir de allí.

Y primero había que acabar con el de las pecas.

Lo encaró Balboa, mientras Oquendo repartía sopapos y servía de dique a la marea de esquiladores. Y cruzaron las hojas.

Guardó la distancia; conocía la geometría del acero, pero, cuando embistió con la espada, Balboa deslizó una hoja sobre otra. Paró la acometida y subió la mano, hasta que la punta de la espada del inglés quedó junto al cazo de la suya, donde el hierro era más fuerte, y Balboa abrió el brazo para arrastrar la espada de su rival.

Entonces le lanzó el sombrero a la cara y, dándole una patada a la muñeca que lo desarmó, Balboa cerró espacio con la daga en alto.

Entró por el sobaco del inglés pecoso antes de que se hubiera sacudido el sombrero de encima.

Cuando el sombrero cayó, descubrió la angustia enredada en las pecas, juntas en extrañas constelaciones. Y los ojos se le quedaron en blanco.

Cuando Balboa sacó la daga, el inglés taponó con la mano, salpicó sangre. Y gotas rojas quedaron perdidas entre las pecas.

Bastaba rematarlo. Tendría que haberlo rematado. Había visto lo que podía hacer la rabia de un moribundo. Debía acabar con él.

No pudo ser.

Venían más. Cinco, diez, cien esquiladores. Hilanderas, cardadoras, se les echaba encima el taller de Laínez.

Tuvieron que huir.

Salieron por la trasera, hacia los callejones.

XIX

Del Valle no comprendió. Balboa sí.

Detrás de Oquendo, entre la lana, el polvo y las polillas estaba aquel inglés de las pecas.

Y las pecas, y las gotas de sangre, brillaban con fuerza porque su rostro palidecía, se moría. Pero había tenido fuerzas para una última embestida. Había detenido a Oquendo. Un silbido del acero, un tajo limpio detrás de la rodilla, cortó los tendones del corvejón y el espía se derrumbó en la misma puerta.

Y detrás venían los esquiladores. Y cardadoras. Hilanderas.

Del Valle no. Pero Balboa comprendió. Y Oquendo también.

Con la pierna herida, Oquendo cayó en el mismo umbral, sobre las rodillas, y el condenado demonio inglés usó su último aliento. Le atravesó el pecho con la espada. La punta salió bajo el hombro, envuelta en sangre.

Oquendo había comprendido.

Gruñó. Escupió.

Oquendo cogió la punta del hierro, con la mano desnuda, sin dolor, sin miedo. Tiró con todas sus fuerzas. Arrastró la espada, y la mano que la empuñaba. Y miró a Balboa antes de darse la vuelta, o de intentarlo, para pelear. Pelear y morir allí, entre la lana, el polvo y las polillas. Envuelto en el tufo del alcanfor de Orán.

—Gallego —le gritó—, ¡gallego! Quedamos en paz... Ni agua.

Venían más esquiladores. Muchos más. Hilanderas. Cardadores. Venían. Hacia una sola puerta.

Del Valle escapaba callejón abajo, corría. Balboa dudó. Se quedó donde estaba, con el ceño fruncido, con el dolor dándole bofetadas. Dio incluso un paso de vuelta al almacén.

—¡Da el aviso! —gritó Oquendo—. ¡¡Gallego!! ¡¡¡Da el aviso!!!

Sin perder la sonrisa, sin flaquear. Dispuesto. Preparado.

Balboa cogió los petates. Y corrió tras el secretario.

XX

—¡Da el aviso! ¡¡Gallego!! ¡¡¡Da el aviso!!!

Oquendo lo gritó con todas sus fuerzas. Y asintió al ver que lo abandonaban. Incluso sonrió.

Quizá salvasen Coruña. Y eso fue consuelo suficiente.

Le costó. Dolía. Pero sonrió con su bocaza siempre hambrienta. Sonrió, con un recuerdo a lamprea, cebollas estofadas y ternera guisada en vino.

Sonrió, aunque le costó. El hijo de la grandísima puta del inglés, aquel comemantecas y ojos de pescado, aquel zampanguilas del carajo, le había atravesado el pulmón.

De lado a lado, y tiraba, forcejeaba, para liberar la espalda.

Pero Oquendo sonreía. Quizá sus amigos llegasen a tiempo, quizá salvarían miles de vidas.

Había que olvidarse de El Escorial. Correr a Coruña.

Soltó la espada, que se fue atrás, que salió de su carne y tiró al inglés de las pecas al suelo. Se agarró a las jambas de la puerta, se puso en pie, en un solo pie, los tendones cortados habían arruinado su carrera como bailarín.

Venían, como una galerna a estrellarse con la costa.

Polillas, polvo, el tufo del alcanfor. El jodido cometripas y, tras él, cinco, diez, cien. Venían.

—Por aquí no pasa nadie —anunció Oquendo socarrón—. Cerrado, que se escapa el gato y roba en la despensa.

Riendo casi. O intentándolo pese al dolor en el pecho, en la pierna, en el cuerpo entero.

Riendo casi. Y se encaró con el inglés, y los esquiladores, y la lana, el polvo y las polillas.

—Estaba bueno el queso...

Mató al de las pecas. Le aplastó la cabeza contra una de las jambas. Lo sacudió tan fuerte, con tal violencia, que quedaron flotando, entre las polillas y la lana, pelillos de aquel castaño claro que se vuelve pelirrojo. Le deshizo el hoyuelo del mentón contra la jamba de la puerta, y las narices, sólo quedaron las pecas. Lo sacudió. Una y otra vez, con todas sus fuerzas.

No pasó el demonio inglés.

Robó la daga turca. Mató a dos esquiladores.

Se acordó de la primera vez que había probado, sobre una tostada de pan de centeno, la nata de la leche ordeñada del día anterior, se acordó de su madre.

Mató a otro más.

Una horca, una que usaban los empacadores para mover las pacas, le entró en el riñón con sus largas púas. Y Oquendo flaqueó.

Ya no olía el tufo del alcanfor. Olía la pizca, sólo una pizca, porque valía una fortuna, la pizca de canela que su madre había esparcido sobre la nata.

A uno lo estranguló con las manos. A otro lo atravesó con la misma horca que había traído en las manos.

La canela. La sonrisa de su madre.

Y ya no pudo hacer más.

XXI

Dos huyeron de Burgos, como ratas de un naufragio. Por las esquinas oscuras, tras los carros, por callejones. Huyeron a trompicones, echando las barbas al hombro para mirar a las espaldas. Con prisa, con pena, sin esperanza. Obligados, porque un buen hombre había muerto para que tuvieran una oportunidad.

Para que Coruña tuviera una oportunidad.

Y otros dos llegaron a Burgos, sin ocultarse, saludando con buenos modales. Y con una sonrisa, al menos ella, la monja, el otro, un franciscano con pintas de leñador, ni sonreía ni hablaba. Como si se le hubiera llevado el gato la lengua.

Esos dos, los que llegaban, estaban a orillas del Arlanzón, antes de entrar en la ciudad. Hablaban con un pescador que se había hecho con dos gordas truchas. Les ofrecía una de las pintonas en caridad, como buen cristiano.

—No pido otra cosa que una bendición —decía el pescador humildemente.

Era un tipo encogido, de hombros huesudos, con la marca de moreno que dejaba el sombrerete de pajas de centeno que calaba.

—No es necesario —le respondió la monja con una sonrisa brillante—, tenemos provisiones. Y en breve llegaremos al Real Monasterio de Santa Clara.

Era una apacible escena a orillas del río, a dos pasos de la bulliciosa Burgos, a la vera del camino, y no se entendía por qué el franciscano parecía de tan mal humor, como si hubiera atado el cíngulo con demasiada fuerza y le apretase las tripas.

No decía nada, pero tiraba del ronzal de la mula, daba medio paso, miraba a la monja, resoplaba y se volvía a parar. Lo hizo tres veces, y cada una, quedó en el sitio, con los pies inquietos por la prisa. La pobre mula, molesta por aquel empezar y detenerse, acabó por soltar un rebuzno bien alto, tanto que consiguió que los tres, el pescador, la clarisa y el franciscano, se agacharan.

Y así, entre el susto del rebuzno y la sonrisa al darse cuenta de que había sido sólo eso, un rebuzno, los sorprendió el jinete.

A todo galope, a punto de reventar al pobre animal, que sangraba por los ollares, que tenía el pecho cubierto de sudor, que resoplaba como poseído. Que traía los ojos espantados.

A todo galope llegó por el mismo camino, como si peregrinase a Santiago, un ángel de rizos dorados rebosante de pólvora negra.

Pasó de largo como una exhalación.

Y al pescador se le hizo extraño.

Porque la clarisa se giró con la excusa de que le molestaba el sol en los ojos, y bien que pensó el pescador que era desperdicio hembra semejante con los hábitos, aunque no lo dijo, claro, porque aquello era poco cristiano. Como tampoco confesó que ofrecía la pesca porque se sentía culpable por los impuros pensamientos.

Y se le hizo extraño el gesto de la monja al pescador, porque si le hubieran preguntado, hubiera dicho que la monja se ocultaba del camino, como si no quisiera que aquel jinete la viese.

Pero más extraño se le hizo aún lo del franciscano.

Aquel franciscano, que parecía capaz de tumbar a un buey con un sopapo, aunque tuviera primero que subirse a un taburete, aquel franciscano miró hacia el jinete, entornó los ojos, los abrió de pronto como si lo reconociese y murmuró algo que, si le hubieran preguntado, Dios mismo lo perdonase, el pescador de truchas, que se sabía bautizado y con vieja sangre cristiana en las venas, nada de

abuelos conversos, hubiera dicho, incluso ante la Santa Inquisición, que aquel franciscano había escupido una blasfemia.

—*Mist!*

XXII

Con aquel hábito de lana, modesto, que picaba como ortigas, sin sus plumas y colores, sin poder arreglarse y con su montante a lomos de una mula, Maximilian, lansquenete de los Tercios, se sentía ridículo. Y ni siquiera su baraja, coja ahora, a falta de unos cuantos naipes, conseguía calmarlo.

Y no ayudó la ramita de avellano donde, por las agallas, llevaba colgada una trucha del Arlanzón.

Entraban en Burgos, él, Alessandra y la mula, a la que ella había puesto el nombre de Caprichosa, porque se había fijado en que, cada vez que se detenían, el animal escogía las hierbas que comía como un herborista sus remedios.

Y aunque se cruzaban con quienes iban y venían, hablaban entre ellos con susurros, como si rezasen.

Y el lansquenete porfiaba.

—Te juro que seguiremos a Compostela. *Verdammt noch mal, ich schwöre es.* Pero hemos de buscar a ese tal Laínez, hay que avisarlos...

Y Alessandra, testaruda, se negaba.

—Ponemos en riesgo que nos descubran, ¿qué iban a hacer un franciscano y una clarisa con un corredor de lana?

—*Verdammt!* Pero Balboa debe saber...

Y la hija del quesero no le dejó terminar.

—Será tarde —rebatió Alessandra inflexible—, tendrían que haber salido ya de Burgos y no podemos alcanzarlos...

Su voz se amilanó, fue perdiendo chispa. Pero continuó hablando. Como a disgusto, porque no tenía otro remedio.

—... Van hacia El Escorial...

El lansquenete trató de intervenir. Y ella se hartó. Alzó tanto la voz que dos comadres que pasaban, de camino a uno de los lavaderos del Arlanzón, levantaron la cabeza extrañadas.

XXIII

Dos llegaron a Burgos sin ocultarse. Otro más entró al galope con la muerte afilando la guadaña. Los tres por la puerta que llamaban de san Martín.

Al mismo tiempo, Balboa y el secretario Del Valle salieron de Burgos hacia el oeste.

Era su única esperanza. Hacia Castrojeriz, donde Balboa, le gustase o no, tendría que enfrentarse a su pasado.

XXIV

Cuando Oquendo abrió los ojos, los abrió al dolor.

Le dolía hasta el alma.

Pensó que había llegado al Cielo, al paraíso mismo, y que, en lugar de san Pedro, un ángel venía a recibirlo con las llaves de las cancelas.

Tenía que ser un ángel. Tan bello como los querubines de los retablos.

Hasta que vio las tres pistolas.

—Sois...

Tenía la boca pastosa, la cabeza ligera, y el dolor lo ocupaba todo. Respirar era un martirio.

—... Sois como los...

Ni siquiera lo habían engrilletado. Se moría. Se había roto. Aún respiraba, pero se moría.

El ángel no se movió. Sujetaba a aquel otro de las pecas, lo que quedaba de él. Acariciaba el rostro deformado, sanguinolento. Y punteaba con uno de sus dedos cada peca, como si pudiera llevárselas.

—... Sois como los hongos, no dejáis de aparecer, me pregunto si valdréis para hacer una tortilla.

El ángel abandonó con dulzura al muerto. Lo apoyó en el suelo como si fuera papel mojado, como si fuera a romperse.

Se levantó, con los ojos clavados en aquellas pecas. Y se fue hacia el espía.

Lo golpeó con la culata de una pistola.

Y el dolor subió un largo repecho, un punto en el costado le recordó que su pulmón ya no regía. Aun así, Oquendo sonrió.

—Llegas tarde, hijo de mala madre, ya salió el pan del horno...

Volvió a golpearlo.

—*Shut thy mouth* —le dijo el ángel, calmo, sin prisa, como en un sermón.

No tenía la voz de un ángel Thomas Frobisher. No le cuadraba con tanta belleza, como si el mismo Dios, al advertir que había puesto tantas virtudes en un solo hombre, hubiera decidido no otorgarle ninguna más. Su voz era rasposa, como gravilla sobre una pizarra. Daba dentera.

—¿Dónde están? —le preguntó el ángel.

Y Oquendo intentó reír, pero dolió tanto que no pudo. El costado era un martirio.

Necesitó un momento.

Tampoco ayudaba todo aquello. Ya no se veían polillas, y parte de la lana se había asentado, pero el polvo aún flotaba en los almacenes de Laínez. Ni siquiera se habían llevado a los muertos.

Y detrás del ángel había una panda de esquiladores que no venían a pedir limosna.

No pudo reír. Pero contestó.

—El secreto de la lamprea, si quiere guisarse en su sangre, es que...

Volvió el ángel a golpear con una de las culatas.

Y Oquendo tampoco pudo reír. Pero intentó contestar.

—Pichones no los hay mejores que en Tierra de Campos...

Lo golpeó. Y lo golpeó.

Preguntando con aquella voz de gravilla.

—¿Dónde está Del Valle?

Con un puño.

—¿Dónde está ese tal Balboa?

Con el otro.

—¿Y la mujer?, ¿qué sabe ella?

Una patada que rompió dos dientes.

El ángel preguntó y preguntó.

El ángel golpeó y golpeó. Con las tres culatas, para que ninguna de las pistolas se pusiera celosa.

Oquendo no había dejado que salieran. Les había dado una oportunidad a sus amigos. Y tampoco habló.

Thomas Frobisher no pudo sacarle otra cosa que recetas.

Y Thomas Frobisher enfureció.

En el ataque del año anterior, en los cañonazos que ingleses y españoles habían intercambiado en el canal de la Mancha, Thomas Frobisher había perdido a su padre y a sus dos hermanos. Y pensaba cobrarse venganza, a cualquier precio.

Cumpliría las órdenes de su reina. Dejaría en ridículo al pusilánime rey Felipe.

—*It shall burn to ashes.*

XXV

Esa noche, en su celda, caminando arriba y abajo, a punto de echarse a morder las piedras de las paredes, Maximilian desesperaba.

Dudaba. Maldecía, sin importarle el hábito que vestía. Y, como era incapaz de dormir, se asomó al ventanuco de la humilde celda en el Real Monasterio de Santa Clara de Burgos.

La noche caía, envuelta en lluvia rabiosa. Aquella maldita primavera no se despegaba del invierno.

Y pese a la noche, y pese a la lluvia, descubrió el fuego.

Algo había salido mal, uno de los negocios de los corredores de lana ardía.

Incluso se oían los gritos de pánico. Hasta las prisas de quienes intentaban contener el fuego antes de que devorase la ciudad. Y los rezos de los que, agradecidos, bendecían al Cielo por aquella lluvia salvaje.

—*Verdammt!*

Tenía entre las manos el crucifijo del maño. Ya no acudía tan a menudo a su baraja.

—*Mist!*

Una gota de sangre manchaba el pecho del Cristo, una que no era culpa de la lanzada de un soldado romano, y Maximilian frotaba con el pulgar, intentando limpiarla, pese a que ya se había secado.

Con la uña consiguió pelar la gota reseca, y echó el aliento sobre la plata antes de frotarla con la manga.

Y, mirando aquel fuego, le habló al crucifijo, como si su amigo aún pudiera escucharlo.

—*Mist!* —repitió, enfurruñado—. A lo mejor se le han acabado las siete vidas. A lo mejor de ésta no cae de pie...

XXVI

Ardía.

Las llamas corrían de un lado a otro, quemaban todo a su paso, y el tufo a lana chamuscada ahogaba.

Ardía. El almacén ardía y ardieron las riostras del techo, hasta las telarañas, y el techo se desplomó.

Cayó escupiendo carbones sobre las pacas de lana, quemando las polillas, que intentaban volar, que se consumían en el mismo aire, lleno de polvo y lana.

Se abrió un boquete en el techo.

Entró la noche, la noche y la lluvia. Gracias al Cielo, llovía. De no haber llovido quién sabría cuánto hubiera quedado de Burgos.

Ardía, y la lluvia caía sobre las llamas, y las llamas siseaban como sierpes furiosas. Rugían tragándose pacas de lana, y se echaban atrás como bestias furiosas cuando un goterón las amenazaba.

Ardía el almacén, ardía la lana, ardían los muertos. Ardía hasta la misma lluvia, bendita fuera.

Ardía.

Era un infierno. Y delante del infierno estaba el ángel, todavía con la antorcha en la mano.

Y, tras el ángel, los esquiladores, que miraban a un lado y a otro, que intentaban creer lo sucedido.

El ángel había llegado, con preguntas en los bolsillos y la muerte en los talones venteando el rastro de la pólvora de sus pistolas.

No podían hacer mucho los esquiladores, obedecer o morir.

Delante de las llamas, que parecían salir de sus espaldas, de sus rizos dorados, el ángel habló.

Señaló al sur. Señaló al oeste.

Y los esquiladores obedecieron.

Se habían quedado sin patrón. Algo hacían por su cuenta cuando llegaba el verano. Pero Laínez estaba muerto. Y sus compañeros estaban muertos. Los esquiladores dudaban entre marchar o quedar, entre obedecer y renunciar. Pero nunca ha habido mejor grasa para las decisiones que el oro.

Y aquel ángel prometía oro.

Obedecieron. Al pie del infierno. Bajo la lluvia.

Perderían un día, para adecentar el cadáver, para amortajarlo, para darle sepultura.

Un solo día.

Para despedirse.

El ángel se había quedado solo. Sus demonios habían muerto, en una barranca cerca de Lepoeder. En un putiferio en San Juan de Pie del Puerto. Entre pacas de lana. Pero el ángel no se detendría. Nunca. Jamás. Y tenía oro con el que pagar.

Sólo un día. Después. Tres saldrían hacia el sur, a El Escorial. El resto seguiría al ángel. Al ángel con tres pistolas.

El ángel quería cumplir las órdenes de su reina. Quería dejar en ridículo a un rey que no era el suyo. Y quería venganza, por su

padre, por sus hermanos. Y por el hombre que había amado.

Venganza.

Lo enterraría. Se despediría y, después, saldría a buscar venganza.

Hacia el oeste. Desde el infierno, hasta el fin del mundo.

Campos, trigo y centeno



I

Había jurado que no volvería a poner los pies allí.

Y allí estaba.

Balboa espantó los recuerdos, zumbaban como moscones a su alrededor. Apretó los dientes, que rechinaron con barro del Úrbel. Y alzó la mano, cubierta de arcilla.

Lo había jurado. Pero allí estaba.

Abrió la puerta.

Y entró en la leprosería.

II

Sonó la campana del dintel. La golpeó la puerta al abrirse. Y la campana se balanceó adelante y atrás. Sonó con un quejido a hierro barato, y oxidado también. Allí no había para bronces.

Y Balboa entró.

A lo lejos, más allá de sus hombros, cubiertos por la costra de barro, se veía un puñado de luces, los trasnochadores de Castrojeriz. Y habría muchos, porque las deudas son poco amigas del sueño. Algún tendero echando cuentas para cuadrar lo imposible. Algún labriego deseando una buena cosecha. Algún pastor preguntándose qué hacer con los corderos que nadie compraba.

Castrojeriz era un trazo grueso en el camino a Compostela. Una calle cebada con gentes y negocios en los buenos tiempos, cuando los peregrinos abundaban, y que ahora, resignada, aguantaba a flote a espera de vientos mejores.

Balboa conocía sus rincones, había dormido en Castrojeriz más de una vez.

Pero Balboa no llegó hasta Castrojeriz. Se quedó en las afueras.

Se quedó en el hospital de San Lázaro, la malatería le decían algunos, la leprosería le decían la mayoría, que estaba antes del pueblo, apartada, donde los sanos no se mezclaban con los enfermos.

La campana sonó a cascajo y Balboa entró.

A lo lejos quedaron las luces de Castrojeriz y, tras Balboa, el huerto y la modesta capilla, el carro desvencijado que había en una esquina, el cuarto de los aperos, el otro edificio, abandonado ahora, que había servido para peregrinos con valor para hospedarse cerca de la lepra. Y las huellas, sus propias huellas, con aquel barro insufrible que había dejado el río Úrbel al desbordarse y convertir el camino en lo que había visto Noé desde su arca.

Entró, sabiendo que se jugaba la vida. Pero entró, porque si no entraba, la muerte lo encontraría.

Habían pasado veinte años. No, treinta. La última vez se había puesto de puntillas para mirar aquella campana de cerca.

Siempre recordaría el vinagre.

Así habían entrado, el abuelo y él, con un paño empapado en vinagre cubriéndoles la boca y las narices. Con su abuelo diciéndole que todo iría bien.

Ahora Balboa entró descalzo, había perdido una sandalia en un charco que resultó llegar a la rodilla, y la otra en la misma orilla del Úrbel. Y, por tramos, no le quedó otra que hocicar en el barro como un gorrino para seguir avanzando.

Ni en las peores caponeras de Flandes había sufrido así.

Ni a tres varas bajo tierra.

Pero, quizá, sólo quizá, le habría dado ventaja sobre aquel maldito ángel, porque no le cupo duda cuando aquella negra columna de humo salió del corazón de Burgos. Tenía al inglés detrás, sentía su aliento en el cogote.

—¿Quién va?

Alguien había oído a la campana lamentarse. Una voz entre jadeos.

Balboa intentó ponerse derecho, alzar el mentón, pero su aspecto era lamentable, lo único que se había salvado eran sus armas, aunque en más de una ocasión había tenido que recular, con el barro por las rodillas, para recuperar la daga o la espada.

Sus armas y lo que Del Valle le había dado. Una hora se había pasado hocicando en el barro para rescatarlo después de una mala caída.

Se oían los pasos. Más bien, pies arrastrándose. Y el golpeteo de una larga vara, y otra campana, una más pequeña, un cascabel, atado a la vara.

Salió de las sombras, tras el soniquete. Y era un espectro.

Huesos y pellejo cubierto de ronchas.

Un leproso.

Y, por si no había quedado claro quién era, se echó la capucha atrás y dejó ver, a la luz del velón que llevaba una mano de dedos retorcidos, deformados, la pesadilla de su rostro.

Como si hubiera metido la cabeza en un avispero furioso. Sin pelo en las cejas. Con la cabeza llena de calvas purulentas. La nariz deformada. Y la boca, la boca convertida en pesadilla.

—¿Estás enfermo?

La pregunta fue tajante, pero extraña. Las manos del peculiar portero temblaban. El cascabel tintineaba. El cirio temblaba. Las sombras bailaban una melodía que sólo ellas escuchaban.

La puerta siempre estaba abierta, incluso a esas horas, más a esas horas, cuando la vergüenza se hacía más llevadera y el desdichado comido por la lepra se podía acercar para pedir auxilio al hospital de San Lázaro.

—Busco a León —contestó Balboa.

Se movió aquel espectro. Aunque no lo pareció, pero la campanilla lo delató.

—Este no es lugar —le faltaba el aire y le costaba respirar, la enfermedad lo consumía— para peregrinos...

Quizás iba a mandarlo al infierno, o quizás iba a indicarle que quedaba una hospedería en Castrojeriz, con mejor fama que los escombros abandonados a un costado de la leprosería, pero Balboa no le dejó terminar.

—Soy el nieto del buldero...

Le hizo falta a Balboa apretar las muelas una vez más, y se le llenó la boca del regusto gredoso del barro del Úrbel, que había tragado a bocados para seguir avanzando hacia el oeste, hacia Compostela.

Lejos de Alessandra.

—... Soy el nieto de Xaquín.

Y la campanilla de la vara repicó como si tocase a funeral. Sonó lúgubre, pero no alcanzó el negro presagio de la risa, atormentada y entrecortada, de aquel espectro.

Balboa aguantó estoico, hasta que aquellas carcajadas llenas de aire, que sonaban a fuelle estropeado, se apagaron.

Y el espectro se acercó dos pasos, con su arrastrar de pies, y su campanilla. Y, cuando volvió a hablarle, lo hizo con desprecio.

—¿Te has vuelto loco?

III

No, no se había vuelto loco. Sólo estaba desesperado.

Salieron de Burgos como ladrones perseguidos por el corregidor. Y pasaron una miserable noche a orillas del Arlanzón, bajo la lluvia, escondidos al borde de un huerto de coles, tiritando, echando miradas nerviosas a la columna de humo que escupía la ciudad.

—Yo seguiré hacia Compostela, y a Coruña —le dijo al secretario en medio de la noche, intentando que no le castañeteasen los dientes—. Y tú irás a El Escorial.

Del Valle, empapado, incapaz de contener el tembleque, no pudo soltar una de sus parrafadas, se limitó a asentir.

La lluvia tamborileaba en las coles. Y esparcía su olor, que competía con el intenso tufo de la tierra empapada.

El viento, inquieto, incapaz de decidir en qué dirección soplar, revolvía la lluvia a trompicones, como si tropezase.

Y los dos hombres, desesperados, poco podían decir.

Era lo más razonable. No había tiempo. Mejor dividirse. Intentar que uno de los dos consiguiera algo. Tenían dos semanas antes de que los ingleses arrasasen Coruña.

De haber estado allí, Alessandra le hubiera dicho a Balboa que no se separase del secretario. Pero no estaba allí, estaba en el monasterio de Santa Clara, en Burgos, mirando, como el lansquenete, la lucha entre las llamas y la lluvia.

—Con suerte...

Balboa no acabó la frase. Lo tenía todo en contra.

Pese el castañetear de sus dientes, el secretario logró hacer una pregunta:

—¿Llegarás a tiempo?

Y el gallego contestó con su retranca habitual.

—Tendré que domar a un *león*...

IV

León Bocanegra. Así se llamaba. Así le llamaban. Aunque su verdadero nombre era León Muley.

Era un león en un laberinto.

Balboa siguió al espectro, y a la campanilla, por corredores oscuros que olían a trapos mojados y a miseria, incluso escuchó el corretear de las patas de una rata.

Y, pese a la fiebre, Balboa sonrió.

Cruzaron pasillos que dejaban a un lado el barullo inconfundible a violencia y juerga que persigue a soldados borrachos, por otros donde sólo había silencio.

Otra esquina trajo un relincho, y el inconfundible aroma a cagajones de caballo.

Y el interior empezó a cambiar: de la suciedad y la mugre pasaron a paredes encaladas y a suelos cubiertos por alfombras turcas.

Del estiércol al olor del incienso. Y a lámparas que iluminaban, sin importar el gasto, estancias donde no había nadie.

Atravesaron dos esquinas empalagadas con el aroma de cordero guisado con especias y dátiles, al estilo moro. Y, en la tercera, apareció un muchacho cargado con un oratorio que valía una fortuna y que los miró sin curiosidad.

Era imposible saber quiénes o cuántos vivían allí, pero se decía que incluso la temida Garduña, nido de ladrones, estafadores e hijos de puta, le tenía miedo al León. Se decía que ni siquiera los *garduños*, capaces de robarle limosnas a un ciego, se atrevían a meter las narices en los negocios del León.

Subieron por un tramo de escaleras, siempre tras la campanilla, bajaron por otro.

Subieron. A izquierdas.

A derechas. Bajaron.

E intentó Balboa memorizar cada esquina, cada vuelta. Y no era tan grande la leprosería de Castrojeriz, pero la oscuridad, el martilleo de la campanilla, el cansancio, la fiebre que subía por su espinazo, todo a la vez, le jugó una mala pasada.

Todo y la habilidad de aquel espectro, que sabía hacer su trabajo.

Balboa no era el primero ni sería el último que se perdía en el corazón de la leprosería de Castrojeriz. De donde pocos, muy pocos, entraban y volvían a salir.

Allí se iba a morir en paz, sin que le echaran a uno a pedradas del pueblo por miedo al contagio. A morir en paz o a cerrar un negocio con el León. Y sólo algunos de los segundos, sólo algunos salían de allí con vida.

Era un laberinto.

La leprosería de Castrojeriz había ardido dos veces. Las malas lenguas decían que algunos no querían a los enfermos cerca.

Dos veces había estado a punto de convertirse en escombros, y las dos se había reconstruido. Había escalones, escaleras, corredores anchos, otros estrechos. Puertas que no llevaban a ningún sitio y otras que se abrían a dos pasillos a la vez.

Paredes. Puertas. Esquinas. Tramos nuevos, viejos. Quemados. Era un laberinto.

Y Balboa ya no era aquel crío avispado que había llegado allí con su abuelo. Ahora Balboa luchaba con los años, con el barro, con el cansancio. Y con la fiebre.

V

—No aprendió el lechón en la cabeza del puerco.

Eso, envuelto en humo, fue lo primero que León, el León, dijo. Y las palabras, cargadas de incienso, se enredaron en la telaraña de notas que tocaban la chirimía y la flauta. Y la voz, que alargaba cada letra, que siseaba, le cuadraba como anillo al dedo al morisco.

—No aprendió el lechón en la cabeza del puerco —repitió divertido, palmeando nalgas decoradas con jena—, ¿dónde están mis cien ducados?

—Se los llevó el viento —contestó Balboa enigmático.

Y el León repasó aquellos arabescos de jena sobre la piel de un muslo. Disfrutaba del momento, paladeaba un exquisito dátil del mejor oasis.

—Entonces morirás —sentenció el León con otra bocanada de espeso humo—, como el puerco de tu abuelo.

Y el nieto contestó con la única frase que podía salvarle la vida y, con suerte, la de muchos más.

—Pensé que te gustarían más mil...

VI

Lo de Bocanegra era por el humo, siempre tenía una pipa encendida, cerca, como la media docena de muchachas encadenadas y embadurnadas con jena. Y nunca usaba el apellido Muley. Nunca.

Era un apellido morisco. Impuesto en la pila bautismal, el apellido que le habían obligado a aceptar a su abuelo al elegir entre abandonar la verdadera fe o pasar por la espada.

Lo de León, que también era cristiano, sin embargo, sí le gustaba, y mucho. Alguien, quién sabía dónde o cuándo, le había dicho, y él lo repetía a menudo, que a los antiguos *sha*, allá en la gloriosa Ispahán, los llamaban *leones de Persia*.

Pero ni lo de morisco, ni el nombre, ni el apellido, ni el apodo explicaban las taraceas, las cadenas de oro, los carísimos candelabros, y todo aquel derroche de lujos que abrumaba la estancia.

Salido de las mil y una pesadillas de las mil y una noches.

Alfombras de pelo de camello abarrotadas de mullidos cojines de seda. Un ajedrez de ébano y marfil. Filigranas, yesería. Tapetes del más caro índigo, bordados en hilo de oro con aleyas del Corán escritas en orgullosas letras árabes, porque, aunque el León había perdido el idioma de sus abuelos, aunque ya sólo hablaba la aljamía de la frontera, prefería usar aquellas lombrices apareándose del árabe, para presumir de linaje.

Y la pipa.

Una pipa que brillaba demasiado para ser latón y que tenía un vaso del mejor vidrio azulado.

Una pipa detrás de la que estaba el propio León Bocanegra, un león y media docena de culos, de los más hermosos que jamás

hubiera visto Balboa en su vida, más aún que los de las pinturas italianas que lo embobaran de bisoño en Italia.

VII

Descendía de mercaderes de seda del albaicín de Granada que, tras la conquista cristiana, se habían refugiado rebeldes en la sierra.

Había quien decía que León había abonado la revuelta de las Alpujarras, en la que tantas iglesias ardieran, con sus curas dentro. Y también quien decía que los mismos bolsillos habían pagado por matar a Fernando de Córdoba y Válor, más conocido como Abén Humeya, proclamado en aquella revuelta como rey de los moriscos.

Bocanegra estaba rodeado de humo en más de un sentido.

Conseguía plumas del Espíritu Santo, huevos incluso. Frasquitos llenos de polvo blanquecino y reseco, leche de la Virgen María salpicada en los mamparos del Portal de Belén. Pañales del mismo bebé que había sido Cristo, el santo prepucio.

Y allí, donde ni el más cabrón de los inquisidores se habría atrevido a entrar a buscarlo, en el corazón del laberinto de la leprosería de San Lázaro, León Bocanegra practicaba su fe y sus costumbres sin miedo a la justicia cristiana y amasaba una fortuna que dilapidaba en lujos.

Como las seis muchachas encadenadas a las patas del enorme trono, casi una cama plagada de cojines, donde se despatarraba enseñando sin pudor las llagas de la lepra y su grotesco cuerpo, más grotesco aún en contraste con aquellas muchachas.

Encogía el corazón verlas. Lindas y mozas. Bailando, enseñando los pechos, vestidas apenas con gasa, con un aro en las narices,

como bestias de corral. Con los primeros síntomas de la lepra estropeando los arabescos de jena.

El León se las hacía traer de Argel. Donde intermediaba en los rescates que los trinitarios orquestaban para sacar de allí a los apresados por los piratas berberiscos.

Siempre de Argel, nunca cristianas.

Costara lo que costase. Y rodeado de lujos. Por eso, Balboa ofreció un imposible.

—Pensé que te gustarían más mil...

VIII

—Pensé que te gustarían más mil...

León Bocanegra era como una víbora. Largo, delgado y peligroso.

Había nacido deforme. Como si lo hubieran colgado por los pies y hubieran tirado con diez bueyes. Era un esqueleto con pellejo, y aquel pellejo se pudría con la lepra.

Y ni siquiera la sonrisa que despertó la frase de Balboa arregló el rostro del morisco.

—¿Recuerdas lo que le hice a tu abuelo?

Hablaba como una sierpe. Sacaba y metía la lengua entre labios resecos y llagados. En cualquier momento podía enroscarse, saltar y morder.

Sus huesos eran palillos, su piel un infierno, pero sus ojos, negros, profundos, eran siempre una amenaza.

Y las amenazas del morisco no eran el balde.

—En Flandes hay reliquias que van y vienen —respondió Balboa conteniendo un escalofrío.

Y el morisco ordenó a las muchachas que abandonasen la música y que estuvieran quietas.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó el morisco con aquella lengua viperina—, ¿cómo escapaste?

En los últimos tiempos, todo el mundo esperaba averiguar cómo se las había apañado, pero Balboa no quería desvelar aquel secreto más de lo que había querido desvelar el del ataúd al secretario Del Valle.

Balboa quería atrapar al León, y continuó tejiendo su tela.

—La Sagrada Forma de Gorcum de El Escorial es falsa —anunció con el tono cargado de segundas intenciones, tan tentador como pudo—. Se la dieron con queso al rey...

Sin embargo, el morisco echó una larga y aburrida calada.

—Como lo son la mayoría de las que allí se guardan —dijo León sin interés—, como la mayoría de todas las reliquias que tanto adoráis —y pellizcó el pezón de una de las muchachas—. Como las de Santiago, ¿o te crees que en Compostela están los huesos del apóstol? Eso es propio de cristianos ignorantes... —Sacudió una mano, la que no sujetaba la boquilla, una mano que era un manojo de mimbres carcomidos; no era ésa la conversación que deseaba mantener—. ¿Acaso cree el lechón que puede salir con bien de donde el puerco acabó en matanza?

Una vez más, Balboa ignoró las preguntas del morisco.

—La de El Escorial es falsa y yo sé dónde está la auténtica. Viene de camino, desde Flandes...

Cuando asintió, haciéndose cargo, el afilado mentón del morisco partió el humo de la última bocanada.

—Por eso no te encontramos... ¿Te enrolaste en los Tercios?

Parecía divertido el morisco, como un gato jugando con un ratoncillo antes del último zarpazo. Balboa seguía con vida porque

León Bocanegra quería satisfacer su curiosidad.

Quería saber cómo demonios había escapado aquel muchacho de San Lázaro mientras asesinaban a su abuelo.

Balboa no contestó. Pero siguió agitando el cebo. Se hubiera desnudado, encadenado y embadurnado con jena, como una de las pobres muchachas, con tal de no responder a las preguntas del morisco.

Aún seguía despertando con los gritos de su abuelo.

Aún había noches que lo obligaban a abrir los ojos empapado en sudor.

—La trae de tapadillo un lameculos del duque de Parma, un tal Luis del Valle y Nespral —continuó Balboa, espantando un escalofrío que la fiebre rastrilló por su espinazo—, el barco llegará cualquiera de estos días...

El morisco se movió entre los cojines y las muchachas. Daba dentera, pareció que, al apoyar el brazo para alzarse, los huesos se partirían como astillas.

—Nunca, ni antes ni después, volvió a repetirse —sentenció entre siseos Bocanegra—, ese puerco ha sido el único tan loco como para atreverse a robar al León... Ese puerco y su lechón.

Cuando se inclinó hacia delante, para señalar con la boquilla de la pipa, aquel chaleco, tan estridente como el resto de la abarrotada habitación, se abrió, y Balboa pudo ver que la enfermedad deshacía la tetilla del morisco. Parecía ternilla masticada y devuelta al plato por imposible.

—Tendrás ratas en todos los despachos y puertos —dijo Balboa.

Y el morisco fingió no escuchar. Y siguió hablando:

—Creo que todavía guardamos la artesa... Para la sangre —arrugando las cejas como si de verdad le fuese en algo el recordarlo

—. Y estoy seguro de que por ahí anda la polea. Para colgarlo por las patas...

Pareció que callaba, que aquella lengua dejaba de entrar y salir, como olisqueando.

Pero algo le vino a la mente y sus cejas, lo que quedaba de ellas, se alzaron.

—El cuchillo de matarife lo tengo, seguro —afirmó el León—. Le cogí cariño. Aunque nunca entenderé esas bárbaras costumbres vuestras —añadió con desprecio sincero—, matar al animal sin asegurarse de que esté tranquilo, sin orientarlo hacia un lugar santo...

Balboa porfiaba.

—Alguien tendrás que pueda confirmarlo —perdiendo fuerza, con el ceño fruncido por la fiebre.

Pero el morisco no escuchaba.

—Nos hará falta pan viejo, y especias. Mucho ajo —continuó León —. Y tripas, harán falta tripas. Y sal, he de conseguir sal...

El morisco se inclinó hacia delante.

Balboa no sabía qué más decir. Hasta ahí había llegado su idea.

—La sal es muy importante —bisbiseó aquella lengua de sierpe—, para que no se estropeen los jamones...

Abandonó la pipa y se levantó, y verlo fue un prodigio, porque parecía un manojo de pajas cobrando vida. Como si fuera a romperse a cada paso.

—Gasté otro tanto buscándote. —Y parecía que aquella lengua, larga y oscura se dividiría en dos en cualquiera de las sílabas, cada vez que asomaba entre los labios del morisco—. Y cien ducados generan intereses con el paso de los años...

Balboa tuvo que mirar hacia arriba. El morisco le sacaba dos cabezas.

Y Balboa no se arredró.

—Necesito tres caballos, los mejores que tengas. Y te conseguiré la reliquia. Aún se ve la sangre en los agujeros que hicieron las botas de los rebeldes...

No se escuchaban el uno al otro.

—El lechón, como el puerco, acabará convertido en chacinas, longanizas y jamones.

El morisco regresó a aquel inmenso trono de taraceas y vicio. Las muchachas se agolparon en un lateral, intentando disimular su miedo. Y, con aquellos dedos mutilados por la peste, largos, delgados. Deformados. Con aquellos dedos rebuscó entre los cojines y sacó otra campana más, una de oro macizo.

Y la hizo sonar.

—Sé dónde desembarcarán —dijo Balboa manteniendo la calma, fingiéndolo al menos—. Puedo conseguirla para ti.

El León no escuchaba.

Hizo repicar la condenada campana, con tanta fuerza que las muchachas se encogieron. Y su sonrisa era salvaje. Y su lengua asomaba entre los labios y regresaba a su madriguera.

Balboa seguía hablando. Intentaba hacerse oír.

—Valdrá más de mil ducados, más de dos mil. Puedes vendérsela al mismo rey.

Cuando se cansó de agitar la campana, se la tiró. La lanzó hacia el cristiano como una maldición.

—Cualquier monasterio la querrá. Cualquier convento. Y trae los despachos que demuestran que es la verdadera...

Aparecieron los hombres del León.

Diez, más. Una docena de leprosos que habían encontrado a alguien capaz de ofrecerles un trabajo. Una docena de hombres, todos armados. El que los mandaba, un turco revenido con una

costra repulsiva en la mejilla, tenía mecha prendida, enrollada en una muñeca. Con la otra mano sostenía un pistolón.

—Es día de matanza —soltó el morisco.

IX

En Cirueña, el convento de San Francisco, donde la merced de las hermanas les regaló dos panes recién hechos y ánimos para el camino; en Burgos, las monjas de Santa Clara.

Pese a las maldiciones del lansquenete, la idea de Alessandra funcionaba. Avanzaban a buen ritmo. Como el que cruza un río saltando de piedra en piedra, ellos avanzaban de convento en convento.

—*Verdammt!* Si veo otro santo, acabaré por vomitar...

Hasta de las arquitecturas se quejaba el lansquenete, sin gusto por las tallas, cúpulas y arcadas que dejaban a su paso.

—*Mist!* Si me hacen rezar otra vez, le prendo fuego al convento.

Habían pasado por joyas de la cristiandad, sin más obligación que respetar las liturgias y mostrarse humildes, pero en cada uno de los lugares, al lansquenete se le ocurría una nueva queja.

La comida. Escasa y sin gracia.

Las celdas. Pequeñas y húmedas.

Las monjas. Imposible convencerlas para un desahogo en las caballerizas.

—*Fluch des Gewandes!* En cuanto lleguemos a Compostela lo quemo, lo quemo y me meo en las cenizas de este puto hábito de mierda...

Y así saludó aquella mañana, al bajar al claustro del convento burgalés de Santa Clara, mientras una de las hermanas le hablaba

con escándalo a Alessandra sobre el incendio de la noche pasada.

Pero no le dio tiempo a ninguna de las dos a regañar al lansquenete. Llegó un alojero con un encargo que tenía que cruzar el claustro para llegar hasta las despensas. Traía en el carro las bebidas, sin fermentar, que tintineaban, y traía en el rostro una sonrisa y ganas de cháchara.

—... un barrizal hasta donde alcanzan los ojos, y yo no lo he visto, pero me fío, bien se sabe que, como suele decirse, de Rabé a Tardajos no faltarán los trabajos...

Tenía aquel aire dicharachero de quien no calla ni bajo el agua. Contento de repartir noticias junto a su refrescante aloja de miel y especias.

—... no la hay mejor en toda Castilla, puedo asegurarlo, no la hay mejor, calma la sed y el cansancio...

No se callaba, cruzaba el claustro, saludaba y sus tinajas entrechocaban en el carro tirado por un borrico.

—... ni a la ida ni a la vuelta, y no se dice también de Tardajos a Rabé líbranos Dómine. No lo he visto, pero me lo creo, cuántas veces se desborda el Úrbel, en cuanto caen unas gotas...

El borrico, que parecía igual que su amo, rechonchillo y contento, rebuznó, para darle la razón.

—... no, no pasarán los peregrinos, habría que estar loco para intentarlo, mejor esperar unos días. ¡no hay quien cruce por ahí!

El camino a Compostela estaba cerrado por un muro de barro.

X

Leprosos. Armados. Y dispuestos a cumplir las órdenes de quien, pese a su terrible enfermedad, les conseguía lujos, comida, dineros y

mujeres.

Iba a morir.

Se cerraban a su alrededor, ciñendo un círculo donde las espadas y las dagas hacían compañía al pistolón del turco.

Y Balboa hizo lo único que podía hacer para detenerlos.

Lo hizo, e incluso Bocanegra, espantado, intentó dar un paso atrás.

XI

Habían acabado allí, en la leprosería de San Lázaro.

Y los habían golpeado, incluso al niño. Y los habían vuelto a golpear, incluso al niño. Nada pudo hacer el abuelo. Nada. Lo intentó. Se interpuso. Quiso protegerlo. No lo consiguió. Y los arrastraron hasta las cocinas.

Lo tenían todo preparado.

Los golpearon, ataron sus manos, volvieron a golpearlos.

Desnudaron al abuelo y el niño, asustado, escuchó aquella cifra de cien escudos, los gritos. Escuchó nombres. Paños de la Verónica, espinas que habían estado en la misma cabeza de Cristo, huesos de santa Catalina, del Bautista. Escuchó hablar de documentos firmados por obispos. Escuchó y no entendió, pero los nombres le sonaban, los nombres, aquellos mismos nombres, los había escuchado en labios de su abuelo. En Pamplona, en León, en Sarria. Incluso en la misma Compostela.

Y también escuchó a su abuelo. Entre golpe y golpe. Su abuelo Xaquín negaba.

El niño no entendía.

Lo desnudaron. Las piernas flacas, el vello del cuerpo, plagado de canas. La barriga, como una pelota sobre los genitales encogidos. Verlo así, indefenso, lo llenó de terror.

Pobre niño perdido.

Su abuelo lloraba, pedía clemencia. No para él. No. Rogaba que dejasen en paz al crío. Que lo dejasen marchar.

El niño oyó las burlas, las oyó, en más de un idioma, señalaban la piel del viejo, que no estaba marcada por la lepra. Y vio en las cocinas de San Lázaro los ojos hambrientos de aquellos espectros comidos por la enfermedad, vio la envidia, el ansia de revancha.

Lo sujetaron. Y León Bocanegra, aquel manojo de alambres, se acercó con el largo cuchillo de matarife y dio la orden.

Lo pusieron a cuatro patas. Lo obligaron a hocicar, a gruñir como un gorrino. Le tiraron delante de las narices mondas de nabos.

—¡Puerco cristiano!

Y le obligaron a comérselas.

—¡¡Puerco!!

Las voces tronaban. Las risas crecían. Las cocinas se volvieron un frenesí, perros callejeros disputándose un pedazo de carne.

Lo fueron dejando atrás, al niño. Arrinconado en una esquina, en las sombras donde no llegaban las llamas del fuego. Pero el niño seguía viendo, a través de un bosque hecho de piernas, piernas que tenían ronchas, bultos. A las que faltaban dedos al final de sus pies.

Y su abuelo, ensangrentado, con un trozo terroso de nabo colgando de los labios, miró hacia él. Y asintió, cerrando los ojos y abriendo los labios, su abuelo murmuró una sola palabra, una que el niño Balboa entendió.

—Vete...

Y su abuelo le salvó la vida, se levantó bajo los golpes, las patadas, se levantó y echó a correr, y se dejó caer.

Su abuelo fingió. Y los distrajo.

El León se acercó y preparó el cuchillo, largo, fino, como sus dedos, de filo triangular, y ordenó que le sujetasen la cabeza al puerco.

Se escurrió el niño a través de las sombras.

Y empezaron los gritos.

Y los gritos duraron horas.

Los escuchó mientras se escabullía, los escuchó los dos días que pasó de un lado a otro, escondido en los rincones, oculto entre los tesoros que guardaba la leprosería, entre muros y escombros, entre el hollín de una estancia quemada y la fortuna en alfombras que encontró en otra. Acabó por comerse lo único que tenía, aquel trapo empapado en vinagre. Dos días, hasta que una rata, una mísera rata le enseñó el camino a la libertad.

La siguió entre los escombros, con los gritos detrás. Porque sabía que su abuelo había muerto. Lo sabía, pero los gritos no, los gritos lo siguieron por el laberinto de San Lázaro.

Lo seguirían de un horizonte al siguiente, durante treinta años.

Aún oía los gritos de su abuelo.

Lo colgaron por los pies, como a un gorrino, dejaron que se desangrase, le abrieron las tripas, lo despiezaron.

Había que darle una lección a todo cristiano que se atreviese a engañar al León.

El que intentaba jugársela al *león* acababa convertido en jamones y chacinas. Como un puerco.

Y los gritos aún podía escucharlos.

Los estaba escuchando.

—Es día de matanza —gritó el León.

Y Balboa dio un paso al frente y sujetó la zarpa del *león*, las dos, sin miedo a la lepra.

XII

La lepra les había robado mucho, demasiado. Pero también les había dado la confianza de que nadie, nunca, jamás, haría algo así.

¿Quién iba a acercarse a ellos? ¿Quién los tocaría sino un loco?

Y los cogió a todos por sorpresa.

Balboa sujetó las manos del León. Con fuerza. Y las retuvo ante el gesto, instintivo e inevitable, de retirarlas.

Las sujetó como si les pusiera grilletes. Con tanta fuerza que los huesos del morisco crujieron lastimeros y su rostro se contorsionó de un modo extraño, el de un hombre que sentía, por primera vez en mucho tiempo, miedo.

A una de las muchachas se le escapó un gemido que otra de ellas cortó, le puso la mano sobre la boca con urgencia, como si escucharlo pudiera hacer que aquel demente sin miedo a la lepra se abalanzase sobre ellas.

Y antes de que el morisco reaccionase, Balboa le puso en una de las palmas, donde la lepra mordía con fuerza, lo que Del Valle le había dado.

Y mintió como había mentido su abuelo. Y, como su abuelo, quizá conseguiría salirse con la suya, pero, antes o después, se descubriría la mentira y tendría que pagar por ella. Balboa lo supo. Pero ahí, ahora, no tenía otra opción.

Mintió. Sabiendo que pagaría por su mentira.

—A Santander. En una semana.

XIII

El anillo del secretario de cifrado del duque de Parma, don Alejandro de Farnesio, comandante de los Tercios en los rebeldes territorios de Flandes.

Eso puso en la mano del morisco. El anillo de Luis del Valle y Nespral.

—Es cierto, y la hostia puede ser tuya —insistió Balboa—. Dame tres caballos, olvídate de mí, y de la deuda.

El morisco, todavía indeciso, observó el anillo. Las filigranas del sello.

—Id a Santander, llegará en un barco llamado La Gaviota, La Mouette —se apresuró a decir Balboa—. Que zarpó de Zeburgo bajo mando de un corsario dunkerqués de nombre Michel Jacobsen, en un cofre escoltado por dos monjes.

León Bocanegra tragó, y sus labios deformes culebrearon.

Estaba en la cuerda floja, Balboa sabía que podía caer en cualquier momento, pero soltó las manos del morisco, lentamente, como si fueran plumas.

—Tres caballos —y lo dijo como una orden, arrinconando al morisco—. Los más rápidos que tengas.

El morisco, como sus hombres, como las muchachas, intentaba salir a flote, seguía sumergido en la sorpresa.

—Has falsificado cartas de obispos, del mismo papa, para dar por buenos huesos de perro y de caballo. Preséntate en el muelle con un documento sellado, con ese anillo, y la Sagrada Forma de Gorcum, la auténtica, será tuya.

León Bocanegra era lo que era. Un carroñero ávido de dinero. Aquella lengua de culebra entró y salió, relamió los labios, lo que la lepra había dejado de ellos. Y preguntó:

—¿La auténtica?

Con un brillo diferente en sus ojos. El inconfundible brillo de la codicia. Y Balboa asintió.

—Pero debes saber que el Turco también anda detrás, ha enviado gente desde Dunkerque...

Y aunque lo dejó en el aire, Balboa lo hizo como dando a entender que habían sido los hombres del Turco los que le habían puesto en el aprieto de tener que acudir al morisco para salir del embrollo.

No atisbó Balboa que a veces las mentiras esconden verdades.

—He oído hablar de él —reconoció León—, el Turco.

Balboa insistió, dando por cerrado el trato.

—Tres caballos —repitió tajante—, los más rápidos.

XIV

Cualquier otro peregrino hubiera esperado a que bajase la riada y a que el barro secase. Cualquiera que no fuera un catacaldos sin seso sabía que el barro podía ser más peligroso que la riada misma.

—No tenemos tiempo —se quejó Alessandra.

El alojero, encantado de tener con quien charlar, se explicaba a gusto.

—Ah, si lleváis prisa, hermana —le dijo entonces a Alessandra—, tendréis que desviaros, por el norte hacia las Quintanillas, donde hay una mujerona que hace unas rosquillas que son pecado...

Se atragantó el alojero por puro respeto, y se pasó la mano por el rostro, una mano que tenía los callos del ronzal del borrico.

—... que están muy buenas —se corrigió compungido, como si temiese que el mismísimo arcángel san Gabriel bajara de los Cielos con su espada flamígera—, son una bendición. Para chuparse los dedos. O ir al sur, y será una miaja más largo, pero ya se sabe que ir

hacia el sur es como ir cuesta abajo, siempre tira menos de los cuadriles, sí, al sur, hacia Buniel, donde...

Alessandra ya no escuchaba, le dejó un agradecimiento sobre el hombro, y el alojero no se callaba, continuaba diciendo que en las Quintanillas había una jarrera que cocía como nadie los puerros y que le compraba aloja.

El borrico en el carro también rebuznó, como para darle la razón a su amo. E insistir que mejor sería esperar un par de días, bastaba con que acompañase la suerte de que los cielos no volviesen a descargar.

XV

Cualquier otro peregrino hubiera esperado. Quizá también un ángel lleno de luto por un amor perdido. Ellos dos no.

Perdieron más de una jornada en un desvío que los llevó al norte, a buscar un vado pedregoso del que les habló un pastor de cabras que mascaba regaliz y tallaba un chiflo para llamar a sus animales.

Con prisa, con el hábito remangado, las sandalias en la mano y atentos a no descalabrarse, mientras cruzaban, tuvo oportunidad el lansquenete de maldecir en todos los rincones de su enrevesado idioma.

Y más hubiera maldecido de conocer los planes de aquel ángel y de su nuevo ejército de esquiladores.

Cruzaron por aquel camino de cabras, dándole ánimos a la mula, que lo miraba todo con ojos desconfiados.

Tardaron tres días en llegar desde Burgos al famoso Puente Fitero, donde había cuadrillas haciendo trabajos y donde se abría ante ellos la inmensidad de Tierra de Campos, cubierta de trigo verde.

Lo que había empezado en el mar de Flandes iba a terminar en aquel mar esmeralda, donde el cereal ondulaba con la brisa, hipnótico, y donde parecía posible ver aparecer las velas de un barco por el horizonte.

No podían saberlo.

Cruzaban Puente Fitero y el lansquenete se entretuvo con los trabajadores. De haberlo sabido, no lo hubiera hecho, hubiera desembalado el montante que colgaba de las alforjas de la mula.

Como no lo sabía, se detuvo y pidió indicaciones, que nunca estaban de más en el camino. Maximilian bromeó, intercambió queso de Santa Clara por pan recién hecho de uno de los peones.

Y Alessandra, como no lo sabía, se quedó mirando el Pisuerga.

Tan ancho como para que entre sus aguas hubiera isletas donde crecían los alisos. Y en una de ellas, como un bote de molinero varado en la corriente, descansaba una majestuosa garza.

El río no tenía prisa allí, transcurría majestuoso, con un flequillo de sauces en cada orilla. Invitaba a pensar.

Y Alessandra recordó a Balboa.

Ni siquiera se dio cuenta de que se envolvía con sus propios brazos, echando de menos que fueran los de él. Recordó besos y caricias. Risas.

No sabía que todo acabaría en aquel mar esmeralda que se abría al otro lado del río.

—¿Cómo habéis podido, padre?

Eso le había preguntado. La última palabra ahogada en pena. Y había visto la vergüenza en los ojos de su padre. Y su padre no había contestado. Demasiado ocupado por el miedo.

Y Alessandra, cabizbaja, se había ido con el abad de Bourburgo.

El abad de Bourburgo salió de aquella casona hecha de balcones, donde estaban los cuarteles del duque, donde estaban los

almacenes de su padre, con una nueva novicia, una promesa, que hablaba castellano porque su madre era sevillana, que hablaba italiano porque su padre era de Parma, que sabía de cuentas por el negocio de los quesos, que leía latines porque su padre había soñado encontrarle marido entre los aduladores de su excelencia Alejandro de Farnesio.

Su padre la había entregado. Para saldar una deuda. Para que no condenasen su alma. No hubiera entregado a su hermano. Pero su hermano ya no estaba. Y ella era sólo una joven casadera. La casaba con Dios y no con alguna buena influencia. Pero la casaba.

Su padre saldaba la cuenta, ella perdía una vida. Y sus sueños.

Luego habían llegado noticias. Y sor Angustias. Y el escándalo de lo que podía sucederle a Compostela.

La garza echó a volar, majestuosa. Y Alessandra la envidió.

—*Weiter geht's, verdammt!* Sigamos, hay que llegar a Sahagún.

Y no llegarían.

Siguieron, hacia aquel mar esmeralda hecho de olas de cereal. El verde limpio del trigo, aquel más oscuro, casi gris del centeno, el más tímido de la cebada, casi amarillento.

Era hermoso.

Siguieron, como náufragos que caminasen sobre las aguas.

Y una bandada de estorninos se levantó cuando pisaron por primera vez al otro lado del puente.

Una bandada de estorninos que flameó como una vela al viento y que les cruzó de izquierda a derecha.

Y la abuela Elo le hubiera dicho a la mujer que amaba a su nieto que aquel era un mal presagio.

XVI

La abuela tenía razón. Los buscaban. A ellos dos y a Balboa.

Un ángel los buscaba.

Su legión cruzaba el camino, arriba y abajo, de norte a sur, de sur a norte. Iban, venían. Reventaban caballos.

Los buscaban sembrando muertes, disparos y preguntas. Dejando un rastro de sangre.

XVII

Una bandada de estorninos se alzó sobre el mar verde del cereal.

Tres caballos cruzaban los campos con prisa. Hacia Compostela.

Un pío. Un bayo. Un alazán. Tres caballos, buenos caballos de Marchena. No eran marismeños de alzada corta, trote seco y listos para el trabajo duro, como los que se enviaban a las Indias. Eran tres caballos andaluces de buena planta, guarnecidos, y con los estribos cortos, acostumbrados a montar a la *jineta*.

El pío resoplaba a menudo. Al bayo le gustaba cabecear. Y el alazán, cuando estaba parado, rechinaba las muelas, como si se aburriese.

Tres caballos.

—Si mientes, te buscaré —había amenazado el León.

Y Balboa había asentido.

—Y te encontraré.

Y había vuelto a asentir.

—Y gritarás más, mucho más de lo que gritó tu abuelo —siseando como una víbora.

Y Balboa asintió por tercera vez.

Para sellar el pacto, Balboa tendió la mano y el morisco, como un tratante en la feria, la estrechó.

Tres caballos. Y galopaban como auténticos *hijos del viento*, que así llamaba su abuela Elo a aquellas magníficas bestias.

Y como el viento cruzaban Tierra de Campos.

Un solo jinete los llevaba.

Montaba uno y los otros dos seguían las riendas atadas al arzón. Y cada hora cambiaba de montura. Para no reventarlos, para llegar lo antes posible allá al oeste, al horizonte donde el sol se ocultaba tras un mar esmeralda. Un horizonte más después de treinta años cruzando horizontes, escapando de una maldición.

La que le había entregado su abuela cuando aquel mocoso había logrado regresar a Compostela solo, sin su abuelo, y con el alma rota.

Tres caballos cortaban aquel mar imposible, donde las olas susurraban y bajo la superficie corrían los ratones.

Tres caballos. Un solo jinete.

Y el problema no eran los caballos, eran buenos caballos, alternando el peso del jinete, podían llegar así hasta el mismo Finisterre. Los caballos aguantarían.

El que no aguantaría sería el jinete.

Tirado sobre la silla del alazán, el jinete deliraba preso de la fiebre.

El jinete, pese a la carrera, tenía frío, iba encogido, y sus testículos golpeaban la silla con el galope corto del alazán. Montaba sin gracia. Y no se caía por puro milagro, o porque había tenido el coraje de atar una mano al arzón de la silla.

Sus ojos, rodeados de legañas, tenían un apagado color violeta, cuando conseguía abrirlos, porque ni siquiera el vaivén del alazán lograba mantenerlos abiertos.

Y los caballos, los tres, relinchaban a menudo, nerviosos. Sentían que el hombre ardía, que no regía.

Pero cuando el alazán aminoraba el paso, de algún lugar imposible, de entre las nieblas de su cabeza, el jinete hincaba los talones y les pedía mantener el ritmo, hacia el oeste, hacia Compostela.

Envuelto en verde, el jinete deliraba.

Hablaba con sus amigos, y no le oían más que los caballos y los ratones escondidos por el ruido de los cascos.

El jinete deliraba.

—Tengo algo mejor que los quesos y la intendencia.

Intentaba espantar el sudor de la frente.

—El quesero tiene deudas que saldar. En el cementerio de Oostkerke hay un panteón...

Y negaba sacudiendo la cabeza, bamboleándose, a punto de caer de la silla.

—... Sólo tenemos que adelantarnos.

Cortaba el verde, el jinete y los tres caballos. Y el jinete deliraba en pesadillas hechas de fiebre.

—Sí, el Turco la quiere comprar. Podemos adelantarnos, a los dos. Va a haber un entierro. Y vale una fortuna, son perlas margariteñas...

Pasaban de largo, entre aquellos verdes que ondulaban. Verdes que escondían trigo, centeno y cebada.

—Y se la vendemos nosotros al Turco...

Tres caballos y un jinete cruzaban aquel mar de verde.

—Si se arruina el quesero, que se arruine...

Y ahogadas en fiebre volvieron también las palabras de su abuela.

—Saldrás de entre las tumbas —le había dicho más de una vez—, y el camino será tu camino.

La peonza. Y plata. Había plata.

Intentaba recordar, pero no podía.

Ardía en fiebre.

XVIII

Puente Fitero había visto tiempos mejores.

Uno trabajaba, dos miraban y otros tres compartían pan, y el queso que uno de ellos acababa de conseguir. Buen queso de Burgos, que tenía fama de saber a besos.

Los tres, manos callosas, cercos morenos bajo pañuelos atados en la cabeza, expresión resignada, charlaban, reían, bromeaban. Y apostaban hasta dónde llegaría aquel loco.

—Yo tengo un primo que trabaja de palafrenero en el alcázar, en Madrid —señalando con un trozo blanco de buena miga de pan candeal, dándose importancia—, y te digo que, con tres caballos, si los cuida —mordiendo el queso—, llega a Compostela antes de san Felipe apóstol, ¡cinco días más!

Otro se burló, esparciendo migas, y se lo rebatió con desgana.

—Con tres caballos o con veintitrés mulas —los números sonaron extraños con el pan y el queso a medio masticar—, necesita una semana entera si no quiere reventar a las bestias...

El capataz, rotundo, de gruesas cejas y bigotes como cepillos, con barrigón botijero, antes de entrometerse, le gritó al único que trabajaba que cantease la piedra que tenía en las manos, para arreglarle el escuadro con las cuatro colocadas aquella mañana, y luego demostró porque era el capataz.

—Ni cinco días ni una semana —zanjó seguro de sí—. Ése no llega a Ponferrada. Se muere en el camino...

Y para rematarlo levantó la bota de vino y echó un largo trago, como si el gesto finiquitara cualquier argumento.

Y funcionó, porque el primero que había hablado cambió de tema.

—A la clarisa le rezaba yo el rosario...

—Y una novena completa —lo secundó el otro.

Al capataz se le malbarató el vino, el trago le fue garganta arriba, acabó escupiendo en un estornudo que le bañó los mocos en vino.

Todos rieron.

Era un día agradable, no apretaba el frío, no amenazaba el calor, el cielo azul parecía pulido. El trabajo no apremiaba, tenían buena comida, un novato al que ningunear, y paga asegurada, porque cobraban por jornal y mejor era ir despacio y seguro.

Rieron. Hasta que apareció alguien.

Alguien venía, camino a Compostela.

Más caballos. Más hombres. Y no eran peregrinos. Seguían la misma ruta, y habían salido de Burgos, pero no eran peregrinos.

Eran esquiladores.

Y un ángel de rizos dorados.

XIX

Comían sin desmontar, orinaban desde la silla, y sólo descabezaban un sueño cuando la noche les impedía seguir.

Y el ángel no había vuelto a hablar. Le bastaba gruñir. Y señalar con el puño, siempre con el puño, porque nunca soltaba aquella otra perla que había recogido entre pecas. Como si le hiciera falta tenerla cerca para seguir adelante. Como si fuera una reliquia a la que pudiera pedirle favores.

Cruzaron Puente Fitero como una exhalación.

Y nadie lo sabía, ni el ángel, ni los esquiladores, ni los peones que los vieron pasar con pan y queso entre las manos.

No iba a encontrarlo a él.

Iba a encontrarla a ella.

XX

Un perro ladraba en algún rincón de la sierra y, como siempre, a su majestad, Felipe, rey de las Españas, le hervía la sangre.

De impecable y carísimo negro, teñido con palo de Campeche, un lujo sólo al alcance de la corte y los mercaderes, su jubón siseó cuando levantó el brazo y señaló el imponente ventanal.

Y el capitán de su guardia de corps, Lamoral de Egmont, siguió el dedo del monarca.

—Empezarán de nuevo las habladurías sobre nos, ¿qué os he dicho de los perros? ¡Que lo encuentren! ¡¡A ése y a todos!!

Los atascos durante la construcción del inmenso complejo de El Escorial habían levantado rumores incómodos sobre un perro negro enviado por el mismísimo diablo. Se cuchicheaba que aterrorizaba a los trabajadores y causaba terribles accidentes. Y el asunto enervaba a la Corona porque, cada vez que un perro ladraba en la sierra, se avivaban las habladurías.

—Y que se preparen correos para dar aviso —añadió señalando al improvisado visitante que aguardaba allí mismo—. ¡Cuanto antes!

El capitán se volvió, para cumplir las dos órdenes. Pero aún había una tercera. Su rey era un hombre ocupado.

—Que lleven a Giovanni...

Felipe calló, rebuscando el nombre. Tenía demasiadas cosas en la cabeza el monarca.

—... Al embajador Giovanni Mocenigo a la Sala de las Batallas. Que lo dejen allí un buen rato, que tenga tiempo de que se le

enfríen los ánimos.

El archero asintió con un gruñido de mastín obediente, conocía la rutina. Hacían esperar a los convidados en la famosa sala, decorada con grandes hazañas. Una advertencia al visitante para que midiera sus palabras, porque estaba a punto de hablarle a quien tenía a sus espaldas victorias como San Quintín o la Higueruela. Además, se les dejaba lo suficiente para que el fresco de la sierra les volviese las manos moradas, incluso en primavera.

Luego, a un boticario que pasaba, sin razón aparente, el rey le explicó lo que no le había dicho al capitán sobre la visita.

—Habrase visto —rezongó Felipe, cínico—, estamos nos ahora para preocuparme por turcos otomanos, ¡veneciano había de ser! ¿Qué se habrá creído?

El boticario se limitó a asentir, dándole la razón a su soberano, y siguió caminando con cuidado, porque llevaba entre las manos un gran vaso de vidrio con corrosivo aceite de vitriolo.

Y el capitán Lamoral, archero borgoñón de finos bigotes e inmensa mandíbula, se limitó a asentir y abandonar la Torre de la Botica. Cuando salió, para disimular por los alrededores con uno de sus batallones, a la busca de aquel perro ladrador, vertió una mirada amarga sobre aquel petimetre pata de palo que respondía al nombre de Luis del Valle y Nespral, que había llegado al monasterio en el carro de un labrador, sin aliento y desfallecido, rogando asilo y que los guardas del Real Sitio despacharan a tres malparidos que lo seguían.

Consciente del desprecio del archero, Luis del Valle se estiró hasta que su pierna de madera cloqueó en el suelo, como una gallina, y se puso tan derecho como pudo, hasta que el monarca le prestase atención.

Esperaba órdenes.

Pero Felipe tenía un imperio en las manos y una biblioteca llena de inquietudes.

Además, estaba preocupado por su *torre filosofal*.

El alambique, el más grande de todo el continente, rodeado de monjes jerónimos atareados como abejas, destilaba agua pura de forma continua en la Casa de Aguas, en las inmensas dependencias del recién terminado complejo del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial.

Allí el ajetreo era constante. Se mantenían los fuegos encendidos, se trabajaba con esencias, extractos y aceites. Del romero al espliego, pasando por las rosas. Y, cuando había tiempo, se experimentaba con metales y remedios, incluyendo plantas traídas del otro lado del Atlántico, como aquel palo de Campeche, que había levantado envidias en todo continente al lograr que la corte española fuera la única que podía vestir un riguroso negro que no se desvaía.

Un fraile jerónimo, revenido como pan viejo, se acercó y susurró algo al oído de su majestad, y el rey asintió satisfecho, y movió las manos dándole el beneplácito a la idea.

Y, por fin, le prestó su atención al secretario de cifrado Luis del Valle y Nespral.

—¿No será Santander? ¿Cádiz?

El funcionario negó, paseando la perilla, sucia y desarreglada.

—¡Coruña! —aceptó el monarca, como si aún le costase creerlo.

—Con los ojos puestos en Compostela —insistió Del Valle.

El rey asintió. Y preguntó:

—¿Quién sabe la verdad aparte de nos?

Lo miró mientras preguntaba, pero se volvió de inmediato a inspeccionar cómo los frailes intentaban replicar aguas ferruginosas para tratar debilidades de la sangre y melancolías.

Y Luis del Valle dudó sobre si responder o no, no le habían gustado las palabras del abad de Bourburgo, algo raro había en aquellas dos clarisas de camino a Salamanca. Pero prefería no desvelar todas sus cartas.

Y el monarca demostró que era capaz de atender más de un asunto a la vez.

—¿Esperas una bula papal?, ¡contestadnos! —Sin mirarlo siquiera, atento a la muestra que traía otro de los jerónimos.

Tras carraspear, Luis del Valle encontró palabras, y decidió no airear sus sospechas sobre el abad de Bourburgo.

—Sólo yo, por supuestísimo. Jamás se me habría ocurrido correr riesgos. Soy consciente de cuánto valora su majestad la santa colección.

Por un instante, entre los frailes, que danzaban a su alrededor atendiendo a la caldera, los serpentines y las tuberías, el rey Felipe miró hacia el secretario con las cejas cargadas de suspicacia. Rumió aquello como si probase uno de los remedios de sus boticarios. Y, por un momento, se separó de todo aquel ajetreo y se acercó con dos pasos decididos a su funcionario.

—Nos parece que hiciste un buen trabajo, y tendrás tu recompensa —dijo de modo enigmático—, aunque no será completa. Mas ahora —y levantó una mano admonitoria—, ya no importa completar la colección. Mucho nos hubiera placido —reconoció pensativo—. Mas ahora, lo que nos preocupa es pararle los pies a la inglesa...

Como la tapa de una olla hirviendo, el secretario bailaba sobre la pata de palo y, haciendo gala de increíble paciencia, el rey le permitió interrumpir.

—Precisamente —señaló Del Valle con evidente alivio por poder hablar—, no podemos consentir que esa pérfida Isabel de Inglaterra

se salga con la suya. Las batallas pueden ganarse con las armas, pero las guerras se ganan con el relato...

No fue sutil la indirecta, todos en la corte sabían cuánto le había dolido al rey la engañosa propaganda de los ingleses después del fiasco de la Grande y Felicísima Armada del año anterior.

Felipe recapacitó.

—Adelántate, asegúrate de que la costa gallega ha organizado las defensas, lleva cartas a Cerralbo en Coruña y al obispo de Santiago. Y después, sólo después, preocúpate de esos otros asuntos...

Era a la vez una orden y una advertencia.

—Vendría bien, si acomoda a su sapientísima majestad, contar con algunos hombres...

El rey consideró la visita del embajador veneciano, aquel desagradable asunto del perro, Dios quisiera que no fuera negro, o se hablaría de ello de Cartagena a Lisboa, y acabó por asentir.

—¡Adelántate! Y, en un par de días, nos enviaremos a Compostela a dos batallones con mi buen Lamoral de Egmont.

Aquello animó a Del Valle, que sonrió como un crío al que por fin conceden un capricho.

—No os arrepentiréis, majestad. No os arrepentiréis. Os lo aseguro. La colección será envidia del mismísimo Vaticano.

El rey Felipe lo miró severo.

—Eso sólo Dios, allá en los Cielos, lo sabe —dijo con una mirada hacia los techos de la Torre de la Botica—, sólo Dios. Pero no lo olvides —advirtió—, primero asegúrate de que se coordinen las defensas, ese bastardo de Crato y la pérfida Isabel no pueden salirse con la suya.

—Por supuesto, por supuesto. Y creedme, lamento traer a colación tan inoportunísimo asunto, pero debéis comprender el peso del apellido... Respecto al título...

El rey se envaró.

—Del Valle, ya habrá tiempo para eso...

La cara de desolación del secretario tenía algo infantil.

—¿Acaso no he convertido la colección de este santo lugar en la más importante y conocida de todo el continente?, ¿no he conseguido hasta siete cuernos de unicornio?, ¿no traje las mismas reliquias que dan nombre a este magno lugar?

El rey asintió con desgana, reconociendo los méritos del secretario.

—Y, sin embargo, ese maldito Turco sigue traficando a su antojo —apuntilló el rey con un mohín de disgusto—, de ese descastado aún no te has ocupado...

Del Valle arrugó el ceño. Se mordió los carrillos.

Y el rey Felipe, con aquel rostro suyo, tan lleno de tristeza y preocupaciones, rellenó el silencio.

—A ese desgraciado nos lo queremos colgando de una soga, como a todos los perros negros de este maldito lugar...

—Se resolverá, majestad. Confiad en mí. Casi lo he atrapado. Os garantizo que caerá pronto.

—Pues, cuando lo hagas, ya se hablará del título.

Y Del Valle sonrió.

—No os arrepentiréis, vuestra colección será la gloria de vuestro reino, la envidia de toda Europa, incluso de los herejes.

Para ese momento, el rey volvía a abanicar el aire con la mano, en una afirmación cansina y cansada. Como si le diera la razón a su funcionario, pero sin que le hiciera ilusión alguna.

Pero le bastó a Del Valle, que no pensaba perder un instante más.

—En cuanto me adecente y lo organice, me pongo en camino —aseguró ilusionado.

Cuando se marchaba, alejándose de aquella mezcolanza asfixiante de metal caliente, vapor de agua, hierbas reconcentradas y ajetreo. El rey interrumpió la conversación que mantenía con uno de los boticarios y volvió a insistir.

—Templa, Del Valle, templa. Que no te arrastre la ambición. Tendrás tu título y se borrará tu pasado si el Señor lo quiere. Mas lo importante para nos es darle un escarmiento a esa pérfida hereje.

Puerros, fiebre y lágrima



I

Naufragó en aquel mar verde.

Estaba en la *gaviota*. Y ella con él. Y reunía valor para contarle la verdad. Para contársela y que dejase de odiarle. No había abierto el ataúd. Iba a hacerlo. Y no lo hizo.

No.

La vela al tercio, de estera de bambú. Aquel navegar único. Estaba en un sampán de junco, en el oriente, en la desembocadura del gran río, en Cagayán, donde aquellos piratas del malnacido Tay Fusa usaban el sable con habilidad endemoniada. Tenía la cicatriz.

No.

Estaba embarcado, en una urca pesada, los Tercios cruzaban el mar de Flandes para derrocar a la reina hereje.

No.

Estaba en galeras. Había sido condenado. Se despellejaba las manos con los remos. Luchaban contra el francés en las Azores, contra el turco en Lepanto, en alguna condenada y maldita guerra.

No.

Estaba en Nápoles, comprando su primera daga. Bisoño aún.

Estaba en Veracruz, escuchando una vez más rumores sobre una mina inagotable.

Estaba en uno más de los horizontes que había dejado atrás durante treinta años.

No.

Se hundía en aguas profundas, iba a ahogarse. Iba a morir.

Las cuadernas gemían. Los maderos se quejaban. Los grilletes pesaban. Y el agua. El agua. Pero el agua no estaba fría, el agua ardía, como los mismos infiernos, y quizás, al fondo, en la sima de los aquellos infiernos, esperaba aquel ángel de rizos dorados.

Se hundía. Se iba al fondo del mar, de un mar verde, intenso.

Iba a morir.

Y no volvería a verla.

Y Balboa había mentido. Y a punto había estado de mentir hasta el final. A punto había estado de abrir la tapa de aquel maldito ataúd.

Pero la había recordado. Su sonrisa. Su risa. Y se había detenido. Les había dado la oportunidad a los zelandeses.

Y todo se había ido al carajo. Sus amigos huidos. Los zelandeses muertos. Él preso. Todo al carajo. Y había acabado en un túnel, cavando aprisa, con la esperanza de al menos pedir perdón.

Balboa había comprendido demasiado tarde, metido en un ataúd, rumbo a un cementerio de piedra y agua.

Ahora ya no importaba. Se ahogaba, en aquel mar verde.

Y pensó que estaba condenado. Pero se equivocó.

No todos en el camino eran marrulleros, hideputas, estafadores. Había algo más en el camino que estafas, robos y condenas.

Balboa se equivocó.

II

Rezaban las Escrituras que no fue el sacerdote, tampoco el levita. Fue un samaritano quien se apiadó del viajero apaleado al borde del camino.

Y Balboa despertó al borde del camino, pero no vio al samaritano.

Despertó, con un trapo frío en la frente. Y el repentino desahogo de haber alcanzado la cima y saber que el resto es cuesta abajo. La fiebre había remitido. Tenía la boca seca, pastosa. Los ojos irritados. El cuerpo dolorido. Pero el calor de la fiebre había huido.

Se incorporó de golpe y temió lo peor. Lo lógico cuando uno andaba por los caminos a Compostela.

Con el gesto, brusco, se le cayó aquel trapo frío al regazo. Miró a todos lados, inquieto. Con la maldición en los labios. Lista para confirmar sus temores. Con el ceño fruncido, enfadado consigo mismo.

Pero estaban allí. No se los habían llevado.

El pío resoplaba. El bayo cabeceaba. Y el alazán, que lo miraba con sus grandes ojos dulces, rechinaba las muelas con aquel sonido a bisagras viejas.

El animal, que le había tomado cariño, se acercó. Lo olisqueó, y resopló como si quisiera decirle que ya era hora de que despertase.

Aturdido, aún buscando respuestas a su alrededor, Balboa palmeó la cabeza del alazán, calmándose. Y descubrió que, como los caballos, también conservaba sus armas. Y las botas que le había dado el morisco. Y el zurrón donde quedaba poco, casi nada, pero quedaba.

Incluso seguía allí la moneda japonesa, en el tajo del cinto.

Todo estaba bien.

Todo menos las preguntas. Tenía muchas preguntas.

Y apareció el perrillo. Un bodeguero paticorto con cara de tener lista alguna travesura, como si aventara el rastro de una rata en los hocicos y estuviera a punto de perseguirla.

Y apareció el peregrino. Su samaritano.

—¡Ahí va! ¡La órdiga! Si ha despertado, ¿has visto, Tizón?

El perrillo, que tenía el pelaje oscuro que explicaba el nombre, olisqueó a Balboa, como si no le bastasen los ojos para estar seguro de que así era.

Y el peregrino, sólo podía ser eso, porque llevaba el cayado, la calabaza, el sombrero de ala ancha y los pies cansados, sonrió. Un gesto estrambótico, porque la sonrisa decía buena gente, y los dientes, rotos y marrones, decían que nunca se sabía. Pero los ojos no mentían, eran del mismo verde que aquel mar de trigo, centeno y avena a sus espaldas.

Ahí tenía Balboa respuesta a una de sus preguntas: seguía en Tierra de Campos, rodeado de cereal abrileño, hambriento de calor y verano.

En un otero, una isla en aquel mar verde, donde tres pinos crecían y regalaban la única sombra en quién sabía cuántos ferrados de cultivos. Un oasis donde incluso corría algo de brisa. Hasta había un pinzón en una rama que piaba contento.

—¿Qué dices, Tizón? Le damos algo de manduca...

Antes de que contestase el perro, el pío resopló, como ofreciendo argumentos a favor de la propuesta.

Y, para asombro de Balboa, que se había echado atrás en el cojín de agujas de pino.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó el samaritano a pleno pulmón—. Apacigua, que el perro no hinca los dientes... Y yo tampoco...

Con una sonrisa que incluso compartían los tres caballos, que lo miraban con suficiencia, como si ellos hubieran comprendido y Balboa no. Con una sonrisa que también acomodaba al perrillo, que se había sentado y se pasaba la lengua por los morros.

—Ya sé, ya sé —dijo el peregrino paternalista—, cómo no iba a saberlo, ¡la órdiga! El camino es nido de ladrones y estafadores, de bulderos que venden pedos de santos e hijos de puta que dan monedas de madera... Pero son pocos los peregrinos, y más vale ayudarse, ¿o no? Cojones, que el camino es largo... Tranquilo, tu bolsa y tu culo están a salvo.

Como los animales, también divertido por la desconfianza de Balboa, sin intuir que sus palabras revolvían viejos fantasmas, el peregrino se presentó, grandilocuente y con vehemencia, como Zabala de Ochoa, bilbaíno.

—Palangrero, y a mucha honra —aclaró levantando el mentón.

Y ya cortaba tajadas de lengua de vaca curada y explicaba que era una delicia de la zona, cuando el ceño fruncido de Balboa, que aún no había abierto la boca, le dijo que tendría que explicarse.

Y Zabala lo hizo con aquel humor contagioso que cargaba, que era grande y franco, como su rostro, y que parecía honesto, como sus manazas, cuajadas de los callos de haberse deslomado de sol a sol.

—Pescador —aclaró compartiendo una rebanada de pan con dos lonchas de carne—. Besugo y buena merluza, la mejor, ¿eh? Para chuparse los dedos, te lo digo yo...

Y después de darle a Balboa su ración, le dio también al perrillo, que la ventiló en dos bocados.

Y como Balboa callaba, el peregrino, feliz, llenaba el silencio.

—Nos cogió una galerna, ¡de la órdiga! Señor bendito, olas como montes, qué digo, como montañas, y nos zurró lo que quiso...

Cortó para sí mismo, y empezó a comer con mordiscos ansiosos, sin dejar de hablar, y tendiéndole una bota de vino a Balboa que, con los ojos muy abiertos, sostenía el pan y la lengua como si no supiera qué hacer con ellos.

—... La que nos dio —continuó Zabala, agitando su rebanada como si fuera aquel lanchón atrapado en la tormenta— frente a Gorliz y Plencia, aguas jodidas son ésas cuando la mar se enrevesa, te lo digo yo, jodidas...

Aún comprobó Balboa que no le faltaba ni una sola de sus pertenencias, y dio el primer bocado, tentativo, inseguro de si su cuerpo lo aceptaría. Y bastó el primero para devorar el resto en dos mordiscos y atreverse con un buen trago de la bota.

—... Y no habíamos perdido ni un solo besugo ni una sola merluza, con dos cojones, que no hay quien se lo crea, pero yo te lo juro por mi Virgen de Begoña, la más buena de todas. Ni una sola —insistió cortando más pan y más lengua—. ¡La órdiga! Si lo cuento y no lo creo yo...

Era incansable, arrollador, y Balboa intentaba encontrar algo en el horizonte que le dijera dónde estaba. Y a sus espaldas, tras el pino en el que se apoyaba, distinguió la silueta de un pico que arañaba el cielo, vestido de azul primaveral, y se le encogió el alma.

—... Así que juré, por éstas —besó Zabala el pulgar metido entre los dedos, con un beso bruto, exagerado, como todo en él— que haría el camino a Compostela para darle las gracias al...

—¿Dónde estamos?

Tuvo la sensación Balboa de que el palangrero no le contestaría hasta rematar su historia. E insistió:

—¿Dónde estamos?

Y el otro captó la angustia en los labios apretados. Y en aquel violeta bajo las cejas.

Así que Zabala le tiró al perrillo lo que le quedaba en las manos y contestó. A su manera, pero contestó.

III

Allí, a sus espaldas, el pico se teñía de un verde distinto al cereal, un verde cansado. Y anunciaba tierras altas, que se fundían contra el horizonte, el mar de Tierra de Campos llegaba a su orilla.

—Calculo yo que trabucaste el rumbo y no subiste a León —y señaló Zabala la deliciosa lengua de vaca curada—, y me apuesto dos merluzas, de las buenas, de las de más de cinco libras, a que tiraste tieso, campo a traviesa como barca en sargazos...

Y levantó la mano para detener a Balboa antes de que lo interrumpiese, rogándole paciencia para explicarse a su modo.

—De milagro te encontré yo, porque decidí pescar unas truchas en el Tuerto, que si no, por ahí andarías de tumbos —explicó Zabala y, por fin respondió Zabala—, ése es el pico Teleno, y allá tienes Astorga —señaló después de sacudirse las migas de las manos y hacerse con la bota de vino.

—¿A qué día estamos...?

Zabala volvió a sonreír con aquella sonrisa de luna llena que le llenaba la cara, curtida por salitre y horas de mar.

—¡Ahí va! Pues hoy amaneció san Felipe Mártir, si no me trabuco, que en el camino los días se hacen iguales.

Y los temores de Balboa se hicieron realidad.

La fiebre le había costado su oportunidad.

No llegaría a tiempo a Coruña.

IV

Astorga anunciaba las montañas, anunciaba el paso al viejo Reino de Galicia, y famosos eran sus arrieros. Desde el cruce de caminos que era la maragatería, como se llamaba a la región, hacían negocio llevando y trayendo, como el cacao venido de Indias que desembarcaba en Sevilla.

Y fue uno de esos arrieros, con un cargamento de habas de cacao en el que empeñaba todo su capital, quien los vio pasar, al franciscano y a la clarisa.

El arriero encaraba la calle Mayor, donde había puestos a los que vender su preciada mercancía y, en dirección contraria, hacia el puente sobre el Cea, camino a Santiago, vio pasar a la extraña pareja.

A un franciscano con pinta de leñador pendenciero y tres palmos corto, y a aquella clarisa que lo obligó a persignarse a toda prisa por haber tenido pensamientos impuros con una mujer al servicio de Dios.

Se persignó, pidió perdón a los Cielos, pero miró atrás, para verlos salir, acompañados de una mula con alforjas y un largo petate, e incluso se inclinó para observar el contoneo del hábito de la monja.

Tentado estuvo de dar la vuelta para tener la oportunidad de ver aquel rostro de nuevo, de hablar con ella.

Pero, la conciencia le tiró de las orejas, eso y el mordisco que el borrico le echó en las posaderas.

Mulato, que así se llamaba el animal, sabía que al llegar a la plaza Mayor le quitarían los arreos, así que, a falta de palabras, le hincó los dientes a su amo en los gregüescos de lana recia que llevaba encima de las calzas.

—¡Hijo de mala madre! Tardaré una semana en cagar a gusto.

El arriero se olvidó de la monja, y siguió. Frotándose las posaderas.

Pasó delante de lo que quedaba de San Benito, donde los canteros trabajaban, y llegó al bullicio por el que tanto esperaba Mulato.

La plaza hervía con puestos y gentes, incluso había un abacero que vendía buñuelos de miel, y daba gusto pensar en los negocios que podían hacerse incluso cuando no era día de feria.

Aún se frotaba las posaderas el arriero, que se llamaba Bartolomé, cuando encontró un hueco en el que acomodar al impaciente borrico y vender su mercancía.

Y fue entonces cuando, también en dirección a Compostela, pero con la prisa que sólo llevaría quien tiene al mismo Belcebú en el calcañal, apareció una cara aún más bella que la de la clarisa.

Llegaron al galope corto de quien apura a los caballos. Entraron como trombas en una posta donde, por lo que el arriero intuyó, iban a negociar por animales de relevo.

Fuera, mirando hacia el oeste, impaciente por seguir camino, quedó el que los mandaba.

Y el que los mandaba era el hombre más bello que Bartolomé hubiera visto en su vida.

Tanto que le susurró al borrico, porque Bartolomé tenía la costumbre, impuesta por las largas horas en el camino, de hablarle a su único compañero.

—¡La puta! ¿Te imaginas los hijos que tendrían esos dos juntos?

El borrico rebuznó, impaciente porque le quitasen los arreos. Y Bartolomé ya se contestó a sí mismo.

—Como querubines, serían como jodidos querubines.

Que era cosa pobre de decir, pero Bartolomé, como arriero, era hombre de cuchicheos y rumores, le gustaba saber quién casaba con quién y quién enviudaba.

—Como jodidos querubines —repitió, quitándole por fin los arreos a Mulato.

Y era cierto. Porque aquel hombre parecía un ángel.

V

Zabala miró a Tizón. Y Tizón miró a Zabala. Y los dos miraron a aquel estrambótico tipo que tenían enfrente, recostado en el pino. Se mordía los carrillos, preso de una angustia que el animoso palangrero no entendía.

—¡Cagüen sos! No sé qué clase de pez has perdido, pero cuando se rompe la liña no quedan más cojones que seguir tirando del palangre, ¡llorarle a lo que se perdió nunca trajo nada de vuelta!

Balboa descubrió un par de hormigas que aprovechaban migas de pan. No supo qué contestar.

No sabía qué hacer.

Y preguntó como un idiota.

—¿San Felipe?, ¿hoy es san Felipe?

Zabala intercambió otra mirada con su perro. Y se levantó para acercarse a Balboa.

—¡Ahí va, la órdiga! No sé qué tripa se te ha roto, pero ya te digo que, si entra agua en la bodega, sólo tiene un remedio...

Balboa alzó sus ojos violetas. Confundido, aturdido, dolorido. Con la fiebre todavía rasguñando el cogote. Con pensamientos que iban y venían. Recordaba a Alessandra. A su padre. Los quesos. El maldito ataúd. A Del Valle, se preguntaba si el secretario habría llegado ya a El Escorial y traería ayuda.

Balboa alzó sus ojos violetas y miró al palangrero.

Y el palangrero le palmeó el hombro al contestar:

—Achicar, cojones, achicar.

Y soltó una risotada antes de continuar, y Tizón ladró su aprobación. Pareció incluso que el pío también estaba de acuerdo, porque volvió a resoplar, y el alazán, que dejó de rechinar las muelas.

—Con un balde, con un cubo, ¡ahí va, la hostia! Con un dedal si no hay otra cosa, pero achicas o te vas al fondo.

—¿Con un dedal...?

Volvió a reír Zabala, una carcajada franca.

—¡Con lo que haya! ¡Hostia! ¡Con lo que haya! Hay que apretar el culo y achicar, porque si no, te vas al fondo...

VI

Seguían camino, saltando de convento en convento y de monasterio en monasterio. Siendo testigos de la maestría de los canteros que, en tiempos mejores, habían recorrido el camino de un extremo al otro, llevando en sus petates algo más que sus herramientas, también sus ideas.

Alessandra preocupada. Esperando llegar a tiempo.

Maximilian refunfuñando.

Y cruzaron el puente sobre el río Cea. Donde las lavanderas hacían su negocio, los rapazuelos jugaban y un vejancón pescaba con una vara de sauce.

El lansquenete tenía que preguntarlo.

—*Warum den?!* Tienes que decírmelo, ¿por qué?, ¿cómo coño hemos acabado metidos en esta...?

Gruñó su frustración, le pegó una patada a un guijarro, que salió rebotando hasta el borde del camino y acabó entre las hileras de puerros de la última de las huertas del alfoz de Sahagún.

—... en esta... *Diese scheiß Wahnsinn!* En esta locura —resopló, como cierto pío que, en realidad, estaba a un par de jornadas de marcha—. ¿Por qué no mandaste a tomar por culo al abad? ¿Por qué aceptaste*?* ¿Por qué?

Y Alessandra, que miró al guijarro perderse entre los puerros, iba a negarse, a decirle que tenían prisa.

Pero comprendió que tenía que darle algo al peculiar lansquenete. Algo a lo que aferrarse.

Alessandra le habló de su padre, de las deudas, del fraude, del terrible secreto que había descubierto. Incluso le habló de aquel hermano que había muerto siendo un niño. De su hermano.

Desafortunadamente, mientras hablaban, redujeron el paso, tanto como para que la mula, de tanto en tanto, les echase un mordisco a las milenramas al borde del camino.

Eso acortó la distancia.

Pero Alessandra se lo contó. Había aceptado la verdad, por dolorosa que fuera.

Y el lansquenete reaccionó como solía hacerlo.

—*Aber was für ein verdammter Hurensohn!* Cabronazo. ¿Cómo pudo hacer algo así?, ¿cómo? Un padre a una hija, hay que ser malnacido —y se repitió—: *Aber was für ein verdammter Hurensohn!*

Alessandra asintió, se hizo cargo. Melancólica, mirando al horizonte bajo las cejas, con la cabeza alzada lo justo para caminar sin tropezar.

—He de cumplir...

Maximilian la detuvo. Con una delicadeza que le quedaba rara, como aquel hábito de franciscano. Con un gesto de rabia contenida.

—No lo merece, *nein!*

Ella asintió. Se hizo cargo y respondió lo único que podía responder:

—Es mi padre. Y soy lo único que le queda. Si mi hermano no...

No era una historia nueva. Tenía ecos pasados. Padres, hijas, hijos, decepciones. Culpa. No, no era una historia nueva, pero era la suya.

—¡Es un hijo de la grandísima puta! *Ein verdammter Hurensohn!* Ahora entiendo a tu madre, ahora la entiendo, ¡yo también me hubiera metido a monja!

Ella, una vez más, respondió lo único que podía responder:

—Es mi padre.

Una octava más bajo, con sílabas que se arrastraban una detrás de otra, cargadas con las cadenas de una condena, sílabas que eran fantasmas clamando advertencias para los vivos.

Y algo en la expresión del lansquenete se volvió rudo. Se derritió aquella delicadeza.

—*Mist!* ¿Qué importan unos condenados huesos?

Y el desprecio tiñó su voz, tanto como el gesto con el que señaló el hábito de clarisa.

Pero ella, ella era una mujer que no se arrepentía de pisar donde pisaba.

—Fue la condición que puso el abad...

—Y su puto negocio —contraatacó Maximilian—, su condenado negocio. *Sein verfluchtes Geschäft!* Sus putos quesos.

El lansquenete cabeceó, resopló. Rechinó los dientes. Como un bayo, un pío y un alazán que, sin que pudieran saberlo, estaban unas leguas más allá, más cerca de Compostela, pero tan lejos que había un universo entero entre ellos.

Rozaba la furia. Y Maximilian apretó los puños hasta que las uñas mordieron las palmas.

—¿Y Balboa? —preguntó el lansquenete, abarcando de nuevo, con asco, el hábito de clarisa—. *Liebst du ihn etwa nicht?*

La pregunta burbujeaba en ácido.

Y Alessandra lo advirtió, el lansquenete parecía haber crecido dos palmos. Pero Alessandra no podía contestar, no había entendido la pregunta, y Maximilian reformuló la frase:

—*Mist!* ¿Y Balboa?

Alessandra sólo necesito un parpadeo para revolverse, furiosa ella también.

—Me engañó, me mintió... Me utilizó para robarme los secretos de mi padre... Escogió unas perlas —rebosando desprecio—, ¡perlas margariteñas!

Se contuvo, de milagro, estrujando el crucifijo. Y se agachó, y cogió un guijarro, y lo lanzó, tan lejos como pudo, más allá de los malditos puerros.

Dio dos vueltas sobre sí mismo, pateó otra media docena de guijarros.

Dos más.

Cabeceó. Resopló. Hizo rechinar las muelas.

Suspiró.

Y habló sin un solo juramento, entre dientes apretados. Y Alessandra no lo entendió, pero supo, instintivamente, que escuchaba algo que pesaba más que el plomo. Algo que iba a cambiar su vida.

—*Er hat es doch für dich getan...*

No lo entendió. Y lo entendió. Y a sus pies se abrió un abismo. Ahora fue ella la que agarró al lansquenete. Y lo sujetó con la fuerza de un cepo.

—Habla en cristiano.

Maximilian cabeceó, resopló, hizo rechinar las muelas y paseó el crucifijo de una mano a otra.

—Balboa iba a hacerlo, lo teníamos todo planeado, hasta un barco en Sevilla esperando. Y no lo hizo...

Del tirón, y en cristiano, sin una blasfemia, sin su idioma. Y cargado con tanta pena que le quedaba grande, incluso a pesar de sus hombros prodigiosos. Y le faltaban sus ropas de colores y sus extravagantes adornos, y en aquel hábito de franciscano parecía un niño perdido.

Alessandra se revolvió:

—¡Lo pillaron! Acabó preso...

El lansquenete sacudió el mentón. Rio. Volvió a negar. Resopló. Y la miró a los ojos.

—*Er hat die verdammte Arbeit nicht fertiggemacht!* Nos dejó en la estacada. Nos falló...

Y Alessandra abrió las manos, como si fuera por fin la confesión que había estado esperando.

—Os mintió también a vosotros. Es un ladrón, un descreído. ¡Y un mentiroso!

Y lo dijo mucho más fuerte de lo que lo hubiera querido. Al borde del grito, defendiéndose de no sabía bien el qué, pero defendiéndose. Porque el dolor de la herida había hecho de ella una bestia rabiosa.

Pero Maximilian no contraatacó. Estaba cansado. Y triste.

El alemán respondió con cinismo. Con un cinismo amargo y amarillo. Amarillo y oxidado.

—No lo entiendes. No salió del ataúd. Ni siquiera lo intentó. Lo hizo por ti. *Er hat uns überzeugt.* Por ti —sin fuerza, sin el arranque de un reproche, sólo con tristeza—. El maño y yo estábamos esperando, tenía que dejarnos entrar. Conseguir la reliquia, vender las perlas margariteñas, pagar a Mondragón y largarnos a Sevilla... Pero no salió del ataúd. Por eso lo apresaron...

—¡No mientas! ¡No lo defiendas! Quería estafar a mi padre, por eso vino por primera vez al almacén, para sacar quesos y venderlos a los intendentes...

El lansquenete no la dejó terminar.

—*Nein!* —Un instante de duda—. *Ja doch!*

Apretaba tanto el crucifijo que la plata iba a fundirse. Volvió a resoplar. Estaba hablando demasiado, rompiendo un juramento.

—*Ja doch!* Sí, íbamos a hacerlo. Al principio... ¡Pero no lo hicimos! Balboa descubrió los negocios de tu padre con el Turco. Y Balboa —el lansquenete abría y cerraba los puños— decidió aprovecharse...

Tal y como lo explicaba, no hacía que sonase mejor, pero Maximilian conocía a su amigo. Estaba seguro de que hubiera podido hacerlo. Le había visto hacer cosas más difíciles.

Acabó con un suspiro.

—*Nein!* No salió del ataúd. Lo hizo por ti. Y se jodió. Ni los zelandeses ni nosotros. Alguien dio el chivatazo...

—¡No es cierto! Mientes...

Mientras discutían, cruzaban el Cea caballos al galope. Caballos que los buscaban. A ellos y a Balboa. Que los habían estado buscando, arriba y abajo, de norte a sur.

Y el lansquenete negó, ya rendido. Confuso. Dividido entre sus lealtades.

—Zancos y yo queríamos, bastaba adelantarse. Nos había convencido, nos haríamos ricos en Zacatecas. *Uns erwartete ein Schiff in Sevilla!*

Roto el juramento. Maximilian se encogió de hombros y, sin mirarla a los ojos, confesó:

—Hay nuevas vetas. *Silber, Berge von Silber!* ¡¡Plata!! Y nadie como Balboa para andar bajo tierra, ¡es como los topos! Teníamos billetes para embarcarnos en un carguero de azogue que partía a

Veracruz. —Sacudió su cabezota, lamentando la oportunidad perdida —. Íbamos a hacernos ricos...

Alessandra, boquiabierta, intentaba digerir cada palabra. Y braceaba, ahogándose entre tanta verdad y tanta mentira. Sin saber qué creer.

—Lo teníamos todo planeado. *Wir hatten alles geplant, bis ins kleinste Detail!* Pero Balboa... Lo habría hecho. Lo habría hecho con los ojos cerrados. Nunca he conocido a nadie... Pero no lo hizo. Dejó vía libre a los zelandeses...

—Mientes...

No tenía sentido repetirlo una vez más, pero Alessandra no pudo decir otra cosa.

No pudo.

Lo intentó, pero era imposible. Estaba confusa, y dolida. Perdida.

—*Das ist die Wahrheit, die verdammte Wahrheit.* Ésa es la verdad. Tu padre los había contratado, a unos zelandeses renegados...

Volvió a patear una ristra de guijarros, y destrozó pulcras hileras de puerros.

Y cabeceó, y resopló, e hizo rechinar los dientes.

—Y nos habríamos ido a Zacatecas y yo no estaría aquí, con este jodido hábito. Estaría nadando en plata. Pero Balboa decidió no salir del condenado ataúd. *Es ist scheißschiefgelaufen!*

Cabeceó. Resopló. Rechinó los dientes.

—Se fue todo al carajo —tan frustrado que a ella no le hubiera extrañado que saltase a la huerta y pisotease todos y cada uno de los malditos puerros—, alguien, el cabrón del Turco, se fue de la lengua. Ni nosotros ni los zelandeses. El hijo de mala madre del Turco nos la jugó a todos...

Alessandra lo escuchaba. Lo escuchaba pero no quería creerlo.

—Se fue al carajo. Ni unos ni otros y la puta al río. Les rajaron el cuello a los zelandeses. Apresaron a Balboa. Del Valle lo fue a buscar... *Es ist komplett zum Teufel gegangen.* Y todo se fue al carajo... ¡Al carajo! *Alles ist den Bach runtergegangen!!*

Incrédula. A Alessandra se le llenó la boca de preguntas. Y de pena al comprender en dónde se había metido y lo que significaba. Intentó excusarse. Lo desechó. Pensó en cómo cambiarlo todo. Y al comprender que era tarde, sintió que se ahogaba.

Palpó su hábito. Pensó en él.

—¿No robó las perlas?

Pensó en Balboa.

—¿Acabó preso?

Y se le encogió el corazón.

—¿Lo hizo por mí?

Iba a patear otro guijarro, pero se contuvo Maximilian y, en su lugar, asintió, con tanta pesadez como sólo podía hacerlo un ahorcado con el dogal al cuello.

Y las lágrimas brotaron en los ojos de Alessandra. Y ella no clavó las uñas en las manos, ella sí golpeó.

Cerró los puños y golpeó aquel pecho inmenso del lansquenete.

—Mientes.

Una y otra vez, con todas sus fuerzas.

—¡Mientes!

Incansable.

—¡¡Mientes!!

Porque, a lo mejor, si lo rompía, la verdad también se rompería. Alessandra había quedado atrapada entre los dos hombres de su vida. Estaba en un puente. Su padre en una orilla. Balboa en la otra. Venía una terrible riada que rugía aguas arriba. Y el río bajaba lodoso, revuelto y ansioso, tragándose a su paso los bosques de

ribera, las casas, deshaciendo las orillas. Sembrando destrucción. Y ella no era una garza que pudiera echar a volar.

El puente no aguantaría.

Sentía cómo temblaba bajo sus pies.

Y llegaron los caballos.

VII

Tenía que suceder.

No había otro remedio.

Era imposible que no fuera así.

La idea de Alessandra era buena. Lo era de verdad. Había sido buena. Y tendría que haber funcionado. Pero la reconoció. Cómo olvidarse de aquel rostro, la única mujer por la que se hubiera dejado arrastrar al otro lado de una cama.

La había visto durante un parpadeo, entre las llamas, entre dos barcos condenándose el uno al otro, con la muerte danzando a su alrededor, apenas un parpadeo. Pero Thomas Frobisher era un hombre que apreciaba la belleza, de esa clase de hombres que sabe apreciarla.

Y la reconoció.

El ángel la reconoció.

VIII

Casi al galope, lo justo para que las bestias aguantaran. Y no levantaban polvareda porque la lluvia aún pesaba en los caminos.

Llegaron los caballos.

Y los caballos, como las bestias del Apocalipsis, traían jinetes cargados de muerte.

Esquiladores y un ángel, con dos perlas y tres pistolas.

Y el primero de los caballos estampó un casco en una piedra. Una que había pateado la sandalia del lansquenete. Y también acabó entre los puerros.

Y el ángel miró. Miró porque una monja y un fraile al borde del camino tenían algo de estampa, porque al ángel le gustaban los nuevos óleos de Flandes, y aquella imagen le pareció una sátira perfecta para un cuadro.

Tenía algo cínico, un tanto podrido, muy divertido.

Una monja golpeando el pecho de un fraile.

Miró. Empezó a sonreír. Pese a todo lo sucedido. Pese al dolor de su corazón, que se había quedado huérfano. Lacónico, pensó que era la primera vez que sonreía desde que había encontrado a John en el asqueroso almacén de lanas.

Miró.

Y vio.

Y la reconoció.

IX

El ángel, y era cierto que tenía rostro de ángel, bello como el rocío. Más aún con la máscara de tristeza de haber perdido a quien amaba. El ángel hincó los talones, espoleó al caballo, echó el peso adelante.

En el camino a Compostela.

Incluso abofeteó el anca del animal.

Y soltó las riendas, usó las rodillas. Y sacó la pistola del fajín a su cintura, y le arrimó la mecha que llevaba enrollada en el brazo.

Y levantó la mano.

X

Camino a Compostela, de Sahagún a Astorga, murmuraba aquella mañana de primeros de mayo algo de primavera tardía.

Al borde de aquel otero donde crecían tres pinos, lo único que descolgaba una sombra decente en una legua entera, brotaban cardos morados y una mata de collejas, con sus delicadas flores, como diminutas copas para la mesa de un rey de los trasgos, flores que los ingleses llamaban con un nombre precioso, poético, triste.

Y acababa de cruzar el Cea, a sólo unas cuantas leguas, un ángel que le hubiera podido susurrar a Balboa aquel nombre.

—*Maiden's tears.*

Eso le habría susurrado. Quizás incluso hubiera besado el lóbulo de aquella oreja, porque los ojos violetas de Balboa le susurraban a su vez a aquel ángel.

Y quizás incluso le hubiera contestado a la pregunta, si Balboa la hubiera hecho.

—Lágrimas de doncella.

Ésa era la traducción.

Aunque también era probable que aquel ángel le hubiera descerrajado un tiro en el hígado.

Quién sabe lo que habría sucedido.

Pero no estaba allí, junto a los pinos, el ángel inglés; estaba un palangrero con las manos pesadas de callos y la boca cargada.

—¡Con lo que haya! ¡Hostia! ¡Con lo que haya! Pero hay que apretar el culo y achicar, porque si no, te vas al fondo...

Eso fue lo que le dijo, no le habló de las delicadas flores de la colleja, de aquellas *lágrimas* al borde de la pinocha de los pinos.

Y Balboa miró a aquel tipo, que era como una moneda trucada que siempre caía de cara. Zabala era el rostro de la honestidad.

—Ni siquiera hay dedal...

Balboa lo reconoció derrotado. Quizá lo mejor sería olvidarse de los muertos. Qué le importaba a él Coruña. Qué más le daba.

Nada tenía. Y lo había perdido todo.

Balboa miró hacia levante, hacia Sahagún, hacia Castrojeriz, Logroño, Pamplona. Y se preguntó dónde estaría ella. Y dónde estarían las palabras que no le había dicho. Podía dar la vuelta, correr hacia ella.

Lo hubiera hecho de haber sabido lo que sucedía.

Pero Zabala, después de acariciar al perro entre las orejas, se rio, con esa risa de abuelo que, con paciencia, ve a su nieto meter la pata una vez más.

—¡Ahí va!, ¡la órdiga! Pues si no hay dedal, entonces te la bebes, ¡cojones! ¡¡Te la bebes!! Lo que haga falta.

Y Balboa, sin poder remediarlo, iba a darle explicaciones, a darle todas las razones por las que era imposible achicar agua de aquel barco a la deriva.

Iba a hacerlo, se incorporó, logró levantarse. E iba a hablar.

Abrió la boca.

Pero Zabala, con aquel ímpetu suyo, no le dejó, tenía algo más que añadir:

—Y mientras te la bebes —tenía la certeza absoluta de llevar la razón—, rezas, ¡cojones! Al Altísimo y al santo y bendito apóstol Santiago —hablaba como golpearía un árbol con un hacha—, al que el mismo Dios guarde muchos años en Compostela, ¡hostia! ¡¡Ya!! ¡¡¡Cojones!!!

Y el perrillo levantó la cabeza y ladró su aprobación.

—¿El apóstol? —preguntó Balboa tambaleante—. ¿Compostela?

—¡El apóstol Santiago! —insistió Zabala.

Y Tizón volvió a ladrar.

—Compostela...

Ahora no fue una pregunta lo de Balboa, repitió el nombre como si las letras pesasen quintales, como un chicuelo tragando jarabe. Arrugando la nariz al principio pero, dándose cuenta, al poco, de que no sabía tan mal como esperaba.

—Sí, ¡cojones! —insistió Zabala.

Y el rostro de Balboa se iluminó de pronto.

—Llegaría antes a Compostela que a Coruña —dijo Balboa, como en sueños.

Aquel violeta suyo se perdió por las faldas del pico Teleno.

—Compostela está antes que Coruña —repitió, con más de firmeza en la voz, como si el hielo bajo sus pies hubiese engordado —, antes.

Fue cómico el cómo se miraron Tizón y el palangrero, con la misma pregunta en los dos rostros, y quizás era cierto aquello de que los animales se parecen a los hombres con los que comparten su vida, porque también el perrillo fruncía el ceño.

Entonces Balboa silbó, y el alazán, que era siempre el más vivo de los tres caballos, trotó a su lado.

El rostro de Balboa vibraba. Emocionado.

Tuvo que impulsarse en el tronco de aquel pino, que tenía una corteza rugosa y llena de escamas, como la de una gran bestia apocalíptica, y consiguió echar a andar.

Bajo la sorpresa del perro y su dueño, acarició a Tizón entre las orejas, enérgico, y abrazó al palangrero. Le plantó un beso en los morros.

—¡Compostela!

Y todavía bajo la sorpresa de los dos, perro y hombre, se montó en el alazán, recogió las riendas del pío y del bayo y se puso en camino. A Compostela, hacia el oeste.

Aquel peregrino mal hablado y abrupto no le había robado lo poco que le quedaba, al contrario, le había regalado una idea.

Se quedaron Tizón y Zabala mirándose, y fue el palangrero el que dijo la última palabra.

—¡Ahí va! ¡La órdiga! Están locos estos gallegos...

XI

Abrió los ojos con las narices atestadas de aquel punzante olor y juró que jamás en toda su vida volvería a comer puerros.

Gruñó.

Parpadeó.

Allí, a dos pasos, un lagarto atrapó a un alacrán que se escurría entre la tierra fértil del huerto, y empezó a comérselo mientras el bicho aún pateaba.

Llevaba una eternidad allí. Y la vida a su alrededor había continuado, con su crueldad y con su esperanza. Un poco más allá, un verderón saltaba entre los puerros picoteando la tierra. Y el sol, que ya se caía en el cielo, hacia la tarde, confirmó la impresión.

Llevaba horas allí, entre los puerros. Y tenía la boca llena del punzante olor, casi metálico. A saber cuántos habían quedado espachurrados, rotos y tronzados.

Gruñó.

Se llevó una mano tentativa a la cabeza y palpó con cuidado, como si fuera fruta madura a punto de reventar.

Sus dedos regresaron manchados de sangre. Y la tierra que tenía en la mano la absorbía con ansia, sin saber que no era agua de lluvia.

Volvió a gruñir.

Y se levantó. O lo intentó, porque necesitó quedarse a gatas un paternóster entero, luchando con las arcadas que, súbitamente, le rompieron la garganta.

Algo que reafirmó su decisión de no volver a probar jamás, incluso aunque su vida dependiera de ello, un puerro, hervido, asado, frito o como demonios fuera.

—*Scheiß-Lauche, alle miteinander!*

La mula no opinaba lo mismo. Metida entre los bancales de la huerta, aprovechaba la ocasión para mordisquear los condenados puerros.

Tambaleante, con una pausa para apoyar las manos en las rodillas antes de erguirse por completo, el lansquenete logró espantar a la lagartija y al verderón. Y entrecerrando los ojos, poco más podía hacer contra el dolor lacerante sobre la oreja, miró en todas direcciones sin encontrar más que huertas y camino.

Era un soldado bregado.

Y no le hacían falta explicaciones.

Recordó los puños golpeando su pecho, la angustia. Era imposible olvidarla.

—Mientes.

Había comenzado ella.

—¡Mientes!

Había continuado. Los puñetazos. La rabia encendida.

—¡¡Mientes!!

Y entonces había oído los caballos, los cascos de los caballos, el tintinear del hierro, el sonido inconfundible que tantas veces había

escuchado en la guerra. Hombres armados.

Se giró justo a tiempo. Los puños de Alessandra golpeaban su pecho.

Se giró justo a tiempo, para ver el cañón de la pistola. Negro como un abismo.

Y llegó la explosión.

XII

Había tenido suerte. Y lo sabía. Era un soldado bregado.

Sólo el galope del animal lo salvó, una pulgada arriba o abajo, y estaría muerto.

Seguía vivo porque lo habían dado por muerto.

Y lo habían dejado allí tirado, entre los puerros.

La bala lo había golpeado como una coz. Le había abierto una enorme y fea brecha que peinaba una raya desde la sien, por encima de la oreja. Y sangraba arruinando aquel hábito de franciscano que Alessandra consiguiera para él.

Lo sacudió una arcada y Maximilian abonó los condenados puerros con todo lo que llevaba dentro, hasta la leche que mamara cuando andaba a gatas.

Vomitó, escupió, y después del último tropezón de pan, en el que aún se distinguía la miga, lo último que salió de su boca hizo que se sintiera mejor.

—*Scheißdreck! Donnerwetter! Zum Kotzen!*

Sólo entonces logró asimilar su situación.

Se la habían llevado. Aquel inglés malnacido de los rizos de oro se la había llevado.

Y tenía dos opciones.

Continuar hacia Compostela y seguir enmierdándose.

O volverse y tirar camino a Zaragoza.

Miró hacia el este.

Miró hacia el oeste.

Miró hacia la mula, que cargaba con sus pertenencias, incluyendo el enorme fardo, casi tan largo como el lomo del animal, donde se escondía el montante gracias al que se había hecho un nombre en las batallas de Flandes.

Y miró hacia el crucifijo.

—Scheiße, du wirst warten müssen, mein Freund, du wirst warten müssen.

Y quizá recordó que su querido amigo no habría entendido, así que tradujo la frase...

XIII

Como un fardo.

Como un fardo, pero con las manos atadas y el corazón anegado. Porque ni siquiera la rabia que sentía por haberse dejado atrapar servía de consuelo.

No quería llorar, pero el viento le arrancaba lágrimas de las mejillas. Lágrimas que no caían, que se quedaban atrás, las primeras a unos pasos de los puerros, las últimas en el horizonte. No quería llorar, pero lloraba, con el ceño fruncido, cosiendo los labios con rabia, perdida la esperanza.

Lloraba.

Y sus piernas golpeaban el costado del caballo con cada tranco y, de algún modo perverso, sonaban a puñetazos en la tapa de un

ataúd. Y el coro que le hacían los cascos del caballo no alegraba la melodía.

Como un fardo, como unas alforjas. Se le clavaba el arzón de la silla, le golpeaban las rodillas del jinete. Y la punta de la daga pinchaba su cuello.

Se la llevó, como un salvaje, con prisa, y la daga fue suficiente para que comprendiese que poco podía hacer, ella sola, contra once.

Diez esquiladores convertidos en demonios y un ángel.

Una de las tres pistolas aún humeaba.

Y Alessandra lloraba.

Por lo que no había podido decirle a Balboa, por lo que le había dicho.

Lloraba por el pobre Maximilian, muerto en un campo de puerros. Lloraba por la pobre sor Angustias, por las amenazas del abad de Bourburgo. Lloraba por haber descubierto que el hombre que la amaba la amaba de verdad, pese a las mentiras.

Y lo había perdido.

Había perdido a Balboa.

Había muerto el maño. El lansquenete Maximilian. Sor Angustias.

Y no salvaría a su padre. Ya no. El abad había exigido que llegasen a Compostela, que evitaran el expolio. El abad había descubierto que había algo más que ingleses en aquel condenado lío.

Lloraba, era lo único que podía hacer. Y la daga, a cada tranco del caballo, pinchaba su cuello como espinas de una rosa, pero con la amenaza de que un grito, de que resistirse, la mataría.

Se la llevó, como un fardo.

XIV

Y quizá recordó que su querido amigo no habría entendido, así que tradujo la frase.

Maximilian, que le dio un tierno beso a la plata del Cristo antes de colgárselo del cuello, tradujo la frase, menos el taco con el que la había empezado, ése lo dejó en su idioma, donde era más fácil mantener la boca sucia.

—*Scheiße*, tendrás que esperar, amigo mío, tendrás que esperar...

Y se acercó a la acequia para limpiarse.

Estaba listo para cuando un labriego, con azada al hombro y ceño fruncido, llegó escupiendo maldiciones que competían con las suyas.

Pero Maximilian ni siquiera se volvió.

Habían regresado los colores chillones, los gregüescos acuchillados y un sombrero lleno de plumas que había comprado, y escondido, en la plaza Mayor de Castrojeriz.

Llevaba el coleto, pero sin espaldera, y el enorme montante.

Seguido por la mula, en la que, por pura dignidad, se negó a montarse, echó a andar a paso rápido, contento de volver a calzar las botas y deshacerse del maldito hábito de franciscano, que ardía al borde del camino, entre los guijarros.

Eso se decía que hacían los peregrinos al llegar a Compostela, vender sus ropas si todavía tenían uso, o quemarlas. Pero Maximilian estuvo seguro, allí, algo más allá de las orillas del Cea, de que no volvería a necesitar el maldito hábito.

Fue el labriego el que pisó la fogata y apagó las llamas, maldiciendo con variopintos juramentos el desastre que encontró en sus puerros.

Pero no se hubiera atrevido jamás a detener a aquel estrambótico tipo, que se calaba un extravagante sombrero sobre un llamativo pañolón amarillo atado en la cabeza, ladeado, con un toque de coquetería, cubriéndole la herida en la sien.

No parecía un tipo con el que razonar, ni siquiera se volvió.

Lo que sí encontró el labriego, después de apagar el hábito ardiendo, fue un montoncillo de guijarros, como los humilladeros al borde del camino. Y encima, colocados en una pulcra pila, tres reales de a ocho que pagaban por los puerros y mucho más.

Con la azada al hombro se quedó mirando las espaldas de aquel estrambótico personaje y su mula, él era apenas más alto que el animal, pero más ancho.

Y lo vio marcharse.

Hacia el oeste.

Hacia Compostela.

Lo vio marcharse con la azada en una mano, las monedas en la otra y sacudiendo la cabeza con incredulidad. Porque jamás en su vida había visto semejante peregrino.

XV

Había muchos humilladeros a lo largo del camino. Era una de las viejas costumbres. Tan vieja que estaba cubierta de leyendas.

Había muchos, pero el más importante de todos, donde se detenían siempre los peregrinos, aunque fuera el más humilde, era la Cruz de Ferro; al pie de las montañas gallegas, antes de que el camino abandonase las mesetas leonesas para perderse en los verdes, más oscuros, de las lluvias gallegas.

Y en lo alto de la cruz, sin respeto alguno por el símbolo que había usado como percha para cagarse a gusto, se había apoyado una abubilla que erizaba la cresta y miraba con curiosidad a quien se aproximaba.

Salió volando cuando los caballos alcanzaron el lugar.

Tres caballos. Un pío, un bayo, un alazán. Y un solo jinete que no tiró de las riendas. Que pasó junto al montón de piedras que asentaba la enorme cruz.

Pasó de largo, sin detenerse, pero tiró una piedra.

Una piedra que cayó sobre el humilladero, donde había incluso sandalias viejas, y también un sombrero atado al pie de la cruz.

Pasó de largo. Y la piedra rodó como una pequeña avalancha.

Para cuando se detuvo, la abubilla, pintada de primavera con sus marrones que parecían naranjas, volvió a apoyarse en uno de los brazos de la cruz y la vio detenerse entre las demás.

Esa piedra era una promesa. Promesas, votos, juramentos. Recuerdos y deseos. Esperanzas. Eso eran todas y cada una de aquellas piedras. Dejadas a la ida, a la vuelta. Al pie de la cruz.

Era una promesa, una que había salido de un bosque del Pirineo, una piedra de un peculiar color rosado, como las murallas de cierta ciudad conocida por el paso de los peregrinos.

Eso dejó el jinete, sin detenerse, una piedra que era una promesa y una palabra. Una sola palabra. Un nombre de mujer. Un nombre italiano.

—Alessandra.

XVI

Se detuvieron en un otero que asomaba en el verde mar de cereal como una roca en marea baja, coronado por tres pinos donde las ardillas rebuscaban piñones.

La tiraron al suelo, entre las agujas de pino y unas migas de pan blanco, pan de ese limpio trigo de León, que se disputaban, afanosas, unas hormigas.

Seguía llorando.

Y lloraba sin admirar, allí, a su lado, en aquel mismo otero, cómo florecían *lágrimas de doncella* en una delicada colleja.

—Un trago, un bocado, y seguimos —apenas con acento.

O con el acento de quien los tiene todos, del que habla varios idiomas con facilidad y pierde el tono de todos y cada uno para hacer algo nuevo y distinto. Sin la música del franco o el gallego, sin la alegría de los lombardos, sin el paladar del inglés o las esquinas de los germanos.

Dio la orden y se acuclilló a su lado.

—¿Agua?

Estaba muerta de sed, y de melancolía. Pero negó. Sacudió el mentón. Mordió con fuerza. Negó y exigió.

—¿Quién eres?, ¿qué quieres? —preguntó Alessandra.

Y él sonrió.

Una sonrisa melancólica y nostálgica que lo hizo aún más bello. Era, realmente, el hombre más bello que jamás hubiera visto Alessandra. Una belleza fría, como una helada de madrugada. Pero belleza. Era, sin duda, un ángel.

Maldito.

Envuelto en pólvora.

Con dos perlas y tres pistolas.

Pero un ángel.

Y no contestó, sólo acercó a sus labios un odre con agua.

—No te saldrás con la tuya —amenazó ella.

Y lo hizo sin saber por qué lo decía, sólo por la angustiosa necesidad de negarse a aceptar la realidad. Como un puñetazo al aire, inútil pero cargado de rabia.

—Le dijo la lombriz al pescador —respondió lacónico.

Y destrozó las palabras como grano entre piedras de molino. Era un ángel con la voz rota.

Y ella refunfuñó.

Y él sonrió.

Y a ella le hirvió la más negra de las bilis en los recovecos de la garganta, porque aquella sonrisa invitaba a refugiarse, parecía un hogar encendido y esperando en un frío día de invierno. Apetecía arrimarse y calentar las manos.

—Querida —continuó él—, en eso te has convertido, me temo. En una lombriz, preciosa, pero una lombriz.

Y la sonrisa bailó una maravillosa danza, satisfecha, incluso un mechón de rizos dorados se deslizó por un costado de la cara y enmarcó aquella sonrisa, que merecía ser enmarcada.

—Querida, ese loco no llegará a tiempo. El desembarco ya habrá empezado. —Y sacudió aquella cabeza, y más de un cantero, de un *arxina*, como los llamaban en los viejos tiempos, hubiera vendido su alma al diablo por tallar algo así de bello—. Coruña ha caído, o caerá mañana.

Ella apretó los labios con fuerza, en un gesto de rabia, de portazo.

—Ya no importa si entrega el mensaje, preciosidad —continuó el ángel Thomas Frobisher—, no puede detenerlo. Caerá Coruña, Compostela, y Lisboa. Y con Lisboa en llamas, querida, la Corona volverá al hijo del prior.

Se mantenía en cuclillas sin esfuerzo, sin tambalearse, sobre las puntas de los pies, con los talones unidos y las manos colgando entre los muslos, y entre las manos paseaba una gran perla que Alessandra no sabía de dónde había salido.

Siguió callada.

Y empleaba toda su voluntad para no llorar.

Él asintió, con picardía, con brillo en unos ojos que tenían el azul de un mar amanecido. Y trabó la perla en el cinto, como hacía con una extraña moneda el hombre al que perseguía. Desenrolló las mechas que reptaban por sus antebrazos. Y se remangó, ambas manos, y desenfundó la daga.

Y preguntó:

—¿Cómo se llama?

XVII

Tenía una piel tersa, los músculos de los antebrazos dibujaban olas cuando movía los dedos. Y a las manos sólo les faltaba algo que acariciar.

Entonces vio las cicatrices.

Como una telaraña que estropeaba aquella delicada piel que invitaba a perderse en miles de besos. Cortes que se cruzaban unos con otros, que dibujaban laberintos de dolor.

La daga era una belleza de acero damasquinado, la daga de un príncipe. Una gumía turca. Y el inglés la manejaba con soltura, con la destreza de quien ha acostumbrado la mano al peso y equilibrio del arma, la apuntó con la hoja, afilada hasta el suicidio.

Y preguntó:

—¿Cómo se llama?

La voz era como pisar gravilla. Pero Alessandra no respondió. Y la daga se acercó, haciendo bailar brillos.

—¿Quién es?

Tampoco respondió. Y tampoco a la retahíla que siguió en rápida sucesión.

—¿Cómo lo descubrió?, ¿de dónde lo sacó Del Valle? —con aquella voz rasposa, como arrastrar arena—, ¿en qué Tercio sirve?, ¿quién es?

La daga brincaba entre los dedos. Y eran unas manos que hacían soñar con caricias. Firmes, pero no rudas. Recias, pero no bastas. Era un ángel, pero tenía el alma negra, tan negra como su pólvora.

—Querida —continuó Frobisher—, se llame como se llame, es hombre muerto. Ese juego de espías, de mensajes cifrados, ya no importa. Se ha acabado. *It's over.* Y yo tengo otros asuntos de qué ocuparme.

Y el tono, enigmático, reveló, de fondo, como tras una cortina, algo del origen de su dueño. Inglés, sí. Norteño. Del frío. Hijo de aquellos vikingos que habían sembrado el terror en las islas.

No acercó la daga al rostro de Alessandra.

La acercó a su propio brazo.

Y la apoyó en la piel, en la miríada de cicatrices que había allí, unas viejas, pintadas con nácar, otras frescas, con el tono rosado de las mejillas de un bebé.

Alessandra temió lo que sucedería, pero no pudo cerrar los ojos. Algo morboso la obligó a mantenerlos abiertos.

Y la hoja de la daga se deslizó por aquella piel. Arruinándola.

El ángel cortó su propia carne y su expresión era de locura. Una mezcla entre el dolor y el orgasmo. Una revulsión que provocaba arcadas. Más aún porque seguía siendo bello. Incluso con aquel rostro demente entre los rizos dorados.

—Pero ese malnacido, tu malnacido...

Alessandra echó el mentón atrás, no pudo evitarlo. Había sido como verter sal en una quemadura. Y eso divirtió al ángel.

—Querida, habría que estar ciego para no verlo...

Siguió Alessandra reuniendo silencio. Y coraje. No pensaba darle el nombre. No lo haría.

—Y tu malnacido es para mí, ¿entiendes, preciosa? Mío. Lo quiero para mí.

Y aquello pareció divertirle. No rio. Pero aquella sonrisa que invitaba a la lujuria medró. Y los dientes brillaban más que la perla que colgaba de su oreja, o que la perla que había guardado en algún rincón del cinto.

—No te apures, querida —con aquel tono divertido—, puedes quedarte con su corazón, eso no es lo que me interesa. Podréis amaros —elevó el tono, como en un suspiro—. Amaros más allá de la tumba, en un amor eterno, limpio y puro. Seréis como esos dos veroneses sobre el escenario de The Globe... Fui a ver el estreno antes de embarcarme, ¡una delicia!

Alessandra no entendió. Y Thomas lo advirtió. Y desechó el asunto sin darle importancia.

—Querida, podréis amaros hasta el día del Juicio Final, pero él estará muerto. Y tú vas a ayudarme —sentenció el ángel.

Y la apuntó con la daga de nuevo, y en la hoja temblaba una gota de sangre.

Alessandra no pudo seguir callada.

—¡Arderás en los infiernos!

Y escupió. Con todas sus fuerzas, qué otra cosa podía hacer con las manos atadas a la espalda, tirada en la pinocha de una pequeña isla en aquel océano de trigo, centeno y avena.

Y él rio. Con carcajadas que eran música. Su voz sonaba a sierra. Pero su risa era bella.

Envainó la daga. Y, en un gesto que daba escalofríos, lamió su propia sangre de la herida recién abierta.

—Eso, querida, no es ninguna novedad —repuso lacónico, bajándose las mangas para cubrir la nueva y las viejas heridas—, hay pecados que ni los tuyos ni los míos perdonan —continuó enigmático—. No son buenos tiempos para amarse —sentenció con una pizca de rabia—, al menos no para todos. Y yo jamás he comprendido qué puede importarle a Dios a quién amamos y cómo lo amamos...

Ella dudó. Rumió las palabras, segura de no entender todo lo que había detrás. Y él se recompuso. Y abandonó aquel asunto de la condena a los infiernos.

—Tenemos que llegar a Coruña, y embarcarnos. Y tú, querida, deberías rezar porque esa escoria vil y cobarde aparezca...

Alessandra lo interrumpió, saltó como el mordisco de una víbora.

Tuvo que hacerlo, porque aquel desprecio le dolía, porque aquel desdén hacia el hombre que amaba arañaba su propio orgullo.

Lo interrumpió:

—Balboa, Barrabás Balboa, ése es su nombre, y te matará.

Thomas Frobisher volvió a sonreír, enseñando de nuevo aquel rosario de marfil que tenía tras los labios.

—Eso han jurado muchos, preciosa. Muchos más de los que pueden contarlo.

Y Alessandra supo que no mentía. Tuvo la certeza de que aquel ángel se sacudía las amenazas de muerte como gotas de lluvia tras un paseo, con dos palmetazos sobre los hombros.

—Deberías rezar, querida. Haz honor al hábito. Reza porque aparezca antes de que embarquemos. Porque me marcharé con un muerto más en la conciencia, y tú eliges... O él o tú. Así que, preciosidad, vamos a buscarte un buen anzuelo, a ver si pescamos a tu pececito.

—¡Puerco! ¡¡Bastardo!! ¡¡¡Hereje!!!

Thomas Frobisher dejó que los insultos se fueran desagüe abajo, con la calma de quien tiene experiencia. Y continuó hablando como si no mereciese la pena escucharla.

—Yo me vuelvo a casa. Estrenarán algo en The Swan, o en The Rose.

Y Alessandra hubiera jurado que había melancolía en la voz del inglés.

—Quizá consiga de una vez la oportunidad de actuar —añadió aquel ángel, que pasaba de la muerte a los escenarios como si fueran ingredientes de una receta, sin darle importancia—. Y si no, lo pagaré yo mismo, voy a ser rico. —Soltó una risilla, que sonó deliciosa, a campanilla anunciando la entrada del rey en un gran salón—. Podré montar mi propio teatro...

Quedó aquel ángel soñando, por un instante. Y cayó a tierra de golpe, y su rostro se llenó de enfado.

—Pero antes, querida mía, dejaré en este condenado lugar, que apesta a ajos y a mierda, un muerto más. Uno —remarcó alzando un dedo de la derecha y recogiendo en la izquierda la perla del cinturón —. Tú o él, querida, tú o él...

Fue una revelación, lo supo de golpe, o lo intuyó. Y escupió el insulto con mucho más acierto que aquel pobre gargajo que las hormigas rodeaban para llevarse las migas al hormiguero.

—¡Sodomita! ¡¡Desviado!! ¡¡¡Pervertido!!!

Ahora la sonrisa no dejó de ser bella, eso era imposible, pero sí se volvió cansada. Final de largo viaje.

—Querida mía, eso ya me lo han dicho antes, y jamás lo he negado. Y donde me guste a mí calentar mis pasiones no va a salvarte el cuello. El único que puede hacerlo es ese Balboa...

Alessandra se refugió en el silencio.

Y él comprendió que no le sacaría nada más. Así que se puso en pie sin un solo mohín después de tanto tiempo acuclillado. Y dio la orden.

—¡Nos vamos! *Let's go.*

A sus hombres, con aquella voz que sonaba a pisar un bosque en otoño. Y a ella, sólo a ella, endulzando el tono, como si estuviera a punto de echarse a cantar una nana. Sólo a ella le dijo algo más:

—*Let's go fishing.*

XVIII

Le bastó preguntar unas cuantas veces, y la respuesta fue la misma. Siempre.

—Seguían camino...

Con la mano estirada. Apoyado en un sacho en un campo al borde del camino, o sujetando una cesta cargada de arcilla para hacer potes y cacharros. Incluso con un manojo de cardos para atrapar pajarillos.

Eso le contestaron el labrador, la alfarera y el pilluelo con la cara picada de viruela.

Todos habían visto pasar al ángel y a sus demonios. Y todos lo recordaban. Como para olvidarlo. Hombres rudos armados.

Y el camino sólo podía ser uno, para bien o para mal.

Su enemigo iba hacia el oeste, hacia Compostela. Lo confirmaron el labrador, la alfarera y el pilluelo.

Y Maximilian se sintió confiado, seguro de que podría robar un caballo, de que un hombre solo podía, tenía que alcanzar a un grupo con una rehén.

Se equivocó.

XIX

Era un palomar, anejo a una venta donde se suponía que se podía comprar cecina y queso. Pero era difícil distinguir una cosa de la otra, porque la escuálida venta tenía tanta mierda que hubiera servido de gallinero y no de palomar.

Aun así, unos días después de haberle comprado dos pajarillos a aquel pilluelo picado de viruela, el lansquenete se detuvo.

Para hacerse con algo de comida y para preguntar. Esperando la misma respuesta. Esperando que el camino fuese la respuesta.

Y se equivocó.

Había allí sombras, suciedad y una brisa que corría por los agujeros entre los malos remates de adobe, una brisa insuficiente, porque olía peor que una cochiquera, como si el estiércol del palomar lo almacenase allí mismo el ventero.

Y estaba vacía.

Le dio tan mala espina que, por puro instinto, la mano del lansquenete abandonó la plata que llevaba al cuello y se fue a la empuñadura de su montante.

La desconfianza ganaba más batallas que el valor.

Sin embargo, el tipo que apareció al apartar un desastrado cortinón lo convenció de que podía retirar la mano del arma.

Era cojitranco, pequeño, y sucio de pies a cabeza, y tenía las manos ocupadas con dos pichones muertos, uno en cada una.

Lo miró desde su barba hecha de rastrojos. Y sorprendió al lansquenete.

—Ah, preguntábame si vendrías o no —le dijo el ventero, con una voz que rascaba tanto como aquella barba—. Bien pensé que enloquecido era él. Creer lo que decíame costóme...

Y dejó los pichones en un cepo en el que aún había plumas prendidas en las grietas de la madera. Plumillas grisáceas salpicadas de carmesí.

No supo qué decir Maximilian, inclinó la cabeza y entrecerró los ojos, para calibrar al hediondo tipejo, sobre el que revolotearon media docena de moscas que no se molestaba en espantar.

—Díjome que si un lansquenete apareciese —revolvió el ventero los ojos, admitiendo que aún le costaba creerlo—, un mensaje darle debía...

Acababa las frases como si fuera a decir algo más, pero callaba con la última palabra al borde del abismo.

Maximilian permaneció callado.

—Por si acaso, díjome —explicó el ventero sacudiendo el mentón incrédulo—. Quizá siguiéndolo veníanle...

Y el ventero se acomodó en una sillita de mimbres, coja como él, y empezó a desplumar los pichones. Como si ya no tuviera más que decir.

—*Verdammt nochmal, na gut.* ¿Qué mensaje?, ¿de quién?

El ventero lo miró, por debajo de un sombrero de pajas de centeno, con tantos agujeros como polillas un viejo banco de iglesia.

—El nombre no dejóle...

Desesperaba, pero el lansquenete intuyó que no tenía muchas opciones.

—*Mensch, was soll das, Vollidiot?* —y no lo tradujo, por no herir sentimientos—. ¿Qué mensaje?

El ventero empezó con el segundo pichón, tenía una habilidad endiablada pese a los dedos hinchados por los años y la reúma.

—Cecina y queso díjome que comprarías...

Dejó los dos pichones en el cepo y se levantó para sacar, de un pote de barro tapado con un lienzo sucio, un tajo de cecina por el

que gateaban gusanejos que espantó con la mano, sin molestarse en disimular.

Y no tardó mucho en sacar, con aquella mano, en la que aún había plumones pegados, un trozo de queso de otro pote lleno de aceite, uno que parecía listo para adoquinar una calle cualquiera.

Depositó la cecina y el queso junto a los pichones.

Y Maximilian resopló, pero acabó abriendo la bolsa.

No hablaron. El lansquenete fue poniendo una moneda encima de otra, con un tintineo que hacía brillar los ojos lechosos del ventero.

Una a una, hasta que el otro envolvió en un trozo de sarga el queso chorreante y la cecina y los empujó hacia el lansquenete.

Sólo entonces volvió a hablar.

—Dejólo para ti...

Y le pasó un papel que se sacó del fajín y que quedó irremediablemente manchado de aceite.

Maximilian lo cogió, con suspicacia, lo abrió, con cuidado, como si fuese a explotar.

Leyó. Con sorpresa. Ojos abiertos y pasando la lengua por los labios, secos de pronto.

Releyó. Se tensó, se volvió un arco antes de soltar la flecha. Mandíbulas apretadas. Venas hinchadas. Nudillos blanqueados.

Se marchó sin recoger su cecina y su queso.

Montes, agua y piedra



I

Las llanuras de cereal tropezaban con montes, colinas y montañas.

El terreno ascendía, se desvestía los verdes del trigo, el centeno y la avena, y se volvía coqueto, se abrigaba con otros más intensos, como enfadados. Los verdes de tojos, zarzas. Robles. Robles y castaños que sostenían el cielo y atrapaban nubes.

Aquel verde rabioso era la frontera del viejo Reino de Galicia. Allí, al borde del océano tenebroso, encerrada en aquel verde abrupto, la vida se quedaba ayer y pensaba en mañana, pero no vivía hoy.

Y empezó a llover.

Porque las nubes no tenían el valor de saltar los riscos y juguetear en León como chicuelos con permiso del maestro. Las nubes se quedaban en aquellos montes, y enseñaban a los cerezos, porque en aquellos montes, gastados, sobados, viejos, los cerezos tejían sus propias nubes con delicadas flores.

En aquellos montes, las vacas se hacían pasar por cabras. Los urogallos atendían a la cría. Los rebecos brincaban. Los lobos

cazaban. Y las águilas, señoras del cielo, todo lo vigilaban.

Llovía.

Mansamente, como si tuviera pereza la lluvia, que se escurría por cientos de arroyos donde despuntaban bloques de granito.

Así eran aquellas tierras. Lluvia y piedra.

Torrentes y ríos. Granito, pizarra.

Así eran, y estaban sembradas de viejas leyendas.

El santo cáliz encerrado en una ermita. Tres fortalezas perdidas, barridas por el mismo Almanzor. El gran río que iluminaba el camino y servía anguilas. El palacio de un rey olvidado. La hogaza de pan que una descastada le negó a un peregrino hambriento y acabó convertida en piedra.

Lluvia y piedra. Leyendas. Y recuerdos. Los recuerdos de un jinete con tres caballos. Que olían a malvas y que sonaban en la voz cansada de la abuela Elo.

Faltaba poco. Un último esfuerzo. Ya se oían las campanas de Compostela.

II

Tap.

La pluma golpeaba el borde del tintero.

Tap.

Y, en los despachos del espléndido palacio que construyera el obispo Diego Gelmírez, al que a punto habían estado de linchar en dos ocasiones, su sucesor, Juan de San Clemente, se mordía el labio inferior.

Años atrás, en Compostela, era el clanc del hierro contra el hierro. Era el soniquete de los canteros el que daba vida a la ciudad. Ahora,

que ya no llegaban peregrinos, era el rasgar de la pluma en el papel, o las dudas de la pluma en el tintero, inventando excusas.

Tap. Tap.

Juan de San Clemente miró hacia el hueco que había dejado aquel espléndido oratorio que había adornado sus despachos por generaciones de obispos.

No estaba.

Y lo echaba en falta.

Había tenido que venderlo.

Y sus despachos se habían vuelto humildes. Hasta las molduras de madera se habían arrancado de los muebles, dejando huellas claras donde no había penetrado la cera, y cabezas de diminutos clavos que sobresalían como espinas.

Y la chimenea apenas tenía brasas, y la leñera a su lado sólo restos de los carpinteros que habían hecho los portones que cerraban el Pórtico de la Trinidad.

Tap. Tap, tap.

Tap, tap. Tap.

Miró a todos lados porque no quería mirar al documento que tenía en la mesa.

Agradeció, con una sonrisa cansada, que llamasen a la puerta.

III

Gaspar de Montalvo entró sin pedir permiso, después de llamar con prisa, y se encontró al arzobispo tras su mesa, con los dedos emborronados de tinta y con la expresión ansiosa de un niño esperando un regalo de cumpleaños.

—Por Dios bendito —le espetó San Clemente antes de que cerrase la puerta—, dime que ha aparecido, dímelo. Dime que ha aparecido...

Ningún enamorado había rogado jamás con tanta insistencia por una palabra, un gesto, cualquier cosa, de su amada.

El arzobispo parecía al borde del colapso. Acabó por golpear el tintero y armar un estropicio en su mesa abarrotada.

Sin embargo, no se molestó en limpiarlo, volcó encima el secante y se levantó, para que la tinta no le manchase la ropa después de gotear por el borde de la mesa.

Volvió a insistir:

—¿Ha aparecido?

Montalvo recogió en la mano sana aquel adefesio que tenía al final del otro brazo, en un gesto habitual en él. Y respondió:

—Me temo que las circunstancias no son favorables al grandioso arzobispado de Compostela —dijo compungido, y dejó escapar un largo suspiro antes de continuar—. Desafortunadamente, no. No ha aparecido.

San Clemente daba vueltas por los despachos, con zancadas de gallina picoteando grano. Y no vio que, en cuanto le dio la espalda, su deán colgaba de los labios una sonrisa mefistofélica.

—¿Han buscado bien? —cargado de angustia—, ¿estás seguro?

—Me temo que sí —contestó Montalvo—, va para ocho semanas que los tengo revolviendo de un lado a otro —dijo como arrancando espinas tras caerse en una mata de tojos—, no está...

Y el arzobispo volvió a sus vueltas y revueltas por los despachos, como una fiera enjaulada.

Y Montalvo siguió hablando:

—Quizá se quemó en algún incendio. En tiempos del ilustre Gelmírez hubo revueltas.

—¿Todas las copias? —preguntó San Clemente con una angustia que tenía matices morados, casi negros.

—Los caminos del Señor son tortuosos —concedió Montalvo—, será una ordalía en nuestro camino para demostrar que nuestra fe no flaquea...

Lo interrumpió el arzobispo, acercándose, con el ímpetu de una carga de caballería.

—Refiere que en el Vaticano tampoco lo han encontrado —soltó a toda prisa, atropellando las palabras, señalando los documentos que tenía sobre la mesa—, porfía en que no existe el original y que el santo padre se ve en la coyuntura de no reconocer el voto.

—Eminencia, ¿qué va a saber un leguleyo de Madrid respecto a los asuntos de la Santa Madre Iglesia? —preguntó Montalvo—. La codicia es lo que mueve a ese tal Acevedo, la codicia; quiere robarnos el voto a Santiago y cobrarles otro tanto, si no más, a sus representados...

No era mucho consuelo, y al arzobispo se le escapó un gemido indeciso.

—Eminencia —continuó Montalvo—, debéis mantener la calma, hay otros asuntos que atender y debéis confiar en los tribunales, ¿en qué cabeza cabe que vayan a retirarnos el voto de Santiago? Su majestad, el rey Felipe, jamás lo consentiría, es un devoto fiel.

San Clemente se llevó los dedos a los labios, pensativo, y los sacó de golpe al paladear la tinta. Acabó por frotar la lengua en un gesto cómico que llenó de efes sus siguientes palabras.

—¿Qué famos a fafer?

Montalvo mantuvo el aplomo y siguió mintiendo, como llevaba haciendo veinte años.

—Celanova es un buen escondite. Os preocupáis en exceso.

San Clemente miró al cielo pidiendo un milagro, dos, tres. Una señal al menos. Algo. Con una desesperación que hacía que sus cejas dudasen entre fruncirse o caer hasta el suelo en el más absoluto de los desconsuelos.

Y Gaspar de Montalvo pinchó en hueso.

—A lo mejor ha sido excesivo. Seguramente los ingleses atacarán Santander, quizás estemos pasando un mal trago sin necesidad... Si me lo ordenáis —sugirió solícito, escondiendo su sonrisa de artificio al inclinar el rostro con humildad—, me ocuparé de todo.

San Clemente se ahogaba en dudas.

—¿Cómo pagaremos la escalinata? ¿El claustro? Necesitamos —imploró a aquellos Cielos que no lo escuchaban— la recaudación del voto...

Una vuelta.

Dos.

Un aspaviento de los dedos manchados de tinta.

—¡La necesitamos!

Aunque no lo habría confesado jamás, San Clemente solía despertar empapado en sudor. Aterrorizado por extrañas pesadillas en las que tres viejos leones se abalanzaban sobre Compostela.

Se incorporaba dando manotazos, frío, agitado. Apestando a sobaco rancio.

Y miraba a los techos y se encogía, porque le parecía escuchar las pisadas de tres leones. Tres. Saltando por los tejados de la catedral de Compostela con las garras ensangrentadas y el aire lleno de gritos aterrorizados.

Y San Clemente los reconocía. Los había visto en los viejos tratados. A los tres.

En sus interminables búsquedas en los archivos de la catedral se había topado con ellos. Muchas veces. Incluso había descubierto,

horrorizado, los pactos de un antecesor dispuesto a vender el Reino de Galicia a tres leones. A los tres leones del antiguo escudo de Inglaterra.

Montalvo seguía hablando, pero el obispo no escuchaba. Estaba aterrorizado.

Y no tuvo tiempo a sacarse el susto de encima.

Era una mañana ajetreada.

Volvieron a llamar a la puerta.

IV

—Un soldado quiere audiencia.

Gaspar de Montalvo tradujo los gestos del mudo Eustaquio.

Y el arzobispo, impaciente, miró hacia la puerta, como si el canónigo, por el mero hecho de quedarse allí, bajo el quicio, pudiera recuperar el habla. Su primer impulso fue acceder, pero acabó por negarse.

—¡No es momento para menudencias! —se quejó despidiendo al recién llegado sin contemplaciones.

San Clemente sólo tenía su fe y, como el mismo san Agustín, al que adoraba, su fe lo obligaba a pensar, a dudar, a reconsiderar. No era un hombre tajante. Pero su zozobra sacó lo peor de él. Y se arrepintió al momento de gritarle al pobre Eustaquio, pero no pudo evitarlo.

—¡Que se vaya! —insistió malhumorado—, ¡que vuelva en otro momento! Que corra a Santander a defender el puerto...

Pero el mudo no abandonó el quicio de la puerta.

Y los aspavientos cobraron intensidad. El canónigo Eustaquio braceó frenético, como si hubiera cogido hierro al rojo y lo hiciera

saltar entre las manos para no quemarse.

—Dice que es urgente —tradujo Montalvo—, ¡mucho! Un asunto de vida o muerte. ¡Los ingleses! ¡Sobre los ingleses!

Ahora el arzobispo ya no quería que se marchase. Y tuvo que ejercitar su paciencia mientras gesticulaba y su secretario traducía.

Dos aspavientos, un gruñido.

—El soldado trae un mensaje...

Tres ahora, subiendo y bajando. Y el obispo amó aún más a san Agustín, que escribiera sobre el lenguaje de los sordos, la *verba visibilia*.

—... del duque de...

Un cruce de gestos ansiosos, un par de preguntas de Montalvo.

—... del duque...

La paciencia de ambos, del falso mudo y del traidor deán, acabó por agotarse. Y lo zanjaron ambos con un gruñido. A disgusto por no haberse entendido. Pero rematando al fin.

—... un mensaje de Flandes.

—¡Que pase! —gritó el arzobispo—, ¡¡que pase!!

V

Fue un milagro. Pequeño, pero milagro. Y costaba creer que hubiera pasado por la puerta. No por la altura, desde luego no le hacía falta agacharse, pero sí por la anchura, porque tenía trazas de buey, aunque fuera corto de talla. Y apestaba a guerra.

Maximilian, lansquenete al servicio de los Tercios de su majestad en Flandes, entró en los despachos del obispado, y los otros tres, hombres de la iglesia, dieron un paso atrás, intimidados.

—*Wo zum Teufel iste der Sheiβkerl hingegangen?*

Entró como una tromba, sólo le faltó desenfundar el espadón que llevaba a la espalda. Y se quedó en el centro de los despachos como un maestro de campo sobre terreno recién conquistado.

Sólo el arzobispo había entendido, pero no pudo responder, impactado por la fuerza arrolladora.

Y el lansquenete acabó por comprender, y tradujo:

—*Verdammt!* ¿Dónde se ha metido ese cabronazo? Tengo que encontrarlo —lleno de prisas—, debemos irnos, hay que llegar a tiempo. Tenemos que salvarla...

Y San Clemente le pidió calma.

—Hijo mío, no sé a quién buscas, pero será mejor que empieces por el principio...

Gaspar de Montalvo intervino, ansioso, con una preocupación que el arzobispo no supo descifrar. De haberlo hecho, hubiera intuido la traición que su secretario guardaba en la bolsa.

—¿Y el ataque?, ¿qué sabes de los ingleses?, ¿atacarán Santander?

El canónigo Eustaquio, como había hecho en la cripta con los cinco de Varela, se quedó a un lado, a escuchar, a memorizar, para escribirle luego a doña Inés de Granada. Y sacó de su roñoso hábito una galleta de pasas.

Y el lansquenete miró a los otros tres. De uno a otros y de otros a uno. Y soltó una retahíla de blasfemias que a punto estuvieron de echar a temblar los cimientos de la catedral.

—Por el principio, hijo mío, por el principio...

VI

Era una larga historia. Más aún desde el principio. Más aún por las interrupciones. Cada media docena de palabras saltaban las blasfemias, coloridas y variopintas, en su lengua materna, en castellano e incluso en el italiano que había aprendido de bisoño.

A trancas y barrancas, el lansquenete se explicó:

—... *Mist!* Desaparecieron. Les perdí el rastro. *Mist, mist, mist!!* Venían derechos a Compostela, y pufff —abriendo los dedos en el aire, con un gesto significativo, como si soplara polvo de un mueble viejo—, desaparecieron. Se esfumaron...

Se le hundió el mentón, y las coloridas plumas de su nuevo sombrero se humillaron. Le dolía terminar la frase. Y lo hizo entre dientes.

—... Y ella con ellos...

Había seguido el rastro del maldito ángel, había robado un caballo, lo había reventado. Siempre tras aquel batallón de piratas y esquiladores. Legua tras legua, preguntando, observando las huellas en los lodos del camino. Sin dormir apenas. Con prisa. Y con la amarga certeza de que aquellos malnacidos *Hurensöhne* tenían tanta o más prisa.

—... Estaba preguntando a un labriego que atendía un campo de... De *verdammte Rüben* —no se molestó en rebuscar la traducción—. Y me dijo que no había visto a esos malnacidos, sólo a un jinete con tres caballos...

No les contó que cogió al labriego por el pescuezo y lo exprimió como a una naranja. No les habló del ansia enfermiza con la que repitió dos veces cada pregunta.

Pero sí les dijo que había llegado a un convencimiento.

—... *Man muss sich wohl ärgern.* No sé qué coño ha pasado, iban a El Escorial, pero debió joderse —aventuró con expresión de un chiquillo confuso—. Aun así, me juego hasta la última blanca de la

soldada que me quede por cobrar hasta que la espiche. Ese jinete con tres caballos es Barrabás Balboa...

Miró al arzobispo como si fuera el santo apóstol, como si pudiera obrar un milagro.

—... Es él y venía hacia aquí, me llevaba una ventaja de al menos una jornada, tendría que haber llegado... *Mist, verdammt!* ¿Dónde cojones se ha metido? He de hablarle... Tenemos que encontrarla.

Pero los otros no tenían respuesta para el lansquenete. Nadie la tenía, ni el mismo apóstol Santiago. Su amigo había desaparecido.

Pufff.

VII

Barrabás Balboa había desaparecido. A Maximilian se lo llevaban los demonios. Pero el destino de un ladrón no preocupaba en los despachos del arzobispo.

Montalvo preguntó ansioso, y no mencionó a Balboa.

—¿Has dicho el secretario Luis del Valle y Nespral?

Maximilian asintió de mala gana. Y Montalvo, de pronto, tenía mucho de qué hablar.

—Eminencia —dijo con una voz que hubiera vendido terneros cojos en una feria—, no debemos dar crédito. ¿Por qué no iban a utilizar el correo?, la maquinaria de su majestad está bien engrasada... Además, ¿de qué sirve saber que han zarpado si no sabemos dónde atacarán? Tenemos asuntos más apremiantes... Lo nuestro no es la guerra —soltó con desprecio, como si la violencia mancillase con sólo mentarla—, lo nuestro es la paz. A saber lo que pretende ese tal Balboa, ¿quién nos dice que no ha matado a ese secretario Del Valle? Puede que esté de camino a Compostela —

añadió con marcada intención—, pero quizá lo esté para cobrar, sabemos que hay en la ciudad espías ing...

Y estalló una tormenta en los despachos del arzobispo.

Una tormenta de colores brillantes, hombros de leñador y maldiciones en cerrado alemán. No pudo acabar Montalvo. Lo siguiente que salió de su garganta fue un gorjeo ahogado. El lansquenete lo cogió como a un ganso al que desnucar.

—Morirán inocentes —masculló—. *Mist!*

Lo tenía atrapado por el pescuezo. Y apretaba tan fuerte que el secretario del arzobispo se volvía púrpura como un palio traído de Roma.

—*Sohn einer schlechten Mutter, Ziegenabort!* ¿Cómo te atreves? ¡Sabandija! Balboa es...

Antes de que pudiera ahogar al secretario, el arzobispo, con el valor del joven Daniel en el foso de los leones, puso una mano en uno de los prodigiosos hombros del lansquenete.

La apoyó cargado de serenidad. Y no dijo una sola palabra.

Aun así, quizá por esa fe que remoloneaba en su pecho desde que cargaba una promesa de plata, los dedos de Maximilian aflojaron.

Y entre el arzobispo y el lansquenete quedó el silbido de alivio de la primera bocanada de aire que Montalvo tragó.

—Si tu amigo ha seguido hacia Compostela...

San Clemente se pasó la lengua por los labios agrietados.

—... viene a dar aviso...

La lengua volvió sobre los labios.

—No será Cádiz —vaciló el arzobispo, sin atreverse a continuar—, ni Santander. ¿Verdad? Tenían el... Si viene hacia aquí... Entrarán por el Ulla —aventuró—, como hacían en tiempos los vikingos...

Y el lansquenete, que no era marino pero había estado embarcado, echó un último vistazo de desprecio al secretario, en el

suelo, hecho un guiñapo que intentaba respirar, y negó, rotundo.

—Entiendo, no es acomodo para una flota —aceptó el arzobispo—. Será Lisboa... ¡No! ¡¡Bayona!! ¡¡¡Será Bayona!!! Hay que dar aviso, hay que enviar recado a las ciudades costeras —ordenó San Clemente—. Deben estar prevenidas.

Hablaba, pero seguía rumiando. Se devanaba los sesos como había hecho Maximilian hasta dejarse en aquella venta un cuarto de queso y un tajo de cecina.

El lansquenete echó mano al coleto y sacó aquel papelajo grasiento.

El obispo lo cogió sin reparos, ansioso.

—¡No es para mí! —se quejó San Clemente en cuanto comenzó a leer.

Y Maximilian hizo rolar un dedo en el aire, para que siguiera leyendo.

Eso hizo el obispo, llevándose una mano a la boca y apretando los labios, abriendo los ojos con espanto.

—Ese amigo tuyo...

Como el obispo no acertaba con las palabras, el lansquenete asintió y sonrió, cansado, cínico.

—*Verdammt!* Siempre se le ha dado bien cabrear a los demás.

Y repitió el gesto con el dedo. Animando a San Clemente a continuar.

Y, cuando terminó, se quedó callado, con los brazos caídos a los lados, con aceite del papelajo manchándole el hábito.

Al decir el nombre en voz alta, le recorrió el espinazo una garra de hielo.

—¡Coruña!

VIII

—¡Coruña!

Eso fue lo que dijo aquel pobre desgraciado. Con un hilo de voz. De voz llena de sangre y mocos. De dolor. Con palabras rebosantes de enes y ges. Con el sonido empalagoso de su nariz destrozada. Y la pobre mujeruca, con un manojo de grelos bajo cada sobaco, no entendió de qué le hablaban.

Emerenciana salía del mercado de Mazarelos, murmurando disgustada. Con resignación y poco más. Porque resignación y poco más era lo que había conseguido a cambio de los dos pollos traídos aquella mañana temprano desde su casita en las afueras de Iria Flavia.

Resignación, dos manojos de los últimos grelos de la temporada y un saquete de sarga que llevaba a la espalda, donde un carnicero de malas pulgas había metido unos recortes, casi todo grasa y tendón. Y dos huesos de caña que ya se habían usado para hacer caldo. Eso era todo.

Y volvía a casa tranquila, medio rezando, medio refunfuñando, cuando al borde del camino se encontró aquel despojo.

Y le sucedió algo curioso.

Emerenciana, de riguroso luto, con delantal y pañoleta oscuros, sin más color que el de los grelos, ya había dejado atrás los calores de la juventud, Dios tuviera en su gloria al bendito de su Macario, que se había deslomado para sacar adelante a sus siete hijos.

Aun así. Aunque hacía años que no sentía algo semejante. Aun pese al estado de aquel despojo, Emerenciana echó de menos las manos de su Macario.

Porque aquel pobre hombre, que debía haber llegado hasta allí arrastrándose, no había otra explicación que una voluntad de mártir,

la miró.

Y aquella mirada, pese a la sangre fresca y los moratones, pese a que estaba en las últimas, encendió algo en su vientre, en un lugar que llevaba tiempo sin florecer.

Aquella mirada violeta le trajo a Emerenciana juventud. Ardor. Olió de nuevo aquel olor, intenso, el de la cuadra donde Macario la había convencido por primera vez.

—¡Coruña! —repitió la voz, nasal, pesada, tras aquel violeta inquietante.

IX

No se le ocurrió a Emerenciana otra cosa que abanicarlo con los grelos y pedir ayuda. Pero poca gente había por allí, Compostela no era la que había sido. Negocios vacíos. Casas que se caían y calles que señoreaban los chuchos.

Pero hubo suerte.

Pasó un mozarrón de los que trabajaba en las escaleras de la catedral, lo que a Emerenciana le parecía un despropósito, y convencida estaba de que el buen Señor había llorado cuando derribaron el coro de la catedral. Porque a la Virgen que presidía aquel coro, Emerenciana le había rezado mucho, especialmente cuando las fiebres habían agarrado al más pequeño de sus siete hijos.

—*Non* la hay *máis* bella en toda la cristiana cristiandad —le decía siempre a su Macario.

Pasó aquel mozarrón, embadurnado en el polvo de las piedras, iba de recado a un herrero que atendía las obras, en busca de cinceles, y la vio allí, abanicando con unos grelos, y le pudo la curiosidad.

Y cuando aquel guiñapo sanguinolento lo vio, detrás de los grelos y de la mujeruca, dijo algo más que ni el mozarrón ni Emerenciana comprendieron.

—Portugueses...

X

Terminó en el único lugar donde podían darle caridad, en el Hospital Real, en la sala de peregrinos, que pasaba vacía la mayor parte del año.

Y Balboa se desplomó donde lo dejaron, en un camastro desvencijado, en una esquina mal iluminada, bajo un dosel de telarañas que se abanicaba con las corrientes.

Treinta años después, estaba de nuevo en Compostela.

Había regresado. A la abuela Elo. A sus historias. A aquella maldita peonza.

Un niño perdido se había marchado. Y volvía un hombre derrotado.

Cumpliendo la profecía. Haciendo verdad las palabras de la abuela Elo, que veía donde los demás estaban ciegos. Y que, sin embargo, no había visto lo que sucedería en el corazón de un laberinto.

Había regresado a donde había jurado no regresar.

Treinta años después. Tantos horizontes perdidos. Tantas oportunidades desperdiciadas. Huyendo siempre. Y había sido inútil.

—Alessandra...

También ella.

—Alessandra...

Y sólo se movió una araña, allá arriba, entre cadáveres resecos de moscas que aún colgaban de su tela.

—Alessandra...

XI

Y su nombre le dio fuerzas.

Un frade se acercó con un tazón de caldo, hecho con huesos que había devuelto al carnicero y que esa noche harían más caldo en Iria Flavia.

Y en el caldo había algo de romero y unas hojas de zarza, era cuanto podía hacer. Ya no había grandes boticas en el hospital, ni los frailes sabían de hierbas.

Con suerte para aquel desdichado, algún estudiante de medicina se acercaría a verlo. A veces lo hacían, más por piedad que por aprender.

Entretanto, poco más que aquel caldo podía ofrecerle.

Y llegó el frade a aquel camastro, en la esquina, al final de la estancia, bajo las telarañas.

No habían vuelto a sonar las campanas de la catedral desde que lo trajera aquel mozarrón que trabajaba en la escalera.

No había pasado mucho.

Pero el camastro estaba vacío.

El frade quedó solo en la gran y vacía estancia, sin otra compañía que aquella laboriosa araña. Con una marejada de caldo en una taza que se movía de un lado a otro mientras buscaba a aquel desgraciado.

Se había ido.

XII

Su nombre le dio fuerzas.

—Alessandra...

Y Balboa luchó. Contra el dolor. Contra las heridas. Luchó. No se rindió. Con su nombre en los labios. Y un enorme gargajo sanguinolento que arrancó del fondo del paladar con el sabor de metal caliente.

No se rindió. Aun sabiendo que ella lo odiaba. Aun sabiendo que jamás la tendría entre sus brazos. Aun sabiendo que nunca la recuperaría.

Muchos hubieran quedado rendidos en aquel triste camastro desvencijado. Un buen puñado habría muerto.

Pero ella le dio fuerza. Tenía que entregar un mensaje, cumplir con su deber y regresar, ir a buscarla, volver a ella, volver por ella.

Se arrastró como un perro.

Como un perro herido.

XIII

Nadie lo detuvo. Aunque más de uno se santiguó. Y dos chiquillos, que vigilaban las obras de la escalera para robar dos palmos de cuerda con una trastada en mente, quedaron boquiabiertos. Señalaron con uñas sucias. De una colgaba un moco fresco.

Unos pocos canteros trabajaban. En el nuevo claustro. Y en la escalera. Allí estaba aquel mozarrón, el que lo había ayudado a llegar al Hospital Real. Y los cinceles dejaron de cantar su cantar de hierro.

Todos lo miraron.

Nadie lo detuvo.

Nadie se compadeció.

Nadie se apiadó de él.

Años atrás, quizás...

Hoy, en una mañana que tensaba un lienzo azul sobre las imponentes torres de la catedral, en una mañana que aprovechaban las margaritas que crecían revoltosas entre los sillares...

Nadie lo detuvo. Nadie se compadeció. Nadie se apiadó de él.

A rastras. A fuerza de voluntad. Con un nombre en los labios. Barrabás Balboa cruzó la antigua plaza de la Trinidad.

Se arrastró, gateó, cayó. Volvió a arrastrarse. A dar cuatro pasos encogido. Tres tambaleándose. Hacia la fachada de la catedral de Compostela. Hacia las arcadas llenas de apóstoles y profetas.

Con un nombre en los labios.

Sólo con un nombre en los labios.

XIV

No podía saber Balboa que un buen hombre, que también se había perdido, había soñado con una catedral sin puertas.

Ésa era otra historia. La de un padre, su hijo, y el fantasma de un ahorcado. Y los nombres eran distintos.

No podía saberlo.

Pero Balboa maldijo, mascullando entre dientes al mentecato que había cerrado la catedral con aquel portón macizo.

Y volvió a escupir. Moco y sangre. Y dolor.

Escupió y se enredó en su barba desordenada.

Y allí se derrumbó. A los pies de un parteluz. A los pies del mismísimo apóstol.

XV

Nadie lo detuvo, nadie se compadeció, nadie se apiadó de él.

Excepto Santiago.

Allí, tirado. Abandonado. Balboa metió la mano en las fauces de un león de piedra.

Y los colmillos quedaron cubiertos en sangre.

Al pie del parteluz, el mismo Sansón, o quizás era Hércules, doblegaba a dos leones labrados con tanta maestría que sus melenas vibraban. Y, en sus espaldas, el héroe sostenía una columna con el linaje del mismo Cristo y, sobre el linaje de Cristo, sostenía la Trinidad que había dado nombre a aquel lugar. A la Trinidad y al mismo apóstol Santiago, un rostro tallado de misericordia.

Las puertas cerraban su catedral, pero el apóstol seguía recibiendo a quien se postrase a sus pies. El apóstol seguía mirando al visitante con el corazón.

Y Balboa, por primera vez en años, no sabía ni cuántos. Rezó.

Rezó.

Pero no las oraciones que había repetido de niño. No los coros que había hecho para su abuelo en el camino.

No, las viejas palabras de su abuela. Las que olían a malvas. Su abuela, que había acertado todas sus profecías menos una. La que hubiera salvado la vida de un buldero que siempre había tenido paciencia con su nieto.

Rezó con los versos de su abuela Elo.

Balboa entregó sangre a la piedra. Pagó el precio, como tantos otros, como aquellos que habían levantado el templo, con hierro, piedra y sangre. El león quedó manchado de sangre y Balboa se aupó hacia el apóstol y rezó.

Rezó la única oración que merecía la pena.

Nadie lo detuvo.

Nadie se compadeció.

Nadie se apiadó de él.

Rezó.

Y el apóstol sí lo escucho. No fue un juego de la luz de la mañana. No fue una estafa de su cansancio. No fue un engaño de su propio dolor.

Como tantos otros, allí mismo, como tantos que al llegar a las puertas de aquella catedral habían quedado abrumados por su pasado.

El apóstol sí lo detuvo.

El apóstol sí se compadeció.

El apóstol sí se apiadó de él.

Cuando Balboa rezó, el rostro, bello, calmo, reconfortante, del apóstol se giró hacia él y bajó la mano para tendérsela, para ayudarlo a ponerse en pie.

Y Balboa se levantó, gracias a una mano de piedra, con el apóstol atrapado en el violeta de sus ojos y una palabra presa en sus labios. Una sola. Apenas reconocible. Nasal. Empalagosa.

—Alessandra...

XVI

Muchos eran los milagros que se contaban del apóstol Santiago. Muchos. Y algunos eran mentira. Otros, exageraciones. Demasiados, ilusiones.

Pero el apóstol no necesitaba que un obispo corrupto los pusiera en un libro y los vendiera. No, al apóstol le bastaba con estar ahí, con ayudar al necesitado.

Muchos eran los milagros que se contaban.

Pero hubo uno que jamás se contó. Hasta ahora...

El de un ladrón destrozado por el amor.

El de Barrabás Balboa que, en pie en el antiguo Pórtico de la Trinidad, aguantó lo suficiente como para que, al salir del palacio del arzobispo, unos pasos más allá, otro hombre tropezase sin motivo aparente, tropezase donde no había que tropezar, tropezase sin que jamás en su vida se hubiera explicado cómo podía tropezar allí, en las amplias losas de piedra de la plaza. Pero aquel hombre tropezó, y su mirada se desvió al pórtico. Y empezó a soltar blasfemias y maldiciones en un idioma lleno de esquinas.

Tales barbaridades que el mismo arzobispo Juan de San Clemente se encogió, como cuando era seminarista y el hermano admonitor repartía capones.

Fue un escándalo.

Pero el apóstol no se escandalizó. El apóstol sonrió divertido.

Se había obrado un nuevo milagro. Y ése se lo guardaría para él.

XVII

Iban a las caballerizas de San Martín Pinario, que no eran lo que habían sido, pero que seguían contando con buenos animales. Necesitaban monturas aguerridas, para enviar mensajes que alertasen a la costa.

Y era inútil.

De El Escorial ya venían al galope correos firmados por el rey en persona. Cargados de advertencias.

Y también era inútil.

Era tarde.

En Estaca de Bares ya se habían avistado los barcos, el faro de Hércules ya se había encendido. A lo largo de aquellas costas del fin

del mundo, decenas de torres ardían para avisar de la llegada de doscientos barcos ingleses y la venganza de una reina hereje.

Ellos salían del palacio e iban a las caballerizas. Maximilian refunfuñaba. Protestaba.

Y tropezó.

Y a punto estuvo de caerse.

Pero lo vio. Al hombre al pie del parteluz. Eso vio. Al apóstol sonriendo no. Eso no lo vio. Pero sí al hombre.

Y empezó a blasfemar.

XVIII

—Alessandra...

Eso dijo Balboa entre los brazos del lansquenete. Y, de inmediato, sacudiendo el mentón, haciendo ondular el violeta de sus ojos. Pese a todo aquel dolor. Pese a la garganta atorada de sangre. Con las sílabas apretujadas contra el paladar, atascadas en sus narices rotas.

—¡Portugueses!

Y el lansquenete fue el único que entendió. Y reaccionó como siempre lo hacía:

—Ich scheiß auf diese Gruppe von feigen Hurensönen! Portugiesen!! Portugiesen!!!

Tan exagerado fue, tanto los sorprendió, que ninguno de los otros vio la reacción de Montalvo.

El antiguo cantero no hablaba alemán, pero no le hacía falta. Él sí había comprendido, y sabía lo que significaba.

Se encogió como si esquivase un puñetazo.

Pero ninguno de los otros lo vio. Era difícil apartar los ojos del colorido cabreo del lansquenete.

XIX

Cualquier otro hubiera desfallecido. Pero Balboa cumplió con su deber.

Ni siquiera se movieron, se quedaron a las puertas de la catedral, bajo los ojos de apóstoles y profetas. Bajo la mirada de los evangelistas y el retrato del Juicio Final.

Ni siquiera dejó que Maximilian hablase. Lo cortó de inmediato. Antes de que el lansquenete pudiera hablarle sobre Alessandra, antes de que pudiera explicarse.

Ni siquiera dejó que lo atendiese una monja que había hecho llamar el arzobispo del cercano convento de Santa Clara, pegado a las huertas que rodeaban la muralla entre la Porta da Pena y la Porta do Camiño.

Y hubo algo raro en el violeta de aquella mirada cuando vio el hábito acercarse. Por un momento destellaron azul profundo.

Balboa, con los ojos perdidos en las arcadas, observando aquellos pecadores atrapados en piedra, explicó lo sucedido, aunque tuvo que parar a menudo, para escupir cuajarones de sangre y moco.

—... iban al norte. Dijeron que tenían acuerdo con la Casa de Contratación de Coruña para un cargamento de cacao...

Los había sorprendido acampados en el camino, haciendo noche, con un centinela receloso que no le dejó pasar hasta convencerse de que era un peregrino.

Sin embargo.

—... Apestaba. —Y los ojos violetas de Balboa se encontraron con los del profeta Isaías, en el pórtico, que miraba con suspicacia a Moisés—. Tenían algo raro. Demasiados para un poco de cacao, y los fardos... Llevaban armas...

La mirada de Balboa acabó sobre la arcada del extremo, donde un demonio arrastraba a un pobre desgraciado.

—*Sei nicht dumm! Mist!!* Tendrías que haber salido de allí cagando hostias —acabó por tener un aire al severo Jeremías que había allí mismo, sobre su cabeza—, no podías hacer nada.

Las palabras del lansquenete no consolaron a Balboa.

Las cosas se habían enrevesado de mala manera.

Se habían presentado, desconfiados. Y sólo dos de ellos hablaban. El resto miraba, bajo ceños fruncidos.

—Imagino que para no delatarse...

Y, como tuvo que volver a escupir, el arzobispo terminó la frase de Balboa.

—¡No hablaban castellano! —señaló San Clemente ansioso.

Y Balboa asintió.

—No cuadraba con un cargamento de cacao. —Sus ojos violetas seguían perdidos entre los pecadores del pórtico, entendía aquella angustia, la de saber que era demasiado tarde para remediarlo—. Eran veinte.

Y había disimulado, pero Balboa llevaba toda una vida entre soldados, podía reconocerlos.

—No cuadraba —repitió.

Y, sin callarse, el que debía ser el jefe, con un tajo que le había rebanado la mitad de una oreja, se había acercado a la fogata, en la que colgaba un pote con rancho, y había cogido el cucharón y, al hacerlo, la capa se abrió.

—La vi, en la hombrera —dijo Balboa, y señaló la que el lansquenete llevaba también.

Gaspar de Montalvo cerró los ojos, era el único que conocía el final de la historia. Aunque el lansquenete lo intuyó.

—*Sie war rot, nicht wahr? Rot?* No era blanca, era roja...

Maximilian señalaba la cruz, borgoñona y blanca, de su propia hombrera, blanca sobre el amarillo de su camisola, blanca, sucia, gastada, pero blanca. Como todos los hombres de los Tercios.

Y Balboa asintió pesaroso.

—Era roja...

XX

Una cruz roja. Todos la llevaban. Y la cuenta era de veinte, un caballo para cada uno, un carromato con cajas vacías y dos mulas, una vieja de dientes gastados y otra, jovencita, parda oscura, que parecía a punto de echarse a reír.

Había sido un gesto inocente, como para probar la sal del rancho. Entre sonrisas mal talladas, miradas cruzadas y ganas de aparentar.

Un mal cruce en el camino.

Y cada quien debería haber seguido a su aire.

Pero Balboa la vio. Y el otro, el que tenía sólo media oreja y las gruesas muñecas de quien le ha echado horas a la espada, lo advirtió.

Se llamaba Diogo de Coutinho, de una ilustre familia de Braga que llevaba revenida con Castilla desde hacía siglos, desde que aquel malparido obispo de Compostela robara las santas reliquias de su querida ciudad.

Y Diogo vio que Balboa veía.

Cogió el cucharón, terminó el gesto, y miró de reojo a otro que había enfrente, revolviendo las brasas con una rama.

Y Balboa también vio que el otro bajaba los párpados lentamente, y menos de una pulgada el mentón. Asentía.

Y este otro, que abandonó la rama en las brasas, se llamaba Tomé Correia. Y Tomé vio a Balboa ver. Y Tomé vio a Diogo que veía lo que Balboa había visto.

Todos vieron.

Todos.

Era un claro al borde del camino, con helechos verdes y altos, entre robles, junto a unas matas de hierbas de san José que habían brotado tarde aquel año tan frío.

Un cuco cantó a lo lejos. El viento revolvió las hojas. El alazán rechinó los dientes. El pío resopló. El bayo cabeceó con un paso atrás, nervioso.

Todos vieron y todos supieron lo que iba a pasar.

Y pasó.

Balboa se la jugó. Empujó al de la oreja cortada, pateó las brasas de la hoguera, que se estrellaron en la cara de Tomé.

—*Portugal livre de Castela!*

Gritó uno. Se puso en pie, desenfundando una daga oculta por la capa.

—*Dom António, nosso rei verdadeiro.*

Gritó otro, bajo, de barbas rubias, con una cicatriz en la ceja y un feo lunar con el aspecto de una tortuga.

—*O rei é português, não castelhano!*

El pío huyó. El bayo, aterrorizado, piafó. Y el alazán le salvó la vida a Balboa, quizá le había cogido cariño, y embistió como un toro para acabar aplastándole la cabeza al tal Tomé.

Lo dejó hecho un guiñapo, y en sus barbas prendieron las brasas que Balboa había pateado.

Salió vivo de milagro, a lomos de aquel alazán.

Con siete portugueses muertos en aquel claro.

Y Balboa despertó solo, a orillas de un riachuelo. Sin saber dónde se había metido el alazán.

XXI

Rojas, hechas con prisa, a veces simples remiendos. Pero rojas. Rebeldes.

La cruz roja era la enseña de los antonianos, los que querían la Corona para el bastardo de Crato.

Los que se habían vendido a los ingleses.

Y antes de que el arzobispo pudiera hablar, Balboa expuso la idea que había tenido al comprender que llegaría tarde a Coruña.

Sujetó a San Clemente por la manga, sin reparo por ser un soldado vapuleando a un arzobispo, y le dio una orden. Tenía que soltarlo, escupirlo.

—¡Levas!, la milicia —le espetó con urgencia—, todo hombre con un arma. Hasta los críos. ¡¡Y las mujeres!! —Las palabras quemaban —. Ya habrán desembarcado. Necesitan refuerzos... En Coruña, ¡Coruña!

Era tarde. Y todos encogieron un palmo. Y Balboa lo vio. Sus ojos se abrieron. Tuvo que escupir de nuevo. Y un colgajo quedó en la comisura de los labios.

Ni siquiera se limpió.

—¿Ya lo sabíais?

Lo preguntó, incrédulo; más tarde su amigo le hablaría del mensaje de la venta.

Fue como caer al vacío.

—Íbamos a enviar aviso...

Gaspar de Montalvo no dejó que el arzobispo terminase.

—No importa. No son tiempos medievales. Ya no hay tropas en Compostela —zanjó.

Por un solo momento, sólo por uno, Balboa había pensado que podría entregar el mensaje y darse la vuelta. A buscarla.

Y en el suelo, hecha añicos, entre aquellos gargajos sanguinolentos, quedó su esperanza.

XXII

Habrían llegado a Coruña los ingleses. Estarían atacando. Y si Coruña caía, quién podía saber hasta dónde llegarían. Continuarían hasta Compostela. Hasta Lisboa, su enorme armada remontaría el Miño, el Duero, el Tajo. Y la infantería incendiaría su ruta hacia el sur. Lo arrasarían todo.

Como en el Apocalipsis, una bestia salida del mar arrasaría el antiguo Reino de Galicia, arrancaría la Corona de Portugal para entregársela a un bastardo, y la reina Isabel, aquella loca que se decía virgen, montaba a lomos de aquella bestia de siete cabezas y diez cuernos que convertiría Compostela en cenizas.

—Hubo martirios. Murieron miles de católicos —lamentó Juan de San Clemente con un escalofrío—, quemaron las iglesias, arrasaron con las reliquias... Cuando esa mujer se puso la corona sembró el terror.

No había mucho que decir.

Pero sí lo había, porque las malas noticias no habían acabado.

Mientras la angustia se comía a los otros, incluso a Montalvo, que llenaba la catedral de grandes frases y aspavientos, que disimulaba como si todo aquello le importase, Maximilian condenó a su amigo.

Porque la verdad es, a veces, la más dura de las condenas.

XXIII

Cayó al abismo. Y en el fondo, revolcándose en sangre y barro, al mirar arriba, Balboa descubrió que no había manera de salir de allí, la pared era mármol pulido, no podía escalarse.

Así se sintió.

Y hasta los pecadores en aquella arcada de piedra del antiguo Pórtico de la Trinidad sintieron pena por aquel ladrón.

—¿No está a salvo?

Era una pregunta estúpida. Pero no pudo evitarlo, no pudo.

Por un instante, un parpadeo, tuvo la ridícula esperanza de que la respuesta, esta vez, sería distinta.

No le reprochó nada al lansquenete. De qué serviría. Se quedó con aquel papel aceitoso en las manos, leyendo una y otra vez aquel mensaje.

Un mensaje que era un desafío.

Una amenaza.

Una promesa.

Ojo por ojo. Diente por diente. Sangre por sangre.

Su vida a cambio de la de Alessandra.

Aquel maldito ángel había metido a Alessandra en una guerra.

Para rescatarla, no sólo tendría que vencerlo a él y a sus tres pistolas, Balboa tendría que derrotar a toda Inglaterra.

Aquel papel aceitoso era una condena. Y Balboa no abrió la boca. Y su amigo seguía hablando.

Había mucho más que contar. Había otras cosas que explicar. El condenado papel tenía sólo unas pocas respuestas. No todas.

—Me obligó a prometérselo. Me obligó. *Was sollte ich denn tun?* —le preguntó, casi exigiendo una solución—. Dime, qué iba a hacer yo, es terca como una mula. Sólo le preocupa...

Calló Maximilian a tiempo, al comprender que infligía aún más daño. Y buscó excusas.

—Es terca como una condenada mula. Y está obsesionada. *Sie ist verdammt überzeugt, dass das die einzige Lösung ist. Mist!* No escucha, y yo pensé que si me quedaba con ella...

Volvió a callar, porque había fallado, se la habían llevado, no había podido protegerla, buscaba excusas porque costaba reconocer la culpa. Y el crucifijo que tenía en las manos, bajo aquel Cristo de piedra que presidía el pórtico, empezó a pesar. Tanto que le dolieron los dedos.

Pero Balboa no se enfadó, no dijo nada. Calló y paseó su mirada violeta por los músicos tallados en piedra, y se detuvo en los dos ancianos del centro, que afinaban un organistro y se miraban cómplices. Había algo maligno. Malévolo. Escondido tras sus rostros, francos y bellos.

Pero no explotó en furia e insultos. No hubo reproches.

Y el lansquenete se ablandó.

Estaba preparado para luchar, para defenderse. Pero Balboa sólo miraba aquel condenado pórtico. Aquellos rostros de piedra.

Y la rabia se derritió. Poco a poco, como una candela de sebo cerca de la chimenea. Se deshizo.

—La cagué —sollozó Maximilian.

Estaba al borde de las lágrimas. Luchaba contra ellas con la furia con la que luchaba en la batalla. Como si pudiera vencerlas con su enorme montante.

—*Ich hab richtig Scheiße gebaut.* ¡La jodí!

Balboa abandonó las piedras y bajó el rostro para mirar a su amigo.

Y aquellos ojos violetas no tenían una pizca de odio. No había en ellos rencor. Y el lansquenete tuvo que luchar contra lo que

burbujeaba en su interior, porque odió a su amigo de pronto, al menos un poco, le molestó que pudiera perdonarlo con tanta facilidad. Por eso la disculpa sonó trabada, extraña.

—*Es tut mir leid.* Lo siento.

Pero Balboa la aceptó igualmente. Asintió con el rostro amoratado y la nariz rota, y una gota más de su sangre cayó en la piedra junto al parteluz.

Y el lansquenete oyó la voz de su amigo. Una voz aún más rota que aquella nariz, una voz destrozada, una voz que cabalgaba un corazón que ya no era más que cecina reseca.

Era la voz de la derrota.

—No —dijo Balboa, con letras que eran vidrios rotos—, no. Fui yo el que la jodió...

XXIV

Pasaron hacia el que llamaban Colegio de Fonseca, con sus bonetes, sus sayos oscuros y las becas amarillas que llevaban los estudiantes de medicina.

Era fácil reconocerlos, con capa larga, siempre con un libraco en la mano y con el saquete para los recados de escribir.

Dos jóvenes camino a sus lecciones cruzando por la plaza del Hospital Real, y no dedicaron más que una mirada curiosa a aquellos extraños ante los portones de la catedral. Ni siquiera reconocieron al arzobispo. Como tantos jóvenes, antes y después, su mundo era más importante que cuanto los rodeaba.

Se fijaron en el rostro magullado de uno de aquellos extraños y hablaron entre ellos sobre los remedios que conocían para

recomponer una nariz quebrada, incluso usaron las manos para ilustrar los gestos correctos.

Estaban entusiasmados, habían asistido a las lecciones del prestigioso maestro Zúñiga, que había traído a Compostela la anatomía de Vesalio y los primeros dibujos donde se describían huesos y músculos.

Ajenos a que, en unos días, si los ingleses se salían con la suya, Compostela ardería hasta los cimientos.

Eran jóvenes. Sólo les importaba lo que tenían a su alcance.

Pasaron de largo.

XXV

Pasaron de largo.

Y Balboa reconocía su culpa.

—No, no. Fui yo el que la jodió...

Y no pudo mirar a su amigo a los ojos, porque la culpa siempre trae vergüenza de la mano.

Y Balboa vio pasar a los dos estudiantes, imposible no fijarse con aquellas becas amarillas que llevaban sobre los hombros.

Los dos los vieron pasar.

Agitados. Incómodos. Cada uno intentando espantar sus culpas. Torpes. Como sólo los hombres curtidos y recios pueden serlo. Adultos con juguetes de niños en las manos. Niños con herramientas sacadas del taller de papá.

—*Mist!* —tascó entre dientes Maximilian.

Y no había mucho más que decir. Así que Balboa asintió. Pesaroso.

Estaban sentados en aquellas escaleras en obras. Y causaba desasosiego. El terreno se rellenaba con cuerpos, cabezas, brazos.

Allí, entre la tierra y los escombros, había pies y manos. De piedra. Restos del coro que había estado en el interior de la catedral.

Y mirarlos parecía un presagio. Erizaba los pelillos de la nuca. Recordaba demasiado un entierro.

Allí, frente a él, un bellísimo rostro de mujer cobraba vida en el granito, aún se veían azules en su túnica, y estaba manchada de tierra. Entre los cascotes y las palas, junto al escalón que la cubriría para siempre, como una lápida.

Encogía el corazón.

—*Mist!* —repitió el lansquenete—, vámonos a Zaragoza. Ya hemos dado aviso. Hemos cumplido. Ella está loca —dijo alzando la voz—. Ese otro hijo de la gran puta está loco. *Verdammt!* Están todos locos. ¡Vámonos! Hagamos negocio en el camino, como tu abuelo.

Balboa no respondió, miraba hacia aquel rostro de mujer en la piedra. Se preguntaba en quién se habría inspirado el tallador. Una madre, una hermana. Una amada...

El lansquenete seguía hablando. De carrerilla. Exponiendo una razón tras otra.

—... Tú conoces las rutas. Los negocios. *Mist!* ¡Vámonos! Y en cuanto reunamos dineros suficientes, nos embarcamos.

Aquel rostro en la piedra se parecía un poco a Alessandra. La nariz, pizpireta. Los ojos, intensos. Ojos que desnudaban el alma.

Balboa no respondió. Sólo sacudió el mentón.

Y el lansquenete pasó a argumentos más poderosos.

—Son más de doscientos barcos. Treinta mil hombres. *Verdammt!* No hay nada que pueda hacerse...

Balboa parecía otra de aquellas estatuas rotas. No se movía.

—Se ha metido a monja, ¡monja! *Nonne!! Eine verdammte Nonne!!!*

Y el lansquenete, desesperado, se puso frente a él.

Bajó aquellos escalones nuevos, chantó los pies como si pudiera clavarlos en el granito, se cuadró, se puso cara a cara y lo señaló.

—Ni se te ocurra. Ni lo pienses. ¡Es una trampa! *Es ist eine Falle. Eine verdammte Falle!!* ¡¡¡Una trampa!!!

Balboa alzó entonces el rostro. Todavía en silencio. Y no contestó.

Pero apartó los ojos de su amigo, como si se rindiera, como si el peso de la verdad lo estuviera aplastando.

Los estudiantes abandonaban la plaza, iban hacia la Rúa do Franco.

Y tuvo una idea.

XXVI

Balboa tuvo una idea.

Vio la luz del faro entre la niebla. No sirvió de mucho. No le alegró el día. No resolvió nada más que uno de sus muchos problemas. Sólo uno.

—Vamos a estar muy ocupados en Coruña —dijo enigmático.

Se puso en pie, obligó al lansquenete a mirar hacia arriba.

Y arrugó aquel papelajo aceitoso. Lo convirtió en un gurruño y lo echó al suelo, para pisotearlo como la cabeza de una víbora venenosa.

Y cuando se aseguró de que no se alzaría para morderle, levantó la vista, miró a los que pasaban, y apretó uno de los grandes hombros de su amigo, el que tenía la cruz borgoñona blanca.

Señaló con el mentón hacia los estudiantes.

Y el lansquenete, perdido, tardó en comprender. Pero, cuando lo hizo, apareció en sus labios una sonrisa salvaje.

—¡Estás loco! *Mist!!* ¡¡¡Loco de remate!!!

Balboa asintió, admitiéndolo sin pudor. Con una sonrisa extraña entre los moratones de su rostro, con una gota de sangre fresca colgando de la nariz.

—Eres el cabrón más testarudo y cabezota que me he echado a la cara —reprochó el lansquenete—. *Du bist verrückt, verdammt verrückt!*

Y miró a su amigo con picardía, con una nueva luz violeta en aquellos ojos. Y alzó una mano para tocar aquel crucifijo de plata que el lansquenete llevaba al cuello.

—¿No te apetece capar a unos cuantos ingleses?

Se lo dijo como un chiquillo proponiendo entrar en la huerta del vecino y robar unas manzanas. Travieso.

Y el lansquenete desconfió.

Se llevó la mano a aquel Cristo de plata. Dudó.

—¿Capar a unos cuantos ingleses? *Mist!* Eso es como llevar triunfos, no puede rechazarse...

Y sacó la mano del crucifijo para señalar de nuevo a Balboa.

—Capamos unos ingleses y nos vamos —le espetó con el ceño fruncido—, ¡nada más! *Nicht mehr!* No volverás con una de tus ideas. En el puerto habrá lanchas, pero no ataúdes...

Eran amigos. Se conocían bien. Y el lansquenete supo de inmediato que Balboa mentía. Lo supo en cuanto abrió la boca y le dijo:

—Sólo los ingleses... ¡Nada más!

Era una mentira. Había algo al fondo de aquel violeta. Algo más.

Pero el lansquenete también supo que no podía hacer nada para cambiarlo. Suspiró, volvió a coger la plata de su cuello.

—*Verdammt!* Le echaremos de menos... Le hubiera gustado...

Balboa asintió. Solemne.

—Le hubiera gustado.

Y aunque podía intuir que se iba a meter en un embrollo que le costaría la vida. Aunque era consciente de que aquella mano la había repartido el diablo, y el muy cabrón hacía trampas. Pese a todo. Maximilian asintió.

—*Los wir gehen diesen Schweinen an die Eier!* ¡¡A capar ingleses!!

Balboa asintió, distraído, volvía a mirar aquel bello rostro de mujer atrapado en piedra.

Y se preguntaba si algún día, alguien la descubriría de nuevo. Quizás algún día, alguien desmantelaría aquellas escaleras y la descubriría allí, esperando.

No tuvo tiempo de encontrar respuestas.

Aparecieron como los estudiantes. Pero no pasaron de largo. Siguieron derechos hacia aquel Pórtico de la Trinidad y sus nuevos portones. Uno resoplaba, casi parecía que reía.

Sucios, con las riendas a rastras y las crines llenas de hojas, aparecieron también en la plaza del Hospital Real tres caballos.

Un pío, un bayo, y un alazán.

Y antes de dirigirse hacia los caballos. Con una sonrisa extraña en su rostro amoratado. Balboa dijo algo, algo que no cuadraba con aquella sonrisa, algo frío, como arrancado del hielo.

—Haremos algo más que capar ingleses...

Lanchas, alcatraz y arena



I

Se contaba que allí, tras huir como conejos, se había refugiado un puñado de templarios hasta que el tiempo y una traición acabó con ellos.

Allí, el río se fundía con el mar. Los lenguados aleteaban en los bajíos y los reos remontaban la corriente.

Allí, a tiro de piedra de Coruña, en las orillas señoreaban bosques perezosos, salpicados de huertas, entre casas sueltas. El taller de un carpintero de ribera. Dos explanadas donde las rederas remendaban. Otras donde la lluvia podía lavar la sal de montoneras de algas.

Y había barcas varadas en la marea baja.

Sus siluetas salpicaban la arena húmeda. Tenían un aire triste. Con la luz del ocaso, se podía sentir su dolor allí, atrapadas en fango y no luchando por la libertad entre las olas.

Y en una de ellas, breada y embreada, calafateada mil veces, una más cansada que las demás, a la que sólo le faltaban arrugas de melancolía, había un viejo alcatraz apoyado en la borda.

Fue el único que no se asustó.

Tronaron los cañones. Las baterías de San Antón escupían fuego, desesperadas, sus balas trazaban una frontera que impedía el desembarco de los condenados ingleses.

Una andanada tras otra. Los cañones pastoreaban a la flota enemiga, que asomaba el hocico y se echaba atrás.

Era ensordecedor. Pero aquel alcatraz debía tener algo de templario. Y se contaba que los templarios habían reparado el puente. Aquel condenado puente que rebosaba muerte.

Las gaviotas y las garcetas, las pardelas, todas huyeron.

Menos aquel alcatraz viejo. Fue el único que no se asustó.

Quizá se creía templario.

Allí el río se abría, venía de correr por los montes, cayéndose de piedra en piedra, y allí perdía el orgullo. Como un jovenzuelo arrogante que se encuentra con la mirada severa de su abuelo, el río Mero se volvía vergonzoso ante el inmenso océano. Y dejaba madejas verdes en las orillas.

Algas por las que correteaban los cangrejos. Y una lubina, espabilada, perseguía mújoles que, al asustarse, atraparon en sus escamas un pellizco de la puesta de sol.

Todos huyeron. Hasta las barcas lucharon contra sus cuerdas, como perros atados a la entrada de la casa.

Todos. Menos aquel viejo alcatraz.

Sus alas se habían cansado, algún día echaría a volar y desaparecería en el horizonte.

Se creía templario, y miraba al puente con desprecio.

Un desprecio que el puente no se merecía, porque no hacía otra cosa que aguantar. Piedra vieja. Punteada de musgo, salpicada de barbas verdosas que le regalaban las olas de la ría.

Y todos habían huido. Todos menos aquel alcatraz, viejo y templario. Loco. Cansado.

No había huido. Tampoco huyó cuando empezaron los disparos en el puente.

Él y la vieja de la guadaña, que se sentó en donde una piedra más grande engrosaba el pretil. Se sentó y sólo le faltó pedir que le subieran algo del vino que almacenaba la ciudad para las naos del rey.

En la ría, en el puente, sólo quedaron un alcatraz templario y la muerte.

II

El puente se llamaba del Burgo. Y era la llave de Coruña.

Y los hombres se estaban matando en el puente.

Lo habían intentado por mar los ingleses, pero el galeón San Juan y los cañones del fortín de San Antón los habían obligado a desembarcar en la otra orilla.

Dos mil. Tres. Cinco.

Quizá diez mil hombres.

Más que los habitantes de Coruña, acogotada tras el puerto y las murallas.

Estaba el puente, pero tenía que aguantar. Tenía que hacerlo. Pese a la sonrisa de la vieja puta de la guadaña en el pretil.

Y el alcatraz no huyó, ni siquiera cuando, envuelto en gritos, uno de aquellos hombres se precipitó.

Cayó, dando gráciles vueltas. Irónico. Echando mano a las piedras del puente, intentando agarrar el aire, el salitre. Y se estampó en la

arena empapada. Salpicó barrillo. Se estrelló. Llevaba flecos castellanos. Llevaba dos balas en el pecho.

El alcatraz lo miró desangrarse. Hasta que se quedó quieto y pálido. Con la última esperanza cogida en el puño crispado. Una estampita de la Virgen de la Barca.

La Virgen nada pudo hacer, el océano se bebió la tinta y se comió el cartoncillo, como si la sangre de aquel hombre no fuera suficiente.

Fue entonces cuando el viejo alcatraz se cansó.

Y, con un tartamudeo de las alas, se echó a volar, harto de los hombres. Que gritaban en dos idiomas. Y disparaban en uno.

No huyó. No tenía miedo el alcatraz. Pero se hartó de aquel barullo.

Se echó a volar, trazó un gran arco, aún majestuoso. Con sus alas que rozaban infinitos.

Y para demostrar que se iba porque quería, no porque lo obligaban, se dio la vuelta, cruzó sobre el puente y vació las tripas.

III

Y la cagada, más que generosa, le cayó encima a Felipillo, que era todo flequillo y granos, que soltaba gallos cada vez que hablaba y que, al contrario que el alcatraz, estaba muerto de miedo.

Era un chico, cómo no iba a tener miedo.

Felipillo quería morir en el mar, en la mar, porque los hombres que la aman siempre hablan de ella como si fuera una mujer. La mar. Así la llamaba su abuelo. Y así lo había hecho su padre. Felipillo quería morir, dentro de muchos años, en medio de una tormenta, timonel de un galeón de la Corona. No en aquel puente luchando contra los ingleses.

Pero allí estaba. Y ni siquiera se enteró de que, sobre su hombro, en la camisa de su padre, había caído el desprecio de aquel alcatraz.

No se enteró.

Felipillo mordió con fuerza. Levantó el bichero y gritó. Y se echó a correr con otros cuatro muchachos.

Todos coruñeses. Todos muchachos. Niños.

Cuatro muchachos. Cuatro sueños. Timonel. Zapatero. Pescador. Talabartero.

Corrieron sobre las piedras gastadas del puente. Las mismas donde habían jugado a las tabas. Las que habían cruzado haciendo mandados. Para llegar hasta el barrio de la Pescadería, para volver con un cuartillo de aceite. Corrieron. Y Felipillo pasó por aquel saliente en el pretil, donde había una guadaña apoyada, donde había robado su primer beso a la bella Catuxa, que tenía un lunar en la comisura de los labios. Corrieron. Cara a cara. Hacia aquellos hijos de mala madre. Aquellos hijos de puta.

Era un niño.

Y alzó el bichero. Y corrió. Y gritó.

Iba a ensartar a uno de aquellos cabrones. Matarlo.

Porque era lo que le habían dicho que debía hacer. Porque había visto a los muertos. Porque amaba a Catuxa y pensó que podría protegerla.

Saltaron los sacos, un puñado de críos, y se lanzaron contra los ingleses.

Llenos de valor.

Unos niños.

Y los ingleses apuntaron.

IV

Novo era veterano. Había regresado en la galera Princesa de las aguas de Irlanda. Y antes de aquello, Novo, Gelmiro Novo, aunque nadie usaba su nombre, siempre el apellido, había luchado en Flandes.

Y Novo estaba al cargo. Él había ordenado que las galeras se escondieran en Betanzos. Se había ofrecido voluntario para asumir el mando. Y tenía un nudo en la garganta. Aunque se afanaba porque no lo pareciese.

Pero el nudo se apretó cuando vio a los muchachos. A los niños.

Estaban haciendo el trabajo de hombres.

—Estamos jodidos —le dijo a Seijas, con un lamento.

Y los dos, desde la cabecera del puente, no apartaban los ojos de aquellos críos.

Y Seijas, que era otro de la Princesa, de los que había catado artillería inglesa, de los que habían sufrido en los pantalanes de Zelanda. Seijas, que era revenido, como el tasajo, asintió.

—Jodidos.

Había que mantener el puente. Había que cortar el paso. Volarlo incluso con tal de que aquellos malnacidos no cruzasen.

Pero estaban jodidos. Jodidos porque eran un puñado. Un puñado contra tres, cinco, diez. Diez mil ingleses.

—Tienen cojones —añadió Seijas, mirando a los chicos, que corrían por el puente—, ¡coño! Tienen cojones.

Y ahora fue Novo el que asintió.

—De eso no falta —convino con orgullo, satisfecho.

Él los había convencido de que lo intentasen. Y Novo escupió un gargajo por encima del puente, sin asomar la cabeza entre los sacos que habían amontonado allí. Sacos, algas de las que se usaban para abonar, tres sillas, un carro sin ruedas.

Habían puesto allí todo lo que encontraron.

—El puente no debe caer —había dicho el capitán Troncoso, que era duro como yunque de herrero—. Ya lo saben, señores, España sólo teme a Dios. ¡A Dios! Y el puente no caerá.

Y Novo sabía que era un suicidio. Pero allí estaban, aguantando.

—¡Con dos cojones! —había gritado Troncoso—. ¡¡Sólo a Dios y a su juicio!! ¡¡¡Por Santiago!!!

Y allí estaban. Y los dos miraron a los niños. Y los dos se encogieron cuando llegaron los disparos.

—¡Mierda! Coño —soltó Seijas cabreado—. ¡¡Mierda!!

Y Novo, que miraba entre el humo de la pólvora. Que pegó un puñetazo en dos almohadas que a saber cómo habían acabado en la barricada. Contestó con la retranca que le habían colgado al nacer gallego, en un pueblín del alfoz de Lugo, de donde había salido en busca de gloria, espoleado por las historias de los veteranos vueltos de Lepanto.

—Mierda tampoco falta...

Y los dos se callaron. Por respeto a los muertos.

V

Felipillo cayó junto a aquella piedra que engordaba el pretil. Junto a la guadaña. Donde había dado su primer beso. A la bella Catuxa. Y sus amigos se habían burlado. Catuxa había crecido pronto y todos rieron, se llevaron las manos al pecho con gestos llenos de curvas.

Felipillo se había sonrojado, como si hubiera arrimado las orejas a un caldero al fuego.

Allí la había besado.

Cayó allí.

Con el bichero en la mano. Bajo fuego inglés. Como un valiente.

Donde había dado su primer beso.

El último.

VI

Cuando el humo se despejó, Novo maldijo entre dientes. Miró al crío. Y volvió a maldecir. Allí, caído, un sueño roto, empapado en sangre, con aquel estúpido bichero en la mano.

Intentaba recordar. Y no era capaz. Y le podía la rabia.

—¿Cómo dijo que se llamaba? —preguntó mordiendo cada palabra.

Seijas se volvió, rascándose el cogote. Lo habían pelado días antes, porque tenía una legión de liendres en las greñas, casi tantos como ingleses. Y la cabeza le picaba horrores.

Seijas se volvió, rascándose, y, en lugar de responder, preguntó:

—¿Quién coño dices?

Y Novo se enfadó.

—¿Quién?, ¡¿quién?!

Rabioso. Aquello no estaba bien. Aquello era una enorme bosta y estaban metidos en ella, hasta los cojones. Hasta las orejas. Le habían confiado el mando, e iba a fallar. Iba a perder el puente.

—¿Quién va a ser? —preguntó Novo, desgarrando las palabras como si arrancase jirones de tela.

Y se alzó por encima de la barricada. Que les dieran por culo a los ingleses, que los enculara el mismo diablo, con los cuernos. Se puso en pie y señaló con su vara de sargento. Señaló donde había caído un muchacho con un único beso.

Un beso. Una bala. Una vida. Una muerte. Una ilusión. Un desperdicio.

Señaló.

Y los disparos astillaron el aire a su alrededor. Pero Novo no se movió. Esperaba respuestas.

—¡¿Cómo se llamaba?!

El resto de los hombres, detrás de él, escandalizados, lo miraban con aprensión, convencidos de que iban a volarle la cabeza.

Y Seijas se levantó, sujetó a su oficial por el hombro y contestó al tiempo que tiraba de él para que volviera a parapetarse.

—Felipillo —contestó Seijas—, ¡coño! Se llamaba Felipillo.

Y a Novo le brillaron los ojos.

—Le prometí que lo recomendaría —dijo en un ataque de sinceridad—, le dije que escribiría a la Casa de Contratación. —No podía callarse, las palabras caían en cascada—. Le dije que le ayudaría. Que podría ir a Sevilla. —Y sus ojos temblaban, temblaban de miedo, de rabia, de dolor—. Le prometí que sería timonel de la flota...

Nunca lo sería.

Eran labriegos, mariscadoras, campesinos. Alguno había de los Tercios, pero ésos tenían su propio infierno, en la ciudad, que se aferraba a sus murallas y miraba con desconfianza la enorme flota desparramada en la bahía frente a Coruña.

Eran hombres. Y ancianos. Y niños. Y mujeres. Hasta las lavanderas estaban allí. Hasta las mozas que limpiaban en las casas de los mercaderes.

Eran. Y no alcanzaban.

Seijas había conocido la victoria. Y la derrota. Llevaba la cruz de Borgoña con orgullo. Por el rey. La patria. Por Santiago y cierra España. Lo que hiciera falta, menos la honra y el culo. Eso nunca. El resto, donde fuera y como fuera. Con dos cojones.

Seijas era hombre de los Tercios. Masticaban grava, cagaban arena. A los turcos, a los franceses, a los ingleses.

Pero ellos. Ellos no. Ellos, allí, eran pescaderos, pescadores, labradores.

Y apenas tenían unos cuantos mosquetes. Unas pocas pistolas. El resto, horcas, hachas, cuchillos. Hasta aquel condenado bichero.

Y Seijas, negando, rascándose el cogote, que le picaba horrores, dijo lo único que podía decirse:

—¡Coño! Está perdido, hay que retirarse...

Pero Novo no escuchaba. Novo miraba entre los sacos a aquel muchacho. Veía la sangre. Las pecas de la pólvora. La carne abierta. Veía incluso la cagada de un pájaro en el hombro del muchacho. Lo veía y maldecía.

Y Seijas insistió.

No lo dijo a gusto. Le supo amargo. Pero insistió:

—Da la orden, ¡coño! Es inútil. Moriremos todos.

Y lo dijo como soldado viejo. No había miedo en sus palabras. Ni un asomo. Lo dijo porque era una imbecilidad perder más vidas. Lo dijo porque el puente caería en manos inglesas y no merecía la pena perder a la milicia.

—Da la orden —insistió Seijas—. Hay que replegarse.

Estaba todo perdido.

Novo tenía que elegir entre morir o entregar el único paso a la ciudad.

Y Novo asintió.

Y Seijas suspiró con alivio.

Novo abrió la boca. Miró a aquellos ojos ansiosos entre las horcas, las hachas y los cuchillos. Iba a dar la orden.

No lo hizo.

VII

Se apartaron. Los pescaderos, los pescadores, los labradores. Se apartaron. Se abrieron y dejaron pasar a los locos.

Porque tenían que ser locos. Ésa era la única explicación.

Locos.

Aunque uno de los que se apartó, un vejancón con las manos llenas de los callos que sólo deja el mar, la mar, espantó la sorpresa y sonrió feliz, como aquel día que anzuelara un bonito de cien libras. Sonrió su sonrisa, que llevaba años desdentada.

Y los locos pasaron.

Como balas. Directos hacia los ingleses al otro lado del puente.

VIII

Incluso Seijas dejó de rascarse. La sorpresa le robó los picores.

—¿Quién coño...?

Novo no sabía cómo ni porqué, pero sí sabía quién. Se reconocían. Los había visto en Salamanca. Y también cuando, de escolta para un maestro de campo, había llegado a Alcalá de Henares. Llevaban mucetas sobre los hombros, becas. Muchos tenían dedos manchados de tinta. Algunos aún llevaban saquetes al cinto, con el recado de escribir. Y eran apenas hombres, con barbas que tenían poco que afeitar.

Los reconoció.

—Son estudiantes... —balbució Novo señalándolos con la vara de sargento.

Tenían que serlo.

Un batallón entero salido de las aulas de la universidad de Compostela. Con arcabuces viejos, con espadas oxidadas, con cortaplumas incluso. Y con el furor de la juventud. Como perros rabiosos. Quizá doscientos. Con suerte, trescientos. Encendidos de valor. De ese valor atolondrado que sólo los años apaciguan.

Pasaron entre ellos, saltaron la barricada y se echaron al puente como si los persiguiese el mismo diablo afilando el tridente.

Gritaban enloquecidos. Con los ojos encendidos. Alguien los había convencido de que estar allí, en aquel instante, era su deber.

Y lo creían, a pies juntillas. Y Gritaban.

—¡Por Santiago!

Y pasaban de largo, al galope. Uno tras otro. Con las armas preparadas.

—¡¡Cierra!!

Preparados para luchar. Y para morir. Se veía en sus rostros. Estaban dispuestos a todo.

—¡¡¡A ellos!!!

Estudiantes venidos de Compostela para plantar cara.

—¡Abajo Inglaterra!

No podían callarse. Hervían de odio.

—¡¡Abajo Isabel!!

Sabían lo que estaba en juego.

—¡¡¡Muerte al inglés!!!

Pasaron de largo, tiesos al muro de arcabuces y espadas. Sin pestañear. Decididos. Quizá más, quizá cuatrocientos.

Y Seijas, boquiabierto, señaló a los dos que iban los primeros.

—¿Qué coño? Ésos no son estudiantes...

No supo si se lo decía a Novo, a sí mismo, a la puta de la guadaña que se frotaba las manos allí donde había caído el chico.

Pero la sorpresa lo obligó a hablar y a señalar.

Ellos mandaban el estrafalario batallón. Y los estudiantes, con o sin demonio afilando el tridente, seguirían a aquellos dos hasta las puertas del infierno.

Seijas y Novo lo habían visto antes. Cuando todo estaba perdido y un sargento, un maestro de campo, un oficial, se levantaba, se sacudía el polvo, escupía bajo el colmillo y se lanzaba a la carga, aunque fuera imposible. El ejemplo prendía la mecha.

Y los hombres respondían.

Y respondieron.

Pasaron aquellos dos. Pasaron los estudiantes. Y los siguieron. Pescaderos, pescadores y labradores. Aquel vejancón con su sonrisa maliciosa. Todos se echaron al puente.

Todos.

Novo y Seijas, agarrados por la sorpresa, se quedaron en la maldita barricada y, en un abrir y cerrar de ojos, estaban solos.

Se miraron el uno al otro.

—¡Con dos cojones! —soltó Novo, eufórico, la espada en una mano, la pistola en la otra.

—Con dos cojones —respondió Seijas soplando la mecha enrollada en la muñeca—. ¡Coño! ¡¡Con dos cojones!!

Y se echaron al puente.

IX

Dos locos y un batallón de estudiantes. Y no fueron los únicos. Llegaron de Pontedeume. De Betanzos. De Paderne. Miño, Sada, Oza. De cualquier villorrio de la costa. De tierra adentro. Veteranos que ya se habían retirado y envejecían en sus casas frente al mar

gallego, y que tuvieron que engrasar las espadas. Jóvenes alocados. Mariscadoras con sus largos rastrillos.

De todas partes.

Llegaron costureras, rederas. Un herrero con sus dos aprendices.

Grupos que venían, todos ellos, con un estudiante que había ido a dar recado. Que había corrido a buscar voluntarios.

De camino, desde Compostela, aquel estrafalario batallón había conseguido que todo aquel capaz de alzarse con un arma en las manos lo hiciera.

Y sacaron de sus casas a quienes se habían escondido cuando las llamas de los faros avisaron de que venía el inglés. Animaron a los cobardes a luchar. Porque si caía Coruña, caería Compostela, y si caía Compostela caería el viejo Reino de Galicia.

Y todos sabían lo que había hecho Isabel de Inglaterra nada más subirse al trono. Todos habían oído con espanto sobre las iglesias ardiendo y los curas ahorcados.

Y estaban allí, dispuestos a luchar con el inglés.

Dispuestos a morir.

X

El último en llegar fue el mismísimo arzobispo de Compostela, Juan de San Clemente. Torpe y sin gracia, a lomos de la más mansa de las monturas. Y su deán, Gaspar de Montalvo. Y aquel canónigo mudo.

Y empezaron a repartir bendiciones, y a consolar a los heridos. Ungieron óleos, rezaron, dieron confesión.

Hicieron su parte aquellos tres. Y ayudaron dos estudiantes de medicina, que cosieron brechas, lavaron tajos, recompusieron

huesos.

Y buena falta hacía.

Muchos volvían del puente sosteniéndose unos a otros, sosteniéndose las tripas, dejando un rastro de sangre. Y se derrumbaban en las montoneras de redes.

Y el obispo, de tanto en tanto, después de una señal de la cruz o dos versículos, miraba al puente y sus manos reaccionaban, como si diera un puñetazo o clavase la daga, como si pudiera estar allí, sobre las viejas piedras, cien pasos más allá, ayudando contra el inglés.

Luego se arrepentía de aquella violencia, miraba al cielo, pedía perdón, y seguía con los heridos.

Pero, de tanto en tanto, se le escapaba de nuevo.

XI

Nació la esperanza. Y todos en el puente lo comprendieron. Unos con temor. Otros con anhelo.

Y la puta de la guadaña con disgusto, porque aquella masacre tocaba a su fin.

El puente hervía. Brazos. Espadas. Dagas. La espesa niebla de la pólvora mal quemada. Y apestaba, a chamusquina, a sangre, a triperío abierto y mierda esparcida. Al sudor revenido de los ingleses embarcados. Al estiércol que aún llevaban en las zocas los labriegos. A miedo.

A guerra.

Ganaban terreno, palmo a palmo. Las barricadas quedaban atrás. Cerraban el embudo y los ingleses cedían sin remedio.

Y Novo sintió que su pecho se calentaba. Que sus miedos a fracasar echaban a volar. Los ingleses, espantados, reculaban.

El ímpetu de los universitarios los estaba arrollando. Iban a lograrlo. Si aquellos malparidos querían llegar a la ciudad, no iba a ser cruzando el puente, tendrían que arriesgar los dientes bajo el fuego de los cañones del San Juan, del San Bartolomé y el Sansón. Y los del fortín del islote de San Antón, que seguían defendiendo la bahía y la ría como bestias enfurecidas, manteniendo a los barcos ingleses a raya.

El Puente del Burgo aguantaría.

Era un milagro llegado de Compostela que, en lugar de llevar la blanca cruz de Borgoña, llevaba becas amarillas.

XII

Seijas, más pragmático que su oficial, también saboreaba la victoria. Pero no pensaba en las órdenes de Troncoso. Lo que hacía era admirarse de aquel par de locos.

Porque locos tenían que ser.

—Pero con dos cojones... —murmuró por lo bajo, sacando su propia espada de los riñones de un pelirrojo cetrino.

XIII

Dos locos. Dos.

Un oso pintarrajeado, con un sombrero lleno de plumas de colores y unas manazas que manejaban un montante que pesaba con sólo mirarlo.

Aquel cabronazo, así lo llamó Seijas, escupía maldiciones que nadie entendía y cortaba a los ingleses como si fueran manteca caliente. Era un bailarín en los infiernos. Un espectáculo.

Volteaba, fintaba, cortaba. Y salía de un bosque de hierros derribando a tres a un tiempo y con una sonrisa salvaje bajo aquellas condenadas y ridículas plumas.

Llevaba pechera, pero no un espaldar.

Novo y Seijas, los dos sabían que era un lansquenete.

XIV

Del otro no sabían nada.

De aquel otro loco. Un loco que se había lanzado a pecho descubierto contra miles de ingleses hambrientos de botín y gloria.

De ése, no sabían nada.

Pero a ambos, a Novo y a Seijas, les pareció que aquel loco era el más peligroso de todos los hijos de puta que había en aquel condenado Puente del Burgo matándose por un palmo de piedra sobada y vieja.

Era un veterano. Coño. Destetado con una daga en los dientes y espada en volandas.

—¿Cómo coño lo hace? —preguntó Seijas mirando, sin esperar respuesta.

Novo no contestó. Seijas insistió:

—¿Cómo coño...?

Sólo un veterano hacía bailar así la daga, y la espada, sólo un veterano miraba así hacia los cañones de los mosquetes que le buscaban los hígados.

Era un veterano. Y tenía el rostro hecho un cisco. Amoratado. Manchado de sangre. Hinchado. Emborronado de golpes y tajos.

La nariz rota.

Y puede que hasta el alma.

También el alma. Seguro. También el alma.

Peleaba con prisa. Como si aquello no fuera a vida o muerte. Como si no tuviera a cientos de cabrones a su alrededor deseando ensartarlo. No. Coño. No. Peleaba como si fuera una tarea. Un recado que terminar antes de ocuparse de asuntos más importantes.

Era como engranajes de un molino. Como una máquina.

Esquivaba, golpeaba, clavaba.

Mordía con la daga, engañaba con la capa, sin florituras, sin adornos. Eficiente. Inexorable.

No había fintas, ni giros. No tenía la gracia de aquel condenado lansquenete. Sólo certeza. Y muerte danzando en la punta de su espada. Daba frío mirarlo.

Eso fue lo que vieron Novo y Seijas. Y, por distintos motivos, ambos se hubieran sacado el sombrero, si lo llevasen. A Seijas lo habían pelado y Novo lo había perdido, su chambergo había caído y descansaba allá abajo, entre las barcas atrapadas en la marea baja.

Pero se hubieran quitado el sombrero. Novo con respeto, recelando de aquel protagonismo, pero con respeto. Seijas con miedo. Cada uno a lo suyo. Pero se lo hubieran quitado.

Eso fue lo que vieron. Una máquina.

Lo que no vieron fue a la puta de la guadaña, que dejó su trabajo por un momento y miró hacia aquel condenado loco.

Lo miró y asintió. Dándole su aprobación.

XV

El Puente del Burgo aguantó. Se convirtió en desolación. Y sólo la vieja puta de la guadaña seguía en sus piedras gastadas, rematando su trabajo.

Pero el puente aguantó.

Y para entonces ya caía la noche.

Y la oscuridad ayudó.

Y los hombres que esperaban en tierra también ayudaron. No hablaban el mismo idioma, ni siquiera se conocían. Pero ése había sido el plan.

El plan que Gaspar de Montalvo había detallado. Y era él quien había tenido que repetir el nombre más de una vez.

Gaiteira.

XVI

Al otro lado de la bahía, frente al puerto y la Pescadería. En un recoveco de tierra que trazaba un arco en esa orilla de la ría. Bajo aquel mismo ocaso. Cuatro lanchones buscaban cómo atracar en unos peñascos que siempre se habían llamado la Gaiteira.

Los peñascos de la Gaiteira.

Allí, entre las rocas, un fuego de maderos ardía. Como un faro.

Los peñascos de la Gaiteira. Que descollaban entre pinos y matas de tojo desafiando los embates del mar.

No llevaban pendones o enseñas.

Cuatro lanchones con diez hombres cada uno. Y con grandes lonas enceradas que cubrían su carga. Lonas apretadas, bien aseguradas, para que las salpicaduras de los remos y las travesuras del mar no mojaran lo que escondían.

Los cuatro lanchones maniobraban con dificultad. Iban pesados. Muy pesados. El agua de la bahía lamía la borda. Y los remeros, cubiertos en sudor espeso que brillaba con los últimos rayos de sol.

Los mandaba un pelirrojo de espesas greñas con un hombro más alto que otro. Escrutaba los peligrosos peñascos, intentaba tomar una decisión.

Maldijo entre dientes, esparciendo la peste de una boca podrida.

—*God's blood!*

Y entre sus remeros se cruzaron miradas nerviosas.

Ansioso, con los ojos como los de un conejo al ver al zorro. Inquieto. Dudó el pelirrojo, entre arriesgar o regresar, dudó. Hasta que un cabo apareció de la nada y cayó en la proa de su lanchón, un grueso cabo marinero.

Y al otro lado del cabo, entre la rocalla pintada con líquenes y cagadas de gaviota, surgió un tipo malcarado con un ojo morado y una brecha reciente en la mejilla. Como salido de una pelea.

—*Boa noite*—con una sonrisa a la que le faltaba un colmillo desde hacía poco—*, já vêm muito tarde.*

En la orilla hablaban portugués. En los lanchones inglés. Pero se entendieron.

Se entendieron sin problema.

Los portugueses habían cumplido.

Tenían un guindaste amarrado a las peñas y los ingleses sonrieron, como perros del infierno.

Bajaron más cabos.

Usaron las poleas del guindaste y lo prepararon todo.

Y los ingleses levantaron por fin las lonas enceradas.

El aceite de ballena, que embadurnaba los cañones, brilló aún más que el sudor de los remeros.

XVII

Los portugueses ni siquiera se habían molestado en apartar a los muertos.

Allí, entre los peñascos, había media docena de cadáveres. Pescaderos, pescadores y labradores. Coruñeses.

Hombres de las milicias. Hombres que habían muerto intentándolo.

El pelirrojo frunció el ceño al ver que faltaban efectivos, lo prometido eran veinte hombres. Pero su pregunta quedó sin responder. El idioma se les atragantó, a él y al tiparraco que llevaba una cruz roja en el hombro, un tipo al que le faltaba la mitad de una oreja, Diogo de Coutinho.

Aun así, no tardaron en calzar los cañones. En subir la pólvora. En preparar la munición.

Habían sido concienzudos los portugueses, habían matado incluso a las mulas que tiraban del carromato en el que trajeran el guindaste. Y con las cajas vacías habían encendido la señal.

No tardaron mucho, eran más de cincuenta hombres.

Los cañones quedaron enfilados y los artilleros ingleses empezaron a echar cuentas murmurando jaculatorias por lo bajo.

Bastaba arrimar la cabeza a los cañones y comprobar que todos apuntaban al mismo lugar.

No hacia la ciudad. Sino hacia los tres barcos que la protegían.

Desde allí podían acribillar al valiente galeón San Juan y a lo que quedaba de los barcos de la Grande y Felicísima Armada regresados a Coruña.

El San Juan, la nao San Bartolomé y la urca Sansón. Los tres y sus cañones eran el escudo de la ciudad, su mejor muralla.

Y, desde los peñascos de la Gaiteira, era fácil enfilar las bordas de los tres.

Pero colocar aquellos cañones no era lo único que habían venido a hacer aquellos cuatro lanchones.

Tenían un asunto pendiente.

XVIII

—Novo —se presentó sin mentar su nombre—. Sargento Novo —remachando los galones.

Aquel loco se había ganado las respuestas que pedía. Pero Novo no iba a dejar que olvidase quién llevaba la vara de sargento.

—Sisnando Seijas —se presentó también, y se guardó el coño que brotó en sus labios.

Y aunque ahora, pasada la euforia de la lucha, le picaba horrores, Seijas tuvo la deferencia de no rascarse la cabeza recién pelada. En sus ojos había un profundo respeto por aquel loco de la nariz rota.

En teoría, Novo estaba al cargo del puente. Era a él a quien Troncoso le había confiado el mando. Y contestó, pero a regañadientes, haciendo valer sus decisiones, dando a entender que todo estaba bajo control. Sin conceder que, de no haber llegado los refuerzos, estaría muerto en aquel puente.

Bisoño preguntando a veteranos, así le hacía sentirse a Novo aquel loco. Aquel Balboa. Rostro lleno de morados, heridas abiertas, ceja sangrando, nariz rota.

—... Hubiéramos aguantado. Y aguantamos —decía Novo, con labios fruncidos—, y mientras esos cabrones no desembarquen en la bahía —él hablaba, pero Balboa no prestaba atención, Balboa miraba al puente, y sacaba a Novo de sus casillas— aguantaremos. Gracias a Dios, el San Juan los ata en corto con sus cañones...

Y el galeón, con la ayuda de la nao San Bartolomé y la urca Sansón, que habían acabado en Coruña para reparar el destrozo tras costear Irlanda, eran una bendición.

Desde donde se encontraban, ninguno de los tres hombres cayó en la cuenta de que hacía rato que no se escuchaban los cañones del San Juan.

La verdad les quedaba demasiado lejos. La verdad suele quedar lejos. La verdad era que el orgulloso galeón estaba condenado. El galeón, la nao y la urca estaban condenados, jamás saldrían de la bahía.

Y Novo escupía el informe, cada vez más agrio.

—... Con los refuerzos —continuó el sargento, señalando a los estudiantes replegados—, el San Juan y lo que dispongan en Malvecín. —Señaló hacia el pequeño fuerte que guardaba el sur de la ciudad y volcó los ojos al cielo, como rezando una plegaria—. Aquí no se contempla la rendición...

Habló de hombres en la ciudad alta, de las murallas, que eran bajas y necesitaban reparaciones, de que estaba preocupado por el barrio de la Pescadería, extramuros y en el regazo del puerto. Como si fuera maestro de campo, como si fuera el mismo Troncoso.

—... Esos malnacidos no podrán desembarcar —dijo ufano—, los hemos atado en corto...

Hablaba Novo, pero Balboa miraba al puente, asentía de tanto en tanto, pero no escuchaba.

Balboa había salido de la batalla con una sonrisa victoriosa, una sonrisa con dos brochazos de esperanza. Pero esa sonrisa se estaba diluyendo. Se deshacía como papel bajo la lluvia.

En su cara amoratada, aquella sonrisa, extraña desde un principio, se convertía, a pocos, en una mueca. Había comprendido algo terrible.

Novo insistía en que la defensa de la Pescadería era crucial. No podían dejar que el barrio cayese en manos inglesas.

—Es la puerta de la ciudad —repetía el sargento.

Y se acercó aquel lansquenete, envuelto en colores, con el montante al hombro y un crucifijo al cuello. Tenía algo de cuento de taberna. Así, cubierto de salpicaduras de sangre, parecía una exageración de borracho.

Le brillaba el rostro, e hizo una floritura con aquel sombrero emplumado.

—Du wärst noch attraktiver, wenn du einfach mal nichts sagen würdest. —Y lo tradujo de inmediato, pero quitándole cinismo—. Es suficiente, ve cerrando la boca...

Novo, a contrapié, estuvo a punto de partir en dos la vara de sargento. Pero el lansquenete no se dio por enterado. Maximilian cogió por el codo al tal Balboa y se lo llevó a unos pasos, donde podía hablar con él en un susurro discreto.

XIX

El arzobispo Juan de San Clemente había rejuvenecido. Iba de un lado a otro. Picoteaba aquí y allá como una gallina ansiosa. Repartía bendiciones. Ayudaba con una venda, rezaba con un desconsolado.

Incluso cuando dio una extremaunción a un pobre desgraciado que escupía sangre sin contenerse, en el rostro del arzobispo brillaba la ilusión.

Y cuando acudió a un cubo del que beber y se encontró con su deán, se confesó.

—Esto, esto —dijo abarcando en torno a él con el cacillo—, esto es lo que debemos hacer. Esto es auténtico servicio hacia el Señor.

Obra pía. Es aquí donde nuestra labor se vuelve útil. Ayudando. Rezando con el pueblo.

Estaba emocionado. Y no advirtió el mohín de Montalvo, escéptico. Descreído.

El deán asentía. Pero sus ojos decían lo contrario.

—Con la ayuda del Señor —aseguró el arzobispo sin temor a que lo escuchasen los heridos, liberado—, el inglés caerá.

Asintió San Clemente, le dio el cacillo a su deán, para que también bebiese, y se acercó a un muchacho que lo llamaba.

—Aquí, y no en otro lugar, aquí hubieran puesto los arcángeles a los de Varela, aquí, luchando por la libertad.

Gaspar de Montalvo no prestó atención. Gaspar de Montalvo miró ría arriba, hacia la bahía que refugiaba Coruña.

No se veía ya apenas, la noche se acomodaba. Pero Montalvo escudriñó la oscuridad.

XX

Muchas cosas sucedían a un tiempo en aquel ocaso. Demasiadas.

En el barrio de la Pescadería las gentes sacaban las provisiones de cada casa, transportaban hasta la última hogaza de pan a la ciudad alta, protegida por las murallas.

Provisiones y armas, aunque no fueran más que cuchillos.

Y partía el corazón ver a los pequeños, que abandonaban sus casas empujados por el miedo de sus padres.

Un niñito, lloroso, con regueros de lágrimas en mejillas sucias, caminaba de la mano de una mujer decidida que llevaba sobre la cabeza un cesto con chacinas.

El niñito hipaba. Pero caminaba obediente. Y en la mano libre llevaba un barquito de juguete. Caminaba, pero miraba atrás, asustado. Viendo que su humilde casa, al amor del puerto, quedaba a sus espaldas.

Y lo que más le asustaba era que mamá no respondía a sus preguntas.

—¿Cuándo volveremos?

Mamá gruñía por el esfuerzo, pero no contestaba, tiraba de la mano de su hijo. Y el niñito intentaba no llorar.

—¿Qué pasa?

Y clavaba los ojos en la saya de mamá, que tenía un patrón espigado, dos marrones humildes entrelazados, ropa de trabajadores, pero al niñito le gustaba, porque podía pasear sus dedos e imaginar caminos infinitos.

—¿Adónde vamos?

Pero mamá no tenía tiempo para contestar.

Asustado, el niñito obedecía, y miraba aquel espigado. Y apretaba con fuerza su barquito.

Más fuerte aún cuando volvieron los cañonazos.

Apretaba.

Como si pudiera salvar a su barquito. Pero cómo iba a comprender el niñito que, por mucho que apretase, los barcos no se salvarían.

XXI

Muchas cosas sucedían a un tiempo en aquel ocaso. Demasiadas.

A espaldas de los defensores del puente pasó un grupo que aprovechaba la oscuridad.

Un grupo que sabía que no podría llegar a la ciudad, cerrada en ese lado por un fuerte al que llamaban de Malvecín.

Eso ponía en el papel que sostenía Thomas Frobisher, un papel con un dibujo sencillo de la bahía coruñesa. Un plano que punteaba la ciudad alta, un trazo para las murallas, otro para el puerto, uno más para el islote de San Antón, y una cruz que cerraba su camino hacia la ciudad.

El destino de aquel grupo no era la ciudad.

Ni mucho menos, ellos tenían que abrirse al otro lado de la bahía, hacia un lugar también marcado en el mapa. Y había letras garrapateadas junto al lugar señalado.

La letra era la de Gaspar de Montalvo.

Y Gaiteira era lo que estaba escrito.

Y aquel grupo iba a seguir camino. Pero se habían detenido para ver, desde lejos, lo que sucedía en el Puente del Burgo.

Y fue ella la primera que habló.

—No lo conseguiréis —dijo orgullosa Alessandra—, el Señor está con nosotros.

Thomas Frobisher guardó el mapa y, con parsimonia, recolocó uno de sus preciosos rizos dorados tras una oreja.

—Querida —respondió cínico—, a mí me viene dando igual si ese tal Antonio consigue el trono de Portugal. A mí me pagan por otros asuntos.

Y zanjó la conversación sin más. Escupiendo órdenes para que los hombres se pusieran en marcha.

XXII

Muchas cosas sucedían a un tiempo en aquel ocaso. Demasiadas.

Y eran muchas las bocas que repetían aquel nombre de la Gaiteira.

Un burdo mapa como el del inglés era lo que también miraba Varela con el ceño fruncido. El mapa en una mano, la pata de conejo en la otra y sus trece apóstoles balanceándose como herejes recién ahorcados.

XXIII

Novo, disgustado, quedó con la última palabra en la boca y se rascó la sien con el remate metálico de su vara. Y en cuanto se dio cuenta de lo que estaba haciendo, se enderezó, muy digno. Como si hubiera sido él quien le había dado permiso a Balboa para alejarse.

Seijas murmuró un «coño» por lo bajo.

Balboa dejó que tirasen de él.

Y, cuando le pareció que la distancia era suficiente, el lansquenete habló en voz baja.

—Ya están aquí —dijo señalando hacia los estudiantes y los refuerzos que habían traído—, ya no es cosa nuestra. Vamos. *Los geht's, verdammt!*

Aún tenía cogido el codo de Balboa, aún ejercía fuerza, como para obligarlo a ponerse en marcha.

—*Mist!* No vas a dejarlo —dijo sacudiendo las plumas de colores —. No puedes dejarlo, ¿verdad? *Mist!!* ¿Has perdido la cabeza? No quiere volver contigo, sólo le preocupan los caprichos del abad. Vámonos a Zaragoza. Métetelo en la cabeza, no quiere saber nada de ti... *Gar nichts!!!*

Pero Balboa no escuchaba. Balboa seguía mirando al puente. Demudado. Y su rostro, y no era culpa de los moratones, era una

sombra.

Balboa era el único.

—Es una trampa ¿Dónde coño está eso de la Gaiteira? ¿Quién ha oído ese jodido nombre? Y aunque lo encontremos. ¡Es imposible! *Verdammt!* Ese... Ese *verdammter Hurensohn!!* Te la tiene jurada, mataste el agujero donde la metía. ¡¡¡Vámonos a Zaragoza!!!

El lansquenete gritaba. Podía gritar sin que a nadie le extrañase. Muchos otros gritaban.

—Si vamos, os matará a los dos. *Er bringt euch beide um!!* ¿No lo ves? No puedes fiarte de ese cabrón. ¿Por qué iba a cumplir lo prometido?

Una promesa escrita en un papel aceitoso. Una promesa, un desafío, una amenaza.

Una trampa.

Otros gritaban. Se escuchaban vítores, gritos de ánimo, incluso los heridos apartaban las manos de los estudiantes de medicina, las que intentaban coser una herida o restañar la sangre, y se unían a los coros. La victoria sobre el inglés calmaba el dolor y cerraba brechas.

Había esperanza en los coruñeses. Tímida. Verde pálido. Pero esperanza. Y los desesperados se agarran con tanta fuerza a la esperanza que, a veces, la despedazan sin darse cuenta.

Se dejaban llevar. Ilusionados.

Balboa era el único.

El único que veía a la puta de la guadaña, agachada junto a un muchachillo tirado en el puente. La vieja cobarde lo sacudía por la pechera. A un crío, un crío con el hombro sucio de algo que no era sangre.

El único que la veía.

Y no dejó de hacerlo. Sus ojos violetas siguieron a la muerte mientras la muy puta remataba la faena y recogía las últimas almas

de aquella masacre. La veía silbar. Feliz.

Balboa no se volvió hacia su amigo.

Pero arrancó su brazo de la manaza del lansquenete.

No pensaba ir a ningún sitio. A no ser a la Pescadería. O a las murallas para reforzarlas. O a echar una mano a los estudiantes con becas amarillas.

Y dolía.

Apoyó su mano en el hombro del lansquenete, y dejó allí una mancha, como la cagada de alcatraz en aquel crío lleno de sueños.

—¿Irme...?

Cáustico. Como el ácido. Con una pausa, con un último vistazo al puente. Entrecerrando aquel violeta. Oxidado. Antes de ir hacia los estudiantes, que hacían lo que podían, que cosían, que drenaban, que intentaban colocar huesos.

Dejó la mancha y una última pregunta que no esperaba respuesta.

—Y si la encuentro..., ¿cómo podría mirarla a los ojos?

XXIV

Se hundieron los vítores. Y aquellos coros felices. Se hundieron.

Y empezaron los gritos.

Las manos señalaron.

Los rostros se volvieron.

Apenas había llegado Balboa hasta el primer grupo de heridos. Acababa de coger una bota de vino para limpiar heridas. Y empezaron los gritos.

Incluso los heridos se levantaron. Los que pudieron. Otros se apoyaron en sus codos y estiraron el cuello. Intentaban ver. Entender.

La última, cosa curiosa, como si en aquella ocasión no quisiera seguir la costumbre, fue la vara de sargento de Novo. Fue la última en señalar.

—Coño... ¡Coño! ¡¡Coño!!

Seijas, todos. Todos miraban hacia donde apuntaba la vara, la bahía de Coruña. Espantados.

El mar ardía.

La mar que hubiera dicho un chico que era todo flequillo y granos.

La mar ardía.

Y la puta de la guadaña, acabada su faena en el puente, encontró un nuevo destino.

XXV

Estaban lejos, demasiado lejos. Pero la oscuridad, que había ayudado a la traición. La misma oscuridad que había espoleado el miedo. Esa oscuridad que caía, que se tumbaba hacia el oeste, hacia el gran océano, ayudó.

La oscuridad les dejó ver a todos, incluso allí, a un costado del Puente del Burgo, el inconfundible resplandor del fuego.

El mar ardía.

No podía ser en la ría. Allí se distinguían los cañonazos de los ingleses que, por un parpadeo, retrataban las siluetas de sus galeones, bajos y rápidos, más enclenques, pero más maniobreros que los que se armaban en Santander o en Cádiz.

Tenía que ser en la bahía. La bahía que lamía el puerto de Coruña.

Tenía que ser allí.

Y podían ver el resplandor. Punteado por los fogonazos de los cañones.

No podían saberlo, estaba demasiado lejos, pero la urca Sansón se moría.

Herida de muerte por una sorpresa de hierro y pólvora que había surgido al otro lado de la bahía. En unos peñascos que siempre se habían conocido como la Gaiteira.

Y nadie supo nunca cómo demonios los ingleses habían descubierto aquel lugar.

Treses, crucifijo y valor



I

Había prisa.

Mucha prisa.

Tenían que prepararse. No había terminado. El inglés volvería. Podían reemplazar a sus muertos. Tenían miles de hombres. Volvería. Volverían.

Y todos los coruñeses sabían que su única ventaja era aquel estrecho puente que hacía de embudo.

Tenían que prepararse.

Y Novo conocía el oficio. A la luz de antorchas, bajo el estruendo de los cañones, Novo iba de un lado a otro, organizando batallones, dando órdenes.

Con urgencia, como buscando una esquina en la que vaciar la vejiga, Novo vareaba su vara de sargento. Con una seguridad que temblaba, pero que él disimulaba.

Y todos los defensores advertían que aquella prisa encerraba preocupación.

Podían aguantar, habían aguantado. Una vez, dos. Tres. Pero eran miles los ingleses. Y los ingleses volverían.

—¡Vamos! ¡¡Coño!! ¡¡¡Ya!!!

Seijas apremiaba a los que acarretaban trastos para que las barricadas creciesen.

Novo se aseguraba de que los milicianos mantuvieran las mechas encendidas, la pólvora seca, los cuchillos afilados.

Y de fondo, desde la bahía, el tronar de los cañones cortaba sus órdenes.

Seijas gritaba, bronco, rudo. Hecho a la batalla y a la muerte.

Novo intentaba enseñarle a un muchacho asustado que la espada, ante todo, era geometría y distancia, y los ojos del pobre chico decían que no, aunque su mentón asentía.

Los milicianos hacían cuanto podían.

Hasta que llegó Balboa, que cayó sobre ellos como un derrumbe.

Balboa sujetó el hombro de Novo, y su espada quedó a medias, mientras le explicaba a aquel muchacho, que parecía un pajarillo en el nido, la diferencia en los tercios de la hoja.

Fue una palmada fuerte en el hombro. Un aplauso seco.

II

El mar ardía.

Y Balboa había decidido echar un vistazo. Tenían que comprender.

Novo se había negado a darle unos cuantos hombres.

Y Balboa se había ido igualmente.

Ahora regresaban de echar un vistazo.

El lansquenete y Balboa, mientras los milicianos se recomponían, se habían adelantado. Tenían que ver el origen de aquel resplandor,

saber qué sucedía. Y fueron a la ciudad, hacia aquel fuerte de Malvecín, y la bahía se desplegó ante ellos.

Habían llegado a los pies del fortín, donde había un humilladero. Una construcción sencilla, unas cuantas piedras bien colocadas, y tenía un precioso cristo con el lamento agarrado a su rostro de granito. Recordaba a aquella Cruz de Ferro de Ponferrada. Aquella en la que Balboa había dejado una promesa de piedra rosa.

Desde allí habían visto los fogonazos de unos cañones al otro lado de la ría. Donde no deberían estar. Pero estaban. Disparaban contra los tres barcos. Contra los tres centinelas que contenían a la armada inglesa.

El mar ardía. Y Maximilian y Balboa habían visto. Y comprendido.

—*Mist! Verdammt!!* Hay que darse prisa, mierda. No hay tiempo...

Eso había dicho el lansquenete, entre aspavientos, con aquellas condenadas plumas del sombrero saltando.

—*Mist! Mist!! Mist!!!*

Balboa no había dicho nada.

Y habían regresado. Aprisa. Hacia los milicianos y el Puente del Burgo.

Ahora, la mano de Balboa cayó sobre el hombro de Novo.

Un aplauso seco.

Con tanta fuerza que el sargento dobló la rodilla para aguantar el sopapo. Y antes de que Novo se volviese, con la espada en la mano, Balboa dio la orden.

—¡Hay que irse! ¡¡Ya!!

La respuesta tardó en llegar. La estupefacción los vapuleó. Novo abrió la boca y la cerró. Hasta que se recompuso. Y apartó aquella mano con su vara, como si fuera una venenosa araña que hubiera subido por su brazo.

—¡¿Has perdido la cabeza?! ¡¡Es una locura!!

III

—¡¿Has perdido la cabeza?! ¡¡Es una locura!!

Balboa no había perdido la cabeza ni el temple. Y señaló hacia los ingleses.

—Abandonarán el puente —aseguró levantando la mano—. Hay que ir a la ciudad, ¡cuanto antes!

—Tengo órdenes —bramó Novo—. No dejaré el puente desguarnecido.

—El puente ya no importa —repuso Balboa cansado.

—¿Cómo no va a importar? ¿Pretendes desertar? Nuestro deber es...

Balboa suspiró y repitió las mismas palabras sin dejar que el otro terminase su alegato.

—El puente ya no importa.

Era difícil oponerse a aquella mirada violeta.

Pero Novo lo intentó. No podía dejar que su autoridad se cuestionase.

—Tú puedes hacer lo que te venga en gana, pero yo no me moveré de aquí —zanjó—. Ni yo ni mis hombres. Yo estoy al cargo. Y se hará lo que yo diga.

Y dio la vuelta sobre sí mismo, para que supieran que le respondía a aquel loco pero les hablaba a todos ellos.

—¡Al que se mueva —tan fuerte como pudo, tan sargento como pudo— lo hago ahorcar por traidor!

Balboa se pasó la mano por el rostro. O lo intentó, porque tuvo que apartarla cuando el dolor le recordó el desaguisado que tenía en la cara.

—Se nos acaba el tiempo. Como mucho al amanecer...

Novo se había hartado de aquel tipo, aunque le hubiera salvado la vida, aunque hubiera traído a los refuerzos.

—Tú —lo señaló con aquella vara de sargento— harás lo que yo diga. El puente no se abandona. Y si desobedeces, me ocuparé de que te ahorquen —escupió—. Troncoso lo aplaudirá. La insubordinación se castiga...

Balboa lo cogió por sorpresa. Le sacudió un sopapo a la condenada vara.

La vara salió volando, girando sobre sí misma, y cayó sobre la hierba pisoteada.

Balboa retiró la mano despacio y miró al sargento a los ojos, con la violencia de uno de aquellos cañones que no callaban.

—Haz lo que te salga de los huevos. Yo me voy a la Pescadería.

Se fue, solo. Y el lansquenete, caminando de espaldas, mirando con odio al sargento, lo siguió.

Pronto se demostró que Balboa tenía razón.

IV

Fue un amanecer triste. Y llevar la razón no consoló a Balboa.

Los tres barcos habían hecho cuanto habían podido. Y no alcanzó.

Desde la Gaiteira, aquellos malditos cañones los habían castigado sin descanso. Los tres se aguantaban enteros a base de brea caliente, sogas deshilachadas y la voluntad de los carpinteros de a bordo. Que corrían de un lado a otro, como hormigas en un hormiguero pisoteado, incapaces de atender a todas las vías de agua.

Eran buenos barcos. Los tres. Incluso la pequeña urca. Pero fue un martirio.

Los ingleses los acribillaron.

El San Juan. La San Bartolomé. Y la urca Sansón. Los tres lucharon incluso cuando se supieron condenados.

Pero el mar ardía. Envuelta en llamas, con la proa rendida en el agua, como si quisiera beber, la urca aún disparó dos veces.

Y ardió hasta consumirse en las frías aguas de la bahía coruñesa.

Al final, de amanecida, hubo que admitir lo evidente. Y los marineros hicieron lo único que podía hacerse, abandonarlos.

Bajo el incesante cañoneo, unas pocas lanchas sacaron a las tripulaciones y remaron penosamente, con las barbas al hombro, mirando a través de las aguas de la bahía y viendo a sus amores, a sus señoras, recibir el castigo de los ingleses.

Y muchos de los marinos en aquellas lanchas lloraban por sus barcos. Pero sabían que sus manos harían falta en tierra. Lo sabían.

Ahora incluso Novo lo sabía.

Balboa tenía razón.

V

Y llevar la razón no era consuelo.

La urca Sansón se hundía, envuelta en llamas. Como aquella *gaviota* herida que Balboa había conocido.

El mar ardía.

Y del San Juan y de la nao San Bartolomé salían lanchas con los supervivientes. Y, como buitres, desde los galeones ingleses bogaban otras hacia los barcos abandonados. Los ingleses querían carroña. Raspar los huesos. El botín, por magro que fuera.

Lanzaron escalas, treparon, se metieron en los barcos.

Primero fue la nao. Explotó envuelta en llamas.

Los marineros habían rendido sus barcos, pero habían dejado tras de sí una trampa. Era una noche de trampas y engaños. La guerra siembra trampas y engaños.

Después fue el galeón, que reventó con la furia de toda su santabárbara. Explotó en miles de astillas, y algunas arañaron incluso los dos trazos de nube que señoreaban la bahía.

Apestaba a chamusquina. A requemado. A muerte. Y a pólvora, pólvora sin quemar que llovió sobre ellos como ceniza. Que manchó las flores amarillas de las aliagas de las orillas.

La urca se había hundido. Los otros dos barcos no eran más que astillas sembradas entre las olas.

El inglés se había deshecho de los perros que guardaban la finca.

VI

Habían gritado los artilleros. Habían gritado los cañones. Los peñascos de la Gaiteira se habían quedado sordos.

—*Give fire!*

Y la andanada barría la bahía y se estampaba en los maderos del San Juan. Que miraba con pena cómo su hermana pequeña, la urca, se hundía envuelta en llamas.

Un cálculo, una cuña, una mirada a lo largo del hierro.

—*Shoot!*

Y los cañones escupían muerte desde los peñascos de la Gaiteira. Y les devolvían el fuego. De los tres cañones que se habían montado en los peñascos de la Gaiteira se perdieron dos. Y unos cuantos hombres. Pero no importó, poque cumplieron su trabajo.

Siguieron disparando. Una y otra vez. Hasta que los lanchones ingleses abordaron al San Juan y la nao San Bartolomé.

Fue entonces cuando el silencio se volvió espeso.

Y los artilleros abrían y cerraban la boca, se metían los dedos en las orejas y sacudían con violencia.

Fue como una señal, justo antes de que los barcos estallasen.

Fue la señal para que llegaran a las peñas de la Gaiteira cinco desertores y un ángel con su propio ejército de esquiladores.

A la vez.

Como si hubiera sido una señal.

Los cinco de Varela traían un cofre. Y preguntaban por el pago. Y alguien les dijo que a bordo. Que en el Revenge.

El ángel traía una prisionera. Y miraba ansioso a todos lados, buscando a un hombre de mirada violeta. Al hombre que había matado a John.

Y aquel hombre no estaba allí.

—Me temo, querida, que nos han fallado a los dos —dijo con aquella voz de gravilla.

Tenía aquella otra perla en la mano, que giraba a un lado y a otro.

—Mi querida niña, si le importases, ya estaría aquí...

Alessandra parpadeó. Y forcejeó inútilmente. No con los hombres que la sujetaban. No. Forcejeó con las garras que le arañaban el corazón. Que lo hacían trizas.

Y el ángel disfrutó.

—Preciosa, le ofrecí cambiarse por ti, aquí mismo, en estas rocas. —Y señaló la Gaiteira con una de sus pistolas.

Aquellas garras se cebaron en sus entrañas. Dolió. Pero Alessandra supo que era su oportunidad. Mientras el ángel buscaba sin encontrar.

Alessandra estampó un pisotón en el pie del esquilador que la sujetaba.

Y el esquilador se apartó, levantando el pie y buscándolo con las manos. Y Alessandra le sacudió una patada que lo envió dando tumbos peñascos abajo, entre gritos y golpes.

Alessandra se echó a correr.

Correría, hasta toparse con una patrulla, con hombres de la milicia, o un buen escondite. Tenía que ir a Compostela, llegar a Santa Clara y avisar a la abadesa. Tenía que escapar. Ignoraba que, al correr, se alejaba de la razón que le había dado sor Angustias, y el abad de Bourburgo. Allí, a su lado, estaba la razón para ir a Compostela.

Pero echó a correr con todas sus fuerzas, mientras el esquilador se estampaba en uno de los lanchones al pie de los peñascos.

Alessandra corría. Iba a conseguirlo.

Y llegaron las explosiones. Una tras otra. El San Juan y la San Bartolomé. Un caos de fuego y pólvora que la sorprendió, que la obligó a perder un instante, a mirar atrás.

Y la atraparon.

Dos de los esquiladores. Y se la llevaron a rastras a aquel ángel con dos perlas y tres pistolas.

Pero Alessandra no pataleaba, no intentaba liberarse, miraba hacia la bahía, hacia la ría, podía ver y podía comprender. Como habían hecho el lansquenete y Balboa.

Coruña quedaba a merced de los ingleses.

Y aquel ángel, al ver el dolor en el rostro de la mujer, sonrió de un modo hermoso, tan hermoso que daba miedo.

—Preciosa, si no está muerto ya, lo estará.

Porque Frobisher también había visto. Y también había comprendido.

VII

En cuanto explotaron los barcos en la bahía, incluso pese a los cañones del fortín de San Antón, que seguía aguantando en el islote, los ingleses se echaron a morder. Ni siquiera rezaron un responso por los muertos.

La bahía se llenó de lanchones, incontables, rebosantes de ingleses armados hasta los dientes.

Bullían en el agua como bichejos en un charco.

Se alzaban, gritaban, desenvainaban. Disparaban al aire y el tronar de miles de voces ansiosas ponía los pelos de punta.

Y los defensores, con miradas de miedo a los lanchones, corrieron.

Dejaron atrás el Puente del Burgo. Tenían que llegar a las murallas, proteger la ciudad alta, defender el desguarnecido barrio de la Pescadería, pero, en el camino, estaba aquella torre de Malvecín, y el humilladero, y el crucifijo.

Y les abrieron las puertas del fortín de Malvecín, coreando vítores, porque el destacamento del puente y las milicias de Compostela traían esperanza. Y en el rostro de Novo se veía la felicidad. Estaba encantado de que corriera la noticia: había cumplido su cometido, el Puente del Burgo había aguantado. Empezó a berrear órdenes, tajante, seguro de sí mismo.

Y los milicianos obedecieron.

Pero tres muchachos desobedecieron.

Los lanchones desembarcaban, los ingleses pisaban ya los arenales coruñeses. Una bestia salía del mar para tragarse la Coruña.

Y aquellos tres desobedecieron.

Volvieron atrás y rescataron aquel crucifijo del humilladero, entre los primeros disparos ingleses, que venían hambrientos hacia el

fuerte de Malvecín y el paño de murallas que guardaba la ciudad.

Fue un acto de valor. Y de locura.

Tres muchachos, bajo plomo inglés, haciendo fuerza para sacar el crucifijo del humilladero. Cargándolo entre los tres para ponerlo a resguardo.

Una temeridad.

Y los muchachos, como tantas otras veces, engañados por la gloria de la guerra, por las ilusiones de la victoria, corrieron a trompicones, hacia el fortín, y los ingleses disparaban.

Y desembarcaban. Llegaban más y más, se desparramaban, allí en los arenales junto a Malvecín, en los que lamían el puerto, en la antesala del barrio de la Pescadería. Una mancha hambrienta y voraz que todo se lo tragaba.

Pero los tres muchachos arriesgaron la vida por salvar aquel crucifijo.

Cerraron las puertas a tiempo de contener a los ingleses y desde el adarve de la muralla llovieron piedras. Potas y cacharros. Lo que había. Lo que fuera contra aquella marea de hombres armados que se estampó en el estrecho tramo de murallas que protegía el brazo de tierra donde se alzaba Coruña.

Y en cuanto cruzaron Novo empezó a gritarles.

Sacudiendo aquella vara de sargento. Habían puesto en peligro la entrada de la ciudad.

—Insensatos, ¡inútiles...!

Rojo de ira. Escupiendo con cada palabra. Y dio pena ver que el orgullo de los muchachos se diluía ante la avalancha del sargento.

Habían llegado sonrientes, tropezando, con el crucifijo de piedra a cuestas, contentos.

Y balbucían excusas.

—Los herejes lo hubieran roto —se quejó uno.

Y otro de los tres, agachándose para que no le diera la vara en la cabeza, defendió a su compañero.

—Lo habrían profanado...

—¡Sacrilegio! —gritó el tercero, esquivando también los varazos.

Y fue Balboa el que los sacó de allí.

Los miró, miró al crucifijo. Y se los quitó al sargento. Se los llevó de allí, sujetando a dos, instando al tercero a caminar.

—¿A dónde crees que vas? ¡Vuelve aquí! Deben ser juzgados. ¡Han de ser castigados!

Novo, rojo de ira, acusaba con la vara tiesa. Y no se le acababan las ideas.

—¡Daré parte a Troncoso! ¡Son prisioneros! ¡Haré que te ahorquen! ¡Vuelve aquí!

Los tres muchachos, incrédulos, no sabían a dónde mirar, qué creer. Obedecieron a Balboa, que se los llevó y los entregó al grueso de los milicianos, como si les llevase un regalo.

Novo hervía, con la vara en alto.

El lansquenete tenía la mano sobre el montante, vigilaba al tal Seijas, vigilaba al sargento. Dispuesto a meterse si la cosa se desbandaba.

Los milicianos se abrieron, los muchachos quedaron perdidos entre el gentío, Novo continuaba chillando.

Y Balboa se dio la vuelta, miró al sargento y a su vara. Y caminó hacia él. Y, con cada paso, los gritos de Novo perdían fuerza. Cuando llegó a su altura, se habían convertido en susurros. Sólo la vara seguía en alto, como una pistola a punto de descerrajarle un tiro en el pecho a Balboa.

Y Balboa, impertérrito, pensaba en su abuelo. En las reliquias. En los remedios y las hierbas. Las tallas. Los recados. En la ribera del Órbigo y las matas de anís salvaje.

Cogió a Novo por sorpresa, le arrebató la vara con velocidad endiablada, y la partió contra la rodilla.

Los dos hombres se miraron. Novo temblaba como un alud a punto de suceder. Balboa tiró los trozos de la vara al suelo.

—No necesitan órdenes —bramó, abriendo los brazos para abarcar a los milicianos coruñeses—, necesitan fe.

VIII

Alessandra leyó el nombre.

No iba embreado. No había que ocultarse. Al contrario. Inglaterra quería presumir. Ahora el nombre se veía en la popa del barco. Pintado con grandes letras doradas talladas en roble.

El Revenge.

La nao capitana de los ingleses.

La subieron a bordo como a un saco de judías. Con cuerdas y polea, las mismas que usaron para subir aquel cofre cargado bajo los peñascos de la Gaiteira.

Y un abrazo recibió a aquel ángel.

Alessandra, poniéndose en pie, manteniendo el equilibrio, desacostumbrada al balanceo de la cubierta, los vio abrazarse como viejos amigos. A aquel tipo y al ángel.

Olía a mar, a brea, a sudor reseco y empapado de nuevo. Las velas jugaban con las sombras en la cubierta. Las cuerdas, las gavias, las jarcias eran misterios para ella. Y los hombres, la tripulación, infundían miedo.

Sucios, despeinados, con las mejillas hundidas. Tenían el aspecto de un perro herido y arrinconado, un perro que mira con recelo un trozo de suculento hígado. Un perro que gruñía.

Ellos dos hablaron.

Y, aunque no podía oírlos, Alessandra entendió. Y comprendió. Con su jubón de botonera de oro, con sus calzas impecables, con aquellos ademanes. Lo miraba la tripulación como si un gesto suyo decidiese entre la vida y la muerte. Supo quién era, el nombre que tantas veces había oído repetido. El felón, el infame capitán, el almirante Francis Drake.

Y, tras desembarazarse del abrazo, Thomas Frobisher estiró los bajos de su propio jubón e hizo un recuento rápido de todo lo sucedido, entre sonrisas satisfechas. Y terminó por señalar el cofre.

Todo el mundo estiró el pescuezo para ver.

Incluso Alessandra. Que estuvo a punto de caerse, porque se inclinó al contrapié del balanceo del barco. Fue la mano, sorprendentemente suave, de uno de los esquiladores, la que lo evitó.

Varela y los suyos obedecieron. Abrieron el cofre con la gran llave que sacó de uno de sus apóstoles.

En sus rostros, incluido el del Jesuita, se veía la codicia brillar.

Abrieron el cofre.

Y Alessandra no pudo creerlo.

IX

Dentro del cofre, había otro cofre, uno de plata. Y ése de plata, trabajada, salida del taller de un orfebre, lo descerrajaron haciendo palanca con la hoja de una daga.

Y Alessandra escuchó las palabras. Compostela. Catedral. Arzobispo. La plata guardaba secretos.

—... Doscientos escudos... —dijo uno de aquellos cinco.

Y Alessandra a punto estuvo de vomitar. Hubiera caído de no ser porque la sujetaban.

Alessandra tragó.

Se quedó sola. Estaba rodeada de hombres gritando. De sus captores. De un ángel. Pero se sintió sola. Perdida, en medio del océano.

Había llegado tarde. Había fallado. A sor Angustias. Al abad de Bourburgo. A su padre.

Sola.

Y a su alrededor todos celebraron. Desde el Revenge se alzó un clamor que acalló incluso el tronar de los cañones.

X

Cerraron los dos cofres, se los llevaron a algún lugar en las tripas del barco. Y Drake le preguntó algo a aquel maldito ángel. Y el ángel la señaló a ella. Y se explicó.

Con su rostro de ángel aterido de dolor. Un dolor que acrecentó su belleza cubierta de pólvora y muerte.

Incluso sacó aquella segunda perla de su cinturón y se la enseñó al almirante inglés, y mientras sus rizos dorados barrían sus mejillas, negaba, como si no pudiera aceptar aún las palabras que decía.

Y volvió a señalarla.

Y Drake asintió.

Y se la llevaron también a ella. A las tripas del Revenge.

XI

Varela tiró tanto de la pata de conejo que la acabó soltando de la bandolera con sus trece apóstoles.

Él y los suyos intercambiaban miradas nerviosas.

El Dospalmos recolocó incómodo la razón del apodo, y se pasó las manos por sus largos y aceitados cabellos, para adecentarlos. Incluso alzó el mentón.

Al Jesuita no se le ocurrió ninguna broma, pero se le escapaba una risilla nerviosa que daba dentera.

Y Rodriguito, que no era el más espabilado, se rascaba una oreja, cavilando.

Cuando sólo respirar se hizo difícil, Jácome se inclinó hacia su jefe.

—L'dije, como'n Amberes —soltó resignado.

Y aquel acento suyo, tan gaditano, tan cantarín, sonó triste.

Varela revolvió las muelas y soltó uno de aquellos escupitajos suyos, con pinta de diarrea, en la cubierta del Revenge. Y sonó a cuesco con los calzones llenos de mierda.

No había doscientos escudos.

Sabían lo que iba a suceder.

XII

Coruña era un brazo de tierra que miraba orgulloso al mar. A un lado, el fuerte de Malvecín, el del humilladero que ya no tenía crucifijo. Al otro, la ciudad alta, haciéndole de centinela a aquel faro con más de mil años de musgos en sus piedras. En medio, el puerto y el frágil barrio de la Pescadería.

Y no había tiempo. Pero hicieron cuanto pudieron.

Sacaron de la Pescadería todos los víveres que encontraron, incluso saquearon los almacenes reales. Pescado cecial, aceites, algo

de tocino. Pan marinero recocido dos veces para que no criase moho. Lo que pudiera servir para aguantar un asedio en la ciudad alta. Sólo dejaron los grandes barriles de vino, demasiado pesados para sacarlos con prisa.

Reforzaron las murallas amontonando lo que encontraron.

Dispusieron retenes en los puntos más altos.

Libraron las escapatorias hacia la ciudad alta, que tenía sus propias murallas, aquellas de las que se quejara Novo.

Hicieron cuanto pudieron.

Ni siquiera perdieron la esperanza.

Y el lansquenete, maldiciendo en su idioma, rezongando, cargó con una viejuca impedida, desde su casucha de la Pescadería, cerca del Hospital de San Andrés, orgullo de la Cofradía de Mareantes, hasta la ciudad alta. Para que estuviera a salvo.

Incluso el arzobispo ayudó. Se llevó a la ciudad alta a unos cuantos huérfanos, y lo hizo cantando himnos que hablaban de la venida de Cristo.

Por un momento, cogidos de la mano, los chiquillos incluso espantaron el miedo con sonrisas.

Coruña se preparó. Para sobrevivir.

XIII

Cinco disparos.

Uno detrás de otro. Y los fogonazos resplandecieron en las velas del Revenge. Que eran sólo las justas para maniobrar.

Cinco disparos y cinco bultos cayeron por la borda del Revenge a las aguas del Atlántico.

En la cubierta del galeón ingles quedó, rodando a un lado y otro, una pata de conejo casi pelada, resobada. Tuvo tiempo a marearse antes de que la patada despreocupada de un grumete picado de viruela la echase por uno de los imbornales.

Y fueron seis. Seis bultos cayeron a las frías aguas coruñesas.

Para entonces, los lanchones ingleses desembarcaban a tiro de piedra del puerto, con el barrio de la Pescadería a tres pasos y el miedo de la Coruña a dos.

Los cañones del islote de San Antón, sin la ayuda de los barcos en la bahía, no habían sido suficientes.

Inglaterra se abalanzaba sobre Coruña.

Caía, inexorable, irremisible, negra. Inglaterra caía como una maldición.

Se extendía como la peste.

God save the queen.

XIV

Había unos cuantos veteranos. Poco pudieron hacer. Casi nada. Había demasiado a lo que atender.

Y los lanchones ingleses no se acababan.

Parecía cosa de magia.

Cousa do demo.

Eso decían las viejas que miraban. Sólo el demonio podía haber orquestado algo así.

Poco pudieron hacer. Pero lo hicieron.

El mismísimo marqués de Cerralbo se remangó, abandonó la Real Audiencia y paleó tierra para volver inaccesible la Torre de Abajo. Los notables de paso ayudaron a preparar barricadas. Criados y

oidores estuvieron a la par de los señores, todos juntos cargaron maderos y sacos. Tensaron redes.

La noche caía, las viejas decían que los gatos se volvían pardos y, en Coruña, ricos y pobres, poderosos y donnadies, arrimaron hombro con hombro, para plantarle cara al inglés.

Pasaban las horas. Y no se acababan. Seguían llegando. Abarrotaban el arenal.

Diez. Cien. Mil.

Tres. Cinco. Diez mil.

Veinte mil.

No podía saberse. Llegaban. Uno tras otro.

Los artilleros de San Antón lo intentaban, pero el ángulo era malo, cerrado como el puño de un avaro.

Había que atender a las murallas de la ciudad alta, al fuerte de Malvecín, a la Pescadería.

Poco pudo hacerse.

Pero se hizo. Y Balboa corrió de un lado a otro. Conoció al marqués, discutió con aquel capitán Troncoso, recio, seco, con la impenitente manía de tirarse de las calzas para rematar cada frase.

—Lo haré yo —porfiaba Balboa.

Y el viejo capitán, con el ceño fruncido, preguntándose si conocía a aquel cabezota, negaba.

—La zona del Caramanchón es jodida, no te me revuelvas —alzando las manos el capitán Troncoso, para pedir calma a aquel tipo con la nariz rota—, prefiero a De Luna allí, lo conozco desde que Lepanto se bañó en sangre.

Y Balboa no se rendía, pedía un trozo, una calle. Un lugar donde partirse los dientes con los ingleses.

—La playa, el puerto...

Tampoco importaba, había guerra a destajo. Había que salvar una ciudad entera. Y Troncoso acabó por darle a Balboa una compañía entera, para que se batiera de frente, a pecho descubierto, entre las redes del puerto.

Para dar la cara, los primeros.

Y los lanchones llegaban. Uno tras otro. Infinitos. Se agradecía la noche. La oscuridad impedía contarlos y que los huevos se encogieran.

Algunos rezaban, prendían velas, pero las lanchas inglesas seguían llegando.

Mil. Diez mil. Veinte mil.

Poco podía hacerse.

La Pescadería se convirtió en un cementerio.

XV

Balboa fue una tormenta. No hubo hierro que lo echase atrás. Ni pólvora que lo encogiese.

Luchaba como si cada envite fuera el último. Matar o morir. Matar a todos los que desembarcaban, a todos y cada uno, buscando un ángel, uno solo, un ángel al que mandar al infierno.

Y no importó.

Poco podía hacerse.

XVI

Entre dos montoneras de redes, junto a una pila de nasas para pulpos. Balboa y el lansquenete tenían a sus pies a diez ingleses arrastrándose como gusanos, sujetándose las tripas, sangrando

hasta los bautismos de los que renegaban. Y a otros tantos muertos. Uno, al que Maximilian había cogido a contrapié, partido en dos por el enorme montante.

Y estaban hambrientos, los dos.

Y los ingleses se lo olían, intuían que aquellos dos querían darles la bienvenida. Y se abrían.

Desembarcaban, ebrios de ansia, como perros recién quitado el bozal, pero veían a aquellos dos hombres y se abrían para escabullirse, para llegar a las primeras casas y ahorrarse la muerte que aquellos dos prometían.

Aun así, Balboa y el lansquenete encontraban donde hundir sus hierros. Luchaban sin pensar, y la noche se cerraba y los muertos se amontonaban. Los gritos corrían como las olas. El miedo se adueñaba de Coruña.

Morían ingleses. Morían veteranos. Morían milicianos.

Se oyó el crujido de una calavera aplastada por los maderos de una grúa, que perdió el equilibrio después de que, por tres veces, los ingleses arremetieran contra ella para tirársela encima a los únicos arcabuceros en el puerto. No volvieron a sonar los disparos de aquellos hombres, sólo sus lamentos.

Se oía el rumor del mar. Se enredaban los pies en los ovillos de algas, y en las cuerdas de las lanchas amarradas. Se pisaban los cuerpos peludos y blandos de las ratas que huían despavoridas.

Cubos llenos de grasa ardían para dar luz, y olía también a taberna de refrito, a taberna donde jugar a los naipes y comer barato. Y olía a salitre, y a muerte.

Pero Balboa y el lansquenete no cedían. Aguantaban.

Y Maximilian, preocupado, entre un quite y el siguiente, entre tanto acero. Usaba el rabillo del ojo para vigilar a su amigo. Y, de tanto en tanto, le murmuraba algo.

—Ni se te ocurra. *Denk gar nicht dran!*

Dos pasos atrás.

—No te separes de mí, *verdammt!* A mi lado. Como un jodido chucho faldero.

Tres adelante.

—Ya pensaremos algo. *Wir werden Alessandra befreien!*

Bajo el tintineo de los hierros.

Balboa no hablaba. Usaba la espada y la daga para contestar, pero sólo conversaba con los ingleses. Y empleaba argumentos contundentes. La sangre, sangre que no era suya, le llegaba hasta el codo.

Un inglés, curtido, hecho de pellejo y rastrojo, le buscó los riñones con la espada. Y Balboa lo paró con la daga, giró entero, sobre sí mismo, enrollándose en el brazo del otro, metiéndose dentro de la guardia, y le atravesó la garganta. La punta de su ropera le salió al otro por el cogote, cortando pelos sucios de los que colgaban liendres, dejando sobre las nasas de pulpo un rosario carmesí.

Ganaban. Despachaban a toda una tripulación, se tragaban una, dos lanchas. Y venían tres más. Cuatro. No se acababan.

Reculó Balboa, una docena de ingleses frescos atravesaba las redes, pisaba a sus compatriotas. Venían erizados de hierro afilado.

Gritando.

Un disparo le rozó la mejilla a Balboa. El lansquenete gritó en su idioma.

Pararon a los dos primeros. Y venían más detrás. Otra lancha. Otras diez. Cien. Mil.

Se separaron, no les quedó otra, se abrieron y entre ellos pasaron los ingleses, se colaban como agua entre los dedos.

Eran demasiados.

XVII

Les habló. Les gritó con pasión. Desde aquellos escalones de piedra aún por terminar. Junto a las obras del nuevo claustro de la catedral. Eso había hecho Balboa.

Convencerles.

Convencerles con palabras que jamás habían servido para convencerle a él. Un ladrón siempre en busca de un nuevo horizonte.

En aquellos escalones de la catedral, Balboa había repetido palabras oídas mil veces, con la esperanza perdida, con el barro por las orejas y las heridas recién vendadas.

Palabras que, hasta ahora, jamás había creído. Palabras que, hasta ahora, habían sido como las reliquias del León.

Deber. Honor. Patria.

Estafas, mentiras, robos.

Siempre le habían sonado como los dos cráneos de San Indalecio que había vendido su abuelo a un incauto a las afueras de Jaca.

—El de cuando era niño, y el de cuando creció —había dicho su abuelo guiñándole un ojo.

Deber. Honor. Patria.

Balboa los había convencido.

Y la plaza entera, de la cárcel al Hospital Real, había estallado. Los estudiantes, enfebrecidos, vitoreaban el nombre del rey, abucheaban a los ingleses. Se daban empujones, palmadas en los hombros, se retaban con pullas. Eran jóvenes. Llenos de pasión. Y Balboa les había tocado el corazón.

—¿Vais a dejar Coruña indefensa?

Les había gritado, y todos se habían revuelto airados, y habían respondido que no:

—¡Jamás! —Un clamor en mil gargantas—. ¡¡Nunca!!

Y lo había repetido al arrancarle la vara de las manos a Novo.

Y si no importaba, y si daba lo mismo si los dos cráneos eran o no de san Indalecio.

Le habían seguido. Y en el Puente del Burgo había salido bien.

Ahora...

XVIII

Ahora, evitando que le rebanasen el brazo con un hachazo, escapando por los pelos, hundiendo la daga en el cuello roñoso de un tipejo con una mancha del color del vino en la sien, Balboa dudaba.

Era imposible.

Su abuela salió de entre sus recuerdos y le habló con aquella paciencia infinita que sólo ella tenía.

—*Filliño,* no puedes meter el mar en un vaso...

Y los ingleses eran un océano. Y Balboa tenía un dedal.

Era imposible.

—Volverás al camino —le había dicho la abuela Elo.

Aquella peonza, la del chicuelo con la cara llena de mocos, bailaba en las piedras de la calle, a tres pasos de la catedral.

—¡No lo supiste! ¡Y si lo supiste, le dejaste morir! —gritando.

Se lo había echado en cara. Antes de irse, de no volver la vista atrás, de buscar un horizonte tras otro. Durante treinta años.

Y la abuela Elo, con su mirada triste, ni siquiera había intentado detenerlo.

Y no le había servido toda su vida lo que había aprendido con el abuelo. No había sido el abuelo el que le había enseñado el truco del

ataúd para entrar en los cementerios.

Echaba de menos a su abuelo.

Se había marchado. Lejos. Treinta horizontes lejos. Pero...

—Volverás al camino.

Se había marchado. Y a lo mejor había llegado a donde siempre había tenido que llegar.

La abuela Elo, que veía donde otros estaban ciegos.

—La maldición de las mujeres de la familia —explicaba ella triste —, desde hace generaciones.

Estaba allí, de nuevo en Galicia, a un paso de Compostela. Y estaba luchando. Luchando por palabras en las que no creía. O no había creído.

Deber. Honor. Patria.

Y había sido él quien los convenciera. Él había traído a las milicias de Compostela, era a él a quien seguían.

Y estaban muriendo por él.

Allí, a su lado, bajo los cañonazos.

Y Balboa, desesperado, lo intentaba, se defendía como una bestia herida.

Llegaban los lanchones. Uno tras otro. Algunos amarraban, otros regresaban hacia los barcos, a por más. Eran infinitos los ingleses, inacabables.

Y Coruña estaba perdiendo.

Caían a su alrededor. Entre gritos y horror. Alonso de Rojas, hijo del catedrático con el mismo nombre, escapado de la severa mirada de su padre para estar allí, se sacudía. Como si fuera a vomitar. Muerto, atravesado por una larga pica y tirado en el suelo, de costado, con los brazos rendidos, pero cada vez que alguien pisaba la pica que le atravesaba el corazón, el muchacho brincaba.

Y uno al que había visto al pie de las escaleras. Uno que parecía un ratoncillo y que había dicho que estudiaba teología. No recordaba el nombre. Pero el apellido, Balboa estaba seguro, era Regueiro. Y a Regueiro le faltaba la mitad de la cara, podía verse el blanco del hueso, brillando bajo carne y sangre.

Y uno de aquellos tres muchachos, uno de aquellos que habían arriesgado la vida para salvar un crucifijo de piedra.

No, dos.

Allí estaba el otro, santiguándose, abandonando una mano que cayó al suelo sin fuerza, laxa, sin vida. Despidiéndose de un amigo. De un hermano. Se despidió, pero no huyó, se puso en pie y encaró a los ingleses.

Estaban muriendo.

Los estaban matando.

Allí delante de Balboa, en la marabunta, a apenas diez pasos. Otro más caía. Un muchacho con perilla, uno de los estudiantes de medicina, con su beca amarilla. Y sin armas. Las había perdido.

Los ingleses, tres de ellos, lo habían atrapado.

Lo obligaron a arrodillarse con una patada a la rodilla. Lo querían humillado mientras berreaban, y sus rostros salvajes escupían carcajadas. Tiraban de su cabeza hacia atrás. La nuez abultada, las venas, los goterones de sudor como cera derretida.

Iban a rebanarle el pescuezo.

Olía a mar, a sal. A sangre. Se oían los gritos. Los cañones. Apestaba a pólvora sin quemar.

Y a aquel estudiante iban a rebanarle el cuello.

Estaba ido. La boca torcida, los ojos volcados. No tenían por qué matarlo. Había dejado de ser una amenaza. No tenían por qué matarlo. Podían haber seguido, hacia la Pescadería.

Pero iban a matarlo. Y reían como sádicos.

Y Balboa intentó detenerlos, llegar a tiempo. Evitarlo.

Uno de ellos arrancó la beca amarilla de los hombros del muchacho, se sonó los mocos, con violencia, con dos carcajadas, la tiró al suelo.

Balboa necesitaba tres codazos, cinco pasos más. Tenía que abrirse camino.

Otro inglés pasó aullando, con una daga en cada mano, con odio en la mirada, y pisó la beca del muchacho.

Balboa no llegó a tiempo.

Le rajaron el cuello y siguieron corriendo. Entre carcajadas. Hacia las casas de la Pescadería. Y con cada paso salpicaban sangre de aquel muchacho.

No llegó a tiempo.

Ensartó a otro que venía a la carrera, otro más al que seguían otros cien, mil. Tropezó con otros tres que no se detuvieron. Cayó también de rodillas Balboa.

Junto a aquel pobre muchacho, que ya no respiraba.

Y cogió aquella beca amarilla y la enrolló en su mano y apretó el puño.

Balboa miró a su alrededor, y sólo encontró desolación. Y culpabilidad. Una culpabilidad que clavó las garras en su corazón y desgarró su alma.

Él los había llevado hasta allí.

Y estaban perdiendo.

XIX

Hubiera gritado. Iba a hacerlo, y lo arrastraron.

Dos que parecían hermanos, tan rubios que su pelo era lana fina sin cardar, lo separaron de los estudiantes, lo cercaron. Uno con la pistola lista, el otro con dos espadas, que estaban oxidadas, pero que prometían muerte.

Lo arrastraron y, al otro lado de las nasas para el pulpo, que no eran tan distintas de aquellas en un almacén de Amberes reconvertido en prisión, Balboa quedó encerrado. Entre la esquina de un cobertizo donde se almacenaban velas y una montonera de barriles vacíos, de los que se habían desembarcado del San Juan y de la San Bartolomé.

Y detrás de aquellos dos venía un pelirrojo con un arcabuz.

Y otro rubio.

Y tres más que eran como primos, como primos que fueran hijos de primos, porque tenían una expresión bobalicona colgando de labios sucios, cubiertos de hollín y pecas de pólvora sin quemar.

Se quedó solo Balboa, encerrado entre los barriles y el cobertizo, que desprendía un profundo aroma al aceite de linaza con el que se embadurnaban las velas.

Se quedó solo. Con la culpa ganándole a la rabia. Con el dolor ganándole a la furia. Lleno de dudas. Con las palabras de su abuela rebotando entre las sienes. Y con la amargura de que, de pronto, en medio de tanta muerte, las palabras ya no le parecieron vacías. Había algo detrás de ellas que pesaba.

Deber. Honor. Patria.

Dos calaveras.

El crucifijo de piedra. El de plata del Zancos.

—Volverás al camino...

Había fracasado.

Estaba solo, y el lansquenete no podía ayudarlo.

XX

No podía. Estaba acorralado.

Maximilian, al otro lado de las nasas, con demasiado entre las manos, no podía ayudar a su amigo.

Las milicias, las milicias que ellos habían traído, a las que habían arengado desde las escaleras de la catedral, aquellos muchachos a los que Balboa había convencido eran masacrados.

El Puente del Burgo había sido una ilusión.

Y Maximilian no podía hacer más de lo que hacía, ni siquiera ayudar a su amigo. El lansquenete tenía de sobra en su plato.

Los desembarcados de dos lanchas lo tenían acorralado.

Había bastado que uno de aquellos malnacidos fuera espabilado. Había tenido una idea.

A la vista de la masacre a los pies del lansquenete, con sonrisas que enseñaban el colmillo, las dos tripulaciones sacaron los remos, tenían donde elegir entre todos los lanchones varados, y los usaron como picas.

Se coordinaron, berreándose unos a otros, rabiosos por la dantesca escena que pisaba el lansquenete.

Los gruesos remos, de buen roble, apuntaban todos al pecho de Maximilian, y se acercaban, y se juntaban unos con otros. Cerraban un círculo en cuya frontera había ojos ansiosos, barbas sucias y hambre de venganza.

Y más allá, más lejos, desembarcaban lanchones. Más y más lanchones.

Y allí, a su lado, al otro lado de una montonera de nasas, su amigo. Y el lansquenete sabía que su amigo estaba igual de *erledigt* que él mismo. Sobre Balboa se cerraba un cepo de hierros afilados, no de remos, pero venía a ser lo mismo. Venía a significar la muerte.

Los dos estaban *erledigt*.

XXI

No tenía adónde ir. Los remos eran barrotes que se estrechaban. Y el lansquenete, sin perder su sonrisa de bestia rabiosa, incitaba a los ingleses a acercarse.

Se le había abierto la brecha de la sien, tenía las comisuras de los labios cubiertas de espuma blanquecina, un corte en el hombro, la camisa llena del hollín de viejas lámparas para la pesca del calamar, las mismas que ahora pisaban los ingleses que sostenían los remos y que, cada vez, estaban más cerca.

Maximilian miró a todos lados. Intentó averiguar qué sucedía al otro lado de las nasas, oía a su amigo, reconocía los gruñidos de Balboa, salpicados por el repicar de hierro contra hierro. No podía saber que su amigo había visto algo, lejos, muy lejos.

Clanc.

Una ola.

Clanc.

Dos cañonazos desesperados desde San Antón.

Clanc.

Gritos, gritos en castellano de cristiano viejo.

No había salida, porque daba igual que venciesen, no lo conseguirían. Seguían llegando más y más ingleses. Aquellas condenadas lanchas no se acababan.

XXII

Trepó al cobertizo, se aupó con una mano, esquivando por los pelos un tajo y, al darse la vuelta, le rompió la mandíbula al inglés con una patada brutal. El hueso crujió como un nudo de madero viejo al fuego. Y los pedazos rechinaron como un pisotón en gravilla.

Y se ocupó del que venía detrás, rubio también, con la espada, que le entró por el cuello y dejó sangre en la sucia y vieja pared del cobertizo.

Iba a atender al siguiente.

Pero, por el rabillo del ojo Balboa vio algo, a lo lejos, donde el faro, que nadie había apagado, que quizás incluso había ayudado a los condenados ingleses a embocar la ría.

Vio algo sobre la oscuridad del mar, algo que no era la luz del antiguo Faro de Brigantia.

Había algo a los pies de la vieja torre.

XXIII

Sin escapatoria. Como un oso encerrado en una trampa, una trampa de remos. Cuando los ingleses sonrieron, convencidos de que acabarían con él, el lansquenete arrugó los belfos como un oso.

Y murmuró una de sus maldiciones.

En ese hablar suyo que era como escupir espinas después de caerse en un tojal.

Le apuntaban al pecho los topes de más de una docena de remos, algunos en manos de un par de aquellos malnacidos ingleses. No podía moverse, bastaba que alguno, más allá de los remos, cargase una pistola.

Estaba condenado.

Pero el lansquenete soltó aquella mueca de oso al que un incauto acabase de despertar en pleno invierno.

Y al menos dos de los ingleses dieron un paso atrás, y aquel baile de remos y pies se desbarató bajo sus barbas.

Rodeado de aquellos remos estaba en casa, mejor que en casa, en los topes de aquellos remos no había hierros afilados, como en las picas.

Y para eso era su montante, para quebrar picas.

Hacían falta hombros y brazos como los de Maximilian, y un valor a prueba de maldiciones, pero aquellos lansquenetes que presumían de no llevar espaldar, de no huir jamás, estaban hechos de otra pasta. Lo habían demostrado mil veces en los barrizales de Flandes. Y Maximilian lo demostró una vez más. Mil y una.

Asentó los pies, miró a aquella panda de cabrones con la cabeza gacha y los ojos peinando las cejas, con una sonrisa de medio lado y un *mist* en la comisura de los labios.

—*Kommt her, ihr Hurensöhne! Kommt her!!*

No le entendieron, pero eso fue lo que hicieron, ir hacia él. Intentar aprisionarlo entre el galpón y los cabos de los remos. Detrás de ellos, uno ya cargaba la pistola.

Otro se hubiera cagado encima, muchos lo habrían hecho, el lansquenete lo había visto en Noordhorn, en Borgerhout. Lo había visto y hubiera preferido olvidarlo en Eindhoven.

Otro se hubiera cagado encima. Él no.

Hizo girar el montante por encima de su cabeza, la punta del espadón rozó el galpón, las piedras de su pared, y Maximilian quedó envuelto en una lluvia de chispas que entresacaron las sombras de sus mejillas sin afeitar.

El montante cayó como un derrumbe sobre el extremo de los remos y la ley de la palanca hizo el resto.

Crujieron los huesos de dedos y manos, dos remos reventaron los dientes de sus portadores. De repente, el extremo que sujetaban saltó encabritado y les atacó.

Para eso entrenaban. Para eso aprendían a usar aquel enorme espadón, para meterse en infiernos de picas erizadas.

Dos se estamparon contra las nasas, la montonera cayó. Y a Maximilian le preocupó no ver a Balboa, pero tenía demasiado entre manos.

Tenía que rematar a aquellos *gottverdammten Hurensöhne*.

No oía a su amigo. No reconocía la lucha a su alrededor. Tenía que acabar con ellos.

Tenía que ayudar a Balboa.

XXIV

Las nasas cayeron como una casa de naipes, deslavazadas, sin orden. Se desparramaron, tres quedaron sobre el techo del cobertizo para las velas.

Había muertos. Eso es lo que había.

Ingleses muertos. Milicianos. Un veterano. Dos que tenían las manos manchadas de brea. Una mujer con un delantal donde brillaban escamas de pescado. Otra con hilillos sueltos en las mangas, con un recorte de tela prendido en los bajos de la falda, con alfileres sujetos en el tirante del delantal que aún vestía.

Había muertos.

Incluso un pobre gato aplastado por un barril que había echado a rodar sin saber el daño que causaría. Se había detenido en la pierna deformada de un esportillero que había sufrido fiebres de chico.

Y las nasas se derrumbaron con estrépito sobre aquel rincón del puerto donde dos locos habían plantado cara a la mayor armada jamás conocida.

Dos locos, un puñado de veteranos, otros tantos estudiantes de Compostela y Coruña puesta en armas.

Había muertos.

No estaba el lansquenete.

No estaba Balboa.

XXV

Entraron. En las calles. En las casas. En los almacenes. Entraron, a sangre y fuego, con la muerte delante y el infierno detrás. Con hierro. Envueltos en pólvora.

Atacaron por dos flancos, por el lado del puerto, por el Caramanchón. Morían, pero eran como las malas hierbas: donde se arrancaba una aparecían tres más.

Los lanchones seguían desembarcando.

Los cañones de San Antón se quedaron afónicos.

Y las gargantas de las rederas. Y de los niños, y de las pescaderas, y de los marinos.

Sólo el mar siguió batiendo, impasible. Sólo el mar.

Fue un horror.

Manos sudadas, sanguinolentas, arrastraban a los heridos. Hasta los raterillos del puerto, los huérfanos que no habían tenido otra salida que robar mientras mendigaban un puesto de grumete, hasta ellos intentaron ayudar.

Huían a la ciudad alta, buscaban las murallas, salvar la vida. Con un paternóster en los labios, con los ojos vueltos al cielo, y las

estrellas brillaban por encima del humo. Pero ofrecían poco consuelo en su belleza.

El mar batía. Las olas iban y venían. Arrastraban cadáveres, se teñían de carmín oscuro, casi negro en la noche cerrada.

La Pescadería quedó aplastada bajo el talón inglés.

XXVI

Los primeros vítores fueron un clamor. Un estruendo que acalló los cañonazos. Y la noche los escuchó. Era fácil escucharlos. Mucho más que los sollozos, que las lágrimas quedas, que los kirieleisón de los perdedores.

La angustia siempre ha tenido más fuerza que la felicidad, pero siempre ha sido más silenciosa.

Incluso allí, en aquel cementerio, tan lejos, Montalvo comprendió que los ingleses acababan de rajarle el vientre a Coruña. Sólo les quedaba rematarla, la ciudad agonizaba.

Y allí, entre las tumbas, empujó sin miramientos a William de Borought. Se le había acabado la paciencia.

—¿Dónde carajo están? —le espetó violento.

Y, sin soltar el fanal que había usado para dar señales, desde allí, desde el oscuro cementerio, apartado de las murallas de la ciudad, al pie del viejo y cansado faro. Sin soltar el fanal, conteniendo el desprecio, el inglés contestó:

—Llegarán de un momento a otro, *anon* —cambiando la mano de una ceja a la otra, tironeando nervioso de los pelillos—*. Anytime.*

Si podía creerse que los muertos se quedarían tranquilos, era el lugar perfecto.

A lo mejor por allí tenía enterrado a uno de sus parientes el León. Le llamaban el cementerio de los moros porque allí habían acabado, huyendo, muchos de aquellos moriscos escapados de las guerras de veinte años antes.

Aquellos que no querían luchar. Que escondían su religión y estaban dispuestos a vivir en paz si les dejaban.

Habían huido a aquel rincón cerca del fin del mundo, y se habían enterrado allí, según sus costumbres, donde les dejaron, fuera de la ciudad alta, en tierra de nadie, disimulando más bien poco, con todas las tumbas en pulcras filas.

Era un buen lugar para que los barcos de la flota inglesa vieran la señal.

Bajo el viejo faro, en medio de la oscuridad de las tumbas.

—*Anytime* —repitió William.

Y antes de que Montalvo pudiera gruñir. Escucharon el silencio de los cañones, que daba mala espina después de horas aullando. Y escucharon los vítores con aquel acento inconfundible que les decía quién había ganado.

Y escucharon el golpear de los remos en el agua.

Se acercaba un lanchón.

Tumbas, esperanza y miedo



I

Tenía que ser una rata.

En el puerto, ahora que los ingleses habían pasado de largo. Tenía que ser una rata. Era la única explicación.

Los muertos tienen la curiosa costumbre de no moverse.

Y eran los muertos los que estropeaban la ilusión. Porque la orilla, los pantalanes, incluso la dársena, el puerto entero parecía el juego abandonado de un niño. Como si su madre le hubiera dicho que la cena estaba servida. Había lanchones abandonados. Mal atracados. Uno incluso se había escapado, como comido por la vergüenza, y se mecía entre las suaves olas. A veinte brazas del puerto.

Eso parecían. Juguetes. Juguetes abandonados.

Sobre todo aquel lanchón rebelde, solo en el mar, que a esas horas, si las llamas no se entrometían, parecía un tintero.

Y aquella nasa que se movió.

Tenía que ser una rata.

A lo mejor con prisa por mordisquear gorduras, de las que rebosan encima de las calzas.

Eso decían los veteranos. En los campos de batalla, después de la derrota, las ratas tenían una insana afición por las mejillas y las carnes flácidas.

La nasa que estaba encima se cayó, rebotando sobre las compañeras.

Tenía que ser una rata.

Tenía. Pero no lo era. Entre las nasas apareció un pañuelo de rabioso amarillo. Tan amarillo que la mierda y la sangre no lograban apagarlo. Y bajo el pañuelo apareció el rostro cuadrado del lansquenete.

Y las nasas empezaron a volar en todas direcciones, como en una explosión.

Maximilian salió de aquella trampa de nasas a trompicones, rompiendo más de la mitad con patadas y codazos, lleno de rabia. Con prisa.

Y con un pie metido en uno de aquellos ingenios, a pisotones para romper las finas varillas, bruto como siempre, caminó hacia el cobertizo que olía a linaza, el de las velas.

Iba nervioso, con prisa, buscaba desesperado.

Les daba la vuelta a los muertos sin miramientos. Giraba la cabeza de un lado a otro. Buscaba. Buscaba desesperadamente entre maldiciones crujientes.

Iba de un lado a otro. Hasta se subió al cobertizo para ganar altura.

Y evitó mirar hacia la Pescadería, porque dolía ver las casas en llamas y las sombras que arrasaban el humilde barrio.

La guerra ahoga al humilde, pero sólo aprieta al rico.

Maximilian buscaba.

Hasta que vio lo mismo que había visto su amigo.

En la oscuridad bajo el viejo faro. Una luz. Una luz que parpadeaba. Una señal.

Alguien hablaba con los ingleses.

—¡Loco! *Verdammt Verrückter!!* ¡¡¡Loco!!!

Miró ahora a la Pescadería, a la ciudad alta y las murallas. A aquel tramo de tierra más allá, donde el viejo Faro de Brigantia luchaba con la noche. Coruña estaba perdida, pero quizá, sólo quizá, aún podría salvar a su amigo.

—¡Loco!

Y saltó del cobertizo para encaminarse a aquel trozo de oscuridad, que también estaba lleno de muertos, aunque estos últimos estaban enterrados.

El lansquenete no lo sabía, pero aquellas señales salían del Cementerio de los Moros.

II

Había miedo. Angustia. Dolor. Tristeza.

Eran gente de mar, conocían el precio del mar, de la mar. Pocos patrones se retiraban para morir de viejos en la cama, y quienes lo hacían vagaban melancólicos por el puerto, con los ojos perdidos en las olas.

Aquello era distinto.

Los supervivientes entraron en la ciudad alta como ánimas en pena, como la *santa compaña*, que así la llamaban las ancianas, las que ataban cuerdas de siete nudos para sus nietos cuando zarpaban, las que regalaban bolsitas de sal a los grumetes.

Coruña se llenó de almas descarriadas.

De lloros.

Lamentos.

Sollozos.

Lloraban hasta los muros de la ciudad. El mar, la mar, cobraba su precio, pero regalaba sus tesoros.

Los ingleses saqueaban.

III

Luego supo Coruña la verdad. Habían sido más de diez mil.

Más de diez mil ingleses violaron la Pescadería y entraron a saco, mirando de reojo la ciudad alta.

Y Coruña cerró los ojos, para evitar las lágrimas. Y para no ver.

Entraron más de diez mil y arrasaron uno de sus barrios más queridos, el más marinero, donde la gente ruda nunca se olvidaba de compartir.

Acaso no sabía Coruña que, en la Pescadería, cuando un patrón enfermaba y no podía faenar, se hacía colecta.

Pero los ingleses eran demonios.

Los ingleses remataban a los heridos sin miramientos, a los que no habían podido refugiarse en la ciudad alta. Se cobraban venganza y saqueaban las despensas, hasta los corrales.

De tanto en tanto, Coruña se encogía, llena de pena. Se oían disparos solitarios. Y el rugir de las llamas. Las casas ardían, y nadie hacía nada por evitarlo.

Más tarde supo Coruña que los capitanes ingleses brindaron esa noche con las buenísimas copas de fina plata de la casa de la calle Real del canónigo Labora, que era del cabildo de la catedral de Compostela, pero que jamás iba a la ciudad del apóstol.

Y también supo Coruña que el canónigo había sido de los primeros en huir, en cuanto se avistó la flota inglesa, con un arca llena de su cuota del voto a Santiago, para que no le faltase buen comer y mejor beber.

Saberlo más tarde no fue consuelo.

Esa noche triste. Más oscura que lo más profundo del mar. Coruña temió morir.

Los ingleses cercaron el convento de Santo Domingo, al pie de las murallas de la ciudad alta. Levantaron parapetos, se prepararon para el asedio.

Coruña tenía miedo.

Coruña temblaba.

IV

Coruña temblaba. Pero no sus mujeres. Fueron las mujeres, más de mil, fuertes, curtidas. Algunas viudas de patrones, otras recién enviudadas en aquella triste noche. Fueron las mujeres las que se hicieron cargo.

Atendieron a los heridos, organizaron a los que aún podían sostener un arma.

Estaban acostumbradas a mirar al mar enrabietado y morderse los carrillos. A poner buena cara al niño que preguntaba por papá. A estirar el real de a ocho hasta llenar la despensa. A remendar lo que no tenía arreglo. Estaban acostumbradas a resistir. Y lo hicieron una vez más.

Coruña temblaba. Pero las coruñesas no se rindieron.

Regidores, capitanes y alféreces. Sastres y toneleros, mareantes, barberos. Toneleros y calafates. Se enjugaron las lágrimas, se

sacudieron el miedo. Obedecieron a sus esposas, a sus madres.

Y los niños, incluso los huérfanos, corrieron de un extremo a otro de la ciudad alta, con candelas, para prender las velas de todos y cada uno de los altares, para que todo santo y virgen tuviera una llama de esperanza a sus pies. Para que rezasen por ellos. Para que ayudasen a aguantar.

No quedó un cirio sin prender ni una avemaría sin rezar.

Mientras, las mujeres dieron la cara.

Y los santos debieron oír las plegarias de la Coruña. Porque los ingleses encontraron los almacenes de vino de la Pescadería. Los que servían a los galeones españoles.

Con los años, algunos dirían que fue un milagro, un milagro del mismo apóstol Santiago, venido de Compostela con los batallones de estudiantes, dispuesto a luchar como tantas veces contra los moros, los mexicas o los piratas del Cagayán. El apóstol se encargó de que los ingleses encontrasen los toneles.

Eso se contaría durante años. Que fue un milagro.

Los ingleses no pudieron resistirse. Tuvieron que celebrar su victoria.

Y lo hicieron.

Coruña quedó bañada en lágrimas y vino.

Y mientras los coruñeses atendían a los heridos o preparaban las mortajas de sus muertos, los invasores ingleses saltaban por los balcones y cantaban tonadas picantonas. Borrachos como cubas.

V

Llegaban. Uno de los lanchones venía a por ellos. Por fin. Y el alivio de Montalvo fue tan grande que dejó de azuzar al inglés. Se subió

incluso a una de las tumbas, sin importarle aquello de que pisar a los muertos traía mala suerte.

Iban a sacarlo de allí. Iba a ser rico. Terrateniente.

Fue entonces cuando sintió la daga en el cogote y el tirón en el cuello del hábito.

—Hay que ser malnacido —murmuró una voz a sus espaldas.

Sonó como morder arena. Desafinado por culpa del odio. Aun así, aquel arrastrarse de las enes, aquel dejo nasal, le susurró al secretario el nombre del dueño.

Balboa.

Barrabás Balboa.

VI

Gaspar de Montalvo se equivocó.

No de nombre, aquella voz sólo podía venir de la nariz rota de Balboa. No, se equivocó al pensar que, tras aquella voz, rota como la nariz, había un hombre de su misma calaña.

Montalvo ofreció lo que a él le hubiera convencido.

—No seas iluso. Tendré tierras en Portugal, ¡y en Brasil...!

Lo dijo sin siquiera darse la vuelta. Y el inglés, William de Borought, se apartó de la escena, mirando al mar y al lanchón que se acercaba, calculando cuánto faltaba para que alcanzasen la orilla.

Se veía en sus ojos. No se arriesgaría por el deán.

—Te haré rico, ¡jodidamente rico! —prometió Montalvo.

Y sonó sereno, sin miedo al hierro que tenía a una pulgada de rajarle el espinazo.

Se equivocó. Porque aquel hombre a su espalda tenía una daga en la mano, lista para descabellar al traidor. Sin embargo, en la otra

tenía una de aquellas becas amarillas de los estudiantes de Compostela.

Entre sus dedos se mezclaban jirones amarillos con goterones rojos. Hilachos y regueros. Sueños de juventud, la condena de la muerte. Allí, en la mano que no sostenía la daga, había una historia, una vida.

—Malnacido...

Montalvo supo que iba a morir. La brisa, un leve sonido, a saber el qué, le dijo que la daga se echaba atrás. Su instinto tembló. Las tripas se le aflojaron. Las rodillas quisieron fallarle.

De un momento a otro sentiría el hierro. El frío acero entrando en la carne delicada, en aquella pelusilla encima del cuello del hábito, donde había rastros polvorientos y sudor reseco.

Montalvo cerró los ojos.

Balboa no le perdonaría la vida.

Y en eso no se equivocó. La daga estaba lista. Balboa estaba listo. Una gota más de sangre, como un anuncio de lo que estaba a punto de suceder, cayó sobre la tumba y se perdió en aquellos indescifrables garabatos que eran las letras árabes.

No se equivocó. Balboa iba a matarlo, allí mismo, sobre la tumba.

Y Balboa no lo hizo. Iba a hacerlo, sin el menor remordimiento, pero no lo hizo.

No pudo.

Un fogonazo se lo impidió.

VII

Maximilian llegó tarde.

No vio el fogonazo, pero oyó el disparo. Enorme, terrible. Un profeta con el peor de los augurios.

Lo vio todo, demasiado lejos, y demasiado oscuro para intervenir. No pudo hacer nada.

Ya estaban embarcando.

Allí estaba el deán Montalvo. Y verlo allí explicaba las señales al enemigo, y le ponía un nombre: traidor. Estaba allí un pelirrojo nervioso. Y los remeros del lanchón.

Y aquel maldito ángel de rizos dorados, aquel *verdammter Hurensohn*.

Él y una de sus tres pistolas. La misma que había abierto la brecha en la cabeza del lansquenete.

Y el muerto.

Los remeros, tres de ellos, lo sujetaban por brazos y piernas, se lo llevaban, para cargarlo en el lanchón.

Se lo llevaban, a su amigo. Muerto.

Tanto le dolió al lansquenete, tanto, que ni siquiera pensó para qué querrían un muerto los ingleses.

Sólo pudo hacer una cosa. Agarró aquel crucifijo de plata.

Y lloró.

Por primera vez desde que había dejado las papillas, Maximilian lloró.

VIII

Realmente parecía un ángel cuando sonreía. Además, con el vaivén de los remos, sus rizos se mecían, su expresión rozaba la santidad. Más aún desde que tenía el corazón roto y el dolor arrugaba las comisuras de sus ojos.

Viéndolo, nadie hubiera adivinado que Thomas Frobisher pensaba en la venganza.

Volvían hacia la nao capitana. Se acercaban al Revenge, en las aguas de la ría con anclas de campana, y Thomas, sin dejar de sonreír, meticuloso, cebaba su pistola, la de cachas de nogal, la que tenía guarniciones de bronce y placas con forma de dragón.

Había pensado que la luna le jugaba una mala pasada. Pero allí estaba el hombre al que había perseguido.

Y Thomas Frobisher no lo había dudado, había levantado una de sus tres pistolas.

—¿Cómo te has atrevido? Podrías haberme herido —le espetó Montalvo indignado—. Es intolerable. Exijo disculpas...

Thomas Frobisher, ensimismado, no escuchaba, miraba entre los pies de los remeros, aquel cuerpo.

Una pena lo sucedido con aquella nariz. Había sido un hombre bello, atractivo, con tristeza vieja vistiendo ojos violetas. Tenían algo especial aquellos ojos.

Aunque no le gustó admitirlo, Frobisher supo que, en otro tiempo y otra vida, de no haber sido enemigos, podría haberse enamorado de aquel hombre.

No eran tan distintos.

Y cambió la posición de sus piernas para disimular la erección que abultaba en sus calzas.

Una pena que las cosas se hubieran torcido así. Ahora sólo quedaba una cosa por hacer. E iba a hacerlo. Y a disfrutar con ello.

En eso pensaba Frobisher. En eso. Y no escuchaba a Montalvo.

—¡... exijo disculpas!

Montalvo estaba eufórico. Radiante como una novia ante el altar. Se había salido con la suya. Se veía rico. Señor. Noble. Incluso

terrateniente. Y se atrevió a golpear el hombro de aquel ángel de rizos dorados.

—¿Me estás escuchando? Pagarás por lo que has hecho...

Hubiera seguido gritando, pero la pistola, la misma que había escupido la bala que había pasado junto a su oreja, lo miró a los ojos.

El cañón apuntaba al centro de la frente de Montalvo. Pero no fue eso lo que le cerró la boca, fue la belleza de aquel rostro de ángel. Daba escalofríos.

Tuvo suerte Montalvo. El espía William intervino.

—*Stop.*

Lo hizo sin ganas. No le importaba que le volasen los sesos a Montalvo. Pero sabía que tanto Drake como Norris lo querían con vida. Su trabajo no había terminado. Montalvo aún tenía mucho que contar.

Dejarían tropas en Coruña. Arrasarían Compostela y todo lo que encontrasen a su paso. Pero la flota seguiría hacia Lisboa.

Montalvo aún podía serles útil. Y las órdenes de la reina habían sido claras. Mantendrían con vida al espía.

—*A time to kill him shall come* —dijo William intentando apaciguar al perro de la reina.

Los remeros no intervinieron. Mantuvieron las cabezas gachas e hicieron su trabajo, ya se distinguían las luces de navegación del Revenge. Y todos conocían la fama de Frobisher, las dos famas. Era un sodomita. Y también un sádico.

William apoyó una de sus manos, lentamente, en el brazo de su compatriota. Y supo que no iba a servir de nada. Vio aquel mismo hielo tras los rizos dorados.

Thomas Frobisher iba a apretar el gatillo.

Los sesos de Gaspar de Montalvo acabarían dando de cenar a sardinas y boquerones.

No lo hizo.

IX

La mayoría de la tripulación había recibido permiso para bajar a tierra y celebrar la victoria. Corrido el rumor de las barricas de vino, hasta el último de los ingleses miró a la orilla con codicia.

Así que, con apenas una docena de hombres para vigilar las anclas y montar guardia, el Revenge se mecía en las aguas de la bahía. Y un creciente de luna bailaba en la punta del palo mayor, dando puntadas de plata a las humaredas de los cañones.

Aun con velas arriadas se veía un navío orgulloso, rápido, maniobrero. De tres palos y tres cubiertas. Bien armado. Y con amplias bodegas. Con proyectiles de reserva, juegos de maromas, velas pulcramente dobladas. Las inevitables ratas. Y sitio de sobra para el botín.

O para una prisionera.

Hedía a aguas sucias. A comida pasada. Rancio. Mohoso. Aun así, la peste más abominable era la de su desesperación.

Y los crujidos de los maderos se compadecían de ella. Las cuadernas gemían con cada bamboleo. Y las sombras, escurridizas, bailaban por los mamparos. La única luz era la de dos miserables faroles de grasa de ballena. Colgaban del palo de mesana, que atravesaba techo y suelo, y llenaban todo de un inconfundible aroma. Y poco alumbraban. Además, uno de ellos, a punto de consumirse por completo, apenas hacía otra cosa que parpadear.

Era fácil perder la esperanza, pero Alessandra seguía luchando.

Era su naturaleza. Frotaba y frotaba los grilletes con los barrotes de aquella celda en el corazón de la nao capitana de los ingleses, preguntándose si aquel mismo lugar habría servido para encerrar a esclavos negros, no había peores negreros que los ingleses.

Un guineano de nombre Martinico hubiera podido hablarle de ello.

Alessandra frotaba los grilletes y miraba aquel cofre, allí a un lado, el que debería estar en Compostela. Lo tenía allí mismo. Eso había prometido. Aquel era el precio por salvar los negocios de su padre. El alma de su padre.

Se detuvo cuando oyó los pasos.

Por encima del mar, se escuchaba el rumor de una fiesta, el sonido inconfundible de la alegría. Una alegría inglesa. También el lamento triste de los maderos de todo barco. Y golpes, y pasos. Alguien venía.

Voces que no reconoció.

Más pasos.

Y los pasos llegaron a los escalones que bajaban a las bodegas, en una escalera que tenía cicatrices de navaja, como si algún gaviero hubiera echado cuentas de los días que llevaba embarcado. Y había un clavo del que colgaban más grilletes. Y otro que sujetaba un gorro encerado. Y otro más con las llaves. De las celdas y de los grilletes.

Y las llaves tintinearon cuando llegó el primer paso a los escalones.

Luego vino el estruendo.

Alguien caía escaleras abajo.

X

No tropezó. Lo empujaron. Lo dejaron caer. Y cayó, golpeándose con cada escalón. Un fardo que se estampó en las tablas del suelo salpicando sangre. Un despojo que tenía una fea herida de bala en el hombro.

Y llegaron más pasos.

Aquel ángel de rizos dorados.

Llegó. La miró. Y le dio una patada a aquel pobre desgraciado. Para darle la vuelta.

Alessandra no pudo contener el grito:

—¡Nooo!

XI

Thomas Frobisher no le había volado los sesos a Gaspar de Montalvo. No por falta de ganas. Tampoco por falta de simpatía a las sardinas y boquerones.

Mucho menos por hacerle caso a aquel espía de William de Borought.

No disparó porque aquel fardo a los pies de los remeros gimió.

Y cuando miró hacia él descubrió aquel violeta.

XII

El mismo violeta que obligó a Alessandra a gatear hasta los barrotes y sujetarlos con manos ansiosas.

—¡¡Nooooo!!

Aquel ángel sonrió. Tan hermoso.

Disfrutó al escuchar aquel grito desgarrador y volvió a patear a Balboa. Una. Dos veces. Tres.

No era más que un guiñapo. Vivo de milagro. A base de tesón. Pero aquel violeta se apagaba.

—Creo que no son necesarias las presentaciones —dijo Frobisher meloso, en el mismo tono que hubiera empleado en una recepción en la Torre de Londres—, ¿verdad, querida?

Dos patadas más. Otra. El crujir de una costilla, que se colgó de uno de los gemidos de las cuadernas y se acunó.

XIII

Crujió una costilla. Respirar se convirtió en un martirio.

Balboa, mareado, a punto de vomitar, acribillado por el dolor, en su nariz, en su hombro, en su pecho, tardó en comprender dónde estaba. Y cuando lo comprendió, la vio.

Estaba allí, al otro lado de los barrotes. Ella.

—¡¡¡Noooooooo!!!

La oyó gritar. Intentó sonreír Balboa. Y se arrastró, pintando de carmesí las tablas, hacia los barrotes, hacia ella. Estirando un brazo lastimero. Abriendo los dedos. Como ya había hecho para atrapar unas tijeras de esquilador.

Se estiraba. Para sujetarla, acariciarla, pedirle perdón. Iba a morir, y quiso decírselo, abrió la boca.

—Lo siento, lo siento, lo siento...

Lo hubiera repetido tres veces más. Tres mil. Las que fueran necesarias. Para hacerle comprender que jamás en su vida se había arrepentido tanto.

Abrió la boca, escupió sangre. Apretó los dientes, aguantó el dolor que desgarraba su cuerpo.

Frobisher dejó de golpearlo y se acercó al vano de la escalera, a coger algo.

Balboa siguió arrastrándose. Quería llegar hasta ella. Hablarle, pedirle perdón. Estiraba el brazo, la mano. Intentaba llegar a los barrotes. La mano temblaba.

Y Alessandra sacó el brazo entre los barrotes, se estiró, hasta hacerse daño en el hombro.

Dos manos querían tocarse, en las bodegas de un barco. No alcanzaban.

Frobisher regresó de la escalera con un tintineo.

—¡Conmovedor, queridos! Conmovedor —marcando cada sílaba, separándolas con abismos, y lo remató en su lengua, alzando las llaves—. *Charming*.

Dos manos, a un palmo una de la otra y a un horizonte de distancia. Un horizonte que Balboa no pudo cruzar.

XIV

Su dolor dolía. Alessandra sentía cada una de las heridas. Y quería gritarle que podía perdonarlo, que lo entendía. El lansquenete se lo había contado. Había sido un chivatazo del Turco el que llevara a los dos sargentos al cementerio de Oostkerke. Y Balboa no había abierto el ataúd. El maldito ataúd.

Podía perdonarlo.

Dos manos intentando abrazarse. Curarse.

Y Frobisher usó el tintineo de sus manos para abrir la celda. Y la sacó de allí a empellones, sin miramientos, como hubiera sacado un gorrino de la cochiquera para la matanza.

Y no perdía aquella sonrisa, entre pícara y divertida, hermosa. Bajo su mirada azul.

—Querido, vas a morir —le dijo a Balboa—. Pero no aún...

Sacó a Alessandra de la celda. Y se la llevó a unos pasos. No la dejó lejos de aquel condenado cofre que les había costado la vida a los cinco de Varela. Y a unos cuantos portugueses con enseñas rojas.

Ella reaccionó. Pateó. Escupió, intentó morder, quiso escabullirse. Pero no sirvió de nada.

Balboa tuvo que revolverse en el suelo. Mordiendo el dolor.

—Vas a morir, pero antes vas a saber lo que se siente. *Thou shall know.*

Tiró a Alessandra contra las escaleras. Y había manejado antes prisioneros, porque en un abrir y cerrar de ojos abrió los grilletes y los cerró, atrapando uno de los escalones ente los brazos de Alessandra. Le bastó meterle los dedos en la boca y anzuelarla por el carrillo como si la pescase, el dolor en la mejilla de Alessandra explotó. Quedó reducida a un guiñapo lloroso. Ni siquiera fue capaz de morder.

Él se arrastraba por el suelo.

Ella sollozaba en las escaleras.

Un ángel los separaba.

XV

El farol se apagó. Y ninguno de los tres iba a abrirlo y sacar algo más de mecha.

El dolor y la crueldad se sienten cómodos en las sombras.

Hay cosas que es mejor no ver.

Quizá el otro farol también tendría tiempo de apagarse antes de que empezase lo peor.

Sujetó a Balboa al palo de mesana, que atravesaba las tres cubiertas y se enterraba en la carena del barco, le puso unos grilletes y lo obligó a levantar los brazos por encima de la cabeza hasta trincar la cadena de los grilletes en el mismo cáncamo de hierro del que colgaban los faroles.

Era un martirio, a Balboa le dolía incluso respirar, le dolía el hombro, donde la bala había entrado y salido haciendo un destrozo, le dolían las costillas, le dolía el rostro amoratado.

Y antes de que aquel malnacido empezase, ya le dolía el alma.

Balboa estaba roto. Vencido.

Y aquel ángel pensaba disfrutar del momento.

El horror prendió por igual en sus ojos. Los de él, los de ella. Más quizá en los de Alessandra, que supo lo que sucedería en cuanto vio el cuchillo. El mismo que había descubierto en un pinar perdido en Tierra de Campos. Aquella daga de príncipe en manos de un ángel.

Arrancó las mangas del hábito de clarisa, cortó la saya, dejó la piel a la vista.

Y cortó.

Gritó Balboa. Gritó Alessandra.

Y Thomas Frobisher sacó aquella perla del cinto y la besó, y miró al cielo, y volvió a cortar.

Afilada hasta el delirio, la daga, del mejor acero de Damasco, cortó la delicada piel del muslo de Alessandra. Abrió un surco carmesí y los labios de la herida se separaron, como ansiosos por recibir algo.

Cortó una vez más. Entre sombras que bailaban al compás de las olas.

—Yo... ¡A mí! ¡¡Suéltala!! ¡¡¡Déjala en paz...!!!

Gruñó, gritó. Escupió.

—¡¡Déjala!! ¡A mí! A mí...

Hizo lo que pudo. Intentó alzar la voz. Apenas podía coger aire.

Forcejeó, intentó sacar el eslabón de la cadena de aquel cáncamo, sacudió las manos y los grilletes, los faroles tintinearon. Como si se quejasen. El que estaba encendido amenazó con apagarse.

Balboa lo intentó todo. Lo que le quedaba.

—¡No! ¡¡Nooo!! ¡¡¡Déjala!!!

El ángel no escuchaba. Volvió a cortar. En un brazo esta vez. Cortes finos. Largos. No quería matarla. No aún. Ella volvió a gritar.

Y Thomas Frobisher encaró a Balboa. De no haber sido por el hombro herido, la costilla rota, un gesto hubiera bastado. Ponerse de puntillas, alzar las manos, sacudirlas, y sacar el maldito eslabón del maldito cáncamo.

Balboa no consiguió otra cosa que sacudir los faroles.

El ángel acercó su rostro. Miró en aquellos ojos violetas, se acercó hasta la distancia de un suspiro, la de un beso. Incluso abrió sus labios, como se habían abierto las heridas de Alessandra.

Se inclinó sobre Balboa, perdido en aquellos ojos violetas.

Y se echó atrás como un latigazo.

Recurrió a la perla. Volvió a besarla.

—Primero la verás morir...

No era una amenaza. Era una sentencia. Irremisible.

—La verás morir.

Subió el tono. Y lo repitió una vez más. Lo gritó. Y las venas del cuello se hincharon y su rostro enrojeció. Y seguía siendo bello.

—¡La verás morir!

Una perla en la mano, una daga en la otra, tres pistolas cruzadas sobre el pecho. Y aquella serpiente de mecha enrollada en el brazo.

—¡¡La verás morir!!

XVI

Soltó uno de los grilletes y volvió a arrastrarla por la boca, como si fuera un pescado, la puso a los pies de Balboa, la tiró allí. Y volvió aquel gesto, como si fuera a besarlo, con los ojos, azules y profundos, cargados de hielo.

Le crujieron las vértebras del cuello cuando se apartó.

—¡¡¡Antes la verás morir!!!

Y Balboa, rendido, echó los ojos al suelo.

Ella estaba allí, en las tablas, en las sombras que el Revenge, la *venganza*, acunaba. Eso significaba el nombre del barco. Eso hacía allí, servir la venganza de Drake, quien jamás perdonaría a los españoles que lo habían perseguido; la de la reina Isabel, quien jamás perdonaría el intento del rey Felipe de arrebatarle la Corona; la de aquel ángel.

La *venganza*.

Balboa murmuró entre largos hilos de baba sanguinolenta. Un raspón. Un suspiro que le robó el aire que le quedaba y arrancó un crujido de su costilla rota.

La culpa pesaba como una maldición.

—Lo siento —balbució.

Lo más terrible. Lo más duro fue que Alessandra no lo miró. No alzó los ojos.

Quizá no había escuchado.

El ángel cogió una de las manos. La piel de Balboa conocía esa mano, esa mano había caminado por su deseo. La alzó y acercó la daga a la axila, iba a cortar.

Balboa sabía lo que pasaría.

Tintinearon los faroles, crujió la costilla. Era un veterano, lo sabía. Si cortaba allí, en la tierna carne bajo el brazo, se desangraría, lo

había visto. En Cagayán, en el barro de Flandes, en las caponeras.

—¡Lo siento!

Quería que ella lo escuchase. Quería impedirlo. Quería demasiadas cosas a la vez.

Y ella, a los pies del ángel, deshecha como el crucificado muerto, a los pies de la cruz, cuando todo ha acabado. Ella no alzó la cabeza. Ella se encogió, colgando de su propio brazo y con la mano libre...

Y Balboa rugió. Rugió hasta reventarse. Hasta perder la voz.

Balboa comprendió que ella también le había mentido.

Los grilletes. Los faroles. El cáncamo. Los hierros, todos protestaron.

—¡¡¡NOOOOOOO!!!

Y el ángel, con la daga preparada, a un dedo, a un suspiro, a un beso de la delicada piel, también comprendió.

Thomas Frobisher sonrió una vez más. La más bella de las sonrisas. Pero los faroles bailaron, las manos de Balboa los sacudían, y las sombras se enredaron en aquella sonrisa.

El verdadero rostro de Thomas Frobisher asomó. Las sombras revelaron la verdad.

No era bello. Era el rostro horrendo de un demonio saliendo de las llamas del infierno.

XVII

Fue la noche más triste. Patrimonio de viudas y huérfanos. La única esperanza eran las velas prendidas en las capillas e iglesias, hasta en los más diminutos altares y las más modestas ermitas.

Los ingleses bebían. Remataban. Saqueaban. Violaban.

La Pescadería agonizaba.

La ciudad alta temblaba.

Los vecinos juraron. Animados por los cofrades. Se juntaron unos con otros, ricos y pobres, veteranos y bisoños, las mujeres. Las mujeres los mantuvieron unidos.

Se unieron y juraron un voto, un voto a la querida Señora, a la Virgen del Rosario.

Hubo confesiones, misas apresuradas, se comulgó, se rezó, se miró a los cielos.

Se prometió limosna, dotes casaderas, atención del mayordomo de la Cofradía y guardar siempre memoria a la Señora del Rosario.

Su voto, que jamás la olvidarían si defendía Coruña de los ingleses.

Por los siglos de los siglos.

Y la fe calentó el alma de los desesperados.

XVIII

Alessandra envolvió su vientre con una mano. Lo acunó. Como las olas acunaban aquella *venganza*.

Alessandra le había mentido.

Balboa comprendió.

Y Thomas Frobisher comprendió.

Y la mano de Alessandra tembló sobre su vientre.

—¡¡¡Noooooo!!!

Sólo una madre. Sólo una madre acunaba así su vientre.

Sólo una madre.

XIX

Todo perdido. Nada le quedaba. Dolor. Eso era todo. Dolor. Arrepentimiento. Angustia.

Lo había perdido todo. Todo.

La luz del farol bailó en el filo de la daga. Fue bello. Un reflejo dorado que podía haber pintado sueños, pero lo perseguía la muerte.

Iban a morir allí. Los dos. Primero ella, desangrada. Luego él, de pena, y ni siquiera haría falta que aquel demonio de rizos dorados usase el hierro. Balboa se ahogaría en dolor.

Iban a morir. Los dos. Los tres. Tragados por la *venganza*.

Ella había mentido. Él había mentido. Los dos habían mentido. No eran dos. Eran tres.

Las mentiras habían roto su amor. Las mentiras los habían separado.

Ahora morirían juntos.

Juntos.

Un beso había recogido una lágrima. Una caricia, acelerado el corazón. Una mirada, una sonrisa. Lo tuvieron todo. No les quedaba nada.

Risas envueltas en el intenso olor del queso. Carreras desnudos por aquel almacén. Un pellizco travieso. A ella le había hablado de su infancia. A ella se lo había contado casi todo. Y ahora...

Balboa la vio. La mano, acunando el vientre. La mano que había besado una y mil veces. La mano que le había hecho cosquillas. La mano que le había apuntado.

La mano que sostenía a su hijo.

—¡¡¡NOOOOOOO!!!

Clanc.

Los grilletes en aquel condenado cáncamo. Los faroles bailaron. El aceite salpicó. La daga estaba a un suspiro. La daga iba a terminar

con todo.

El demonio sonreía, envuelto en rizos dorados, ahora veía su verdadero rostro.

Clanc.

Hierro contra hierro.

No le quedaban fuerzas. No le quedaba nada. Sólo el amor.

Lo hizo. Lo hizo porque la amaba.

Clanc.

Clanc.

Clanc.

La mano, su mano, acunó el vientre. Las manos, sus manos, lucharon con el hierro.

La daga se acercaba.

Dolió, algo se rompió en su hombro. Algo reventó en su pecho. Dolió. Como jamás había sentido el dolor. Dolió.

Clanc.

El eslabón rebotaba, saltaba, brincaba. Y Balboa gritó, aulló. Hasta romperse la voz, como tenía roto el corazón.

Saltaron los grilletes, quedaron libres las manos, en el mismo instante. Una mano acunaba a un niño. El mar acunaba la *venganza*. Un hombre dio lo último que le quedaba. Lo último. Y salió de los infiernos del dolor para matar a un demonio. A un demonio de rizos dorados.

Clanc.

Por última vez. La cadena se liberó. Cogió las lámparas. Y las estrelló en aquel rostro, el más bello que jamás había visto. El rostro de un demonio.

Los vidrios se partieron, como aquellos dos corazones.

Y llegó el fuego.

XX

Thomas Frobisher se había equivocado. Había asumido que Balboa estaba derrotado.

Y lo pagó caro.

XXI

Las dos linternas se rompieron. El aceite se derramó. Cayó por la pechera del inglés, le salpicó el rostro, llegó incluso a la perla que colgaba de su oreja.

Y el aceite prendió.

Su rostro, tan bello, hermoso, quedó envuelto en llamas, y sus preciosos rizos se consumieron con un chispazo, entre gritos.

Se apartó, intentó quitarse las llamas, trastabilló, tropezó con el cofre. Dio vueltas sobre sí mismo. Y, cuanto más hacía, peor era. Y la pólvora de sus bandoleras prendió y lo llenó todo de humo. Del hedor de la carne quemada. Saltó otra de las cargas de pólvora de sus pistolas, y una de ellas se disparó desde su cintura.

Humo espeso.

Peste a requemado.

Más gritos.

Se convirtió en el infierno encarnado. Cayó sobre las sogas enrolladas, que prendieron. Y de ahí prendieron las velas de reserva.

En un abrir y cerrar de ojos, las bodegas de la *venganza* descendieron hasta los abismos del averno.

Y Balboa se derrumbó sin fuerzas, cayó junto a ella. Y le dio lo último que le quedaba.

Ahora pudo decirlo, arrastrándose como un gusano, pero pudo decir lo que había callado tanto tiempo.

—No debí hacerlo. Lo siento...

Y se rindió. Hubiera muerto, engullido por las llamas.

—... lo siento. Vete.

Y Alessandra se fue.

XXII

Los gritos despellejaban los oídos, aquel desgraciado se quemaba vivo, y a Alessandra no se le ocurría peor castigo que aquel por todos sus pecados.

Prendieron las sogas.

Prendieron las velas.

Y Alessandra supo que tenía que aprovechar su oportunidad.

Tenía que decidir. Salvar al hombre al que amaba, el hombre al que no podía seguir amando. O cumplir con su obligación, hacer lo que le había pedido el abad de Bourburgo, y salvar a su padre.

No podía hacer las dos cosas.

Y corrió, como estaba, en harapos, vestida con heridas, hasta el cofre de madera. Lo abrió entre el humo y los gritos. Sacó la plata de su interior. Y se la llevó escaleras arriba, a trompicones, arrastrándola por los escalones, gruñendo por el esfuerzo, rayando los tablones. La sangre escurría desde sus heridas y caía sobre los maderos de la *venganza* y sobre la plata.

Los maderos y la plata habían bebido antes sangre. Nunca se saciaban.

Salió de allí a base de voluntad y coraje, salió del humo a la cubierta principal.

Y el vigía del castillo de popa comprendió. En tres pasos estaba al lado de la campana y dio la alarma.

—*Fire! Fire!! Fire!!!*

Nada había a bordo más peligroso que un fuego. Ni siquiera vio a la mujer saliendo de la humareda, no la escuchó toser. Saltó del castillo de proa. Corrió para ir en busca de cubos y de sus compañeros. Había que apagarlo antes de que fuera a más.

—*Fire! Fire!! Fire!!!*

El marino gritaba, pedía ayuda, cubos, que alguien arriesgara con las bombas de achique. Podían llenar las sentinas y los sollados. Usar el agua de la bahía.

A ella no le prestó atención. Ella arrastró el arconcillo de plata hasta los botes auxiliares. Dudó junto a la borda, donde los guindastes. Tenía aquella daga de acero de damasco en la mano. El ángel la había dejado caer cuando el fuego había comenzado.

Subió la plata al bote.

Bastaba subirse y cortar las sogas.

No lo hizo.

XXIII

Balboa se tumbó boca arriba sobre las tablas de la bodega, intentó respirar hondo. Y no pudo, las heridas, la costilla rota. El humo espeso. Iba a morir, pero se sentía en paz. Al menos la había salvado.

Al menos había hecho algo bien.

Y sintió el tirón.

Giró el rostro, pese al dolor.

Y vio a un verdadero ángel. Despeinado. Cubierto de cortes. Vestido con harapos. Pero un ángel de verdad, que no tenía rizos dorados, que no sonreía la más hermosa sonrisa. Pero que tiraba de él hacia las escaleras.

Alessandra le salvó la vida.

XXIV

El retén de guardia del Revenge se las apañó. Era una tripulación bien engrasada y el miedo a su capitán espoleaba. No importaron las ampollas ni las quemaduras.

El mismo que había dado la voz de alarma bajó a las bodegas y usó las bombas de achique para meter agua dentro.

Por las escaleras pasaron cubos y cubos de agua.

Les llevó una hora larga, pero domaron el fuego. Quedaron envueltos en el olor metálico del agua de mar evaporada, rodeados por las escamas negras que hacían costra en los maderos y el palo de mesana. Con el agua por los tobillos.

Y empezaron a hacer inventario.

Se habían perdido las velas. Se habían perdido las sogas. Había mamparos dañados. Y parte de las escaleras. Pero el de mesana aguantaría. El Revenge se había construido para soportar cañoneos peores. Y el barco aguantaría.

El que había dado la alarma, que era un muchacho de Essex con la cabeza llena de sueños. Que intentaba dejarse bigote, pero apenas conseguía más que una dudosa sombra en el labio, iba de un lado a otro, chapoteando en el agua, con un cubo en las manos y, allá donde quedaba una brasa, salpicaba.

Se detuvo como si hubiera tropezado. Con los ojos muy abiertos y los labios, y aquella promesa de bigote, temblando.

—*Oh! My goodness!! Bloody hell!!!*

Ya no era católico, ya no. Se había convertido, como muchos en su país. Después de que el rey Enrique decapitase a sus esposas. Ya no creía en el Dios de los papistas.

Pero rezó entre dientes, espantado, un paternóster. El que había aprendido de niño, antes de abjurar de su fe.

Aquel horror le estrujó los testículos. Hecho un gurruño, tirado en el suelo, a medio cubrir por el agua sucia que inundaba las bodegas, meciéndose con el bamboleo del barco.

Allí había un hombre.

Muerto.

No sabía quién era. Un rostro quemado. Chamuscado como el palo de mesana. Negro de hollín.

Y el cubo se le cayó con estruendo cuando aquel muerto abrió los ojos.

XXV

A medias aguas entre el sueño y la pesadilla. Envuelto en niebla. Así vio Balboa aquel cuarto de luna en la noche sobre la bahía.

Una esquirla entre las estrellas.

Abrió los ojos cuando los remos se detuvieron.

Le faltó el golpe en el agua, el vaivén, el sonido chorreante, y abrió los ojos y se encontró la luna, allá arriba.

Parecía inquieta, como si se agitase entre las estrellas y mirase a un lado y a otro. Preocupada por Coruña.

Intentó incorporarse. Aguantó el dolor. Y la descubrió. Allí estaba, ella, Alessandra.

Rebuscaba en los trastos que había en el lanchón, apartaba un bichero, tiraba un cabo por la borda.

Ella no prestaba atención. Demasiado atareada. Nerviosa. Tenía prisa. Más allá, los fuegos ardían en la Pescadería. Y el faro. Y la silueta de las murallas de la ciudad alta. Y el peñón donde aguantaba el fortín de San Antón.

Alessandra, como un perdiguero nervioso, hocicaba bajo las bancadas de la lancha, hasta que encontró un saco de sarga donde había aparejos. Los vació por la borda.

Y sólo entonces vio Balboa que allí, tras ella, había un cofre de plata.

Y sólo entonces vio Alessandra que él estaba despierto.

Guardó el cofre a toda prisa en aquel saco, como una niña escondiendo una travesura. Y se volvió hacia Balboa.

Balboa tenía tanto que decirle. Se le llenó el alma de palabras y los labios de ansia. Quería gritarle que la amaba.

Ella lo besó.

Y la luna, tímida, aquel cuarto creciente, se escondió en los últimos jirones del humo de la pólvora.

No le dejó hablar.

Se besaron con el ansia de encontrar un pozo tras cruzar el desierto. Con desesperación. Se hubieran arañado. Se hubieran arrancado lo que quedaba de sus ropas. Se hubieran amado, como si estuvieran de nuevo en los almacenes de queso en la casona de las balconadas.

Un beso que supo a desesperación. A urgencia. Reencuentro.

Se besaron bajo la luna en una bahía que se quedó vacía. Donde sólo estaban ellos y un arroaz que saltó a lo lejos, como si fuera una

vieja chismosa asomada al visillo, para espiar a los fogosos amantes.

Un beso. Largo y tierno. Una vida.

Y Alessandra se separó con lágrimas en los ojos.

Se dio la vuelta. Se sentó en la bancada. Cogió los remos. Remó.

—Tendrás que perdonarme...

Remó. Y Balboa intentó hablar. No tuvo fuerzas. La noche tiraba de él. La oscuridad lo reclamaba.

—Debo hacerlo...

Remó. Y remó. Hacia San Antón.

—Lo siento...

Y Balboa ya no pudo preguntar. Le fallaron las fuerzas.

XXVI

Desesperados como estaban en el fortín de San Antón, los dos vigías pensaron que uno de los lanchones ingleses estaba dispuesto a abordar el islote.

A punto estuvieron de disparar.

A un tris de hundirlo.

Hasta que el capitán se dio cuenta de que a bordo había una mujer, tenía que ser una mujer, la silueta resultaba inconfundible, braceaba pidiendo ayuda.

Antes de que amaneciese, la guarnición del fortín de San Antón, cubierta de picotazos de pólvora, sucios de hollín de pies a cabeza, medio sordos aún, ayudaron a una mujer medio desnuda que levantó cejas y obligó a más de uno a tragarse un silbido.

La ayudaron a desembarcar.

Y a aquel tipo medio muerto que traía.

Y un saco, como los que usaban en los botes para guardar los aparejos, un saco que traía algo dentro, algo duro y alargado, pero no preguntaron. Les distrajo tanta carne y tan poca ropa.

XXVII

El muerto abrió los ojos.

Ojos azules. Bellos. Bellísimos. Y el azul se volvía más intenso rodeado por aquel negro hollín.

Había perdido una de las orejas. Todo el pelo. La ropa era cenizas. Cintas requemadas, pegadas a pellejo negruzco.

El muerto abrió los ojos y aulló de dolor.

Pero se levantó. Se alzó en el agua sucia.

Y aulló enloquecido, con el rostro, lo que quedaba de él, vuelto a los cielos.

Entonces apareció Gaspar de Montalvo, lleno de enfado, incapaz de entender a qué venía aquel barullo que había interrumpido su descanso.

—¡Esto es intolerable! ¿Qué os habéis creído?

Otro paso más, otro escalón y su voz tembló, sólo una pizca, al escuchar esos aullidos.

—¿Sabéis quién soy yo?

Esperaba que le entendiesen. Tenían la obligación de entenderlo. Aunque hubieran nacido en otro país.

Tras él venía William de Borought, en camisón y gorro de dormir, no había querido unirse a las celebraciones en la Pescadería, había declinado la invitación del mismo Drake en persona.

Montalvo bajaba las escaleras y, al darse cuenta de que se había ensuciado la mano de hollín, la adelantó para dar fe.

Como si esperase que alguien pagase una reparación.

—¿No podéis...?

Fueron dos escalones más y aquel engendro quemado, cubierto de hollín lo vio. Lo atravesó con el azul de sus ojos.

Y se fue a él. Un perro rabioso.

Un demonio, uno que por fin ofrecía su verdadero aspecto, le partió el pescuezo a Gaspar de Montalvo al pie de las escaleras que bajaban a las bodegas de la *venganza*.

Aquella noche, en la *venganza*, dos hombres habían hecho lo imposible, lo inconcebible. Los dos habían sobrevivido.

A uno lo movió el amor.

A otro, el odio.

Murallas, pólvora y trampa



I

Era una bestia de hierro y humo, que apestaba como un disparo, que rugía y gruñía, y que avanzaba hacia él como una carga de caballería.

Era un engendro salido del Apocalipsis.

¿Dónde estaba? ¿Qué era aquello? ¿Por qué iban vestidos así?

No lo miraban, estaban pendientes de la llegada de la bestia, y no temían a la bestia, era como si la estuviesen aguardando.

Y la bestia se convirtió en una máquina, un engendro como jamás Balboa había visto. De hierro y humo.

La bestia se detuvo.

Y del vientre de la bestia salió una mujer. Era su abuela, con cincuenta años menos, era su abuela. No podía verle los ojos, el humo le cubría los ojos, pero era ella. Joven y esbelta, vestida de forma estrafalaria. Pero era ella.

—El camino es tu camino...

No miraba hacia él, le ofrecía plata a un chiquillo sucio.

—... algún día comprenderás.

Se marchó y la plata que tenía aquel crío sucio en la mano se convirtió en una peonza.

En aquella peonza. La que giraba el día que había salido de Compostela para no volver jamás. El día en que la abuela Elo, la que veía donde otros estaban ciegos, quedó en la puerta de la casucha, llorando. Porque su pequeño había vuelto sólo para echarle en cara que un pobre hombre había muerto en el corazón de un laberinto.

—¡No lo viste! —había gritado aquel muchacho.

Y la abuela Elo había llorado. Había asentido.

—Nos dejaste marchar —había gritado aquel muchacho enfadado.

Él había gritado. Ella había llorado. Él se había ido.

Y había pasado junto a una peonza, la de un chicuelo que jugaba sin más en una Compostela llena de miseria.

Se había ido. Y a sus espaldas, detrás, desde la puerta, entre lágrimas, la abuela Elo había dicho aquellas mismas palabras, las mismas que la mujer salida del engendro de hierro.

—El camino es tu camino...

Y Balboa despertó.

II

Abrió los ojos. Sacudido por el mal sueño, por la pesadilla, por lo que hubiera sido aquello. Y se acordó una vez más de su abuela, que despertaba agitada y gruñendo. Envuelta en sueños así.

Sueños que hablaban de ayer y de mañana.

La maldición de la familia.

Balboa abrió los ojos. La vio. Y el frío se esfumó.

Como arrimarse al hogar encendido. Verla lo cambió todo. Verla le dio vida. Y alargó la mano para acariciar su rostro.

—Alessandra —balbució con un hilo de voz.

La boca pastosa, como tragar un puñado de barro. Los labios llagados. Fue apenas un susurro. Pero pronunció su nombre. Y su nombre lo sacó de los sueños inquietos, del miedo. Y pagó un precio.

Abrió los ojos. La vio. Despertó. Y el dolor golpeó a Balboa. El hombro, el pecho, el rostro. Un mar de dolor. Pero, nada más verla, todo aquel mar cupo en un vaso...

Ella lo sanó de golpe. E intentó acariciarla.

Y ella sonrió.

Atrapó la mano de él entre las suyas, con una ternura cálida.

Un cirio, lejos, más allá, la envolvía en un aura de luz. Y sus ojos violetas, aun después de parpadear, seguían envueltos en niebla.

Pero tenía que ser ella. Debía serlo.

Cada sílaba fue un manojo de espinas en su garganta, pero Balboa volvió a llamarla. Pronunciar su nombre, sabía a hogar, a paz.

Y ella apretó su mano. Para reconfortarlo. Para darle ánimos.

—No pierdas la fe —le dijo ella con candor, con palabras envueltas en miel—, puede que esté viva.

Confuso, Balboa parpadeó de nuevo, alzó la cabeza, intentó comprender.

Y ella. Ella volvió a sonreír. Una sonrisa melancólica que rodeó sus ojos pardos de encajes. Una sonrisa resignada. Una sonrisa que era anciana en aquel rostro joven.

—A mi esposo lo mataron esos demonios —le contó ella, despacio, con palabras que pesaban quintales, desahogando su propio dolor—. Pero hay muchos heridos... ¡Puede que esté viva!

Balboa logró incorporarse en un codo.

Estaba en un camastro. En uno de tantos. En una iglesia.

Allí, más allá, más allá de gentes, de rostros, de heridos tumbados con sábanas pintadas de flores carmesí, más allá de diez, de veinte camastros más, entre las velas y un ajetreo quedo, triste, casi tímido, podía ver el altar. Y un retablo lleno de oro.

Los bancos, los que habían quedado enteros, estaban arrimados a una pared. La iglesia se había convertido en un hospital improvisado.

Estaba tumbado en un catre, remendado con los bancos de la iglesia, envuelto en una sábana recosida que contaba con sus manchas historias. La del hombro, la del disparo, aún húmeda pese a la venda.

Era una iglesia donde se atendía a los heridos.

Y Balboa era uno de ellos.

—Lo enterré hace tres días, cuando empezaron a cañonear desde Santo Domingo...

Ella. Ella no era Alessandra. Hablaba con una pena azul y profunda. Aún sujetaba la mano de Balboa. Y lo miró, con un esfuerzo por iluminar su rostro, como si soplase sobre brasas mortecinas y las llamas agarrasen.

—Muchos se han reencontrado —añadió ella, apretando suavemente la mano de Balboa—, no pierdas la fe. Si está viva, la encontrarás.

Podía haber estado en aquel retablo junto a la misma Virgen. Ella tenía un sosiego que regalaba paz.

Soltó la mano de Balboa y, tras una palmada cariñosa, volvió con un vaso de agua que le ayudó a beber, como a un niño, sujetándole el cogote para que se aupase y pudiera tragar.

Los ojos violetas de Balboa lograron centrarse. La niebla se disipó poco a poco. El agua, fresca, le ayudó a ver los detalles a su alrededor, a escuchar por primera vez el gemir de los heridos y el

frufrú de pies en el suelo, de ropas y sábanas, incluso el bisbiseo de un páter que otorgaba una extremaunción y ungía de óleos a un desdichado al que, por el bulto que dibujaba la sábana, le faltaban las dos piernas.

Y los ojos violetas de Balboa se perdieron en el retablo, que escondía molduras de oro en las sombras. Y no era el único, más de uno rezaba buscando esperanza en aquellas molduras.

Allí estaba el peregrino, el mismísimo Hijo del Trueno, Santiago Apóstol con un báculo en una mano y una bendición en la otra.

Ella se dio cuenta.

—Aquí venían los peregrinos ingleses cuando desembarcaban —dijo ella con un cinismo verdoso—, paraban aquí antes de seguir a Compostela... Es la iglesia de Santiago.

No dijo nada, no supo Balboa qué decir. Sólo miró aquel rostro bondadoso de madera. Lo miró como si esperase que el apóstol se arrancase a hablar. Balboa le habría preguntado mil preguntas.

Ella comprendió que su enfermo se encontraba mejor. Y, generosa, le regaló una vez más esperanza.

—La encontrarás.

Se lo dijo dándose la vuelta, pensando en atender a alguien más necesitado. Y no le faltaban candidatos en aquella humilde iglesia de pescadores y rederas.

Balboa, perdido en sus mil preguntas, sólo pudo murmurar un gracias entrecortado y ella, entera, fuerte, sonrió.

Era como un faro, irradiaba luz. Balboa tuvo la sensación de que antes caería el viejo Faro de Brigantia que aquella mujer. Parecía hecha con la justa medida del hierro más duro y la miel más dulce.

—Si me necesitas —le dijo volviéndose ya—, llámame. Soy María, María Pita.

Era viuda de dos carniceros, al morir el primero, hizo lo que era costumbre, casó dentro del gremio. Y aguantaba en una pequeña casa de la calle Herrerías, desde donde regentaba matrimonio y negocio hasta que el malvado inglés la dejó viuda por segunda vez.

Balboa repitió un gracias que ya no supo si ella escuchó, e intentó aclarar sus recuerdos, poner en orden cuanto bullía por sus sesos.

Pero no tuvo tiempo.

—*Mist!Diese Frau ist nicht nur schön, sie hat mehr Mut als zwei Feldwebel zusammen*.

III

Antes de traducir sus propias palabras, el lansquenete se acercó al catre de su amigo. Traía encima una sonrisa brillante, como los colores que tanto le gustaban. Y empezó a reír. Incluso soltó una carcajada que cortó a tiempo, cuando se dio cuenta de que no era el lugar más apropiado.

Y tradujo:

—*Mist!* Además de bella como un sueño —dijo señalando a María Pita—, tiene más cojones que tres sargentos juntos. Hace dos días le rebanó el pescuezo a un hideputa...

Como con la carcajada, Maximilian comprendió que no merecía la pena llegar al final. Y se inclinó sobre el catre para, en un gesto que le quedaba raro, como hecho por un mal sastre, abrazar a su amigo.

—*Du verdammter Kerl!* No sabes cuánto me alegro de que sigas respirando...

Y lo hacía.

Balboa se curaba. Aunque su rostro vestía un desagradable amarillo, del color de meos de cerveza, según el propio lansquenete,

excepto por las afueras de la nariz, donde aún quedaban manchurrones morados.

—*Mist!* Han sido días duros. Nos ha caído una mano de mierda, ni un solo triunfo...

Siguió hablando, y mezclando los naipes y la guerra, aunque en lugar de su querida baraja tenía en la mano aquel crucifijo de plata.

Le explicó que llevaba cinco días allí. Que habían llegado refuerzos.

—Un tal conde de Altamira —con un dejo de desprecio por el título — con dos compañías de asturianos bisoños, ¡desde Compostela! *Mist!* Aún traen en las orejas lo que gritaste en la catedral...

También habían llegado otras tres compañías con el señor de Cayón. Y todos se habían acantonado en el Monte de Arcas. Habían traído esperanza a los sitiados, y nervios a los sitiadores.

—... No pinta bien, esos *gottverdammten Hurensöhne* han montado artillería frente a la Puerta Real...

Balboa no escuchaba. A Balboa le daba igual el asedio a la ciudad alta. Podía hacer la primera de sus mil preguntas. Y quizá debería habérsela hecho al apóstol, pero se la hizo a su amigo.

—¿Dónde está?

No hacía falta el nombre.

Y el lansquenete chistó al tiempo que negaba. Conocía a su amigo. Y contestó levantando la voz.

—*Verdammt!* ¡Los ingleses se han atrincherado en Santo Domingo! Han convertido el puto convento del carajo en un fuerte...

Aquella María Pita se volvió hacia ellos y pidió silencio con el dedo sobre los labios. Consiguió que el lansquenete bajase la voz.

—¿No me has oído? *Mist!* ¡¡Están levantando un baluarte...!!

No terminó, conocía a su amigo.

—¡¡¡Olvídalo!!! *Lass es einfach.* Es imposible, no hay quien salga de la ciudad, a no ser con veinte balazos ingleses y los pies por delante.

Balboa sólo lo miraba. El lansquenete bajó los ojos.

—*Mist!* Me enteré dos días después, yo no sabía que habíais...

—¿Dónde está?

Maximilian resopló igual que un niño al que han cogido en una travesura. No quería contestar.

Pero Balboa insistió, por tercera vez.

—¿Dónde está?

IV

—Eres un... Un *so ein verdammter Sturkopf*...

No hizo falta que Balboa repitiese la misma pregunta una cuarta vez. El lansquenete se rindió.

—*Mist!* Se escapó —reconoció a desgana—, ¡ya la conoces! *Sie ist verrückter als du*. Se escapó la mañana que llegasteis —y la exasperación acentuaba sus palabras—. A Compostela, supongo. Robó un caballo y escapó mientras traían los últimos abastos que quedaban en la Pescadería —hablaba de Alessandra como un padre de una hija ingobernable, se quejaba, pero se advertía la estima que le tenía—, antes de que Troncoso ordenase cerrar las puertas...

Balboa asintió, entrecerrando aquel profundo violeta, y se incorporó en el camastro; tal y como el lansquenete había temido, sus palabras no habían servido de nada.

Balboa, sin un solo quejido pese a la postura, trasteaba bajo el banco reconvertido para recoger sus cosas. Así solía hacerse en los

hospitales de campaña, pero tuvo que renunciar. No le quedaba otra cosa que lo puesto.

—*Du spinnst!* ¡Como una jodida cabra! Hay veinte mil cabrones apuntando hacia aquí, es demasiado tarde. Sólo queda luchar...

Para refrendar sus palabras, se oyeron tres cañonazos en rápida sucesión. Algunos se agacharon. Otros ahogaron un suspiro. Y, desde la bóveda de la iglesia, cayeron nubes de polvo a las que el sol que se colaba por las ventanas dio brochazos de oro.

Balboa siguió en silencio.

—No queda otra —insistió pesaroso—. *Mist!* Luchar. Y ganar. De lo contrario... —Se pasó la mano por el rostro—. De lo contrario, prisioneros o muertos.

Balboa no escuchaba, ya estaba en pie, tambaleante, pero en pie. Y le tocó el turno a otra pregunta.

—¿Armas?, ¿ropa?

El lansquenete negaba.

—Sois tal para cual, *verdammt!* ¡La madre que os parió! ¿No escuchas? Quítate la mierda de las orejas...

Balboa no protestó. No discutió. Echó a andar, hacia la salida.

Lo vio María Pita, a medio camino entre un camastro y otro, con un vaso de agua y una venda en las manos. Ella entendió a Balboa. Y una lágrima se escurrió por su mejilla.

Duró un suspiro, la secó rápido, con disimulo, y ofreció el agua a otro de los heridos, un muchachito que apenas se afeitaba, y le cambió la venda del brazo, de lo que quedaba de él. Porque no había más que un muñón que empezaba a oler mal. Incluso se inclinó más de la cuenta y le ofreció un generoso vistazo escote abajo.

Desde el retablo, Santiago Apóstol parecía sonreír por los esfuerzos de la mujer, pero cuando miró a las espaldas de Balboa,

como ella, el santo también lloró.

A lo mejor no fue más que un malabarismo de la luz. Entre el polvo y las filigranas doradas, en el retablo, el sol hacía extraños.

A lo mejor no lloró el apóstol.

A lo mejor sólo lo pareció.

Balboa no llegó a los portones de la iglesia de Santiago. Alguien entró.

V

El secretario de cifrado de su excelencia el duque de Farnesio, don Luis del Valle y Nespral, entró en la iglesia de Santiago como si fueran sus despachos en la casona de las balconadas, allá en Amberes.

Entró dueño del suelo que pisaba.

Y tras él, con cara de perro malhumorado, venía el capitán Troncoso. Parecía un chiquillo al que llevasen a rastras tirándole de una oreja. Casi avergonzado por seguir a aquel pisaverde de perilla en lugar de estar en las murallas, escupiendo a los ingleses. Que era lo mismo que pensaban los doce veteranos que lo seguían, tiznados de hollín y con cansancio arrugando sus rostros. Malhumorados por la estúpida orden.

Del Valle entró y se topó con el hombre a quien venía buscando.

VI

El último fue el arzobispo de Compostela. Entró atropellado, tras los soldados, inquieto, con los ojos desorbitados y hablándole a las espaldas del secretario, que lo ignoraba.

—No es una decisión meditada —imploraba San Clemente—, su majestad debería pensar en las graves consecuencias...

Del Valle y Balboa se encontraron frente a frente.

Y sobre ellos cayeron las miradas de todos los catres. También de las mujeres que ayudaban. Y del médico Silvela, que tenía las mangas salpicadas de sangre y el rostro, tras los anteojos, agotado.

El secretario se había detenido con un golpe seco de aquella pierna de madera. Y traía algo sucio.

—He venido a la cabeza de los refuerzos enviados por su ilustrísima majestad, el rey Felipe...

Se presentó, incluso se estiró, encaramado a la cornisa de todos sus títulos. Pero sonó hueco. Inseguro.

Algo sucio traía Del Valle, que continuaba hablando:

—... El capitán Troncoso refiere que vuestra intervención salvó el Puente del Burgo. —Y señaló con su barbita de chivo a Balboa y al lansquenete, que se había puesto tras su amigo—. Una coincidencia felicísima; sin embargo —hizo una pausa, miró a todos lados, seguro de tener en sus manos la atención de todos aquellos catres apañados con bancos de iglesia—, ¡no servirá de excusa!

Una nube escondió el sol. La iglesia de Santiago se llenó de sombras.

Todos los presentes lo sintieron, se detuvieron. La iglesia de Santiago contuvo la respiración.

Y el secretario prosiguió, satisfecho con el cambio.

—Has sido acusado de traición a la Corona.

VII

Balboa asintió.

Del Valle asintió.

El silencio se volvió inquieto. Y el secretario acabó por sacudírselo como a un moscón. Alzó la voz, para hacerse oír.

—Serás condenado a galeras. ¡O ahorcado! Es una orden sumarísima. Y si quieres aspirar a clemencia, debes entregar a tu cómplice y lo robado. La justicia del rey aguarda. —Y su voz saltó entre las piedras de la iglesia y estalló frente al retablo.

Tenía la atención que deseaba. Y Del Valle remató la faena.

—La clarisa conocida como sor Alessandra Visconti y tú habéis hecho negocios con los ingleses. ¡Propiedad real ha sido robada!

El arzobispo terció. En un remolino ansioso de palabras despeñadas, como si tuviera una soga al cuello y se le acabase el tiempo de pedir perdón.

—Debo insistir —dijo con apremio, estrujando las cuentas de un rosario de azabache—. Hay que reconsiderarlo. Es una propuesta con funestas consecuencias. La catedral no es de realengo. Yo creo...

Del Valle no se giró. Pero le habló al arzobispo de reojo, torciendo los labios.

—Compostela no es lugar apropiado, hace años que no lo es —le espetó—, y no cambiaré mi recomendación —aseguró el funcionario —; si tanto os incomoda, eminencia, pedid una audiencia real y convenced a su ilustrísima majestad. Yo tengo mis órdenes...

El arzobispo intentó hablar, y Del Valle, olvidando a Balboa, perdió la compostura.

—¡Ha sido tu imprudencia la que nos ha puesto en este aprieto! — enfurecido, el secretario atravesó a San Clemente con un dedo acusador—. ¡¡Suerte tienes si el rey te perdona la vida!! Muchísima suerte... Acabarás de párroco en las Alpujarras. El Vaticano hincará la rodilla ante la voluntad de nuestro ilustrísimo rey. Y yo, secretario

al servicio de su majestad —se señaló el pecho—, me aseguraré de que no quede nada en la catedral que merezca la pena. ¡En toda Compostela! Lo que haya de valor se llevará a El Escorial.

El arzobispo estaba a punto de echarse a llorar. El azabache del rosario crujía.

—No podéis...

Del Valle se estiró, tanto que su pata de madera volvió a golpear el suelo.

—Tengo la confianza plenísima del rey para completar la colección de El Escorial y se hará como yo diga. No olvides quién lidera la Santa Liga.

—El rey... No podéis...

—Se sabrá lo que has hecho. Me encargaré de que se sepa, una decisión tan cobarde, imprudentísima... Y pagarás por ella. En las Alpujarras o en Orán. Con suerte algún descreído musulmán te colgará de un árbol.

—No, por favor...

El rostro del arzobispo era sufrimiento. Como si cada palabra fuera una astilla entre carnes y uñas. Rozaba la desesperación, se humilló como un pedigüeño.

—Os lo suplico...

Del Valle no le dejó terminar:

—¿Cómo te atreves? —preguntó indignado—. Tú y tu deán contratasteis a esos desertores. Quizá llegaste a acuerdos con la pérfida Inglaterra —e hizo culebrear la voz, para darle fuerza a la insinuación—. Montalvo ha desaparecido. Pero tú, ¡tú! Responderás por tus actos, contra la Corona, ¡contra la Iglesia!, ¡¡contra Dios mismo!! Pagarás por lo que has hecho.

La réplica del arzobispo, en el suelo, manchando las rodillas, fue apenas un susurro.

—Me engañaron, yo sólo quería...

Del Valle volvió a tronar. Y creció dos palmos.

—No era tuya la decisión —con un berrido que salpicó saliva y rabia—. Era decisión del rey. —Y se volvió, giró sobre su pata de madera, para hacerse oír por todos en la iglesia—. ¡Y yo soy la voz del excelentísimo y cristianísimo rey Felipe! ¡¡Yo cumplo sus órdenes!!

Bajó la voz, se cernió sobre el arzobispo, como si pretendiese descabellarlo.

—Dos batallones completos —anunció el secretario—, ¡dos! La guardia personal de su majestad, archeros de Borgoña escogidísimos, están de camino para escoltarme hasta El Escorial, ¡a mí! Para cumplir la voluntad de su majestad.

Apuntó al arzobispo con un dedo, como si fuera la daga para rematar la faena, a un palmo del cogote de San Clemente.

—Las encontraré —tascó Del Valle—. Las encontraré y las pondré a los pies del rey.

El rosario saltó en pedazos que rodaron entre los pies de los soldados. Tintineó como gotas en un cubo de latón oxidado. Se deshizo entre sus manos.

Y San Clemente, con labios temblorosos, ojos huidizos, se escabulló, comido por la vergüenza y el remordimiento. Y Del Valle, dando el asunto por zanjado, se enfrentó de nuevo a Balboa.

VIII

El secretario ni siquiera le echó un reojo al arzobispo.

—Ayer noche la nao capitana de los ingleses, el Revenge del pirata Drake, sufrió un incendio —no le hablaba a Balboa, les hablaba a los

catres, a los soldados, a los cirujanos, a María Pita, a Coruña—. Los perros ingleses, bastardos traidores, despreciabilísimos mentirosos, se apresuraron a vaciar las bodegas, ¿y en quién confiaron?, ¿a quién le hicieron entrega de lo saqueado?, ¿de lo robado en la Pescadería?

Balboa guardaba silencio. Y su silencio estaba lleno de palabras. Pero no abrió la boca. Estaba hilando una historia. Intentando comprender.

Del Valle, con un nuevo toque de su pierna de madera, que sonó a guitarra sin cuerdas, acorraló a Balboa.

Del Valle se envaró, hinchó el pecho y señaló a Balboa, como si pudiera apuñalarlo.

—¡A un ladrón reconocidísimo que hace unas semanas esperaba condena!

Le gritó a la iglesia. A todos en la iglesia. Lo oyó hasta el apóstol en el retablo. Y alguno de los heridos se santiguó. Ni siquiera se susurraba de un catre al otro. Lo único que rompía el silencio eran los cañonazos ingleses.

—Los ingleses engañaron al arzobispo de Compostela. La pérfida Inglaterra quería herir donde más duele la herida. En nuestra santísima fe. Son herejes. Son salvajes. Despreciabilísimos. Y han robado, ¡sí, robado! Han robado el corazón, ¡¡el corazón de las Españas!!

Sabía hacerlo Del Valle. Todo el mundo escuchaba. Todos se mostraban inquietos por sus palabras. Estaba echando leña a un miedo que ya ardía.

—Yo he desentrañado este misterio enrevesadísimo. Yo he atado los cabos —alzando la perilla—. Un hombre de la Grande y Felicísima Armada —aireó el secretario— fue rescatado en las aguas del

puerto. Un tal Jácome. Desafortunadamente, sus heridas lo llevaron al encuentro del Creador, pero tuvo tiempo a presentar testimonio...

Y nadie mencionó que la hoja de servicios del tal Jácome estaba tachada con grandes letras que escribían la palabra «desertor».

Mentiras. Unas encima de otras. Pero incluso las moscas dejaron de zumbar.

Balboa intentaba comprender. Revivía las últimas semanas. El abad de Bourburgo. Los secretos que corrían por Flandes. La promesa de Alessandra de la que le había hablado su amigo. El padre de Alessandra y sus negocios con el clero. El encargo que le había hecho aquel hombre que tenía enfrente.

Y Del Valle le hablaba a él, pero representaba una función.

—Las reliquias, ¡las santísimas reliquias del apóstol Santiago! ¡¡Del patrón de la monarquía!! ¡¡¡Del patrón de las Españas!!!

El secretario humilló el rostro, se llevó una mano a los ojos, suspiró desesperado. Negó. Y aquella perilla suya rozó la golilla impecable.

Antes de volver a hablar, tiró de las mangas, cuadró un broche en la pechera.

—¡Las reliquias del apóstol Santiago han sido robadas!

La iglesia se llenó de susurros incrédulos. De bocas abiertas por la sorpresa. De avemarías apresuradas. De señales de la cruz temblorosas.

—¡Robadas! Y entregadas a los herejes ingleses...

Un suspiro más. Una mano cerca de los párpados, retirando una sentida lágrima. Del Valle se ganaba el corazón de todos y cada uno en la iglesia de Santiago. Y el secretario se alzó de puntillas con su único pie, y la pierna de madera se levantó un par de pulgadas.

—¡Y se llevaron a la nao capitana!

Fue como si toda la iglesia empequeñeciese y estuviera a punto de aplastar a Balboa.

La pierna de madera retembló en las piedras de la iglesia. El secretario giró, observando los rostros asombrados.

—¡Traición! ¡¡Traición al rey!! ¡¡¡Y a la santísima madre Iglesia!!!

Balboa ni siquiera murmuró. No alzó la voz. No hacía falta, nunca convencería a toda aquella gente. Era un soldado. Y era un ladrón.

Del Valle ni siquiera le prestaba atención, giraba en torno a aquella pierna de madera.

—¡Y en la nao capitana estaban este traidor!, ¡este ladrón!, ¡y su cómplice!

Balboa callaba.

¿A quién iban a creer? A un ladrón o a un secretario de su majestad el rey.

—¡Apresadlo! Debe confesar.

El capitán dudó por un parpadeo. Pero terminó por asentir. Y los hombres de Troncoso se pusieron en marcha, cerraron el círculo en torno al acusado.

Una sonrisa que recordaba a lombrices apareándose se revolcó en la perilla del secretario.

—Han muerto inocentes... —murmuró Balboa.

—¡Basta!

Y Balboa calló. Era su palabra, la de un simple soldado, un ladrón, contra la de un enviado del rey.

Balboa calló. Pero su amigo, tras él, asentó los pies. Tensó los músculos y se preparó. Dispuesto a salir de la iglesia a espadazos.

Y el silencio entre Balboa y el secretario creció hasta hacerse una cascada atronadora.

Balboa intuyó entonces algo. Una idea que cruzó su cabeza. Vislumbró una de aquellas esquinas aún a oscuras. Pero no llegó a

hacerse la luz.

Habría de pagarlo. Maldito el Cielo y los infiernos. Balboa habría de pagarlo.

Los hombres de Troncoso levantaban los brazos. Uno de ellos preparaba los grilletes, el eco del hierro bailando recorrió la iglesia de Santiago.

Y Balboa, con sus ojos violetas apuñalando al secretario, no se movió. No alzó las manos para recibir los hierros.

Ni siquiera pestañeó.

Troncoso se tiró tan fuerte de las calzas que se puso de puntillas. Era hombre de órdenes. No había mamado otra cosa que los Tercios, había echado a gatear con un hierro entre los dientes. Y sus ojos destilaban desprecio por aquel petimetre emperifollado de perilla. Pero órdenes eran órdenes. Y las reliquias del apóstol, el asunto más serio en toda una vida al servicio del rey.

Y no tenía idea de quién era aquel Barrabás Balboa. Pero Troncoso lo conocía. Conocía a hombres así. Y apoyó la mano en los gavilanes de la espada. Si el tal Balboa y su amigo no querían ser apresados, no lo serían.

Iba a correr la sangre.

Sus hombres lo imitaron.

Se había prendido la mecha. Y la pólvora explotaría de un momento a otro.

Toda la iglesia había caído en el silencio. Ni siquiera los heridos se quejaban. Ni siquiera se oía el roce de las sábanas. Todos miraban espantados cómo la guerra se les había colado dentro.

María Pita, horrorizada, sujetaba contra el pecho uno de sus trapos, con los nudillos blancos. No sabía qué creer. Le parecía imposible que aquel hombre hubiera cometido una atrocidad semejante.

Robar las reliquias del apóstol.

Conchabarse con los ingleses.

Por desgracia. Sus ojos, y los de muchos en la iglesia, miraban con odio hacia Balboa. Dolidos de que un traidor se hubiera aprovechado de ellos.

Y más cañonazos ingleses se estamparon contra las murallas de la ciudad alta.

Y más polvo cayó desde la sencilla bóveda de la humilde iglesia.

Y, de nuevo, el sol que entraba por las ventanas dio brochazos de oro a constelaciones que danzaron frente al retablo.

Un soldado adelantaba los grilletes. Balboa no se movía. El secretario señalaba. Maximilian levantó el montante una pulgada.

—¡Traidor! —gritó un catre, uno sin nombre.

Y se le unieron otros. Con silbidos. Con insultos. Voces. De todos y de ninguno. Voces que mordían. Que se estrellaban contra las piedras de la iglesia.

—¡Apresadlo! —alguien cerca del altar.

—¡A la horca! —entre las sombras, hacia la sacristía.

—¡Que lo cuelguen! —en uno de los bancos convertido en camastro.

Del Valle había ganado.

Por la mejilla del mismo apóstol Santiago, allá en el retablo, caía una lágrima.

IX

Balboa le susurró algo al lansquenete. Maximilian negó. Refunfuñó. Y Balboa volvió a insistir. Y adelantó las manos, las acercó a los grilletes.

A regañadientes. La mano abandonó el montante. Y el lansquenete imitó a su amigo.

No iban a presentar pelea.

Y Troncoso respiró aliviado. Ni siquiera tiró de las calzas. Balboa se dejó aherrojar. Maximilian también.

Balboa sólo dijo una cosa más.

—Lo hice solo. Ella no tuvo nada que ver.

A María Pita se le escapó un gemido que acabó en un silbido quedo. La iglesia se llenó de insultos, de gritos. De odio. El rostro del secretario Del Valle se llenó con una sonrisa luminosa.

Los grilletes se cerraron. El destino de Balboa quedó sellado.

Galeras o la horca.

Y Del Valle preguntó.

—¿Dónde está el cofre?

Silencio.

—¿Dónde está ella?

Silencio.

—¿Dónde están las reliquias?

Silencio.

Silencio, relleno de insultos, de amenazas, toda la iglesia de Santiago pedía la cabeza de Balboa. María Pita lloraba.

Tres silencios para tres preguntas.

X

Tres preguntas.

Y las tres preguntas estaban lejos de sus respuestas. Las respuestas a esas tres preguntas se escondían quince leguas al sur.

Las tres respuestas habían viajado. Buscando los senderos, sin pisar el antiguo camino desde la costa. Las tres respuestas habían peregrinado. Hasta otras murallas. Unas que aún no temblaban ante los cañones ingleses. Las murallas de Compostela.

Bajo nubes que, como palomas, se posaban en las torres de la catedral, en las viejas que levantara un soñador, y en la nueva, que marcaba el tiempo con sus campanas.

Tres respuestas, un caballo robado, y una peregrina, embozada, llegaron a la Puerta da Pena.

Compostela era su destino. Aunque no la catedral. Su destino era un antiguo convento, allí, a las afueras.

Las tres respuestas, un caballo robado y una peregrina se detuvieron ante los imponentes muros de Santa Clara.

Enorme, chato y rotundo, el convento de Santa Clara se levantaba de los prados a su alrededor, salpicados de frutales, con aires de cepo de roble recién cortado. Y la capucha se deslizó hasta el cogote cuando la peregrina miró hacia arriba, hacia los altos muros, salpicados con las ventanas de las celdas.

Y quedó a la vista su rostro. Cargado de dolor y determinación. Era el rostro de quien se arranca una flecha atravesada en la pierna.

Era Alessandra Visconti.

Y Alessandra miró a su alrededor, encogida, como si esperase descubrir que la habían seguido. Sólo cuando estuvo segura de que no había otra cosa que un gato callejero, atigrado, de mirada amarilla, con una oreja hecha trizas, dobló la esquina y se dirigió a una puerta lateral. Escondida tras unos manzanos. La que daba acceso a los huertos del convento, y no la hubiera encontrado de no saber que estaba allí.

—Desafortunadamente —había reconocido sor Angustias—, el voto de castidad siempre ha puesto a prueba las flaquezas del

alma...

Y aquella puerta, que había servido para picardías, guardaba discreción. Y discreción era lo que necesitaba el saco de sarga a lomos del caballo.

Sin mucha fe, Alessandra tiró del cordel que colgaba de una rendija en el quicio y, a lo lejos, en algún lugar del interior, sonó el tintineo de una campanilla.

Alessandra esperó, bajo las flores de los manzanos, y al gato le extrañó que no llamara a aquella puerta un mozo de buen ver.

Cuando Alessandra iba a llamar de nuevo, una monja abrió al fin.

Los conventos estaban acostumbrados, a la fuerza, a llamadas intempestivas, sus puertas eran reclamo para el mendigo, el muerto de hambre y la madre desesperada con un bebé por abandonar. Y, en ciertos casos, para los mozos de buen ver.

Abrió una viejuca sarmentosa que parecía un hábito colgando de una rama seca, con ojos lechosos por las cataratas y las cejas más peludas que jamás hubiera visto Alessandra.

Y tanto se asomó para verla, agarrándose al quicio de la puerta, tanto que Alessandra temió que la anciana cayera de bruces.

Cuando se echó por fin atrás, arrugando la nariz y aquellas cejas que parecían arbustos, no le dispensó un saludo siquiera.

—¿Quién la espichó?

Cogió a Alessandra a contrapié, que no esperaba aquella pregunta, sin un amén siquiera. Y sor Venancia se impacientó.

—En estos días aciagos, o vicios o malas noticias...

Tenía aires de espino. Como si le costase creer que el sol salía por las mañanas.

—¿Quién la diñó? —insistió sor Venancia.

Y el caballo relinchó, y la viejuca, con otra sonrisa, que parecía tierra reseca falta de riego, añadió algo más, cargado de retranca.

—No me suena el nombre... Debe ser extranjero...

Alessandra no entendió el chascarrillo, pero reaccionó al fin:

—He de ver a sor Inés de Granada, ¡es urgente!

Los ojos lechosos de la viejuca brillaron.

—Tenemos caballos de sobra en el establo —dijo divertida—, y la abadesa es una mujer ocupada —añadió sor Venancia con el tono de regañar a las novicias.

Y bloqueó el vano de la puerta, no con su cuerpo, que era poca cosa, sino con la autoridad que desprendía.

Y la voz de Alessandra rayó la desesperación.

—Viene a verla...

Dudó, insegura. Y terminó por soltar lo primero que se le ocurrió.

—Viene a verla el apóstol Santiago.

Ahora sí que la viejuca soltó una carcajada.

—Demasiado nombre para semejante jumento...

Y señaló los morros bigotudos del animal, que la olisqueó curioso. Y se dio la vuelta para volver a entrar y cerrar la puerta.

—Venía con sor Angustias —reaccionó Alessandra desesperada—, la que fue castigada con marchar a Flandes. A la abadía de Bourburgo.

Aquello detuvo a sor Venancia.

—Han pasado muchos años, pero la recuerdo bien —con nostalgia, amargura, incluso arrepentimiento colgado de la voz aviejada—. Fuimos novicias juntas...

No terminó la frase. No le contó que ambas habían esperado con ansia junto a aquella misma puerta. No le explicó ni uno solo de sus secretos, ésos los reservaba para sus noches de ronda por los pasillos vacíos de Santa Clara.

Sor Venancia chistó con su boca desdentada, como si algo de su última comida se le hubiera quedado pegado al paladar. Y, cuando

terminó, la señaló con un dedo de nudillos hinchados por los años y la reúma.

—La abadesa pisó una enorme boñiga —se quejó la viejuca—. Sor Angustias no podía haber hecho más. Somos monjas, no ladronas.

Sacudió aquella cabeza llena de arrugas. Recordando a su amiga.

—Entonces, ¿fue Angustias quien la espichó?

El tono fue extraño, entre dulce y amargo, como si las palabras se asomasen a un abismo. Palabras duras que escondían algo cálido.

Alessandra asintió antes de hablar:

—Dio la vida para que entregase —contestó Alessandra con pesar — este mensaje a doña Inés de Granada.

Y no dijo nada del saco de sarga a lomos del caballo. Sólo adelantó aquellos documentos que había llevado escondidos en el pecho desde que un ángel incendiara una *gaviota*.

La viejuca también asintió.

—No fue sor Angustias quien meó fuera del tiesto...

Y no dijo nada más, pero se hizo a un lado y abrió la puerta.

XI

Tres preguntas. A quince leguas. Lejos de sus respuestas.

Y Balboa no podía conocer aquellas tres respuestas. Y Balboa no contestó.

Contestaron los cañones ingleses.

Y los portones de la iglesia de Santiago se abrieron de nuevo.

Entró el caos.

XII

El caos no podía tener más de doce cumpleaños encima. Roñoso. Vestido con harapos y con la cara llena de mierda.

Un muchacho. Uno de los raterillos del puerto, capaces de sobrevivir con raspas de sardina y el salitre del aire, haciéndole competencia a los gatos de Coruña.

Entró agitado, corriendo, con el pelo revuelto y lleno de pegotes, con las manos llenas de tierra y las uñas sucias. Se había pasado horas paleando piedra y moviendo cascotes.

Era un raterillo. Pero había estado ayudando. Como todos. Coruña se había unido, todos por igual.

Entró. Y gritó a todo pulmón, y se le quebró la voz en un gallo ridículo. Pero nadie en la iglesia de Santiago se rio.

Sonó grotesco. Casi a broma. Y no era más que un muchachillo que se ganaba la vida robando. Pero todos lo creyeron. Y el miedo le dio la mano al caos.

—¡La van a volar!

No hacía falta preguntar quién. Tampoco el qué. Todos lo sabían.

—¡¡La revientan!!

XIII

Desolación. El panorama era desolación.

Desde el baluarte improvisado, frente a la Puerta Real, los cañones ingleses disparaban. Una y otra vez. Sin descanso. El humo era tan espeso que apestaba a metal caliente, y la pólvora sin quemar irritaba los ojos.

Desolación.

Hacía falta fe para seguir allí en pie y ver cómo se desataba tamaña destrucción.

Las murallas no aguantarían. Ya habían aguantado demasiado. El castigo las estaba destrozando.

Y si los ingleses abrían hueco, si las piedras cedían, el infierno entraría en la ciudad alta.

Era cuestión de tiempo. Una misa. Dos. Quizá tres.

Bajo sus pies, con cada impacto, el suelo del adarve temblaba, se estremecía, e intentaba sacudirse el miedo. La gravilla saltaba. El polvo se levantaba. Y las grietas, ansiosas, corrían por las murallas.

Y eso no era todo. Coruña tenía algo más que temer.

Entre maderos y cascotes, al pie del convento de Santo Domingo, donde habían saqueado, violado y matado, había hombres yendo y viniendo. Ingleses. Había ingleses y tierra. Pilas y pilas de tierra.

Llevaban días en ello. Trabajando sin descanso, incluso de noche. Lo habían estado ocultando con parapetos hechos con puertas y toneles destrozados. Pero ahora quedó al descubierto.

—Les hacen falta puntales —aseguró Troncoso pellizcándose el mentón—, ¡tienen que apuntalarlo! ¡¡Hijos de puta!!

Desde la muralla, el capitán señalaba. Los ingleses desencajaban los maderos que habían escondido sus planes y se los llevaban.

Los ingleses habían cavado una mina.

Una galería desde las afueras del convento hasta la base de la muralla. Hasta el cubo que fortalecía la esquina noroeste. A unos pasos de aquel paño de la Puerta Real, que recibía un cañonazo tras otro.

Y si había dudas, si algún insensato albergaba esperanzas, aparecieron los barriles.

—¡La van a volar! —había gritado el caos.

Envueltos en el humo de los cañonazos, los ingleses hacían rodar barriles, como chiquillos jugando con aros, y pasaban entre los

carpinteros que desmontaban los maderos, desaparecían tras los parapetos, se los tragaba la tierra.

Estaban llenando la mina de explosivos. Iban a volar el cubo de las murallas.

—¡¡La revientan!! —había gritado el caos.

Coruña iba a caer. Envuelta en llamas y venganza.

En cuanto prendieran la mecha. Todo acabaría.

La esperanza, la que habían traído los refuerzos enviados por el rey, echó a volar hacia el océano. Sin despedirse siquiera. Y el aleteo, alejándose, sonó más fuerte que los cañones ingleses.

Se había terminado.

Hasta que Balboa habló.

XIV

Le habían puesto los grilletes, y pesaban menos que la sonrisa triunfal del secretario Del Valle.

Pero faltó tiempo para buscar un calabozo.

El caos entró en la iglesia de Santiago, y hubo que salir corriendo.

Ahora estaban todos en el adarve de las viejas murallas, levantadas contra vikingos y cargas de caballería, construidas antes de que la pólvora cambiase a la guerra y a los hombres.

Del Valle, Troncoso, sus hombres. Los dos prisioneros. Y los heridos del improvisado hospital que se habían podido poner en pie. Hasta algunas de las viudas que habían hecho de enfermeras. Incluso María Pita había subido. Hasta el crío que había dado la noticia.

Y desde allí miraban la desolación.

Se había terminado.

Hasta que Balboa habló:

—Aún hay tiempo...

Troncoso se giró como si le hubiera picado una avispa, con la pregunta bailando en sus labios. Pero Del Valle empezó a bracear.

—¡A los calabozos! —ordenó—. Lleváoslo de aquí...

Los hombres de Troncoso dudaron. Era una orden, pero no de su capitán.

Y Troncoso callaba. Troncoso miraba aquella nariz rota. El rostro amarillento. Morado. Sin afeitar. El fondo de aquellos ojos violetas. Troncoso se tiró de las calzas.

—¡Hay que interrogarlo! —exigía Del Valle—. ¡¡Debemos encontrar...!!

Pero nadie escuchaba.

Troncoso había intuido algo. Y Troncoso sabía catar a los hombres, era capitán de los Tercios.

—Explícate —ordenó el rijoso soldado.

Y Balboa lo hizo, por encima de los cañonazos, de los gritos de Del Valle.

Cuando terminó, aquella esperanza que había echado a volar hacia el océano regresó batiendo las alas y se buscó una percha en las murallas, y las piedras donde se apoyó estaban atravesadas por un laberinto de grietas, pero se quedó allí, acicalándose con el largo pico.

Troncoso guardó silencio. No hizo preguntas. No había tiempo y no merecía la pena.

Troncoso había salido de las llamas de Amberes. Había visto el mar teñido de rojo en Lepanto.

Le había metido las tripas dentro a un amigo.

En el adarve de las murallas de la ciudad alta un capitán y un prisionero se miraron a los ojos. Y conversaron. Se dijeron la verdad.

Porque las mentiras no saben esconderse en el fondo de una mirada.

Dos hombres, cara a cara. Y la guerra a su alrededor.

Balboa asintió.

Troncoso asintió.

El capitán abrió los grilletes, los dejó caer al suelo. Sin abrir la boca, sin despegar sus ojos de los de aquel prisionero.

Troncoso adelantó la mano.

Balboa adelantó la mano.

Y las manos se estrecharon con una palmada de sudor, miedo y coraje. Una palmada que sonó a campanada tocando a rebato. Una palmada y tres palabras, eso fue todo lo que dijo el capitán.

—Dios te acompañe...

XV

Del Valle protestó. Se desgañitó. Quería a su prisionero. Pero nadie le hizo caso. Y de nada sirvieron sus amenazas.

Había trabajo que hacer.

Y se hizo.

Troncoso consiguió que hasta la última alma de Coruña se pusiera a la tarea, tal y como había pedido Balboa.

Sacaron a los heridos de la iglesia de Santiago, a todos los que podían echar una mano. Se hizo correr la voz por los callejones. Se llamó a todo aquel a quien le quedase una onza de voluntad.

Y fueron los críos, los críos y las mujeres, quienes marcaron la diferencia.

Allí, en primera línea estaba María Pita, y cientos más como ella, muchas con un crespón negro atado en un brazo, o sujeto con

alfileres a un tirante del mandilón.

Viudas y huérfanos dispuestos a demostrar que los suyos no habían muerto en vano.

Todos.

Y Troncoso, en aquel cubo de la muralla, viéndolos trabajar, sintió que se le encogía el corazón. De orgullo.

Y Troncoso, que no lloraba desde los tiempos en que pedía teta, tuvo que secarse una lágrima. Única y solitaria, que se descolgó por su mejilla.

Y, aunque era todo un capitán, condecorado con ventajas, recomendado por todos sus maestros de campo, Troncoso se tiró de las calzas, se escupió en las manos y ayudó a aquel chiquillo cojo.

XVI

Le llamaban pie corvo, o pie de caballo. Algunos nacían con aquella desgracia. Y quedaban cojos de por vida.

Como aquel chiquillo.

Y era una pena, porque incluso tan sucio que sólo se veía la piel en los regueros de las lágrimas, tenía el rostro de un milagro.

No más de diez años. Más remiendos que ropa. Y en esos remiendos, sangre que no era suya; Troncoso sabría después que aquel cachorro había ayudado a los heridos en la iglesia de Santiago. Lo sabría porque no le había quedado otro remedio que preguntar.

Aquel chiquillo tenía el corazón de un veterano.

Había carretillas, palas. Piedras, cascotes, incluso restos de los derrumbes que habían causado los disparos ingleses. Había sogas, poleas, rastrillos. El carro de un vinatero, vacío de barricas. Otro de una *troupe* de artistas callejeros, pintado con extraños símbolos en

colores estrambóticos. Incluso cubos, simples baldes para fregar, para llevar el cebo, algunos punteados de escamas. Y barreños. Y palanganas. Y manos sucias de uñas rotas.

Coruña trabajaba a marchas forzadas.

Apilaban lo que tenían, hasta el alma. Tal y como había dicho Balboa, como había ordenado Troncoso.

En aquella esquina de las murallas se construía una montonera de grava, tierra, piedras. Incluso muebles y puertas. Lo que hubiera. Se llenaron las garitas del cubo de la muralla, se rellenaron las escaleras, se apiló lo que había, y lo que no había.

Y todos trabajaban.

Incluyendo aquel chiquillo al que miraba Troncoso.

El crío, cojeando, arrastrando aquel pie deforme, con el rostro tan lleno de orgullo como de mierda, cargaba con los pedruscos que había traído aquel estrambótico carro de los saltimbanquis, que trabajaban un poco más allá, dos de ellos vestidos aún como bufones de corte dispuestos a contar chascarrillos.

Cojeando, el crío cogía las piedras más grandes que podía y las llevaba al terraplén que se acostaba contra el interior de las murallas, y las ponía una a una. Y no se detenía, ni para enjugarse el sudor de la frente. Iba y venía. Y cada vez que dejaba una de las piedras, abría la boca y susurraba algo.

Troncoso tuvo que acercarse a escuchar.

—Por mamá...

Iba y volvía.

—Por Antoniña...

Otra vez.

—Por el abuelo...

Otra piedra.

Y Troncoso tuvo que atrapar aquella rebelde lágrima que se descolgó por su mejilla.

Y se puso a cargar piedras con el chiquillo.

XVII

Dos voluntades se enfrentaban. Dos fes. Dos religiones. Salpicadas de siglos convulsos.

El hereje inglés alimentaba la guerra con barriles de pólvora.

El pueblo coruñés apilaba cascotes.

Y bajo ellos, en las entrañas de la tierra, un puñado de hombres, unas pocas linternas y prisa.

Cavaban como los tejones, lo justo para pasar, de uno en uno. A gatas. Y sacaban la tierra, a puñados, a bocados, como fuera. Ni siquiera apuntalaban el túnel. Se jugaban la vida con cada palada, paladas que daban con palas a las que habían cortado los mangos, para manejarlas en aquel angosto tubo de tierra y raíces.

Y lombrices. Escarabajos. Y el profundo olor a tierra mojada.

Cavaban.

Cavaron.

Desesperados, sabiendo que el tiempo cavaba más rápido. Con miedo. Rabia. Dolor.

Cavaron, hasta que Balboa los mandó callar.

XVIII

Cavaron. A toda prisa, hasta que los oyeron.

Y pese a la bombarda de Alkmaar, Balboa fue el primero.

Oían el rumor, sordo, que venía de todas partes y de ninguna. Porque a tres varas bajo tierra, en todas las caponeras, en todas las minas, se escuchaba aquel ronroneo, como si la misma tierra les hablase a los desesperados con coraje para jugarse la vida en sus entrañas.

Y oyeron a los ingleses.

Más allá del rumor de la tierra, al otro lado de las raíces, las piedrecillas, restos de viejos ladrillos, una teja, oyeron el trajín de los hombres. Los golpes. Los esfuerzos.

Colocaban los barriles, preñados de pólvora y muerte.

Una misa. Quizá ni siquiera eso. Quizá los ingleses le arrimasen candela a la mecha antes de que el páter tuviera tiempo para decir amén.

XIX

Salieron de aquel agujero como bichos bajo una piedra. Arrastrándose, cubiertos de tierra y arañazos. Manos destrozadas, ropas embarradas. Parpadeando al sol de la mañana, una mañana de primavera que levantaba con su brisa a las gaviotas, que pintaba el cielo de un azul que invitaba a creer en Dios.

Una misa. Con suerte.

Y aún faltaban dos cosas por hacer.

Una era fácil. Después de prender, había que rellenar el túnel. A toda prisa, apisonar la tierra, bloquear la salida. Eso era fácil.

La otra. La segunda. Ésa no era difícil. Pero hacía falta valor.

Así que ninguno de los dos la mencionó. Como siempre. No se hablaba de ello. Daba mal fario. Ni mentarlo. Ya los dos sabían que muchos se habían ido al carajo.

Maximilian no soltó siquiera una de sus maldiciones. Llegó, tirando de una carretilla, con lo que le habían pedido, pero no abrió la boca.

Y Balboa se limitó a asentir. Junto a un farol encendido, sentado en un cubo de lata para cebo que aún olía a sardinas. Tenía delante dos trozos de mecha. Los dos de un palmo. Y Balboa, con dos astillas que encendió en el farol, prendió los dos a la vez.

En cuanto cogieron lumbre empezó a contar.

Mientras, el lansquenete soltó la carretilla y cogió una de las tejas que había en ella. De color sucio, gastado, como si envidiaran el naranja brillante de sus hermanas andaluzas. Con hebras de musgo. Con más de una cagada de paloma, o de gaviota. Pero servirían.

En tanto las mechas ardían y Balboa contaba, el lansquenete le daba vueltas a la teja.

Tenía algo que decir. Pero no lo dijo. Porque no era apropiado entre soldados, porque sus ojos preocupados ya decían demasiado.

Así que se refugió en sus bravuconadas de siempre.

—Las sacamos de la casa de un tratante de ganado —dijo divertido el lansquenete—, va a tener goteras, *der fette Mistkerl!*

Balboa contaba, observaba cómo las mechas ardían.

—*Er schrie wie ein verdammtes Dreckschwein!* Como un cochino en matanza, hijo de la grandísima, quiere que le salven el culo del inglés, pero no está dispuesto...

No resultó tan gracioso como había pensado, y Maximilian calló.

Balboa sólo contó. Todavía le pateaban el cogote las palabras de María Pita, aún sentía las piernas flojas, y se concentró en contar. Contar en un bisbiseo, hasta que las mechas de cáñamo se consumieron.

Entonces los amigos se miraron a los ojos. Y el lansquenete puso su mano en el hombro de Balboa.

No había más que decir.

Si alguien tenía que hacerlo, ése era Balboa.

Y su silencio lo llenaron los condenados ingleses. Sus cañonazos batían las murallas, inmisericordes. Inapelables. Y las piedras lloraban con crujidos que ponían los pelos de punta.

¿Cuánto les quedaba?

Menos de una misa. Seguro.

XX

Se metió en la oscuridad.

Se lo tragó la tierra.

Y todos vieron desaparecer sus pies por el angosto túnel, junto a las palas cortadas, la tierra. Y aquel pajarraco que se llamaba esperanza, que pateaba el suelo buscando gusanejos.

Lo habían hecho casi vertical, como un tajo furioso, para ir lo más rápido posible. Si Balboa quedaba atrapado, no habría solución. Y no lo habían apuntalado, por las prisas. Allí mismo, en la boca, había restos de puertas y mesas que Balboa había rechazado.

Todos guardaban silencio.

Troncoso, en pie, tenía un brazo sobre los hombros de aquel crío con el pie corvo. Y los dos rezaban.

Otros se santiguaban.

María Pita aguantaba las lágrimas. Había visto el dolor de aquel hombre, y algo en sus tripas había dado un traspiés. Como ella, muchos de los que habían salido de la iglesia de Santiago dudaban de las acusaciones del secretario Del Valle.

Los cañones ingleses golpeaban las murallas y la esperanza de Coruña se metió bajo tierra, con Balboa.

A tientas. En el túnel de la contramina.

Hubiera sido una locura arriesgar con un farol.

Y a tientas gateó hasta el fondo, aferrándose con uñas y dientes para no deslizarse pendiente abajo, con el oído, aquel oído que había pagado un precio en Alkmaar, atento al murmullo que anunciaba un derrumbe.

Tendió dos mechas juntas, taponó el hueco que entraba hasta el barrilillo de pólvora. Al otro lado, el trajín de los ingleses, risas, bravuconadas, y la cantinela de hombres divirtiéndose.

Sin más compañía que la más absoluta oscuridad, Balboa tendió las mechas y las tapó con la primera teja, reculando poco a poco.

Era una locura usar un farol y arriesgarse a que todo volara por los aires antes de tiempo, sin darle ocasión a salir de allí.

Desenrolló las mechas, dos por si una fallaba, y a pocos, a base de voluntad, apretando los dientes, hincando los codos, trepó a gatas, hacia atrás. Y fue cubriendo las mechas con una pulcra hilera de tejas.

Eso había hecho mil veces en las caponeras, a tres varas bajo tierra, y pocos tenían los redaños para un trabajo semejante.

Muchos entraban.

No todos salían.

XXI

Envuelto en oscuridad. Aplastado por la oscuridad. Con el batir de los cañones lejos, muy lejos. Con la pólvora inglesa cerca, muy cerca. Balboa se aferró al único consuelo que tenía.

Ella.

Sus recuerdos.

Una caricia brincando en la curva de la espalda. Un suspiro que terminaba con un beso. Dedos entrelazados. Calor. Humedad y deseo. Consuelo. Sueños compartidos. Susurros que decían naderías, pero hablaban de amor. El aroma agrio de los almacenes de su padre y las hileras de queso de Parma.

Enterrado en vida. Trabajó tan rápido como pudo.

Sin más consuelo que Alessandra.

—Es una mujer afortunada —había dicho María Pita.

Antes de que llegase el lansquenete con su carretilla de tejas, mientras Balboa le daba la vuelta a aquel cubo de cebo y preparaba dos palmos de mecha.

Cubierta de polvo y tierra, despeinada, con el mandilón salpicado de sangre, y aun así se veía radiante. Era una mujer bella María Pita. Tenía el valiente aspecto de un árbol colgado de un precipicio, capaz de soportar los vientos y seguir buscando la luz.

Quizá por eso Balboa dijo la verdad, con un nudo en la garganta, mientras cortaba los dos palmos de mecha por la mitad.

—La perdí...

Y no supo cómo acabar. Pero siguió hablando, con aquel nudo apretándose más y más.

—Me perdí...

Balboa ni siquiera vio la sombra que atravesó los profundos ojos de María, del color de la miel de brezo. Y Balboa no entendió. Roto, vulnerable, dispuesto a entregarle su alma al diablo para volver atrás, había despertado en aquella mujer el deseo de cuidarlo, de brindarle una oportunidad, de arroparlo en sus brazos.

Balboa no lo vio.

—Cuando una vela se apaga —dijo María, con aquella sombra empañando sus ojos de miel—, otra puede encenderse...

Balboa calló. Balboa sacaba astillas de uno de los mangos cortados de las palas.

Y María lo miraba, y María veía al niño perdido, al niño aferrado a la vara de su abuelo y a los cuentos de su abuela. María leía el alma de Balboa. Y refrenó su mano a tiempo. La había alzado para dejar que una caricia aletease, quería oír el rasgar de sus dedos en aquella barba, pero se refrenó a tiempo y juntó las dos manos sobre su pecho, donde su corazón latía desbocado.

María odió a Alessandra.

Y en aquella oscuridad, que pesaba, que aplastaba, Balboa la amó más de lo que la había amado antes. Y fue su nombre el que susurró, gateando, tendiendo las mechas, cubriéndolas con tejas.

A tres varas bajo tierra.

Un solo error y jamás saldría de allí.

XXII

—Ya sabes qué hacer —le había dicho Balboa al lansquenete.

Y Maximilian lo sabía. No hacía falta mentarlo. Así que Maximilian había asentido.

Y el lansquenete aguardaba en la boca del agujero con el aceite caliente y el hachón listo.

Si Balboa cometía un error, si las cosas se torcían, si quedaba atrapado, la única opción era verter aceite caliente y prenderle fuego. El líquido ardiente se colaría por las rendijas y, con suerte, alcanzaría las mechas.

Hacían falta agallas para meterse en las malditas caponeras.

Otro cañonazo batió las murallas de la ciudad alta. Y en el arco de la Puerta Real enraizó una grieta que partió dos piedras.

XXIII

El arzobispo de Compostela, Juan de San Clemente, se encogió con el estruendo del cañonazo y miró preocupado la carta, temiendo encontrar un borrón.

Respiró aliviado al ver que sólo la última letra había salido perjudicada; en lugar de escribirla, parecía que la hubiera aplastado de un manotazo, como a un bicho molesto.

La batalla de Coruña, aquellas velas encendidas, el voto a la Virgen, había dado motivos al arzobispo para endurecer su carácter. La guerra había endurecido a San Clemente.

Y siguió mintiendo.

En la carta, con total descaro, destinada a su majestad, el segundo de los Felipes, don Felipe, por la gracia de Dios, Rey de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalén, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarves, de Algeciras, de Gibraltar, de las Islas Canarias, de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano, Archiduque de Austria, Duque de Borgoña, de Brabante y de Milán, Conde de Habsburgo, de Flandes, del Tirol y de Barcelona, Señor de Vizcaya y de Molina...

En la carta, el arzobispo le aseguraba al rey que la inmensa flota inglesa sería rechazada en Coruña, y que quedaría tan maltrecha que no se le ocurriría al infame Francis Drake otra cosa que volver a la isla de Inglaterra envuelto en vergüenza.

Según el arzobispo, el trono portugués estaría a salvo, incluyendo las Azores, y, por supuesto, sin el menor asomo de duda, con la gracia de Dios, Compostela seguiría siendo lo que era, el faro de la

cristiandad que sus predecesores, como el ilustre Diego Gelmírez, habían soñado.

Otro cañonazo se estampó en las murallas.

Y esta vez sí, en la caligrafía del arzobispo quedó un feo borrón, pero los dedos de San Clemente habían cogido carrerilla y siguieron mintiendo sin pudor.

Juan de San Clemente había decidido que haría cuanto estuviera en su mano para que las reliquias del apóstol Santiago no viajaran a El Escorial.

Mientras escribía, como un chicuelo aprendiendo la lección, se le escapó un susurro entre labios apretados.

—No se las llevará...

XXIV

La Puerta Real no pudo más.

Un crujido. Otra grieta. Y las viejas piedras se rindieron.

Las murallas se estremecieron, como un escalofrío, de puro miedo. Hasta los cimientos supieron que se había acabado.

Y el capitán Troncoso también.

Y tomó la decisión de un capitán. Una vida frente a cientos, miles.

—¡Préndela!

Las murallas se lamentaron, las piedras rechinaron, el arco de la Puerta Real se deshizo.

—¡¡Préndela!!

Llegaron los gritos. El pánico empujó a la gente, todos dieron un paso atrás con ojos espantados. Miraban las murallas con horror. Temblaban como la última hoja del otoño, aferrados inútilmente a la rama.

Para el capitán Troncoso era fácil. Para Maximilian no.

—¡¡¡Préndela!!!

La gente corría, aunque no supiera a dónde ir. Los gritos corrían. Alguien gemía envuelto en miedo. Maximilian cerró los ojos.

Sabía lo que debía hacer.

No lo hizo.

Se quedó donde estaba, con el cubo de aceite caliente.

Y la mina explotó.

XXV

Había algo de luz, allí, en algún lugar a sus espaldas.

No le faltaba mucho, estaba a punto de terminar. Pero el lamento de las murallas lo alcanzó y, delante de Balboa, cayó un puñado de tierra que repicó en la hilera de tejas.

Y el suelo retembló.

Todo crujió.

Otro puñado de tierra. Y aquella luz se alejó. Ya no eran unos pocos pasos, eran diez leguas, cien, mil. Un horizonte inalcanzable.

Y Balboa sacó de la pechera aquello que había robado en la taberna vacía del puerto, mientras los hombres serraban los mangos de las palas. Mientras Troncoso organizaba sus órdenes.

Y ya no quedaba otra opción.

Le dedicó un último pensamiento a Alessandra.

Y usó la daga y el pedernal para llenar el túnel de chispas y prender las dos mechas.

Había tomado una decisión.

Y la mina explotó.

XXVI

La mina reventó. Con estruendo. Como un castigo divino. Ensordecedor. Hasta el mismo suelo onduló. Y todo quedó envuelto en polvo y astillas de los parapetos ingleses.

Y el cubo de la muralla aguantó. La idea de Balboa. Los esfuerzos de Coruña. Aguantó. La tierra, los cascotes, las piedras. La de mamá, la de Antoniña, la del abuelo. Aguantaron.

Fue como taponar un cañón en el momento de disparar. Sólo podía reventar. Eso sucedió con la mina de los ingleses. Saltó por los aires esparciendo hombres. A cachos. Trozos desgarrados, jirones de ropa. Sangre, astillas y dolor.

La mina reventó con la ira de un dios furioso. El horror de la explosión mordió al inglés. Sembró la duda entre sus capitanes, que miraron aterrorizados a sus hombres, lo que quedaba de ellos, arrastrándose sobre sus tripas, sin piernas, dejando en la tierra, tras ellos, sangre, orina, los restos sin digerir de su última comida.

La mina reventó y sembró el caos.

El cubo de la esquina de las murallas, reforzado por las toneladas de tierra y cascotes, de polvo y esperanza, aguantó en pie. Y la explosión salió como un dragón furioso por la boca de la mina. Arrasó con los ingleses y dejó en la fachada del convento de Santo Domingo una enorme mancha de hollín, tierra, y lo que sólo podía ser sangre.

En las piedras de aquella fachada quedaron mechones de pelo que sisearon hasta apagarse, esquirlas de hueso, y pedazos de carne humeante.

La muerte pintó las paredes de Santo Domingo.

Y el cubo aguantó. Se estremeció, estuvo a punto de caer, como un luchador, pero se mantuvo en pie a fuerza de coraje.

Sin embargo, la terrible explosión se cobró su precio también en el bando coruñés.

Cualquier cantero les habría explicado a los coruñeses que la piedra siempre se cobra su precio.

La mina reventó.

Los ingleses se echaron atrás, cubiertos de polvo y miedo. Y, al otro lado de las murallas, tras un silencio frágil, acunado por el fin del estruendo, estallaron los vítores.

Los coruñeses pensaron que lo habían conseguido. Había pescadores, tejedoras y rederas. Mariscadoras, costureras, grumetes. Pescaderos, pescadores y labradores. Pero no había canteros.

Estallaron en gritos y ovaciones, celebrando exultantes que el inglés mordía el polvo y se ahogaba en tierra y sangre.

No había canteros.

Y la piedra se cobró su precio.

El cubo aguantó. Pero el lienzo de las murallas que llegaba hasta la Puerta Real pagó el precio.

Cayó como un castillo de naipes y se convirtió en escombros.

Y el miedo, caprichoso, dejó de corretear entre los ingleses, miró hacia el tramo rendido en las murallas, sonrió como el mismísimo Belcebú y echó a correr a toda prisa para saltar sobre el derrumbe con el gesto de un chiquillo feliz e infectar el alma de Coruña.

Una vez más, demostrando por qué era el capitán, Troncoso dio la orden. La única posible. Aun sabiendo que también pagarían un precio. Se tiró de las calzas y gritó:

—¡Por Santiago! ¡¡A las armas!!

XXVII

Los veteranos, sacudidos pero enteros, fueron los primeros en reaccionar. El capitán tenía razón. Las murallas, rotas, significaban que había acabado. Para bien o para mal.

Entre humo, polvo, astillas. Entre grava y miedo. Se iba a decidir el destino de Coruña.

Aquí.

Ahora.

Vencer o morir.

Ni por el rey. Ni por el deber. Ni por el honor. No quedaba otra. Las murallas se habían rendido y, tras el boquete, había más de diez mil ingleses que ahora, aquí, tenían más razones que nunca para clamar venganza.

Sonaron los primeros disparos.

Y los cañones ingleses escupieron fuego. Y las balas, sin murallas que las detuviesen, atravesaron el hueco.

Aquel carro de los saltimbanquis saltó en pedazos, la bala se llevó por delante las piernas de una talabartera que rezaba una avemaría. Y las astillas se clavaron como puñales en un grupo de chiquillos que aún miraban espantados el derrumbe.

Y el derrumbe había atrapado a un muchacho que murió llorando, después de mearse encima. Ni siquiera sintió el calor húmedo esparciéndose por sus muslos, un cascote le había roto el espinazo.

Los veteranos tragaron. Y siguieron a su capitán, que fue el primero en saltar la escombrera en la que se habían convertido las murallas y mirar de frente al inglés.

Y el resto, las mujeres, los huérfanos, los milicianos, encontraron el modo de sacudirse el miedo.

Y siguieron al bravo capitán.

Vencer o morir.

XXVIII

Sus dedos se aflojaron. Se le cayó el cubo. Sonó a campana rajada, y esparció aceite caliente a sus pies, y salpicó la hoja de su espadón, apoyado contra uno de los carros. Y suerte tuvo de no acabar en llamas el lansquenete, porque la antorcha tembló en su mano, tanto que el aceite en el filo del montante cogió fuego.

La mina había explotado.

Las murallas se habían rendido.

Y su amigo seguía en las entrañas de la tierra.

Maximilian besó el crucifijo que colgaba de su cuello, tiró aquella antorcha lejos y se volvió, agarrando aquel inmenso montante que sólo sus hombros podían manejar. Sobre el hierro, ardía el aceite.

Y los restos derramados prendieron con un fogonazo donde, un instante antes, habían estado sus pies.

Se puso en marcha, el fuego quedó tras él, como el dragón de un cuento para niños.

Y su rostro parecía el de un dragón.

Buscaba venganza.

Maximilian fue el quinto en pasar por la escombrera, detrás del capitán Troncoso y los primeros veteranos.

Pasó como una exhalación, con el hierro a punto y el corazón en la boca. Gritaba, escupía, soltaba maldiciones en su idioma hecho de cantos.

Los ingleses, al verlo, se echaron atrás espantados.

Aquel loco parecía el mismísimo arcángel Gabriel, caído de los Cielos en furia divina, con su espada flamígera, allí, sobre los escombros, para hacerles pagar por su herejía.

XXIX

María Pita lloró.

Cuando la mina reventó y aquel hombre de triste violeta no salió del túnel, María Pita lloró.

Viuda de días. Novia de una mañana. Laberinto hecho de dolor y esperanza. María Pita lloró por un amor perdido. Por una oportunidad que se desvanecía. Por un hombre castigado. De rabia. Llena de dolor.

Lloró.

Por su esposo, que había muerto unos días antes, por los padres del pobre Miguelín, que se quedaba solo en el mundo y con un pie corvo, por los cientos de muertos en la Pescadería.

Lloró.

No había llorado hasta entonces. Ni una lágrima desde que avistaran los barcos ingleses. Ni siquiera enterrando a su esposo. Pero lloró ahora. Y masticó sus lágrimas. Con dentelladas de perro rabioso.

Las trituró.

Allí, a su lado, cayó un veterano que salía a la carrera con una pica, se tragó de frente un mosquetazo inglés. Aquellos demonios trepaban por los escombros, entraban en la ciudad alta, armados hasta los dientes, envueltos en hierro y pólvora.

Eran piratas. Demonios. Con los dientes podridos, con las bocas comidas por el escorbuto, las mejillas tiesas por la disentería, los ojos idos, ansiosos por ganar, saquear, robar.

El inglés volvía a cargar el mosquete, preparaba otro disparo, quizás ella sería la siguiente.

Gritos. Polvo. Miedo. La guerra puede ser sólo tres palabras. Sólo tres, pero tres que jamás se callan.

María Pita miró a la muerte de frente. Al ojo del cañón y a los ojos del mosquetero, preciosos ojos pálidos, de noche de helada, y levantó el mentón, no moriría de rodillas, no les daría el gusto a aquellos demonios.

Pasó el lansquenete, con sus hombros de gigante y su talla de bufón, con aquella espada que parecía una broma, bramando como una bestia apocalíptica, envuelto en llamas.

Y le cortó los brazos al inglés de un mandoble. Los segó como hierba bajo la guadaña, y ni siquiera pestañeó, siguió saltando entre los cascotes. Era el rostro del odio, envuelto en llamas, y buscaba más víctimas.

El inglés, entre aullidos, cayó de rodillas. Salpicando sangre. No importó. Era uno. Venían más, cientos, miles.

El boquete en las murallas se había convertido, en un abrir y cerrar de ojos, en la frontera entre dos mundos. En la balanza que pesaba la justicia. En el lugar más importante del globo entero.

Dos pueblos. Dos mundos. Dos fes. Un rey y una reina. Y los cadáveres sobre los que asentarían sus tronos.

Dos opciones.

Vencer o morir.

Pararlos o morir.

Acabar con ellos o morir.

No era difícil tomar una decisión. Y María Pita se secó las lágrimas. No lloraría más. No hasta que todo hubiera acabado.

María Pita cogió la pica del veterano. Aún tenía la mano caliente. Cogió la pica y no miró el agujero requemado de pólvora en el que se había convertido el rostro de aquel hombre.

No fue la primera.

Pero María Pita estaba sobre los escombros antes de que una docena de hombres pasaran.

Y ella dio el ejemplo, tras ella salió Coruña.

XXX

No tropezó una sola vez. Sus pies no fallaron en los cascotes. Tampoco en la grava suelta, ni siquiera en los charcos de sangre derramada.

No se agachó una sola vez. Las balas le cogieron miedo. Pasaban a su lado y le revolvían la melena, pero no se atrevieron a tocarla.

No iba a detenerse, llegaría andando sobre las aguas como el mismo Jesucristo, empalaría a la reina hereje en su trono con aquella pica.

María Pita ardía de rabia.

Como el lansquenete, como Troncoso. Como Coruña entera.

Vencer o morir.

Trepó por el derrumbe sin que sus pies le fallaran y quedó en la cima, entre las piedras rotas, sobre los restos de la muralla, con la pica en las manos, como si ella misma hubiera derrotado a la muralla, como si posase orgullosa sobre la mítica bestia a la que acababa de dar muerte.

Graznaron gaviotas que se fueron asustadas, cruzaron el cielo y dejaron en las humaredas de pólvora el trazo de sus alas. El mar batía, allí cerca, como dando ánimos a la ciudad, la brisa traía el intenso aroma del salitre, como si quisiera espantar la peste a muerte.

Y María Pita se alzó entre los cascotes con la pica en sus manos.

Venía de frente, hacia ella, un batallón, un regimiento entero de guerra inglesa.

Y, tras ella, una ciudad de viudas y huérfanos.

Hasta aquel Miguelín, con su pie corvo, se había hecho con un cuchillo y trepaba por los cascotes.

Vencer o morir.

Venía de frente, hacia ella, un batallón, y a la cabeza, un alférez cargando la enorme bandera inglesa, tafetán blanco con el rojo de la cruz de San Jorge cosido en el centro mismo.

María Pita no había usado una pica en su vida. Pero era carnicera, no le asustaban la sangre ni la carne abierta. Y no le asustaba el inglés.

¿No había visto ya cómo había que enfrentarse a la muerte?

Sí. Lo había visto. Tenía el ejemplo de aquel hombre de triste violeta, que se había quitado los grilletes para meterse en la mina de los ingleses.

Y eran ingleses los que venían. Como una tormenta, como si el mar se hubiera convertido en mosquetes, pistolas y espadas, y la espuma de las olas fuera cruces de San Jorge.

La peor de las galernas de su historia iba a borrar Coruña del mapa, de los mapas.

Y decían que, en los viejos tiempos, antes de la herejía, los ingleses eran quienes más peregrinaban a Compostela. Y decían que, en los viejos tiempos, en Coruña se embarcaban sardinas y vino para el inglés. Y decían que un obispo de Compostela había intentado que Galicia e Inglaterra fueran una.

No ahora.

Ni ahora, ni nunca.

María Pita se quedó allí, en lo alto de las murallas heridas. Pasaron más veteranos. Y llegaron las viudas, los huérfanos. Los viejos. Y se escuchó la exclamación, el terror en las bocas abiertas.

Se quedaron encima de los cascotes, petrificados por el miedo a la horda hereje. Algunos jamás habían visto a tantos hombres juntos.

Tanto hierro. Pistolas, mosquetes, espadas. No llegaban las manos para contar los estandartes. Las banderas flameaban. Y ni una sola de ellas llevaba los tres leones del escudo de la reina, la pérfida Isabel tiraba la piedra y escondía la mano.

Coruña tuvo miedo sobre la bestia derruida de las murallas.

Coruña se convirtió en una canica, una de ésas de hueso que usaban los chiquillos en los callejones, una a la que el juego hubiera llevado al borde de un escalón.

Temblaba en el mismo borde.

Dudando entre caer o no.

Estremeciéndose.

Y aquel alférez bajo la cruz de San Jorge avanzaba. Tenía dos cicatrices en la mejilla. La barba mal afeitada, las perneras de los pantalones desiguales, y sucias. Deshilachadas. Sin costura.

Una lavandera, allí plantada, junto a María Pita, con la cara llena de horror, hizo ademán de darse la vuelta.

Otra, una a la que la propia María Pita había vendido remesas de riñones para hervirlos en vino y curar el mal de orina, ésa, rechoncha y oronda, porque era de familia con dineros, se echó atrás y empezó a huir.

Vencer o morir.

María Pita lo sabía.

Y María Pita alzó la pica y se enfrentó a la cruz de San Jorge. Ella no tuvo dudas.

XXXI

La pica se clavó entre las cicatrices de aquel hijo de mala madre, le empaló el cráneo, se escuchó el tac inconfundible del hierro en el

hueso. Se le quedaron los ojos en blanco al malnacido y los pies siguieron dos pasos hacia delante antes de que cayera a plomo en los cascotes, levantando polvo y grava.

Aquel alférez cayó.

Muerto.

Y María Pita, pensando en aquel hombre del triste violeta, se lanzó escombros abajo, gritando, aullando, como las viejas meigas en los viejos aquelarres.

Y los ingleses debieron pensar que una maldición caía sobre ellos. Una *mare* envuelta en alaridos que iba a matarlos a todos y beberse su sangre. Una *hag*, la misma con la que sus madres los habían asustado de niños para que estuvieran quietos y acabaran sus cenas.

Rodeada de serpientes de humo, fumarolas de polvo, con la melena revolviéndose en la brisa.

Salpicada en sangre.

Era una *mare*, una mara, una *nightmare*.

A más de un inglés se le encogió la hombría, tanto que dolió.

María Pita arrancó el estandarte de las manos muertas del alférez como había arrancado la pica y, con el mismo estandarte, le atravesó los hígados al siguiente de aquellos demonios malparidos.

Y detrás de María Pita corrió Miguelín. Y las dos lavanderas. Y los viejos. Y el resto de las viudas.

La Coruña entera cayó sobre el inglés.

Vencer o morir.

Dispuesta a pagar el precio.

Y Coruña venció.

Traiciones, verdad y mentira



I

Inglaterra se humilló en la bahía coruñesa. Había perdido hombres, naos y la sorpresa. Y su botín era escaso; lo más valioso, aquellas copas de plata del canónigo Labora que, pese a su cargo en el cabildo, hacía años que no pisaba Compostela.

Y las copas no compensaban las ochenta mil libras puestas en las cubiertas de su inmensa armada.

Maniobraron, disimularon y aproaron mar abierto para marcharse con el rabo entre las piernas.

Con fanfarria, arriando gallardetes, mordiendo labios y levantando barbillas, para disimular. Pero el inglés huyó. Huyó empañado en miedo.

—No regresarán a su isla —dijo uno de los hombres de Troncoso, sucio de tierra—, ni de broma. No pueden regresar así. Los capan en cuanto echen pie a tierra...

—No —coincidió otro de ellos, con la mano vendada, con el rostro cansado—, lo intentarán en Lisboa, seguro.

Estaban los dos sentados en un murete del puerto, compartiendo una tajada de pan y una bota de vino, tomándose un descanso en el duro trabajo de reconstruir lo perdido. Y miraban hacia el mar, la mar, donde las popas de los ingleses se alejaban cabizbajas.

Y su capitán, el primero en sugerir que los veteranos ayudasen, el primero en recoger los vidrios de un farol roto entre los montones de redes del muelle, se sentó con ellos, resoplando, haciendo gestos de que le pasasen la bota de vino.

Tras ellos, la ciudad bullía con las reparaciones. Todo el mundo arrimaba el hombro y en todos los rostros había un brillo de orgullo. Sólo se detenían para volverse de tanto en tanto hacia la bahía y cagarse en los muertos de la muy reina Isabel de Inglaterra y todos sus súbditos.

—¡Malditos seáis!

Manos que reconstruían la esquina de una casucha de la Pescadería.

—¡Herejes!

Un niño con un tajo en la mejilla, que no sabía ni lo que decía, pero no quería ser menos que los mayores.

—¡Cabrones!

Una de las viudas, con un pañolón recogiendo el cabello y un brazo en cabestrillo.

Se oían insultos, se oían vítores, pero más se oían gruñidos de esfuerzo, al levantar una piedra o apartar un madero.

Coruña empezaba a vivir de nuevo. Se levantaba.

Un poco más allá, a espaldas de Troncoso y sus dos veteranos, junto a un galpón para velas, había tres hombres que decidían cuáles, de una montonera de nasas para pulpo, podían aún aprovecharse.

Troncoso miraba, como sus hombres, hacia el enemigo que se batía en retirada. Casi podía sentirse que los barcos trastabillaban, que se lamían las heridas.

Mal parada había salido Inglaterra en aquella apuesta.

—Lo intentarán —dijo después de un trago de vino—, pero no lo conseguirán. Ni en Lisboa ni en las Azores. Llevan roído el orgullo.

Asintió para sí, convencido. Conocedor de esa sensación de amargo vacío. Él había sido uno de los que perdieran Nimega contra los rebeldes. Sabía de qué hablaba.

—Volverán con las manos vacías...

Sonrió como perro viejo que era. Y añadió algo más:

—Pero eso no será lo que contarán —dijo Troncoso con desprecio —. Esos jodidos ingleses... Mienten más que hablan —echando otro trago de vino y sacudiendo el mentón—. Los muy embusteros dirán que fue una proeza incomparable, que la gran Inglaterra se cobró su venganza, que nuestra armada tenía mil barcos y que ellos vencieron con diez... Los conozco como si los hubiera parido. Son chiquillos miedosos... Y les gusta creerse sus mentiras.

Tenía razón Troncoso.

La Inglaterra de la protestante Isabel era un criajo acurrucado en el rincón de la plaza señalando a otro, limpiándose los mocos y diciéndole al corregidor que el que le había pegado y robado era un gigante y que, aun así, él, sólo él, había sido capaz de salir bien parado.

Tenía razón Troncoso. Y ni siquiera sabía toda la verdad. Nadie la sabría jamás. Porque Inglaterra barrería la verdad bajo la alfombra, y pondría otra alfombra más encima.

En aquel mismo instante, rumiando la humillante derrota, el pirata Drake paseaba por las bodegas chamuscadas de su querido Revenge y se lo llevaban los demonios.

Señalaba los maderos chamuscados, el desastre que a punto había estado de dejarlo sin barco. Y preguntaba a gritos, soltando espumarajos por la boca.

Pero sus tripulantes no tenían respuestas.

O no las tenían todas.

Lo único que podían hacer era negar, una y otra vez, encoger los hombros, y negar.

No estaba el cofre, se había perdido aquel encargo de la reina en persona. Se había ido al traste.

All is lost.

Se había vaciado el mismo infierno y todos los demonios estaban allí. Todos menos uno.

Drake agarró a un marinero de la pechera y lo sacudió. Pero el resultado fue el mismo.

El infierno se había vaciado, y estaban todos los demonios allí, correteando por las gavias, desatando los nudos, haciendo temblar los timones, cortando entenas. Condenando al fracaso a la flota inglesa, todos menos uno.

Y por más que Drake sacudió al pobre marino, asustado, con las encías hinchadas por el escorbuto y el rostro comido por ronchas, la respuesta no cambió.

Él no lo sabía.

—Sir, I do not know where mister Thomas Frobisher is. I don't know it!

II

Maximilian cavaba.

No había podido darle cristiana sepultura a su amigo el Zancos, y no estaba dispuesto a pasar de nuevo por lo mismo.

Cavaba. Rabioso. Murmuraba para sí, salpicando tierra, intercalando maldiciones entre palada y palada.

Aún llevaba sangre inglesa en las salpicaduras del coleto. Y pecas de pólvora en el rostro.

No se había tomado un solo descanso desde el fin de la batalla y ni siquiera hizo caso cuando María Pita se acercó con un botijo de agua fresca.

No se detuvo hasta que la pala, por fin, le devolvió un ruido distinto al susurro de la tierra.

La pala golpeó madera. Sonó a enterrador topándose con un viejo ataúd. Paleó de nuevo y sucedió lo mismo. Y le entraron las prisas de golpe. Movió los brazos a más no poder.

—*Mist!* No apuntalamos, no apuntalamos...

Hablaba para sí, intentaba explicarse. Elucubraba. Luchaba contra las ilusiones. Y no se detuvo, pero miró hacia la mujer con una sonrisa radiante. La pala levantaba tierra y arañaba la madera, como las uñas de alguien a quien hubieran enterrado vivo.

—*Verdammt!* ¡¡Balboa!!

Tuvo que cambiar la pala de mano, moverse a un lado.

—¡Hijo de la gran puta! Cavó como un tejón, se hizo un recodo al costado, *Riesenarschloch!*

María Pita no entendía. Pero se apropió de las ansias y esperanzas del lansquenete.

Los buenos, los mejores, cuando excavaban una contramina, sabían que corrían el riesgo de que todo reventara antes de tiempo; los buenos se dejaban de vez en cuando un recodo, una conejera, un sitio donde encogerse a un lado del túnel.

A veces no servía de nada.

A veces sólo se encontraban allí un cadáver destrozado. Otras...

En un frenesí histérico, Maximilian tiró la pala a un lado y empezó a excavar con las manos, a sacar la tierra como un perro.

Eran tablones de una puerta, un mamparo que a saber cuándo se había metido en la contramina, quizás al principio, antes de que Balboa ordenase no apuntalar. Quizá se había quedado allí.

Y quizá le había salvado la vida a su amigo.

El lansquenete miró a la mujer, con los ojos brillantes de emoción; sólo tenía que levantar aquellos tablones rotos, media puerta, poco más, suficiente para tapar la boca de un agujero en el que un hombre podía acurrucarse y rezar.

Sólo tenía que levantarlos.

Pero temía lo que podía encontrar.

III

—*Mist!* No me hagas esto, no me lo hagas...

Salpicados de tierra, guijarros, raíces. Quemados por la explosión. Arañados por la pala. Eran tablones ahumados de la humilde puerta de un pescador. Uno de ellos tenía un remache de hierro. Se habían cortado con prisa, los tajos de la sierra no se habían terminado. Estaban astillados. Iban a ser puntales y se abandonaron.

Ahora podían ser la tapa de un ataúd. Como aquel maldito ataúd del cementerio de Oostkerke.

Detrás podía haber un amasijo de carne aplastada. Podía estar muerto. Una esperanza desvaída galopaba en su pecho.

Maximilian acercó la mano para levantarlos.

Y la retiró.

Como si fueran una olla al fuego.

No se atrevía.

Quería. Y no quería, saber qué había al otro lado de aquellos tablones chamuscados por la explosión.

El lansquenete dudó, con las cejas atadas y el corazón latiendo en la garganta.

IV

Fue María Pita quien se atrevió. Ella dio dos pasos al frente y tiró de los tablones como si aún fueran una puerta.

La abrió de golpe, con tanta fuerza que salpicó tierra, grava y una cochinilla que aterrizó a dos varas, entre la hierba pisada.

Y ninguno de los dos hubiera esperado encontrarse lo que se encontraron.

Nunca.

V

Era un recodo, un bolsillo a un costado de la contramina, apenas cabía un hombre adulto.

No había manera de saber cuándo lo había hecho Balboa. Era el que más horas había echado en el túnel, y él había colocado las mechas.

Allí estaba.

Y estaba vacío.

Casi vacío.

A ambos se les escapó un quejido.

María Pita fue la primera en preguntar.

—¿Qué es eso?

No era su amigo, no era Balboa. Era apenas un jirón de tela, colorido. O no.

—*Das kann nicht sein!* ¡¡No!! ¡¡¡Nooo!!!

El lansquenete saltó dentro de aquel recodo. Las paredes del túnel estaban chamuscadas, con restos de pólvora que habían pasado de largo.

El fogonazo de la explosión había subido por la contramina como una llamarada escapada de los mismos infiernos, y se había dejado atrás aquel recodo bloqueado con restos de una puerta.

No era un jirón de tela. Y conservaba el color, no se había quemado. Apestaba a pólvora requemada, pero allí, en el recodo, se revolcaban cochinillas y tijeretas, y la tierra tenía un aspecto esponjoso y tierno.

Eran tres naipes. Tres.

El lansquenete reaccionó. Los recogió. Los observó durante un buen rato, confuso, tembloroso. Sacudiéndose de encima el ansia de haber creído que se toparía con Balboa sano y salvo.

El tacto familiar de los naipes era reconfortante. Pero hubiera preferido encontrar a su amigo, con vida.

María Pita no sabía qué pensar. Iba a preguntar cuando Maximilian saltó como un resorte.

—*Du elender Mistkerl, verdammt nochmal!*

Ella no entendió las palabras, menos aún la enorme sonrisa que cruzaba el rostro polvoriento del lansquenete. Le faltaba echarse a bailar.

—*Du elender, verfluchter Mistkerl, wirklich!!*

La sujetó por los hombros, alzando mucho los brazos, porque ella era más alta, y dio un brinco en el que juntó los talones, como uno de aquellos trasgos de la abuela Elo. Lo celebraba, pero María Pita no entendía qué tenían de particular aquellos tres naipes.

Y el lansquenete se apiadó de ella.

Le puso las tres cartas entre las manos y apretó con fuerza, como si fueran el más preciado de los regalos.

—*Verdammt!* Está vivo. ¡Está vivo!

Por puro reflejo, María Pita se llevó las manos al rostro y acabó con los naipes delante de la boca, tuvo que pensarlo antes de estirar de nuevo los brazos y observarlos.

Dos de copas.

Caballo de bastos.

As de oros.

Y el lansquenete las señalaba y repetía el nombre de Balboa.

—*Verfluchter Mistkerl!* Se ha escapado —y volvía a brincar y daba una palmada—, ¿no lo ves? *Verstehst du?* Lo acusaron de traición. No podía quedarse.

Abrumada, María Pita intentaba asimilar lo que le decía.

—Está acusado de traición —insistió el lansquenete—. *Verstehst du? Mist!* Cabrón escurridizo.

Y Maximilian se palmeó ahora los muslos como un músico callejero. Celebrando.

—¿Está vivo?

La pregunta de María Pita rozaba la desesperación, necesitaba escuchar un sí o un no, a secas.

—Le prendió fuego a la mecha, se refugió y salió después, durante la batalla, cuando ya lo habíamos dado por muerto —dijo el lansquenete en puro castellano—. Pero está vivo... Y sabía que yo lo buscaría.

Y ella alzó las cartas, con una muda pregunta colgada en las cejas, necesitaba creer.

—*Ein richtig übler Kerl!* Un italiano de mierda, un ingeniero nos la jugó en Amberes. Y lo del puente se complicó de mala manera...

El lansquenete, mirando de reojo las cartas, con la expresión de un padre viendo a su hijo dar los primeros pasos, le habló del aprieto en que se habían encontrado en la toma y asedio de Amberes.

—Nos engañaron, y por el medio se metieron unas alimañas de mierda, *ein Haufen widerlicher Kerle*, los cinco de Varela se hacían llamar, cinco mierdas, eso eran. *Fünf widerliche Gestalten!*

Hubo que arriesgarlo todo y hacerse pasar por colaboradores del ingeniero italiano. Acabaron jugándosela a las cartas, porque Balboa les había dicho que era lo mejor que podían hacer.

—Y el muy cabrón ganó. ¡Balboa ganó!

Señalaba las cartas con la ilusión de un chicuelo y la sonrisa radiante. El as de oros tenía un corte que partía la gran moneda central, que incluso segaba la rama de olivo que la envolvía. Lo habían atravesado con una daga.

—¡¡Ganó!!

Y le explicó que en Flandes no había nadie mejor en las caponeras, le explicó que Balboa podía haber escapado aprovechando el derrumbe. Nadie mejor que él a tres varas bajo tierra. Ya lo había hecho antes. Lo había hecho en Amberes, cuando lo de Giambelli.

María Pita quedó convencida.

—Está vivo —murmuró mirando los naipes, palpando con las yemas el tajo que atravesaba el as de oros, y, acto seguido, tuvo que preguntar—, ¿y a dónde ha ido?

Maximilian volvió a reír, y respondió convencido, sin asomo de duda.

—¡A buscarla! Lejos de ese... *Dieser elende, verfluchte Mistkerl.* Lejos de Del Valle y la acusación de traición.

—¿Buscarla?

—Sí, ella está aún más loca, *Sie ist eine richtige kleine Verrückte*. Habrá ido a buscarla, a Compostela. Y se la llevará lejos, pueden ir a Nueva España... ¡A Zacatecas!

El lansquenete era hombre, y soldado. Siguió hablando lleno de emoción, asegurando que Balboa convencería a Alessandra de abandonar aquella locura en la que se había metido por el *Arschloch* de su padre.

—...*Verdammt!* Ella entrará en razón y se irán juntos...

Parloteaba, sin advertir que ella no escuchaba.

Con la cabeza gacha, los hombros encogidos, la respiración entrecortada, María Pita miraba los naipes.

Y, como rocío en un brizna de hierba, apareció una gota tímida en el tajo que cortaba el as de oros.

VI

No se equivocó el lansquenete.

Esa noche, mientras él pensaba en peregrinar a Zaragoza, una sombra llegó a Compostela.

A una Compostela vacía. Desolada. Sin otro rumor que el de la lluvia.

Los estudiantes habían marchado a Coruña, los hombres con redaños también, y muchos que no tenían agallas, para evitar que los vecinos hablasen. Incluso las mujeres.

Y los que no se habían unido a las milicias habían huido, al interior, a las montañas ourensanas o a la meseta castellana, lejos de la costa donde husmeaba el perro inglés.

No había siquiera centinelas en las puertas de las viejas murallas, que intentaban seguir en pie orgullosas, como borrachuzos

haciéndose los dignos, pero que tenían demasiado crecido el flequillo de helechos y plantones de margarita.

Compostela era patrimonio de los gatos, los perros callejeros, todos famélicos, y de las sombras.

Y una sombra más se coló en Compostela aquella noche, bajo una luna crecida, que quería convertirse en llena, y cuatro ramales de nubes cenicientas que prometían lluvia.

Una sombra entre las sombras.

Y cualquiera hubiera podido equivocarse. No era fácil echar la cuenta. Ni siquiera para los gatos.

No fue una.

Fueron dos. Dos las sombras que se escurrieron en Compostela esa noche.

VII

Su abuelo, Boabdil, entre lágrimas, había rendido la preciosa ciudad a los conquistadores cristianos.

Era una reina. La última de la dinastía nazarí. Nieta del sultán de Granada.

Y conservaba la autoridad, el porte y las maneras. Cuando Inés de Granada habló, lo hizo con pausa. Temía los nudos que las palabras ataban.

—Es cierto, sor Angustias te contó la verdad. Fue esa rata inmunda la que nos robó a san Lorenzo...

Y el canónigo Eustaquio, con voz sorprendentemente clara para un mudo, abundó en la respuesta de la abadesa.

—Así ha hecho tan grande la colección de El Escorial, más de siete mil piezas, y así consiguió el nombramiento en Flandes —dijo con

una corteza de pan en las manos—. Sólo un santo le falta...

No terminó la frase, sólo señaló con la corteza mordisqueada al cofre de plata.

Y terminó el pan para empezar con una monda de queso. Se había acostumbrado a tener la boca ocupada para no hablar. Y ahora, aunque no tuviera que fingir, no podía evitarlo.

Estaba nervioso.

—Se les echó la culpa a los herejes. A ese tal Turco —dijo entre migajas de queso—. Pero la mayoría de las reliquias que han volado de Flandes llevan su sello. Hasta el Vaticano ha perdido oportunidad de recuperar algunas que al santo padre le hubiera gustado llevar a Roma...

Al oírlo, Alessandra sintió algo frío escurriendo espalda abajo.

—Mi padre...

Fue un susurro. Apenas moviendo los labios. Pero ahora comprendía, ahora entendía, no todo. Pero lo suficiente para que la vergüenza por lo que había hecho su padre ruborizara sus mejillas.

Y, como le había sucedido a Balboa en la iglesia de Santiago, Alessandra creyó estar a punto de atar dos cabos sueltos, pero se le escurrieron entre los dedos, porque no podía dejar de pensar en su padre, debatiéndose entre el amor y el odio.

No tuvo tiempo. Inés de Granada habló. No levantó la voz, pero su enfado arañaba.

—No tiene fin, su ambición no conoce límites... Es una rata inmunda —la abadesa intentaba encontrar un insulto eficaz, pero le podían los escrúpulos—, es una rata apestosa, una rata de dos patas...

Eustaquio que, pese al hábito, tenía menos reparos, fue más explícito:

—Es un hijo de la grandísima puta. Tiene la lengua tan metida en el culo del rey que le roza las muelas.

La abadesa acabó por afirmar con un elegante gesto del mentón, agradeciendo la intervención del canónigo. Y remató la frase:

—Es una rata de la peor calaña, y el ataque inglés le sirvió en bandeja la oportunidad que buscaba.

VIII

—¿Qué haremos?

Había sido Alessandra. Y no era una pregunta. Era un callejón sin salida.

Y, por si había alguna duda, Eustaquio, con un puñado de altramuces que, a saber de dónde había sacado, dio su opinión metiéndose el primero de ellos en la boca.

—Nos jugamos el pescuezo —afirmó—. Al rey no le temblará la mano. Ya ha condenado a hombres de su confianza. A Antonio Pérez lo busca hasta la Santa Inquisición...

Se detuvo para sacar el pellejo del altramuz. Y dudó con él entre los dedos. Miró a todos lados, comprendiendo que no procedía tirarlo sin más al suelo.

—... Obispos de Compostela han sido depuestos antes por la Corona —acabó por decir devolviendo el pellejo a la boca—. Y después de las tropelías de los tres Fonsecas, a nadie le extrañará si un canónigo y dos monjas acaban predicando en el *infierno verde* del Darién.

Inés de Granada terció. Fue al grano.

—No podemos consentirlo. Se llevó nuestras reliquias. Y se llevará las del apóstol —dijo señalando el cofre—. Y, si lo hace, Compostela

caerá en la más absoluta ruina. Hay pocos peregrinos, pero menos vendrán aún si saben que bajo el altar no hay más que polvo.

Se hizo el silencio.

Se miraron unos a otros.

Miraron el cofre con las reliquias del apóstol Santiago.

Sin más ruidos que el masticar del canónigo Eustaquio, que parecía capaz de comer mientras le ungían los óleos de la extremaunción.

Y Alessandra recordó lo que Balboa le había contado de su abuelo, y de aquel contrabandista de nombre León.

—Son huesos —dijo de pronto, casi dando un brinco.

Y los otros dos la miraron. Intuyendo que había algo más tras sus palabras.

—Es el lugar perfecto —explicó Alessandra—, guarda la fe, mantiene la devoción del peregrino, y no lo encontrarán jamás.

Tanto la abadesa como Eustaquio se inclinaron hacia delante.

—Debemos esconder los huesos donde haya más huesos.

IX

—Esta noche.

Dándole la razón a Eustaquio, la abadesa asintió.

—Cuanto antes mejor —dijo segura de sí.

Alessandra les acababa de explicar su idea. E Inés de Granada había tomado una decisión. El arzobispo había fallado, ella no lo haría. Luis del Valle y Nespral había arrancado de su convento las reliquias de san Lorenzo, pero no se llevaría también las del Hijo del Trueno para engordar la colección de El Escorial.

La suerte estaba echada. Sin embargo, Alessandra tenía que arrancar una espina. Una espina que le atravesaba el corazón. Y miró a la abadesa.

—¿Y mi padre?

E Inés de Granada, que comprendió al instante, impuso la condición y selló el destino de Alessandra.

—Compostela es mucho más importante que tu padre.

Fue una estocada al pecho. Alessandra apenas pudo mantenerse en pie. Y la abadesa, nieta de sultanes, mostró piedad.

—Si las reliquias se salvan —y se repitió para remarcar la condición—, si se salvan, escribiré la carta al abad.

Fueron palabras duras, una decisión que pesaba más que la catedral entera. Pero Inés de Granada apretó los dientes. Y se reafirmó:

—Debemos guardar el secreto, nadie más puede saberlo...

Y el secreto estaría a salvo mientras aquella joven temiera por su padre.

Siguió el silencio. Un silencio que duró un suspiro pero se escucharía toda una vida.

—Si las reliquias se salvan —insistió por tercera vez—, tu padre se salvará.

Alessandra asintió, con gravedad, tensa, y aceptó:

—Esta noche —repitió.

Y ninguno de los tres pensó que eran palomas. Que los halcones rondaban. Y los halcones sabían dónde estaba su nido.

Estaban demasiado preocupados.

Y pagaron el precio.

Esa noche.

X

Eran cuero y hierro. Pólvora. Eran violencia. Y llegaban. Como tantos ejércitos antes y después. Llegaban a la ciudad para desatar las riendas de uno de los caballos del Apocalipsis.

Traían órdenes.

Dos batallones.

Ropas acuchilladas en rojo y gualda. Armados hasta los dientes, flamencos o valones, desinteresados en las conjuras locales. Casi estatuas. Incluso sus caballos, impecables pese al camino, se movían como títeres al final de sus cuerdas. Ni un aspaviento. Los hombres no ahogaban bostezos. Las colas no espantaban moscas.

Letales. Lo mejor de lo mejor de entre los ejércitos que dominaban el continente y las tierras de ultramar. A ellos confiaba su vida el rey, como había hecho su padre.

Archeros de Borgoña.

Y obedecían las órdenes de un único hombre, Luis del Valle y Nespral.

Su capitán era Lamoral de Egmont. Tallado en algo más duro que el granito y con más fintas en la espada que palabras en los labios.

Tras diez leguas, medidas y justas, habían hecho un alto; aun así, mantenían la formación. Y uno de los dos alféreces se acercó al brioso semental zaíno que montaba su capitán.

—¿Hacemos noche o seguimos?

Lamoral ni siquiera había desmontado. Se repasaba el mentón con la navaja de afeitar, sin jabón o agua.

Ras. Ras. Afilado hasta el suicidio, el acero trazaba la silueta de su mandíbula. Siempre impecable.

No contestó.

Venas abultadas cruzaban su mano. Dedos fuertes. Callos de empuñadura, durezas donde apoyaban los gavilanes de la espada.

Ras.

Una pasada más, en un mentón que no tenía siquiera la sombra de la barba.

No habló el capitán. Habló la cuchilla.

Ras.

Y se separó de aquel mentón y la mano sostuvo la navaja hacia el frente.

El acero apuntaba a Compostela, que se tapaba con la noche, que se escondía en sombras.

Empezó a llover y las primeras gotas sacaron de la tierra un aroma profundo. Y algunas se quedaron, colgadas, del filo de la navaja, y la navaja no las dejaba caer, como si estuviera sedienta.

Se ajustaron hebillas. Se recolocaron riendas y bocados.

Esa noche dos batallones llegaban a Compostela sin más compañía que la lluvia.

XI

La noche lloraba.

Llovía con fuerza. Tanta que las gotas aplaudían en las piedras de Compostela. Y las gárgolas retorcían el pescuezo para mirar al cielo preocupadas.

Llovía como sólo sabe hacerlo en el norte, en aquel verde oscuro, encerrado entre las montañas y el pendenciero mar del fin del mundo.

Llovía.

El agua se escurría por pizarras y granitos, agitaba las margaritas prendidas en las grietas, empapaba los rostros grises de las casas, sin distinguir entre pobres y ricos.

Los callejones se convirtieron en barro. Y las calles se convirtieron en escorrentías que se llevaban basuras abandonadas con prisa.

Por las piedras de Compostela corría el agua, se llevaba trozos de tela, hojas, tabas olvidadas por dos chicuelos, ramajos.

Las aguas del Sar se embarraron, y las truchas buscaron recovecos en los prados mientras el agua subía de nivel.

Llovía.

Los cielos se habían abierto.

Llovía, y toda Compostela lloraba.

XII

La tierra se agitó, tembló. Un terroncillo oscuro rodó desde las hojas de un diente de león. Y de la madriguera salió un topillo.

La noche se acostaba sobre Compostela. La luna, avergonzada, porque no lograba llenarse, se escondía detrás de nubes resentidas. Nubes que llovían con furia. Como si se cobrasen venganza.

A un lado de la madriguera aguantaba aquel diente de león, triste, porque ya la mitad de sus semillas se las había llevado el viento, y las que quedaban estaban empapadas e inútiles, cabizbajas y despelucadas. Al otro lado, una joya, una rosa de la arena prendida entre los guijarros. Y sus delicados pétalos blancos, golpeados por la lluvia, se estremecieron, como si le dieran la bienvenida, cuando salió el topillo.

Salió, olisqueando todo a su alrededor, desconfiado por la torrentera que le caía encima. Moviendo los bigotillos y deteniéndose

sólo para acicalarse con sus patitas, en un vano intento por mantenerse seco.

Correteó bajo los manzanos, buscando grillos y chucherías. Inquieto, con esas prisas que tienen los suyos, de un lado a otro, como si lo estuvieran esperando. Incómodo por la lluvia, que caía del cielo como chuzos afilados.

Hasta que una pisada lo asustó. El crujir de un talón en la tierra, que se empapaba, que se abría en charcos que le hacían de espejo a las coquetas flores que había plantado la primavera.

Y el topillo se detuvo, con los bigotes temblando, con la naricilla nerviosa y su diminuto pecho lleno de brincos de costillas.

Bajo la lluvia incesante.

Había un gato de mirada amarilla que rondaba aquellos huertos de Santa Clara, uno de oreja desgarrada que ya lo había perseguido más de una vez. Por eso había salido pese a la lluvia, porque sabía que, mientras lloviese, el gato se refugiaba en el cuarto de aperos de las huertas de Santa Clara.

Desconfiado. Miró a todos lados, con sus ojillos de azabache emborronados por los vaivenes de los bigotes.

Llovía con la fuerza de una plaga bíblica.

Le bastó un vistazo, uno sólo, antes de vaciar las tripas y salir corriendo, de vuelta a su madriguera bajo tierra. Salpicando agua. Con miedo a ahogarse en los charcos.

Huyó despavorido.

Y lo que vio, envuelto en oscuridad, fue una pesadilla salida de un incendio. Algo negro y requemado que siseaba bajo la lluvia. Como si aún ardiese.

Algo salido de los mismos infiernos.

Tenía que ser un demonio.

Era un demonio.

XIII

La madrugada siempre ha sido para los ladrones, los poetas y los amantes. Y esa madrugada, llena de lluvia, también fue para los huesos.

Eustaquio las guio por los callejones que rodeaban la pequeña iglesia de la Corticela, que parecía desvalida, adosada a la fuerza al inmenso templo, a punto de que la catedral se la tragase. Entraron por un recoveco que había quedado durante las obras de la torre que llamaban del rey de Francia, porque dos de sus trece campanas las había donado el undécimo de los Luises franceses.

Y allá arriba, en la lluvia inmisericorde, viendo sus pasos, las trece campanas sonaban quedas. Las salpicaduras arrancaban notas de bronce.

Entraron en la catedral, aprisa, echando reojos por el hombro.

Y nadie prestó atención, porque nadie había, sólo uno de los *linguaxeiros*, un jesuita que roncaba en un confesionario. Era de los designados para confesar en otras lenguas a los peregrinos llegados de lejos, y la falta de clientes había invitado al sueño, y allí se había quedado, pasado el oficio de completas y olvidada la cena.

La nave principal de la catedral estaba llena de aquellos ronquidos y del susurro, poderoso y sordo, de la lluvia que bañaba la catedral.

No advirtieron que los seguían desde los manzanos de Santa Clara.

XIV

No tenían más que un farol de llama temblorosa y, en cuanto bajaron por la estrecha abertura, la misma que ni el propio rey había

querido atravesar en su juventud, les abofeteó el intenso olor a tierra húmeda y piedra vieja.

Eustaquio llevaba el farol.

Las dos mujeres, el cofre con las reliquias.

Y descendieron al laberinto bajo la cripta.

Piedras viejas, fe en las entrañas de la tierra, las reliquias del Hijo del Trueno volvían a su lugar bajo el altar de la catedral de Compostela.

Antiguos obispos, canónigos, hombres santos y hombres malditos, verdades y mentiras estaban enterradas allí.

—Son huesos —había dicho Alessandra.

Y qué mejor que más huesos para esconderlos. Los huesos guardarían un secreto que quedaría allí, oculto, hasta que escampase.

—Algún día...

Se había pasado la lengua por los labios secos. Había vuelto a comenzar.

—Algún día podremos decir la verdad —había dicho Inés de Granada—. En tanto, nuestro deber es callar. Callar y guardar.

Y allí estaban, para esconder huesos en los huesos.

Bajaron a la cripta y descubrieron que el suelo estaba ya cubierto por tres dedos de agua. Cuando los cielos se abrían, la lluvia se filtraba.

—Las tumbas lloran —dijo la abadesa.

Y tenía razón. Las piedras rezumaban agua e incluso allí, bajo toneladas de catedral, podían oír el retumbar de la lluvia, incansable.

Entraron en el laberinto que, apenas unas semanas antes, había recorrido el mismo Eustaquio guiando a los cinco de Varela.

A diferencia de aquel día, sus pies chapoteaban con escándalo.

Quizá por eso no advirtieron que los ronquidos de aquel confesor *linguaxeiro* se detuvieron.

XV

No llegó siquiera a despertar.

Una mano violenta lo arrancó del sencillo confesionario, apenas una bancada y una rejilla. Antes de que abriera los ojos, antes de que pudiera reaccionar, le rebanaron el pescuezo con una daga.

El jesuita, hecho un guiñapo, cayó en el charco de su propia sangre. Con un último ronquido, ahogado en sangre, rajado justo al llegar a la nota más alta.

Su hábito, negro, sin escapulario, sin insignias, sin capucha siquiera, quedó enredado entre sus piernas y empezó a beberse la sangre.

A su lado, en pie, con la daga en la mano, un demonio había salido de las llamas del infierno y había atravesado la lluvia.

XVI

Luis del Valle y Nespral dio la orden con la seguridad de que sería obedecida.

Y el capitán de los archeros, Lamoral de Egmont, sólo aspiró entre dientes, con una nota aguda y llena de aire.

Acababan de llegar al palacio.

Apenas habían desmontado.

Y ni siquiera les ofrecía un refrigerio a sus hombres. Ni siquiera había saludado.

Lamoral de Egmont obedecería, por supuesto, pero no porque se lo mandase aquel petimetre con pata de palo. Obedecería porque el mismo rey en persona le había dicho que no regresase a El Escorial si no traía el cofre con las reliquias del apóstol Santiago.

Por un momento, ambos hombres se miraron como gatos en un callejón, midiéndose.

No eran horas, no le gustaba la orden ni las implicaciones, y sentía desprecio por aquel tipejo.

Pero Lamoral sabía lo que debía hacer, aunque no le gustase.

—Despertemos al obispo —ladró Lamoral a sus hombres.

XVII

Sor Venancia tenía pinta de cecina reseca. De una loncha que se hubiera caído al suelo y hubiera agarrado pelusilla. Pero sus ojos brillaban con lágrimas.

Y se había prometido muchos años antes no volver a llorar jamás.

Se lo había jurado a sí misma desde que aquel condenado obispo Fonseca se marchara a Sevilla partiéndole el corazón y rompiéndole la fe.

Descreída, tan cínica que rebosaba, la viejuca sor Venancia se había prometido cincuenta años atrás no volver a llorar.

Pero eran lágrimas.

Podía ser lluvia, porque llovía, a cántaros, como si los cielos se hubieran rajado en dos, llovía tanto que no le hubiera extrañado ver al mismo Noé patroneando su arca por la Rúa do Franco.

Pero eran lágrimas. Y tenía un nudo en la garganta. Y le temblaban las manos.

De pronto, no era ella la que perseguía secretos y amores por los pasillos de Santa Clara. De pronto, sus amores de juventud eran los que chillaban a su oído.

Y miró a aquel hombre destrozado que tenía delante de ella.

Lo miró como no había mirado en cincuenta años.

Y le escuchó repetir, una vez más, las mismas palabras.

—La amo.

Aquellos ojos violetas eran sinceros.

Sor Venancia había escuchado aquellas mismas palabras de un hombre que la había abandonado en busca de poder y gloria, todo un obispo de Compostela que había heredado el título de su propio padre. Y ella había cometido la temeridad de fiarse de aquel desgraciado.

Pero aquellos ojos violetas.

Aquellos ojos violetas eran sinceros.

Y le dijo lo que sabía, se lo dijo porque su corazón había dado tres saltos después de cincuenta años renqueando.

Le dijo lo que sabía porque ella era la única que lo sabía, porque ella era la única que hablaba con los pasillos de Santa Clara.

Y se lo dijo sin rastro de aquel cinismo amarillento. Se lo dijo dándole ánimos.

—... la cripta de la catedral...

Balboa salió corriendo, bajo la lluvia.

Y los ojos de la viejuca seguían llorando cuando él se perdió en la noche de Compostela.

Llegaría tarde.

XVIII

Llovía. Y el agua subía. Por encima de los tobillos.

Y la lluvia había enfurecido. Ya no era lluvia de primavera ansiosa. La lluvia se convirtió en hija de la tormenta. En *hija del trueno*.

Y los truenos corrieron por los callejones de Compostela.

Los rayos retrataron la catedral.

Los cielos se rompieron en añicos.

Ya no era noche. Era tormenta.

Llovía.

Avanzaban chapoteando. Salpicando, gruñendo. Con la esperanza de que aquellos corredores, en el corazón mismo de la catedral, guardarían el más importante de los secretos.

Eustaquio iba delante, con aquel farol.

—Allí —señaló levantando la luz—, con las tumbas de los viejos obisp...

No acabó la frase.

El farol tembló en su mano.

Y se desplomó.

Su única luz tembló en la oscuridad, agonizando.

Y los corredores se llenaron con el inconfundible siseo del acero. Lo último que salió de los labios de Eustaquio fue un gruñido de sorpresa y dolor.

Un quejido ronco.

El altramuz que masticaba cayó en el agua como una semilla en tierra recién abierta.

Afuera, rugía la lluvia. Allí dentro, en las tripas de la catedral, lo hacía el agua corriendo bajo sus pies. Era como vadear un arroyo, y el nivel crecía.

El farol se enroscó en la oscuridad.

Olía a humedad, a viejo, a algo ancestral que escondía pasado.

Las dos mujeres quisieron reaccionar. Dudaron. No supieron si el canónigo había resbalado. No sabían qué sucedía.

Pero el farol les enseñó un pestañeo de la verdad.

Era un laberinto de piedra que se inundaba. Y nadie sabía que estaban allí. Habían salido del convento de madrugada, cuando las novicias y las monjas dormían.

Habían salido por la vieja puerta del huerto, bajo los manzanos, para empaparse de lluvia.

Y no se habían dado cuenta de que una sombra había estado haciendo guardia.

Esa sombra apareció, por un pestañeo, por un instante, en aquel farol que caía enroscándose en la oscuridad.

Un rostro deforme y renegrido. Cruzado por pus y dolor. Con ojos enloquecidos. Peor aún que los demonios que arrastraban a los condenados en el pórtico que tenían sobre sus cabezas.

Eso fue lo que pintó aquel ramalazo de luz anaranjada antes de que el farol se hundiese en las aguas de la cripta.

Un demonio.

—Querida, qué alegría encontrarte al fin...

Y llegaron los gritos.

XIX

Incluso Troncoso estaba admirado de aquel Lamoral de Egmont, y de lo conseguido por Luis del Valle y Nespral.

Entre los suyos y los archeros, cincuenta hombres caminaban bajo la lluvia, todos armados y listos. Hierro, pólvora y cuero. Guerra de camino a la catedral de Compostela.

Una orden. Cincuenta hombres. Una pata de madera.

Y todos ellos incómodos.

—Las más veneradas —entre salivazos—. Las más reverenciadas. Hemos de llevarnos cuanto merezca la pena. Santiago el Menor, santa Susana, san Fructuoso...

Habían escuchado a Luis del Valle y Nespral gritarle a un arzobispo en camisa de dormir y con ojeras tan oscuras que contaban días sin conciliar el sueño.

El secretario se había hartado. Apabullaba a San Clemente y no estaba dispuesto a escuchar una sola negativa más. Menos una queja.

—Como las tropas del santísimo emperador. Como se vació Roma...

Hilos de baba peinaban aquella barba de chivo. Y les prometió a los hombres recompensas inimaginables.

—Lo que su ilustrísima el rey no desee incluir en la colección de El Escorial, se venderá —les había asegurado—, a buen precio. Al mejor. Volveréis a vuestros hogares con más caudales de los que hayáis podido imaginar. ¡Ricos!

Eran cincuenta hombres armados e iban a saquear Compostela. Como se había saqueado Roma cincuenta años antes.

—Primero la catedral. ¡Después, Antealtares! ¡¡San Martín!! ¡¡¡Santa Clara!!! Si es necesario, arderán hasta los cimientos.

Cruzaban la plaza del Hospital Real como una profecía. Se acercaban a los portones de la catedral.

Aquellos portones, los que habían cerrado el sueño de un cantero de una catedral abierta a los que nada tenían.

Y la catedral temblaba. Apretaba aquellos portones. Como dientes en una boca asustada.

Y llovía. Las piedras de la plaza eran naufragios. La noche, lo más profundo de una cueva. Daba escalofríos que correteaban por la

nuca y obligaban a tronzar el aire con las muelas.

Troncoso dudó. Se le quedaron las manos en la cinturilla, sin llegar a tirar de las calzas. En los primeros escalones. Temió mirar a los ojos de los apóstoles que aguardaban en las columnas de piedra. Temió mirar a aquel Juicio Final donde los pecadores recibían su castigo.

—Es justo y necesario. Es voluntad real. ¡Como en Roma! —gritó el secretario Del Valle.

Troncoso temió mirar a aquellos ojos de piedra y encontrarse con una mano levantada pidiéndoles a los Cielos que los fulminase con un rayo. Un castigo divino. Para él, sus hombres. Aquellos archeros.

Pero no podían detenerse, se miraban unos a otros, dudaban, brincaban entre la codicia y el miedo. Y no se detenían. Porque a veces es más fácil arrojarse a la culpa que huir de ella, porque a veces los hombres no sabemos detenernos a tiempo. Porque a veces hacemos daño, incluso a quienes amamos.

Troncoso no conocía la historia de Balboa, pero podría haberle preguntado.

A veces dañamos a quienes amamos.

Y lo negamos.

Iban a saquear la catedral. Los conventos. Iban a saquear Compostela.

Y Troncoso se preguntaba para qué habían detenido a los ingleses si ahora era uno de los secretarios del rey el que iba a acabar el trabajo que el pirata Drake no había podido terminar.

Pero Troncoso no se detenía. Sus hombres tampoco. Ni los archeros de Egmont. No se detenían. Los tacones de sus botas atravesaban el agua, aplaudían sobre la piedra, marcaban el ritmo.

Los portones se abrieron con un crujido.

La inmensa catedral los recibió agazapada en la oscuridad. Enorme, imponente. Encogida. Y a Troncoso le pareció enfadada, como si se echase atrás y arrugase los belfos, como un perro pastor enfadado.

No le gustaba lo que estaba a punto de hacer, ni a él ni a ninguno de los suyos, y presentía que tampoco a Lamoral de Egmont ni a sus archeros.

Y llegaron los gritos.

XX

La oscuridad asfixiaba. Los arcos temblaban. Las piedras caían. Una avalancha. Un derrumbe. Y el agua subía. Negro, el negro más negro se las tragaba.

Inés de Granada demostró la sangre que corría por sus venas. La nieta de un orgulloso sultán le plantó cara a la oscuridad.

—¡Arderás en los infiernos! —le espetó con desprecio a las sombras.

Gritó para imponerse al tronar del agua.

Y contestó la risa. Carcajadas enredadas en ecos que ponían el vello de punta. Una risa que se movió de un lado a otro, que rebotó en las piedras y el agua. Que se burló del miedo de las mujeres.

Tenía que ser más de uno. Estaban rodeadas. Dos, tres, cientos. Risas que flotaban en el agua, que acariciaban las piedras, que se escondían en las bóvedas como murciélagos.

No podía ser uno solo.

Legión es su nombre.

¿No rezaban así las Escrituras?

Eso había respondido el endemoniado de Gerasa.

E Inés de Granada gritó. Gritó echando escupitajos. A las sombras, a su miedo.

—¡Vuelve tu espada a su sitio!

Era la abadesa de Santa Clara. Gritó. Volvió a gritar:

—¡Los que tomen espada! ¡¡A espada perecerán!!

Pero citar los Evangelios no iba a liberarlas.

—Querida, no desperdicies saliva...

Y unas manos como garras salieron de la oscuridad y la sujetaron con la fuerza de cepos.

Inés de Granada no pudo evitarlo.

Alessandra no pudo evitarlo.

Ambas gritaron. Y la oscuridad se les coló garganta abajo, ansiosa. Gritaron.

Y la abadesa de Santa Clara hubiera muerto allí mismo, con el gaznate abierto por la daga de un demonio, de no ser porque Alessandra, una vez más, incluso en aquella oscuridad, encontró el valor.

Aunque no veía, braceó, intentó sujetar a la muerte, aquel hierro forjado en Damasco.

Alessandra arañó, mordió, gritó.

Gritó para espantar el miedo, para reunir valor.

Y tiró del brazo para evitar, justo a tiempo, el tajo en el cuello de la abadesa. Quedó en apenas un rasguño. Pero le dio a aquel demonio la oportunidad que necesitaba.

Al salvar a la abadesa, Alessandra se condenó.

Un remolino de viento y agua la envolvió de pronto y, antes de darse cuenta, estaba atrapada en una peste a humo y carne quemada, atrapada en una cárcel de pesadillas.

—Querida, guarda algo, aún no te he dado motivos para gritar y, créeme, vas a gritar hasta que ese malnacido aparezca.

Volvió la risa. Y una frase más, de aquella voz hecha de grava en la boca de un demonio.

—Y él también gritará...

XXI

Tronaba dentro de la catedral. Cincuenta pares de botas caían sobre las piedras del suelo y el estruendo llenaba cada bóveda.

Cincuenta hombres corrían hacia el altar.

Las espadas brillaban.

La codicia brillaba.

Corrían.

XXII

No hubo más gritos.

Pero el silencio fue atronador.

La tormenta hurgaba en la catedral, el agua rugía. Y el hierro cantó.

De la oscuridad había surgido aquel demonio. De la oscuridad surgió su salvación.

El hierro, cantando su himno de muerte, entró una pulgada por encima de aquella enorme perla. El hierro atravesó el oído y deshizo los sesos de Thomas Frobisher.

Que cayó al suelo empapado como un pescado muerto.

Ni siquiera abrió la boca.

Sólo abrió el otro puño, el que no sostenía el arma, y sus dedos, muertos, dejaron escapar una segunda perla.

Ni Alessandra ni la abadesa comprendieron.

Y la oscuridad se abrió. Dejó de asfixiarlas.

Oyeron el cantar del hierro. Un gemido ahogado. El chapoteo. Y, de pronto, fueron libres.

Llovía. Y dentro de la catedral tronaban las botas de cincuenta hombres, acercándose.

Pero las dos quedaron libres, con un demonio muerto a los pies. Y la oscuridad dejó de pesar sobre ellas.

Inés de Granada se volvió, giró sobre sí misma en todas direcciones, con cien preguntas atragantadas.

Alessandra no tenía cien preguntas. Tenía una sola respuesta.

Una sola.

XXIII

La oscuridad la abrazó. Un abrazo cálido pese al frío del agua. Pese al frío de la piedra. La recogió en brazos. La sujetó. Le dio fuerzas.

Alessandra sintió que detenían la caída. El fondo del abismo ya no tiraba de su corazón. Se había detenido en el aire, la sujetaban. Y su corazón se desbocó.

Estaba allí y la rodeaba con sus brazos.

La oscuridad respiraba. Pesada. La oscuridad raspó su mejilla con barba de días. Y aquel olor, a cuero, a tierra. A honor y valor. A cabezonería. A dolor.

Era un ángel. Un ladrón convertido en ángel.

Su corazón galopaba. Su cabeza tiraba de las riendas.

—¿Cómo pudiste?

Se lo preguntó a la oscuridad, a las entrañas de la tierra en aquella cripta bajo el altar de la catedral de Compostela. La pregunta que no había hecho. La que se le había atragantado.

—¿Cómo pudiste? —repitió anegada en angustia.

Y la oscuridad se volvió dulce, cálida. La refugió.

La oscuridad la besó.

XXIV

Encendieron hachones. Gritaron órdenes. Buscaron.

—¡Abajo! ¡¡En la cripta!!

Una pata de madera golpeaba las piedras de la catedral de Compostela. Cincuenta pares de botas la seguían.

—¡¡¡Abajo!!!

Las llamas de los hachones espantaban las sombras. Pero la catedral hacía trampa. La catedral se movía, la catedral jugaba con la oscuridad.

XXV

Un beso, un beso que sabía a pasado y futuro. Un beso que llegó hasta su corazón desbocado y lo detuvo.

Detuvo el tiempo mismo.

Detuvo el silencio.

Un beso.

Largo, eterno, una vida, unos labios. Fuego y hielo. Calor y frío. Un beso que se abría paso a codazos. Un beso que era una última voluntad.

—Cada mañana, cada día, hasta el último...

La voz rasgaba la oscuridad. La misma voz que había hecho temblar sus muslos. Que había abierto sus labios. Que había erizado sus caricias. Que había acostado sus pasiones.

—Cada mañana —junto a su oído, sincera, verdad—, cada día, hasta el último, te pediré perdón. Cada día.

Y la tormenta se acercaba. Oían los truenos y los escalones traían relámpagos. Hachazos de luz. Llamas temblorosas en las manos de cincuenta pares de botas.

—¡Abajo! ¡¡En la cripta!!

Alessandra apenas podía respirar. Menos contestar.

—¡¡¡Abajo!!!

Inés de Granada contestó antes de que ella lo pudiera hacer.

—Se las llevarán —dijo espantada.

¿Qué le importaba a la abadesa de Santa Clara el amor de aquellos dos?

—¡Se las llevarán! —repitió.

Entraba la tormenta en la cripta. Truenos y rayos. Y el agua subía mientras Compostela lloraba.

Alessandra comprendió. Y dos palabras salieron de su boca.

—Te quiero.

Deberían haber sido esas dos palabras. Que hervían en su pecho. Que movían su sangre. Que le permitían respirar. Deberían haber sido esas dos palabras...

Y no lo fueron.

Dos.

Pero no aquellas dos. Y no tuvo tiempo a decirle que comprendía, que perdonaba, que entendía a aquel niño que había escapado de una peonza. Dos palabras.

—Mi padre.

Eso fue lo que dijo.

Y un relámpago parpadeó. Un hachón tembló. Una pata de madera y cincuenta pares de botas descendían a la cripta.

Y vio sus ojos. Violetas. Profundos. Tristes. Y repitió aquellas dos malditas palabras. Una condena. Una sentencia.

—Mi padre...

Las repitió perdiendo la voz, ahogándose.

Y Balboa parpadeó. Se escondió aquel violeta en una pena profunda, una pena enterrada mucho más abajo que aquella cripta bajo el altar. Una pena que sólo podía sentir un hombre que se había jugado la vida a tres varas bajo tierra.

Balboa parpadeó.

Y su abuela estaba junto al fuego, hablándole.

—Hay malos caminos que llevan a buenos lugares...

Podía verla, con sus profundos ojos, con aquellas plumas prendidas en el pelo, con su retahíla de viejas costumbres que hacía que las demás comadres la mirasen mal.

—No hay camino fácil que lleve a lugar alguno que merezca la pena.

Y Balboa refunfuñaba, haciendo saltar de una mano a otra una peonza, su peonza, la suya, la que le había hecho el abuelo. La hacía brincar, con impaciencia. Quería permiso para salir a jugar. Aprovechar cada día, todos los días que no tenía que salir al camino. Era un mocoso.

—Debes hacerlo —había dicho la abuela Elo—, es tu destino. Lo he visto. Tu camino.

Y el pequeño Balboa había resoplado. Incapaz de creer lo que decía la abuela Elo. La misma que preparaba dulces curruscos de pan con miel.

—No todos elegimos nuestro camino —había dicho enigmática, sin abandonar las agujas con las que tejía calcetines para las largas jornadas de su esposo y su nieto—. La vida nos aguarda en esquinas inesperadas.

El olor. Aquel olor a lana sobada. Al jabón intenso. A las hierbas que siempre estaban colgadas junto al hogar, las de los remedios. Y las setas. A malvas.

—Algunos seguimos un camino marcado...

Y el pequeño Balboa había refunfuñado.

—Debes salir de nuevo, debes aprender. Algún día, el camino será tu refugio, tendrás que proteger algo en el camino.

Le hablaba, como lo haría años después, cuando regresó de un laberinto con una muerte a cuestas y comido por el dolor. Cuando había regresado para reñir, gritar, protestar. Cuando había regresado para marcharse, con odio, en busca de un horizonte más, de algún lugar lejano que jamás encontraría.

Años después, cuando dejaría atrás aquella peonza. La que había tallado el abuelo. Para él.

La abuela Elo, que veía donde otros no veían. La maldición de las mujeres de la familia.

—Lo que aprendes con tu abuelo te enseñará lo que debes hacer. Es tu camino —le había dicho, antes del laberinto, antes del dolor.

Pero él sólo era un niño. Un niño que quería salir a jugar. Con su peonza.

—Algún día...

Un trago amargo. Una duda.

Ahora Balboa lo comprendió. Ella siempre lo había sabido. La abuela había visto donde otros no veían.

—Algún día encontrarás tu camino y comprenderás.

La abuela Elo. El laberinto del león. La maldita peonza.

Balboa parpadeó. Se deshizo de treinta años. Treinta años que se escurrieron en el agua, que se escondieron en la oscuridad. Treinta años y treinta horizontes.

Balboa asintió.

—Algún día —había dicho su abuela treinta años atrás.

—Algún día —había dicho la abadesa.

Balboa asintió.

Balboa la besó de nuevo, con prisa, con urgencia, con la tormenta encima.

Balboa la besó y susurró algo en su oído. Unas pocas palabras. Un cabo suelto entre un cementerio y una cripta. De tumba a tumba. Se lo dijo al oído, con susurros que hicieron cosquillas en la horquilla entre sus piernas. Se lo contó. Entre tumbas y agua. Y el fin llevaba al comienzo y el comienzo al fin.

Balboa susurró. Alessandra quedó inundada. Por el alivio. Por el dolor. Hielo y fuego. Sed y ahogo. Muerte y vida. Todo a un tiempo.

No había tiempo para más.

—Cada día —repitió él.

—Cada día —asintió ella.

—Algún día...

Fue lo último que dijo Balboa, y recogió aquel cofre con los huesos de un apóstol, con los huesos del Hijo del Trueno. Del *hijo de la tormenta*.

Y desapareció en la oscuridad.

Desapareció en aquel laberinto de tumbas y agua. De piedra y agua.

XXVI

Truenos y rayos. La lluvia, pesada y fría, se había traído de la mano la tormenta. Y un rayo cayó sobre la torre de las trece campanas, y el bronce de las trece repicó con tristeza.

Y la tormenta entró en la cripta de Compostela.

Cincuenta pares de botas y una pata de palo chapotearon de pronto sobre las tumbas de obispos olvidados y de hombres que aspiraron a la santidad. Entre muertos y agua. Entre muertos y piedra.

Piedra y agua.

Un demonio, quemado y muerto, su sangre se escurría en el agua que corría entre las tumbas.

El secretario Luis del Valle y Nespral comprendió de inmediato. Y dio las órdenes.

—¡Buscadlo! ¡¡Las ha robado!!

Señalaba hacia la oscuridad, hacia aquel laberinto de piedra bajo la catedral de Compostela.

—¡¡¡Encontradlo!!!

Inés de Granada alzó el mentón. Se interpuso en el camino de aquella tormenta, dispuesta incluso a entregar la vida.

Pero Alessandra la retuvo con un brazo.

Lamoral de Egmont dio el primer paso, sus archeros se pusieron en marcha. Iban a lanzarse a la oscuridad, en busca de aquel ladrón, de un traidor al rey y a la patria.

Troncoso dudó, como una gota de agua en el borde de una hoja.

Alessandra se adelantó a la abadesa. Y ella también señaló. Hacia el secretario.

Las palabras de Balboa retumbaban en sus oídos. Pesaban como lápidas.

—Fue Del Valle quien encargó el trabajo del cementerio de Oostkerke.

Eso le había dicho antes de desaparecer en la oscuridad.

Y Alessandra había comprendido. Antes de marcharse, Balboa le había regalado una espada con la que aniquilar a la bestia.

—Es el Turco —les dijo a los soldados, señalando al secretario—, él es el Turco.

Lamoral de Egmont no escuchó, se iba hacia la oscuridad, conocía las órdenes del rey. Y, como en un juego de espejos, tal y como una de las mujeres había retenido a la otra, Troncoso retuvo al capitán de los archeros.

El nombre pesaba demasiado. Todo hombre de los Tercios sabía que el rey quería a ese indeseable muerto, colgando de una soga.

Troncoso detuvo al capitán de los archeros y le habló.

Del Valle reaccionó de inmediato.

—¿A quién vais a creer?

Pero ya era tarde.

—No tiene modo de escapar —dijo Troncoso señalando con el mentón hacia la oscuridad—, y hay asuntos más urgentes —con un tirón a las calzas.

Y señaló hacia el secretario Del Valle.

Los hombres dudaron, discutieron. Del Valle gritaba. Gritaba con grandes palabras. Intentaba espantar la derrota. Y fracasaba. Troncoso había visto a aquel hombre de triste violeta jugarse la vida por una ciudad que no era suya. Y Troncoso había visto la codicia del secretario.

Troncoso tomó una decisión.

Y las mujeres, como suele suceder, hablaron de lo que realmente importaba.

Ambas miraron hacia aquel oscuro laberinto en el que el agua subía de nivel. A sus espaldas, el secretario Luis del Valle y Nespral recibía los grilletes.

La abadesa se inclinó hacia Alessandra.

—Si escapa y pone las reliquias a salvo —susurró—, salvará a tu padre.

Alessandra se debatió entre la risa y el llanto. Tembló incluso.

—Escapará...

Tuvo que tragar. Tuvo que enderezarse.

—Escapará —repitió.

—Lo perseguirán, lo buscarán por traidor, más ahora —dijo Inés de Granada.

—Escapará —repitió Alessandra por tercera vez.

Y la abadesa empezó a decir que sólo escribiría a Flandes si aquello era cierto, que habría que esperar, unos meses, quizás años, quizás hasta que un nuevo rey se sentase en el trono. La ira del rey Felipe no se apagaría de un día para otro. Aunque apresasen al Turco. Porque a la colección de El Escorial le seguiría faltando un único santo. Uno solo.

Pero Alessandra no escuchaba.

Alessandra dio dos pasos hacia aquel laberinto de piedra.

Miró a la oscuridad.

—Cada día... Algún día.

XXVII

A la mañana siguiente, desde aquella plaza del Hospital Real, partieron los hombres de Troncoso.

No se podía desobedecer al rey, tenían que buscar unos huesos. Buscar y encontrar huesos que cargaban con siglos de historia y quintales de fe. Y también a un hombre, a uno que había dejado atrás una peonza.

Pero, pese a lo serio de su cometido, mientras se tiraba de las calzas, Troncoso bromeaba con el arzobispo San Clemente, que

había accedido a bendecirlo, a él y a sus tropas, antes de que se pusieran en camino.

El arzobispo hablaba. Troncoso asentía.

Y el sol, que logró aparecer tras la tormenta, los bañaba con la misma luz con la que pintaba de dorados las viejas piedras de la catedral.

Tras ellos, camino a la Rúa do Vilar, pasaron los archeros borgoñones de Lamoral de Egmont. Llevaban a un prisionero que gritaba títulos y órdenes, que recitaba condenas. Y al que nadie escuchaba.

XXVIII

Los ladrillos hablaban moro y cristiano, recogían las tradiciones que el camino a Compostela había llevado y traído durante generaciones y el Ebro, unos pasos más allá, rumoreaba verdoso bajo la puesta de sol.

Estaba encerrada entre casuchas y talleres, se veía humilde, más bien poca cosa. Pero respiraba ambición, como si verla fuera ver un joven roble que, algún día, se convertiría en algo magnífico.

Era una iglesia pequeña. Pero crecía a base de fe y plegarias, más en aquellos días convulsos.

Y a ninguno de los que pasaban por allí. Y pasaron porqueros, pastores y un buhonero. También dos chiquillos jugando, un carmelita de capa sucia y tres mujeronas de camino al río con cestos de ropa. A ninguno le extrañó que un franciscano, aunque tuviera aquella pinta extraña, entrase en la iglesia para rezar y ponerse a bien con Dios.

Era un franciscano. Bajo. Rotundo. Con hombros de leñador. Y el ruedo del hábito salpicado de barro. Pero el cíngulo que llevaba a su cintura, con los tres nudos de costumbre, tenía también algo extraño. Entre las hebras de la humilde cuerda de esparto había también, en cada uno de los nudos, trozos de brillante lana de colores.

Entró sin saludar siquiera al acólito que barría delante del coro y se fue derecho no al altar, sino a la capilla del lado norte, que era humilde y oscura, pero que era la más visitada.

Y se arrodilló frente a la figura que la presidía.

Sobre un pilar de jaspe.

Una virgen.

XXIX

Aquel acólito que barría en la iglesia en el corazón de Zaragoza saludó con una inclinación de cabeza a aquel extraño franciscano que marchaba tras visitar a la Virgen. Y pensó para sí que, por el aspecto, debía de ser uno de aquellos veteranos que, después del horror de la guerra, había oído la llamada del Señor.

Siguió barriendo, el techo de viejos maderos soltaba serrín de las carcomas, por mucho que usasen cal para matar a los revoltosos bichos. Barrió, y acabó en la capilla del lado norte. Oscura y humilde.

Pero enseguida le llamó la atención un brillo que luchaba con la oscuridad.

A los pies del pilar en el que se aupaba la Virgen había un crucifijo de plata.

Salió corriendo, con la pregunta en los labios, pero ya no vio a aquel extraño franciscano.

XXX

El cachorro, feliz, mordía la piña y sacudía la cabeza como si despedazase a un terrible enemigo. Movía el rabo con tanta ansia que levantaba polvo en el camino. Y el pordiosero, a su lado, con una sonrisa, encantado con los juegos del perrillo, metió la mano en la taza.

Era la primera limosna del día.

Había cuatro monedas. Las tres blancas que él mismo había puesto antes de sentarse en la Puerta del Portillo con sus trastos, y la que había dejado el más alto de los franciscanos.

Salió de la taza entre los dedos sucios del mendigo e incluso el perrillo se dio cuenta de que algo sucedía. Abandonó su juego y se quedó mirando. Inclinó la cabeza a un lado.

—¡Que me aspen!

No entendió el cachorro lo que había dicho el mendigo, e inclinó la cabeza al otro lado. Y, con dos pasos torpones, se acercó a la mano y olisqueó la extraña moneda.

Era plata. Ovalada. Con símbolos extraños. Y pintó de sorpresa la cara del mendigo. Que se puso en pie.

Los dos, el hombre y el animal, se quedaron mirando a los dos frailes que se alejaban.

De Zaragoza, rumbo al oeste, salían dos franciscanos envueltos en un ocaso que se acicalaba de naranjas.

Dos siluetas recortadas contra la puesta de sol.

Y tras ellos iba un borrico cargado.

Se entregaban al camino, mendicantes que repartían consuelo y oraciones a lo largo de las rutas jacobeas. Nunca más de una noche en el mismo sitio. Sin más que su fe y los donativos de los piadosos.

XXXI

El cachorrillo volvió a enzarzarse con la piña. El mendigo se sentó de nuevo, con aquella moneda entre los dedos.

Se había equivocado. Aquellos dos frailes caminaban a Compostela, pero no dependían de la caridad. En las manos de uno de ellos brincaba un modo más eficaz de sacarse dineros a lo largo del camino.

Una baraja de naipes.

Y las cartas bailaban hábilmente entre sus dedos, prometiendo ases escondidos y manos trucadas.

—*Mist!* Llevo más hambre que un borrico en el desierto —protestó barajando—. Nos hubieran venido bien aquellas perlas margariteñas...

Y el otro, más alto, elástico, curtido. También con pinta de veterano. Tiraba del ronzal del borrico y miraba hacia el oeste con los ojos entrecerrados. Ojos que brillaban con violetas.

Sin detenerse, trasteó en la bolsa que colgaba del cíngulo y tendió la mano con paciencia, hasta que su compañero guardó la baraja y recogió lo que le tendían.

En lugar de naipes, entre sus dedos quedaron dos perlas gemelas, casi idénticas, ambas engarzadas en un arillo de oro.

—*Verdammt!* Voy a pedirme un gorrino entero cuando lleguemos a la venta esa de Juslibol...

Y su compañero sonrió una sonrisa triste, y asintió.

—No lo gastes todo. Tenemos que convencer a un *león* de que guarde unos huesos...

—*Na ja!* Saldrá bien —dijo con un codazo cómplice.

XXXII

No pudo ser un gorrino entero. Sólo tres codillos con ajada. Pero aquel apetito desmesurado le dio tiempo a su compañero a salir de la venta y contemplar la noche.

Uno de los franciscanos quedó rematando la cena y echando pícaras miradas a la posadera, poco apropiadas para el hábito que vestía. El otro salió, cabizbajo, pensativo.

Y se quedó frente a la pequeña venta de Juslibol, donde les habían dado alojamiento sólo porque el ventero recordó un nombre, el de Xaquín.

Salió a la noche. Y miró al oeste, al horizonte y a sus encajes de sombras, más allá del camino, hacia Compostela. Con ojos violetas.

—Cada día... Algún día.

Siglos, perdido y encontrado



I

La locomotora, como una bestia cansada, se detuvo entre chirridos y humo en la estación de Compostela. En el aire revuelto quedó la carbonilla, y el tufo del metal caliente, también el aroma del aceite de ballena que engrasaba las bielas.

Y del vagón de primera clase una mujer bajó al andén.

Desde los mozos de equipaje hasta el viejo ferroviario, de nariz coloradota y enormes patillas de gris desordenado, miraron hacia ella, tanto como les permitió el decoro.

Un recadero de un negocio de pescaderías, que venía a buscar las sardinas llegadas desde Vigo, se inclinó sobre un estibador que sacaba la primera caja llena de plata arrancada al mar.

—Será inglesa...

Y otro estibador, fuerte como un buey, con cara de pillo y ojos que bizqueaban, antes de meterse al vagón de mercancías a por pipas de vino de Ribeiro, intervino:

—O americana.

Al ferroviario, de hecho, se le quedó el silbato en la boca y los mofletes hinchados. Tardó medio minuto en soplar.

Ella, sin embargo, no se dio por enterada del revuelo.

Echó un vistazo en derredor, tras las gafas ahumadas, y señaló al único de los mozos que no había recibido trabajo. El pobre muchacho tenía una pierna más corta que otra, y las mejillas afiladas por las penurias.

El crío miró a todos lados antes de acabar señalándose el pecho, cubierto por suciedad y una camisa azul que había vivido tiempos mejores, y que le quedaba grande, con una pregunta muda en sus ojos sorprendidos.

La viajera asintió divertida.

Y el mozo terminó por acercarse, sin tenerlas todas consigo, vigilando de reojo al severo ferroviario, que pretendía hacerse cargo de organizar a los estibadores, pero que no quitaba el ojo a la extraña pareja.

El chico miraba embobado la silueta de la mujer, enfundada en algo que no era ni falda ni pantalón, y la chaqueta, que era de esas que había visto en los ricos a caballo.

La viajera, con manos gráciles, envueltas en guantes de cabritilla, sacó una moneda de plata del bolsillo.

El chico acabó por cogerla, pero no hasta el tercer intento, como si temiera quemarse.

Y sus ojos, si era posible, se abrieron aún más al comprobar que era una peseta, una peseta con la cara del rey Alfonso enmarcada en pelo bien aceitado.

Era su jornal para un día entero. Y, aun a riesgo de partirse la crisma, el muchacho acabó por hacer una reverencia que casi terminó con sus huesos en el suelo.

La viajera, divertida, fingió no darse cuenta.

—Llévalo al hotel Suizo, en la Rúa do Vilar.

Al crío le pareció la voz de un ángel, ella parecía un ángel. Una virgen. Y no era americana, ni inglesa, pero aquel acento extraño, entre francés e italiano, le hizo cosquillas en la oreja.

Se había enamorado allí mismo, entre los resoplidos de la locomotora, en la que ya cargaban carbón traído de Asturias.

Salió de la estación segura de donde pisaba, y dejó tras de sí un reguero de cuchicheos que a punto estuvieron de costarle dos dedos del pie a uno de los estibadores, cuando le cayeron de las manos las duelas para toneles que traía el último tren de Vigo.

II

Miradas huidizas y manos cubriendo bocas que susurraban siguieron a la viajera mientras cruzaba la radiante mañana y la explanada a la salida de la estación, donde rechazó los ofrecimientos que, desde sus pescantes, le hacían los conductores de cabriolés y coches de punto, por encima de las crines de sus caballos.

Prefería caminar.

Y conocía la ciudad.

Ascendió con paso ágil entre los carros y gentes que iban y venían por la Rúa do Hórreo. Caminaba disfrutando del paseo, fijándose en las nuevas casas, de hasta tres plantas, que flanqueaban la calle, siguiendo con los ojos, tras aquellas gafas ahumadas, las líneas del moderno telégrafo.

Sabía a dónde se dirigía.

Quizá algo tenía que ver el documento que llevaba en la pechera, en el bolsillo interior de aquella moderna chaqueta de equitación cosida a medida en Londres.

Entró en la ciudad vieja por la Puerta Faxeira que, con su aspecto medieval, destacaba entre las nuevas construcciones. Como si los negocios de alrededor hicieran mofa de la vieja y cansada muralla, que ya sólo aguantaba en tramos y que ya no recordaba que, siglos atrás, había estado cubierta de andamios por los que había corrido una niña que se creía pájaro.

Llegó a la Rúa do Franco, llena de tiendas, fondas y olor a comida, atravesada de unos cuantos clérigos, los que no habían arruinado las desamortizaciones, y de estudiantes inquietos que hablaban de un examen de anatomía y la mala leche del catedrático.

Y el rostro de la viajera cambió.

Su sonrisa, aún más bella, se volvió melancólica. Las piedras le susurraban secretos olvidados. Y le dolía ver que quienes iban y venían no se detenían a escucharlos.

Se había convertido en una posada. Pero allí, la viajera lo sabía, faltaba algo. Allí, cuando había llegado de Conques un jorobado roto por el dolor, un gato de madera la hubiera saludado.

Y su mano, envuelta en el guante, dejó una caricia en el aire.

La Rúa do Franco, estrecha, inquieta, llena, la llevó hasta la plaza de Platerías, donde, antiguamente, y la viajera miró como si aún pudiese verlos, florecían los negocios de los orfebres hebreos.

Allí se detuvo, escuchando el agua de la fuente, donde cuatro elegantes caballos de piedra bebían y unos cuantos niños jugaban divertidos.

Aún quedaba algún platero que, en tenderetes, trabajaba el metal y el azabache.

Por desgracia, no había más que un peregrino, sólo uno, descansando en las gradas que ascendían hasta la catedral que, imponente, se levantaba allí mismo, llena de torres y piedra.

La viajera dio una vuelta sobre sí misma, como si quisiera respirar Compostela.

Como si aún pudiera ver a un maese de nariz aguileña enfundado en un caftán negro con una larga ristra de botones de azabache.

—Flores —susurró la viajera.

Y siguió camino.

III

Más allá, la plaza.

Y había tenido muchos nombres aquella plaza.

El más viejo había sido, quizás, de la Trinidad. Pero la puerta de la muralla que le había regalado aquel nombre ya no existía. Ni la puerta, ni la muralla, ni el palomar donde una chiquilla de boca sucia se había jugado la vida por un zurrón.

Ahora las murallas no hacían falta. En su lugar se alzaba el capricho de un obispo. El palacio de Rajoy. Que era cárcel, audiencia, seminario. Poder. Y que allí, enfrentado a la catedral, se convertía en política mirando cara a cara a la fe.

A la plaza también la habían llamado del Hospital, porque allí, a un costado, aún se levantaba el Hospital Real, en cuyas basuras todavía merodeaban los perros. Y el hospital, desde sus ventanas recias, miraba enfadado hacia el rectorado de la universidad, construido por uno de los obispos Fonseca, porque uno de aquellos tres apellidos había roto un corazón que, cincuenta años después, murmuró por los corredores del convento de Santa Clara, que ya no estaba a las afueras.

Y ahora había cambiado de nombre de nuevo.

Ahora se conocía como la plaza del Obradoiro, porque, como en tiempos en los que un loco había pintado arcos en el suelo, como en días en los que un jorobado roto y borracho había esculpido demonios, en aquella plaza, que había sido un humilde socavón, habían trabajado los canteros una vez más. Los que habían levantado la nueva fachada para la catedral, con torres que desafiaban a las palomas.

Apenas cien años tenían aquellas torres. Y coronaban la fachada, que era majestuosa, abrumadora, que parecía un retablo hecho en piedra. Pero la viajera, cuando llegó hasta ella, cuando la miró, echó de menos a un niño que había echado a volar gorriones.

La nueva fachada escondía la vieja, y la vieja escondía la historia de un hijo, un padre y la sombra de un ahorcado.

Sin embargo, aquella otra fachada, moderna e imponente, no había jugueteado con la corrupción, no había rozado la locura, no se había asomado a la redención. Aquella historia no hablaba de poder, de arte, de amor. Aquella fachada era bella, pero tenía una historia en la que sólo importaba el final.

Y las buenas historias nunca tratan sobre el final. Las buenas historias, las que se recuerdan, transcurren en el camino, antes de llegar.

Quizá por eso, aun dominada por las torres, aun adornada por un apóstol que proclamaba fe, aquella fachada no encontraba peregrinos a sus pies.

La catedral, rodeada de los caprichos de sus obispos, insegura del nombre que tenía a sus pies, echaba de menos viejos tiempos.

La viajera podía sentirlo en sus huesos.

Podía escuchar los viejos tiempos. El cantar de los cinceles. Y la verba de los *arxinas* de un puesto a otro. Incluso los lamentos de los

esclavos moros atormentados por los hornos de cal, entre los que hubo, una vez, un pastor de delfines.

—Kumbi...

Un nombre entre labios temblorosos.

Y sus ojos, escondidos tras el humo atrapado en el vidrio, se humedecieron.

Las piedras susurraban secretos de mil años.

Secretos que eran historias. Historias que debían recordarse.

Y la tendría, porque los cinceles volvían a cantar de nuevo en Compostela. En el interior.

Y, la viajera lo sabía, esta nueva historia tenía algo más que un final.

IV

Había llegado.

La catedral de Compostela.

La cripta, a tres varas bajo tierra; las torres, a treinta varas sobre el suelo. De una a las otras, más de mil años. Y millones de sueños.

Y la viajera se tomó un descanso al subir los escalones. Tuvo que hacerlo, porque sintió, bajo las piedras, otras piedras que gritaban su nombre, el de las mujeres de su familia. Se sintió incapaz de dar un paso.

Allí, bajo un escalón, se escondía un rostro que no era tan distinto al suyo.

Mil años de secretos la acosaban.

Y aquel desasosiego creció bajo el inmenso pórtico.

Le dolió ver las heridas en la piedra. Donde las bisagras habían trabado las columnas para cerrar una catedral que, ella lo sabía,

debía haber estado abierta.

En aquella catedral debían dormir y vivir. Soñar. Ella lo sabía. Sabía que, si rebuscaba en las piedras de la tribuna, encontraría restos de hollín, sombras de viejas fogatas que habían calentado pies castigados por el camino.

Y no había quien lo hiciera.

Al menos los portones estaban abiertos. Hubo años en que estuvieron cerrados. Y la viajera escuchó los aplausos de los gastados tacones en los escalones. Cinco pares de botas, y una pata de conejo. Cincuenta pares, y una pata de palo.

Noches duras.

Noches de miedo.

Noches de un pasado que muchos habían olvidado.

En el interior de la nave, bajo las tribunas, entre las arcadas, cantaban los cinceles, que intentaban domar la piedra, y trabajaban los canteros.

La viajera avanzó, y cuando llegó al altar miró hacia lo alto, pero sus ojos, escondidos por el humo de los vidrios, no se perdieron en la inmensa cúpula, no, sus ojos recorrieron el brazo sur del transepto.

Un escalofrío recorrió su espalda.

Tuvo que abrir los brazos para guardar el equilibrio, porque el suelo se sacudió y las tribunas se deshicieron entre grietas, y vio el cielo azul abrirse ansioso, y el trazo de unas palomas escapando. Y a una niña que quería ser pájaro, colgando de los andamios.

Había demasiados recuerdos en aquellas piedras.

Porque la piedra siempre exigía un precio.

Cualquier cantero lo sabía.

Ella lo sabía.

V

Los canteros trabajaban. Pero ella no buscaba a un cantero. Lo que llevaba junto al corazón no era para un cantero.

Era para un hombre con una historia por contar.

Y lo encontró.

No entre piedras, cinceles y martillos.

Pero allí, en las obras, rodeado de planos, dibujos. Papeles.

Un hombre hecho de tinta y pluma. De ideas. Que ni siquiera se extrañó de que los cinceles callasen por un momento, admirados por la fuerza de aquella mujer, que no era ni americana ni inglesa. Tampoco italiana. Menos francesa.

Aquel hombre estaba enfrascado en sus cábalas y no alzó los ojos hasta que ella carraspeó.

Y cuando lo hizo le habló como si la hubiera estado esperando, pero hablaba para sí mismo, rozando la desesperación.

—Debió ser un laberinto...

Hablaba de la obra.

Se le había escapado en voz alta lo que pensaba tras tanto mirar los planos que devoraban la gran mesa, hecha de caballetes y tablones. Una mesa de obra.

Y ella asintió.

—De piedra y agua —le respondió con aquel acento que era de todas partes y de ninguna.

Y el hombre, que regresó a la realidad, que tenía el rostro alegre de quien sabe beberse un buen trago de humor, añadió algo más:

—Y de huesos. Si no encontramos los del santo apóstol —dijo espantando la resignación—, quizás encontremos la tumba del mismo Gelmírez.

Parecía un buen hombre, de corazón limpio. Voluntad de hierro. Con dedos manchados de tinta y sotana, como si usase el dobladillo para barrer las obras cada noche, al terminar la jornada. Enterrado en papeles, bajo la sombra de una torre de facturas que sujetaba con un cincel al que le había fallado el temple.

Y se veían junto a sus ojos las arrugas del esfuerzo, y las ojeras del poco dormir, y el brillo de la agudeza.

Ella asintió.

—Llevábamos tiempo esperando a alguien como tú.

—Como yo —balbució él, confuso.

—¿Eres Antonio López Ferreiro? —preguntó ella.

Desconcertado, asintió, y la tonsura brilló con un extraño.

—Eres un contador de cuentos —dijo ella con un soniquete divertido—, tú escribiste esas novelas...

Ella lo dejó en el aire, como si no recordase los títulos. Permitiéndole a él hacerse cargo.

Pero López Ferreiro, que intentaba encajar la sorpresa en sus cejas, no supo qué contestar. Aun así, bajo el asombro que revolvía sus cejas, los ojos castaños burbujeaban.

—No fue un niño el de las palomas —le dijo ella—, en eso te equivocaste...

Completamente desconcertado, López Ferreiro preguntó con brusquedad, como rascándose una violenta erupción.

—¿Cómo lo sabes...? —dudó, pasó la lengua por los labios—. Es sólo un borrador, aún no se ha publicado, no puedes...

Ella no le dejó terminar.

—Escríbela como quieras, pero no fue un niño, fue una niña, su nombre era Ilduara.

Lo dijo tan solemne, tan triste, profundo, que López Ferreiro no se atrevió a rebatir.

Y ella continuó, como si nada, porque, quedó claro, importaba poco lo que él dijese.

—Tenía que ser un contador de cuentos, sois los más locos de entre los locos. Más que los pintores, que los escultores —abarcando el templo con la mano, bajando la voz una octava—, que los arquitectos....

Él no se atrevió a abrir la boca, pero volvió a pasar la lengua por sus labios resecos.

Y ella hizo una pregunta más.

—¿Buscas al Hijo del Trueno?

VI

—¿Buscas al Hijo del Trueno?

López Ferreiro iba a contestar, pero le fallaron las fuerzas. La catedral creció, los canteros se alejaron, los martillos descansaron. Dejaron de sisear las palas y el trabajo se detuvo.

Estaban los dos solos. Ellos y el altar.

Y la extraña mujer sacó de la pechera un documento. Y lo acercó al laberinto de papeles, y levantó el trozo de cincel y lo dejó sobre las facturas.

—Diego Gelmírez, el obispo, encargó un frontal de plata para el altar...

Ella hablaba, como si contase una historia, como si la noche hubiera caído en el molino y fuera el momento de reunirse en torno al fuego y comenzar el filandón. Porque allí al norte, entre las montañas, las noches se llenaban de cuentos.

Ella hablaba.

Él callaba.

—Y jamás lo pagó —continuó la viajera con amargura—. Ésta es una historia que nació de la culpa. De la maldita culpa. De dos almas rotas, como tantas otras. Una hija sin padre y un padre sin hija...

Si le hubieran preguntado, López Ferreiro hubiera jurado que la catedral misma se desnudaba para enseñar sus secretos, como una mujer tímida antes de hacer el amor por primera vez. Cohibida y ansiosa a la vez.

Y la viajera, la peregrina, la extraña, continuó hablando:

—Hubo un hombre al que golpearon puños salpicados de escamas. Y la música le enseñó el camino...

Y una melodía rompió el silencio. Una. No, dos. Dos que crecían frenéticas, que se apareaban con prisa. Como sierpes.

—Discordia —murmuró él—. Oh, discordia.

Y en cuanto sus labios se cerraron, López Ferreiro temió haber enloquecido, no sabía por qué lo había dicho, qué significaba. Había brotado de su interior. Sin más. Como una arcada. Y su cabeza daba vueltas.

—Hay etapas en el camino —prosiguió la viajera—. Barro, hambre, sed. Como la piedra, el camino exige un precio.

Y su rostro, el de una virgen, el de un sueño, sonrió con melancolía. Y las comisuras de sus labios sostuvieron, por un instante eterno, toda una vida, un siglo entero, más de un milenio.

—El final es la redención —sentenció ella—, eso enseña el camino. Pero la redención se cobra un precio. ¿Buscas al Hijo del Trueno?

Había repetido la pregunta, y López Ferreiro, inseguro, empapado en dudas, estrelló sus palabras en el silencio.

Y dijo lo que sólo se había dicho a sí mismo, al acabar sus oraciones cada noche.

—Busco la verdad —contestó.

Y él se asustó de sus propias palabras. Se echó atrás, se tapó la boca y se manchó las mejillas de tinta.

Ella volvió a hablar:

—La verdad está en el camino.

VII

Por un instante, se apiadó de él. Que inclinó la cabeza al otro lado, con aires de cachorrillo.

—Yo no lo sé todo —confesó la viajera—. La verdad, como la maldición, se salta muchas veces una generación... No, yo no lo sé todo. Pero sí sé que aquí no encontrarás al Zebedeo.

Y López Ferreiro se echó adelante como un sabueso con un rastro. Se quedó tieso, con una mano levantada, cómico, inquieto, sin atreverse siquiera a pestañear.

Volvió aquella sonrisa que rendía reinos. Que despertaba sueños. Y pareció que olía a incienso. Como si el botafumeiro hubiera echado a volar. Un olor intenso y penetrante.

—Malvas —murmuró López Ferreiro, contestándose a sí mismo—. Huele a malvas.

—Lo encontrarás en el camino —dijo ella—, fue en el camino donde lo escondieron. Y tú tendrás que hacer el camino, porque sólo con el camino descubrirás la verdad. De un laberinto a otro. Sólo con el camino entenderás...

Confuso, perdido, López Ferreiro juntó las manos sobre sus papeles, como si fuera a rezar.

—En el convento de Santa Clara, en el libro de matrimonios. Allí debes buscar —señaló ella—, en octubre del año en que falleció el segundo de los Felipes en el trono de las Españas.

—¿Santa Clara?

Ella asintió, inapelable.

—En Santa Clara, unos días después de la muerte del rey Felipe, se celebró un matrimonio. Debes encontrar el acta, firmada por la abadesa, que fue nieta de sultanes moros.

López Ferreiro no sabía qué pensar.

—Encuentra el acta —ordenó la viajera—. Un matrimonio peculiar, ambos eran ya mayores, ella había sido monja en el convento. Él, ladrón y soldado. Y, cuando la encuentres, usa la clave.

Terminó de hablar y señaló aquel papel que había sacado de su pechera.

—Traje un secreto junto al corazón, y te hará falta para descubrir el lugar —reconoció divertida—. En Santa Clara tienes la cerradura, yo he traído la llave, y tú —lo señaló con una mano de largos y delicados dedos, una mano que invitaba a perder la cabeza e imaginar caricias—, tú tendrás que encontrar al Hijo del Trueno, escondido con unos naipes y una daga, por culpa de unas perlas. Y tendrás que hacer el camino con él.

—Lo encontraré —repuso López Ferreiro, casi en sueños—. Naipes. Daga. A tres varas bajo tierra.

Ella asintió.

—Culpa, dolor. Naipes, daga. Hija, padre. Trinidad. Piedra y agua. Son demasiadas cosas, no caben en una vida. Pero lo encontrarás y lo traerás de vuelta, a su lugar; yo lo he visto, como lo vio la abuela de mi abuela. Y su abuela también. Como lo han visto las mujeres de mi familia desde los tiempos de la emperatriz Urraca.

Y López Ferreiro murmuró con miedo:

—Meigas...

Y ella rio. Una carcajada que fue vidrio en el aire. Bella como un pájaro echando a volar.

—Encuentra ese matrimonio. Usa la clave y trae a su hogar al Zebedeo, para que cientos, miles, millones, puedan descubrir la verdad al final del camino.

—¿La verdad?

Volvió a asentir.

—Lo entenderás —aseguró ella—, lo entenderás cuando hagas el camino. Cuando llegues de nuevo aquí, a donde has empezado. Entonces lo entenderás.

Y se dio la vuelta, y se marchó. Porque ella ya sabía lo que él haría. Ella lo había visto.

VIII

La viajera salió de la catedral, dejó atrás al hombre y sus dudas, que cogía a toda prisa aquel papel bajo en cincel, que salía hacia el convento de Santa Clara.

La viajera abandonó la nave principal y saludó inclinando el mentón a aquella estatua tan peculiar del parteluz, a aquel hombre que, durante siglos, miró a la mujer que amaba.

Salió con paso elástico, casi felino.

Pero en el mismo Pórtico de la Trinidad, el que algunos habían empezado a llamar de la Gloria, allí se detuvo junto a los profetas.

No había nadie. Pero ella los vio.

Los vio.

Como su abuela. Y la abuela de su abuela.

Los vio.

Con sus esclavinas y sus báculos. Con las conchas al cuello. Con uno de esos zurrones de borrego que se traían de más allá del Pirineo.

Los vio.

A los canteros que hablaban franco. A los desesperados que llegaban enfermos. A los pelirrojos que venían de las islas del norte.

Los vio.

Jubones, calzas. Levitas. Amplios chambergos. Sombreros de copa. Extrañas gorras con visera sólo en la frente.

Los vio.

Con extravagantes orejeras hechas de metal y que no abrigaban. Los vio, con botas, sandalias, y con estrambóticas alpargatas de telas que jamás había conocido.

Los vio. Pasaban, uno tras otro. Ayer, hoy y mañana. Una muchacha con media cabeza afeitada y la otra mitad de un rabioso color verde. Dos hombres juntos que se arrodillaban bajo el mismo apóstol y se besaban sin pudor. Un padre empujando la silla de ruedas de un niño retorcido como un alambre viejo, de un niño roto que llegaba para llenarse de esperanza.

Ella los vio.

Decenas. Cientos. Miles. Millones.

Los traía el camino.

Y el camino los cambiaba.

Los vio.

Y tuvo que quitarse aquellas gafas de humo para poder enjugarse las lágrimas que brotaban de sus ojos.

Los vio.

Y sus lágrimas eran violetas.

FIN

«Bienaventurado el que llega al final del camino y contempla el altar del apóstol.»

Libro V del Codex Calixtinus: Conclusión

Cuaderno de notas



No podía concebirse una obra sobre el Camino de Santiago sin que la peregrinación tuviera un papel importante. Y si el corazón de una historia radica en el conflicto, lo lógico era plantear esa historia en el momento más bajo que vivió el mismo Camino de Santiago cuando, además de las sacudidas políticas y económicas, cuando, además del miedo a la peste, la Reforma, la Contrarreforma y las guerras de religión en Francia, las mismas reliquias del apóstol desaparecieron para permanecer ocultas durante tres siglos. La historia podía funcionar siempre que se le añadiese algo humano. Al fin y al cabo, las grandes historias lo son porque conectamos con ellas. No nos preocupa la reina, sino la mujer bajo la corona. No nos interesa el obispo, sino el hombre bajo la mitra.

Eso es lo que se ha intentado, retratar una historia de redención que resulte universal. El camino, ayer, hoy, mañana, independientemente de la política, la economía o la fe, el camino sana. El camino ofrece redención, incluso para aquel que se ha equivocado tanto como para perderlo todo.

Como ya se hizo en las dos entregas anteriores de la saga (y habrá que repetir que las tres novelas son independientes y autoconclusivas, para que no se disguste mi editor), se incluyen

ahora algunas notas que pueden aliviar la curiosidad de los más inquietos.

Los trabajos de Ofelia Rey Castelao han resultado cruciales para comprender la Compostela del XVI. Así como para entender la figura de Ambrosio de Morales. Sus conferencias pueden encontrarse fácilmente en las redes. Sin embargo, ha de quedar claro que no todos los investigadores están de acuerdo con sus tesis. Ella, por ejemplo, no cree que en ningún momento la Contraarmada inglesa tuviera intención de llegar a Compostela, tal y como se plantea en estas páginas, y tal y como mencionan otros historiadores.

En cuanto al hombre en sí, Ambrosio de Morales. Hay que decir que se puede leer la crónica que escribió de sus encomiendas (aunque es imposible interpretarla de un modo razonable sin el aporte de aquellos que llevan toda una vida estudiándola) y no cabe duda de su valía intelectual y de sus deseos de complacer al monarca. Fue el encargado de recorrer buena parte de la península y valorar qué reliquias podían ser auténticas y bien recibidas en la creciente colección de El Escorial. Y es rigurosamente cierto que propuso que las reliquias del apóstol abandonasen Compostela.

Ahora bien, no estuvo en ningún momento en Flandes y no se ocupó del tráfico de reliquias desde el territorio rebelde, ese collar lleva otros nombres; sin embargo, para una mayor fluidez narrativa, se decidió amalgamar al propio Ambrosio de Morales con otros personajes del entorno del duque de Farnesio, para no lastrar el argumento narrativo.

Esa mistura es la que dio en llamarse Luis del Valle y Nespral, y es la que aparece en estas páginas.

La figura de deán en el cabildo compostelano está bien documentada en la época; sin embargo, lo habitual es que fueran miembros de familias nobles que ascendían desde las posiciones de canónigos (hubo varios del señorío de Narla). En este caso, se ha especulado con un origen más humilde, el del cantero Gaspar de Montalvo, personaje ficticio, pero que pretende demostrar que, en ocasiones, las clases humildes también podían ascender en las jerarquías. Sucedía en los Tercios, y sucedía en la Iglesia, y, como siempre, era mejor mostrarlo que contarlo.

Al hilo de la colección de reliquias de El Escorial (lipsanoteca si se desea hacer rabiar a los listillos), debe entenderse que el afán del Austria es un fenómeno propio de su tiempo y lugar, como las aproximaciones a la alquimia. No debe hacerse presentismo, Felipe II coleccionó reliquias, pero era algo lógico y normal, entendible en las creencias en las que se había criado. Y no por ello el rey resulta un personaje más oscuro o menospreciable. Fue también Felipe II el que promovió grandes investigaciones científicas y expediciones incomparables. Fue un hombre a la cabeza de la ciencia y el conocimiento de su tiempo, como prueba la biblioteca de El Escorial. En términos objetivos, es fácil hacerlo destacar como un auténtico príncipe de ese período que da en llamarse Renacimiento, y los trabajos de Alberto Garín al respecto son más que recomendables.

En realidad, como reza la sanción popular, en la lipsanoteca de El Escorial faltarían elementos de tres santos: el apóstol Santiago, san José y san Juan Evangelista. O eso creía el custodio encargado de su cuidado, el padre Sigüenza. En cualquier caso, en estas páginas se ha enfatizado que la única que faltaba era la del apóstol para darle una mayor fuerza narrativa al argumento.

Por otro lado, algunos estudiosos le llevan la contraria al páter y señalan que las reliquias de san Lorenzo custodiadas en el convento de Santa Clara jamás llegaron a El Escorial, donde se conservan, únicamente, lo que daría en llamarse reliquias menores.

Otros señalan también la falta de reliquias de san Sebastián.

Como tantas otras veces, resulta difícil poner de acuerdo a los historiadores.

En la cuestión narrativa existe una impagable deuda con la insigne Rosa Navarro, cuyas conferencias y textos me han permitido vislumbrar, al menos un poco, la literatura del Siglo de Oro.

Gracias a ella y a sus colegas he podido comprender aspectos de los personajes cervantinos o las características de la novela picaresca. Y espero haberlos trasladado de forma lúcida.

Estas páginas habrían sido imposibles sin Calderón, Tirso, Vega, Alemán, Quevedo, Góngora o el anónimo (no tanto si hacemos caso a Rosa Navarro) autor del *Lazarillo de Tormes*.

En cuanto a la cronología de la catedral, hay ciertos aspectos en estas páginas que son anacrónicos. El cierre del hoy conocido como Pórtico de la Gloria debió de producirse a mediados del siglo XVI,

haciendo difícil que el secretario del obispo hubiera podido ser uno de los canteros, a no ser que se hubiese representado como un anciano. Del mismo modo, la escalera maximiliana de la fachada que hoy conocemos como el Obradoiro no se empezaría hasta el cambio de siglo, veinticinco años después de las acciones en este texto. Y son sólo dos ejemplos. Cabe explicar que la decisión fue la de comprimir el tiempo, la de apretujar en un período menor los cambios, terremotos casi podría decirse, de aquel acalorado momento. Se trató de acumular el conflicto y la tensión con un retrato impresionista de la verdad histórica. Se procuró capturar el momento con sus causas y consecuencias en un espacio narrativo lógico, sin tener que añadir a la saga otros tres volúmenes.

La reliquia conocida como la Sagrada Forma de Gorcum es, de hecho, previa a los sucesos de estas páginas (como se menciona). Sin embargo, su relevancia histórica y la posibilidad de que aún a día de hoy pueda verse en El Escorial en los días de san Miguel, san Simón y san Judas, animaron a elegirla como pieza para el relato, porque, además, permitía exponer el asunto de los llamados *mendigos del mar*. Aun siendo relativamente anacrónica resultaba ilustrativa del tiempo, momento y circunstancias.

Mendigos del mar, a veces como *zeeguezen*, era el nombre que, de forma genérica, acabó sirviendo para definir a los piratas en Flandes y que protagonizaron diversos episodios de variada relevancia. Muchos eran pescadores y marineros, en especial de Zelanda, Holanda y Frisia. Y en determinados momentos estuvieron pagados,

subvencionados (parece ser que sin patente de corso como tal) por la inglesa Isabel I.

No debe confundirse, pese a tener la misma advocación, la pequeña iglesia parroquial de Oostkerke con la mucho mayor de Ostende.

En la primera sí parece probado que existió un cementerio parroquial activo aún en el siglo XVI y rodeado de agua por un río y canales. Pero no consta el enterramiento de ningún noble local de cierta importancia. Se empleó en estas páginas por conveniencia narrativa.

Con la toponimia flamenca y buena parte de las referencias en el castellano del momento, se ha decidido mantener, cuando no se ha juzgado demasiado confuso para el lector, las denominaciones que aparecen en documentos de la época. De ahí, por ejemplo, que aparezca Zeburgo en lugar de Zeebrugge, o Puerto Nuevo en lugar de Nieuwpoort. Del mismo modo se habla de Castilla la Nueva y otros ejemplos similares.

En cuanto a la toponimia peninsular se ha seguido el mismo criterio que en las dos entregas anteriores, se ha preferido la nomenclatura de la época antes de la actual. De hecho, en algunas villas y lugares, leyendo la trilogía, se puede descubrir cómo evolucionó el topónimo. Por ese motivo se empleó, por ejemplo, Puente Fitero. Y de ahí que, en el caso de la actual ciudad de A Coruña, se haya prescindido del artículo precedente o de la forma castellanizada, pues en los documentos de la época aparece mencionada habitualmente de ese modo (aunque, debe aclararse,

no siempre). Por este último motivo, en ocasiones contadas, se ha añadido el artículo «la», en minúscula.

Existieron los bulderos para la época de estas páginas y es cierto que comerciaban con bulas, indulgencias y similares. Como también lo es que la propia literatura transformó al abuelo de Balboa en un pícaro de buen corazón. El oficio, que no el personaje, se basó en la visión del mismo en obras como *El burlador de Sevilla* o *El licenciado Vidriera* y, sobre todo, en *El coloquio de los perros* del maestro Cervantes, mucho más negativas en el retrato de estos bulderos.

Evidentemente, la literatura y el cine modernos han idealizado la piratería y provocado ciertas confusiones. Una de ellas es la de imaginar que las monarquías hispánicas no tuvieron también corsarios, como la pérfida Albión, que tanto abusó de ellos.

Entre otros casos y excepciones puntuales, los más conocidos son probablemente los llamados Corsarios de Dunkerque.

La leyenda dice que su historia comienza como incitadores a los naufragios prendiendo fuegos en la torre de Leughenaer, torre del *mentiroso*, con los que engañarían a navegantes que terminarían encallando en los peligrosos bancos de arena de la zona al confundir dichos fuegos con luces de navegación de otro barco.

La misma leyenda los sitúa después como auténticos corsarios bajo patente española después de que Alejandro de Farnesio retomase Dunkerque de manos rebeldes en 1583. Su misión, la de entorpecer, impedir, estorbar la pesca y el comercio de los holandeses.

Según parece pudieron llegar a ser un centenar y su origen no fue sólo flamenco, hubo entre ellos navegantes españoles y valones.

Es cierto que en ese período de finales del siglo XVI el diseño de los barcos ingleses cambió en busca de perfiles más rápidos y maniobreros, los llamados *race built galleons*, y tuvo cierto impacto en el desarrollo de los encuentros navales del momento. Lo que no parece cierto es que les diera una superioridad significativa.

En este sentido, la tan cacareada capacidad artillera de los ingleses parece, más bien, a tenor de los últimos estudios no partidistas, una ilusión. Este tipo de dicotomías son siempre polémicas, y en estas páginas se cuenta una historia, no se entra en políticas; en cualquier caso, parece cierto que las famosas y pesadas culebrinas inglesas tenían, sí, algo más de alcance, pero también que daban más problemas por fallos constructivos.

La bellísima región de Las Landas, en el suroeste francés, es hoy día muy distinta a como lo era en los tiempos de este cuento. Y es cierto que los zancos fueron herramientas de uso habitual entre sus habitantes. No sería hasta más de doscientos años después cuando las ordenaciones de Napoleón llevaron a asentar el terreno con los inmensos bosques de pinos que hoy hacen famosa la región.

Burdeos, en las escenas de estas páginas, tenía una mayoría católica; se ha soslayado para poder representar, sin entrar en largas explicaciones, las terribles circunstancias de las guerras de religión que asolaran Francia en esos días.

El papel de Bernardino de Mendoza como espía de la corte de los Austrias es, en sí mismo, apasionante, tanto su etapa en Londres como la que se siguió en París. Lo cierto es que el siglo pasado, con la llamada Guerra Fría nos parece a las generaciones presentes el paradigma del espionaje y, probablemente, no sea cierto, probablemente el gran siglo del espionaje fuera el XVI.

En la literatura del Siglo de Oro hay abundantes referencias al chocolate como bebida, acompañado de pan, bizcochos o frutas de sartén (lo que hoy día llamamos buñuelos). Su consumo se extendió, de hecho, con una rapidez asombrosa.

Hoy cuesta entenderlo, porque no hay esa tendencia a comerlas crudas, porque no resulta sospechoso ingerir una parte de la planta que está bajo tierra, pero es cierto que al poco de su llegada de América, la patata causó recelo entre los europeos. Como también es cierto que su consumo en crudo, debido a la solanina presente en el tubérculo, resulta intoxicante en mayor o menor medida, dependiendo de la variedad y del estado de la patata. Y en este sentido cabe aclarar que las primeras variedades cultivadas tenían un contenido más alto que las habituales en el presente.

No se han encontrado referencias a una epidemia de peste que afectase el área de la actual La Rioja en el año 1589, sí alrededor de

diez años más tarde. Sin embargo, hay menciones cercanas en el tiempo y en el espacio más que abundantes.

Cualquier aficionado a los caballos sabe que no es posible mantener el galope por períodos prolongados. Aun así, el cine nos ha transmitido la sensación de que un caballo puede galopar de sol a sol, y son incontables las escenas en las que hemos visto al protagonista de la historia hacerlo. Por eso, en un intento de acercarse más a la realidad, Balboa consigue tres caballos para hacer relevos de uno a otro y llegar cuanto antes a la ciudad de A Coruña, un detalle inspirado por el genial Alberto Vázquez-Figueroa.

Sabemos sin lugar a dudas que la Cruz de Ferro existía para el año de este cuento, lo que no sabemos es si ya existía la tradición de abandonar junto a ella piedras recogidas en etapas previas. De hecho, no aparece mencionada en crónicas de un siglo posterior; sin embargo, su valor significativo y su conexión con el peregrino moderno han servido para inclinar la balanza e incluir el gesto en estas páginas, porque lo indudable es que esa costumbre de abandonar piedras en el camino tiene orígenes prerrománicos.

La insinuación de Thomas Frobisher de haber visto el estreno de *Romeo y Julieta* antes de salir de Londres es una anacronía. Aunque no hay acuerdo al respecto, el estreno se supone un año o dos años después del ataque de la Contraarmada inglesa.

Sin embargo, parece aceptado que la leyenda y los rumores que inspiraron al bardo eran bien conocidos y estaban extendidos por toda Europa.

La cronología de los pleitos que se llevaron a cabo por el discutido voto de Santiago no está reflejada con precisión en estas páginas, se puede contrastar fácilmente. Hay bastante documentación, en especial en relación a las acciones del abogado Lorenzo López de Acevedo (a quien descubrí gracias a una conferencia de Ofelia Rey Castelao).

Ahora bien, se ha preferido retratar el trasfondo del asunto y su relevancia como reflejo de una época y momento, aunque algunas fechas no fueran correctas.

Aunque no recibían el apelativo de trileros todavía, en el texto se ha empleado esta nomenclatura por simplificación.

Esta conocida estafa estaba bien documentada en el siglo XVI, y las crónicas se refieren a ella como juego de las cáscaras o de los cubiletes. Y sí, parece ser que era uno de los timos típicos del Camino a Compostela. De hecho, el juego es tan antiguo que, tal y como señaló mi admirado Nacho Ares, ya se practicaba en Egipto.

De los eventos y cronología de la batalla de A Coruña debe aclararse que se han modelado para servir al propósito de la narración.

Por un lado, no todos los historiadores se ponen de acuerdo en los detalles; por otro, el enfrentamiento resulta demasiado complejo como para ilustrar todas sus aristas sin entorpecer la narración. Los

implicados y escenarios son abundantísimos, y tantos los detalles que resulta abrumador. De modo que, sin pudor, recordando siempre que éstas son las páginas de una novela y no de un ensayo, se han simplificado y retocado para servir al argumento (como en el caso de la cronología del derrumbe de las murallas y la explosión de la mina inglesa), aunque siempre se ha respetado el trasfondo, y dicho trasfondo es mucho más sencillo que la batalla en sí: A Coruña, a base de fe y coraje, de tesón y entrega, con todo en contra y nada a favor, se unió y se sobrepuso; A Coruña, con la destacable intervención de sus ciudadanos (incluyendo mujeres y niños, con mención especial a la valiente María Fernández de la Cámara y Pita), venció de forma incontestable a un ejército muy superior.

Y si A Coruña hubiera caído, razonable es pensar que Compostela podría haberla seguido. Y razonable también que, después de los desmanes isabelinos contra los católicos y su patrimonio, Compostela podría haber sido saqueada.

Para los que deseen una información más historiográfica son destacables los impresionantes trabajos de Luis Gorrochategui. Cruciales para verter luz sobre ese ninguneado episodio de la Contraarmada inglesa y el desarrollo de la batalla que se libró en A Coruña. Son una lectura imprescindible para atisbar todas las esquinas de la compleja situación geopolítica del momento. Y gracias a ellos es factible sacudirse los posos de la efectista propaganda inglesa.

No debe pensarse que la heroica actuación de las mujeres de A Coruña está en algún modo exagerada. Puede haberse presentado de un modo más romántico por el mero hecho de novelarla, pero no hay duda de que las mujeres, como tantas veces (y por desgracia

tantas veces o más olvidadas), fueron las que contribuyeron a salvar a la ciudad del inglés. A la cabeza de todas ellas, la valiente María Pita, pero no fue la única, ni mucho menos. Y, entre muchas otras cosas, este cuento es un rendido homenaje al coraje de aquellas coruñesas a las que, aún hoy día, tanto debemos. De no ser por ellas, quién sabe qué habría sucedido.

La nieta de Boabdil, abadesa del convento de Santa Clara, se llamaba, en realidad, Isabel, Isabel de Granada. Sin embargo, para evitar confusiones con la reina Isabel de Inglaterra, se decidió cambiarle el nombre por el de Inés.

Existió, fue abadesa y, más o menos, coetánea con los años de estas páginas. Aunque, al igual que el nombre, también se le cambió el parentesco. Esta excepcional mujer no fue nieta de Boabdil, fue más bien sobrina nieta, aunque, como siempre, hay historiadores que lo cuestionan, en cualquier caso, se simplificó el linaje por pura economía narrativa.

La referencia de sor Venancia a sus amoríos con uno de los tres obispos de apellido Fonseca y su marcha a Sevilla es anacrónica. De este peculiar linaje de obispos, que hicieron del cargo algo hereditario, hubiera sido interesante profundizar en la narración, pero las fechas no encajaban. Aun así, se mantuvo la referencia como un guiño, como uno de esos *huevos de pascua* a los que aluden los guionistas de Hollywood. El personaje en cuestión lo merece. Alonso Fonseca II, sobrino de su predecesor y padre de su sucesor, es el protagonista del olvidado dicho «El que se fue DE Sevilla, perdió su silla». Mordiente coplilla que, con el paso de los

años, ha perdido su significado original y ha trastocado la preposición, transformándose en el más conocido «El que se fue A Sevilla, perdió su silla», pero esa es otra historia...

López Ferreiro, a quien tanto debemos por sus trabajos en la catedral, fue también contador de cuentos, como se señala en esta historia, y sí, escribió sobre un chicuelo y unas palomas, y se tuvo presente esa idea al comenzar esta saga y situar a la ratera Ilduara en el palomar del obispo Diego Gelmírez.

Si ha llegado hasta aquí, querido lector, déjeme decírselo una vez más, gracias, muchas gracias.

Estoy a su disposición en las redes sociales o en mi correo electrónico, francisconarla@francisconarla.com.

Santiago
Francisco Narla

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la cubierta, Calderónstudio, 2026
Imagen del cuaderno de notas ©Shutterstock
Mapas e ilustración de la catedral, © Francisco Suárez Beltrán

© Francisco Narla, 2026, representado por Albardonedo agencia literaria

© Editorial Planeta S.A.
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2026

ISBN: 979-13-877714-42-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
Cita
Prólogo
Apóstoles, infierno y paraíso
Caponeras, Dunkerque y Cagayán
Encerronas, lansquenete y mosquetero
Olas, hierro y fuego
Náufragos, arena y viento
Zancos, camino y redención
Patatas, cantarela y marzuelo
Tijeras, lana y pelo
Campos, trigo y centeno
Puerros, fiebre y lágrima
Montes, agua y piedra
Lanchas, alcatraz y arena
Treses, crucifijo y valor
Tumbas, esperanza y miedo
Murallas, pólvora y trampa
Traiciones, verdad y mentira
Siglos, perdido y encontrado
Cuaderno de notas
Créditos